Jeffrey Veidlinger

En el corazón de la Europa civilizada

Los pogromos de 1918 a 1921 y el comienzo del Holocausto

Galaxia Gutenberg

EN EL CORAZÓN DE LA EUROPA CIVILIZADA

LOS POGROMOS DE 1918 A 1921 Y EL COMIENZO DEL HOLOCAUSTO

JEFFREY VEIDLINGER

JEFFREY VEIDLINGER

En el corazón de la Europa civilizada

Los pogromos de 1918 a 1921 y el comienzo del Holocausto

Traducción de
Ana Pardo

Galaxia Gutenberg

© Leisa Thompson

Jeffrey Veidlinger es catedrático de Historia y Estudios Judaicos en la Universidad de Michigan. Sus libros, entre ellos *The Moscow State Yiddish Theater* y *In the Shadow of the Shtetl*, han ganado el National Jewish Award, el Barnard Hewitt Award for Outstanding Research in Theatre History, dos Canadian Jewish Book Awards y el J.I. Segal Award. Vive en Ann Arbor, Michigan.

A principios de los años veinte, el pintor Marc Chagall trabajó como profesor en un orfanato judío a las afueras de Moscú, donde tuvo ocasión de escuchar el relato aterrador de los niños que habían sobrevivido a los pogromos en Ucrania, los cuales, habiendo sido testigos del asesinato de sus padres, las violaciones de sus hermanas, el saqueo de sus casas, habían huido despavoridos hacia ninguna parte en busca de cobijo y comida. «Los huérfanos más desdichados», los llamó Chagall.

El pintor no fue el único en llamar la atención sobre lo que ocurría. En la prensa americana, por ejemplo, incluido el *New York Times*, se publicaron artículos en 1919, cuyo titular se preguntaba: «¿Será una masacre de judíos el próximo horror en Europa?» Entre 1918 y 1921, en más de quinientas localidades de lo que, hoy en día, es Ucrania, se documentaron más de un millar de disturbios antisemitas, lo que se conocería con el término ruso «pogrom».

En el corazón de la Europa civilizada, Jeffrey Veidlinger reconstruye, con maestría y meticulosidad, la amarga historia de los pogromos en la Europa del Este que causaron la muerte a más de cien mil judíos; de hecho, las masacres de los pogromos tras la Gran Guerra normalizaron la violencia contra los judíos. Basándose en materiales de archivo, testimonios de testigos, registros de juicios y órdenes oficiales

recientemente descubiertos, Veidlinger escribe un libro apasionante que arroja luz sobre unos episodios que crearon, sin duda, las condiciones de lo que fue el Holocausto veinte años después.

Título de la edición original: *In the Midst of Civilized Europe*:
The Pogroms of 1918-1921
Traducción del inglés: Ana Pardo García

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2022

© Jeffrey Veidlinger, 2021
Publicado según acuerdo con Metropolitan Books,
un sello de Henry Holt and Company
Reservados todos los derechos

© de la traducción: Ana Pardo, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19392-00-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

En el corazón de la mismísima Europa civilizada, en el amanecer de una nueva era de la que el mundo espera el establecimiento de la libertad y la justicia, la existencia de toda una población está amenazada. Estos crímenes no sólo deshonran al pueblo que los comete, sino que atentan contra la racionalidad y la conciencia humanas.

ANATOLE FRANCE, 1919

INTRODUCCIÓN: ¿SERÁ UNA MASACRE DE JUDÍOS EL PRÓXIMO HORROR EUROPEO?

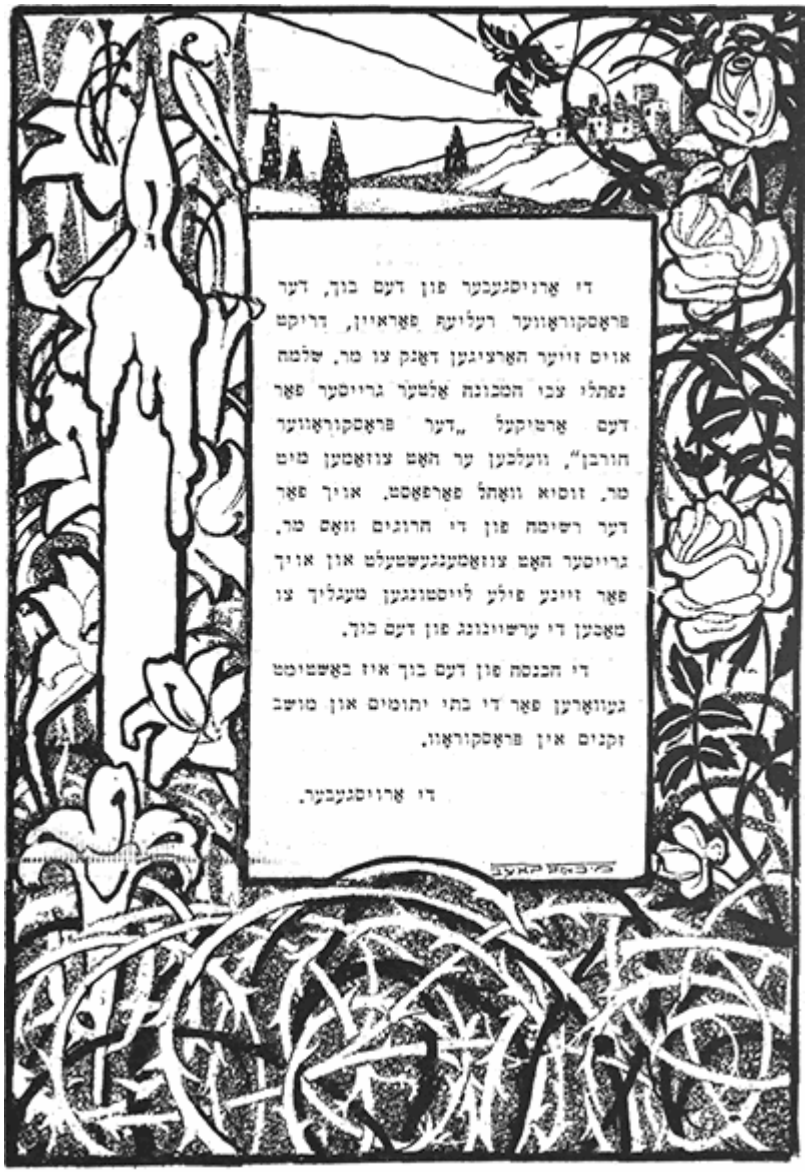
En los años posteriores al Holocausto, los supervivientes de todo el mundo empezaron a redactar libros de memorias en cada ciudad y en cada pueblo. Estos monumentos literarios de las comunidades destruidas preservaron las historias locales y documentaron los nombres de las víctimas para mantener vivo su recuerdo. Como historiador especializado en las comunidades judías de la Europa del Este, siempre he apreciado la manera en que estos libros de memorias nos ofrecen una perspectiva de los ritmos de la vida corriente. En ellos, sus autores comparten anécdotas sobre las escuelas locales, la orquesta del cuerpo de bomberos, el club de fútbol o el grupo de las juventudes sionistas. Retratan a celebridades locales cuya fama no se extendía más allá de los campos de trigo de la ciudad: un profesor favorito, un rabino respetado, el concejal del pueblo, el aguador a quien conocía todo el mundo… Dan testimonio de los grandes y pequeños acontecimientos: el día en que un soldado judío volvió a casa de la guerra ruso-japonesa; cuando una compañía de un teatro ambulante de Odesa llegó a la ciudad; la ocasión en la que el fuego arrasó la posada de Yankl Friedman; o el día que llegaron los nazis.

Pero estos libros de memorias no sólo son historias del periodo prebélico: también podrían considerarse como la prehistoria de la propia guerra. Tomemos como ejemplo el libro memorial de la ciudad de Proskuriv, localizada en la actual Ucrania. El título del libro, *Khurbn Proskurov*, refleja las calamidades que soportó la ciudad. La palabra *khurbn* («destrucción» en yidis) deriva del hebreo ḥ*urban* y hace referencia a la destrucción de los dos templos bíblicos en los siglos VI a. C. y I d. C.: las catástrofes originarias del pueblo judío; desde entonces el término se ha utilizado para referirse a una serie de desastres, desde terremotos hasta el hundimiento del *Titanic*. Después de la Segunda Guerra Mundial esta palabra fue ampliamente aceptada como alusión al destino del pueblo judío europeo bajo el poder de los nazis.

Como es propio de los libros de memorias, *Khurbn Proskurov* empieza con una dedicatoria: «A la memoria de las santas almas que perecieron durante la terrible masacre que cayó sobre los judíos de Proskuriv». En la portada del libro aparece representada una imagen común en el arte del Holocausto: una sola vela conmemorativa y un rosal con espinas punzantes que evocan el alambre de espino. Una ciudad sobre una colina domina un paisaje de campos ondulados, que recuerdan los bucólicos alrededores de Proskuriv, con sus campos de lino y trigo y sus huertos de cerezos y ciruelos. Como en muchos libros de memorias, el texto está en yidis y hebreo e incluye un prólogo de un vecino destacado, en este caso el folclorista Avrom Rechtman. También encontramos las historias de las personalidades locales e instituciones municipales. El libro termina con los nombres de los mártires, una lista que ocupa treinta páginas.

Lo que, sin embargo, diferencia a *Khurbn Proskurov* es que fue escrito en 1924: nueve años antes de que Hitler llegase al poder y quince años antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.[1] Rememora un *khurbn* diferente, un holocausto distinto. O quizás sería más adecuado decir que rememora el auténtico comienzo del Holocausto. La destrucción de Proskuriv se llevó a cabo un año después de la creación de un estado ucraniano que prometió amplias libertades y autonomía política a su minoría judía, y tres meses después del armisticio del 11 de noviembre de 1918 que acabó con la Gran Guerra. Delegados de treinta y dos naciones se acababan de reunir en París para elaborar los tratados que ponían formalmente fin a lo que H. G. Wells llamó «la guerra para acabar con la guerra».[2] Mientras tanto, a casi dos mil cien kilómetros hacia el este, en la tarde del 15 de febrero de 1919, soldados ucranianos asesinaron cerca de un millar de civiles judíos en lo que posiblemente fue, en ese momento, el episodio de violencia más mortífero sufrido por el pueblo judío en su larga historia de opresión.

La masacre de Proskuriv no fue un caso aislado. Entre noviembre de 1918 y marzo de 1921, durante la guerra civil que siguió a la Gran Guerra, se documentaron más de un millar de disturbios y acciones militares antisemitas -el tipo de hechos a los que solemos referirnos como pogromos- en quinientas localidades de lo que hoy es Ucrania, entonces un territorio que se disputaban los rusos, los polacos, los ucranianos y los estados soviéticos plurinacionales herederos de los imperios ruso y austrohúngaro.[3]



Portada del *Khurbn Proskurov*.

Esta no fue la primera oleada de pogromos en la zona, pero su alcance eclipsó los ataques violentos anteriores por la cantidad de participantes, el número de víctimas y el calado de su barbarie. Campesinos ucranianos, ciudadanos polacos y soldados rusos asaltaron impunemente a sus vecinos robándoles propiedades que creían que les pertenecían por derecho. Militares armados, con el beneplácito y el apoyo de grandes segmentos de la población, arrancaron las barbas a los varones judíos, destrozaron pergaminos de la Torá, violaron a niñas y mujeres judías y, en muchos casos, torturaron a ciudadanos

judíos antes de reunirlos en las plazas de los mercados y hacerles caminar hasta las afueras de la ciudad, en donde los fusilaban. En al menos una ocasión, los sublevados encerraron a los judíos en una sinagoga y quemaron el edificio. La mayor de las masacres antisemitas conocida hasta entonces había terminado con más de mil muertos, pero generalmente estas masacres habían consistido en incidentes menores: más de la mitad de ellos ocasionaron sólo daños a las propiedades, lesiones y, a lo sumo, algunas muertes. Las cifras son discutibles, pero haciendo una estimación prudente podría decirse que en torno a cuarenta mil judíos fueron asesinados durante los disturbios y que otros setenta mil murieron posteriormente a causa de sus heridas o por enfermedad, hambruna o exposición a la intemperie, como resultado directo de los ataques. Algunos testigos calculan que hubo alrededor de trescientas mil víctimas. Aunque esta cifra probablemente es exagerada, la mayoría de los historiadores actuales estaría de acuerdo en que el número total de muertes relacionadas con los pogromos contra la comunidad judía entre 1918 y 1921 supera con creces los cien mil. Las vidas de muchos otros fueron arruinadas. Cerca de seiscientos mil refugiados judíos tuvieron que huir a otros países y millones fueron desplazados en el interior del territorio. Alrededor de dos terceras partes de las casas de judíos y más de la mitad de sus negocios fueron saqueados o destruidos. Los pogromos traumatizaron a las comunidades afectadas durante al menos una generación e hicieron saltar las alarmas en todo el mundo.

Yo siempre había pensado que el Holocausto había sido algo que resultaba inconcebible antes de que pasara, algo que excedía la

capacidad humana de imaginar, predecir o prepararse para una cosa así. Mi padre -cuya historia de supervivencia fue el origen de mi precoz conocimiento del Holocausto-, subrayaba cuán «normal» parecía todo antes de aquello. Vivía una vida de clase media alta en Budapest, asistía a clases de esgrima y pasaba sus vacaciones familiares en el lago Balatón hasta que los nazis invadieron Hungría en marzo de 1944. Asimismo, las víctimas más conocidas del Holocausto tuvieron sus primeras experiencias del antisemitismo genocida cuando ya habían transcurrido varios años de la guerra. Ana Frank se escondió en julio de 1942, y la Gestapo no descubrió su escondite secreto hasta agosto de 1944. Elie Wiesel señala que escuchó rumores de masacres en una fecha tan temprana como 1941, pero no fue deportado a Auschwitz hasta mayo de 1944, desde el gueto de Sighetu Marmatiei, donde se había establecido unas semanas antes. Numerosos relatos del Holocausto subrayan igualmente la brusquedad y lo inesperado del acontecimiento. Por ejemplo, cuando llevo a mis estudiantes al Centro Conmemorativo del Holocausto en Farmington Hills, Michigan, entran en la exposición a través de un gran espacio abierto lleno de objetos rituales y fotos de la vida cotidiana del pueblo judío en Europa, que dan testimonio de una existencia activa y arraigada. Sin embargo, al doblar una esquina, se enfrentan a un inmenso retrato de Adolf Hitler que domina un largo pasillo que desciende a la siguiente sala de exposición. Da la impresión de que Hitler ha surgido de la nada, sin ninguna advertencia de que se avecinaba el apocalipsis.

No obstante, hay pruebas evidentes de que el asesinato de seis millones de judíos en Europa no sólo era algo concebible, sino algo temido como una clara posibilidad desde al menos veinte años antes de que se convirtiera en una realidad. Por ejemplo, el 8 de septiembre de 1919, el *New York Times* dio noticia de una convención que se había celebrado en Manhattan para protestar por el baño de sangre que se estaba llevando a cabo en la Europa del Este. «LOS JUDÍOS UCRANIANOS PIDEN PARAR LOS POGROMOS», rezaba el titular; «EN EL CONCURRIDO ENCUENTRO SE DIO A CONOCER QUE 127.000 JUDÍOS HAN SIDO ASESINADOS Y 6.000.000 ESTÁN EN PELIGRO». El artículo terminaba citando a Joseph Seff, presidente de la Federación de Judíos Ucranianos de América: «El hecho de que una población de seis millones de almas de Ucrania y de Polonia haya sido advertida, con acciones y palabras, de que va a ser completamente exterminada se erige ante el mundo entero como el tema primordial de nuestros días».[4]

Unos pocos meses antes de que el *New York Times* advirtiese del exterminio de los judíos de Europa del Este, el *Literary Digest* publicó un artículo sobre los disturbios de Rusia, Polonia y Ucrania con el

titular: «¿SERÁ UNA MASACRE DE JUDÍOS EL PRÓXIMO HORROR EUROPEO?». Expresaba estos temores un exhaustivo informe de la Cruz Roja rusa cuya severa conclusión era: «El objetivo que perseguían los pogromos era eliminar de Ucrania a todos los judíos, en muchos casos mediante el exterminio total de esta raza».[5] La anarquista judeoamericana Emma Goldman, que pasó buena parte de los años 1920-1921 en la región, habla de un «investigador literario» al que conoció en Odesa y que había estado recopilando material sobre los pogromos en setenta y dos ciudades. «Él creía que la atmósfera que creaban estos actos intensificaba el espíritu antisemita y que algún día estallaría una matanza sistemática de judíos», escribió Goldman.[6] *The Nation* publicó un importante artículo sobre los pogromos de 1922 en Ucrania titulado «EL ASESINATO DE UNA RAZA», como si estuviera buscando una palabra para lo que después se denominaría «genocidio». Desde París, el historiador ruso judío Daniil Pasmanik advirtió en 1923 que la violencia desatada por la guerra civil podría llevar al «exterminio físico de todos los judíos».[7] La Gran Guerra y la crisis del orden público habían embrutecido a la sociedad, fomentando la barbarie y el baño de sangre.[8] La matanza de más de cien mil judíos y su completa erradicación de algunas ciudades alentaron la idea de que algún día se podría eliminar a los judíos en su totalidad.

Durante el periodo de entreguerras, los judíos no sólo hablaron de la violencia en los pogromos en términos de catástrofe, sino que también actuaron en consecuencia. Millones huyeron de las zonas amenazadas, alterando de forma radical la demografía mundial del pueblo judío. Fundaron organizaciones de ayuda a gran escala, así como organizaciones filantrópicas. Presionaron a las grandes potencias y a los estados de nueva creación, como Polonia y Rumanía, para que incluyeran en sus constituciones cláusulas que garantizasen los derechos de las minorías. Colonizaron nuevas tierras, sentando las bases para la creación de un estado judío en Palestina. Guardaron memoria de los pogromos a través del arte y la poesía. En la Unión Soviética, uno de los nuevos estados surgidos en las regiones afectadas, los judíos se integraron en el servicio público, en la burocracia gubernamental y en las fuerzas del orden expresamente para evitar que aquellas atrocidades volvieran a ocurrir y para llevar a los culpables ante la justicia. Y actuaron de manera individual o en grupos para prevenir lo que muchos creían firmemente que era el germen de una catástrofe.

UKRAINIAN JEWS AIM TO STOP POGROMS

Commission to Visit Europe and Prepare a Memorandum for President Wilson.

LANSING GIVES PERMISSION

Mass Meeting Hears That 127,000 Jews Have Been Killed and 6,000,000 Are in Peril.

Titular del *New York Times* sobre la lucha para acabar con los pogromos en Ucrania, 8 de septiembre de 1919.

Estas acciones provocaron desconfianza hacia los judíos de Europa, y sus movimientos desesperados se interpretaron como una amenaza para lo que el presidente americano, Woodrow Wilson, esperaba que fuese una «paz justa y segura». Los cientos de miles de refugiados judíos que llegaban a París, Berlín, Viena, Budapest o Varsovia consumían los limitados recursos de estas ciudades devastadas por la guerra. Propagandistas demagogos y panfletarios avivaban el temor de que los recién llegados fueran bolcheviques encubiertos, algo que sugería la idea de una amenaza roja mundial y que abonaría el terreno para el surgimiento de los movimientos políticos de extrema derecha. Los gobiernos respondieron dictando nuevas regulaciones de fronteras; Rumanía, Hungría, Polonia, Alemania, Estados Unidos, Argentina y la Palestina británica -los países a los que huían la mayoría de los judíos refugiados- revisaron sus políticas de inmigración para frenar la llegada de nuevos inmigrantes judíos y protegerse contra la amenaza bolchevique. Los pogromos habían convertido a los judíos en «el principal problema mundial», en palabras de Henry Ford en su alegato de 1920 en *El judío internacional*.

Will a Slaughter of Jews Be Next European Horror?

While the sporadic persecutions and massacres of Jews in Russia, Poland, Roumania and the Ukraine, already reported, are disturbing in themselves, they are but scattered sparks compared to the conflagration some observers foresee. Thus William G. Shepherd, in a Paris dispatch to the New York **Evening Post** says that not only leading Jews in France, but even notable Russian authorities, including Kerensky, "admit the possibility that the next Russian horror will consist of attacks on Jews." In the course of a dispatch from Paris a correspondent to the New York **Day**, a Jewish paper, says regarding the massacres in the Ukraine that "the purpose is apparently to exterminate the entire Jewish population."

Regarding the reported persecution of Jews in Poland, Rev. Dr. H. Pereira Mendes, of New York, declares that that country "is now at the bar of the world's judgment, for the world has to choose between Turkish atrocities in Armenia, German atrocities in Belgium, and Polish atrocities in Poland."

Poles in New York, and the new Polish Premier Paderewski, deny that pogroms have occurred in Poland, and characterize these charges as anti-Polish and pro-German propaganda. To substantiate these denials the Polish Information Bureau cites Dr. Vernon Kellogg, recently returned to New York from Poland, who in an interview published in the New York **Times** stated that while "there were constant rumors of difficulties of one kind and another between the Jews and the Poles," he did not find evidence of any widespread massacres.

American readers will be interested in this striking article in THE LITERARY DIGEST for June 7th, which presents various angles on a very menacing situation. Other important news-articles are:

Will the United States Accept Mandate to Rule Turkey?

The Startling Possibilities Which Such an Acceptance Presents and Public Opinion Upon the Subject From All Quarters

Harry Hawker, the Britisher Who Took Chances Like a Yank
"Danger" of a Greater Poland
Reviling and Defending the Stage
Canada's Refuge for Sea-Birds
Oil From Burs
Jugo-Slavs in the United States
Belgium's Claim on the River Scheldt
German Music as a Deformed Ideal
Will Suffrage Be Ratified by the U. S. Legislatures?
Belgium's Murdered Steel Industry
The Irish-American Delegation to Ireland
Is It a Christian Peace?
The Drug Disease
The Factory Dentist
Official Reports vs. Some War-Rumors
(Accompanied by Enlightening Charts)
The Best of the Current Poetry

Many Illustrations, Including the Best of the Humorous Cartoons

Proving "The Digest"

You need THE LITERARY DIGEST—and we can prove it. Stop at a news-stand, invest ten cents in this week's number, and you'll have all the proof necessary. One glance through a copy will convince you that it is the only sure way by which you can intelligently follow the world's news and keep well informed on the events of the day. You will value, first of all, its time-saving conciseness which helps you to pick out any subject of interest and get the vital points in a moment. You will admire its stand for the whole truth when you see every question presented from every viewpoint. You will feel the appeal of its many interesting stories of individual experience and enjoy the humorous, suggestive cartoons. You will read THE DIGEST from cover to cover. Get this week's number and see of you won't.

June 7th Number on Sale Friday—All News-dealers—10 Cents

"Tis a Mark of Distinction to Be a Reader of The Literary Digest

The Literary Digest

FUNK & WAGNALLS COMPANY (Publishers of the Famous NEW Standard Dictionary), NEW YORK

Anuncio de la edición especial del *Literary Digest* «¿Será una masacre de judíos el próximo horror europeo?».

A pesar de todas las alarmas que se dispararon en aquel momento, el exterminio de cerca de cien mil judíos después de la Gran Guerra ha quedado en gran medida olvidado, sepultado bajo los horrores del Holocausto. Sorprende su ausencia de los libros de historia, de los museos y de la memoria pública del Holocausto. No obstante, los pogromos ocurridos entre 1918 y 1921 pueden ayudar a explicar cómo llegó a ser posible la siguiente oleada de violencia antisemita. Los historiadores han buscado explicaciones del Holocausto en el

antijudaísmo de la teología cristiana, en las teorías raciales del siglo XIX, en la teoría del resentimiento social, en los conflictos económicos, en las ideologías totalitarias, en las políticas gubernamentales que estigmatizaban a los judíos y en los vacíos de poder derivados de los colapsos estatales.[9] Pero rara vez se han rastreado las raíces del Holocausto en la violencia genocida perpetrada contra los judíos en la misma región en la que se llevaría a cabo la «solución final» dos décadas más tarde. La razón principal de esta ausencia ha sido el haberse centrado, por un lado, en la persecución de los judíos en Alemania, donde la violencia antisemita en las décadas anteriores a que Hitler se hiciera con el poder era relativamente escasa y, por otro lado, en los campos de exterminio nazis de la Polonia ocupada, donde la burocracia alemana modernizó e intensificó sus métodos de exterminio; incluso los fusilamientos sistemáticos que eran habituales en Ucrania fueron vistos como algo categóricamente diferente al tipo de violencia desatada, propia de los pogromos. En definitiva, los pogromos parecían una reliquia de tiempos pasados.

Sin embargo, durante las últimas décadas, los historiadores han reconocido que, en las regiones de la Unión Soviética ocupadas por los alemanes, los asesinatos estaban motivados ante todo por la aversión hacia el bolchevismo y por la percepción de la preminencia de los judíos en ese movimiento, los mismos factores que habían provocado los pogromos entre 1918 y 1921.[10] Estudios pormenorizados de las masacres que ocurrieron en Ucrania y Polonia en 1941 han revelado también los complejos vericuetos por los cuales la inestabilidad política, la estratificación social y étnica, y las dinámicas de grupo convirtieron a «personas corrientes» y «vecinos» en asesinos.[11] Estos estudios han ampliado nuestro concepto de atribución de culpa, de modo que alcance no sólo a los líderes distantes como Hitler, a las filosofías políticas abstractas como el fascismo o a las grandes organizaciones impersonales como el partido nazi, sino también a la gente corriente que tomaba decisiones a nivel local. Nos han recordado que alrededor de un tercio de las víctimas del Holocausto fueron asesinadas cerca de sus casas, a manos de gente que conocían, antes de que la mayoría de los campos de concentración empezaran a funcionar en 1942. De hecho, los supervivientes de estas masacres se referían a ellas como «pogromos», vinculando sus experiencias a un prototipo que les resultaba familiar. Al mismo tiempo, un análisis exhaustivo de los pogromos de 1918 a 1921 nos muestra que no sólo fueron disturbios étnicos llevados a cabo por campesinos y ciudadanos enfurecidos, sino también acciones militares perpetradas por soldados disciplinados.

Así pues, lo que les sucedió a los judíos de Ucrania durante la

Segunda Guerra Mundial tiene sus raíces en lo que ya les había ocurrido en la misma región tan sólo dos décadas antes.[12] Los pogromos normalizaron la violencia contra los judíos, convirtiendo la requisa forzosa de propiedades privadas, la guerra de religión, y la detención y ejecución de enemigos políticos en una respuesta aceptable a los excesos del bolchevismo. Durante este periodo de génesis del conflicto y de construcción del estado, la constante sucesión de estos baños de sangre había acostumbrado a la población a la brutalidad y la barbarie. Cuando llegaron los alemanes, cargados de odio antibolchevique e ideología antisemita, se encontraron con un territorio en donde se habían cometido matanzas durante décadas y donde el asesinato en masa de judíos inocentes formaba parte de la memoria colectiva, es decir, un territorio en el cual lo inimaginable ya se había hecho realidad. Como acertadamente previó el demógrafo Jacob Lestschinsky en vísperas de la invasión alemana de la Unión Soviética, el «legado de atrocidades» que dejaron los «horrores ucranianos» entre 1918 y 1921 aún «no se había curado del todo».[13] La continua presencia de judíos era un firme recordatorio del trauma de aquella época, de los crímenes que los ciudadanos habían perpetrado contra ellos y sus propiedades y de las terribles repercusiones de esas acciones. El genocidio nazi alemán, con su escala sin precedentes y su pavoroso número de muertes, ofreció la oportunidad de una suerte de absolución, la ocasión para borrar las pruebas de atrocidades pasadas y para relativizar los pecados de las generaciones anteriores, permitiendo que los pogromos fueran olvidados al compararse con afrentas mayores. Como dijo el presidente Bill Clinton durante su visita a Kigali, donde reconoció su error en la prevención del genocidio de Ruanda de 1994: «Cada derramamiento de sangre acelera el siguiente, la vida humana se degrada y la violencia se vuelve tolerable, lo inimaginable se hace concebible».[14]

La mayor parte de Ucrania estuvo integrada, en su día, en un territorio autónomo polaco-lituano, una república plurinacional considerada como «un paraíso para los judíos». Sin embargo, en los siglos XVII y XVIII este territorio fue desmembrado por las potencias vecinas. Las planicies y amplias estepas que se extendían hacia el este desde el río Zbruch, a lo largo de la cuenca del río Dniéper hasta el río Donets, y desde el mar Negro por el sur hasta las marismas del Prípiat en el norte, fueron incorporadas a la Rusia zarista, convirtiéndose en las provincias de Volinia, Katerinoslavia (hoy Dnipró), Kiev, Podolia, Poltava, y Chernígov. La zona occidental del Zbruch, incluyendo las faldas de los Cárpatos, se convirtió en la provincia austriaca de Galitzia.

A principios del siglo XX vivían en esas tierras casi tres millones de

judíos. Constituían aproximadamente el doce por ciento de la población total y coexistían, en una relación tensa pero beneficiosa para todas las partes, con campesinos ucranianos, burócratas rusos y nobles polacos.[15] Los judíos eran una clase marginada, diferenciada de sus vecinos por sus prácticas religiosas, su lengua, su ropa, sus nombres y sus ocupaciones, además de por cientos de decretos legales discriminatorios que les fueron impuestos por los sucesivos zares en las tierras sometidas al gobierno ruso. Los más conocidos fueron las leyes de residencia que restringían la presencia de la mayoría de los judíos a la Zona de Asentamiento de las provincias occidentales del Imperio ruso y al Reino de Polonia, también controlado por Rusia. En muchas de las ciudades y en los pequeños pueblos comerciales o *shtetls* que daban a los valles y riberas, los judíos constituían más de una tercera parte de la población y el yidis era la lengua más hablada.[16] La mayoría de estos judíos trabajaban como artesanos, tenderos o pequeños comerciantes, sobreviviendo a duras penas en una de las regiones más pobres de Europa. Pero una pequeña élite comenzaba a despuntar en las crecientes metrópolis. La ciudad portuaria de Odesa -la cuarta más grande del Imperio ruso a principios del siglo XX- atraía a sionistas soñadores, revolucionarios marxistas, rabinos reformistas, poetas hebreos y dramaturgos que escribían en yidis. Kiev, la capital medieval, sólo permitía asentarse en la ciudad a judíos que cumplieran con ciertos requisitos educativos o económicos, pero esta también estaba adquiriendo un notable carácter judío, sobre todo en torno a las florecientes industrias del azúcar y el grano. Y Lwów, la ciudad más grande de la zona de la frontera con Austria, no solamente atraía a vendedores ambulantes y comerciantes, sino también a un creciente número de empresarios judíos que se unieron a la clase alta polaca que dominaba la ciudad.[17]

Por el contrario, en el campo, los judíos escaseaban, incluso eran vistos en los pueblos como una curiosidad, donde sobrevivían habitualmente administrando las propiedades de los nobles polacos o regentando posadas y tabernas de carretera. Alrededor del ochenta por ciento de la población rural hablaba ucraniano, una lengua eslava que, a pesar de tener una creciente literatura culta, a menudo era menospreciada como un simple dialecto; los rusos llamaban a la lengua y a la gente que la hablaba «pequeños rusos», mientras que los austriacos se referían a ellos como «rutenos», un término derivado de la misma raíz que «ruso». En otras palabras, estas ciudades y los pueblos de sus alrededores hablaban lenguas distintas, literal y metafóricamente hablando. No es coincidencia que el término yidis *goy* signifique tanto campesino como no judío, de la misma manera que el término ruso para campesino, *krestianin*, deriva de la palabra rusa empleada para cristiano. En su mayoría, los ucranianos se

adherían al cristianismo ortodoxo de rito oriental, heredado de Bizancio. En las regiones del este y del centro, la Iglesia estaba regida por un arzobispo metropolitano; en el oeste, los creyentes estaban en total comunión con el papa de Roma, y por lo tanto se los conocía habitualmente como católicos griegos.

En la literatura, la vida rural ucraniana se describía a menudo con tintes románticos. El poeta ucraniano Taras Shevchenko idealizó la autenticidad de este estilo de vida, así como la rebeldía y el amor a la libertad de su pueblo. Por ejemplo, su poema épico de 1841, *Jaidamakas*, celebraba la revuelta de campesinos insurgentes contra los grandes señores polacos y sus administradores judíos. En la Galitzia austriaca, el escritor socialista Ivan Franko escribía relatos populares sobre los diligentes trabajadores de la industria petrolera que eran engañados por sus jefes judíos. La imagen del judío indolente que explotaba a los campesinos y se burlaba del cristianismo era un tema recurrente en el folclore eslavo. Un mito popular narraba cómo los judíos empeñaban las llaves de las iglesias u otros objetos sagrados. Se acusaba a los administradores de bienes inmuebles y a los prestamistas judíos de estar empobreciendo a los campesinos al concederles créditos que nunca podrían devolver, y se culpaba a los taberneros judíos del alcoholismo de los campesinos. Pero, sobre todo, los judíos eran desconcertantes para los feligreses habituales, que se preguntaban por qué tenían unas prácticas tan raras y por qué rechazaban obstinadamente la verdad del Evangelio.[18]

El folclore judío y su literatura, por su parte, también podía ser cruel y denigrante, a menudo retratando a los campesinos cristianos como mentecatos borrachos. Sholem Rabinovich, el escritor en lengua yidis más conocido como Sholem Aleichem, cuyas historias se sitúan principalmente en esas tierras, presentaba a unos judíos piadosos a los que describía como personas que vivían vidas apartadas en un ambiente hostil, satisfechos de que Dios hubiera creado a los judíos y a los ucranianos de manera diferente. Como dice su personaje más famoso, Tevye, el lechero, «Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, pero haríamos bien en recordar que hay diferentes tipos de semejanzas».[19] En el mundo de Sholem Aleichem, los judíos prefieren los compartimentos de tercera clase donde «uno se puede sentir como si estuviera en casa» y en los que «sólo estamos nosotros, hermanos, los hijos de Israel».[20] En sus relatos, cada comunidad se dedica a lo suyo, interactuando en el muy controlado entorno del mercado, donde el dinero despersonaliza sus relaciones y «todo está entremezclado: *goyim*, caballos, vacas, cerdos, gitanos, carretas, ruedas, arneses y judíos de todo tipo».[21]

Sin embargo, en tiempos normales, las relaciones entre judíos y cristianos eran pacíficas, a veces incluso amistosas. Los granjeros iban

en sus carretas al pueblo para que les molieran el trigo en un molino propiedad de un judío o para que extrajeran el azúcar de sus remolachas en una fábrica judía. Vendían la harina y otros productos a comerciantes judíos que los llevaban al mercado y, mientras estaban en la ciudad, elegían algunas mercancías imperecederas de las tiendas judías y quizás parasen en una herrería judía para ajustar las herraduras a los cascos del caballo o reparar un instrumento de cocina. Los zapateros, sastres, toneleros, vidrieros y dueños de pequeños negocios judíos se arremolinaban en la plaza del mercado y en las fangosas calles de sus alrededores, mientras que los ciudadanos ucranianos normalmente vivían más lejos, cerca de los campos, huertos y pastos. En el este, los judíos compartían espacio urbano con burócratas rusos y personal militar acuartelado en la ciudad; en el oeste, con nobles polacos, muchos de los cuales estaban empobrecidos a pesar de su distinguido origen. El desarrollo de las grandes fábricas durante los primeros años del nuevo siglo también atrajo a un creciente número de ucranianos a las ciudades; normalmente trabajaban junto a empleados judíos y volvían a sus pueblos en verano para ayudar en las cosechas de la estación.

Los europeos occidentales tendían a considerar económicamente atrasada a esta parte de Europa. Muy poco industrializada, dependía en gran medida del grano de la famosa zona de las Tierras Negras, que se extiende por el este hacia Rusia a lo largo de las provincias meridionales de Volinia y Kiev.[22] La generosidad de la tierra desincentivaba la innovación agrícola. Permitía a los campesinos mantener el antiguo sistema de rotación de tres campos: arar con bueyes, cosechar con guadaña y trillar a mano.

Sin embargo, la construcción de ferrocarriles y el desarrollo de las industrias de jabón, cuero y sebo transformaron las decrépitas ciudades mercantiles y los centros administrativos regionales por donde pasaban los trenes en ciudades bulliciosas y crearon una nueva clase de industriales judíos adinerados. A finales de siglo surgieron fábricas de tabaco y azúcar de remolacha en toda la provincia de Kiev, muchas de las cuales llevaban los nombres de sus propietarios judíos: Kogan, Rotenberg, Shishman. La creciente disparidad entre ciudad y campo impulsó un movimiento revolucionario que surgió entre los intelectuales urbanos y los obreros industriales y rápidamente se extendió a las masas rurales. La Gran Guerra intensificó el creciente malestar, destruyendo cosechas, desmoralizando a los pueblos y desestabilizando a las familias. Pero los revolucionarios, después de la guerra, prometían la redistribución de la tierra, que pertenecía principalmente a los nobles polacos, entre los campesinos ucranianos que la cultivaban, y esto era lo que más entusiasmaba a las gentes del campo.

Mientras, al final de la Gran Guerra, los grandes imperios plurinacionales se derrumbaban, emergió una República Popular Ucraniana que prometía una distribución justa de la tierra y autonomía para las minorías nacionales de la región, un compromiso celebrado por los judíos de todo el mundo. Pero la región se enredó enseguida en un conflicto hostil a menudo denominado, de manera simplista, guerra civil. Distintos defensores de la independencia ucraniana tenían que vérselas con anarquistas, señores de la guerra y milicias independientes al mismo tiempo que luchaban contra el Ejército Blanco que intentaba preservar una Rusia unida, contra el Ejército Rojo que trataba de establecer un imperio bolchevique global y contra un ejército polaco que pugnaba por recuperar sus fronteras históricas. En esta guerra, que comenzó en 1918 y terminó en 1921, alrededor de un millón de ucranianos murieron como consecuencia de las hambrunas, las enfermedades y la violencia militar.[23] A estas bajas hay que añadir unos seiscientos mil soldados zaristas muertos en el frente durante la Gran Guerra y más de dos millones de soldados y civiles de todo el Imperio ruso que murieron por enfermedades.[24] Entre 1914 y 1921, Ucrania perdió casi el veinte por ciento de su población.[25] La turbulenta historia de esta región se refleja en las denominaciones que le dieron los académicos: «Tierras Sangrientas» «zona de dispersión de imperios», «las tierras intermedias» o «el no-lugar».[26]

Como sucede con todas las guerras en las que no hay frentes bien delimitados, el enemigo, cuya identidad variaba cada semana, podía estar en cualquier parte y, a menudo, se imaginaba que estaba en la retaguardia, escondido entre la población civil. Se habían extendido las acusaciones y rumores de colaboracionismo, lo que impulsaba a las personas a rodearse de quienes les eran más cercanos y a denunciar a quienes percibían como diferentes. Influenciada por los periódicos, los tabloides y las proclamas oficiales, gran parte de la población culpaba a los judíos de acaparar el pan, importar ideas hostiles, simpatizar con el enemigo y conspirar contra la nación. A veces, sobre todo en momentos de cambio de régimen, estas tensiones acababan en violencia, a menudo encabezada por veteranos de guerra y desertores habituados al combate e incapaces de adaptarse a la vida civil.[27]

Los pogromos que derivaron de todo ello fueron públicos, participativos y rituales. A menudo ocurrían en una atmósfera carnavalesca de borrachos cantando y bailando; la masificación permitía disolver las responsabilidades, atrayendo a gente corriente y a ciudadanos honrados que en otras circunstancias no se hubieran sumado a estos procesos. La frecuente participación de vecinos y conocidos, clientes de confianza y amigos de la familia era lo que más irritaba a las víctimas, provocando en ellas un sentimiento de

impotencia y extrañamiento, un trauma que duró más que sus heridas físicas. Al perpetuarse el conflicto, la violencia se hizo más organizada y metódica, y fue llevada a cabo por unidades militares que actuaban obedeciendo órdenes directas. Estos reiterados ataques no tenían ninguna finalidad militar, sino que más bien expresaban la idea de que la población civil judía era una amenaza para la existencia del nuevo orden político, social y económico. Los ataques supusieron una gran traición para las angustiadas víctimas, que habrían esperado que el ejército las defendiese y restaurase la ley y el orden.

Los judíos no eran la única minoría étnica o religiosa perseguida; los armenios, los menonitas, los tártaros musulmanes de Crimea y los propios ucranianos también sufrieron enormemente. Pero sólo los civiles judíos eran señalados como culpables por casi todo el mundo. Los bolcheviques los despreciaban por ser nacionalistas burgueses, los nacionalistas burgueses los consideraban bolcheviques, los ucranianos los veían como agentes rusos, los rusos sospechaban que eran simpatizantes de los alemanes y los polacos dudaban de su lealtad a la recién fundada República Polaca. Dispersos en núcleos urbanos y poco concentrados en los territorios adyacentes, los judíos eran incapaces de articular una demanda verosímil de soberanía. Se encontraban en todos los ámbitos del conflicto, aliados con el grupo que tenía más posibilidades de mantener la estabilidad y asegurar la protección de su comunidad. En consecuencia, ningún partido confiaba plenamente en ellos. Independientemente de las inclinaciones políticas, siempre había un judío al que culpar.

Este libro se divide en cinco partes. La primera trata de los antecedentes, centrándose primero en la historia de la violencia antisemita en el Imperio ruso y en el impacto de la Gran Guerra en ella, incluyendo el trato dado a los judíos durante la ocupación rusa de la Galitzia oriental y las expulsiones masivas de los judíos de la zona de guerra. Después, se ocupa de la Revolución rusa de 1917, del establecimiento del estado independiente de Ucrania (con su promesa de autonomía para todas las minorías nacionales) y de las negociaciones con los bolcheviques para el final de la guerra. Acaba con la caída del Imperio austrohúngaro en noviembre de 1918, cuando coincidieron en Lwów las declaraciones de independencia de los ucranianos y de los polacos, y las unidades militares polacas aprovecharon la caótica situación para perseguir a civiles judíos, lo que se convirtió en el prototipo de una nueva clase de pogromo.

La segunda parte ofrece un análisis detallado de algunos de los 167 pogromos documentados que tuvieron lugar durante los tres primeros meses de 1919 en las provincias de Volinia y Podolia. En estos pogromos, las milicias que funcionaban como parte del ejército de la

República Popular de Ucrania cometieron o autorizaron ataques a civiles judíos. El pretexto para tales ataques fueron las acusaciones o rumores de que los judíos estaban planeando una revolución para instaurar un gobierno bolchevique. Pero los jefes militares también estaban motivados por un deseo de saqueo, ya que creían que los judíos estaban acaparando bienes en sus hogares y lugares de trabajo. Una vez rota la apariencia de orden público, los ciudadanos corrientes se unieron a los expolios, y la ciudad se acostumbró a la violencia antisemita. Posteriormente, trabajadores humanitarios judíos iniciaron una campaña con el fin de documentar esta violencia para la posteridad, recogiendo testimonios con la esperanza de poder, algún día, perseguir a los culpables.

En abril de 1919, la República Popular de Ucrania prácticamente había sido derrotada por el Ejército Rojo bolchevique. Sin embargo, señores de la guerra insurgentes que ocuparon el vacío de poder controlaban extensas zonas de la región. Motivados por la avaricia y el deseo de poder, aterrorizaron a su paso a las poblaciones judías. La tercera parte del libro se ocupa de algunos de los trescientos siete pogromos documentados provocados por estos señores de la guerra, cuando la violencia antisemita se extendió por toda la región y los campesinos se levantaron contra sus vecinos judíos con horcas y pistolas. Nos centraremos después en la literatura de la memoria y en la ciudad de Slovechno, que tuvo su propio señor de la guerra local, capaz de enemistar a los vecinos entre sí. Terminaremos en París, donde polacos y ucranianos debatieron sobre las causas de los pogromos con los judíos, que buscaban reconocimiento internacional.

La cuarta parte se centra en la victoria de los bolcheviques sobre sus más temibles adversarios, el Ejército de Voluntarios rusos blancos y el Ejército de la República de Polonia, y sobre los últimos núcleos de resistencia campesina. A finales del verano y durante el otoño de 1919, el Ejército Blanco hizo importantes incursiones en Ucrania, amenazando temporalmente el poder bolchevique en la región y alentando la posibilidad de un Imperio ruso restaurado. Los rusos blancos, cuyas filas estaban formadas por voluntarios procedentes del extinto ejército zarista, profesaban un odio acérrimo a los bolcheviques y creían fervientemente que los judíos eran los responsables de la revolución. Adoptaron una táctica de tierra quemada en los doscientos trece pogromos documentados que llevaron a cabo y dejaron a su paso un reguero de propaganda antisemita. Pero la derrota de los blancos no terminó con el desorden. Por ejemplo, después de años de intensa violencia en la ciudad de Tetiiv, campesinos armados encerraron a los judíos de la localidad en una sinagoga y la quemaron. En su intento final de conseguir la supremacía militar en la región, los bolcheviques tuvieron que luchar

contra una invasión de los polacos antes de lograr regresar a las puertas de Varsovia gracias, en gran medida, a los esfuerzos de la Caballería Roja. De nuevo, esta sección pone de manifiesto que la tolerancia general respecto de la violencia aumentó con cada episodio, hasta que los bolcheviques fueron finalmente capaces de asegurar el control de la región, consiguiendo el monopolio del uso de la fuerza y poniendo fin a los pogromos.

La parte final del libro examina las consecuencias globales de los pogromos, y en ella se sostiene que la crisis de refugiados contribuyó a la escalada de las políticas de extrema derecha en Europa, ya que el miedo mundial al bolchevismo se vinculó estrechamente a la migración judía. La memoria colectiva de los pogromos polarizó aún más las relaciones entre judíos y ucranianos. En la nueva Unión Soviética, los tribunales revolucionarios ejecutaron sumariamente a líderes campesinos acusados de bandolerismo y actividades contrarrevolucionarias; fanáticos de las ciudades invadieron los pueblos de Ucrania, arrebatando las tierras a los campesinos y las iglesias a los fieles; y las brigadas soviéticas requisaron a la fuerza grano y ganado a los campesinos hambrientos. Todo esto intensificó la animadversión hacia el nuevo gobierno y hacia los judíos, a quienes se culpaba de esos excesos. En el último capítulo se analizan los pogromos que los alemanes instigaron en su invasión de junio de 1941, y se muestra cómo los nazis aprovecharon la memoria local, inspirándose en los patrones de violencia existentes, y rentabilizaron la asociación popular entre judíos y bolcheviques para emprender una nueva y última ronda final de masacres.

NOTA SOBRE LAS FUENTES, NÚMEROS, FECHAS Y NOMBRES DE LUGARES

Conocemos los pogromos gracias a los heroicos esfuerzos de los trabajadores humanitarios, abogados y activistas comunitarios. Mientras se apresuraban a prestar asistencia médica, reubicaban a los refugiados, se ocupaban de los necesitados y señalaban a los responsables, también tenían en cuenta las implicaciones históricas de la violencia que se estaba llevando a cabo a su alrededor. «Esto no puede silenciarse», declaró el Comité Central de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos en una circular distribuida ampliamente por toda Ucrania y también a la prensa en yidis. «Debéis contar y dejar testimonio de todo. Cada judío que venga de una ciudad afectada debe informar de lo que ha visto para que no se pierdan las pruebas».[28] La población judía respondió de manera activa, produciendo decenas de miles de páginas de testimonios e informes en los días y años posteriores a la violencia. Mediante un análisis a fondo de estos materiales, este libro no sólo narra la historia de los pogromos, sino que rinde homenaje a la extraordinaria labor de aquellos que la documentaron.

En agosto de 1914, un grupo de industriales y banqueros judíos rusos creó el Comité Judío de Ayuda a las Víctimas de la Guerra, una asociación voluntaria de ayuda para coordinar la distribución de apoyo a las víctimas judías de la guerra y para ayudar a reasentar a los refugiados.[29] El comité, que contaba con fondos de asociaciones filantrópicas privadas y del gobierno ruso, actuaba como organización coordinadora, supervisando a múltiples organizaciones de beneficencia y sociedades de autoayuda judías anteriores a la guerra. Cuando el catastrófico impacto de la guerra en las comunidades judías de la frontera se hizo más que evidente, el comité amplió su alcance. Bajo la dirección del trabajador humanitario y activista socialista sionista Nokhem Gergel, proporcionó empleo a cientos de personas como sanitarios, profesores, abogados o trabajadores humanitarios

que fueron ubicados en trescientas veinticinco localidades del Imperio ruso.[30]

En enero de 1919, cuando los pogromos empezaron a desbancar a la guerra como motivo de preocupación más inmediato para las agencias humanitarias, Gergel y otros trabajadores humanitarios crearon en Kiev el Comité Central de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos, para ayudar a los «miles de huérfanos, cientos de viudas, ciudades y pueblos diezmados y mujeres violadas».[31] El comité dependía en su mayor parte de la filantropía privada: «Que cada comunidad organice su propio comité para recolectar dinero y que envíe lo recolectado al Comité Central», decía su circular. «Todo judío tiene la obligación de contribuir, y nadie debería negarse».[32]

Cuando empeoró la situación política en la región, a principios de la primavera de 1919, las luchas internas entre las organizaciones judías y los partidos que apoyaban al comité obstaculizaron su trabajo. En mayo, los bolcheviques prohibieron al Comité Central actuar en las zonas que estaban bajo su control y, en su lugar, destinaron las ayudas a su propio Comité de Ayuda a las Víctimas de la Contrarrevolución. La Cruz Roja rusa también creó un Comité de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos.

El Comité Central de Gergel, que continuó actuando en regiones donde los bolcheviques no habían consolidado su dominio, se centró principalmente en documentar las evidencias de los pogromos. Bajo su auspicio, el historiador Elye Tsherikover, el especialista en filología yidis Nokhem Shtif y el demógrafo Jacob Lestschinsky -que ya habían desempeñado previamente un papel activo en las políticas socialistas y sionistas judías- crearon un Comité Editorial para Recopilar y Publicar Materiales sobre los Pogromos de Ucrania.[33] El comité recogió testimonios de primera mano de víctimas y testigos, protocolos de varias comisiones, memorias, declaraciones oficiales, órdenes militares, recortes de prensa, listas de víctimas y fotografías. También envió cuestionarios a funcionarios locales -rabinos, sociedades funerarias y organizaciones humanitarias- pidiendo detalles biográficos de aquellos cuya muerte se podía confirmar, así como declaraciones de los supervivientes.[34] Las respuestas abarcaban desde garabatos de unas pocas líneas contando una experiencia personal hasta minuciosos informes escritos a máquina que ocupaban docenas de páginas e incorporaban numerosas perspectivas y relatos de testigos. Escritos en el periodo inmediatamente posterior a los hechos, algunos expresaban directamente las emociones o estaban redactados para intensificar las reacciones apasionadas; otros se presentaban como una mera exposición de los hechos con fría precisión. Muchos se basaban en imágenes y temas recurrentes estereotipados. Algunos encuestados mandaban listas meticulosas no sólo con los nombres de

los asesinados, sino también de los heridos y de las mujeres y niñas que habían sido violadas; otros sólo apuntaban los nombres en trozos de papel. Algunas víctimas se identificaban con mayor precisión («Yitshok Vaynberg, sesenta años»); otros sólo por su apellido, («Dubinsky, cuarenta y cinco años»); y de otros sólo se incluía su descripción («itinerante, desconocido, sesenta y cinco años»; «tres hombres jóvenes de Piotrków»).[35] Los colaboradores remitían al Comité de Kiev cualquier información disponible. Como es de esperar, en ocasiones los detalles eran equívocos y no siempre podían ser corroborados, pero las similitudes entre los testimonios prestados por diferentes personas en momentos y sitios distintos conferían credibilidad al relato en su conjunto.

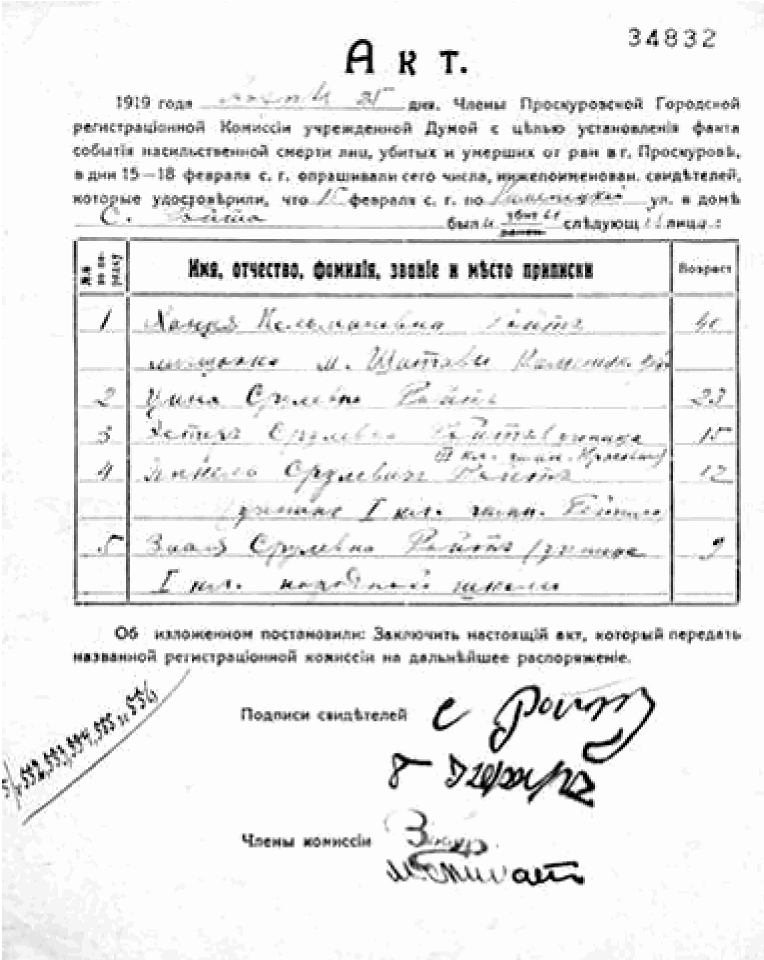
Además, aparte de contar con la buena voluntad de los colaboradores, el comité también envió a abogados a los lugares de los pogromos para que tomaran declaración, recopilaran pruebas documentales y fotográficas y emitieran un informe. Iosif Braudo dirigió las investigaciones en las provincias de Kiev y Podolia; Ilya Tsifrinovich trabajó en las de Volinia y Podolia; y el más importante, Arnold Hillerson, investigó los pogromos de Proskuriv y Óvruch. Durante el periodo zarista, Hillerson se había establecido como defensor de los judíos, representando con gran notoriedad a las víctimas del pogromo de Bialystok de 1906 en un juicio civil que tuvo una gran repercusión. A causa de su discurso en la sala durante ese juicio -en el que condenaba a los grupos antisemitas vinculados al gobierno y señalaba a las tropas militares zaristas que provocaron la violencia-, Hillerson fue acusado de incitar a la rebelión, a la traición y al derrocamiento del orden social existente. El proceso contra Hillerson se convirtió en un caso controvertido y en la piedra de toque para el aún relativamente nuevo sistema judicial ruso. Hillerson fue condenado a un año de cárcel por llevar a los autores del pogromo de Bialystok ante la justicia. Los informes completos que escribió sobre los pogromos de 1919 se distribuyeron ampliamente y se publicaron después en múltiples idiomas.

En 1921 y 1922, Gergel, Tsherikover, Shtif y Lestschinsky huyeron del gobierno bolchevique y se asentaron en Alemania, llevándose consigo las decenas de miles de páginas de documentos que habían recopilado y que lograron sacar a escondidas con la ayuda del embajador lituano Jurgis Baltrušaitis. En Berlín, convirtieron los materiales del Comité Editorial en el Archivo Histórico de los Judíos del Este y planificaron la publicación de una serie de siete volúmenes sobre los pogromos.[36] Al mismo tiempo, Tsherikover y Shtif ayudaron a crear el Instituto Científico Yidis (YIVO) con el fin de que funcionara como una fuente institucional de financiación para los judíos del este de Europa.[37] Cuando los nazis llegaron al poder en Alemania, el YIVO

trasladó sus oficinas a Vilna, llevándose parte del Archivo Histórico de los Judíos del Este, mientras que Tsherikover se llevó otra parte a París. Después de la guerra, activistas afiliados al YIVO enviaron en secreto los materiales que quedaban en Vilna y París a Nueva York, donde se volvió a restablecer el YIVO.[38] Aunque se perdieron muchos documentos en Vilna, aún pueden consultarse en los archivos del YIVO 753 carpetas que contienen 63.168 páginas numeradas en el Centro de Historia Judía, y 606 carpetas de la colección de París están disponibles en los Archivos Centrales de la Historia del Pueblo Judío en Jerusalén.

Junto a estos esfuerzos, numerosos escritores aficionados redactaron crónicas de los pogromos de los que fueron testigos, bien como parte de sus propias memorias o de proyectos editoriales más amplios de literatura memorialística.[39] El más prolífico de estos investigadores privados fue Eliezer David Rosenthal, un profesor judío de Besarabia que se empeñó personalmente en la misión de recoger información sobre los pogromos de cada una de las ciudades en las que éstos habían ocurrido. Con el apoyo del escritor y editor hebreo Hayyim Nahman Bialik, Rosenthal, con el tiempo, consiguió publicar tres volúmenes de documentación.[40]

Cuando los bolcheviques se hicieron con el control de la mayor parte de Ucrania en el verano de 1920, unificaron las instituciones de ayuda judía existentes en el Comité Público Judío con sede en Moscú. El archivo de Kiev, que fue desclasificado en 1991, contiene alrededor de 33.000 páginas de nombres de víctimas, testimonios y material administrativo.[41] Los juicios y procesos posteriores celebrados en esta misma década generaron más documentos, testimonios e informes, muchos de los cuales fueron incorporados a los archivos del YIVO y a las colecciones de los Archivos Históricos Centrales del Estado de Ucrania.



34832

Акт.

1919 года [illegible] дня. Члены Проскуровской Городской регистраціонной Комиссіи учрежденной Думой с цѣлью установленія факта событія насильственной смерти лиц, убитых и умерших от ран в г. Проскуровѣ, в дни 15—18 февраля с. г. опрашивали сего числа, нижепоименован. свидѣтелей, которые удостовѣрили, что 15 февраля с. г. по [illegible] ул. в домѣ [illegible] был[и] убит[ы] / ранен следующ[ие] [illegible] лица:

№ по пор.	Имя, отчество, фамилія, званіе и мѣсто приписки	Возраст
1	[illegible]	40
2	[illegible]	22
3	[illegible]	15
4	[illegible]	12
5	[illegible]	9

Об изложенном постановили: Заключить настоящій акт, который передать названной регистраціонной комиссіи на дальнѣйшее распоряженіе.

Подписи свидѣтелей [illegible]

Члены комиссіи [illegible]

Un informe firmado por S. Roysh, en el que declara que cinco personas que vivían bajo su techo fueron asesinadas durante el pogromo de Proskuriv entre el 15 y el 18 de febrero de 1919. La edad de las víctimas oscila entre los nueve y los cuarenta años. El Archivo Histórico de los Judíos del Este contiene 485 formularios similares del pogromo de Proskuriv.

Por último, la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, una agencia de ayuda creada en noviembre de 1914 para socorrer a las comunidades judías afectadas por la guerra, recogió testimonios de refugiados que habían huido del caos de la zona de guerra hacia Varsovia. Más adelante, el comité pudo enviar representantes a Ucrania que hicieron informes basados en observaciones de primera mano, todos los cuales proporcionan más detalles sobre los pogromos y sus consecuencias.

Cada una de estas organizaciones intentó también calcular el número de víctimas, proponiendo cifras que oscilan entre las cuarenta mil y las trescientas mil. Incluso hay oscilaciones en los números de pogromos concretos, que a menudo se multiplican por tres o más. Algunas organizaciones contaban los nombres de las tumbas colectivas y los cementerios, mientras que otras investigaban el número de fallecidos de la población. Las hubo que estudiaron cuidadosamente el exceso de mortalidad basándose en datos estadísticos, mientras otras se apresuraron a exagerar las cifras con poco rigor para provocar la alarma general. Cada manera de calcular arrojaba un número diferente de víctimas y supervivientes.

El Comité Público Judío soviético estimó que fueron asesinados entre 180.000 y 200.000 judíos en 1.520 pogromos en Ucrania y Bielorrusia entre 1917 y 1921, dejando alrededor de 300.000 huérfanos, lo que afectó directamente a la vida de 700.000 personas.[42] El demógrafo y trabajador humanitario Jacob Lestschinsky calculó que el número total de víctimas directas era de 75.000, a las que se añadieron otras 125.000 que murieron posteriormente a causa de enfermedades o por malnutrición. Lestschinsky concluyó que el número total de afectados por los pogromos ascendía a 600.000, incluyendo a refugiados, huérfanos y viudas.[43] Nokhem Gergel, por otro lado, estimó que la cifra total de muertos estaba entre 50.000 y 60.000, una cantidad a la que llegó contando las 31.071 muertes documentadas y fijando una media de 45,5 muertes por cada pogromo. Utilizó esta misma fórmula para calcular los fallecimientos en los pogromos de los que no había información precisa. Finalmente, añadió al total entre 16.000 y 26.000 más para tener en cuenta a quienes se suponía que habían muerto a consecuencia de sus heridas y no estaban incluidos en las primeras necrológicas.[44]

En 1921, la Sección Judía del Comisariado Soviético de Interior, una institución oficial del gobierno, contabilizó 33.398 nombres en las listas recopiladas por sus comités de ayuda. En los pueblos y las ciudades en los que se disponía de información más detallada, la Sección Judía se dio cuenta de que sólo se habían contado una tercera parte de las muertes, principalmente porque las listas dejaban fuera a aquellos que murieron de hambre o enfermedad o a causa de las heridas directamente sufridas en los pogromos. Por ejemplo, en Borshchahivka, un pequeño pueblo de 4.000 habitantes, fueron asesinadas 18 personas en los pogromos de 1919, pero otras 31 murieron a causa de sus heridas. En Justingrad se asesinó a 143 judíos en una ejecución masiva en agosto de 1919, pero en 1920 el impacto de la violencia elevó a 800 las muertes de judíos.[45] Teniendo esto en cuenta, la Sección Judía concluyó que el número total de muertes era

tres veces mayor que el de las necrológicas, y fijó la cifra oficial en 100.194, triplicando los 33.398[46] originales.

Debido a la caótica situación en que se encontraban los territorios, a los movimientos masivos de la población y a las diferentes maneras de contar, parece que nunca se llegará a un recuento preciso de las víctimas. No obstante, se puede afirmar que, tomados en conjunto, los pogromos de 1918-1921 fueron la catástrofe más grande acaecida al pueblo judío hasta entonces. Y esto era sólo el principio.

Los bolcheviques no sólo transformaron el paisaje político de Eurasia, sino que cambiaron también el calendario durante su mandato. Antes de febrero de 1918, Rusia y su antiguo Imperio contaban los días siguiendo el calendario juliano, que llevaba trece días de retraso con respecto al calendario gregoriano que se utilizaba en el resto de Europa. Así, el asalto al Palacio de Invierno -la Revolución de Octubre, que se llevó a cabo el 25 de octubre según el calendario juliano-, se celebraba en la Unión Soviética el 7 de noviembre según el calendario gregoriano. El cambio, sin embargo, no fue total, ya que algunos de los que se oponían a los bolcheviques, como la Iglesia Ortodoxa, continuaron siguiendo el «viejo estilo». Para evitar la confusión, he decidido utilizar el calendario juliano al referirme a los acontecimientos que tuvieron lugar dentro de la órbita del Imperio ruso antes de la Revolución bolchevique, y el calendario gregoriano para las fechas posteriores.

SOBRE LOS NOMBRES DE LOS LUGARES

En una especie de ironía histórica, la ciudad de Proskuriv, donde tuvo lugar uno de los peores pogromos de la época, fue rebautizada como Jmelnitski en 1954 para conmemorar el 300 aniversario de la revolución liderada por Bohdan Jmelnitski. Este, cuya estatua aún preside una de las plazas principales de Kiev y cuya imagen aparece en los billetes de cinco grivnas, es idolatrado por los ucranianos como uno de los padres de su nación por su papel en la lucha contra la opresión polaca. Pero es odiado por los judíos que, por el contrario, le asocian a la violencia antisemita que desató. El levantamiento que lideró acabó siendo probablemente el ataque más mortífero contra los judíos en todo el mundo antes de los pogromos, y se le recuerda en numerosos cantos funerarios y martirologios.[47]

Este ejemplo es sólo una prueba de hasta qué punto pueden resultar polémicos los nombres de los lugares. Incluso en 1919, cuando tuvo lugar el pogromo de Proskuriv, el nombre de la ciudad se pronunciaba y deletreaba de manera diferente. Los diecisiete mil judíos y cinco mil rusos de la ciudad se referían normalmente a ella

como Proskurov, mientras que los ocho mil polacos la llamaban Płoskirów y los cinco mil ucranianos pronunciaban su nombre como Proskuriv. Muchos nombres de lugares de esta región tienen historias similares, lo que plantea un dilema a quienes deciden escribir sobre ellas.

En los casos en que hay muchas variantes del mismo nombre (Lemberg, Leópolis, Lwów), he decidido utilizar una transcripción del nombre oficial actual. En la mayoría de los lugares esto significa que empleo la variante ucraniana. Sin embargo, para evitar anacronismos, en los sitios en los que ha habido un cambio real de nombre -de Proskuriv a Jmelnitski, por ejemplo- he mantenido, en la variante lingüística del país en el que están localizadas en la actualidad, el nombre de las ciudades tal como se conocían en la época, poniendo entre paréntesis el nombre actual la primera vez que se mencionan. He incluido Kishinev en esta categoría, porque puede que Chisináu no sea reconocible para los lectores en su variante moldava oficial. Los cambios de nombre que se repiten por toda la región nos recuerdan el clima de cambio constante en el que vivieron y murieron las gentes de las que se ocupa este libro.

PARTE I

GUERRA Y REVOLUCIÓN

Marzo 1881 - Diciembre 1918

1

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL IMPERIO RUSO

La palabra «pogromo», derivada del ruso *gromit'*, «aplastar» o «destruir», y relacionada con la palabra rusa utilizada para «trueno», entró en el léxico internacional en la década de 1880. A principios de 1920 se había vuelto tan familiar que incluso un caballo de carreras de Gran Bretaña fue llamado Pogromo; ganó el Epsom Oaks en 1922 y el Coronation Stakes.

En el *Times* de Londres, el término apareció por primera vez el 17 de marzo de 1882, definido entre paréntesis como «revuelta contra los judíos».[48] Las revueltas a las que hacía referencia se produjeron por primera vez en una taberna de Elizavetgrado (hoy Kropevnitski, Ucrania) durante la semana de Pascua de 1881. La Pascua siempre había sido una época delicada para los judíos: al recordar el mito de que los judíos eran responsables de la muerte de Cristo, y ofendidos por la continua presencia judía entre ellos, los feligreses a menudo se sentían impulsados a asaltar a sus vecinos. Pero en esta ocasión los disturbios se precipitaron por el asesinato del zar Alejandro II, muerto un mes antes a manos de unos terroristas revolucionarios, al haberse conocido que al menos uno de ellos era de ascendencia judía.[49] En Kiev tuvieron lugar revueltas similares no mucho después, y durante el verano siguiente se extendieron a doscientas comunidades de las provincias del sudoeste del Imperio ruso: campesinos empobrecidos, soldados desmovilizados, trabajadores del ferrocarril y jornaleros saqueaban tiendas, cantinas, bancos y molinos propiedad de judíos. Las revueltas, a veces acompañadas de violencia física, continuaron esporádicamente durante más de un año y produjeron la muerte de entre veinticinco y cuarenta judíos.

Los periódicos rusos de derechas alentaban los ataques, culpando a los judíos del asesinato del sagrado zar. Por su parte, los activistas de izquierdas veían las revueltas como el primer paso de una revolución más amplia: creían que los judíos eran el eslabón más débil del moribundo sistema imperialista. Los propios judíos culpaban de los pogromos al nuevo zar, Alejandro III, al que acusaban de convertir a

los judíos en chivo expiatorio para que el pueblo no dirigiese su malestar económico, social y político contra quienes ocupaban el poder.[50] En realidad, es probable que el motivo de la oleada de disturbios no hubiera sido tanto la agenda política de las élites como el resentimiento económico de las masas contra los judíos, cada vez más visibles en los centros urbanos. La extensión de los disturbios no se debió a una conspiración gubernamental deliberada sino más bien a la falta de policías locales capaces de sofocarlos de manera efectiva.[51] Mucho antes de que la violencia se generalizase, los pogromos ocurridos entre 1881 y 1882 se convirtieron en el principal punto de inflexión de la historia judía, alentando la migración masiva a América y originando el movimiento sionista y la radicalización de estudiantes e intelectuales judíos de todo el Imperio ruso.

Veintiún años después, durante la semana de Pascua de 1903, volvieron a estallar revueltas antisemitas, en esta ocasión en Kishinev (hoy Chisináu, en Moldavia). Kishinev era una metrópolis cosmopolita de unos cien mil habitantes, de los cuales la mitad eran judíos, situada en la provincia rusa de Besarabia, en la frontera con Rumanía. El periódico local había divulgado la falsa noticia de que un niño cristiano, que apareció muerto en la ciudad vecina de Dubosary, había sido víctima de un asesinato ritual judío; los «libelos de sangre» (el mito medieval de que las leyes judías exigían el empleo de sangre cristiana en sus rituales) continuaban circulando por Rusia mucho después de que el mito hubiera sido desacreditado en Europa occidental. Inflamados por esa incitación al odio del periódico, cientos de alborotadores atacaron a residentes judíos, primero en la plaza del mercado y después por toda la ciudad. En dos días fueron asesinados cuarenta y nueve judíos, y muchos más fueron asaltados, agredidos o violados.[52]

La publicidad que se dio al pogromo de Kishinev, junto a la incapacidad del gobierno zarista de castigar a los culpables, fue probablemente una de las causas de que se desencadenara un episodio parecido en septiembre de 1903 en Gómel, una ciudad de cuarenta mil habitantes en la provincia de Maguilov (en la actual Bielorrusia), en la que convivían cristianos y judíos. Espoleados por los rumores de la desaparición de un niño, los cristianos de la localidad atacaron a los judíos acusándolos de haber asesinado al niño con fines rituales. En esta ocasión los judíos opusieron resistencia: después del pogromo de Kishinev, los jóvenes sionistas y los militantes socialistas judíos habían llegado a la conclusión de que la pasividad frente a la violencia sólo provocaba más violencia. Un comité de autodefensa judío de Gómel se enfrentó a los asaltantes; la revuelta terminó con diez judíos y ocho cristianos muertos y con graves daños a las propiedades y numerosos heridos.

La movilización masiva para la guerra rusa contra Japón en febrero de 1904 trajo consigo más ataques. Reclutas campesinos saquearon tabernas, que eran propiedad de judíos, para disfrutar de una última noche de embriaguez y libertinaje antes de la batalla, y algunos pequeños altercados entre judíos y cristianos en las plazas de los mercados de toda la región terminaron en saqueos y violencia a gran escala.[53] Cuando se divulgó la noticia de que el banquero judeoamericano Jacob Schiff había concedido un préstamo al gobierno japonés para financiar sus esfuerzos bélicos, la prensa de derechas acusó a los judíos de ayudar al enemigo, incitando aún más la violencia antisemita. En definitiva, ese año docenas de judíos fueron asesinados en unos cuarenta episodios de revueltas y saqueos.

A medida que iban llegando noticias de las derrotas militares rusas en el frente, una agitación general amenazaba los cimientos mismos del Imperio zarista. A partir de enero de 1905, huelgas de trabajadores, motines militares y revueltas campesinas paralizaron la economía. Varios partidos políticos ilegales de inspiración marxista, que se habían formado de manera clandestina en los últimos años del siglo XIX, aspiraban a convertir el descontento popular en una revolución política. Los revolucionarios socialistas soliviantaban a los campesinos con la promesa de confiscar las tierras de los nobles y ponerlas en manos de quienes las trabajaban; entre tanto, los bolcheviques de Vladimir Lenin centraban su atención en organizar al proletariado urbano. Los sectores de la población más receptivos a estas llamadas revolucionarias resultaron ser las minorías étnicas que habían sido oprimidas por el zar, sobre todo los judíos. El principal partido revolucionario era la Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia, más conocido como el Bund, que defendía tanto una redistribución socialista de los recursos como los derechos de las minorías nacionales, en particular el derecho a usar la lengua yidis para la educación y el desarrollo cultural.[54] Los intelectuales judíos destacaban también como dirigentes de otros partidos políticos izquierdistas: muchos esperaban desprenderse de las diferencias religiosas y étnicas -que entendían como un estigma de judeidad- en una comunidad de trabajadores internacionales unidos. El historiador Isaac Deutscher acuñó una célebre definición para este tipo de revolucionario: un «judío no judío», un «judío herético que trasciende el judaísmo» y que, sin embargo, «pertenece a la tradición judía».[55]

Al otro lado del espectro político, la Unión del Pueblo Ruso, un partido monárquico que defendía la identidad nacional rusa apoyándose en el cristianismo ortodoxo, culpaba a los judíos del Imperio del crecimiento del movimiento revolucionario y de la inestabilidad política de la época. Contaba con el apoyo de las Centurias Negras, una fuerza paramilitar compuesta en su mayoría por

funcionarios menores del gobierno y veteranos de la guerra ruso-japonesa, que propagaba bulos conspiratorios antisemitas y que estuvo implicada en la violencia antijudía.[56] Las Centurias Negras fueron responsables de provocar muchos de los ataques violentos contra los judíos que caracterizaron la atmósfera politizada y caótica del verano de 1905. Algunos de estos episodios los llevaron a cabo zaristas leales, incitados por la prensa antisemita de derechas; otros los perpetraron matones ambulantes que, de manera intencionada, maltrataban a sus víctimas y huían con bebida robada y objetos de valor; y algunos otros los protagonizaron trabajadores descontentos que protestaban contra la escasez debida a la guerra y actuaban en momentos de crispación. Las manifestaciones de descontento popular y las revueltas étnicas premodernas convivían con la criminalidad. El estado toleraba un derramamiento de sangre limitado como forma de liberar las frustraciones reprimidas, pero cuando las revueltas se descontrolaban la policía intervenía para sofocarlas y restaurar el orden.

Una de las peores confrontaciones tuvo lugar en Zhytómyr, la capital de la provincia de Volinia, a unos ciento cincuenta kilómetros al oeste de Kiev.[57] Zhytómyr había sido elegida en la década de 1840 como una de las dos ciudades del Imperio que, junto con Vilna, estaba dotada de una escuela rabínica estatal cuya finalidad era preparar a los futuros líderes en asuntos tanto seculares como religiosos. Durante décadas, la escuela atrajo a un número creciente de jóvenes intelectuales, pero Zhytómyr nunca se convirtió plenamente en el ilustre centro intelectual que sus fundadores habían esperado; en lugar de ello, siguió siendo un centro principalmente administrativo y una ciudad provinciana. Dominaban su arquitectura los grandes edificios neoclásicos y neobizantinos del gobierno regional: hacienda, el edificio principal de administración, las oficinas de servicios militares, el banco estatal, la oficina de comercio e industria y el ministerio de Justicia. Entre estos edificios oficiales se intercalaban las tiendas y almacenes regentados en su mayoría por judíos que abastecían a los funcionarios y burócratas gubernamentales y a los ciudadanos corrientes que solicitaban sus servicios. La mayoría de los treinta mil judíos que vivían en la ciudad -una tercera parte de su población- eran artesanos pobres y tenderos que intentaban ganarse la vida en una economía de guerra. Al llegar el cambio de siglo, los habitantes de la ciudad compraban sus chanclas de goma en la tienda de Vaysman, sus medicinas y cosméticos en la de Shvartsman, sus relojes en la de Pomerant, sus cepillos en la de Gitman y sus artículos quirúrgicos y bicicletas en el taller de forja de Zilbert.[58] Judíos y cristianos compraban juntos, comerciaban entre ellos y compartían de manera cordial las calles, parques y espacios públicos de la ciudad, a pesar de que tendían a mantener separados sus círculos sociales y sus

instituciones comunitarias.

La mayoría de los judíos de la ciudad acudían a sus rabinos, y no a los líderes revolucionarios, en busca de respuestas a sus preguntas. Pero un pequeño número de estudiantes judíos, deseosos de mostrar que «Zhytómyr no es Kishinev», crearon brigadas de autodefensa ligadas al Bund o a los socialistas revolucionarios. Alarmados por el creciente número de judíos armados, algunos cristianos temieron que «los judíos intentaran tomar represalias contra los cristianos» por el pogromo de Kishinev y «masacrar a los cristianos». Los simpatizantes de las Centurias Negras imprimieron panfletos que culpaban a los judíos del movimiento revolucionario e invitaban a los cristianos a boicotear las tiendas judías y a los judíos a emigrar a «China, Japón o Palestina».[59]

El sábado 23 de abril de 1905, durante las fiestas del Día de San Jorge, un grupo de campesinos de un pueblo cercano empezó a apedrear a unos jóvenes judíos que estaban pasando su *sabbat* en un barco en el río Teteriv. Era una sana diversión tradicional que los adolescentes provocaran a los judíos. Sin embargo, los que iban en la barca eran miembros de la brigada de autodefensa de la ciudad; estaban armados con revólveres y convencidos de que, para evitar convertirse en víctimas, los judíos necesitaban defenderse por sí mismos mediante el uso de la fuerza. Hicieron varios disparos de advertencia al aire, logrando que los campesinos salieran corriendo hacia la ciudad, gritando que los judíos los estaban disparando. Algunos residentes, alarmados, salieron de sus casas con palos y hachas y atacaron a sus vecinos judíos. Al día siguiente, al propagarse la noticia del incidente, se produjeron nuevos tumultos en las plazas de los mercados y tiroteos que enfrentaron a la brigada de autodefensa con la policía y los militares, lo que acabó con la muerte de veintiún judíos. «Zhytómyr parecía un cementerio después del pogromo», cuenta un testigo.[60]

Las noticias de los disturbios llegaron a la cercana ciudad de Chúdniv, donde se movilizó una brigada de autodefensa judía que se dirigió a Zhytómyr. Cuando la brigada llegó a Troyaniv, un pueblo colindante, la población cristiana -sorprendida por la inusual imagen de judíos armados marchando por el campo- hizo sonar las campanas a modo de alarma y los vecinos salieron armados para defenderse de los invasores. Intervino la pequeña comunidad judía de Troyaniv, pidiendo a los judíos que depusieran las armas para que la gente del pueblo no atacase a miembros inocentes de la comunidad. La brigada de autodefensa atendió a la petición de sus correligionarios. Pero, tan pronto estuvieron desarmados, los vecinos los atacaron con espadas, hachas y palos. Siete miembros de la brigada fueron asesinados en el tumulto mientras que dos de ellos consiguieron esconderse en la

sinagoga. Al día siguiente, una multitud de campesinos entró en la sinagoga y encontró a los dos judíos, uno en el ático y otro en el arca de la Torá. Ninguno de los dos sobrevivió a la muchedumbre enfurecida.[61]

Zhytómyr fue sólo uno de los lugares de conflicto. Por todo el Imperio ruso, estudiantes insatisfechos, clérigos enajenados, minorías oprimidas, trabajadores y campesinos organizaron manifestaciones masivas en el otoño de 1905, que finalmente obligaron al zar a emitir su Manifiesto de Octubre, en el que concedía algunas libertades civiles y establecía un parlamento.

Sin embargo, las concesiones fueron insuficientes para satisfacer las demandas de reformas más radicales por parte de los revolucionarios. En la tensa atmósfera posterior a la publicación del Manifiesto de Octubre, el hostigamiento antisemita de la prensa, las Centurias Negras y algunos segmentos de la policía zarista provocó unos seiscientos pogromos en dos meses, causando grandes daños materiales y más de tres mil muertes. A pesar de ser devastadores y terribles, el alcance de estos pogromos fue limitado: los militares permanecieron del lado de la ley y el orden, reduciendo los desórdenes cuando era posible y conservando celosamente su monopolio de la violencia. Sin embargo, los pogromos de 1903 a 1906 ayudaron a modelar las pautas de comportamiento que irían luego perfeccionándose en cada oleada de disturbios.[62]

El más mortífero de estos incidentes ocurrió en Odesa. El 18 de octubre, manifestantes patrióticos que portaban iconos y retratos del zar se encontraron con una marcha de estudiantes radicales, lo que produjo una quiebra de autoridad en la ciudad. Al día siguiente, obreros y trabajadores portuarios y otros alborotadores se internaron en el turbio distrito de Moldavanka, que el escritor Isaac Babel haría famoso en sus *Historias de Odesa*. Animados por la inacción e incluso por la participación de la policía local, destrozaron propiedades judías y mataron a unas ochocientas personas en cuatro días de disturbios. Muchos estaban motivados por su resentimiento ante el protagonismo de los judíos en el mercado del grano o por los rumores acerca de la deslealtad de éstos. Las milicias de estudiantes y las brigadas de autodefensa judías trataron de combatir a los alborotadores, pero se vieron desbordadas y finalmente se revelaron ineficaces.[63]

En el otoño de 1906, la policía zarista finalmente acabó con los disturbios y puso fin a los pogromos. Al mismo tiempo, el gobierno promulgó nuevas reformas que mitigaron algunas restricciones a la libertad de prensa, a la formación de grupos políticos, a las reuniones públicas y a los derechos de las minorías étnicas. Ello conllevó un florecimiento de la cultura judía. De las asociaciones de aficionados surgieron círculos teatrales en yidis para entretener a un público ávido

tanto en teatros como en parques de bomberos y establos. Los escritores judíos hicieron la crónica de su época en hebreo, yidis, polaco, ruso e incluso ucraniano; violinistas, cimbalistas y clarinetistas judíos tocaban en bodas y celebraciones, a menudo junto a músicos gitanos, rumanos o húngaros; y las gentes con gustos similares se reunían en innumerables clubes sociales, educativos y de ocio.[64] Pero el zar continuaba restringiendo la residencia de los judíos a la Zona de Asentamiento y limitando el acceso de estos a la educación superior y al servicio civil y militar.[65]

Muchos funcionarios de la burocracia rusa despreciaban a los judíos por ser enemigos de la cristiandad o bien los veían como un grupo extranjero de competidores infatigables en el mercado económico. Otros llegaban a creer que formaban parte de una conspiración mundial. La infame falsificación *Los protocolos de los sabios de Sion* -libro publicado por el editor de las Centurias Negras Pavel Krushevan en 1903 y ampliamente difundido entre los rusos ultranacionalistas- denigraba la prensa libre, el liberalismo, las elecciones democráticas y otros numerosos aspectos de la modernidad, considerándolos complots judíos para dominar el mundo. *Los protocolos* parecían confirmar lo que muchos en el gobierno ruso sospechaban desde hacía tiempo: que los judíos eran agentes encubiertos que controlaban el mercado mundial y manipulaban a reyes y parlamentos en detrimento de los inocentes cristianos.[66] En 1913 quedó claro hasta qué punto los agentes del estado ruso estaban dispuestos a creer las acusaciones más absurdas contra los judíos, cuando los fiscales promovieron, con gran publicidad, un proceso contra Mendl Beilis, el superintendente judío de una fábrica de ladrillos de Kiev, que fue falsamente acusado de asesinar al niño de doce años Andrei Yushchinsky para utilizar su sangre con propósitos rituales.[67] Esa fue la mentalidad con la que el Imperio ruso entró en la Gran Guerra.

Después del asesinato, el 28 de junio de 1914, del archiduque Francisco Fernando, presunto heredero del trono austriaco, a manos de un nacionalista serbio, el estado mayor ruso, que consideraba a Serbia «de vital interés para Rusia», puso a su ejército en pie de guerra. Las alianzas militares prebélicas se sucedieron rápidamente, y la Triple Entente de Rusia, Francia y Gran Bretaña se vio inmersa en una guerra con las Potencias Centrales de Austria-Hungría, Alemania y el Imperio otomano.[68] Gente de todas las nacionalidades celebró la movilización de las fuerzas con manifestaciones patrióticas. En las provincias ucranianas rusas, los campesinos llevaban iconos y retratos del zar y se reunían ante las iglesias, mientras que los judíos llevaban rollos de la Torá en procesión por las plazas de las ciudades. Muchos

judíos del Imperio ruso esperaban que la alianza del zar con Gran Bretaña y Francia introdujera ideas liberales en Rusia y que ello acabase con las restricciones de la movilidad y con las cuotas.

Los cuatrocientos mil judíos que servían en el ejército zarista al principio de la guerra acogieron favorablemente la ocasión de demostrar su valía. Eran conscientes de que los mandos los vigilaban de cerca, recelando de su capacidad de lucha. De hecho, muchos oficiales y miembros del estado mayor desconfiaban de los soldados judíos y transmitían a sus tropas esa sospecha. El cuerpo de oficiales -un grupo conservador procedente de las antiguas élites imperiales- solía asociar a los judíos con la modernización económica que amenazaba el estatus de la nobleza terrateniente y con el movimiento revolucionario que ponía en peligro su permanencia en el poder. «La presencia de los judíos en unidades de combate es, en verdad, inapropiada -escribió un comandante a sus superiores-. No tienen un gran desarrollo físico, apenas son capaces de soportar las dificultades de la infantería, a menudo se ponen enfermos, son muy sensibles y su nerviosismo es perjudicial para los demás».[69] Los soldados judíos, declaró otro alto mando, «no sólo son inútiles, sino dañinos».[70]

En el otoño de 1914, durante los primeros meses de la guerra, el ejército ruso avanzó rápidamente hacia la Galitzia austriaca, que albergaba a unos novecientos mil judíos a los que los austriacos habían concedido la ciudadanía plena y sus derechos civiles. La destacada presencia judía en la región conquistada inquietaba a los soldados rusos. Desconfiaban de sus propios camaradas judíos, cuyo conocimiento del yidis hacía que fueran fáciles interlocutores para los judíos de Galitzia. Los jefes de las unidades se quejaban de que sus soldados de infantería judíos parecían tener más en común con los galitzianos que con sus compañeros de armas. Los mandos militares estaban preocupados porque los judíos pudieran confraternizar con el enemigo, desertar de sus compañías y revelar los secretos militares rusos. Puesto que el yidis y el alemán están muy relacionados, los soldados judíos del ejército ruso actuaban a menudo como intérpretes. Sus oficiales y compañeros sospechaban que pudieran estar en connivencia con el enemigo.

Circulaban rumores sobre la traición de los judíos a Rusia y su secreta lealtad hacia Alemania. Como escribió en su diario de guerra el etnógrafo y trabajador humanitario S. An-sky: «Todo empezó con acusaciones en voz baja, denuncias secretas y difamaciones con el propósito de presentar a los judíos como traidores a Rusia […]. Los judíos trabajaban como espías para el enemigo, se comunicaban con él a través de teléfonos ocultos, le pasaban los secretos mejor guardados mediante señales luminosas o fogatas, le mandaban millones de rublos en oro, etc.».[71] An-sky recopiló historias disparatadas sobre ancianos

judíos que pasaban los puentes alemanes ocultos en sacos y de judíos que estornudaban para alertar del paso de los aviones. El folclorista Avrom Rechtman -que durante gran parte de la guerra estuvo cerca del frente-, contó que en Proskuriv corrían rumores de que los judíos estaban pasando dinero de contrabando al enemigo escondido en féretros de pino, ocultándolo como si se tratara de un cortejo fúnebre. Se rumoreaba también que habían capturado a un judío que se comunicaba con el enemigo mediante un teléfono escondido bajo su barba.[72] Algunos campesinos aseguraban haber visto aterrizar un avión alemán cargado de oro en el patio de Hornosteipel Rebbe.[73] El historiador y economista Nikolai Poletika recordaba haber oído decir en tono jactancioso a oficiales militares de Kiev, en septiembre de 1914: «Primero nos ocuparemos de los alemanes y después de los traidores judíos».[74]

Durante su avance, los militares requisaron casas de judíos e irrumpieron en tabernas y bodegas regentadas por estos, a menudo saqueándolas y golpeando a sus ocupantes. Los oficiales dieron rienda suelta a sus tropas en los barrios judíos, permitiendo los saqueos como recompensa por su conquista. Los soldados incendiaron ciudades comerciales fronterizas, de mayoría judía, con el falso pretexto de que los judíos ayudaban al enemigo y disparaban a los soldados rusos desde las ventanas. Sólo en 1914, las tropas rusas mataron a dieciocho judíos en Lwów, a otros dieciocho en Brody, y a más de ciento cincuenta en Jaroslaw. Estas atrocidades no se cometían en el fragor de la batalla, sino horas después de que los rusos hubieran asegurado militarmente el control de la ciudad.[75] Un atento funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores ruso decía que la guerra, «que podría haber sido limpia y honorable, se ha convertido en el ataque de una horda de salvajes, una burla de toda ley y honor».[76] También se discriminaba legalmente a los judíos: quienes habían ocupado puestos administrativos bajo el gobierno austriaco fueron cesados de inmediato por el ejército de ocupación. Se clausuraron las organizaciones culturales yidis, se prohibió a los judíos trasladarse de un distrito a otro y se desposeyó de sus tierras a los terratenientes judíos: «Los arruinaron, quitándoles hasta el último centavo, les requisaron sus caballos, ganado, grano y máquinas», escribió An-sky.[77] Cerca de doscientos mil judíos de la Galitzia oriental ocupada por los rusos huyeron a Viena.

Por temor a la traición judía, unidades militares rusas retiraron a la fuerza a los judíos de las ciudades situadas en el frente. Estas medidas formaban parte de una nueva política encaminada a expulsar de las zonas de combate a los individuos sospechosos. Aunque esta política se había diseñado para ser aplicada únicamente a individuos, los jefes locales la utilizaron de inmediato para deportar a poblaciones

enteras: alemanes, turcos, armenios, búlgaros y también judíos. Las deportaciones se hicieron más sistemáticas en enero de 1915, cuando, ante los rumores de que los judíos habían estado celebrando las derrotas rusas, el comandante en jefe imperial, Nikolai Yanushkevich, emitió una orden en la que se decretaba la expulsión de «todos los judíos» de las zonas de actividad militar, lo que incluía prácticamente toda la Zona de Asentamiento.[78] Unos treinta mil judíos de las pequeñas localidades de los alrededores fueron deportados a Varsovia. A los tres mil judíos de Grodzisk, que está a unos cuarenta kilómetros al sudoeste de Varsovia, les dieron sólo tres horas para que recogieran sus pertenencias, mientras una multitud de vecinos les gritaba: «¡Marchaos a Palestina!».[79]

En abril y mayo de 1915, Austria desplegó una gran contraofensiva que expulsó a los rusos de Galitzia. El ejército ruso adoptó una política de tierra quemada, saqueando e incendiando las ciudades, abandonándolas apresuradamente y llevándose prisioneros a cincuenta mil judíos.[80] También se produjo una nueva ronda de deportaciones, centradas ahora en las provincias al noroeste de la Zona de Asentamiento; en este caso, alrededor de ciento noventa mil judíos de las provincias bálticas de Kovno (hoy Kaunas) y Curlandia fueron subidos a carretas y deportados a cientos de kilómetros al este, lejos del frente.[81] En otros casos, los militares tomaron rehenes de entre la población judía, detuvieron a unas cinco mil personas entre rabinos, líderes de la comunidad y hombres de negocios pudientes y amenazaron con asesinarlos si la comunidad judía no colaboraba. Un testigo describió cómo llevaban a los judíos de Panevėžys (en la actual Lituania), al norte de Vilna, a la estación de tren «con sus pertenencias en sacos preparados de manera precipitada, mientras los manteles, cestos, cofres y todo lo demás iba cayéndose por el camino. Niños que habían perdido a sus padres, padres que daban vueltas buscando a sus hijos. Los niños lloraban, los enfermos gemían, gritaban y pedían auxilio».[82] A menudo se pedía a los judíos que llevasen sus pertenencias a un punto central donde se subastaban entre los vecinos de la localidad antes de obligar a sus antiguos propietarios a subir a los trenes.

En los trenes, los deportados que padecían escarlatina y difteria se hacinaban con los sanos. Escaseaban el alimento y las medicinas; las comunidades de judíos locales estaban saturadas y eran incapaces de prestar ayuda. En la provincia de Kiev, un informe realizado por el Comité Judío de Ayuda a las Víctimas de la Guerra señaló que «miles de mujeres, ancianos y niños -hambrientos, desnudos, agotados y afligidos- subsistían desamparados, sin saber cuándo terminarían sus tormentos y su errancia».[83] En las grandes estaciones ferroviarias, como Kórosten o Sarny, por donde pasaban a diario trenes cargados

de refugiados, los funcionarios se negaban a que los trabajadores humanitarios locales alimentaran a los judíos hambrientos, convencidos de que el Comité Judío de Ayuda «encabezaba el movimiento judío revolucionario de Rusia».[84] Un corresponsal escribió que «no se permitía a los trenes que aminoraban su marcha detenerse en las estaciones para que se pudiera repartir comida a estos pobres miserables». «Los trenes sólo podían parar a un kilómetro de distancia de cualquier estación, pero quizás la suerte de las desconsoladas gentes que viajaban en ellos no era peor que la de otros miles y miles para quienes no había sitio en esos trenes y que de todos modos tenían que abandonar el territorio».[85]

El exceso de deportados obligó al gobierno a relajar las restricciones de residencia de los judíos y a permitir que algunos de ellos se establecieran fuera de la Zona de Asentamiento. Los habitantes cristianos de las ciudades castigadas por la guerra vieron con preocupación la llegada inesperada de judíos maltratados y desamparados; temían que los refugiados supusieran una carga para los servicios sociales y los veían como una amenaza al orden público. Muchos asociaban a los judíos con los enemigos alemanes o los culpaban de fomentar el movimiento revolucionario. Las pequeñas comunidades también temían que los judíos recién llegados trajeran consigo los problemas de las grandes ciudades. Pero quizás lo más importante era que temían las epidemias que acompañaban a los pasajeros en los insalubres vagones en los que viajaban. La escarlatina, el sarampión, la difteria, el tifus, la disentería e incluso el cólera mataron a miles de personas sin distinguir entre judíos y cristianos.

En julio de 1915, Rusia no sólo se había retirado de sus recién adquiridos territorios de Galitzia, sino que también había perdido sus posesiones en el Báltico y en el Reino de Polonia. Alentados por la perspectiva de redefinir las fronteras del mundo postbélico, ucranianos y polacos comenzaron a planificar una posible independencia de sus territorios. Los nacionalistas polacos imaginaban una república que reprodujese las fronteras históricas de la mancomunidad polaco-lituana, reuniendo el Reino de Polonia, la Galitzia austriaca y las provincias occidentales del Imperio ruso que constituían la Zona de Asentamiento. Los ucranianos, por su parte, soñaban con un estado que incluyera a la mayoría de la población ucraniano-parlante de la Galitzia oriental y de las provincias sudoccidentales de Rusia, así como a la mayor parte de la mitad meridional de la Zona de Asentamiento. Los alemanes, a su vez, conspiraban para minar el gobierno ruso desde dentro: prometieron a los ucranianos apoyo para su independencia y enviaron en secreto fondos a los revolucionarios que intentaban destronar al zar. Los franceses, por otro lado, permitían a los legionarios polacos entrenarse

en Francia con vistas a la creación de un posible estado polaco que serviría como defensa contra el expansionismo alemán. En esta disputada región vivía la mayor comunidad de judíos de todo el mundo, cuyas lealtades políticas estaban divididas entre aquellos que ponían su esperanza en el internacionalismo bolchevique, en la democracia constitucional rusa, en la libertad polaca, en la autonomía ucraniana, en la cultura alemana, en la tolerancia austriaca, en la libertad francesa, en la soberanía sionista y en el dios de Abraham, Isaac y Jacob.

2

LAS REVOLUCIONES DE 1917

«Nosotros, los intelectuales, apenas conocíamos a las personas entre las que convivíamos», se lamentaba el abogado judío Arnold Margolin poco después de su salida definitiva de Ucrania.[86] Margolin había pasado el verano de 1917 haciendo campaña como candidato liberal para conseguir un escaño en la nueva Asamblea Constituyente de todas las Rusias. Fueron las primeras elecciones generales en Rusia desde las grandes manifestaciones de febrero que forzaron al zar Nicolás II -nieto del asesinado Alejandro II e hijo de Alejandro III- a abdicar del trono. «Viajé en locomotoras, en ténderes, en pasillos de vagones de pasajeros y en vagones de carga», recordaba Margolin.[87] Estaba predicando la buena nueva: que la revolución de febrero anunciaba una nueva era de diálogo y cooperación entre religiones, y que los judíos, los rusos, los polacos y los ucranianos podrían prosperar en una Ucrania autónoma que formaría parte de una república federal socialista. En algunas ciudades se subió a una mesa en la plaza del mercado y habló ante asambleas multitudinarias de tres mil soldados y campesinos sobre los conceptos de autonomía nacional, gobierno federal e indemnización por el uso de la tierra, mientras el público le vitoreaba en señal de aprobación, mostraba su desacuerdo refunfuñando o simplemente comía pipas.

A Margolin le parecía inconcebible que el zar hubiera sido derrocado. Como hijo de un magnate del azúcar, industrial y filántropo adinerado, a Margolin se le había eximido de muchas de las restricciones que afectaban a los judíos en Rusia. Aun así, conocía sus sufrimientos y había destacado como abogado defensor en las demandas de judíos afectados por los pogromos de 1903 a 1906. En 1913, mientras Nicolás II celebraba el tricentenario del gobierno de los Romanov con una representación de gala de *Una vida por el zar*, de Mikhail Glinka, y regalos de broches de Fabergé, Margolin actuaba como abogado defensor en el proceso por el asesinato ritual contra Mendl Beilis.[88] Ahora, cuatro años después, el monarca depuesto estaba cautivo en Siberia y Margolin se presentaba a las elecciones

para el gobierno de Kiev.

Margolin estaba comprometido con el tipo de democracia social moderada que representaba el líder revolucionario Alexander Kerensky y su gobierno provisional, un gabinete que gobernaba en sustitución del zar hasta que se pudieran celebrar elecciones. Le alentaba la revocación inmediata de todas las restricciones legales sobre la población judía, incluyendo la abolición de la Zona de Asentamiento, y creía fervientemente que el gobierno provisional abriría la puerta a una era liberal. No obstante, lamentaba que los soldados con quienes se había encontrado aquel verano mostrasen más entusiasmo por los bolcheviques, que habían prometido un final inmediato a la guerra. Los marxistas radicales estaban ganándose a los soviets o consejos que representaban a los trabajadores, campesinos y soldados, y cuyo poder rivalizaba con el del gobierno provisional. El soviet de Petrogrado (la actual San Petersburgo), controlado por los bolcheviques, había emitido la Orden Número 1, que llamaba a las unidades militares a elegir comités en sustitución de los oficiales encargados e instaba a los soldados a no utilizar los títulos formales al dirigirse a sus superiores. La orden produjo la quiebra de la autoridad militar y la disciplina, reduciendo a todo el ejército a lo que un testigo llamó una «multitud de círculos de debate».[89]

A Margolin también le preocupaba la facilidad con la que los soldados con los que se encontraba culpaban a los judíos de todos sus males. «Echaban pestes de Kerensky, asegurando que él y sus "doce ministros" eran todos judíos… Cuando trataba de explicarles que Kerensky y sus doce ministros no lo eran, no me creían y a menudo decían que yo también era un judío y que por eso no me creían».[90] El bulo de que Kerensky era judío recorrió todo el imperio, aunque muchos soldados parecían pasar por alto -al menos por el momento- el hecho de que el representante más señalado de los bolcheviques era León Trotsky, cuyo nombre de pila, trajes elegantes, perilla y profundos ojos azules apenas disimulaban el pequeño inconveniente de que había nacido como Lev Davidovich Bronstein. De hecho, una pintada de 1917 decía: «¡Abajo el judío Kerensky! ¡Larga vida a Trotsky!».[91]

Cartel de las elecciones ucranianas de 1917 en el que se lee: «Vota al Partido Socialista de los Trabajadores Judíos Unidos».

Para muchos soldados y campesinos, el mundo estaba tan patas arriba que podían creerse cualquier cosa. Sólo un año antes, la idea de que fuesen a celebrarse en toda Rusia unas elecciones democráticas para una Asamblea Constituyente habría parecido un sueño utópico. ¿Era en verdad posible que Kerensky y todo su gabinete fuesen judíos? Parecía absurdo que un judío pudiera estar dirigiendo el gobierno;

antes de la revolución, a los judíos no se les permitía ni trabajar como funcionarios de correos. Pero ahí estaba el famoso abogado judío, Arnold Margolin, presentándose a las elecciones, haciendo campaña desde un podio improvisado en la plaza del mercado.

Arnold Margolin.

Como el mismo Margolin recordaría años después, él confiaba en que «tras la caída del absolutismo zarista, los pogromos ya no serían posibles».[92] Creyó que los pogromos de la era zarista habían sido todos orquestados por el Estado, y estaba convencido de que una vez establecido un gobierno benévolo y suprimidas las restricciones de derechos políticos y culturales a los judíos, estos prosperarían.[93] Seguro que no imaginaba que en menos de un año estaría a bordo de uno de los últimos vapores que salían de Ucrania, tras renunciar a su

puesto como viceministro de asuntos exteriores de la República Popular Ucraniana a causa «del trágico hecho de los incesantes pogromos contra los judíos».[94]

El nacionalismo ucraniano -que Rosa Luxemburgo definió en cierta ocasión como «un mero capricho, una locura de unas pocas docenas de intelectuales pequeño-burgueses» y como «una pose ridícula de algunos profesores y estudiantes universitarios»- venía ganando fuerza desde las reformas de la censura y del derecho de reunión de 1905-1906.[95] Algunos grupos clandestinos de intelectuales habían eludido las restricciones zaristas que aún subsistían para organizar partidos políticos socialistas abogando por el derecho a usar la lengua ucraniana, por la creación de escuelas ucranianas, por la organización de unidades militares ucranianas y por la instauración de un parlamento ucraniano. La revolución dio a estos nacionalistas la oportunidad de pasar de la universidad al parlamento. Dos semanas después de que el zar fuese depuesto, los partidos socialistas ucranianos formaron una entidad de gobierno, la Rada (consejo) Central que, siguiendo el modelo de los soviets, habría de funcionar como órgano de coordinación de los soldados, los campesinos y los trabajadores ucranianos. En el plazo de un mes, la Rada organizó un Congreso Nacional Panucraniano con más de mil quinientos delegados que eligieron a los ciento cincuenta miembros de la Rada Central. Votaron como líder al eminente historiador Mykhailo Hrushevsky, y el escritor Volodymyr Vynnychenko se convirtió en la segunda autoridad, y recibió el crucial encargo de negociar con el gobierno provisional ruso.[96]

Hrushevsky era un hombre atractivo con una barba larga y poblada, un audaz mostacho en forma de herradura y una nariz ovalada: un símbolo icónico de la identidad ucraniana, a pesar de que su madre era polaca. Había enseñado historia de Ucrania en la universidad de Lwów, donde sus clases motivaron a cientos de estudiantes a asumir su patrimonio cultural. Su monumental *Historia de Ucrania-Rus* en diez volúmenes -que documentaba la existencia y permanencia de la cultura y el modo de vida ucranianos- estimuló el movimiento nacionalista de Ucrania. Por su parte, Vynnychenko tenía un aire europeo, con barba y bigote bien recortados, el pelo peinado hacia atrás y trajes perfectamente hechos a medida sobre impecables camisas de cuello alto y redondo y con gemelos. Miembro del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Ucranianos, provenía del medio campesino y se había convertido en un destacado autor de obras de teatro y relatos cortos sobre Ucrania, muchos de los cuales estaban protagonizados por vigorosos idealistas que estaban atormentados por sus dudas internas y que buscaban la moderación y el compromiso en

una época de extremismos. Uno de sus colegas señaló que el propio escritor era «el modelo de los principales personajes de los dramas de Vynnychenko».[97] En palabras de un testigo, era «una persona sin carácter, con una voluntad débil, un escritor y en cierto modo un soñador, más vinculado al mundo de las ideas que a la realpolitik».[98] La esposa de Vynnychenko, una doctora franco-judía, podría haber inspirado algunas de sus historias sobre las dificultades de la vida de los judíos en Rusia. Tanto Hrushevsky como Vynnychenko habían estado presos en las cárceles zaristas por su implicación en movimientos revolucionarios, un rito de paso para la mayoría de los escritores liberales y librepensadores de la época. En el ámbito político, compartían un firme compromiso con el carácter plurinacional de la región y defendían la igualdad legal y la protección específica para preservar las distintas culturas de las minorías nacionales (judíos, polacos y alemanes). Pensaban que cada una de estas minorías debía tener derecho a utilizar su propia lengua, a profesar su propia fe, a educar a sus hijos en sus propias escuelas y a tener una representación proporcional en las instituciones políticas nacionales.

Pero el gobierno provisional de Petrogrado se resistía a la perspectiva de garantizar la autonomía a los ucranianos. Esto llevó a la Rada Central a emitir de manera unilateral la Primera Proclama Universal en junio de 1917, un manifiesto que clamaba por la autonomía ucraniana dentro de una república democrática federal rusa. Más adelante reivindicaron el derecho a utilizar la lengua ucraniana en las escuelas, tribunales, instituciones públicas e iglesias, y el derecho a crear unidades militares ucranianas en el ejército ruso. Como preparación para gobernar, la Rada Central estableció una Secretaría General dirigida por Vynnychenko. El puesto de secretario de asuntos militares fue para el periodista Symon Petliura. Nacido en una modesta familia de campesinos -su padre era cochero- y educado en una escuela preparatoria ortodoxa para convertirse en sacerdote, la elección de Petliura para el cargo de jefe del ejército resultó extraña. Después de abandonar su vocación religiosa, se había unido al Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Ucranianos y se había trasladado, como intelectual ambulante, a Tiflis (en la actualidad, Tbilisi), a Ekaterinodar (Krasnodar), a San Petersburgo, a Lwów y a Moscú, desempeñando distintos trabajos administrativos y editando periódicos. En Moscú, mientras trabajaba en un banco, empezó a publicar *Ukrainskaya Zhizn* (Vida Ucraniana), una revista de asuntos ucranianos escrita en ruso. En 1916 se presentó voluntario para distribuir suministros entre los mal equipados soldados del frente, demostrando ser un eficaz organizador, y estableció una buena relación con las tropas. Pero apenas tenía experiencia militar cuando

la Rada Central le eligió para crear un ejército nacional ucraniano que reuniese a los soldados de origen ucraniano que habían servido en el ejército del zar. Vynnychenko resaltó que a Petliura «le otorgaron esta responsabilidad sólo como resultado de compromisos y acuerdos entre los diferentes partidos políticos y no porque tuviera más conocimientos de asuntos militares que los demás».[99] «Si se me pidiese que describiera a Petliura como persona -reflexionaba otro colega- tendría que decir que es mediocre en todos los aspectos: tiene un intelecto mediocre, una educación mediocre, una habilidad mediocre… Lo único que tiene de extraordinario es su tenaz voluntad».[100] Otros eran incluso menos benévolos: «Fue elegido representante militar porque era el único miembro del grupo que tenía un uniforme», escribió un corresponsal del *Times* de Londres.[101] Pero Petliura era un hombre de acción -algunos le llamarían agitador-, mientras que Vynnychenko, persona elegante y de buenas maneras, era demasiado proclive a la deliberación. Y en una revolución no hay tiempo para pensar.[102]

Symon Petliura, agosto de 1919.

Aunque Petliura no tenía experiencia de primera mano en el campo de batalla, valoraba el poder de los rituales políticos y entendía el modo de vida militar. Sus críticos le reprocharían que sólo se sentía atraído por los uniformes y el oropel de los metales vistosos que comportaba su cargo. «Organizó desfiles militares, actos religiosos en espacios públicos, publicó circulares y manifiestos grandiosos sin consistencia», escribió Vynnychenko.[103] Sin embargo, era capaz de

inspirar a los soldados de un modo que no estaba al alcance de los comedidos intelectuales. Compañías formadas por cientos de miles de soldados ucranianos que habían servido en el antiguo ejército zarista le otorgaron su lealtad, un logro aún más notable teniendo en cuenta que la mayoría de ellos estaban lejos de Ucrania. Los socialistas de la Rada se oponían a la idea de un ejército de reclutamiento obligatorio, que veían como una glorificación del militarismo imperialista, y preferían crear un cuerpo de voluntarios. Por todo ello, Petliura se vio obligado a confiar en gran parte en brigadas improvisadas de Cosacos Libres, antiguos soldados zaristas, campesinos ucranianos y población local que se habían agrupado para establecer brigadas de defensa contra los bandidos que acechaban.[104]

Petliura utilizó hábilmente el mito de los «cosacos»: la idea de que los ucranianos modernos eran descendientes de jinetes de la estepa, amantes de la libertad que habían derrocado a los magnates polacos en el siglo XVII y establecido su propio estado independiente conocido como el Hetmanato. Este estado acabó fusionándose con el Imperio ruso y los cosacos se pusieron al servicio del zar, siendo reconocidos como una de las fuerzas más letales del ejército ruso. Petliura vistió a sus solados con el *papaja*, el gorro de piel de astracán de los cosacos, y bautizó a sus brigadas militares con los nombres de partidas de cosacos o héroes históricos. Adoptó el título cosaco de atamán (también escrito *hetman*) como rango militar, llamando a sus soldados *jaidamakas* en memoria de los cosacos insurgentes del siglo XVIII, y más adelante se autodesignaría como «atamán supremo». Petliura se convirtió rápidamente en un símbolo del movimiento nacional ucraniano. Su nombre «se repetía en las paredes y en las monótonas comunicaciones telegráficas», escribió Mikhail Bulgakov en *La guardia blanca*, un relato de ficción sobre la guerra civil en Ucrania. «Se colaba en el café matinal desde las páginas de los periódicos, haciendo que esa divina bebida tropical se transformase en la boca en una porquería repugnante. Corría de boca en boca y los dedos de los operadores del telégrafo lo tecleaban en morse».[105]

Tras la Primera Proclama Universal de la Rada Central, el gobierno provisional de Petrogrado reconoció de mala gana al gobierno de Vynnychenko y, en julio de 1917, envió a Kerensky a Kiev para negociar con él. Trotsky, que tenía poca fe en las habilidades diplomáticas de Kerensky, se mofaba diciendo que, vistos desde lejos, Vynnychenko y Kerensky sólo «se diferenciaban como un novelista mediocre se diferencia de un abogado mediocre».[106] Sin duda, a Kerensky no le estaba yendo bien en la guerra. A principios de julio, el «abogado mediocre» había sufrido grandes pérdidas tras una ofensiva fallida contra Austria-Hungría y Alemania. Kerensky necesitaba con urgencia llegar a un acuerdo con los ucranianos para evitar que se

dirigiesen hacia las Potencias Centrales en busca de apoyo.

Cuando las negociaciones llegaron a un punto muerto, la Rada emitió su Segunda Proclama Universal, declarando su aspiración de convertirse en el «único poder supremo de la democracia revolucionaria de Ucrania» mediante la coordinación de todas las nacionalidades que vivían en su territorio. Mientras que la Primera Proclama Universal se había dirigido al «pueblo ucraniano», la Segunda se dirigió a «los ciudadanos del territorio ucraniano», reconociendo de manera expresa a Ucrania como un territorio plurinacional. La Rada Central decidió ampliar sus escaños de ciento cincuenta a más de ochocientos, reservando casi una tercera parte de ellos para representantes de minorías nacionales (rusos, judíos y polacos), así como crear nuevas vicesecretarías en el gabinete para cada nacionalidad (con el tiempo, el cargo se elevaría a la categoría de secretario general, y en enero de 1918 sería rebautizado como ministro). Estos movimientos no pretendían simplemente ganarse la lealtad política de las minorías, sino que reflejaban también el carácter genuinamente tolerante del socialismo ucraniano. «Sin ellas -declaró Vynnychenko refiriéndose a las minorías nacionales- no podríamos considerarnos representantes de toda la población».[107] Avrom Revutsky, que se convertiría en ministro de asuntos judíos, era de la misma opinión: «La autonomía judía no era simplemente un incentivo ofrecido por los astutos políticos cosacos, como pensaron algunos escépticos -escribió desde Berlín en 1924-, era fundamental para la concepción ucraniana del gobierno».[108]

A medida que se prolongaba la Gran Guerra sin que la revolución consiguiese alcanzar una paz inmediata, se extendían por campos y ciudades la desestabilización social y el colapso económico. La guerra había desplazado a un gran número de civiles: en el verano de 1917, entre cinco y siete millones de refugiados -de los cuales entre trescientos y quinientos mil eran judíos- estaban necesitados de ayuda a lo largo de todo el Imperio ruso. Alrededor de diez millones de varones se habían incorporado al ejército, dejando sus campos sin cultivar y a sus familias sin sustento.[109] Los soldados, desmoralizados, desertaban de sus unidades, saqueaban tiendas de licores, asaltaban ciudades, violaban a mujeres y requisaban por su cuenta el grano en alquerías.[110] La orden de disparar en el acto a los desertores no ayudó a calmar la violencia. Un antiguo oficial describía así la situación en el otoño de 1917: «Los soldados habían perdido toda apariencia militar, se pavoneaban en grupos por las calles, asaltaban tiendas sin reparos, entraban en las casas y robaban a sus propietarios. En las plazas de las ciudades se montaban bazares en donde los soldados vendían su botín por una miseria».[111] Aquejados por la falta de alimentos, muchos

interpretaron la revolución como una invitación explícita para tomar lo que creían que era suyo por derecho. En Ucrania, la relevancia de los judíos en el ámbito económico, unida a los muy extendidos rumores de que estaban acumulando grano y especulando con la moneda, tiñó el malestar de un tono antisemita. Trabajadores en huelga saquearon las plantas azucareras de remolacha y las fábricas de tabaco que habían pertenecido tradicionalmente a los judíos; los campesinos tomaron los molinos, en su mayoría también propiedad de judíos; y, en las ciudades, vecinos pobres saqueaban las tiendas judías y las casas de mercaderes judíos adinerados. Los campesinos también confiscaron la tierra de los nobles, quemando mansiones de propiedad polaca y atacando a los judíos que las administraban. Hacia el final del otoño, el pan escaseaba en muchas ciudades, las multitudes se enfrentaban a los guardias de las instalaciones provinciales de almacenamiento y cogían algodón, tejidos y otros productos.[112] Tras los fracasos militares y económicos del verano, el gobierno provisional perdió el apoyo popular. Los bolcheviques alcanzaron la mayoría en el soviet de Petrogrado y, la mañana del 7 de noviembre, Lenin publicó un manifiesto anunciando el derrocamiento del gobierno provisional y el traspaso del poder al soviet de Petrogrado. Una hora después, Kerensky huyó de la capital en un Renault prestado por la embajada americana. Más tarde, ese mismo día, Trotsky, que ya era la voz dominante del golpe, hizo una célebre declaración censurando a quienes se oponían a él, tildándolos de «miserables fracasados» destinados a formar parte «del polvo de la historia». A primera hora del 8 de noviembre, un Comité Militar Revolucionario dirigido por el estrecho colaborador de Trotsky, Vladimir Antonov-Ovseyenko, entró en el Palacio de Invierno en el que se había refugiado el gobierno provisional y detuvo a los ministros.[113]

Con la victoria al alcance de la mano, Lenin prometió una «paz democrática a todas las naciones y un armisticio inmediato en todos los frentes» y proclamó «el derecho de autodeterminación» para «todas las nacionalidades existentes en Rusia». Las elecciones a la Asamblea Constituyente -siguió diciendo- se celebrarían como estaba previsto, en enero. Los bolcheviques habían conseguido asegurar su poder en la capital rusa y se dispusieron inmediatamente a expandir su revolución al resto del antiguo Imperio ruso. Esto significaba, en primer lugar, animar a los trabajadores, campesinos y soldados a establecer soviets y asumir el poder en sus regiones; y, en segundo lugar, implicaba crear un Ejército Rojo para conquistar por la fuerza aquellos territorios que se resistiesen.

En Kiev, la Rada Central se negó a reconocer el golpe antidemocrático bolchevique y respondió el 20 de noviembre con su Tercera Proclama Universal, declarando establecida la República

Popular Ucraniana, que aún se mantenía dentro de una Rusia «federal» y «democrática». La nueva república reclamaba para la Rada todo el poder para mantener el orden y promulgar leyes en las provincias ucranianas hasta la prometida convocatoria de una Asamblea Constituyente. La proclamación adoptó muchas medidas del programa bolchevique -declaró que toda la tierra era propiedad de la clase trabajadora y de los campesinos, introdujo la jornada laboral de ocho horas, anunció la nacionalización de la industria y prometió el fin de la guerra-, pero pretendía aplicarlas mediante un proceso democrático y no de forma dictatorial. Acusó a los bolcheviques de arrojar al país a un «sangriento conflicto interno» y de expandir el «caos, el desorden y la ruina». Publicada en ucraniano, ruso, polaco y yidis, la Proclama Universal también reafirmaba el compromiso de la Rada con el plurinacionalismo, anunciando que «rusos, judíos, polacos y otras naciones de Ucrania tenían asegurada su autonomía y garantizado su autogobierno en todo lo referente a su vida nacional». Se encargó al secretario de asuntos nacionales la tarea de esbozar de inmediato una legislación para garantizar esos derechos.[114]

Los bolcheviques no reaccionaron bien a la apropiación por parte de la Rada Central de su programa ni a su actitud desafiante al declarar la autonomía. Iósif Stalin -el entonces comisario de nacionalidades de Lenin-, respondió con un artículo en el periódico del partido, el *Pravda*, acusando a la Rada de intentar destruir la revolución. La Rada, declaró, es «un gobierno de traidores al socialismo» y un «gobierno burgués» que «lucha para impedir la paz».[115] Los bolcheviques intentaron inmediatamente derrocar a la Rada Central y empezaron a instruir a trabajadores, campesinos y soldados ucranianos a través de sus respectivos soviets. Fracasaron en su intento de hacerse con el control del Congreso de los Soviets de Ucrania, que se celebró en Kiev el 17 de diciembre, pero alcanzaron la mayoría en la ciudad industrial de Járkov, al noreste de Ucrania. Con el apoyo de estudiantes universitarios y trabajadores de las grandes estaciones ferroviarias y de la fábrica de locomotoras de la ciudad, el 24 de diciembre, el soviet de Járkov proclamó la creación de una República Soviética Ucraniana aliada con la Rusia bolchevique. Los dos gobiernos rivales -la República Popular Ucraniana, con sede en Kiev, y la República Soviética Ucraniana, con sede en Járkov- reclamaban la soberanía sobre buena parte del mismo territorio y competían por la fidelidad de los ucranianos, de las minorías nacionales y de los soldados en suelo ucraniano. En lo que se diferenciaban era en su actitud hacia el partido bolchevique y su toma del poder al margen de la ley. Los dirigentes del socialismo ucraniano, que aspiraban a construir una república basada en la tolerancia plurinacional y el consenso de los gobernados, desconfiaban de los

métodos desordenados y belicosos de los bolcheviques. Los parlamentarios y los ciudadanos pacíficos esperaban que el conflicto pudiera resolverse el mes siguiente en la anticipada Asamblea Constituyente.

«Un solemne espíritu de esperanza invadió Petrogrado la memorable mañana del 18 de enero de 1918», escribió Margolin refiriéndose al día en que se inició la Asamblea Constituyente. Aunque había perdido las elecciones, Margolin se encontraba entre las miles de personas que se reunieron en la ciudad para celebrar la llegada de los delegados. Los cuatrocientos hombres y diez mujeres que llegaron como parlamentarios recién elegidos representaban la diversidad transversal del antiguo imperio: rusos, ucranianos, judíos, armenios, georgianos, letones y musulmanes; radicales, liberales, conservadores y socialistas. Vynnychenko y Petliura consiguieron sus escaños. También lo hicieron Trotsky y Lenin. Pero los bolcheviques en su conjunto habían fracasado en su objetivo de lograr una mayoría parlamentaria, perdiendo de manera clara frente a los socialistas revolucionarios.[116] Sin embargo, Lenin y su grupo, que mantenían el control del poderoso soviet de Petrogrado, decidieron no dejar que aquello se interpusiera en su camino y «aplastar con pistolas y bayonetas la voluntad de la mayoría», tal y como lo describió amargamente Margolin.[117] Trotsky, que en ese momento no se encontraba en Petrogrado, recordaba años más tarde que muchos delegados habían llevado velas y comida, suponiendo que los bolcheviques cortarían el suministro eléctrico del edificio. «Así preparaba la democracia la batalla contra la dictadura -se burlaba-, completamente armada con velas y bocadillos».

Trabajadores de Ucrania dan la bienvenida a la Guardia Roja.

Mientras los observadores seguían a los recién elegidos delegados al Palacio Táuride, las ametralladoras que habían instalado los bolcheviques en los tejados y buhardillas dispararon a la multitud en una demostración de fuerza. En el interior del palacio, los delegados bolcheviques presionaron a la asamblea para que reconociese la autoridad de los soviets, se invalidasen las elecciones y se disolviese la propia asamblea constituyente. Al perder la votación, los bolcheviques abandonaron la sala. Se les unió una facción de los socialistas revolucionarios de izquierda conocida como los eseristas de izquierdas, que se convirtieron en estrechos aliados de los bolcheviques. Los restantes delegados volvieron al día siguiente y se encontraron con que los bolcheviques, apelando a la autoridad de los soviets, habían sellado el edificio y habían disuelto unilateralmente la asamblea. La primera tentativa democrática de Rusia había terminado. El pueblo, escribió Trotsky, «ni siquiera pensó por un momento en defender a quienes se consideraban representantes de la nación y que, de hecho, no eran más que vagas sombras de un periodo superado de la revolución».[118]

Contemplando los acontecimientos desde Kiev, una decepcionada Rada Central publicó su Cuarta Proclama Universal el 22 de enero, declarando que «de ahora en adelante, la República Popular Ucraniana se constituye como el estado del pueblo ucraniano soberano, independiente y libre». El perverso juego de poder de los bolcheviques

ofendió la sensibilidad democrática de la Rada Central y convenció a Vynnychenko de que -como escribió años más tarde- «los bolcheviques eran, en esencia, los mismos rusos chovinistas e imperialistas» que habían formado las Centurias Negras.[119] Días después, decenas de miles de soldados rusos, junto con las unidades paramilitares bolcheviques de la Guardia Roja de la República Soviética, se dirigieron hacia Kiev. Ahora los bolcheviques estaban en guerra con la República Popular Ucraniana. La guerra civil que ya estaba desgarrando el Imperio ruso había llegado a Ucrania.

3

LA RADA CENTRAL DE UCRANIA

Frustrado por la debacle de la Asamblea Constituyente, Arnold Margolin abandonó la capital rusa hacia Kiev. «Estaba convencido - escribió- de que como nativo de Ucrania debería tener algún papel en el fructífero trabajo que se estaba desarrollando».[120] Elegido por la Rada Central para formar parte del Tribunal Supremo de Apelaciones, empezó a trabajar en nombre de la República Popular Ucraniana, que creía que «desplegaba un notable liberalismo con respecto a los derechos culturales de rusos, judíos, polacos y otras minorías».[121]

La Ley de Autonomía Nacional, aprobada en enero de 1918, fue la expresión más clara de la tolerancia ucraniana. La ley definía la nacionalidad apoyándose más sobre la declaración personal que sobre la confesión religiosa, lo que suponía el triunfo de las pretensiones de los socialistas judíos, que trataban de liberarse de los dirigentes rabínicos que habían dominado las instituciones comunitarias judías en el pasado. Según la ley, los representantes electos de las comunidades judías serían los responsables de mantener un registro de los nacimientos, las muertes y los matrimonios; del mantenimiento de los cementerios; de organizar las asociaciones de préstamos; de proponer a los representantes en los gobiernos estatales y locales; y de sostener las escuelas, hospitales, residencias de ancianos, orfanatos y otras instituciones judías educativas, de salud y de asistencia social. Todo ello recibiría fondos de los impuestos de la tesorería general de la ciudad. Otra ley declaró el yidis como una de las lenguas oficiales de Ucrania. Como símbolo público de la inclusión judía, la Rada introdujo un nuevo billete, el de cien karbóvanets, que llevaba inscripciones tanto en yidis como en ucraniano, ruso y polaco.[122]

Billete de cien karbóvanets diseñado por Hryhoriy Narbut para el gobierno de la Rada Central, con su nombre y valor en ruso, yidis y polaco. El reverso estaba en ucraniano.

Los jóvenes militantes judíos expresaron su apoyo al nuevo estado ucraniano estableciendo brigadas de autodefensa que esperaban que Petliura incorporase a su ejército como regimientos judíos. Muchos se inspiraron en Joseph Trumpeldor, un oficial zarista judío que había ayudado a crear la Legión Judía (Cuerpo de Mulas de Sion), una unidad formada sólo por judíos que lucharon junto a los británicos en Galípoli. Joseph Schechtman, un seguidor de Trumpeldor, que trabajaba para la Rada Central de Ucrania como delegado sionista, propuso que «se permitiera a los soldados judíos organizarse en unidades de defensa formadas por voluntarios para proteger a sus padres, madres y hermanas».[123] Algunas de las unidades de defensa más activas procedían de Odesa, ciudad que, como metrópolis moderna, atraía a los jóvenes y aventureros. Otras salieron de organizaciones deportivas judías, movimientos de juventudes sionistas y sindicatos de soldados judíos.[124] Semen Leibovich, un partidario de la autodefensa judía, explicó: «Somos un pueblo de gran fuerza creativa y espíritu vigoroso que ha dado al mundo muchos académicos importantes y, sin embargo, hemos vivido durante siglos bajo el yugo de la esclavitud y la desigualdad… Con paciencia y sin quejas hemos esperado el momento de la liberación, en el que también nosotros, agotados, pudiéramos calentarnos con los rayos del deslumbrante sol… Si tuviéramos nuestro propio regimiento, que pudiera salir en defensa de nuestros hermanos cuando fuera necesario, sin duda los pogromos desaparecerían».[125] En febrero de 1918 se formó un batallón de infantería de trescientos voluntarios judíos. Llevaban un uniforme azul y blanco con una estrella de David y estaban armados con

ametralladoras Maxim y rifles Mosin-Nagant de la armería de Odesa.[126] Fue un símbolo poderoso de la cooperación judío-ucraniana.

Brigada de autodefensa judía de Odesa.

La Ley de Autonomía Nacional fue recibida con euforia en todo el mundo. En Nueva York, el periódico en yidis *Der Tog* («El Día») escribió: «Por primera vez en toda la historia judía, el pueblo judío será reconocido en términos de igualdad por un gobierno como parte de la población general, no sólo en un sentido civil o político, sino también nacional… El gobierno de Ucrania no sólo está reconociendo a unos "israelitas asimilados" o a una "comunidad cosmopolita", sino a los judíos como pueblo, como una nación que se merece los mismos derechos que cualquier otro pueblo, incluyendo la autonomía nacional».[127]

En Moscú, el periódico en lengua rusa *Evreiskaia Nedelia* («Semana Judía») se hizo eco de estos sentimientos: «Nuestra Ucrania es un oasis feliz -proclamó-, nos encontramos en el umbral de una revolución social sin precedentes en la historia de la humanidad». El periódico celebraba, en particular, «las plenas garantías constitucionales de Ucrania, que reconocen que las minorías nacionales tienen derecho a la autodeterminación nacional, así como a la autonomía personal».[128] También Vynnychenko recordó este periodo como «uno de los mejores momentos de la vida en común de varias nacionalidades en Ucrania» y señaló que «había un deseo amistoso de vivir y trabajar juntos por el bien común».[129]

No obstante, otras voces judías mostraban sus reservas acerca de una República Popular de Ucrania separada de Rusia. Moyshe Litvakov, del Partido Socialista de los Trabajadores Judíos Unidos, argumentó que esto significaba «dividir en pedazos el cuerpo vivo de Rusia».[130] Los dirigentes religiosos y los nacionalistas judíos también tenían motivos para temer la proclamación de una Ucrania independiente. La ruptura del Imperio ruso, que había acogido a la mayor población judía del mundo, amenazaba con separar a los judíos ucranianos de sus correligionarios rusos y polacos, cortando virtualmente los vínculos entre los rabinos y sus seguidores, y levantando fronteras entre comunidades. Por último, los judíos, cuya movilidad era creciente, hacía tiempo que consideraban la tolerancia rusa como una vía para su desarrollo personal y un preciado acceso a los mercados rusos. Muchos creían que sus fortunas estarían mejor aseguradas si vivían en un gran imperio plurinacional que si eran una minoría dentro de un estado-nación, independientemente de lo tolerante que dijera ser.

A finales de noviembre, el gobierno bolchevique de Rusia acordó reunirse con representantes de las Potencias Centrales en conversaciones de paz en el cuartel general alemán, cerca de la ciudad de la fortaleza incendiada de Brest-Litovsk. «Este es un curioso lugar, melancólico, aunque con una belleza propia -escribió en su diario Ottokar Czernin, el delegado austriaco en las negociaciones-, una planicie infinita, con una ligera inclinación, como un océano en calma, ola tras ola hasta donde el ojo alcanza a ver. Y todo es gris, de un gris blanquecino hasta donde este mar apagado se encuentra con el gris horizonte».[131]

La delegación rusa llegó la mañana del 2 de diciembre de 1917. La presidía Adolph Joffe, y entre sus miembros estaban Lev Kamenev y Grigori Sokolnikov. Todos habían sido colaboradores cercanos de Trotsky en el exilio (Kamenev estaba casado con su hermana) y todos tenían alguna clase de herencia judía. Era la primera reunión entre la nobleza del viejo mundo y los revolucionarios radicales de la nueva era. Todo el mundo iba vestido para la ocasión. En una foto de la llegada de la delegación rusa a la estación podemos ver a los rusos con sus largos abrigos y sus gorros negros de piel saludando a los diplomáticos alemanes con sus gabanes grises y sus cascos puntiagudos. Los austriacos llevaban mostachos imperiales y los rusos perillas (sólo Joffe llevaba barba). Detrás de Joffe, Kamenev y Sokolnikov, había otro miembro de la delegación rusa, la única mujer de la foto: Anastasia Bitsenko, de los socialistas revolucionarios de izquierda, una terrorista que había asesinado al ministro de la guerra ruso Viktor Sakharov en 1905. La vieja guardia de los veteranos del

antiguo régimen con sus altos rangos militares y sus largos títulos de nobleza (el nombre completo de Czernin era conde Ottokar Theobald Otto Maria Graf Czernin von und zu Chudenitz) se sentó en la larga y estrecha mesa de negociación frente a los intelectuales judíos con gafas de la Europa oriental, que estaban haciendo su primera aparición en el escenario mundial. Compartieron plumas, tinta y ceniceros distribuidos por toda la mesa. «Sus líderes son casi todos judíos con ideas completamente fantásticas -escribió Czernin- y no envidio al país que sea gobernado por ellos».[132]

Llegada de la delegación rusa a Brest-Litovsk.

Czernin describió su primera comida con los rusos: «Luego fuimos a cenar, todos juntos, con todo el equipo de casi cien personas. La cena propició una de las escenas más extraordinarias nunca vistas. La presidía el príncipe de Baviera. Al lado del príncipe se sentaba el líder de la delegación rusa, un judío llamado Joffe, recién liberado de Siberia; después estaban los generales y otros delegados. Aparte de este Joffe, la personalidad más destacable de la delegación era el cuñado del ministro de exteriores ruso, Trotsky, un hombre llamado Kamenev, que también fue liberado de la prisión durante la revolución y entonces desempeñaba un papel importante».[133] Después de la cena, Czernin tuvo su primera conversación con Joffe sobre la revolución y los objetivos de los bolcheviques. La conversación terminó -recordaba

Czernin-, cuando, «en un tono amable, casi implorante, que nunca se me olvidará, dijo: "Aun así, espero que seamos capaces de provocar también una revolución en su país"».[134]

El conocido agitador Karl Radek, verdadera personificación del comportamiento revolucionario, llegó a finales de enero con una pipa colgando de su sonrisa desdentada -había perdido los dientes frontales al ser golpeado por la policía alemana durante una protesta cinco años antes-. Disfrutaba de su nueva suerte paseándose entre los diplomáticos alemanes que le tendían sus rígidos brazos mientras él, por su parte, estrechaba calurosamente las manos a sus colaboradores, saludando a los conserjes en tono amistoso y dirigiéndose a ellos como «camaradas».[135]

Los bolcheviques exigían que las actas de las negociaciones se hicieran públicas, con la esperanza de que inspirasen revoluciones en el extranjero. Interrumpían constantemente a sus homólogos alemanes y austriacos con largos discursos más dirigidos a los obreros de las fábricas de la Linz austriaca y de la Neustadt de Viena que a los diplomáticos que se sentaban a la mesa. No se había avanzado gran cosa cuando se decidió hacer una pausa para que los alemanes pudieran volver a casa a celebrar la Navidad. Aún faltaban trece días para las Navidades de la Rusia ortodoxa, pero, de todas formas, los bolcheviques mostraban poco interés por ello. Pronto abolirían el calendario juliano que había guiado el ciclo de la vida ortodoxa durante siglos y sincronizarían a Rusia con el calendario gregoriano que se usaba en buena parte del resto de Europa.

Mientras los diplomáticos bolcheviques negociaban en Brest-Litovsk, surgió un nuevo grupo, vulgarmente conocido como «los blancos» -en contraste con los bolcheviques rojos-, en la cuenca del Don, al sur de Rusia. Varios antiguos generales zaristas, que en agosto habían estado implicados en un intento de golpe de estado contra Kerensky, habían escapado hasta allí y habían formado el Ejército del Sur de Rusia, un grupo de voluntarios y de antiguos oficiales zaristas y cadetes militares que buscaban reunificar Rusia y restaurar el antiguo régimen. Su discurso de ley y orden no sólo atraía a los conservadores y reaccionarios, sino también a muchos liberales que temían el radicalismo de los bolcheviques. Incluso habían conseguido el apoyo financiero de élites judías adineradas, que veían en ellos a los guardianes más seguros del derecho de propiedad. Los oficiales blancos que dirigían el Ejército de Voluntarios -como se solía llamar al Ejército del Sur de Rusia- estaban tan convencidos de su éxito que se negaron a desarrollar alianzas con cualquier otro partido político más liberal; por el contrario, buscaban el apoyo de las potencias de la Entente, los antiguos aliados del zar, Francia y Gran Bretaña, con las que habían establecido una estrecha colaboración. Con la esperanza

de que los rusos blancos mantuviesen a raya a los bolcheviques, la Entente les proporcionaba armas generosamente.

La promesa del Ejército Blanco de preservar el viejo orden no acababa de convencer a los campesinos y a las clases bajas. En palabras del antiguo oficial del Ejército de Voluntarios, el príncipe Andrei Lobanov-Rotovsky: «El movimiento blanco no era la promesa de un nuevo día; podría haber llegado a serlo si hubiera presentado algún programa constructivo, digamos similar a lo que más adelante se convertiría en el fascismo en la Europa occidental, o alguna otra doctrina alternativa al comunismo que pudiera haber movilizado a las masas; por el contrario, no era más que el brillo residual de una época muerta».[136] No obstante, se convirtió en una potente fuerza militar en la lucha por el control de lo que quedaba del Imperio ruso y siguió siendo una amenaza constante tanto para el movimiento por la independencia de Ucrania como para el avance de los bolcheviques.

El 4 de enero de 1918, las Potencias Centrales volvieron a Brest-Litovsk después de su pausa navideña. Mientras esperaban a ver quién más comparecía -confiaban en poder incorporar a Francia y Gran Bretaña a las negociaciones, pero ni siquiera estaban seguros de que los rusos permanecieran en ellas-, los austriacos salieron de caza. La zona boscosa de las proximidades estaba impoluta, recién barrida por una tormenta de nieve, y el aire era claro y frío. Volvieron con un cerdo y dos liebres.[137]

Pocos días más tarde, un nuevo grupo se unió a la mesa: una delegación que representaba a la República Popular Ucraniana, ansiosa de obtener reconocimiento internacional para la independencia de Ucrania. Las Potencias Centrales veían a los ucranianos como una alternativa viable a los bolcheviques, y confiaban en poder negociar con ellos. «Los ucranianos son muy diferentes de los delegados rusos -escribió Czernin-, mucho menos revolucionarios y mucho más interesados en su propio país que en el progreso global del socialismo».[138]

El 7 de enero llegaron los rusos, en esta ocasión con una delegación presidida por Trotsky, en ese momento comisario de asuntos exteriores. Francia y Gran Bretaña, que respaldaban al Ejército Blanco, habían rechazado participar, dejando solos a los bolcheviques en su objetivo de alcanzar una paz por separado. Trotsky rompió la delicada relación que se había establecido entre los equipos de negociación. Anunció de inmediato que la delegación rusa no volvería a cenar con el resto del grupo ni a reunirse con ellos fuera de la mesa de negociación. «Decidí terminar inmediatamente con la familiaridad que de manera casi imperceptible se había creado en las primeras etapas», explicó en su autobiografía.[139] Pocos días más tarde, después

de que Radek se pelease con su chófer alemán, Trotsky inmovilizó a la delegación rusa, prohibiéndole incluso abandonar el edificio. Mientras los diplomáticos de los Hohenzollern y los Habsburgo dedicaban los tiempos muertos entre sesiones a organizar expediciones de caza, Trotsky se encerraba en sus dependencias para escribir lo que se convertiría en su monumental *Historia de la Revolución rusa*. «Trotsky es indudablemente un hombre inteligente e interesante y un adversario muy peligroso -escribió Czernin-. Está excepcionalmente dotado como orador, con una rapidez y habilidad para la réplica que rara vez he visto, y tiene además la audacia insolente de su raza».[140]

La cuestión ucraniana dominó la segunda sesión de las negociaciones. Trotsky afirmó que su partido apoyaba el principio de autodeterminación de todos los pueblos, pero rechazó negociar las fronteras. Aunque afirmaba que lo hacía porque las fronteras debían decidirse mediante plebiscitos populares, sabía perfectamente que el Ejército Rojo estaba en ese mismo momento avanzando hacia Kiev y que la frontera definitiva quedaría trazada en el campo de batalla, no en la mesa de negociaciones.

Cuando comprendieron que la declaración de apoyo a la autodeterminación nacional por parte de los bolcheviques tenía poco significado en la práctica, los ucranianos se dirigieron a las Potencias Centrales en busca de apoyo. Ambos necesitaban un acuerdo. La guerra había agotado los frentes locales austriacos y germanos, dejando sus ciudades hambrientas y desmoralizadas. Los austriacos sabían que sólo un nuevo suministro de alimentos podría detener el creciente movimiento revolucionario en su país. Estaban dispuestos a apoyar la independencia de Ucrania respecto de las antiguas provincias rusas a cambio del grano de las Tierras Negras, siempre y cuando ello no diese alas a los ucranianos de la Galitzia austriaca. Entretanto, con Járkov bajo control del Ejército Rojo, que estaba aproximándose a Kiev, la existencia de la Rada Central de Ucrania se enfrentaba a una amenaza a la que sólo podría sobrevivir con la ayuda de las Potencias Centrales. El propósito de Trotsky, por otro lado, era retrasar las negociaciones tanto como fuera posible, mientras esperaba que los soldados bolcheviques tomasen Kiev y la revolución llegase a Viena.

Al mismo tiempo que los líderes ucranianos y bolcheviques se enfrentaban cara a cara en Brest-Litovsk, sus soldados luchaban en el campo de batalla. Sin embargo, tanto el Ejército Rojo de Trotsky como los *jaidamakas* de Petliura parecían más grupos de insurgentes que ejércitos modernos. Ambas fuerzas apenas tenían un año de existencia, a ambas les faltaba una estructura clara de mando, provisiones, armas adecuadas y espíritu de cuerpo. Dedicaban casi el mismo tiempo a obtener armamento, comida y ropa de la población civil que a luchar

contra el enemigo. Los mercaderes y comerciantes judíos, que solían viajar en tren con dinero en efectivo y mercancías para recorrer las ferias regionales, resultaban blancos fáciles para los saqueos militares de ambos bandos.

En enero, ya había habido informes de que soldados ucranianos buscaban judíos en la bulliciosa estación de Bakhmach, el gran nudo ferroviario de la línea Kiev-Vorónezh, para robarles su dinero, o les impedían subir a los trenes con el fin de dejar espacio al personal militar. A lo largo de toda la línea que va de Kiev a Poltava, soldados *jaidamakas* azotaban a los pasajeros judíos con los infames látigos trenzados, propios de los jinetes cosacos, les robaban sus carteras y los arrojaban de los trenes en marcha.[141] A principios de abril aparecieron seis cadáveres de judíos en los raíles de la provincia de Chernígov. Otro informe menciona que en la estación de Baryshevka «aparecieron en un vagón de tren los cadáveres de cinco judíos que habían sido estrangulados con cuerdas y cinturones de cuero».[142] Ese mismo mes, unos soldados ucranianos azotaron a numerosos judíos en la estación de Romodan, acusándolos de ser bolcheviques porque los habían escuchado emplear el término «camarada». «La población está aterrorizada y las estaciones de Romodan y Grebenka son "zonas peligrosas" a las que los judíos no se atreven a acercarse», declaraba otro informe.[143] Los niños cantaban una cancioncilla popular: «Llega el tren, de su chimenea sale humo, de sus ventanas salen judíos volando».[144]

Tanto los soldados del Ejército Rojo como sus equivalentes ucranianos atacaban a los judíos, convencidos de que se trataba de miembros adinerados de la burguesía que estaban acaparando provisiones. En marzo de 1918, unos reclutas bolcheviques de la provincia de Chernígov mataron a veinticinco judíos en Seredina-Buda y a ochenta y ocho en Nóvgorod-Síverski. Según un informe, en la cercana Glujov, el destacamento Roslavlsky «masacró a toda la burguesía y a los judíos»,[145] matando a unas cien personas, al tiempo que los soldados gritaban «tenemos órdenes de matar a los judíos».[146] El tema de los soldados del Ejército Rojo que atacaban a los judíos se estaba convirtiendo en un asunto tan preocupante para los dirigentes bolcheviques de Moscú que en la primavera de 1918 establecieron una Comisión contra el Antisemitismo y los Pogromos, con el fin de coordinar proyectos educativos para luchar contra el antisemitismo en el Ejército Rojo.[147]

Uno de los peores incidentes tuvo lugar en Kiev, donde se estaba decidiendo el destino de Ucrania. Allí, unos setecientos trabajadores armados con el apoyo de los destacamentos del Ejército Rojo se habían reunido en el arsenal, la mayor fábrica militar de Ucrania, para llevar a cabo un levantamiento. Las autoridades militares declararon

la ley marcial en la capital y ordenaron a todos los residentes que se hubieran asentado allí durante la guerra que se marcharan. Aunque el decreto fue derogado enseguida, desató el miedo entre la comunidad judía, muchos de cuyos miembros habían llegado recientemente a la ciudad como deportados de guerra desde los frentes o como refugiados tras la abolición de la Zona de Asentamiento.[148] A finales de enero de 1918, un grupo de Cosacos Libres bajo el mando del ingeniero Mykhailo Kovenko, que actuaba como parte del ejército de Petliura, asaltó el arsenal y sofocó la sublevación bolchevique.[149] De inmediato, las tropas de Kovenko ejecutaron a docenas de bolcheviques capturados. Considerando a los judíos como un probable apoyo de los bolcheviques, también atacaron el barrio judío de Podil, cantando «masacraremos a todos los judíos» mientras recorrían las calles. Asesinaron a veintidós judíos, entre ellos a Yona Gogol, dirigente de la Unión de Combatientes Judíos, una organización que promovía la formación de brigadas de autodefensa. La muerte de Gogol galvanizó a los nacionalistas judíos y reactivó el debate acerca de si los grupos de autodefensa judía eran un medio efectivo de protección o una provocación.[150]

Kovenko sólo retuvo el control de la capital durante una semana, tras lo cual el Ejército Rojo le obligó a abandonarla. Los bolcheviques, por su parte, tomaron represalias brutales contra los símbolos del antiguo régimen, especialmente contra lo que quedaba del ejército zarista y de la Iglesia. El antiguo oficial zarista A. E. Shiller se alojaba en una posada ocupada sólo por oficiales cuando la ciudad fue atacada. «Una lluvia de balas entró por las ventanas» mientras él y los demás buscaban una vía de escape. Ataron sábanas y toallas, bajaron desde la ventana del tercer piso al patio trasero y después se arrastraron hasta los sótanos colindantes. En ese reducido espacio, Shiller consiguió convencer a un soldado que también estaba escondido para que intercambiara con él abrigo y sombrero. Shiller justificó así su acción: «Mi uniforme de oficial no podría hacerle daño, tenía una cara tan poco inteligente que incluso un ciego podría darse cuenta de que era un campesino». Shiller fue capturado y encerrado durante dos días en un aula escolar. De vez en cuando, los guardias del Ejército Rojo se llevaban a grupos de oficiales y los fusilaban en el patio. Él sobrevivió ocultando su condición de oficial, haciéndose pasar por un prisionero liberado.[151] Pocos días después, los soldados bolcheviques entraron en el Monasterio Sagrado de las Cuevas de Kiev y asesinaron al arzobispo metropolitano Vladimir Bogoyavlensky, cabeza de la Iglesia Ortodoxa rusa en la región, estrangulándolo, según se dice, con la cadena de la cruz que colgaba de su cuello.

Los ministros de la Rada Central se vieron obligados a abandonar la ciudad hacia Zhytómyr. Una de las estancias de Mykhailo

Hrushevsky fue alcanzada por el fuego de la artillería bolchevique, que destrozó su biblioteca, y su madre murió durante el bombardeo, probablemente de un ataque al corazón. La derrota que sentían los ministros mientras abandonaban la capital era palpable. Algunos de sus partidarios culpaban a los judíos, de los que pensaban que habían entregado Kiev a los bolcheviques, de este infortunio.

En ese momento, en Brest-Litovsk, Trotsky cuestionó el derecho de la Rada Central a hablar en nombre de Ucrania. La Rada -señaló-, no controlaba Kiev ni Járkov ni Odesa, las tres ciudades más grandes de Ucrania, y ni siquiera podía fijar las fronteras de su propio territorio. Para complicar aún más la situación, a finales de enero apareció una segunda delegación ucraniana, afirmando esta vez que representaba a la República Soviética de Ucrania asentada en Járkov y respaldada por los bolcheviques. Mykola Liubynsky, en nombre de la delegación de la Rada Central, protestó airadamente por lo que consideraba una injerencia de Trotsky en los asuntos internos del estado ucraniano. «El gobierno bolchevique -denunció- sólo proclamó el principio de autodeterminación nacional para combatir de manera resuelta su aplicación práctica».[152] La sesión terminó con la reafirmación, por parte de Alemania, de su reconocimiento de la República Popular de Ucrania como un «estado libre, independiente y soberano», y Austria, recelosa de las reclamaciones nacionales de Ucrania en Galitzia, lo apoyó a regañadientes. Trotsky, que seguía los movimientos de su Ejército Rojo, se burló diciendo que la supuesta República Popular Ucraniana pronto no sería más que su delegación en Brest-Litovsk.[153]

A las dos de la madrugada del 10 de febrero, con Kiev en manos de los bolcheviques, los delegados que representaban a la Rada Central Ucraniana, ansiosos de reconocimiento y apoyo internacional, firmaron el primer tratado de paz de aquella guerra, poniendo fin formalmente a las hostilidades entre las Potencias Centrales y la República Popular Ucraniana. Las Potencias Centrales estuvieron de acuerdo en reconocer a la Rada y en suministrar a Ucrania bienes manufacturados y ayuda militar a cambio del compromiso de Ucrania de proveer a las Potencias Centrales de grano y de permitir a las tropas alemanas y austrohúngaras pasar por su territorio. El presidente de la delegación ucraniana declaró optimista: «Hoy comienza una nueva vida para la República Popular Ucraniana; entra como estado independiente en el círculo de las naciones y termina la guerra en su frente. Así veremos cómo todas las fuerzas que la componen empezarán una nueva vida y florecerán».[154]

El 18 de febrero, de acuerdo con los términos del tratado, entraron en Ucrania seis divisiones alemanas con sus cascos de acero achatados y oxidados tras años de batalla. Se unieron a los Cosacos Libres bajo el

mando de Petliura, arrebataron Kiev a los bolcheviques y restauraron el poder de la Rada Central. A los experimentados soldados de las Potencias Centrales les sorprendió el desorden que encontraron entre sus antagonistas bolcheviques. «El enemigo contra el que luchábamos -escribió un comandante alemán- incluía representantes de diferentes grupos. Estaban, en primer lugar, las bandas de bolcheviques y la Guardia Roja del gobierno ruso que había sido enviada a Ucrania. Había también exmilitares rusos, marineros, obreros industriales, desempleados y campesinos sin tierras propias que no tenían nada que perder y buscaban un sueldo elevado y el derecho al pillaje».[155] Durante las siguientes semanas y meses, los hambrientos campesinos de Ucrania vieron cómo los invasores alemanes saqueaban sus tierras. Los trenes alemanes sacaban de su país grano, tocino y Packards americanos que habían pertenecido al ejército imperial ruso. Se llevaron incluso miles de carretas del precioso mantillo de las Tierras Negras: literalmente, les robaban la tierra. Campesinos, trabajadores y soldados se enfurecían ante las órdenes de requisición alemanas y se sentían traicionados por su gobierno, que les había prometido las tierras. «El pueblo, especialmente los campesinos y los trabajadores, no está bien dispuesto y se muestra incluso hostil. Temen que la invasión alemana ponga en peligro los logros de la revolución», apuntaba el informe alemán.[156] Muchos soldados que habían depositado su confianza en Petliura ahora se la retiraban. Unidades enteras se unieron a los bolcheviques, mientras otros se dispersaban por los campos. La Rada perdió su poder de influencia. «No existe ninguna autoridad central que controle este gran territorio -afirmaba el popular escritor alemán de libros de viaje Colin Ross-. Puntualmente se hacen con el control políticos aventureros, dictadores o bandidos. Hay pueblos rodeados de trincheras enzarzados en una batalla interminable con una comunidad colindante por la tierra de una finca expropiada».[157]

Trotsky, que aún permanecía en Brest-Litovsk, estaba furioso porque la Rada Central hubiera llegado a un acuerdo sin él. En sus memorias se burlaba de los ucranianos por la desesperada autohumillación con la que se postraban ante aristócratas inútiles que no sentían por ellos más que desprecio, y los consideraba fervorosos lacayos de los austriacos y de los alemanes.[158] Pero Trotsky también necesitaba la paz con las Potencias Centrales para consolidar su revolución y lidiar con la creciente amenaza del Ejército Blanco. Las Potencias Centrales, por su parte, habían conseguido lo que querían de Ucrania y tenían pocos incentivos para hacer concesiones a Trotsky. Las condiciones que le habían ofrecido exigían que el gobierno bolchevique renunciara a su reclamación de casi 1.300.000 kilómetros cuadrados de territorio en las fronteras del oeste y del sur del antiguo

Imperio ruso habitadas por más de cincuenta millones de personas. Los bolcheviques estaban obligados a ceder formalmente Lituania y el antiguo Reino de Polonia, a reconocer la independencia de Finlandia y Ucrania, y a retirar a todo su ejército del territorio ucraniano. Sin otra alternativa, el 3 de marzo la delegación bolchevique firmó en Brest-Litovsk el humillante tratado de paz, según Trotsky, «sin leerlo siquiera».[159]

4

DEL HETMANATO AL DIRECTORIO

El 24 de abril de 1918, Abraham Dobry, el director judío de la delegación del Banco de Comercio Exterior Ruso en Kiev, fue secuestrado en su piso de nueve habitaciones, situado en uno de los edificios más vistosos de Kiev. Los secuestradores de Dobry le llevaron en coche a la estación y le confinaron en un tren hacia Járkov. Estuvo retenido cuatro días en el Grand Hotel hasta que consiguió sobornar a sus captores y lograr su liberación.

Dobry había obtenido su fortuna personal con el comercio de azúcar, uno de los recursos más lucrativos de la región. La zona de los alrededores de Kiev disfrutaba de un clima seco y soleado que producía una remolacha con un alto contenido de azúcar muy valorada por los comerciantes y, cuando Rusia se unió a la Convención del Azúcar de Bruselas en 1907, la industria azucarera se disparó, estimulada por la reducción de los aranceles. Pero el mercado era precario, las heladas tempranas o los veranos húmedos podían diezmar la delicada cosecha, y el coste de mantenimiento de las refinerías tecnológicamente avanzadas y del transporte era elevado. Los propietarios particulares estaban muy hipotecados y, después de la mala cosecha de 1912, un pequeño círculo de «barones del azúcar», principalmente judíos, empezó a comprar fábricas y refinerías con préstamos de bancos extranjeros. Pronto tuvieron una participación mayoritaria en la industria.[160] Cuando, en 1916, el estado de guerra hizo crecer astronómicamente el precio del azúcar, la prensa acusó a esos barones judíos del azúcar de especular aprovechándose de la contienda. Dobry -cuyo banco estaba muy involucrado en la industria y recibía financiación del Deutsche Bank- fue detenido, acusado de especular y de realizar prácticas monopolísticas ilegales. Consiguió librarse de las acusaciones y volver a sus negocios y actividades filantrópicas.

Años después, cuando llegó la hora de negociar la letra pequeña de las relaciones comerciales y financieras entre Ucrania y Alemania conforme al Tratado de Brest-Litovsk, el gobierno ucraniano pidió

ayuda a Dobry.[161] Debido a su papel en dichas negociaciones, fue ampliamente ridiculizado como el que había vendido Ucrania a las potencias extranjeras. Cuando las autoridades militares alemanas ordenaron a los campesinos ucranianos que cumplieran con las cuotas de grano para la exportación, Dobry se convirtió en un símbolo de lo que había sido un mal acuerdo de la Rada Central.

Resultó que el secuestro de Dobry había sido en realidad coordinado por varios ministros del propio gobierno ucraniano. Cuando se descubrió el complot, el mariscal de campo Hermann von Eichhorn, comandante en jefe de las tropas alemanas en Ucrania, se enfureció. «Individuos y grupos irresponsables intentan aterrorizar a la población -declaró-. Están llevando a cabo detenciones al margen de la ley y la justicia con el objetivo de asustar a aquellos que, en interés del país y del estado recién nacido, están dispuestos a colaborar mano a mano con Alemania».[162] Alegando específicamente el secuestro de Dobry, Eichhorn declaró la ley marcial. Llevaba semanas recibiendo informes de que la Rada Central era incompetente -«las personas que actualmente intentan en vano dirigir Ucrania son como niños», escribió un general alemán- y vio la oportunidad de asumir el control directo.[163] Puesto que la Rada había fracasado en el mantenimiento de la seguridad -anunció Eichhorn-, el ejército alemán se encargaría de ello.

La tarde del 28 de abril, la Rada Central celebró una turbulenta sesión para determinar su respuesta. Abundaban las acusaciones de colaboracionismo con los alemanes y muchos miembros cuestionaban la decisión de haber firmado un tratado de paz con ellos. Había empezado a hablar Moyshe Rafes -un representante del Bund socialista judío que había defendido una relación estrecha con la Rusia bolchevique-, cuando un lugarteniente alemán entró de repente en la sala y anunció que todo el gobierno estaba detenido. Soldados alemanes habían rodeado el edificio y estaban llegando a las salas de la Rada. El lugarteniente ordenó a los miembros del gobierno que entregaran las armas bajo amenaza de muerte. Uno tras otro, los parlamentarios caminaron solemnemente hasta la parte delantera de la cámara y depositaron sus armas sobre la mesa del presídium. Los soldados alemanes interrogaron a todos los miembros del parlamento y detuvieron a aquellos de quienes sospechaban que habían estado implicados en la conspiración para el secuestro de Dobry.[164]

A la mañana siguiente, cientos de terratenientes, oficiales y banqueros -las élites del antiguo régimen zarista- se reunieron bajo las tenues luces eléctricas del Circus de Kiev, el hipódromo cubierto más grande de Europa, para protestar por la política agraria de la Rada Central y reafirmar el sagrado derecho a la propiedad privada. El congreso lo había organizado Ivan Poltavets-Ostrianytsia, comandante

de los Cosacos Libres. La ilustre multitud que llenaba la enorme sala aplaudía cuando, uno tras otro, los oradores reclamaban la restauración de una autoridad fuerte y el nombramiento de un nuevo presidente de Ucrania. «Necesitamos un poder fuerte, necesitamos un dictador, necesitamos a un *hetman* de acuerdo con nuestras viejas costumbres», declararon, utilizando una de las variantes del cargo honorífico tradicional cosaco.[165]

En torno a las tres, Pavlo Skoropadskyi -un distinguido noble y oficial zarista condecorado, colaborador de Poltavets-Ostrianytsia y uno de los altos dirigentes del movimiento Cosacos Libres-, hizo una entrada teatral, llegando a la sala con un séquito de oficiales entre los aplausos de la acomodada multitud. Había escuchado algunos de los discursos desde el pasillo y se había sentido incitado a pasar a la acción, reconociendo que su nación le llamaba. En sus propias palabras: «Todos los oradores insistían en lo mismo. Cuando pronunciaron mi nombre y exigieron que fuese proclamado *hetman*, el Circus entero se alzó como un solo hombre y empezó a gritar en señal de reconocimiento… Ya por la mañana sabía que tendría que decir unas palabras, y había preparado un discurso. Pero no esperaba que mi proclamación como *hetman* ocurriese de aquella manera».[166]

Más tarde, ese mismo día, la multitud se congregó en la plaza ante la catedral del siglo XI Santa Sofía de Kiev, formando un gran círculo. En el interior de la catedral, bajo la magnífica cúpula central, el arzobispo metropolitano de la Iglesia Ortodoxa rusa ungía a Skoropadskyi como *hetman* de Ucrania, estableciendo un nuevo gobierno que se conocería como el Hetmanato. Poltavets-Ostrianytsia -a quien Skoropadskyi describió como «un gran apasionado de Ucrania» y un hombre «de extraordinaria ambición, un aventurero en el estricto sentido de la palabra»-, se convirtió en el jefe de su cancillería personal.[167]

Skoropadskyi anunció el fin de la República Popular Ucraniana y la disolución de la Rada Central. Ordenó la detención de muchos miembros del antiguo gobierno de la Rada, entre ellos, en julio, la del propio Petliura. Ello significó un duro revés para los trabajadores y campesinos que habían apoyado las políticas socialistas de la Rada, para los intelectuales judíos, cuya autonomía difícilmente ganada se veía ahora amenazada, y para los nacionalistas ucranianos que se habían resistido a la intervención extranjera. «Le debemos nuestra salvación al poderoso apoyo de las Potencias Centrales -declaró Skoropadskyi en su primer discurso como nuevo *hetman*-. El derecho a la propiedad privada, que es la base de la civilización y la cultura, ha quedado plenamente restaurado».[168] Las viejas élites rusas iban a recuperar su poder ancestral.

Pavlo Skoropadskyi.

Fritz August Thiel -en aquel entonces cónsul general alemán en Kiev-, informó de que el gobierno de Skoropadskyi era «tan desesperadamente inepto en cuestiones políticas» que pidió un amplio asesoramiento a los alemanes.[169] La mayoría de los ucranianos, por su parte, veía a Skoropadskyi como un títere contrarrevolucionario alemán cuyo único logro fue reintroducir el vodka imperial en las tiendas, bebida que había sido inaccesible desde el comienzo de la guerra. Obreros y campesinos respondieron al retorno de los propietarios industriales y terratenientes de la era zarista y a las requisas forzosas de alimento de los alemanes con levantamientos, motines en las cárceles, atentados terroristas y paros laborales, de los

cuales el más desestabilizador fue una huelga general ferroviaria para protestar contra el control alemán de los ferrocarriles. Prendieron fuego a las casas, los molinos y las fábricas que les daban empleo y atacaron las posiciones alemanas. Miles de soldados alemanes fueron asesinados.

Los alemanes culpaban a los judíos, a los que acusaban de fomentar la revolución y beneficiarse de los disturbios. Pusieron carteles en las estaciones de tren advirtiendo a los viajeros que tuvieran cuidado con los «cambistas judíos» y los acusaron de «llevar a cabo una vergonzosa propaganda» contra la ocupación alemana.[170] Los alemanes dejaron claro que, debido a la «solidaridad de todos los judíos», debían «considerar responsables a todos ellos de las acciones individuales de cada uno».[171] Sus aliados austriacos acusaron también a los judíos de colaborar con Francia e Inglaterra para socavar el poder de las Potencias Centrales.[172] El propio Skoropadskyi publicó panfletos en los que acusaba a los judíos de la plaga comunista y advertía a las tropas alemanas que se mantuvieran alejadas de los judíos para no contagiarse de su bolchevismo. En julio, derogó formalmente la Ley de Autonomía Nacional que tanto había valorado la comunidad judía.

Las sospechas alemanas contra los revolucionarios judíos aumentaron cuando el 6 de julio Yakov Bliumkin, un huérfano judío de Odesa que pertenecía al Partido Socialrevolucionario de Izquierda aliado de los bolcheviques, asesinó al conde Wilhelm von Mirbach, embajador alemán en Moscú. Bliumkin consiguió escapar en un coche que le estaba esperando, pero se dejó su gorra, sus maletas y sus credenciales. El audaz atentado terrorista fue sólo el primero de una serie de ataques de gran repercusión que infundieron miedo a las autoridades.[173] Unas pocas semanas después, el 29 de julio, un pistolero desconocido se coló en el coche que llevaba a Boris Butenko, el ministro de transportes de Skoropadskyi, e intentó dispararle en la cabeza. La pistola se encasquilló, y el asaltante escapó mientras el conductor pisaba el acelerador. El gobernador de Volinia respondió con detenciones masivas y, sin tener información alguna sobre la identidad del atacante, amenazó con «ahogar a la ciudad en sangre judía».[174] Al día siguiente, Boris Donskoy -un activista de origen ruso- y otro socialrevolucionario de izquierda arrojaron una bomba contra el vehículo en el que viajaba el mariscal de campo Hermann von Eichhorn, matando al comandante en jefe de las tropas alemanas en Ucrania.

Mientras las fuerzas de ocupación y el Hetmanato acusaban a los judíos de ser simpatizantes de los bolcheviques, los bolcheviques los acusaban de ser miembros de la clase burguesa y de colaborar con los alemanes. En la ciudad de Surazh, una unidad de caballería

bolchevique llevó a cabo un pogromo con el pretexto de que los judíos habían dado la bienvenida a los alemanes.[175] Algunos señalaron al primer ministro de comercio de Skoropadskyi, Sergei Gutnik -nacido Izrail Mikhelov en una familia de judíos banqueros-, como prueba de que el nuevo gobierno estaba controlado por los judíos y continuaría con las políticas de Dobry. En realidad, Skoropadskyi sólo se plegaba a las peticiones de los judíos en la medida en que estas se amoldaran a los intereses de las viejas élites zaristas. Los más ricos barones del azúcar, los banqueros y los magnates del ferrocarril se beneficiaban de esta posición conservadora favorable a los negocios, pero la inmensa mayoría de los judíos, que eran trabajadores urbanos pobres, sufrían las requisas tanto como sus vecinos campesinos.

El aluvión de atentados terroristas continuó durante el mes siguiente en Moscú y Petrogrado, dirigido en esta ocasión contra los bolcheviques. Una vez más, muchos culpaban a los judíos de los disturbios, una acusación que se sustentaba en el protagonismo de varios individuos judíos en incidentes concretos. El 30 de agosto de 1918, Fanny Kaplan, de veintiocho años, disparó tres balas envenenadas contra Lenin cuando salía de una fábrica en Moscú; una de las balas atravesó limpiamente su abrigo mientras las otras se alojaron en su espalda y en su clavícula. Durante su interrogatorio afirmó que el dirigente bolchevique había «traicionado la revolución». Ese mismo día, el activista antibolchevique Leonid Kannegisser logró asesinar al jefe de la policía secreta de Petrogrado, Moisei Uritsky, disparándole en la cabeza y huyendo en bicicleta. Kaplan atentó contra Lenin porque pensaba que la revolución no había ido lo suficientemente lejos; en cambio, Kannegisser, defensor del gobierno provisional e hijo de un rico armador, se había opuesto a la revolución desde el principio. Aunque los dos terroristas estaban motivados por perspectivas políticas muy diferentes, muchos testigos se dieron cuenta de que ambos habían nacido en familias judías de Ucrania. Curiosamente, Uritsky, el jefe de la policía secreta asesinado, compartía los mismos orígenes.

Los bolcheviques respondieron inmediatamente al asesinato de Uritsky y al atentado contra la vida de Lenin con su propia ola de terror. En los primeros tiempos de la Revolución de Octubre, los bolcheviques habían creado una Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución, el Abuso y la Corrupción, una fuerza policial secreta conocida familiarmente como la Checa, acrónimo en ruso de «comisión extraordinaria».[176] Su primer director, Felix Dzerzhinsky, declaró que «el terror es una necesidad absoluta en tiempos de revolución».[177] Yakov Sverdlov, presidente del Comité Central Ejecutivo bolchevique, exigió un «despiadado terror masivo» y apoyó la detención o ejecución de cualquiera que fuera sospechoso de

actividades contrarrevolucionarias.[178] La Checa publicitaba sus actividades como advertencia pública. El objetivo -según un futuro director de la Checa ucraniana-, era causar «en el pueblo tal impresión que la sola mención de su nombre ahogara cualquier deseo de sabotaje o conspiración».[179] El periódico del partido, *Izvestiia*, («*Noticias*») servía de altavoz a los asesinatos de la Checa; durante seis semanas del otoño de 1918, la Checa publicó incluso su propio boletín, *Ezhenedel'nik VChK* («el Semanario de la Checa»), que divulgaba las ejecuciones extrajudiciales de la organización.[180]

La Checa creció rápidamente, ramificándose en casi todas las provincias, distritos, cantones, pueblos y destacamentos militares. Había incluso Checas de los ferrocarriles y de las fábricas. Las unidades de la Checa seguían al Ejército Rojo en las zonas conquistadas para erradicar cualquier intento de oposición mediante la tortura y el terror. Funcionaban en coordinación con los tribunales revolucionarios encargados de «investigar actividades contrarrevolucionarias» y tenían autorización para disparar «en el acto» a todos «los agentes enemigos, especuladores, merodeadores, vándalos y agitadores contrarrevolucionarios».[181] En el apogeo de la guerra civil hubo unos doscientos tribunales que juzgaban doscientos mil casos al año en todas las zonas controladas por los bolcheviques. A menudo, los tribunales eran móviles, desplazando «troikas» de tres jueces para controlar las zonas rurales.[182] El asombroso porcentaje de condenados -entre el ochenta y cinco y el noventa por ciento-, sugería la inevitabilidad de un veredicto de culpabilidad para quienes eran sometidos a juicio.[183]

La incursión terrorista más espectacular de los bolcheviques tuvo lugar el 17 de julio, cuando el jefe del escuadrón de la muerte de la Checa, Yakov Yurovsky -un antiguo estudiante de Talmud-, obligó al depuesto zar Nicolás II a bajar al sótano de la casa donde estaba detenido en Ekaterimburgo y lo ejecutó junto a su esposa, su hijo y sus cuatro hijas. Fue un alarde impactante que pretendía mostrar a Rusia y al mundo que los bolcheviques estaban inequívocamente comprometidos con la revolución. La orden había sido aprobada en Moscú por Yakov Sverdlov.

Ambos Yakovs procedían de familias judías, una inconveniente coincidencia en la que se amparaban los enemigos de los bolcheviques, que ya habían señalado que los principales dirigentes del movimiento eran judíos. Esto, no obstante, se basaba en una enorme exageración de las cifras por parte de los seguidores del zar y los rusos blancos cuando publicaban el porcentaje de judíos en las brigadas, destacamentos y posiciones de mando bolcheviques con intención de desacreditar al enemigo, disuadir a potenciales reclutas del Ejército Rojo y alimentar los conflictos étnicos.[184] Esta política de

«desenmascarar» a los judíos en el poder dio crédito al mito del predominio de los judíos, una herramienta importante para levantar sospechas contra el nuevo régimen entre la población cristiana. La acusación de ser un agente secreto judío era una calumnia que podía utilizarse contra cualquier opositor, especialmente contra los que tenían una nariz ganchuda. De hecho, en la imaginación de algunos conspiradores rusos, incluso el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, era un judío clandestino.[185]

Muchos judíos que se oponían al movimiento revolucionario también estaban preocupados por la significativa presencia de judíos entre los dirigentes bolcheviques. Solomon Goldelman -que había representado al partido sionista socialista Poalei Zion [«Trabajadores de Sion»] en la Rada Central-, desdeñaba a los que calificaba como «prosélitos judíos del bolchevismo». Sostenía que ellos «eran en gran medida responsables de envenenar las relaciones mutuas de cordialidad creadas durante el primer periodo de la revolución entre ucranianos y judíos».[186] Al otro lado del océano, el *American Jewish Chronicle* también arremetió contra «la injerencia política de nuestros radicales y ultrarradicales en Rusia» que, según el *Chronicle*, «son en buena medida responsables del crecimiento del antisemitismo en Rusia». El editorial urgía a la mayoría de los judíos rusos a «declarar que los implicados en estas actividades destructivas no representan a los judíos y no expresan sentimientos ni opiniones judías».[187]

«¡HA EMPEZADO LA REVOLUCIÓN MUNDIAL!», rezaban los titulares del diario bolchevique *Pravda* («Verdad») el 1 de noviembre de 1918.[188] El sueño de Trotsky de extender la revolución por Europa parecía estar haciéndose realidad. Dos días después, marineros alemanes se amotinaron en Kiel, dando comienzo a una amplia revuelta en toda Alemania. El 7 de noviembre -primer aniversario de la Revolución bolchevique-, el activista, periodista y crítico teatral Kurt Eisner condujo a miles de manifestantes por las calles de Múnich pidiendo la abdicación del monarca, el establecimiento de un estado democrático, el fin de la guerra y la promulgación de la jornada laboral de ocho horas. El 9 de noviembre las revueltas se habían extendido a Hamburgo, Colonia, Bremen y Berlín, y las dinastías reinantes en los estados alemanes, desde los Habsburgo a los Hohenzollern, se vieron obligadas a abdicar de los tronos que sus familias habían ocupado durante generaciones. El 10 de noviembre, el emperador alemán, el káiser Guillermo II, huyó a Holanda. Abdicaría formalmente del trono dos semanas más tarde. De nuevo, el *Pravda* proclamaba la revolución mundial: «TODO EL NORTE DE ALEMANIA ESTÁ EN MANOS DE TRABAJADORES, MARINEROS Y SOLDADOS REBELDES. EN TODAS LAS CIUDADES HAY SOVIETS DE

TRABAJADORES Y REPRESENTANTES DE LOS SOLDADOS. LA CORONA DE WILHELM HA CAÍDO AL BARRO, Y ES EL CUARTO DE LA LISTA. ¡LARGA VIDA AL PROLETARIADO ALEMÁN, LARGA VIDA A LA REVOLUCIÓN MUNDIAL!».[189] El 11 de noviembre, Carlos I, el emperador austrohúngaro, anunció que iba a abandonar su participación en la administración del estado. El mismo día, en el bosque de Compiègne, a unos mil cien kilómetros al oeste, los aliados firmaron un armisticio con Alemania, que era la única parte beligerante de las Potencias Centrales, poniendo fin a cuatro años de conflicto armado y marcando el inicio de lo que imaginaban que sería una nueva era de paz.

En un giro inesperado, las estructuras imperiales que habían gobernado Europa central durante generaciones se vinieron abajo en sólo unos días. Muchos señalaron la preminencia de los judíos entre quienes habían liderado a las masas que derrocaron al viejo régimen. Quien lo hizo de manera más notable fue un joven Gefreiter (soldado de primera clase) del ejército bávaro llamado Adolf Hitler, que leía las noticias sobre los disturbios desde la cama de un hospital en Pomerania, donde se estaba recuperando de un ataque con gases que le había dejado temporalmente ciego. Más tarde describiría la revolución de Múnich como «la mayor canallada del siglo» y culparía de ella «a unos pocos jóvenes judíos».[190] La idea de que el movimiento revolucionario europeo era un instrumento de los judíos no se restringía sólo a los radicales de extrema derecha. Ellis Loring Dresel, jefe de una misión especial de los Estados Unidos en Alemania, hablaba en nombre de muchos cuando decía despectivamente que las revueltas habían sido «lideradas por fanáticos radicales que son, salvo pocas excepciones, extranjeros o judíos».[191]

Con la caída de los imperios alemán y austrohúngaro, los soldados de las Potencias Centrales acuartelados en Ucrania se disponían a volver a casa. Agotados y desmoralizados, muchos se arrancaron las hombreras, vendieron sus armas y se mezclaron con la población civil. Otros, incitados por el espíritu revolucionario, abandonaron su equipamiento y regresaron a sus casas. Como escribió Bulgakov, «los alemanes, esos alemanes de acero con sus cascos achatados, que se habían presentado en Kiev con el mariscal de campo Eichhorn y una espléndida y sólidamente elaborada hilera de camiones, se marcharon sin el mariscal de campo, sin los camiones e incluso sin las pistolas. Los furiosos campesinos se lo quitaron todo».[192]

Abandonado por los alemanes, Skoropadskyi, que fracasó en su intento de atraer a su causa a un número significativo de ucranianos, buscó nuevos aliados entre los rusos blancos y otras fuerzas conservadoras. Al no encontrarlos en ninguna parte, el 14 de diciembre se disfrazó de oficial alemán herido, cosió su anillo de boda

y su Cruz de San Jorge a las mangas de su camisa y huyó a Alemania en un transporte médico.[193]

La derrota del Hetmanato dio a los ucranianos de Lwów la oportunidad de cuestionar Kiev como lugar de nacimiento del estado ucraniano y de declarar la soberanía sin el estigma de las políticas socialistas de la Rada ni del respaldo alemán de Skoropadskyi. Gracias al auge del petróleo a finales de siglo, Lwów, capital de la Galitzia austriaca, había dejado de ser un centro administrativo provinciano para convertirse en un núcleo metropolitano; los grandes edificios gubernamentales neoclásicos de «amarillo Habsburgo» de la plaza del mercado renacentista y las iglesias barrocas reflejaban la importancia del auge de la ciudad. Lwów era comparable a Viena por sus amplias avenidas y su centro urbano limpio y moderno. También el pueblo había aprendido a valorar el orden de los Habsburgo. Más organizados que sus colegas de Kiev y respaldados por unos soldados disciplinados entrenados en Austria, los ucranianos de Galitzia estaban convencidos de que un gobierno en Lwów tendría éxito en la defensa de la soberanía ucraniana, en la que la Rada Central y el Hetmanato habían fracasado.

Pero Lwów también formaba parte del sueño de Polonia de convertirse en un estado. Cuando en enero de 1918, el presidente Wilson, en su trascendental discurso de los Catorce Puntos en el Congreso, declaró que formaba parte de su plan para una paz duradera un estado polaco independiente, sugirió que ese estado debía comprender todos los «los territorios indiscutiblemente habitados por población polaca». En buena medida, Lwów se ajustaba a esa definición: aunque estaba rodeada de una gran franja rural ucraniana, la mitad de su población, de unos doscientos mil habitantes, era polaca, un veintiocho por ciento eran judíos y un trece por ciento ucranianos.[194] Para Józef Piłsudski, héroe militar y presidente de la recién establecida República de Polonia, Lwów era el elemento clave del estado plurinacional que imaginaba dentro de las fronteras históricas del territorio autónomo polaco-lituano.

Sin embargo, fue la minoría ucraniana la que dio el primer paso, proclamando la creación de la República Popular de Ucrania Occidental el 1 de noviembre. Los soldados ucranianos que habían formado parte de la guarnición austriaca de la ciudad izaron la bandera azul y amarilla de Ucrania en lo alto de la torre de ochenta metros del ayuntamiento y ocuparon la estación de tren y los principales edificios gubernamentales. Al día siguiente, mientras miles de ucranianos celebraban la situación ante la catedral de San Jorge, el consejo municipal declaró su lealtad a Polonia. «Cuando contemplamos la bandera ucraniana en el ayuntamiento, nos asaltó un

profundo sentimiento de incredulidad. ¿Cómo se atreven?», recuerda Janina Chomówna, una residente polaca.[195]

Los ucranianos tomaron el control de la Ringplatz en el centro de la ciudad, pero en cuestión de días los vecindarios polacos del oeste, junto a la estación de tren, fueron ocupados por grupos de nacionalistas polacos, o de lo que un informe de investigación conjunto angloamericano definiría eufemísticamente como «unos cientos de muchachos polacos junto a numerosos voluntarios de dudoso carácter».[196] Las escaramuzas de las tres semanas siguientes entre los antiguos soldados austriacos de Ucrania y los nacionalistas polacos dejaron casi doscientos muertos. Muchos de aquellos delincuentes -«voluntarios de dudoso carácter» y desertores del ejército liberados de la cárcel- atacaron el centro de la ciudad, donde saquearon tiendas de propietarios judíos. Una brigada de autodefensa formada por soldados judíos que habían estado en el ejército austriaco respondió con violencia. Aunque los dirigentes de la comunidad judía habían declarado abiertamente su neutralidad en la disputa entre ucranianos y polacos por la ciudad, muchos polacos vieron en el recurso a las armas de la brigada judía un apoyo al bando ucraniano. Esta impresión se vio reforzada por los boletines ucranianos que vitoreaban a la brigada judía como aliada y confundían la posición oficial de los judíos con una toma de postura proucraniana.[197]

El sábado 22 de noviembre, los refuerzos polacos llegados de Cracovia obligaron a retroceder a los soldados ucranianos y atacaron a los civiles judíos con una virulencia que escandalizó al mundo. El escritor británico judío Israel Cohen describió la escena en el informe que realizó como inspector especial de la Organización Sionista Mundial:

> La primera acción de las tropas polacas fue desarmar a las milicias judías, oficiales y tropas, y encarcelarlas. Después se estableció un cordón militar alrededor del barrio judío, se situaron ametralladoras en lo alto de cada calle y comenzó un saqueo sistemático. Forzaron una tienda tras otra, destruyeron los cierres metálicos con pistolas o granadas de mano y rompieron las ventanas. Sólo fueron saqueadas las tiendas judías: los propietarios polacos y ucranianos se salvaron. Bandas armadas de civiles y soldados, a menudo dirigidas por oficiales, saquearon también viviendas privadas. Dispararon y asaltaron brutalmente a todo el que se resistía y ultrajaron a muchas mujeres y niñas.[198]

Según otro testigo, «las mujeres tenían que desvestirse y quedarse de pie, desnudas, para el grosero deleite de la multitud. A las mujeres

de los abogados se las trataba como prostitutas, se humillaba a las ayudantes universitarias pisoteando desvergonzadamente su dignidad».[199] Poco después, el mismo día, unos coches polacos que llevaban petróleo y benceno entraron en los barrios judíos. Los soldados polacos rociaban las casas y les prendían fuego mientras los bomberos miraban sin intervenir. La población local corría entre el humo llevándose abrigos de pieles y otros bienes expoliados de las casas en llamas. «Observé que todos miraban cómo se quemaban las casas de los judíos con placer y alborozo», recordaba un testigo.[200]

A continuación, los soldados centraron su atención en las sinagogas, rompiendo los rollos de la Torá, destruyendo antigüedades almacenadas en el sótano, quemando los edificios y matando a varios judíos que se habían refugiado en su interior. Se atacaba a los judíos con el pretexto de que habían disparado a soldados polacos, habían importado el bolchevismo, ocultaban armas, especulaban con la moneda y el azúcar y, en general, explotaban a los inocentes polacos. «Vosotros, los judíos, ya nos habéis robado bastante, ya era hora de saquearos a vosotros», dijo un comandante militar, según informó una de las víctimas.[201] Los soldados polacos llegaron incluso a detener comitivas fúnebres que iban camino del cementerio, abriendo los féretros para buscar armas y otros bienes. La violencia continuó durante tres días, en los cuales está confirmado el asesinato de setenta y tres judíos, y hubo cuatrocientos cuarenta y tres heridos, aunque un informe habla de ciento ocho cuerpos hallados en una fosa común. Se informó de que sesenta niñas de doce años se estaban recuperando en el hospital del «maltrato brutal de los vándalos polacos».[202] El 25 de noviembre, al día siguiente de acabar el pogromo, el ayuntamiento se reunió para celebrar el retorno a Lwów del gobierno polaco y dedicó una ovación al «heroísmo de los jóvenes» que habían luchado por Polonia.[203]

Aparte de algunos casos poco conocidos de atrocidades de los bolcheviques en el centro de la zona de guerra, los observadores judíos no encontraban precedente a aquella violencia organizada y destructiva. A diferencia de las oleadas previas de pogromos a las que estaban acostumbrados, el pogromo de Lwów fue instigado por soldados armados en cumplimiento de su deber y no por bandas ambulantes de rufianes o por vecinos descontentos. Los soldados atacaron deliberadamente a los judíos en sus casas y lugares de trabajo sin un objetivo militar aparente. Se les unieron los habitantes de la ciudad, que aprovecharon la situación para saquear a sus convecinos judíos. En todo este escenario, hay que subrayar el despliegue público de poder, que se manifestaba a menudo a través de la humillación sexual y la violación.

Muchos temían que esto anunciase un nuevo tipo de pogromo. Se

observó que el número de muertes en Lwów era mucho más elevado que en incidentes anteriores en otras ciudades; incluso en medio de la brutalidad de la Gran Guerra, no se habían conocido masacres específicas de esta magnitud. El asombro se agravaba por el hecho de que los incidentes no habían tenido lugar durante las tres semanas de conflicto entre las fuerzas polacas y ucranianas por el control de Lwów, sino más bien cuando los soldados polacos ya se habían hecho con el control de la ciudad. El asesinato de los judíos no fue un efecto colateral de la batalla, sino que fueron deliberadamente asesinados por soldados organizados incitados por una población que los apoyaba y entre la que no sólo había rufianes antisemitas, sino también miembros de la alta sociedad, «mujeres que vestían abrigos de piel y guantes», en palabras de un testigo.[204] La participación de sus vecinos acabó con el sentimiento de seguridad que habían tenido los judíos en la ciudad. Los supervivientes humillados fueron deshumanizados por las carnavalescas escenas de burla que quedaron grabadas en la mente de los observadores: la imagen de los judíos como criaturas desprovistas de dignidad humana.

Al pogromo de Lwów le siguieron una serie de disturbios y saqueos antisemitas en otras ciento treinta localidades de Galitzia y Polonia, mientras la población y los soldados celebraban la independencia polaca saqueando las tiendas y casas de los judíos, y asaltando a civiles judíos. En el este de Galitzia, los judíos fueron perseguidos con el falso pretexto de que se habían aliado con los ucranianos, lo que llevó a las autoridades militares polacas al desarme forzoso de las milicias y brigadas de autodefensa judías. Pero incluso en Varsovia, donde los judíos sentían poca simpatía por el nacionalismo ucraniano, Cohen describió cómo «los soldados saqueaban las casas y las tiendas del barrio judío una y otra vez alegando que estaban buscando armas, y "requisaban" dinero, objetos de valor y cualquier cosa de utilidad».[205] Aunque la mayor parte de la violencia fuera de Lwów se limitó a saqueos, profanación de cementerios, incendios provocados y atracos menores, se registraron cincuenta y nueve muertes.[206]

En unos días, la noticia de los pogromos se extendió por todo el mundo. El 25 de noviembre en una manifestación sionista en Berlín, Nahum Goldmann -que en ese momento era un activista que defendía los intereses judíos como miembro de la Oficina de Extranjería alemana y después se convertiría en presidente del Congreso Mundial Judío-, hizo un llamamiento a «la democracia polaca y a todo el mundo civilizado para que pusieran fin a estos crímenes y reconocieran e hicieran realidad el derecho de los judíos polacos a la igualdad nacional y civil».[207] Utilizando el nombre alemán de la ciudad y sin pruebas, y culpando de ello al gobierno central polaco y a una imaginaria tradición polaca de intolerancia, el viceministro de

justicia prusiano Oskar Cohn afirmó ante la delegación americana que «los pogromos contra los judíos en Lemberg y en muchos otros lugares son una realidad, y han sido instigados por las propias autoridades polacas. Esto corrobora el viejo dicho de que los polacos son menos tolerantes con las minorías nacionales que cualquier otra de las naciones civilizadas de la tierra».[208] En Washington D. C., el secretario de estado norteamericano Robert Lansing se tomó estas acusaciones muy en serio, y ordenó que «los americanos enviados a Polonia investiguen cuidadosamente este asunto e informen de ello», y formó una comisión oficial americana de investigación.[209]

Los polacos y sus simpatizantes, por su parte, se quejaban de que la prensa estaba «divulgando falsas noticias sobre un supuesto movimiento antijudío en Polonia» y de que «sólo con una falta absoluta de buena fe» podía responsabilizarse al gobierno de lo que, como subrayaban muchos polacos, no eran más que revueltas espontáneas provocadas por la traición de los judíos hacia Polonia ante la promesa de su autonomía en Ucrania.[210] La verdadera víctima -decían- era Polonia, a la que los judíos estaban desacreditando para reducir la recién proclamada integridad territorial de la república y forzarla a otorgarles un estatus privilegiado.

Derrotada por los polacos en Lwów, la República Popular de Ucrania Occidental aún consiguió mantener el control de gran parte de la Galitzia oriental, incluyendo los campos de petróleo. Pero el sueño de Galitzia de liderar un gran estado ucraniano se había hecho añicos. Por otra parte, en Kiev, donde el Hetmanato conservaba formalmente el poder, pero sin el respaldo alemán que lo había sostenido, los nacionalistas ucranianos de izquierdas vieron una nueva oportunidad para la independencia. Bajo el liderazgo de Volodymyr Vynnychenko, en noviembre de 1918 los restos de la Rada Central se reagruparon en la ciudad de Bila Tserkva, al sur de Kiev, y formaron un Directorio -término que tomaron prestado del comité que gobernó Francia durante su revolución- para restaurar la República Popular Ucraniana. Bulgakov los ridiculizaba refiriéndose a ellos como «esos hombres que tienen la habilidad de aparecer en el momento oportuno».[211] Desde luego, eran un grupo peculiar, mal preparado para desempeñar la monumental labor en la que estaban a punto de embarcarse. Pero Petliura, que había sido liberado de su detención, se las arregló para persuadir al resto de los Cosacos Libres de que le siguieran siendo fieles, respaldando militarmente las ambiciones del Directorio.

El Directorio.

El 12 de diciembre, los miembros del Directorio se subieron a un tren hacia Kiev. En cada parada del trayecto los ministros eran recibidos por multitudes que los jaleaban, música patriótica y discursos laudatorios para celebrar su vuelta. En Kiev, los carteles de las farolas anunciaban la restauración de la República Popular Ucraniana y se ordenó que todas las señales de la ciudad (principalmente rusoparlante) estuvieran en ucraniano. En las calles principales, los tenderos sacaron escaleras para cambiar los rótulos, aunque a veces simplemente colocaban carteles de papel en ucraniano sobre las letras metálicas en ruso, intuyendo que el nuevo gobierno duraría poco.[212] «Nadie sabía quién sería detenido al día siguiente, qué retrato era preferible colgar en la pared y cuál era mejor esconder, qué moneda aceptar y qué otra intentar pasar a toda costa al primer ingenuo», escribió el novelista Ilya Ehrenburg, que vivía en Ucrania en esa época.[213]

El Directorio recibió un apoyo entusiasta de muchos barrios judíos por su promesa de inaugurar una nueva era de paz y estabilidad basada en principios socialistas y por su renovado compromiso de que se restaurarían la autonomía nacional y los derechos de las minorías. «La nación judía que se alza hoy en el umbral de una nueva vida de la diáspora -declaró un activista sionista socialista en Ucrania-, siempre se ha asociado de corazón al movimiento de liberación ucraniano, viendo en él un claro modelo de autodeterminación nacional».[214]

Avrom Revutsky -que se convertiría en ministro de asuntos judíos- imaginaba una gran inversión para la comunidad judía: nuevas escuelas de lengua yidis, instituciones culturales, una universidad judía, hospitales judíos, financiación para la literatura yidis y la publicación de libros de texto en yidis. Su optimismo se reflejó en una de sus primeras declaraciones como ministro: «Las oleadas de tormentosa catástrofe nacional han erosionado el gobierno del Hetmanato y han puesto fin a la dominación reaccionaria de la nobleza y los capitalistas. Las clases trabajadoras de Ucrania tienen el poder de nuevo en sus manos y lo usarán para crear una nueva sociedad, para romper definitivamente las cadenas que esclavizan al pueblo trabajador. Junto con la revolución ucraniana, la democracia revolucionaria judía ha llegado al poder».[215]

Arnold Margolin, que fue nombrado viceministro de asuntos exteriores, se mostró más cauto. «Era prematuro concentrarse en reformas internas», escribió más tarde. La existencia del nuevo estado estaba amenazada desde dos frentes: el Ejército Rojo en el norte y el creciente Ejército Voluntario -los rusos blancos- en el este y el sur.[216] De hecho, el 3 de enero de 1919, el Ejército Rojo volvió a ocupar Járkov y Lenin nombró al eminente diplomático bolchevique Christian Rakovsky jefe de un nuevo gobierno soviético ucraniano. Margolin comprendió enseguida que el proceso de reconstrucción sería largo. A propósito de los restos del Imperio ruso, escribió: «Cuando un gran edificio se ha derrumbado no puede restaurarse colocando un nuevo techo; sus bases también deben ser reconstruidas, sus suelos y paredes

deben rehacerse».[217]

PARTE II

LA REPÚBLICA POPULAR DE UCRANIA

Diciembre 1918 - Marzo 1919

5

EL POGROMO DE ÓVRUCH

En el invierno de 1918 resultaba difícil encontrar botas en Ucrania. A un artesano experto le llevaba entre catorce y dieciséis horas fabricar un buen par de botas de invierno, y gastaba tres veces más cuero que en un zapato ordinario. Las mejores venían del norte de Ucrania: a diferencia de lo que ocurría en climas más cálidos, donde los insectos podían perforar la piel agujereándola, los cueros en el frío norte estaban hechos de un material más suave y fino que podía teñirse fácilmente.[218]

En una entrevista en 2003, poco antes de cumplir cien años, Veniamin Feldman recordaba que había que trabajar la piel del suave cuero alrededor de la pala y a un cuarto de la plantilla, y que la parte exterior de la suela tenía que clavarse a la bota. Feldman, nacido en el pueblo de Yanova Rudnya, a unos veinte kilómetros de la ciudad de Óvruch, al norte de Volinia, explicaba que en su juventud los zapateros iban a los pueblos a coser botas a quien les proporcionase cuero y piel.

Óvruch estuvo cerca del frente durante buena parte de la guerra; los distintos soldados que atravesaban los bosques y pantanos de la región siempre requisaban suministros a los ciudadanos. Era una práctica común hacer esas demandas a los artesanos y a las tiendas locales cuando un batallón pasaba por la ciudad. Las tropas se alimentaban matando los gansos y pollos que encontraban en los patios y obligando a los dueños de las casas a cocinar las aves para su consumo. Si los residentes trataban de esconder sus carros, su piel u otros bienes en los pajares o en las bodegas, los soldados que encontraban las posesiones ocultas los castigaban severamente por «expropiar los bienes del pueblo».

Los oficiales militares señalan repetidamente en sus memorias el reto que suponía abastecer a sus hombres, y describen despreocupadamente cómo requisaban suministros a la población civil. «Los zapateros locales recibieron un encargo de doscientos pares de botas», escribe el comandante Pavlo Shandruk a propósito de la

llegada de su unidad a Lubny, por ejemplo.[219] Pero nada dice acerca de cómo persuadía a los zapateros para que entregasen las botas ni de cómo se suponía que debían obtener la piel. Las requisas forzosas autorizaban a los soldados a aterrorizar a los artesanos y zapateros, principalmente judíos, a menudo con violencia.

Un día de invierno de 1919, continuaba Feldman, un hombre que había sido oficial técnico del ejército zarista y que ahora dirigía un grupo local de combatientes antibolcheviques se presentó en su casa y exigió que le dieran piel para botas. El padre de Feldman despidió al oficial contestando que ni siquiera tenía piel suficiente para hacer botas a su propia familia, menos aún de sobra. Esa tarde, recuerda Feldman, el oficial regresó con otros hombres. «Vistieron a mi padre con un abrigo de invierno y botas, se lo llevaron al bosque y le mataron. Se llevaron sus botas y se marcharon».[220] Una semana después, Feldman encontró el cuerpo descalzo de su padre congelado en el bosque.

El padre de Feldman fue probablemente una víctima del pogromo de Óvruch, una oleada de terror que duró tres semanas, desde finales de diciembre de 1918 hasta mediados de enero de 1919, y que provocó la muerte de entre cincuenta y ocho y ochenta judíos y el saqueo de más de mil doscientos.[221] Pero Óvruch no destacó sólo por las cifras, ya que habían sido asesinados más judíos en los numerosos pogromos de 1905, y los soldados bolcheviques habían matado a un número mayor en Glujov tan sólo unos meses antes. Lo que distinguía al pogromo de Óvruch era que, a diferencia de otros anteriores, no fue una oleada espontánea llevada a cabo en el fragor de la batalla por soldados indisciplinados que arrasaban los vecindarios civiles. Por el contrario, este se perpetró durante una prolongada escalada de terror dirigida por un oficial que actuaba amparado en la autoridad del aparato militar. Se cometió al mismo tiempo que el Directorio estaba restableciendo la República Popular Ucraniana y fue llevado a cabo por las fuerzas que lo representaban, o sea, por el mismo gobierno que sólo un año antes había sido el primero del mundo en garantizar los derechos nacionales del pueblo judío; el mismo gobierno que sólo días antes del pogromo era aclamado como heraldo de una nueva era para los judíos de la diáspora; el mismo gobierno que había prometido inaugurar una nueva era de paz y seguridad para Ucrania. Fue un momento decisivo que mostró a los judíos de Ucrania y al mundo que ni siquiera un gobierno fundado en el principio de los derechos de las minorías y la autonomía nacional podía proteger a los judíos de la violencia. Sólo en los dos meses siguientes se llevaron a cabo en Ucrania al menos ochenta y cinco ataques contra las vidas y propiedades de los judíos, más del doble del total de incidentes documentados en los doce meses anteriores. Y la mayoría de ellos

fueron cometidos por oficiales militares que actuaban como miembros del ejército de la República Popular Ucraniana.

Gracias a los detallados informes de las comisiones de investigación que recogieron pruebas y testimonios, podemos reconstruir detalladamente cuatro de estos pogromos. En todos se utilizó la amenaza real de sublevaciones bolcheviques como pretexto para atacar a los judíos, pero cada uno tuvo sus rasgos distintivos. El primero, el de Óvruch, ocurrió al mismo tiempo que se derrumbaba el Hetmanato y que el Directorio estaba tomando el poder. Lo llevó a cabo un solo destacamento militar encabezado por un oficial sádico en una región alejada de las oficinas centrales del Directorio. El segundo -el que tuvo lugar en Zhytómyr a la vez que el pogromo de Óvruch en el norte- empezó con una provocación militar, pero rápidamente se extendió a amplios segmentos de la población, que aprovecharon el caótico periodo del cambio de régimen para saquear a sus vecinos judíos. El tercer episodio, en Proskuriv, fue perpetrado por una división militar con intenciones genocidas. Este fue el más letal de la época, se produjo el sábado 15 de febrero y sólo duró cuatro horas. Y el cuarto, de nuevo en Zhytómyr, sucedió tras la derrota del Directorio después del pogromo de enero y de dos meses de gobierno bolchevique en la ciudad. Las autoridades militares ucranianas estaban convencidas de que los judíos habían apoyado a los bolcheviques y, en consecuencia, castigaron a la población judía. Gracias al pogromo ocurrido en la ciudad dos meses antes, el ejército encontró poca resistencia.[222] En los cuatro pogromos, tropas vinculadas al ejército de la República Popular Ucraniana atacaron a los judíos por su presunto apoyo a los bolcheviques, traicionando la confianza que los judíos habían depositado en la promesa del Directorio de restaurar la autonomía nacional judía en un estado ucraniano plurinacional.

Óvruch era, en muchos sentidos, un microcosmos de Ucrania. Su población de once mil personas incluía, en 1917, a tres mil judíos.[223] Muchos de los comerciantes de la ciudad eran judíos. Comerciaban con champiñones, pieles, miel y grano, transportando sus bienes a los pueblos cercanos en carretas tiradas por bueyes. Algunos tenían tiendas y almacenes en la plaza del mercado y vendían productos imperecederos y artesanales. Otros trabajaban en la industria de la curtiduría, arreglando zapatos, botas y monturas de cuero, remojando las pieles en cubas en la calle y trabajándolas y engrasándolas en casa. Aunque la industria no llegaba al nivel de Berdichev y Kiev -en donde se habían establecido las grandes curtidurías en la segunda mitad del siglo XIX-, Óvruch se enorgullecía de tener seis pequeñas fábricas. En 1913, se terminó de construir una línea de ferrocarril que comunicaba

con la gran estación de Kórosten, a unos cincuenta kilómetros al sur.[224]

Los pueblos rurales que rodeaban la ciudad eran mayoritariamente ucranianos.[225] Como señaló un trabajador humanitario en 1919: «Los polacos son terratenientes, los rusos son burócratas, los ucranianos son campesinos y el resto de la población es judía».[226] La segregación demográfica entre la ciudad y el campo se vio exacerbada por una epidemia de tifus que barrió la ciudad. Los jornaleros ucranianos regresaron a sus pueblos natales dejando en la ciudad a los judíos, polacos y rusos, que no tenían familia en el campo que les pudiera acoger. Cuando se dispararon los precios de los productos básicos, debido a la escasez de los tiempos de guerra, muchos acusaron de especulación a los propietarios de tiendas judíos. Cuando los soldados del ejército imperial ruso acuartelados en la ciudad fueron desmovilizados en diciembre de 1917, saquearon las tiendas de los judíos. La comunidad judía reaccionó creando una brigada de autodefensa.

Durante la gran sublevación contra el Hetmanato de Skoropadskyi del verano de 1918, los agitadores socialistas se dirigieron a los campesinos en los pueblos, instándolos a que ocupasen las tierras de los nobles que la Rada Central les había prometido. Cuando los ciento cincuenta soldados alemanes acuartelados en la región abandonaron sus puestos en noviembre, los campesinos recogieron sus armas, cargaron contra los terratenientes polacos y se hicieron con el control de Óvruch. Liberaron a los presos políticos que habían sido detenidos por el gobierno de Skoropadskyi y nombraron a dos de ellos como sus dirigentes: un ucraniano llamado Dmitriuk, que se convirtió en comisario de la ciudad, y un miembro del Bund judío, Scholem Freedman, que fue nombrado su adjunto. Unidos por los principios democráticos socialistas, celebraron la noticia de la llegada del Directorio a Kiev.

Sin embargo, el nuevo gobierno no consiguió mantenerse en el poder durante mucho tiempo. A las pocas semanas, una facción bolchevique, apoyada por unidades del Ejército Rojo de una ciudad cercana, consiguió hacerse por la fuerza con el control de la ciudad. Muchos residentes repararon en que había numerosos judíos entre los dirigentes bolcheviques y que estos habían ejecutado al comisario ucraniano, Dmitriuk, mientras que su adjunto judío había logrado escapar. Corrían rumores ampliamente extendidos de que los bolcheviques planeaban cerrar las iglesias y de que habían hecho una lista de dirigentes públicos cristianos a los que planeaban ejecutar.[227] Parecía que los judíos protegían a los suyos.[228] Al sur, sin embargo, las fuerzas del Directorio alcanzaron un moderado éxito, ya que los antiguos soldados zaristas acuartelados en Kórosten declararon su apoyo a Petliura. Mientras en Óvruch aumentaba la oposición a los

bolcheviques, los líderes de los campesinos ucranianos comunicaron a Kórosten que necesitaban apoyo militar.[229]

Un destacamento «partisano» paramilitar de trescientos hombres armados con rifles acudió en su ayuda. Lo dirigía el atamán Oleksii Kozyr-Zirka, que había servido en el Regimiento de Dragones durante la Gran Guerra y que fue uno de los primeros reclutados para el ejército de Petliura.[230] Era, según todos los testimonios, un borracho sádico. Pero estaba dotado de brillantes recursos oratorios y había conseguido labrarse una posición de poder entre los que vivían al margen de la ley. Incluso Arnold Hillerson, que dirigió una comisión de investigación sobre Kozyr-Zirka, no pudo menos que ensalzar al señor de la guerra como «un joven esbelto, un moreno fiero de aspecto gitano con muy buenos modales».[231] Uno de los oficiales que trabajó con Kozyr-Zirka lo describió «como un hombre muy apuesto, tan peligroso como un gato y tan cobarde como una liebre». Era el tipo de hombre que fingiría una enfermedad antes de una batalla para quedarse en el cuartel: «No le gustaba el sonido de las balas». Fue sorprendido en varias ocasiones robando de la caja fuerte de la división para poder costearse sus bebidas, y acabaría vendiendo su caballo y sus armas a cambio de botellas. «Aunque era cobarde, era muy sanguinario; disfrutaba matando a personas desarmadas». Más adelante, según el mismo oficial, Kozyr-Zirka se unió a los bolcheviques -sus antiguos enemigos- y consiguió un trabajo al servicio de la Checa. «Allí encontró lo que siempre había estado buscando: la oportunidad de matar y robar impunemente a gente desarmada».[232]

Desde el momento de su entrada en la ciudad, el 25 de diciembre de 1918, Kozyr-Zirka y sus hombres interpretaron que su misión de acabar con los bolcheviques les permitía aterrorizar a la población judía; «para ellos, bolchevique y judío significaban lo mismo», escribió un trabajador humanitario, a pesar de que muchos judíos de la ciudad apoyaban al Directorio y uno de ellos había sido incluso delegado del gobierno derrocado por los bolcheviques.[233] El 26 de diciembre, Kozyr-Zirka hizo llamar al rabino de la ciudad a su cuartel militar y le dijo: «Sé que usted es un bolchevique y que toda su estirpe es bolchevique y que todos los judíos son bolcheviques. Sepa que exterminaré a todos los judíos de la ciudad. Reúnalos en la sinagoga y hágaselo saber».[234] El rabino respondió que, aunque algunos de los líderes bolcheviques fueran judíos, no se podía culpar a los judíos en su totalidad.[235] Pero Kozyr-Zirka no estaba interesado en el sentido común o en las exhortaciones éticas del rabino. Por ejemplo, cuando un judío de la cercana Kalinkavichy pasó por Óvruch, los hombres de Kozyr-Zirka le arrestaron y le llevaron ante su comandante. Este declaró que era un

bolchevique y ordenó fusilarle.

Los ataques continuaron. Según el informe de Hillerson:

> También fueron arrestados dos judíos de la aldea de Narodichi que estaban de paso; eran vendedores ambulantes de tabaco barato y cerillas. Se los acusó de ser especuladores y fueron llevados ante el atamán. Allí fueron desnudados, azotados con látigos y obligados a bailar. El mismo Kozyr-Zirka estaba de pie con un revólver, apuntándolos y amenazando con dispararlos si dejaban de bailar. Luego los hicieron pelearse entre sí y besarse las heridas. También los obligaron a perseguirse uno a otro, etc. Después de divertirse con ellos todo lo que quisieron, los sacaron desnudos a la calle y les arrojaron sus ropas.[236]

Los campesinos y trabajadores de la región comprendieron que Kozyr-Zirka había ido allí solamente a divertirse y a enriquecerse, y que no tenía el menor interés en las preocupaciones de la gente corriente. El 27 de diciembre, algunos partisanos de Kozyr-Zirka viajaron a Narodichi para requisar suministros a los curtidores judíos de la ciudad. A la vuelta cayeron en una emboscada que les tendió un grupo de campesinos que estaban en su contra. Cuatro hombres de Kozyr-Zirka fueron asesinados. Al conocer esta afrenta a su autoridad, Kozyr-Zirka se retiró a Kórosten en busca de refuerzos. En su ausencia, los socialistas campesinos se hicieron de nuevo con el control de Óvruch y atacaron a los terratenientes adinerados de la ciudad, muchos de los cuales eran de ascendencia polaca, a los que acusaban de haberse aliado con Kozyr-Zirka. Unos días después, Kozyr-Zirka, ahora armado con ametralladoras y acompañado por refuerzos de tropas regulares leales al Directorio, inició su viaje de regreso a Óvruch aterrorizando y asaltando a los judíos en los pueblos por los que pasaba.[237] En Potapovichi, donde vivían unos pocos artesanos judíos con sus familias, los hombres de Kozyr-Zirka mataron de un disparo al herrero, a su suegro y a su sobrino (en este caso particular, alegaron que el asesinato era una represalia por una operación bolchevique de sabotaje de las vías del tren; el herrero era un sospechoso evidente por su habilidad profesional).[238] También dispararon a otros dos judíos del pueblo, matando a uno de ellos.

Ese mismo día, en el poblado cercano de Hoshiv, las tropas de Kozyr-Zirka se encontraron a dos ancianos judíos: un maestro sordo y un carnicero. Cogieron a los dos y los colgaron de las ramas altas de un árbol, «a uno con un cable de telégrafo y al otro con una correa». Dejaron los dos cadáveres colgando y colocaron un cartel advirtiendo que quien retirase los cuerpos sería ejecutado.[239] Este episodio se

difundió ampliamente en la prensa extranjera como ejemplo de la brutalidad del pogromo, a menudo con detalles exagerados que contradecían el informe oficial. El periódico neoyorquino en yidis *Der Morgen Zhurnal* (*Jewish Morning Journal*), por ejemplo, informó de que un viejo carnicero de una pequeña ciudad cercana a Óvruch había sido torturado y colgado después de negarse a besar una cruz que los vándalos le habían puesto en la boca. La información continuaba diciendo que los «vándalos», junto con los soldados que los ayudaban, intentaron colgar al carnicero, pero la horca se rompió. Así que le arrancaron la lengua y le azotaron hasta la muerte.[240] Un informe manuscrito dirigido al Comité Judío de Ayuda a las Víctimas de la Guerra también recogió este incidente diciendo que colgaron al carnicero «y, cuando la cuerda se rompió, le cortaron la lengua y le mataron».[241]

La tarde del 31 de diciembre, Kozyr-Zirka y sus hombres reconquistaron Óvruch. Estableció su cuartel general en la estación de ferrocarril, desde la que podía dar órdenes y disponerse para una huida rápida si era necesario.

Los judíos de las ciudades reunían dinero para ofrecerlo a cambio de sus vidas, mientras las tropas de Kozyr-Zirka recorrían las calles registrando las casas en busca de bienes y dinero. En la plaza del mercado cogieron a diez chicas judías, las arrastraron a una posada y las violaron. En una casa, los hombres encontraron a un padre con sus tres hijos sentados a la mesa, «los llevaron al patio y los fusilaron uno tras otro».[242] Cuando las tropas de Kozyr-Zirka llegaron a la casa de un abogado llamado Glossman, «los sacaron a él y a su anciano padre a la calle y decidieron liberar al anciano y dejar que se marchara. Pero se negó a abandonar a su hijo y los cosacos empezaron a darle latigazos, haciendo que perdiera su único ojo (había perdido el otro hacía tiempo); después fusilaron al joven Glossman en el acto».[243] En este fusilamiento no sólo estuvo presente Kozyr-Zirka, sino que numerosas fuentes informan de que el alcalde de la ciudad pasó cerca del lugar cuando ocurrió la matanza. Glossman vio al alcalde, al que conocía bien, y le suplicó que saliera en su defensa, pero el alcalde «continuó caminando, fingiendo no haber oído sus ruegos». En los dos primeros días del pogromo fueron asesinados diecisiete judíos.[244]

El 2 de enero, las fuerzas de Kozyr-Zirka reunieron a todos los hombres judíos de la ciudad en el patio de la sinagoga y «amenazaron a los presentes con quemarlos en su interior», según relata una desesperada carta enviada al ministro de asuntos judíos. Mientras se reunía la multitud, Kozyr-Zirka pasó en un coche y anunció que permitiría vivir a los judíos por el momento, pero les advirtió de que, si encontraba a un solo espía bolchevique entre ellos, masacraría a toda la comunidad judía. Los judíos respondieron prometiéndole

lealtad y ofreciéndole tributos.[245]

Durante las dos semanas siguientes, Kozyr-Zirka gobernó la ciudad mediante el terror. Ordenó a todos los sastres y zapateros judíos que trabajaran para él, equipando a sus tropas con ropas y telas robadas a la población judía. Se eligió a otros judíos para limpiar la estación de tren y los vagones. Se obligó a músicos judíos a formar una orquesta para tocar en los banquetes de los que disfrutaban las ebrias tropas y para que sonara música de fondo en las flagelaciones públicas y en las ejecuciones de los sospechosos de ser bolcheviques. Las tropas de Kozyr-Zirka escogieron a algunos de los residentes judíos más distinguidos de la comunidad, así como a ciudadanos judíos al azar, para que fueran a su campamento. Allí, mientras él yacía tumbado en la cama, sus asistentes desnudaban a los prisioneros, los vestían con sombreros de mujer y ropas extravagantes, y los obligaban a cantar canciones en yidis y a bailar mientras los fustigaban con látigos. Kozyr-Zirka se desternillaba de risa.[246]

A mediados de enero, las fuerzas bolcheviques del Sexto Regimiento de Grodno se congregaron en el norte de la ciudad. Kozyr-Zirka comprendió que le superaban en número y que su oleada de violencia había terminado. Como despedida, el 15 de enero ordenó a sus tropas que reunieran a los hombres judíos y los llevaran a la estación.[247] Las milicias condujeron a alrededor de cincuenta víctimas al centro de la ciudad, diciéndoles que habían sido reclutados para recoger leña. Azotando a sus cautivos con látigos, ordenaron a los judíos que cantaran y bailaran «Mayufes» -una canción tradicional de *sabbat* que los nobles polacos tradicionalmente obligaban a cantar a los judíos para su diversión- mientras caminaban en un carnavalesco y macabro desfile hacia la estación.[248] Estos bailes forzosos como forma de humillación antisemita son un tema recurrente que aparece, por ejemplo, en *El judío en las espinas* de los hermanos Grimm (1815) y en muchas fábulas polacas. La atmósfera carnavalesca que esto provocaba facilitaba un tipo de «gozoso abandono» que a menudo precedía a los estallidos de violencia.[249] Cuando el desfile llegó a la estación, otros miembros de las milicias lo estaban esperando con sables y revólveres; aquel día mataron a treinta y cuatro judíos antes de huir de la ciudad en tren. Cuando el tren se puso en marcha, Kozyr-Zirka contempló la escena y felicitó a sus hombres por su lucha contra el enemigo bolchevique.[250] Los residentes de la ciudad no olvidarían la alegría de los judíos supervivientes cuando llegaron los bolcheviques, a quienes recibieron como «nuestros liberadores».[251]

El gobierno del Directorio desconocía los acontecimientos de la ciudad hasta que los refugiados empezaron a inundar las ciudades vecinas. Las primeras noticias sobre los incidentes no llegaron a Kiev

hasta que Kozyr-Zirka se hubo marchado, y cuando los oficiales tuvieron noticia del pogromo supusieron que era de la misma naturaleza que los estallidos esporádicos que habían ocurrido el año anterior: soldados rebeldes y campesinos que saqueaban tiendas judías o atracaban a viajeros judíos. Estos saqueos y atracos en ocasiones habían terminado en muertes, pero eran pocas y aisladas. Aunque el Ejército Rojo había masacrado a docenas de judíos en su batalla contra la clase burguesa y las tropas polacas habían cometido atrocidades en la lucha por Galitzia, nadie en el gobierno plurinacional ucraniano imaginaba que los suyos habían aterrorizado y matado a ciudadanos inocentes bajo el estandarte del Directorio.

Judíos asesinados por los petliuristas en Óvruch.

El problema era que, aunque Kozyr-Zirka y sus hombres estuvieran teóricamente luchando en nombre del Directorio, en realidad el gobierno tenía poco control sobre los acontecimientos de Óvruch y dejaba que el atamán se comportase con impunidad. Revutsky -que en esa época estaba negociando su nombramiento como ministro de asuntos judíos-, escribió: «El pogromo de Óvruch no causó una impresión tan fuerte en Kiev como los posteriores, los de Berdichev y Zhytómyr. Ocurrió en un lugar remoto del frente, donde la autoridad del régimen existía sólo en apariencia. El “héroe” del pogromo, el

atamán Kozyr-Zirka, era un personaje turbio, la gente ni siquiera estaba segura de a qué ejército pertenecía».[252] Margolin dijo lo mismo que Revutsky: «Era imposible saber si se obedecían las órdenes del gobierno en lugares que distaban unos pocos kilómetros de su sede».[253] En *La guardia blanca*, Bulgakov describía también la situación sobre el terreno como confusa e inestable, tanto durante el gobierno de Skoropadskyi como en las primeras semanas del Directorio. «El problema era que Kiev era *la ciudad* y tenía su policía, sus ministerios e incluso su ejército, así como varios periódicos, pero nadie sabía lo que ocurría más allá, en la Ucrania real, que era más grande que Francia y tenía decenas de millones de habitantes. No lo sabían, lo ignoraban todo, no sólo sobre los lugares más remotos, sino incluso -aunque esto suene ridículo- sobre pueblos situados a ochenta kilómetros de la propia ciudad".[254]

Una vez que se corrió la voz de lo que había sucedido en Óvruch, resonó por toda Ucrania y por el mundo. Algunos vieron en la crueldad y el sadismo de Kozyr-Zirka los actos de un loco solitario descontrolado. Otros consideraban a Kozyr-Zirka como una prolongación de Petliura y, sin pruebas, culparon al mando del Directorio de fomentar el odio a los judíos. La interpretación de Hillerson fue quizás la más pesimista: «En este caso, el pogromo tuvo lugar bajo la consigna "golpeemos a los judíos porque son bolcheviques" -concluía-, pero la actitud de las masas de Ucrania hacia los judíos es tal que cualquier otro eslogan habría valido también para un pogromo».[255] Pese a la advertencia de Hillerson, la retórica y la violencia antisemitas se limitaban sobre todo a las autoridades militares de ocupación, pero no estaban extendidas entre las masas. De hecho, los campesinos que capitanearon la rebelión inicial contra el Hetmanato habían elegido a un socialista judío como representante, y los informes raramente mencionan a campesinos locales entre los agitadores antisemitas o entre los participantes en los pogromos. En la mayoría de los casos, los campesinos también se sentían aterrorizados por Kozyr-Zirka, aunque sus vidas no estuvieran amenazadas.

En realidad, el problema era que los elevados ideales del gabinete del Directorio y de las élites intelectuales que lo apoyaban no eran compartidos por el resto de los dirigentes militares. Por el contrario, los oficiales y soldados, muchos de los cuales se habían contagiado de la retórica antisemita del ejército imperial ruso, al que habían servido con anterioridad, y de los prejuicios oídos en sus pueblos, seguían viendo a los judíos como especuladores que estaban robando la riqueza de Ucrania, enemigos de la Iglesia y agentes del bolchevismo. Este era un sistema de creencias cuyo eco resonaba mucho más allá de Óvruch.

6

EL POGROMO DE ZHYTÓMYR

En diciembre de 1918, mientras las fuerzas alemanas salían de Kiev y Petliura reunía un ejército para recuperar la ciudad de manos del Hetmanato, Konstantine Vozny, un oficial de treinta y dos años del ejército de la República Popular Ucraniana, fue nombrado comandante de Zhytómyr, capital de la provincia de Volinia, y puesto al mando de los tres regimientos acuartelados en la ciudad. Los noventa mil habitantes de Zhytómyr, entre los cuales había treinta y ocho mil judíos, estaban arruinados por la guerra y por las duras requisas alemanas de alimentos y ropas. Con la esperanza de evitar más destrucción tras la retirada de los alemanes, los periódicos pedían la formación de brigadas de autodefensa.

El Directorio, que no había aprendido las lecciones derivadas de la experiencia de la Rada, seguía sin tener un proyecto de ejército nacional. Aunque al comienzo de la revolución se había podido mantener cierta apariencia de disciplina militar, a lo largo de 1918 desapareció todo espíritu de orden. Al menos, los soldados que permanecieron en combate durante el verano habían estado sobre todo motivados por el deseo de acabar con las requisas alemanas. Tras la retirada de los alemanes, el ejército en gran medida se desintegró, ya que los combatientes campesinos perdieron su motivación. Sin un mando militar al que obedecer, los soldados se unieron a una vertiginosa variedad de divisiones y regimientos, aparentemente desesperados por encontrar algún tipo de dirección, por no hablar de la falta de una autoridad capaz de suministrarles alimento, ropa y cobijo. Muchos aún llevaban los mismos abrigos que el ejército zarista les había entregado años antes, con las insignias y charreteras dibujadas a mano. Estaban armados con bayonetas oxidadas y botas de piel de oveja demasiado desgastadas para protegerse de la congelación. Con poco entrenamiento militar y pocos recursos, muchos se alojaban en casas particulares y utilizaban sus abrigos como mantas.

Cuando, el 4 de diciembre, Vozny llegó a la capital de Volinia, se

encontró una situación caótica. «No había una estructura de mando, no había provisiones almacenadas, ni siquiera había cuarteles adecuados», recordaba.[256] El delegado de Vozny, Ivan Vykidanets, le dio la razón. Explicaba que la situación de las tropas era «muy grave. La guarnición estaba compuesta de un gran número de campesinos armados de la zona que se habían reunido en la ciudad. No tenían provisiones ni ropa, y los cuarteles estaban en gran medida inservibles y en estado ruinoso. Debido a estas condiciones, había un creciente descontento».[257] Los campesinos que se habían alistado para luchar por Petliura y la Rada Central a principios de año vieron cómo sus mandos habían sido sustituidos por las viejas élites del Hetmanato. Algunos se habían adherido al nuevo régimen, otros a la revuelta contra el mismo, otros incluso habían regresado a sus pueblos, en donde fueron de nuevo reclutados con la promesa de una restauración de la República Popular Ucraniana y de la devolución de las tierras a los campesinos.

Rearmadas con el equipo abandonado por los alemanes en su retirada, las fuerzas de esta desorganizada guarnición local recuperaron el control de la ciudad.[258] Los soldados campesinos no tenían una noción clara de por qué luchaban: algunos se autodenominaban revolucionarios en lugar de republicanos, sin entender del todo la diferencia, pero aferrándose al último eslogan que hubieran oído. Muchos estaban inspirados en la consigna bolchevique «Paz, tierra y pan», pero también escuchaban decir a sus oficiales que los bolcheviques eran el enemigo. Las ideas de los bolcheviques eran buenas, según algunos, pero los propios bolcheviques eran judíos traidores. Los soldados mostraban un desprecio similar hacia el gobierno municipal y hacia el funcionariado profesional, desdeñándolos como viejos miembros del antiguo régimen. Se burlaban del cuerpo de policía civil constituido por ciento sesenta guardias pobremente armados, llamándolos «mercenarios de la burguesía», y pregonaban la amplia superioridad de su propio armamento.[259] Se veían a sí mismos como un baluarte contra el bolchevismo, al que un oficial de alto rango había definido como la «agitación descontrolada del partido cosmopolita ruso y judío».[260]

Vozny esperaba detener la violencia desarmando a la población civil. Ordenó a los soldados hacer búsquedas casa por casa; confiscaron las armas y todos los bienes que encontraron. Al mismo tiempo, su equipo se dedicó apresuradamente a establecer una administración que colaborase con las instituciones municipales existentes para ganarse la confianza de todos los vecinos. Vozny asignó esta tarea a Nikolai Gladky, de treinta y tres años. Gladky procedió de inmediato a contactar con los soviets locales creyendo que

se les podría captar para que apoyaran al Directorio. «No veía nada malo en que los obreros formasen un soviet de trabajadores», explicó.[261] El propio Gladky había formado parte de un soviet de campesinos.

Complacido con este progreso, Vozny mandó un telegrama al estado mayor de Petliura en Kiev, pidiendo permiso para establecer un soviet de soldados en la ciudad. El estado mayor, probablemente receloso de la posibilidad de que este soviet se radicalizase, rechazó la petición. Pero era demasiado tarde. Los soldados ya habían establecido su propio soviet y ahora, a falta de aprobación oficial, se vieron forzados a pasar a la oposición. Los soldados también se pusieron en contra del consejo municipal y de las instituciones de gobierno, acusándolos de ser restos del viejo orden zarista controlados por una burguesía hostil. Adoptaron el eslogan bolchevique «Todo el poder para los soviets».

El viernes 3 de enero, los delegados de un soviet conjunto de representantes de trabajadores, soldados y campesinos de Zhytómyr tenían en mente la revolución. Los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierda propusieron establecer un Comité Militar Revolucionario que tomase el control de toda la provincia de Volinia en nombre de los soviets, siguiendo el modelo de la Revolución de Octubre de 1917 en Petrogrado. La mayoría de los campesinos y de los socialistas moderados se mantuvieron al margen de la reunión, considerando que los bolcheviques no eran de fiar porque, tal y como decía Gladky, «la mayoría eran judíos».[262] «Tengo que decir - continuaba Gladky-, que entre la gente normal, como los cosacos y demás, había una actitud hostil hacia todo el pueblo judío».[263] Nueve de los treinta y cinco delegados que asistieron a la reunión del soviet ese día eran judíos, lo que de hecho implicaba una infrarrepresentación, puesto que los judíos suponían casi la mitad de la población de la ciudad. Pero los nueve delegados judíos eran representantes de los trabajadores, los que más apoyaban la revolución. Como explicó Gladky: «Esto no me sorprendió, porque yo ya sabía que la mayoría de los trabajadores organizados de Zhytómyr eran judíos».[264]

Abram Gilinsky, presidente del soviet conjunto, encabezó el llamamiento a la revolución, señalando las revueltas de campesinos y trabajadores que habían sacudido Ucrania a lo largo del verano como una evidencia de que era el momento adecuado.[265] Otros miembros del soviet protestaron diciendo que la revolución era prematura: sería desastroso establecer un mando en la ciudad antes de que el Ejército Rojo hubiera asegurado el control militar de toda la región. Zhytómyr aislada no podría conservarse.[266] Finalmente, el camarada Abram, como se conocía a Gilinsky, se impuso. Los soldados de los cuarteles

locales entraron en acción, abandonando al Directorio y uniéndose a los bolcheviques.

A las diez de la mañana del domingo 5 de enero, un grupo de soldados armados de dos de los cuarteles de los que Vozny había tomado el mando llegaron a la imprenta provincial y anunciaron que iban a requisar la prensa. Ordenaron a los maquetistas que imprimieran un manifiesto del soviet dirigido a la población de Volinia. Otros soldados se hicieron con el control de la estación de tren, cerraron los bancos, cortaron las líneas de telégrafo y teléfono, y suspendieron el servicio de tranvías.[267] Al caer la noche, la ciudad ya estaba aislada del mundo. Las únicas noticias eran las que procedían de los manifiestos que empapelaban la ciudad anunciando que el soviet había tomado el poder.

Tan pronto como el 5 de enero Vozny vio el primer manifiesto, supo que tenía un problema. Huyó de la ciudad hacia Berdichev, donde presentó su dimisión. El tren de Vozny estaba lleno de oficiales del gobierno, miembros pudientes de la sociedad de Zhytómyr y muchos judíos que temían al terror rojo y las amenazas de los bolcheviques de nacionalizar la propiedad privada. En cuanto los mandos llegaron a Berdichev, los soldados de Petliura, recelosos de los judíos bolcheviques, exigieron saber si había algún judío entre los refugiados. Vozny aseguró a los soldados que el grupo entero era de nacionalidad ucraniana, para ahorrar posibles problemas a sus compañeros judíos.

El miedo de los que huían estaba justificado. La tarde del 7 de enero -Navidad según la liturgia ortodoxa-, soldados del cuartel local que se habían unido a los bolcheviques detuvieron a algunos de los miembros más ricos de la comunidad judía: Shmul Vaynshteyn, dueño de una fábrica de acero forjado; A. Shpilberg, miembro del ayuntamiento de Zhytómyr; un dentista llamado Grinboym; y Abram Bregman, Duvid Brusilovsky y Noyekh Bezymensky. Bezymensky contó que estaba sentado en casa cuando dos soldados entraron en la habitación y le gritaron «arriba las manos». «Me dijeron que había sido arrestado por orden del Comité Militar Revolucionario».[268] La misma suerte corrieron otras personalidades destacadas. Los soldados bolcheviques llevaron a los líderes civiles y empresarios adinerados a los cuarteles del gobierno regional. También estaba retenido allí un alemán cristiano, llamado Tayberg, propietario de una fábrica de clavos, al que debieron tomar por judío, así como algunos rusos y tres soldados indisciplinados del regimiento que habían sido arrestados por saquear, dieciséis personas en total.[269]

Alrededor de las diez de la noche, los prisioneros escucharon un alboroto entre los soldados que los custodiaban. Vieron a los guardias

cómo se ponían los abrigos y abandonaban sus puestos. Un par de horas más tarde llegó un nuevo soldado con un *papaja* blanco -el gorro de piel alto y cilíndrico hecho de oveja karakul, característico del uniforme de los cosacos-. El soldado del gorro se presentó como el nuevo atamán y les dijo a los prisioneros que los refuerzos del Directorio -alrededor de seiscientas personas entre caballería e infantería- se habían hecho de nuevo con el control de la ciudad. Estaban decididos a aplastar el levantamiento bolchevique que, según dijo, «habían preparado los judíos y los terratenientes a los que ahora había que exterminar por completo».[270] El soldado liberó a los prisioneros rusos diciéndoles: «Ustedes son rusos. Está bien. Mataremos a todos los judíos».[271] Se dio la vuelta y dirigiéndose al resto de los prisioneros, dijo: «Mañana voy a ordenar un baño de sangre para vosotros, judíos».[272]

A las cuatro de la madrugada aparecieron en el edificio dos soldados del Directorio, sacaron a los prisioneros a la calle y les ordenaron marchar en dos filas: «Nos dijeron que nos iban a fusilar», informó Bezymensky.[273] Los soldados avanzaron con el grupo por la calle Bolhaya Berdychevskaya. Mientras el convoy marchaba por la ciudad, los soldados golpeaban y humillaban a los prisioneros, obligándoles a gritar eslóganes como «Gloria a Ucrania» y «Larga vida al Directorio».[274] Finalmente llegaron a los cuarteles del gobierno del Directorio, donde un oficial los registró: «Me quitaron mi cadena de oro, mi reloj negro y cincuenta rublos en metálico», recordaba Bezymensky.[275] Tayberg, el alemán propietario de la fábrica, fue liberado, pero el resto de los prisioneros quedó bajo custodia. Según Bregman: «Los soldados no paraban de hablar entre ellos sobre los judíos como los eternos enemigos de Ucrania».[276]

Brusilovsky recuerda a uno de los guardias, un joven con un casco metálico que se presentó como ayudante del nuevo comandante: «Nos dijo que como judíos teníamos relación con el gobierno soviético y que nos iban a exterminar sin piedad por ser enemigos de la república. [Los cautivos] le señalamos que no éramos bolcheviques, sino lo contrario, que habían sido los bolcheviques quienes nos habían detenido como enemigos suyos».[277] El joven guardia prometió investigar el asunto. Cuando regresó más tarde ese mismo día les indicó que conseguiría su salida del ayuntamiento, pero dijo que no sería seguro para ellos salir, pues se estaba llevando a cabo un pogromo en la ciudad. Los mantendría detenidos por su propia seguridad. Durante tres días, los prisioneros observaron cómo los soldados traían botines -algunos de los cuales podrían haber salido de sus propias casas- a las oficinas del atamán: zapatos, azúcar, mermelada, plata. Como piratas, los soldados se repartían el botín entre ellos.[278]

Sin tener noticia de las detenciones ocurridas ese día, Ivan Vykidanets conducía por la ciudad el 7 de enero. Caía una fina nevada. Vykidanets era uno de los pocos funcionarios que se había quedado cuando Vozny y el resto del gobierno huyeron a Berdichev. Vykidanets se había vuelto activo en los círculos socialistas durante sus estudios en el Instituto Geológico de Zhytómyr, y después se había levantado en armas contra la ocupación alemana en el verano de 1918, antes de ofrecer sus servicios a Vozny. En ausencia de Vozny y con el apoyo de los socialistas revolucionarios de izquierda locales, asumió el papel de comandante.[279] Al pasar por la plaza Sobornaya, ante la catedral ortodoxa de la Transfiguración, donde se congregaban los taxistas con sus carruajes tirados por caballos esperando a sus clientes, tomó conciencia de lo que luego identificó como los primeros signos de una revuelta: una pequeña multitud observaba cómo un grupo de soldados de los cuarteles locales fisgoneaba en baúles y cofres que claramente habían sido robados.

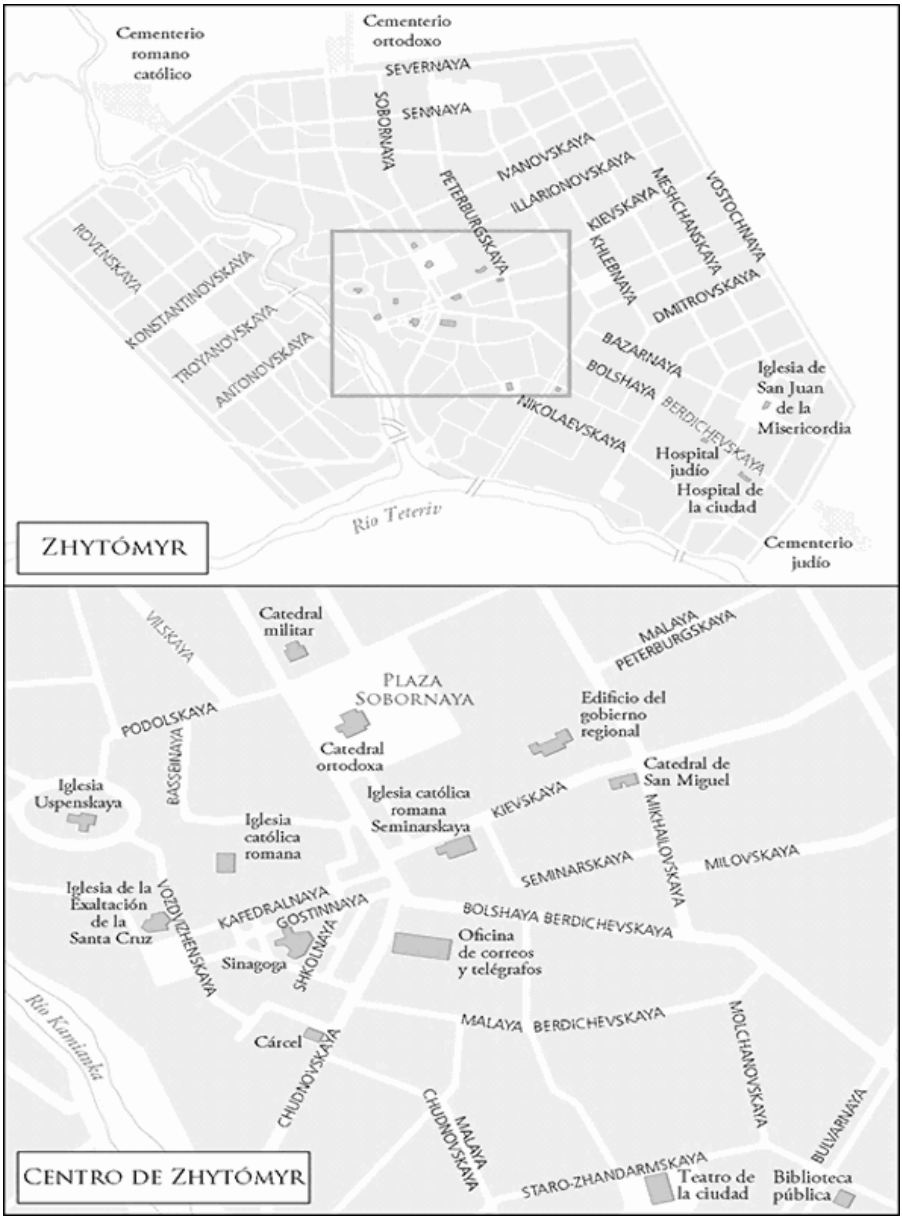
Cuando llegó a su oficina se enteró de que había sido convocado a la estación de tren mediante una llamada telefónica. Allí le recibió un oficial ucraniano que se presentó como miembro de un destacamento avanzado del ejército del Directorio enviado por Petliura para tomar el mando y acabar con la rebelión del soviet. Vykidanets describió el alboroto de la ciudad y le pidió al oficial que enviase soldados para hacer una ronda nocturna. El oficial se negó aduciendo que era demasiado peligroso: las tropas bolcheviques podrían tenderles una emboscada, dijo.[280] En realidad, en cuanto aparecieron los refuerzos de Petliura, los soldados locales que se habían unido a los bolcheviques abandonaron su revuelta para volver a sus pueblos de origen o se quedaron para saquear la ciudad. Los trabajadores que habían liderado la revuelta demostraron ser más capaces de publicar manifiestos que de enfrentarse a un ejército. Vykidanets volvió a su oficina, emitió una orden para que los que quedaban en los cuarteles locales vigilaran la ciudad por la noche, y se fue a casa a dormir.

Esa misma noche, Efim Eliasberg, interventor del banco Azov-Don y miembro del consejo municipal, fue abordado por un grupo de soldados: «¿Es usted judío?», le dijeron, más como una afirmación que como una pregunta. «En efecto, lo soy», contestó. Escuchó un grito: «¡Golpeadlo!». Cuando un transeúnte intervino a favor de Eliasberg, uno de los soldados instó al resto a dejarle marchar. Eliasberg escapó.[281] Otro judío miembro del consejo, un hombre llamado Goldfeld, fue atacado cuando salía del ayuntamiento. Se deshizo de sus asaltantes abandonando su abrigo y sus galochas. Tanto Eliasberg como Goldfeld se dieron cuenta de que ser judío en Zhytómyr ya no era seguro, al menos si uno era un judío rico.[282]

En torno a las seis de la mañana del miércoles 8 de enero, el concejal Konstantin Novikov recibió una llamada del teniente de alcalde S. I. Ivantsky, citándole inmediatamente en el ayuntamiento. Por el camino se dio cuenta de que muchas tiendas de las calles Gogolskaya, Mikhailovskaya y Bolshaya Berdichevskaya habían sido saqueadas. Los soldados rebeldes locales que Vykidanets había visto la noche anterior aún estaban allí. Habían realizado saqueos durante toda la noche. «Había algunos soldados merodeando alrededor de las tiendas vacías -recordaba Novikov-. También había algunas mujeres de la localidad con ellos, a menudo con bolsos o cestas. Los ladrones parecían estar muy tranquilos y se tomaban su tiempo para escoger los bienes que iban a robar. Algunos incluso se entretenían en probarse los sombreros".[283]

En cuanto Novikov llegó al ayuntamiento se enteró de que el ejército del Directorio había puesto la ciudad bajo control militar y había ordenado que todos los concejales se dirigieran a la estación de tren. Muchos de ellos no estaban disponibles tan temprano, pero estaba claro que la orden era urgente, así que Novikov e Ivantsky se dirigieron por su cuenta a la estación, utilizando carreteras secundarias para evitar los tiroteos que rompían el silencio de aquella fría mañana de enero. En una esquina de la calle vieron a un grupo de soldados con gorros *papajas* con un lazo de seda rojo colgando por detrás. Novikov no había visto nunca antes en la ciudad ese tipo de gorros. Supo inmediatamente que no eran soldados de los cuarteles locales, sino las tropas enviadas por el Directorio para sofocar la rebelión.

En la estación, a Novikov e Ivantsky los recibió un oficial del Directorio que alardeó de que sus fuerzas habían tomado la estación y habían asesinado al «judío bolchevique» que estaba a cargo de ella.[284] Se ofreció a enseñar el cuerpo a sus distinguidos huéspedes. Ellos declinaron amablemente la oferta. Durante su conversación empezaron a llegar otros oficiales militares y civiles, entre ellos, Vykidanets. A eso de las diez, la estación era un tumulto: un coronel joven y delgado -un auténtico dandi que llevaba un abrigo azul de cosaco-, hizo una entrada teatral. El recién llegado, Oleksandr Palienko, besó a los concejales de la ciudad y les felicitó las fiestas. Los invitó a reunirse con él en la oficina del telégrafo de la estación, que había requisado como su cuartel general, y se presentó como comandante de un batallón que combatía con las fuerzas de Petliura en el norte.[285]



Palienko se había ganado una reputación de persona audaz tras participar, durante el verano, en un motín en una cárcel de Kiev en la que había sido recluido por el Hetmanato. A mediados de diciembre de 1918 se había convertido en comandante de un batallón formado principalmente por antiguos soldados zaristas y voluntarios que se habían unido a los Cosacos Libres. Fue él quien los vistió con *papajas* adornados con lazos rojos. Muchos de sus hombres acababan de salir de la cárcel, en donde los habían recluido los alemanes por su participación en la insurrección contra el Hetmanato. Palienko no

luchaba por ideales, sino más bien por amor al combate. Su especialidad, y el máximo valor que había cultivado entre sus tropas, era el uso de la fuerza bruta. Vozny lo comparaba con un toro, describiéndolo como «intelectualmente inmaduro, un zoquete completamente incapaz de entender por cuenta propia instrucciones oficiales que fuesen un poco complicadas».[286] Otro oficial escribió que «su destacamento era incapaz de luchar contra un enemigo que estuviera mínimamente organizado» y que el propio Palienko era «absolutamente ignorante en cuestión de táctica militar».[287] Gladky describió a Palienko simplemente como «un individuo sospechoso».[288] No era querido ni admirado, sino temido.

Palienko, cuando se dirigió a los concejales en la oficina del telégrafo, insistió en que su interés era combatir a los bolcheviques. Ucrania, dijo, estaba rodeada de enemigos -judíos, polacos, rusos y bolcheviques- y el movimiento bolchevique estaba en manos de los judíos. «Era evidente que estaba incitando a la violencia contra los judíos en Zhytómyr», señaló Novikov.[289] El coronel continuó diciendo que había traído su batallón a la ciudad sólo para sofocar el levantamiento bolchevique; prometió que sería tarea rápida y que pronto se retiraría. Había hecho lo mismo en Berdichev unos días antes. De hecho, ya habían llegado a Zhytómyr los rumores de la matanza de veintitrés judíos a manos de Palienko el 4 de enero.[290]

Palienko terminó su discurso ordenando al teniente de alcalde Ivantsky que despidiera a todos los polacos y judíos del consejo del ayuntamiento. Ante la objeción de Novikov, Palienko expresó su sorpresa de que «defendiera a los judíos».[291] Ordenó entonces detener a Vykidanets, al que consideraba un lacayo de los socialistas revolucionarios de izquierda, y nombró comandante a uno de sus propios hombres en su lugar. Confinado en el Hotel Roma, el delegado de Vozny pudo ver desde su ventana cómo se llevaba a cabo el pogromo.[292]

Ese mismo día, el miércoles 8 de enero, a las diez de la mañana, apareció un camión militar en la plaza Sobornaya, en el centro de la ciudad. Soldados que llevaban *papajas* con el lazo rojo del destacamento de Palienko dispararon descargas de ametralladora desde la base del camión para dispersar a la multitud de saqueadores y mirones. Cuando los bandidos huyeron en todas direcciones, los testigos sintieron una palpable sensación de alivio por el hecho de que se hubiera restaurado el orden.[293]

Pero pronto se evidenció que los hombres de Palienko sólo querían librarse de la competencia. Yulii Shulkhin -que se había pasado el día observando desde la ventana de su apartamento frente al Hotel Petrogrado, en la calle Bolshaya Berdichevskaya- informó de que

había visto detenerse un coche del que se apearon dos hombres que, de inmediato, se hicieron con el control. Uno de ellos llevaba un uniforme militar y empezó a gritar órdenes mientras que el otro dirigía a los saqueadores, colocando montones de bienes en su coche. Enseguida llegaron otros hombres a caballo con *papajas* con el lazo rojo y tomaron el relevo. El jefe del nuevo grupo vigilaba de manera amenazadora desde el centro de la plaza Sobornaya mientras se llevaban a cabo los saqueos a su alrededor. En un momento dado, un soldado le trajo una botella de licor robado que se bebió allí mismo.[294]

Zelman Gorlovsky, que vivía en la planta baja de un edificio de apartamentos de la calle Kafedralnaya, relató que se fue con sus hijos a casa de su cuñado, en un piso superior del mismo edificio, donde pensaba que estarían más seguros. Alrededor de las once de la mañana escuchó un alboroto abajo. Miró por la ventana que daba a la plaza del viejo mercado y vio a una multitud robando tiendas y a seis soldados a caballo que permanecían sin moverse. Un joven de la calle miró hacia arriba y vio a Gorlovsky. El chico se separó de la multitud y corrió hacia uno de los soldados, señalando a la ventana. Antes de que Gorlovsky se diera cuenta de lo que pasaba, oyó un disparo y sintió que algo le había golpeado la cabeza. Se quitó el sombrero y vio que la bala lo había atravesado. Su cabeza estaba intacta. Unos minutos más tarde, seis soldados armados con rifles, revólveres y bayonetas estaban ante la puerta de su casa. Alegando la falsa acusación de que un francotirador los había disparado desde la ventana, registraron la casa, robaron dinero y media onza de té, y se marcharon con una advertencia: dispararían a cualquiera que se atreviera a salir de su casa en los dos días siguientes. Cuando Gorlovsky contó su historia a un investigador de la Oficina Legal del Comité de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos, llevó consigo el sombrero atravesado por la bala como prueba.[295]

Una vez que se hicieron con el control, los soldados de Palienko salieron de manera sistemática a saquear lo que quedaba en las tiendas adyacentes a la plaza Sobornaya. Se les unieron refuerzos, que se diferenciaban de los soldados de Palienko por sus cascos. Grupos de entre cinco y diez soldados con abrigos militares avanzaron ordenadamente calle por calle, rompiendo ventanas y cristaleras con la culata de sus rifles y con sus hachas y, en ocasiones, lanzando granadas contra puertas que no podían abrir de otra manera. Por la calle Bolshaya Berdichevskaya bajaban camiones llenos de soldados que disparaban sus rifles contra las ventanas de los pisos superiores.[296]

Muchos testigos señalaron que sólo se saqueaban las tiendas que eran propiedad de judíos. Los comerciantes cristianos se apresuraron a pintar cruces blancas en sus paredes, a colocar sus iconos a la vista o simplemente a poner notas en sus puertas indicando que ellos eran

cristianos. Algunos judíos tuvieron la misma idea, y salvaron sus tiendas al dibujar cruces en ellas.[297] Isaac Giterman, un trabajador humanitario que visitó la ciudad los días posteriores al pogromo, informó de que «en toda la ciudad apenas se encontraban dos docenas de pequeñas tiendas judías que milagrosamente no hubieran sido atracadas, y si había alguna abierta entre las que no habían sido saqueadas y destruidas, enseguida podía observarse una gran cruz blanca que indicaba que el lugar pertenecía a un ruso o a un polaco».[298] Los hombres de Palienko vigilaban los establecimientos que eran propiedad de cristianos, como la tienda de ropa de lujo Jacques and Gentlemen, para protegerlas de los saqueadores.[299]

Los soldados llenaron sus camiones y carros con objetos robados y los llevaron en convoyes a la estación. Lo que no querían para sí mismos lo vendían al mejor postor o simplemente lo arrojaban a la calle para que otros rebuscasen entre lo desechado. Los primeros civiles que salieron a la calle fueron las vecinas de la localidad, que recogían los bienes que los soldados habían tirado. Pronto se formó una multitud de gente esperando su turno. Niños entusiasmados corrían junto a los soldados, que juguetonamente les lanzaban objetos robados. Mientras el lugar se convertía en una festiva barra libre, se unió a la multitud la gente corriente, incluyendo a miembros de la administración pública y de la alta sociedad. Novikov comentaba que incluso parecía haber judíos entre los saqueadores.[300]

Los testigos aseguran haber visto a soldados y mujeres que se llevaban pieles, cuero, ropa y otros bienes a manos llenas -o en cestos, paquetes, mochilas, bolsas, cajas y maletas- mientras rebuscaban entre las propiedades de sus conciudadanos bajo la atenta mirada de los hombres de Palienko. Saquearon la pescadería de Elia-Aron Zamd, la tienda de cerámica de Pesia Segal, la tienda de comestibles de Shama Nudel y la zapatería de Hirsh Gaetsky.[301] Nudel hizo una lista completa de los comestibles que los hombres armados le robaron: 408 kilos de mermelada, 453 kilos de conservas, una barrica de miel, una barrica de uvas, una barrica de arenques, 317 kilos de manzanas, 45 kilos de peras, 15 kilos de champiñones, 10.000 cigarrillos Salve, 10 cajas de dulces de chocolate y 45 kilos de nueces. Era suficiente comida para alimentar a un ejército.[302]

Interior de una tienda saqueada durante el pogromo de Zhytómyr en enero de 1919.

Horas más tarde, llegaron a la ciudad campesinos con carros para llevarse montones de bienes robados y volver a sus pueblos con tejidos y colchas colgados a sus espaldas. Después regresaron para llevarse más cosas. Algunos llevaban rifles. Había puestos de control por todas partes, pero los soldados encargados de ellos no tenían reparos en dejar pasar a los campesinos a la ciudad con los carros vacíos ni en dejarles salir de ella con los carros rebosantes de bienes. Un testigo informó de que había visto a un saqueador saliendo tranquilamente de una casa desvalijada llevando una pelliza de mujer y un cubrecama rosa.[303]

Al atardecer, soldados, campesinos y vecinos se alejaron del exhausto centro urbano, ampliando sus saqueos a las residencias privadas de los grandes bulevares de los alrededores de la plaza Sobornaya: las calles Mikhailovskaya, Bolshaya Berdichevskaya y Kievskaya. Los niños señalaban los apartamentos de los judíos en los elegantes edificios barrocos y rococós que bordeaban las avenidas de lujo.[304]

Las primeras residencias que la multitud saqueó pertenecían a gente adinerada, personas que tenían vestidos de noche en los armarios, joyas en los cajones y porcelana en la alacena. Kiva-Khayim

Azhorsky había escondido sus objetos de valor dentro del piano. Aunque en Zhytómyr se vendían pianos desde al menos 1879, cuando Ottokar Appel abrió su tienda en la calle Moskovskaya, tener un piano en una casa particular era aún una rareza, un indicador de la riqueza de Azhorsky. Azhorsky pensó que el piano podría ser también el escondite perfecto. Pero había dado por supuesto que los intrusos serían delincuentes borrachos, no había contado con que sería atracado por oficiales refinados. A las seis de la tarde, siete u ocho hombres armados se presentaron en su casa afirmando haber escuchado el sonido de un francotirador desde la ventana. Registraron la casa sin éxito en busca de armas (Azhorsky ya había entregado su revólver en cumplimiento de las instrucciones de Vozny de desarmar a la población civil). Cuando terminaron la búsqueda, uno de los hombres se sentó al piano «y tocó unos pocos acordes». El músico se dio cuenta de que las notas sonaban apagadas, como si algo estuviera amortiguando los martillos. Levantó la tapa y se encontró una bolsa bordada en plata que contenía pendientes de diamantes, un reloj de oro, un brazalete de oro, anillos de diamantes, una cartera de plata y dinero.[305]

Muchas casas de la ciudad eran, al mismo tiempo, pequeños negocios y se hallaban en edificios en torno a patios, con una única entrada que daba a la calle. Cada patio tenía un encargado o *dvornik* que se ocupaba del mantenimiento de los jardines y de los edificios, y hacía las veces de guarda, portero y custodio. Era un puesto de gran confianza y familiaridad.[306] Por eso resultó tan humillante para las víctimas la implicación de *dvorniks* en muchos allanamientos.

Shlem-Avrum Lieberov Filtser le contó a un investigador que la taberna que regentaba fue atracada dos veces por soldados. La segunda vez, en torno a las dos de la tarde del 9 de enero, los soldados incendiaron el establecimiento antes de marcharse. Sus vecinos, que presenciaron el desastre, revelaron que entre los culpables se encontraba su *dvornik*, Serhy Astafev, así como un chico conocido de los Filtser, que era aprendiz de carpintero un par de calles más abajo.[307] Por su parte, Isaac Melamed informó de que, cuando los atracadores empezaron a disparar contra su lavandería la tarde del jueves 9 de enero, se escondió con su familia en casa de un vecino. Cuando regresó, su tienda había sido totalmente destruida. Un vecino le dijo a Melamed que había visto al *dvornik* de otro vecino entrando y saliendo del edificio con almohadas y otros objetos.[308] Shlem Pressman también informó de que un *dvornik* señalaba a los soldados las casas de judíos.[309]

En el saqueo no participaron únicamente los *dvorniks*. Todo el que conociera los escondites, tuviera las llaves de almacenes o simplemente hubiera echado el ojo a algunos objetos de valor

mientras hacía sus tareas participó en la acción, robando desenfrenadamente a su patrón. Muchos miembros pudientes de la amplia burguesía judía de la ciudad habían contratado a criados y trabajadores de los pueblos, algunos de los cuales veían con resentimiento la diferencia económica que observaban entre la ciudad y el campo, entre los judíos y los cristianos. Incluso los judíos menos pudientes disponían de un *shabbes goy*, un ayudante cristiano que realizaba muchas de las tareas domésticas de las que los judíos religiosos debían abstenerse durante el *sabbat*. El conflicto de clase avivó las revueltas, puesto que los criados cristianos sentían que estaban ajustando las cuentas con sus patronos judíos.

Moisei Vinokur, que ya había sido atracado el primer día del pogromo, declaró que el 9 de enero su repartidora de leche llevó a su casa a un grupo de veinte soldados que rompieron la puerta principal y lo cargaron todo -sus muebles, sus almohadas, incluso su ropa interior- en una carreta.[310] Los hombres que entraron en casa de Genia Psakhis en mitad de la noche trataron de ocultar su identidad encerrando a Psakhis y a su familia en una habitación oscura mientras revolvían la casa en busca de objetos de valor. Pero Psakhis, esposa de un comerciante, reconoció la voz de su empleado Grigorii Nesteruk. Cuando los bandidos volvieron más tarde, Psakhis también sospechó que el hombre al que llamaban Timoshak era, de hecho, Timofei Gorbunov, un albañil al que había contratado para que la ayudase a construir su casa.[311] La cocinera de Srul Fefer, una campesina llamada Kharitina Shumskaya, fue detenida después del pogromo con cuarenta rublos y una canasta llena de bienes robados a Fefer.[312] Elye-Yitskhok Slepak, cuya tienda de alimentación había sido saqueada, testificó que cuando, después del pogromo, fue a casa de su lavandera en el pueblo de Berki para recoger su ropa, le sorprendió ver a uno de los hombres que le habían atracado sentado en el salón bebiendo vodka.[313]

Cuando posteriormente fueron interrogados sobre su conducta durante el pogromo, muy pocos de los que habían sido arrestados en posesión de bienes robados mostraron remordimientos o temor a ser castigados. La mayoría justificó impasiblemente sus acciones. Aneliya Volynchuk protestó porque se le señalase por haber hecho lo mismo que hacía todo el mundo. Ekaterina Korchenyuk, que fue sorprendida con tabaco robado, se limitó a explicar que el tabaco era caro y que ella y su marido eran pobres.[314]

Georgy Pazdernik, estudiante de dieciocho años de la Escuela de Comercio, proporcionó al comité de investigación una descripción detallada de sus actividades ese día. Había pasado la Navidad ortodoxa, el 7 de enero, en la granja familiar situada a unos pocos kilómetros a las afueras de Zhytómyr. Al día siguiente fue a la ciudad, se encontró con algunos compañeros de clase y pudo ver directamente

lo que estaba pasando. Explicó que le atrajo el tiroteo de las calles Bolshaya Berdichevskaya y Kievskaya porque «por lo general soy una persona curiosa y siempre voy a donde pasan cosas».[315] Al principio, explicó Pazdernik, dio por supuesto que el tiroteo procedía de judíos que disparaban a los soldados desde sus casas: «Corrían rumores de ese tipo y yo también los había oído».[316] Cuando se dio cuenta de que eran los soldados y no los judíos los que estaban disparando, se sintió a salvo. Sabía que sólo disparaban a los judíos. «Cuando vi la escena del pogromo no me molestó especialmente. Era consciente de lo mal que los judíos trataban a los rusos, así que no me sorprendió que también los rusos maltratasen a los judíos», afirmó, como si toda la población no judía de la ciudad fuera rusa.[317] Relató que había merodeado por una casa saqueada para ver qué aspecto tenía, pero insistió en que no se llevó nada. Era simplemente un observador curioso, no un ladrón. Sin embargo, numerosos testigos, entre ellos algunos cristianos, aseguraron que vieron a Pazdernik salir de la casa con un montón de artículos enrollados en una lona gris escondida bajo su abrigo.[318] Una testigo judía, Polya Dorfman, contó que cuando le preguntó a Pazdernik qué estaba haciendo, este se rio y continuó saqueando la casa.[319] Un testigo que se identificó como amigo de la familia expresó su desaprobación ante la conducta de Pazdernik durante este episodio, insistiendo en que no era así como le habían educado. Si el padre de Pazdernik hubiera sabido lo que estaba haciendo durante el pogromo, lo «habría matado con sus propias manos».[320]

Algunos de los saqueadores se movían en los mismos círculos sociales que sus víctimas. Meyer Frenkel y sus padres estaban sentados en su casa alrededor de las cinco de la tarde del 8 de enero cuando oyeron que llamaban a la puerta de atrás. Vieron por la ventana la parte superior de un *papaja*. «Abran inmediatamente», gritó el hombre. Cuando Meyer abrió la puerta, un soldado uniformado entró y ordenó a todo el mundo que levantara las manos. Sin embargo, cuando los ojos del soldado se encontraron con los de Meyer, arrojó nervioso su arma sobre la mesa, exclamando: «No esperaba encontrarte aquí, pensaba que estabas en Kiev». Meyer reparó en que conocía al hombre de su época del instituto, tras lo cual habían coincidido en distintos actos sociales de Zhytómyr. El soldado se puso cómodo y se tomó la libertad de invitar a sus compañeros, que se habían quedado esperando en el vestíbulo. El escuadrón entero se sentó a la mesa, como si fueran invitados. El aterrorizado padre de Meyer, Lvov, sirvió vino a los intrusos mientras su madre preparaba algo de comer. El soldado mandó a uno de sus hombres a la calle a buscar frutos secos. Cuando el soldado regresó, todos comentaron los acontecimientos políticos de la ciudad y el virulento pogromo que se

estaba llevando a cabo fuera, sin que parecieran tener en cuenta que los Frenkel podrían estar viviendo el incidente desde una perspectiva diferente. Los soldados alardearon del botín que habían «requisado» en varias tiendas, e incluso enseñaron a los Frenkel parte de él para que lo admiraran: joyas, anillos y brazaletes. El soldado presumió de que su batallón había tomado la estación y había matado al jefe de esta. «Nuestras fuerzas ucranianas son muy hostiles hacia los judíos debido a que el Comisariado y el soviet están compuestos mayoritariamente por ellos», señalaba mientras masticaba los frutos secos. Cuando se marcharon, todos les dieron la mano, salvo uno de los soldados, que se excusó educadamente diciendo que le habían disparado. En lugar de tender su mano, inclinó su gorro. El compañero de clase de Meyer entrechocó los talones de sus botas, besó la mano a la madre de Meyer y salió por la puerta principal con su séquito.[321]

Algunos saqueadores cesaban a ratos en su actividad para dedicarse a golpear, azotar, violar e incluso asesinar directamente a los judíos. A las seis de la mañana del miércoles 8 de enero, Moyshe Feldman salió de su casa para ir a la sinagoga como era su costumbre. Las calles estaban tranquilas y no había señales de alboroto. Pero a las dos de la tarde aún no había regresado y se estaba extendiendo el rumor del pogromo. Su mujer, Khana, empezó a inquietarse y corrió a la sinagoga a ver qué pasaba. Sin embargo, nadie en la sinagoga había visto a Moyshe ese día. Estaba claro que no había llegado a rezar sus plegarias. El viernes por la tarde un empleado de la sinagoga encontró el cuerpo de Moyshe en el patio cercano al edificio del seminario. Le habían cortado la cabeza.[322]

Avrum Makaron estaba en casa con su mujer, sus tres hijas y su yerno el miércoles por la tarde cuando aparecieron en su puerta soldados con *papajas* con lazo rojo armados con revólveres y rifles pidiendo dinero. Makaron dio a los bandidos lo que tenía: algo de efectivo y un reloj. Fue entonces cuando uno de los soldados se fijó en la hija mayor de Makaron, cogió a la joven y la llevó a otra habitación. Makaron escuchó los gritos de su hija. Pero antes de que el soldado pudiera consumar su ultraje, ella salió corriendo: el soldado, al darse cuenta de que estaba enferma, la había dejado marchar. Después le ordenó a punta de pistola que tocase algo al piano mientras obligaba a la hija más joven de Makaron a entrar en la habitación. La primera hija tocó el piano mientras lloraba en el salón, al mismo tiempo que se escuchaban los gritos sofocados de la otra en la parte trasera de la casa. El calvario sólo terminó cuando otro soldado se hartó del escándalo y ordenó al violador que parase.[323]

Cuando dos soldados borrachos entraron en casa de Moyshe Pressman, uno de ellos ordenó a su compañero que vigilara la puerta

mientras él cogía a Zhenya por la cintura, la hija de Moyshe, la llevaba al otro lado y empezaba a «cometer infames actos con ella». Cuando Moyshe y un vecino trataron de intervenir, el soldado los disparó con su revólver, matando a ambos.[324] Los testigos que sobrevivieron aquella noche escondidos recordaban haber oído «el constante entrechocar de botellas» interrumpido por el ruido de disparos puntuales que venían del edificio donde los soldados habían establecido su campamento.[325]

Un montón de cadáveres se hacinaba cerca de las vías de la estación de tren. Fyodor Bobr, un guardia ferroviario, dijo a los investigadores que le asustaron los tiroteos. En un momento de la noche, explicó, dejó su puesto para comprar cigarrillos. Se percató de que dos soldados a caballo estaban escoltando hacia la estación a un joven que llevaba una túnica caqui de cuello abierto, una «chaqueta francesa» similar a la de los soldados franceses y británicos y la favorita de Kerensky en Rusia. Un grupo de niños seguía el pequeño desfile con la esperanza de asistir al espectáculo de la inminente ejecución: la escena asqueó a Bobr. Dispersó a los niños y observó cómo los soldados le quitaron las botas al joven, le obligaron a ponerse de cara a una valla y amartillaron sus pistolas. El prisionero resultó ser Aleksandr Stakhovsky, un estudiante de dieciocho años que había sido detenido en su casa, donde acababan de fusilar a su padre. Stakhovsky empezó a llorar y a suplicar por su vida. Bobr no pudo aguantar más, llamó la atención de los soldados y les persuadió para que liberaran al joven. Advirtiéndole de que sería capturado de nuevo si iba andando por la ciudad con una cara chaqueta francesa, Bobr le consiguió un abrigo de soldado y un gorro militar y le mandó a casa.[326]

El sábado 11 de enero -el cuarto día del pogromo-, Palienko concedió a sus hombres un último día para obtener provisiones. Los soldados llegaron a extremos excepcionales para conseguir más bienes, secuestrando a miembros de la alta sociedad para pedir un rescate u obligándoles a retirar sus ahorros de los bancos. Se centraron particularmente en los judíos ricos del sector inmobiliario. En torno a las cuatro de la tarde, un grupo de entre treinta y cuarenta hombres armados que llevaban los *papajas* con el lazo rojo del batallón de Palienko consiguió romper la verja que daba al patio del número tres de la calle Teatralnaya, donde treinta y ocho familias judías adineradas habían conseguido encerrarse y escapar de los soldados durante gran parte del pogromo. Los soldados juntaron a todos los residentes en una casa, los interrogaron y procedieron a un registro completo del edificio, aduciendo la falsa acusación de que se había disparado una ametralladora desde el interior. Durante el registro, un

soldado disparó y mató a uno de los residentes, Nukhem Epshteyn.[327] Los soldados detuvieron después al resto de los hombres y los llevaron en un convoy hacia la estación. Ya era de noche, pero aún había civiles por las calles. Los prisioneros relataron que habían pedido ayuda a los transeúntes, pero que nadie les había prestado atención.[328]

En la estación, los prisioneros de la calle Teatralnaya fueron entregados a un hombre de treinta y tantos años que llevaba un chaquetón negro y un *papaja*. Se dieron cuenta de que no eran los únicos cautivos: alrededor de tres docenas de otros miembros pudientes de la comunidad judía estaban también retenidos, entre ellos el secretario del ayuntamiento. Un soldado ordenó a todo el mundo que se desvistiera hasta quedarse en ropa interior y que entregase todas sus posesiones. Otros soldados empezaron a golpear al grupo usando los puños, palos, palas y las culatas de los rifles. Nakhman Lyubarsky contó que él se desmayó de la paliza. Cuando recuperó la consciencia habían desaparecido su abrigo, su cartera y sus documentos de identificación, no tenía más que la chaqueta y estaba cubierto de sangre. Sintió un agudo dolor y se dio cuenta de que le habían apuñalado.[329]

Los soldados acusaron a los prisioneros de ser bolcheviques, pese a que era evidente que se trataba de la élite rica y era poco verosímil que sintieran simpatía por el bolchevismo. Los llevaron a un vagón de ferrocarril, separaron a los prisioneros en compartimentos individuales y volvieron a golpearlos. «Les supliqué que me fusilaran», recordaba Lyubarsky.[330] Después los soldados fueron llevando a los prisioneros ante un oficial que negoció con cada uno de ellos un rescate para su liberación, amenazando con matarlos si no se pagaba.[331] Cuando acordaron un precio, los soldados acompañaron a los prisioneros de vuelta a sus casas para cobrar el dinero.[332] Uno de ellos, Shmul Kashuk, que trabajaba en el banco de ahorros y préstamos, informó de que lo escoltaron hasta el banco y le obligaron a abrir la caja fuerte y a entregar el dinero a cambio de su libertad.[333]

El 12 de enero, Vozny y el consejo municipal llegaron a un acuerdo de distribución de poder que pondría a la ciudad de nuevo bajo control civil y permitiría a Vozny recuperar su puesto de comandante. Al día siguiente, satisfecho de que los bolcheviques hubieran sido derrotados y la autoridad del Directorio restaurada, Petliura mandó a los regimientos indisciplinados locales al frente occidental y envió a ochocientos francotiradores de Galitzia para que pusieran fin al pogromo. Estos habían sido soldados austriacos y estaban bien armados, eran disciplinados y estaban dispuestos a dar los pasos necesarios para acabar con las matanzas y los robos. Eran las fuerzas más fiables bajo el mando de Petliura. Las tropas de Palienko

abandonaron el centro de la ciudad, dejándolo en manos de los galitzianos, y se refugiaron en las afueras, donde la violencia se fue apagando lentamente durante las siguientes cuarenta y ocho horas.[334]

Aún había cadáveres en las calles y en los patios de Zhytómyr cuando las autoridades civiles locales, en colaboración con la comunidad judía, entraron en acción organizando labores de ayuda, contando a los muertos y recopilando pruebas y testimonios con el fin de castigar a los infractores. Se confirmó el asesinato de cincuenta y tres personas entre el 8 y el 13 de enero, aunque muchos calculan que la cifra final rondaría los noventa.[335] Independientemente del número real, hay un acuerdo general acerca de que casi todas las tiendas del centro urbano fueron saqueadas, así como tres cuartas partes de la totalidad de las tiendas de la ciudad.

Efim Eliasberg, banquero y representante de la comunidad judía, respondió organizando una delegación para que fuera a Kiev a informar al Directorio de lo que había ocurrido. Exigió una investigación gubernamental formal sobre el comportamiento de las tropas de Palienko y ayuda financiera de las arcas del estado para socorrer a aquellos a quienes el pogromo había arruinado. Según Eliasberg, Petliura sostuvo que los judíos habían empezado las hostilidades disparando a las fuerzas de Palienko desde el interior de la sinagoga, una acusación que la delegación insistió en que era falsa. Opanas Andriivsy, uno de los más estrechos colaboradores de Petliura, mirando a los ojos a Eliasberg, afirmó que los judíos eran «los participantes más activos del movimiento bolchevique» y que estaban «implicados en la especulación».[336]

A pesar de su reticencia inicial, el Directorio finalmente acordó destinar dinero para las indemnizaciones y crear una comisión de investigación sobre el pogromo. Petliura también anunció, para sorpresa de la delegación, que Palienko ya había sido detenido en Rivne, a donde había huido tras salir de Zhytómyr. El 17 de enero, las fuerzas del Directorio habían registrado su vagón de tren y habían descubierto que estaba lleno de oro y plata saqueados.[337] La versión de Palienko -según la cual había confiscado el oro y la plata a los verdaderos ladrones con intención de devolvérselos a sus legítimos propietarios- no convenció a nadie.[338] Sin embargo, Eliasberg salió de la reunión desalentado: había interpretado la frialdad con la que fue recibida la delegación como un mensaje de que al gobierno no le preocupaba el destino de los judíos.

En realidad, aunque hubiese deseado lo contrario, el Directorio no estaba en condiciones de llevar a cabo más que una investigación superficial. La noche del 2 al 3 de febrero, casi exactamente un año después de su última invasión, los soldados bolcheviques cruzaron el río Dniéper hacia Kiev, obligando al Directorio a huir. En su retirada

de la ciudad, soldados del Directorio desmoralizados atacaron las casas de los judíos y a algunos de ellos, acusándolos de espiar para el enemigo bolchevique: «Las casas ardían y volaban las plumas de los colchones. Cada día llegaban relatos de nuevos pogromos, de chicas violadas y de ancianos con los vientres abiertos», recordaba el novelista Ilya Ehrenburg.[339]

Tras la pérdida de la capital ucraniana y del territorio colindante, Petliura pidió ayuda a los antiguos aliados del zar en tiempos de guerra, Gran Bretaña y Francia, que habían mantenido su presencia militar en la costa norte del mar Negro, contra el avance bolchevique. Dimitió Vynnychenko, presidente del Directorio, al igual que la mayoría de sus ministros, en señal de desacuerdo, viendo en esa alianza con «la Entente imperialista» un gesto reaccionario. Petliura se quedó solo al mando del gobierno y asumió el cargo de jefe del estado, además del mando militar que ya tenía. Tras huir de Kiev, estableció su cuartel provisional en el Hotel Savoy de Vínnytsia. Aunque se había construido hacía sólo siete años, el Savoy era ya una reliquia de otra época. Con sus torres redondeadas en las esquinas, elegantes ventanas saledizas y balcones, pilastras clásicas de tres pisos y cartelas decorativas de fantasía, el lujoso edificio de estilo Beaux Arts representaba el apogeo de los esfuerzos del arquitecto local Grigorii Artynov para convertir la calle Nikolaevskaya de Vínnytsia en los Champs Élysées. Constituía un amargo recuerdo de la edad dorada de Ucrania, un tiempo en el que el rápido desarrollo del ferrocarril prometía nuevos mercados para la remolacha azucarera de Podolia. La presencia de Petliura allí simbolizaba una nueva aceptación del antiguo régimen.

Hotel Savoy en Vínnytsia.

La comisión oficial de investigación se dio cuenta enseguida de que, sin autoridad para recoger testimonios y ordenar detenciones, su poder era limitado. Por su parte, el trabajador humanitario Isaac Giterman, que llegó a Zhytómyr poco después de la marcha de Palienko, reunió a juristas locales para crear un gabinete jurídico que pudiera presentar una demanda contra los responsables y exigir ayuda

del gobierno. El 3 de febrero, el equipo de Giterman recogió los primeros testimonios y fotografías de los muertos, los heridos y las propiedades destruidas.[340]

A lo largo del mes siguiente, entre el 3 de febrero y el 14 de marzo, el gabinete jurídico de Giterman recopiló 358 testimonios y consiguió identificar a muchos de los responsables locales, la mayoría de los cuales estaba aún en la región y había vuelto a su vida normal.[341] Algunos de los testigos que hablaron con el gabinete de Giterman, sin embargo, eran reticentes a dar nombres por temor a las represalias. Muchas personas confesaron que sabían quiénes eran los culpables pero que, conociendo la endeble posición del Directorio y la proximidad del Ejército Rojo, sólo darían nombres una vez que estuvieran convencidos de que el gobierno era estable y de que no serían acusados de colaboracionismo si se establecía un nuevo régimen.[342]

Los críticos sostenían que Vozny había permitido de manera flagrante que los culpables del pogromo quedaran libres. Por ejemplo, Moisei Vinokur, una víctima del pogromo que prestó testimonio ante el gabinete de Giterman, se enfureció al saber que un oficial de policía estaba en posesión de su tocadiscos, su samovar de níquel y un cuenco de plata robados de su casa. Pese a sus reclamaciones al gobierno de la ciudad, no logró recuperar sus pertenencias.[343] Se acusó a Vozny de rechazar repetidamente las peticiones de suministro de armas para la vigilancia nocturna, para establecer una fuerza policial efectiva y detener a los responsables del pogromo. Parecía incapaz de tomar medidas tajantes.

Muchos testigos se quejaron de que algunos de los colaboradores de Palienko habían llegado a obtener cargos en el gobierno de Vozny, señalando a Anton Bek como un ejemplo evidente de ello. Bek, un antiguo chófer que había estado entrando y saliendo de la cárcel, era famoso en la ciudad por su ataque a un arsenal municipal de racionamiento en 1917. En palabras del informe oficial que fue finalmente preparado por la comisión de investigación, era «un individuo bien conocido por el gobierno de la ciudad como un notorio criminal con una larga trayectoria delictiva».[344] Era un hombre buscado, que había permanecido huido desde que se fugó de su larga condena de cárcel y que, para sorpresa del ayuntamiento, había reaparecido repentinamente al lado de Palienko en mitad del pogromo.[345] De modo que el nuevo empleo de Bek como ayudante de Vozny se convirtió en símbolo del fracaso del comandante a la hora de restablecer de manera efectiva el orden y castigar a los culpables. Algunos testimonios afirmaban que Bek utilizaba su nueva posición para aterrorizar a la población judía.[346]

Mientras tanto, Moyshe Toybenshlak contó que vio que los

oficiales que le habían torturado y robado en su casa iban al teatro con algunos hombres de Vozny.[347] Más preocupante fue la información de Zelman Fayner, que había escuchado cómo uno de los oficiales de Palienko, -que ahora trabajaba en la administración de Vozny-, discutía la necesidad de vengar el daño que los judíos habían provocado.[348]

Estaba claro que Vozny tenía poco interés en conducir a los culpables ante la justicia. Un comentario repetido entre los interrogados por Giterman era su frustración porque las autoridades no hubieran llegado a condenar inequívocamente la violencia. Algunos funcionarios de la ciudad, por su parte, simpatizaban con los culpables del pogromo y se sintieron satisfechos al ver que muchos judíos huían de la ciudad a su paso. Los testigos se mostraron particularmente decepcionados por el hecho de que los miembros más respetables de la sociedad, del circulo de intelectuales urbanos, se hubieran negado a defender a la comunidad judía. En su lugar, protegieron a los culpables e incluso se beneficiaron del pillaje.[349]

Vozny, por su parte, echó la culpa a Palienko. «Con respecto a Palienko, puedo decir que el pogromo de Zhytómyr se llevó a cabo con su total complicidad -dijo a la comisión de investigación-. Sin duda, los soldados de su brigada participaron, y no sólo no los detuvo, sino que permitió que los bienes robados se trasladaran de la ciudad a la estación».[350] La comisión concluyó que «las proclamas y acciones de Palienko y de sus colaboradores más cercanos durante los primeros días del pogromo prueban que el mando militar, en cuyas manos se había concentrado toda la autoridad en ese momento, no sólo no se opuso al pogromo, sino que incluso lo alentó».[351] Aun así, el Directorio protegió a Palienko del castigo. Semanas después de haber sido detenido en Rivne fue visto en el Hotel Savoy de Vínnytsia, donde le protegían poderosos cargos del gobierno de Petliura. Mykhailo Kovenko, el conquistador de Kiev, según se informó, alabó al batallón de Palienko declarándolo «un orgullo para el ejército ucraniano».[352]

La comisión de investigación quería presentar el pogromo de Zhytómyr como una reproducción del ocurrido en Óvruch: ambos habían sido dirigidos por un comandante militar demasiado entusiasta que actuaba bajo la autoridad del gobierno del Directorio, pero sin la aprobación de sus superiores. Este relato -un par de oficiales indisciplinados que se beneficiaron de la caótica situación sobre el terreno para enriquecerse- proporcionó al poder establecido una forma verosímil de declinar su responsabilidad. Interesaba impedir el tipo de acciones punitivas que habría requerido una plena exigencia de responsabilidades, y se intentaba culpar exclusivamente a un individuo. Muchos activistas judíos que aún confiaban en que el Directorio protegería la autonomía nacional judía en Ucrania se

sintieron satisfechos con estas explicaciones. Sin embargo, las autoridades del Directorio también fueron responsables de ambos pogromos. Al no equipar y alimentar adecuadamente a su ejército, obligaron a los soldados a diezmar a la población local y, lo que es más importante, no consiguieron transmitir claramente el mensaje de que no se toleraría la violencia contra los civiles judíos.

Los relatos del pogromo de Zhytómyr se diferencian de los del de Óvruch en al menos un elemento importante. El pogromo de Óvruch fue la trágica consecuencia de un militar descontrolado y unos bandidos fácilmente identificables que cometieron por su cuenta algunos asesinatos y sometieron a la población a un imperio del terror centrado en los judíos. Por su parte, el pogromo de Zhytómyr fue una revuelta étnica mucho más compleja. No sólo fue perpetrada por tropas de malhechores, sino por un montón de ciudadanos de a pie: sirvientes de confianza, vecinos campesinos, estudiantes, mujeres, niños e incluso, en última instancia, distinguidos urbanitas.

El psicólogo francés Gustave Le Bon, uno de los fundadores del estudio de la psicología de masas, escribió en 1895 sobre las características de las multitudes. En un gran grupo, afirmaba, los individuos se integran en «una especie de mente colectiva que les hace sentir, pensar y actuar de una manera muy distinta de aquella en la que cada individuo actuaría, pensaría y sentiría si estuviera aislado».[353] Una generación después, en 1921, Sigmund Freud se opuso al análisis de Le Bon, expresando sus dudas de que pudiera surgir de la nada una nueva personalidad. Freud sostenía que la manera aparentemente extraña en la que se comportan los individuos cuando forman parte de una multitud está ya presente en ellos, pero normalmente está reprimida. En la masa, escribió, «el individuo se somete a unas condiciones que le permiten liberar la represión de sus instintos inconscientes».[354] Le Bon podría haber argumentado que en Zhytómyr la multitud convirtió a los individuos en antisemitas, mientras que Freud habría dicho que sólo les había dado la oportunidad de expresar sentimientos antisemitas previamente reprimidos.

Décadas después, ambos argumentos fueron recusados por el sociólogo americano Mark Granovetter, quien puso en duda que el tipo de cambios repentinos observados en el comportamiento de la gente durante las revueltas fuera el resultado de la aparición de nuevas normas y creencias o de la desaparición del barniz de la civilización. En su lugar, Granovetter tomó como punto de partida la idea de que «el coste que tiene para un individuo el unirse a una revuelta decrece según aumenta el alcance de la revuelta». Cada individuo, sugería, tiene su propio límite para unirse a una revuelta, un punto en el que el coste de quedarse fuera supera al coste de

participar en ella. Algunos son instigadores y serán los primeros en romper ventanas; otros se unirán sólo si todo el mundo lo hace.[355]

Esta teoría parece explicar mejor las dinámicas del pogromo de Zhytómyr. El pogromo lo empezaron soldados locales acuartelados en la ciudad que aprovecharon el caos revolucionario para tomar lo que consideraban suyo por derecho, principalmente de las élites judías urbanas. Pero, según pasaban los días, el círculo de los participantes en la revuelta se amplió. Una vez que los soldados incumplieron la disciplina militar y empezaron a saquear las propiedades de los judíos, las mujeres y niños locales -los que tenían menos probabilidades de sufrir consecuencias negativas- también se unieron. Con el tiempo, los hasta entonces respetables miembros de la sociedad cristiana -como los *dvorniks* y las repartidoras de leche- calcularon que el coste de quedarse fuera de la revuelta superaba al de participar, y también ellos se unieron al pillaje, arriesgando sus empleos y su estatus comunitario por miedo a salir perdiendo en los saqueos.

¿Por qué se dirigió la revuelta específicamente contra los judíos? La razón principal parece ser que se creía que ellos acaparaban la riqueza de la ciudad. Aunque los soldados de Palienko habían sido enviados oficialmente para acabar con el levantamiento soviético, y numerosos informes tachaban a los judíos de bolcheviques, hay pocas señales de que los alborotadores estuvieran en este caso motivados ante todo por un sentimiento antibolchevique. De hecho, la mayor violencia se dirigió contra la burguesía adinerada, el segmento de la población que era menos probable que simpatizara con el bolchevismo. El pogromo dio una oportunidad a los campesinos y soldados hambrientos, así como a trabajadores y estudiantes, de conseguir comida y dinero de las clases privilegiadas. Fue un acto de equilibrio, de dar a las clases altas su merecido. Pero lo que podría haber sido una mera revuelta por el pan se convirtió en una revuelta étnica mortífera porque los alborotadores equipararon a los judíos con la burguesía urbana. La acusación de bolchevismo fue un mero pretexto.

El politólogo americano Donald L. Horowitz señala que los alborotos étnicos sangrientos suelen producirse en dos oleadas, la segunda peor que la primera. «A menudo la primera de estas revueltas, vista retrospectivamente, parece un anuncio de lo que va a ocurrir, un preludio, una llamada a la prudencia. Después de un episodio de violencia, la atmósfera es más propicia para otro episodio. La primera revuelta es anticipatoria, un ensayo que, si tiene éxito, hace factible la violencia en masa».[356] Aunque no lo formularan exactamente en estos términos, los judíos de Zhytómyr tenían suficiente experiencia de las revueltas étnicas durante las últimas décadas como para reconocer la amenaza. Como diría Avrom

Revutsky, «el peligro era que “el batallón de la muerte” de Palienko se convirtiera en un ejército de pogromos ambulante, viajando de ciudad en ciudad».[357]

7

EL POGROMO DE PROSKURIV

Nadie esperaba el comienzo de una revolución en Proskuriv.[358] Ciertamente, la llegada de la línea de ferrocarril en 1870 convirtió esta zona rural adormilada en un punto de tránsito importante para la exportación de madera, textiles y grano rusos. Muchos de los judíos de la ciudad participaban directa o indirectamente en este negocio. En 1881, el noventa por ciento de los permisos comerciales de Proskuriv se otorgaron a judíos.[359] Los cuatro trenes diarios -dos de pasajeros y dos de mercancías- que, desde 1880, hacían el trayecto de Proskuriv a Austria, junto con las líneas hacia otros destinos añadidas a principios del siglo XX, supusieron un espectacular incremento de la población. Alrededor de la mitad de los recién llegados eran trabajadores que se dirigían masivamente a las fábricas de azúcar, velas, ladrillos o tabaco, a la fundición de hierro o a las destilerías y a las plantas de embotellamiento de agua mineral (a finales de siglo causaba furor el agua embotellada de Solomon Barak, que apenas podía satisfacer la demanda de su marca de agua con gas Korol [Rey], que embotellaba en su granja y distribuía a los restaurantes de toda la ciudad).[360] Entre 1861 y 1913, la población de Proskuriv se multiplicó por seis, convirtiéndose en la ciudad de más rápido crecimiento de la provincia de Podolia. En 1913, con una población de cuarenta mil habitantes -de los cuales once mil eran judíos-, era la tercera ciudad más grande de la región de Podolia, sólo por detrás de Vínnytsia y Kamianets-Podilski.[361] Pero Proskuriv aún era un municipio regional y tranquilo, el típico lugar en el que la diversión favorita era pasar la tarde en la estación, viendo llegar el tren de Viena de las 13:51 y, tres cuartos de hora después (a las 14:35), verlo salir en dirección contraria.

Estación de tren de Proskuriv.

Se suponía que los levantamientos proletarios sólo ocurrían en los grandes centros neurálgicos industriales, lugares rebosantes de trabajadores deseosos de alzarse contra los propietarios de las fábricas. Proskuriv no encajaba en ese molde.[362]

Al menos eso era lo que pensaba Lev Shenkman mientras patrullaba las calles una fría noche de febrero. Era el jefe adjunto de la guardia de vigilancia, una policía vecinal voluntaria que dependía del ayuntamiento y tenía entre sus atribuciones la de conocer a tantos vecinos de la ciudad como fuera posible. El ayuntamiento contaba con miembros muy respetados de la intelectualidad local y estaba formado por una serie de partidos políticos, sobre todo de izquierdas, que habían decidido trabajar conjuntamente para el beneficio de la ciudad. Shenkman reconocía que la policía vecinal era más efectiva cuando los guardias y ciudadanos a los que protegían se conocían. Existía una gran tensión en Ucrania, y había existido durante años, pero en el caso de las calles de Proskuriv las cosas iban bien. Por ejemplo, cristianos y judíos a menudo trabajaban juntos en la guardia de vigilancia, y los políticos rara vez interferían en su labor conjunta de mantener a salvo a las gentes de Proskuriv.

Shenkman no tenía problema en trabajar como adjunto al jefe Ostkevich-Rudnytskyi, que era cristiano. Y aunque a algunos

residentes no les gustaba la idea de que hubiese judíos armados patrullando las calles, la mayoría lo toleraba a la vista de los beneficios de un cuerpo de guardia que reflejaba la configuración étnica de la ciudad.

Sin embargo, en fechas recientes, patrullar se había vuelto más complicado. Un grupo de estudiantes había formado una milicia juvenil con la intención de defender a la ciudad contra el tipo de violencia antisemita que se estaba convirtiendo en algo habitual en toda Ucrania. Pero Yuri Kiverchuk, comandante militar de la ciudad, acusó a los estudiantes de bolchevismo y prohibió su organización, aunque, como apuntó un observador, «era evidente para todo el mundo que la acusación de bolchevismo carecía de fundamento, puesto que la milicia estudiantil estaba compuesta de miembros adinerados… No era ningún secreto que la razón principal de su erradicación era que la mayoría de los estudiantes eran judíos».[363] Kiverchuk -que había tenido una carrera militar distinguida en el ejército imperial ruso y en varias divisiones insurgentes ucranianas antes de convertirse en comandante de Proskuriv bajo el Directorio-, aplicó durante varias semanas medidas enérgicas contra las milicias alternativas de la ciudad, convencido de que la seguridad debía ser monopolio del estado. No obstante, los críticos acusaban a los hombres de Kiverchuk de saquear las casas de los judíos y requisar dinero y bienes con el pretexto de que buscaban armas, incluso aunque la posesión de armas fuera legal.[364]

El objetivo de Kiverchuk era asegurar el control de la ciudad por parte del Directorio, una tarea ambigua en un momento en el que el propio gobierno había sido expulsado de Kiev y se estaba reagrupando en torno a Petliura en el Hotel Savoy de Vínnytsia. Teniendo en cuenta el deterioro de la situación, Petliura también vio en Proskuriv un baluarte esencial contra la invasión bolchevique. El 5 de febrero envió a un grupo paramilitar, que se autodenominaba Tercer Regimiento de Jaidamakas, y a una brigada de cosacos bajo el mando del antiguo agrónomo de veinticinco años Ivan Semosenko para apoyar a Kiverchuk. Semosenko, un hombre bajo de pelo castaño que apenas ocultaba su calvicie, con acuosos ojos verdes y un rostro afilado, no daba una imagen temible, sin embargo, sus soldados, con largos bucles de pelo igual que los guerreros cosacos del siglo XVIII, causaban una gran impresión.[365] Tanto Kiverchuk como Shenkman conocían la reputación de Semosenko: sabían que había retenido el tráfico ferroviario provocando atascos en el puente del Dniéper para cobrar enormes sobornos y que había abandonado a su mujer y dejado su cargo como oficial jefe de seguridad de la estación de ferrocarril de Apostolove, en la provincia de Jersón, para unirse al ejército de Petliura.[366] Era conocido como persona de ley y orden y prometió no

tener clemencia con los malhechores.[367] Con los cosacos de Semosenko en la ciudad, Kiverchuk pensaba que la guardia de vigilancia era prescindible.

Sin embargo, la presencia de los soldados de Semosenko sólo sirvió para reforzar la convicción de Shenkman de que los guardias de vigilancia eran esenciales para calmar la situación y prevenir cualquier brote de violencia. Veía a los cosacos fuertemente armados desfilando por las calles a caballo, mostrando sus pistolas y fusiles en una demostración de fuerza, rompiendo la calma controlada que había prevalecido hasta entonces. Disfrutaban de su reputación de tipos duros que se negaban a acatar las normas, y quedó claro que tenían poca paciencia para con los judíos y sus legalismos. Según Ilya Joffe, que lideraba el bloque socialista del ayuntamiento, tan pronto como llegó Semosenko, una «atmósfera de pogromo» impregnó la ciudad. Otros recordaban que «la gente permanecía encerrada en sus casas y tenía miedo de dejarse ver en las calles».[368]

El jueves 13 de febrero, durante una de las patrullas de Shenkman, un ciudadano judío al que conocía le preguntó si era cierto que los bolcheviques iban a organizar un levantamiento en la ciudad al día siguiente. Shenkman había oído rumores de una revuelta inminente, pero se imaginaba, como todo el mundo, que las células revolucionarias de Proskuriv sólo llevarían a cabo una sublevación local en el caso de que antes hubiera comenzado una insurrección en un centro industrial más grande o en un núcleo ferroviario como Zhmerynka, donde los trabajadores del ferrocarril a menudo iban a la huelga. Era poco probable, pensaba Shenkman, que los radicales locales estuvieran planeando una acción como esa sin que él lo supiera. La gente hablaba, y él tenía sus fuentes por todas partes, sobre todo dentro de los grupos locales de izquierdas. Y desde luego los bolcheviques sabían que su éxito dependía del apoyo de los guardias de vigilancia. Sin embargo, se sentía incómodo. ¿Se estaba planeando algo? Indagó entre los radicales que conocía. Le confirmaron que tenían la idea de un levantamiento, pero negaron que hubieran fijado una hora o una fecha precisa.[369]

Lo extraño fue que el 13 de febrero todo el mundo parecía haber escuchado los mismos rumores. Ese mismo día, el jefe de la policía municipal abordó al concejal socialista Ilya Joffe y le acusó de formar parte de una conspiración (los rebeldes ya habían elegido a los miembros de un Comité Militar Revolucionario, aseguró el jefe de policía). Joffe compartía el escepticismo de Shenkman, pero también su preocupación. Más tarde, esa noche, se enteró de que algunos sindicalistas estaban preparando una inminente toma del poder. Joffe se puso furioso: el bloque socialista se oponía firmemente a un

levantamiento y había estado trabajando de manera productiva con el gobierno de izquierdas del Directorio. Como judío -como lo eran muchos miembros del grupo socialista-, era plenamente consciente de lo que había ocurrido con los judíos de Zhytómyr cuando los bolcheviques fracasaron en su intento de hacerse con el poder. Culpaba de la trama a un grupo de jóvenes agitadores, trabajadores incultos y delincuentes que militaban entre los bolcheviques, y a sus aliados socialrevolucionarios de izquierda que, según aseguraba, vivían a costa del dinero enviado por la Rusia soviética y actuaban como agentes rusos alentando el derrocamiento de la Ucrania independiente.

Las teorías conspiratorias de Joffe estaban más cerca de la verdad de lo que creía. Lo que ni Joffe ni Shenkman sabían en ese momento era que, tan sólo unas pocas semanas antes, el terrorista radical y socialrevolucionario de izquierda Ivan Alekseev -también conocido por su nombre en clave Nebutev- había sido designado por sus superiores de Kiev para que encabezara un levantamiento en Zhmerynka. Zhmerynka era una importante plaza estratégica para los insurgentes. Estaban convencidos de que una revolución en el centro ferroviario se extendería rápidamente hacia el este. «El camino a Galitzia pasa por Zhmerynka», escribió Alekseev.[370] El alzamiento se planeó para el 10 de febrero. Sin embargo, mientras se llevaban a cabo los preparativos, altos cargos del ejército de la República Popular Ucraniana llegaron a Zhmerynka: los servicios de contrainteligencia de Petliura habían descubierto el complot.[371] Los conspiradores abandonaron el plan de Zhmerynka y se centraron en la vecina Proskuriv, pensando que los dos regimientos del ejército de la República Popular Ucraniana allí acuartelados los apoyarían. Estaban convencidos de que, una vez que se hubieran hecho con el poder en Proskuriv, la revolución se extendería rápidamente a Zhmerynka. Tal y como lo veía Alekseev, «un levantamiento en Proskuriv inevitablemente atraería a varias unidades militares de Zhmerynka para sofocarlo, y se podría utilizar esta situación de pánico para llevar a cabo un golpe también en Zhmerynka».[372] Se fijó la fecha para el sábado 15 de febrero.[373]

Joffe se dirigió apresuradamente al ayuntamiento. Era casi medianoche y el consejo de la ciudad estaba a punto de concluir su sesión. A pesar de que era tarde, consultó con miembros del bloque socialista. El concejal Simkha Vasserman informó de que había oído rumores de una venganza contra los judíos por haber urdido una revuelta. El concejal Voloshin, un socialista ucraniano no judío, había escuchado a un oficial de la República Popular Ucraniana afirmar «que los judíos debían ser exterminados, que los ucranianos no los

necesitaban. Que se vayan a Jerusalen».[374] El bloque socialista acordó convocar una asamblea general a las nueve de la mañana del día siguiente.[375]

A la hora acordada de la mañana del viernes 14 de febrero, cuando estaban llegando los concejales, dos bolcheviques conocidos de Joffe aparecieron con una tercera persona a la que este no reconoció. El visitante desconocido se presentó como un socialrevolucionario de izquierdas. Es posible que se tratase del mismo Alekseev. El hombre confirmó que eran miembros del Comité Militar Revolucionario y que planeaban una insurrección. Joffe les invitó a que lo reconsideraran, pero los revolucionarios se negaron a cambiar de parecer. Sólo querían saber si el bloque socialista los apoyaría. Joffe dejó claro que su partido se oponía, porque no creían que fueran a tener éxito, pero también porque una medida tan drástica sólo podía tomarse con el consentimiento de todos los representantes socialistas del gobierno municipal. Los visitantes aseguraron a Joffe que la sublevación formaba parte de una acción coordinada en toda la provincia, y dirigida a distancia. Proskuriv había sido elegida como la mecha, pero los trabajadores ferroviarios de Zhmerynka se unirían inmediatamente con una huelga general que paralizaría toda la provincia. Se habían ocupado de todo, incluso estaban implicados los soldados de los regimientos locales, le aseguraron. El Comité Militar Revolucionario no iba a dejar nada al azar.[376]

Los concejales más experimentados de la ciudad advirtieron airadamente a los jóvenes radicales que no emprendieran dicha acción, pero resultó en vano. Así que, cuando los revolucionarios se marcharon por la tarde, los concejales enviaron al concejal Yankl Marants -miembro también de la guardia de vigilancia-, para que avisase a Shenkman. Los concejales recomendaron a Joffe que se fuera de la ciudad. Habían oído hablar de los ataques militares contra los judíos en Zhytómyr y temían que, como destacado socialista judío, este fuese un blanco demasiado fácil. Joffe se dirigió a la estación con intención de tomar un tren nocturno hasta la cercana Yarmolintsky. No obstante, cuando vio llegar un convoy de soldados, decidió que era mejor pasar la noche en la estación.[377]

Esa misma tarde, en torno a las cinco, cuando Shenkman estaba hablando con Marants, llegaron al cuartel de la guardia dos jóvenes representantes del Comité Militar Revolucionario, probablemente los mismos hombres que habían hablado con Joffe. Solicitaron hablar a solas con Shenkman y su jefe, Ostkevich-Rudnytskyi. Mientras Marants esperaba fuera, explicaron que les habían enviado para solicitar el apoyo de los guardias de vigilancia para la inminente revuelta. Les pidieron mapas de la ciudad y otras informaciones relativas a las localizaciones de los puestos militares y policiales, que

dijeron necesitar para evitar un derramamiento de sangre innecesario.[378] Shenkman intentó convencerlos de que cambiaran de idea, sosteniendo que la trama acabaría inevitablemente en un pogromo, como había sucedido en Zhytómyr. Les dijo que los guardias de vigilancia habían jurado permanecer neutrales, que su único propósito era el de proteger a la ciudad de la violencia y que nunca apoyarían una insurrección. Pero los visitantes insistieron en su plan. Shenkman tenía un terrible presentimiento cuando se marcharon. Decidió pasar la noche en el cuartel general y ordenó a todos los guardias que se mantuvieran en alerta máxima durante la noche.[379]

Alrededor de las diez recibió una visita, un bolchevique que se presentó como el nuevo comisario y le entregó un documento firmado por el Comité Militar Revolucionario. El comisario nombró a Shenkman como enlace entre el comité y los guardias, y le invitó al puesto de mando revolucionario. Shenkman fue con él, pero no quedó impresionado: «Había varias personas allí, de las cuales una, según entendí, era el instigador. Me percaté de que su trabajo era desordenado y que la gente carecía de experiencia».[380] Les rogó que pospusieran la insurrección, pero insistieron en que empezaría en unas pocas horas, alegando que ya habían retrasado su comienzo de medianoche a las cinco de la mañana, cuando se suponía que llegarían refuerzos. Shenkman regresó al cuartel de la guardia, consciente de que le esperaba una larga noche.

El Comité Militar Revolucionario se reunió una última vez para coordinar sus acciones. «La reunión tuvo lugar en una atmósfera de tensión nerviosa -escribió Alekseev en sus memorias-, nadie dijo una palabra de más».[381] Los conspiradores estaban listos. Según Alekseev, el comité se trasladó a la estación de tren de Proskuriv y detuvo a los oficiales que estaban al mando mientras los artilleros que protegían la estación huían en mitad de la gélida noche. En veinte minutos, su comando se había hecho con el control de la estación. Al mismo tiempo, en una acción coordinada, alrededor de doscientos trabajadores tomaron la oficina de correos y la estación de telégrafos, y detuvieron al comandante Kiverchuk. En las primeras horas del sábado 15 de febrero varias docenas de trabajadores bolcheviques llegaron a los cuarteles locales e informaron al Octavo Regimiento de Podolia de que se estaba llevando a cabo una revolución. Los soldados protestaron al principio diciendo que era prematuro, pero después de que les aseguraran que pronto llegarían refuerzos con cincuenta ametralladoras, decidieron por una aplastante mayoría apoyar la revolución; pusieron bajo arresto a sus oficiales, asaltaron el arsenal y entregaron armas a los trabajadores.

A las seis y media de la mañana, Shenkman, que aún estaba de

guardia en el cuartel, informó de una descarga de disparos que confirmaba la señal de que la revolución empezaría al romper el día. Minutos más tarde sonó el teléfono. Era una llamada del equipo de Semosenko asegurando a Shenkman que Kiverchuk estaba aún al mando y que el levantamiento bolchevique fracasaría. En ese momento se interrumpió la llamada. Los revolucionarios habían cortado los cables de teléfono.

Los soldados amotinados del Octavo Regimiento de Podolia se dirigieron directamente desde sus cuarteles a la estación de tren, donde esperaban derrotar fácilmente a las fuerzas de Semosenko y recibir a los refuerzos bolcheviques que iban a llegar de Zhmerynka. En su lugar se encontraron con trescientos cosacos fuertemente armados y seiscientos soldados *jaidamakas* leales al Directorio y preparados para el combate. Los reclutas campesinos del Octavo Regimiento de Podolia se dieron cuenta de que les superaban en número y desaparecieron en el campo, huyendo a sus pueblos y abandonando la revolución. Mientras tanto, el Comité Militar Revolucionario esperaba los refuerzos, pero no llegó nadie, ni siquiera los trabajadores ferroviarios de Zhmerynka. A las once de la mañana era evidente que el levantamiento había fracasado estrepitosamente. Con la estación bajo control, Semosenko dirigió su batallón hacia la ciudad para castigar a los rebeldes.

Desde su ventana, Simkha Vasserman veía cómo avanzaban hacia la ciudad. «Di por supuesto que se dirigirían a Grechany, donde había un almacén y donde probablemente habría habido un levantamiento bolchevique. Pero más tarde se hizo evidente que aquel destacamento de cosacos se estaba desperdigando por la ciudad y comenzaba a asesinar a la población judía».[382] Colocaron ametralladoras por todo el edificio de Vasserman y en su ático para resguardarse de los francotiradores. Conmocionado, Vasserman vio cómo disparaban y mataban a Abram Marants, un rico y destacado comerciante que se convirtió en una de las primeras víctimas civiles de lo que sería un día espantoso.[383]

Como explicó Shenkman posteriormente, una hora después de haber hablado con Semosenko aparecieron en su cuartel quince hombres armados. Shenkman trató de justificar la misión de los guardias de vigilancia, pero los hombres armados se mostraron despectivos, burlándose de ellos como «una agencia judía con comisarios judíos». Retuvieron a Shenkman durante el resto de la mañana, pero, en torno a mediodía, cuando se divulgó la noticia de que el levantamiento había fracasado, se marcharon. Agotado tras una larga noche y una mañana accidentada, Shenkman se fue a su casa a dormir.

La misma mañana del sábado, el concejal Trofim Verkhola esperaba a su sobrino en una habitación de hotel. Habían planeado una sesión matinal en una *banya*, la sauna tradicional rusa. Verkhola era un popular político socialdemócrata que había desempeñado varios altos cargos en la región y que se acababa de mudar a Proskuriv para ocupar su escaño en el ayuntamiento. Era un antiguo maestro de escuela y se le conocía tanto por su lucha a favor del pueblo llano como por su defensa de los judíos.[384]

El sobrino de Verkhola llegó en estado de agitación, deseoso de saber acerca de la revuelta bolchevique. Verkhola estaba durmiendo durante el levantamiento de la noche anterior, a pesar de haber tenido una desagradable reunión con Kiverchuk y Semosenko ese mismo día por la mañana. Viéndolo ahora con retrospectiva, comprendió que algo iba mal. El comandante Kiverchuk se había mostrado enfadado y había acusado a Verkhola de mostrar simpatía por los bolcheviques. Verkhola se había despertado con un sentimiento de ansiedad, pero, como dice el dicho: «*Banya parit, banya pravit, panya vse popravit*» («El vapor de la sauna hace que todo se olvide»). Sólo volvió a alarmarse cuando, junto con su sobrino, regresó de los baños alrededor de las diez y oyeron el ruido de un tiroteo. Verkhola fue al ayuntamiento a medida que el tiroteo se intensificaba. Allí encontró a otros concejales preocupados, que estaban discutiendo la situación y esperaban noticias de Kiverchuk. Verkhola se enteró de que nadie sabía nada del comandante, de modo que habían enviado en su busca a un concejal llamado Stavinsky. Poco después de la llegada de Verkhola, Stavinsky volvió con la noticia de que los bolcheviques habían detenido a Kiverchuk y habían tomado el control de la ciudad.

Verkhola tenía buenas relaciones con muchos de los trabajadores radicales y creía poder negociar la liberación del comandante. Pero era un día frío de febrero y él llevaba un excelente abrigo de piel. De repente, se sintió cohibido. ¿El abrigo de piel le identificaría como un miembro de la burguesía susceptible de ser arrestado? O, si había bandidos recorriendo las calles sin ley, ¿se convertiría en un objetivo fácil para el atraco y el asalto? Puesto que no tenía ningún otro abrigo, se puso una banda de la Cruz Roja alrededor del brazo y salió a la calle con Stavinsky.

Apenas acababan de salir del ayuntamiento cuando se toparon con el propio Kiverchuk a caballo. El comandante les explicó que había sido detenido por los bolcheviques, «pero eran muy pocos. El levantamiento ya ha fracasado».[385]

Mientras hablaban, oyeron disparos procedentes de la cercana estación. Kiverchuk se dirigió hacia el tiroteo mientras Verkhola y Stavinsky volvían al ayuntamiento. Por el camino se dieron cuenta de que los soldados estaban disparando contra el instituto de la calle

Dvoryanskaya, donde los bolcheviques habían instalado ametralladoras. Stavinsky, cuya casa estaba cerca del instituto, en las colinas en donde residían los habitantes más adinerados, dejó a Verkhola para comprobar cómo se encontraba su familia. Después de trasladar a sus hijos, por seguridad, a la casa de un sacerdote al otro lado de la ciudad, volvió al ayuntamiento. Cuando una hora más tarde los disparos cesaron, los concejales pensaron que se había restaurado la paz. Stavinsky fue a recoger a sus hijos e invitó a Verkhola a acompañarlos a comer a su casa.[386]

Puesto que era la primera hora de la tarde del sábado, los feligreses judíos estaban terminando de recitar sus oraciones matinales en la sinagoga y preparándose para el *kidush* cuando se extendió el rumor de que, esa mañana, había habido un levantamiento en la ciudad. Los piadosos intensificaron sus rezos, dieron un trago de *schnaps*, comieron una rebanada de pan con arenques y volvieron a la calle. Para cuando terminaron el *kidush*, el levantamiento había acabado y las calles estaban extrañamente tranquilas. Moshke Stambulchik recordaba que, cuando iba caminando a su casa desde la sinagoga, las calles estaban completamente vacías. Las únicas personas visibles eran judíos que, como él, regresaban a sus casas después del servicio religioso.[387] Yosef Shpigel observó que la ciudad estaba empapelada con proclamas bolcheviques que ya habían quedado obsoletas.[388]

Verkhola y Stavinsky estaban en mitad de su almuerzo cuando un sirviente los interrumpió anunciándoles que los soldados estaban matando a judíos en las calles. Verkhola se volvió a poner su abrigo de piel y Stavinsky un abrigo militar y juntos se encaminaron al centro de la ciudad, donde vivían la mayoría de los judíos de Proskuriv, a menudo en casas colindantes a sus tiendas. Llegaron a la farmacia de Sruel Oksman, un edificio ornamentado popularmente conocido como «la casa de los dragones», debido a los dragones de estuco que sobresalían del frontón. Querían comprobar el material sanitario disponible para la ciudad. Oksman, que estaba extremadamente angustiado y buscaba, nervioso, entre sus existencias, les explicó que intentaba reunir todos los vendajes posibles para ayudar a los heridos. «Vayan a la calle Aptekarskaya y verán cadáveres desperdigados», les dijo. Corrieron a la calle y vieron los cuerpos de ancianos judíos, niños y mujeres. Se detuvieron después en la farmacia de Ludwig Derevoed, la más grande de la ciudad, provista de un laboratorio completo, un sótano seco, una cámara refrigerada para el almacenamiento en frío y una bodega, todo lo cual había ayudado a Derevoed a convertirse en uno de los ciudadanos más pudientes de Proskuriv. Un cirujano militar perteneciente al batallón de Semosenko había llegado allí antes que

ellos y ya estaba pidiendo todas las vendas que hubiera en el almacén para ayudar a los soldados heridos. Contaba que sesenta soldados habían sido alcanzados por el fuego bolchevique. Verkhola y Stavinsky le suplicaron que dejara algo de material para los judíos heridos, y prometió hacerlo. Cuando se marcharon encontraron más cuerpos en las calles, pero la ciudad en general estaba tranquila. Los soldados habían vuelto a la estación.[389]

Tras haber logrado la victoria sobre la fallida sublevación bolchevique, Semosenko reunió a sus tropas en el restaurante San Remo para celebrarlo con un gran banquete y barra libre de coñac y vodka, según un testigo, «obviamente como preludio a la matanza de judíos que se avecinaba».[390] Con su prolija y nerviosa manera de hablar, Semosenko explicó que no quería que se repitiese lo ocurrido en Zhytómyr, donde la reputación del ejército ucraniano había quedado mancillada por saqueos y robos. Siguiendo una costumbre común a la hora de mandar a las tropas a la batalla (y a menudo repetida en las revueltas), llenó las copas de sus hombres de vodka y les ordenó que hicieran un juramento sobre la bandera. En este caso, el juramento proclamaba que matarían a todos, «desde los ancianos hasta los jóvenes», pero que no robarían.[391] La masacre empezó de nuevo a las dos de la tarde.

A Shenkman, que se había quedado dormido en su casa, le despertó su madre unas horas después. Kiverchuk quería hablar con él por teléfono, una vez reparada la línea. Shenkman se preparó para escuchar noticias terribles, pero no podía imaginarse lo que le sucedería antes de que pudiera llegar al teléfono. Apenas se había levantado de la cama cuando su hermano menor llegó aterrorizado anunciando que otro de sus hermanos había sido asesinado. Poco después, los soldados invadieron su casa. Shenkman gritó que todo el mundo corriera a sus habitaciones y se escondiera bajo la cama. Desde debajo de su cama, vio horrorizado cómo los soldados revolvían la habitación y le clavaban una bayoneta a su desconsolada madre, matándola en el acto. Cuando su padre se levantó furioso, los soldados le dispararon dos tiros. Uno de ellos le mató, el otro alcanzó a la hermana de Shenkman, hiriéndola. Cuando el hermano menor de Shenkman se levantó para besar el cuerpo de su madre, los soldados le apuñalaron también a él. Entonces se giraron hacia las camas y empezaron a revolver los edredones para asegurarse de no había nadie escondido. Shenkman reconoció a uno de los soldados: «Al alba había estado en los cuarteles de la guardia insistiendo en que los judíos le estaban disparando».[392]

Lazar Shapiro, que testificó ante un comité de investigación soviético en 1926, recordaba que su padre había llegado a casa de la

sinagoga y contó los terribles rumores que había oído acerca del inminente pogromo. Poco después, su casa estaba rodeada de soldados. Decidieron apaciguar a los invasores y su padre inmediatamente les ofreció una gran suma de dinero. Según Shapiro, «respondieron que no necesitaban dinero, sólo almas judías. Recuerdo bien las palabras de uno de ellos: "No hemos recibido órdenes de robar, sino de matar"». Tras esas palabras, los soldados dispararon mortalmente al padre de Shapiro e hirieron de gravedad a su madre. Después «acribillaron a balazos» a sus tres hermanos, que tenían dieciocho, veinticinco y veintisiete años y a sus dos hermanas, que tenían doce y diecinueve. Shapiro testificó que se había escondido tras el aparador, desde donde lo vio todo.[393]

Muka Akselbandt testificó, también ante el comité soviético, que estaba sentada con su familia en la casa, detrás de la tienda familiar, cuando vio por la ventana a los soldados que estaban en la puerta. Reunió dinero para salvar a su familia, pero los soldados respondieron que no necesitaban dinero, que tenían órdenes de matar a los judíos. Después de pronunciar esas palabras, sacaron sus rifles y sables. Mataron al marido de Muka, Moyshe, le cortaron el dedo a Muka e hirieron de gravedad a su hija, que aún sufría de sus heridas cuando testificó, ocho años después del pogromo.[394]

Los soldados de Semosenko atacaban las casas de los judíos y procuraban que los cristianos no sufrieran daños, verificando a menudo que los residentes eran judíos antes de masacrarlos. Shlem Kibrik testificó que un soldado entró en su casa, examinó a los allí presentes y afirmó: «Todo el mundo aquí es judío, no hay rusos». Volvió después con otros dos soldados que abrieron fuego en la habitación, matando inmediatamente a su padre, que estaba postrado en la cama. Cuando Kibrik trató de sobornar a los intrusos, un soldado declaró que «no necesitaba dinero, que sólo necesitaba sus cabezas, que podía conseguir el dinero por su cuenta».[395] Después asesinaron al resto de su familia con sables y bayonetas. Kibrik sobrevivió al quedarse inmóvil en el suelo bajo la mesa. Cuando terminaron, informó Kibrik, la cabeza de su mujer era «un pedazo de carne sanguinolento»; le habían cortado dos de sus dedos al tratar de protegerse con la mano. Dos de las hijas de Kibrik, y también su hermano, fueron asesinados durante el ataque, mientras que su madre fue herida de gravedad. Los soldados se fueron, pero pocos minutos después uno de ellos regresó para asegurarse de que todo el mundo estaba muerto. Inspeccionó los cuerpos repartidos por la habitación y murmuró antes de marcharse: «Todos al infierno».[396]

Sofia Gershgorin testificó que entraron en su casa dos soldados y preguntaron si había judíos en ella. Cuando respondió que era un hogar judío, «destriparon a toda nuestra familia con bayonetas y

sables». Asesinaron a su madre, de cincuenta años, a su hermana, Sonia, de diez, y a Riva, una pariente de ochenta y cinco años. Gershgorin fue herida nueve veces, pero sobrevivió. «No puedo entender -dijo Gershgorin en su testimonio- por qué mataban a mujeres inocentes que no tenían conocimiento de nada, aparte de las tareas del hogar».[397]

Los soldados rara vez explicitaban los motivos por los que atacaban a los judíos, pero las declaraciones que hacían durante las matanzas dan algunas pistas de ello. En algunos casos, parecía que se perseguía a los judíos por motivos religiosos. En una casa de la calle Sobornaya donde fueron masacradas veintiuna personas, un superviviente informó de que «antes del asesinato, los cosacos pidieron a los judíos que se persignaran. Si se negaban o vacilaban, los mataban al grito de "¡muere, judío!"».[398] Los soldados también masacraron a algunos judíos que estaban rezando sus plegarias. Alrededor de veinte personas se encontraban en la sinagoga, en una sesión de estudio, cuando entraron los soldados. Leyb Kozovy, que estaba presente, describió cómo los fieles insistieron en que eran simples judíos piadosos en oración que no tenían interés en la política. «El soldado que estaba a mi lado sonrió -recordaba Kozovy-, y le clavó la bayoneta a mi vecino». Kozovy fue herido por la espalda y sobrevivió haciéndose el muerto. El resto de los feligreses fueron asesinados en el ataque. Kozovy pasó los siguientes seis meses en el hospital.[399]

Sin embargo, en la mayor parte de los casos la religión era irrelevante. Se perseguía a los judíos principalmente porque se los asociaba con el bolchevismo. Khaim Dayter testificó en la comisión de investigación soviética en 1926 que los soldados que entraron en su casa -no menos de quince- gritaron: «Aquí hay bolcheviques».[400] Yakov Zaydman recordaba que cuando escuchó llamar a su puerta, alrededor de las tres de la tarde, sus hijos, «desconociendo lo que estaba pasando», abrieron. Un grupo de soldados entró atropelladamente en la casa y declaró: «Estamos buscando bolcheviques», y los hirieron en la cabeza a él y a su mujer con los sables. Yakov sobrevivió, pero su mujer fue herida de muerte.[401]

Los soldados que asaltaron la casa de Gitl Zemelman en torno a la misma hora mostraron la misma analogía entre bolcheviques y judíos. «Aquí hay judíos bolcheviques. Tenemos que matarlos a todos», gritaron antes de atravesar con una bayoneta a Ilya, su hijo de veintiún años; a Shlem, su hijo de dieciocho; a Moyshe, su hijo de trece; y a Mariya, su hija de once años. Zemelman dijo que gritaba y suplicaba a los soldados insistiendo en que sus hijos eran «niños pequeños que no sabían nada». ¿Cómo podía ser bolchevique una niña de once años?, se preguntaba.[402]

Zemelman tenía razón. Incluso si los soldados creían de verdad que todos los judíos adultos sentían simpatía por los bolcheviques, no podían creer que los niños, por no hablar de los bebés, estuvieran influenciados por la ideología política marxista-leninista. Y, sin embargo, se persiguió y se asesinó a niños y bebés, a menudo con una crueldad sin precedentes. Este odio iba más allá de lo político. Khaim Baran testificó que su hermano de cuatro años, Boris, fue atravesado por la bayoneta de un soldado. Un vecino que fue testigo de la matanza le dijo que el soldado «estuvo girando el cuerpo muerto ensartado en la bayoneta durante un rato».[403] Wolf Brukhis informó de que los soldados que entraron en su casa en la calle Aptekarskaya mataron a toda su familia, incluyendo a su hermana adolescente, dos primas también adolescentes y a Mendl, su sobrino de dos semanas.[404] Khaim Tenenboym mencionó que entre los trece miembros de su familia que fueron asesinados había un bebé de un mes, Sonia, a la que arrojaron al aire y atravesaron con una bayoneta.[405]

Hay también numerosos casos denunciados de abuso sexual. Unos soldados arrojaron una granada de mano a la casa de Khayke Balagur, una joven de diecisiete años, con el humo la hicieron salir de su escondite en el sótano, la agarraron y le arrancaron la ropa antes de que consiguiera liberarse.[406] Violaron a una mujer en la casa de Einbinder, en donde mataron a cuatro personas.[407] Soldados de la misma unidad mataron a diez personas en la casa de los Kitsis, incluyendo a toda la familia Kitsis, compuesta por los padres y tres hijas. No obstante, antes violaron a las hijas, una de las cuales, Khana, tenía catorce años, que sobrevivió dos días antes de sucumbir a causa de sus heridas.[408] Un hombre que tenía perros prestó testimonio ante Hirsch Zekcer, ayudante de la investigación de Hillerson, e informó de que vio cómo un soldado pelirrojo violaba a una chica «mientras esta expiraba su último aliento». «Nunca había tratado a mis perros como estos soldados trataban a los seres humanos», dijo.[409]

A pesar de las órdenes de Semosenko de matar y no robar, sus tropas de cosacos a duras penas se resistían al saqueo. Moyshe Plotkin estaba echándose una siesta cuando escuchó unos gritos terribles. Se escondió en el ático con su familia cuando los soldados entraron en su casa. «En un santiamén asesinaron a veintidós personas -testificó-. Cuando los asesinos se marcharon, vinieron otros soldados que huyeron con las pertenencias de la familia».[410] Zalman Presayzen recordaba que los cuatro soldados que entraron en su casa, con sus sables bañados en sangre, afirmaron que los que allí vivían eran judíos, y les pidieron dinero. Presayzen vació sus bolsillos y les dio lo que tenía. Un soldado, al percatarse de que Presayzen llevaba un anillo de oro, le cortó el dedo con el sable para sacárselo. Su mujer fue asesinada y su hijo de seis años fue atravesado con una bayoneta.[411]

Klimenty Kachurovsky, el archidiácono de la catedral de la Natividad de la Sagrada Virgen María, destaca como una excepción a la indiferencia general que mostraron las autoridades locales. Algunos testigos informan de que Kachurovsky rogó a los soldados que tuvieran clemencia con los judíos. Sostenía a un niño, mientras gritaba: «Cristianos, ¿qué estáis haciendo?», cuando los soldados le atacaron con lanzas y le mataron. El doctor Serhy Polozov también prestó asistencia médica a los judíos durante el pogromo e incluso escondió a varias familias en su casa.[412] Pero estos actos de solidaridad eran escasos. Numerosos testigos informaron de que la policía de Kiverchuk, y a veces hasta las enfermeras, acompañaban a los soldados en sus ataques a las casas judías; la policía hacía guardia en la puerta mientras se masacraba a los residentes y las enfermeras ayudaban a requisar los suministros médicos.[413]

Toda la masacre duró cuatro horas. Por la tarde, el ayuntamiento telegrafió al estado mayor del ejército, que ordenó a Semosenko que pusiera fin al baño de sangre. Semosenko ordenó a sus soldados que volvieran a la estación. Cuando se marcharon, la gente del pueblo salió de sus casas y empezó a saquear las viviendas que habían pertenecido a los judíos asesinados.

El pogromo de Proskuriv fue una atrocidad completamente diferente de los incidentes anteriores. Por un lado, supuso un enorme aumento del número de muertes. Los cálculos del número de personas asesinadas varían, pero un informe completo contabilizó más de mil doscientas personas asesinadas ese día y alrededor de seiscientos heridos, de los cuales trescientos sucumbieron pronto a sus heridas. Otros seiscientos judíos fueron asesinados en la ciudad vecina de Felshtin, cuando algunos de los cosacos de Semosenko se separaron del resto y continuaron la oleada de asesinatos.[414] Los lugareños estiman que fueron asesinadas o heridas entre tres mil y cuatro mil personas, e informaron de estas cifras a las organizaciones de ayuda humanitaria. El recuento más moderado es una lista de los muertos escrita a mano que contiene los nombres de novecientas once víctimas.[415]

Víctimas del pogromo de Proskuriv.

Pero la novedad del hecho no reside únicamente en su magnitud. A diferencia de Óvruch, en donde los violentos fueron sólo un pequeño círculo de militares bajo las órdenes de un señor de la guerra sádico, en Proskuriv participaron cientos de soldados de diferentes divisiones, así como vecinos de la localidad. Y a diferencia del pogromo de Óvruch, que se prolongó durante varias semanas, o el de Zhytómyr, que se desarrolló escalonadamente a lo largo de tres días, los hechos de Proskuriv ocurrieron en sólo unas pocas horas. El pogromo tuvo lugar en lo que el sociólogo holandés Abram de Swaan ha denominado un «compartimento para asesinar»: un periodo de tiempo muy delimitado en el que las normas ordinarias se suspenden para dar paso a la destrucción masiva de una serie de víctimas claramente definidas. Tenía un punto de partida y un final explícitos.[416]

Aun así, lo que realmente distinguía a la multitud que, el 15 de febrero, atacó a los judíos en Proskuriv era su intención exterminadora. El pretexto de la masacre fue el golpe fallido que habían organizado los bolcheviques y sus aliados socialrevolucionarios de izquierda, pero fueron los judíos de la ciudad los que sufrieron sus consecuencias. Cuando Semosenko dio rienda suelta a sus hombres para que causaran estragos en la ciudad, ellos se lo tomaron como una licencia para atacar a los judíos. La asociación entre bolcheviques y judíos ya formaba parte del imaginario emocional de los soldados, estaba arraigada en su visión del mundo. De ahí que los niños judíos fueran atravesados por bayonetas acusados de bolchevismo, que los

ricos hombres de negocios judíos fuesen vistos como izquierdistas radicales y que los ancianos judíos fuesen culpados de un levantamiento que se llevó a cabo sin que ellos lo supieran, mientras estaban rezando en la sinagoga. La lucha contra el bolchevismo, creían los violentos, exigía el exterminio de los judíos.

De hecho, el profético informe sobre el pogromo que Hillerson compiló ese mismo año apuntaba que «a partir de Proskuriv, el propósito básico de los pogromos de Ucrania parece ser la destrucción total del pueblo judío».[417]

A las siete de la mañana del día siguiente al pogromo, el domingo 16 de febrero, Verkhola caminaba hacia el ayuntamiento por calles en las que se amontonaban los cadáveres. Stavinsky estaba allí junto con algunos otros concejales. Convocaron una reunión del consejo y ordenaron que Semosenko y Kiverchuk acudieran ante ellos. «Había sólo unos pocos concejales presentes -recordaba Verkhola- y todos eran cristianos, excepto un judío».[418] Los concejales judíos estaban o bien atendiendo a los heridos o bien demasiado asustados como para salir a la calle.

Poco después de que la sesión hubiera comenzado, los miembros del consejo de la ciudad vieron horrorizados cómo el coche de Semosenko se detenía y dos miembros de su séquito mataban a un transeúnte judío mientras él entraba en el edificio, añadiendo un signo de exclamación al recién terminado pogromo. El comandante se encogió de hombros y entró en el vestíbulo.[419] Kiverchuk le seguía de cerca. Verkhola habló primero, dirigiéndose directamente a Semosenko:

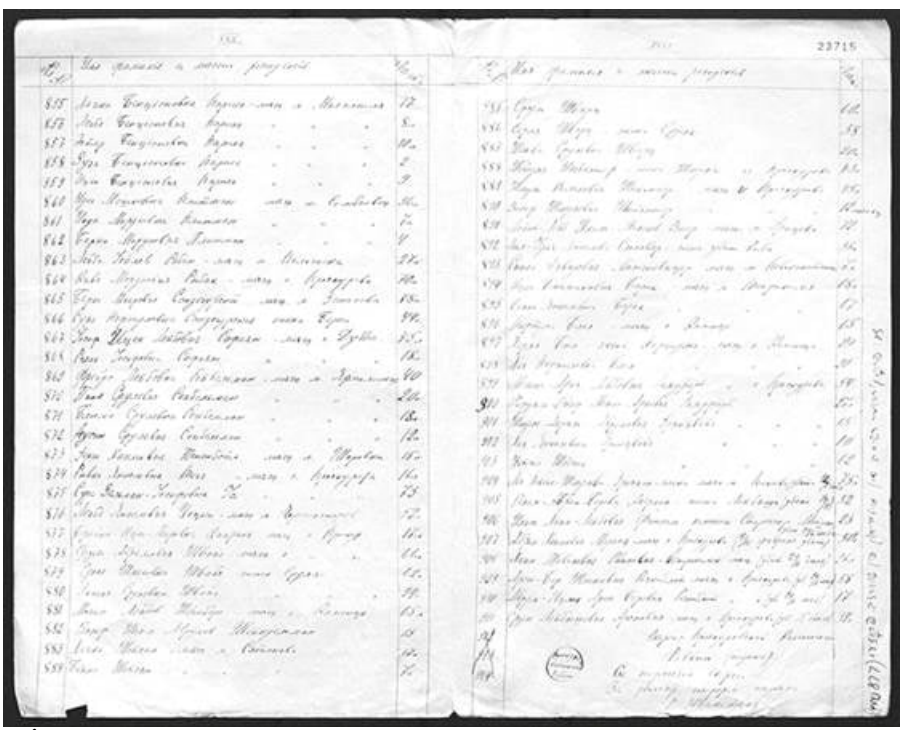
> ¿Qué está haciendo, atamán? ¿Cree usted que es ucraniano?… Usted no es ucraniano, y tampoco es un cosaco ucraniano. Nuestros cosacos tienen una valerosa historia. No es usted digno de llevar las ropas de un cosaco para robar ni de llamarse atamán. Afirma estar luchando contra los bolcheviques, pero ¿los ancianos, mujeres y niños son de verdad bolcheviques? ¿Sólo los judíos son bolcheviques? ¿No sabe que también hay bolcheviques de otros pueblos, e incluso entre los ucranianos?[420]

Semosenko respondió: «Todo el mundo dice que mis cosacos han asesinado a vecinos pacíficos, mujeres y niños. Eso no tiene sentido. Según mis órdenes, ellos sólo luchaban contra los bolcheviques. Les di la orden de acabar con los bolcheviques. Si las mujeres, niños y ancianos judíos son bolcheviques la culpa es suya, no mía».[421] La culpa de la violencia, según Semosenko, la tenían el ayuntamiento, por no

haber conseguido sofocar el levantamiento bolchevique, y los judíos por su bolchevismo.

Después de la reunión, Verkhola emitió un comunicado: «Por orden del atamán y con la aprobación del consejo de la ciudad, la matanza de ciudadanos pacíficos ha terminado. Los cosacos se han retirado de la ciudad […] y el ayuntamiento garantiza la tranquilidad total a los residentes. La vida debe volver a la normalidad».[422]

Semosenko respondió con su propia declaración: «La noche del 14 al 15 de febrero, algunos hombres irresponsables sin honor o sin conciencia intentaron una sublevación armada contra las autoridades de la región y de la ciudad; estos hombres, según la detallada información que se me transmitió, pertenecen al pueblo judío y querían hacerse con el poder, sembrar la confusión en el gobierno y sumir a nuestra Ucrania, que tanto ha sufrido, en la anarquía y el desorden. He dado los pasos decisivos para sofocar ese levantamiento. Es bastante probable que entre las víctimas de las armas de mis cosacos hubiera personas inocentes, pero nunca se ha conseguido nada sin cometer errores».[423]



Última página de una lista de novecientos once nombres de judíos asesinados en Proskuriv.

El lunes, la ciudad contrató a campesinos para cavar una enorme

fosa en el cementerio judío. Khaya Greenberg -una enfermera que trabajaba para la Cruz Roja ucraniana-, recordaba la escena ocho años después: «Nunca olvidaré los trineos enrojecidos llenos de cuerpos mutilados, llevando al cementerio su triste carga para depositarla en una fosa común […]. Los heridos se trasladaban al hospital, hombres sin brazos y sin piernas, bebés mutilados y una joven cuyos gritos se iban debilitando según sucumbía a sus heridas».[424] Sruel Finkel recordaba haber visto trineos de madera llenos de cadáveres avanzando por las calles desiertas hacia el cementerio. Allí, los campesinos apilaban cientos de cuerpos en la zanja. Los ladrones rebuscaban dinero entre las ropas de los muertos. «Estos merodeadores abundaban en el cementerio y no eran sólo cristianos, sino también judíos», recordaba Finkel con repugnancia. Se pasó el día ayudando a los que estaban de luto a identificar los cuerpos de sus seres queridos.[425]

Verkhola fue nombrado comandante en sustitución de Kiverchuk e intentó restaurar el orden. Semosenko permanecía en la ciudad, retenido en el Hotel Palace. Sufría gonorrea, así como lo que un doctor que le trataba diagnosticó como un tumor en el tracto seminal y en los testículos, y un catarro que le afectaba a los pulmones. Su habitación estaba protegida por numerosos guardias.[426] Tanto Verkhola como el doctor que le trató recordaban que, en su estado febril, Semosenko deliraba ante cualquiera que le escuchase, diciendo que los judíos estaban conspirando para hacerse con el poder.[427]

Aunque fue relevado de sus obligaciones como comandante de la ciudad, Kiverchuk mantuvo un alto cargo en el distrito y nunca fue arrestado ni juzgado por su comportamiento durante el pogromo. Después se mudó a Kalisz, Polonia, donde continuó activo en los círculos de la diáspora ucraniana.[428] Semosenko, por su parte, fue detenido en mayo y conducido a Kamianets-Podilski. Aleksander Khomsky, miembro judío de la comisión de vivienda de la ciudad, que -en lo que se consideró como un falso juicio- había sido condenado por dirigir la oposición armada en nombre de los bolcheviques, coincidió con él en la misma celda. Según Khomsky, Semosenko afirmaba que no había sido detenido por asesinato (aunque presumía de manera exagerada de haber matado a once mil judíos), sino por haber malversado el dinero que robó durante el pogromo. «No soy culpable -recordaba Khomsky que bramaba Semosenko-, me enviaron para acabar con el levantamiento bolchevique y resultó que los judíos de Proskuriv eran todos bolcheviques». Fue liberado en julio.[429]

8

EL SEGUNDO POGROMO DE ZHYTÓMYR

Los bolcheviques no consiguieron convertir los hechos de Proskuriv en una revuelta popular, pero, tras su victoria en Kiev, el Ejército Rojo seguía avanzando hacia el oeste. Kórosten cayó en manos de los bolcheviques el 20 de febrero, y el 1 de marzo el Ejército Rojo estaba en Radomyshl, a tan sólo setenta y cinco kilómetros al este de Zhytómyr. Las autoridades de Zhytómyr comenzaron a preparar la posible evacuación de la administración municipal. Aparentemente bajo el control del Directorio, Zhytómyr estaba defendida por tres cuerpos diferentes: la milicia de Vozny, una fuerza de protección civil compuesta por policías y guardias de vigilancia y, hasta que fueron retirados a fin de mes, algunos tiradores galitzianos muy bien entrenados. Además, había unos cuantos reservistas en el cuartel de la ciudad. Los oficiales de Vozny recelaban de los guardias de vigilancia, acusándolos de inmiscuirse en las tareas de orden público, y los despreciaban llamándolos «policía judía».[430] Por su parte, muchos judíos desconfiaban de los hombres de Vozny y los acusaban de haberse beneficiado del pogromo de enero y de haber dado cobijo a sus ejecutores

Sólo era cuestión de tiempo que estallasen las escaramuzas. La primera ocurrió a primera hora del 2 de marzo, cuando un grupo de ochenta reservistas rodeó la plaza del mercado y registraron a los sastres (en su mayoría judíos) acusándolos de estar acaparando el material necesario para los uniformes militares. Los guardias de vigilancia salieron en defensa de los sastres, lo que provocó unos disturbios que amenazaban con desatar otro pogromo y que produjo cuatro heridos entre los guardias, uno de los cuales -Yosef Shamis- murió a causa de sus heridas.[431]

La ciudad estaba al límite. A Vozny le llegaron informaciones de que un amplio frente bolchevique se extendía desde Óvruch, en el norte, hacia Korostyshiv, a unos treinta kilómetros al este. Había oído que el movimiento bolchevique de Korostyshiv «estaba creciendo y amenazaba a la propia Zhytómyr».[432] El servicio de contrainteligencia

de Vozny estaba convencido de que muchos de los agitadores bolcheviques responsables del levantamiento de enero habían escapado y estaban recomponiendo sus fuerzas en Óvruch y Kórosten, a la espera de otra oportunidad para perpetrar un nuevo golpe. Tres agentes enviados por Vozny a Óvruch en una misión de reconocimiento no habían regresado una semana después, y una segunda expedición a Korostyshiv había tenido un final desastroso: un agente había sido capturado por los bolcheviques, lo habían llevado a los acantilados sobre el río Teteriv a las afueras de la ciudad y le habían disparado, dejándole caer a las aguas heladas.[433]

En previsión de otra confrontación contra los bolcheviques, Vozny buscó nuevos soldados y anunció un reclutamiento. Sin embargo, la moral de los soldados estaba baja y muchos de los reclutas potenciales estaban enfermos, tenían tifus o estaban hambrientos, puesto que durante el invierno se habían deteriorado las condiciones en la ciudad y en el campo que la rodeaba. Pocos mostraban el entusiasmo que habían exhibido en diciembre, cuando miles de campesinos acudieron en masa para unirse a la lucha por la independencia ucraniana.[434] Muchos de los que se presentaron en los puntos de movilización cogieron sus raciones y uniformes y se fueron a casa; y los que se quedaron no lo hicieron por mucho tiempo. El ejército ucraniano prefería acuartelar a los soldados cerca de sus casas, pero eso les facilitaba la deserción cuando las cosas se ponían feas. Los oficiales de más alto rango ocupaban cargos administrativos y eran «desaprovechados como oficinistas».[435] Lo único que parecía motivar a los potenciales reclutas era la amenaza de que, si no tomaban las armas, se convertirían en «esclavos de los judíos».[436] De hecho, los bolcheviques estaban incluso más cerca de lo que reconocía el servicio de inteligencia de Vozny. El 7 de marzo, en una casa de la calle Volskaya, siete activistas revolucionarios ya habían formado un nuevo Comité Militar Revolucionario con la intención de hacerse con los soviets. A juzgar por sus nombres, dos de ellos procedían de familias judías, como era el caso de Abram Gilinsky, que había sido uno de los líderes de la sublevación de enero.[437]

Al día siguiente, 8 de marzo, unidades del Ejército Rojo tomaron las ciudades de Kotelnya y Andrushivka, a unos cuarenta kilómetros de Zhytómyr. De nuevo, Vozny huyó de la ciudad con su administración, y sus tropas le siguieron cuatro días más tarde. Muchos ucranianos con vínculos familiares con el campo también regresaron a sus antiguos hogares. Como resultado, la ciudad quedó de nuevo habitada principalmente por judíos, ya que no tenían ningún lugar al que huir, por lo que se verían obligados a soportar la peor parte del poder bolchevique. El 13 de marzo por la mañana, las fuerzas bolcheviques entraron en la ciudad, y al día siguiente el

Comité Militar Revolucionario promulgó la ley soviética en Zhytómyr. El 15 de marzo el comité disolvió el ayuntamiento y colocó a un nuevo Comisariado en su lugar; estaba compuesto por cinco comisarios, uno de los cuales tenía apellido judío. En esta ocasión, el nuevo gobierno obtuvo apoyo inmediato de las principales agrupaciones, incluyendo los grandes sindicatos. El 16 de marzo se puso a disposición del gobierno el sistema de educación pública, y al día siguiente *Izvestiia*, el periódico oficial del Partido Comunista, se imprimió en la imprenta de la ciudad. Una vez establecido el control soviético de Zhytómyr, el 18 de marzo el Ejército Rojo conquistó Vínnytsia, y, el 20, Zhmerynka, obligando al gobierno del Directorio a huir aún más al oeste, hasta Proskuriv.

El nuevo gobierno de Zhytómyr aplicó algunas de las duras medidas por las que el poder bolchevique se había hecho notorio: exigía una contribución de diez millones de rublos a la burguesía de la ciudad y empezó a requisar cualquier pequeña propiedad que las élites pudieran retener. Entró en acción una Checa local, que fusiló a los contrarrevolucionarios y a los sospechosos de bandidaje en el sótano de la cárcel de la calle Chudnovskaya.[438] Según las estimaciones oficiales, hubo entre seis y veinticinco ejecuciones, pero se habían extendido los rumores de que las cifras de muertos eran muchísimo más elevadas y de que «la Checa y los judíos habían ejecutado a varios miles de cristianos, entre ellos sacerdotes, funcionarios y estudiantes».[439] La cifra de mil setecientas víctimas de la Checa se propagó por la ciudad. Otras habladurías más absurdas decían que los judíos «habían causado la muerte de seiscientos gentiles al venderles carne y pan envenenados» y que planeaban bombardear las iglesias.[440]

Si los bolcheviques tenían intención de llevar a cabo nuevos crímenes, tuvieron poco tiempo para hacerlo. En pocos días, las fuerzas del Directorio acamparon en el suburbio de Vrangelevka, preparadas para volver a conquistar la ciudad. Conscientes de que los superaban en número, los bolcheviques se retiraron entre el 20 y el 21 de marzo.[441] Cientos de judíos los acompañaron a pie y en carretas, abandonando sus casas y sus propiedades. Tal y como lo describió el testimonio de Duvid Khasis ante la Oficina Legal del Comité Central de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos, «circulaban rumores de que todos los judíos pagarían por los actos de los bolcheviques».[442] Al modo de una profecía autocumplida, la huida en masa de los judíos y los bolcheviques alimentó el relato de que los judíos estaban aliados con el enemigo.

Vozny retomó su cargo y colaboró con los líderes religiosos y laicos en un intento de evitar que se repitiera la violencia del mes de enero. Tanto los obispos católicos como los ortodoxos hicieron declaraciones para llamar a la calma a los militares. El sábado 22 de marzo, una

delegación del ayuntamiento fue a Vrangelevka para asegurar a las tropas del Directorio que los rumores acerca de los fusilamientos en masa eran falsos y para suplicarles que evitaran otro baño de sangre en su ciudad. Por el camino, los concejales se encontraron con uno de los lugartenientes de Petliura, que les advirtió que si había algún judío en la delegación estaría en peligro. Persuadieron al único concejal judío del grupo para que regresase a su casa. En su camino de vuelta a la ciudad, este se encontró con un cuerpo extendido en la carretera: habían disparado a un hombre de setenta años que llevaba un talit en la mano cuando iba de camino a la sinagoga. El cuerpo había dejado un reguero de sangre durante varios metros, una muestra del vano intento del hombre de ponerse a salvo.[443]

La delegación fue recibida en Vrangelevka por un oficial que se presentó como jefe de un destacamento de vanguardia del ejército de Petliura. Un concejal explicó que los judíos temían un pogromo; el oficial respondió acusando a los concejales de estar protegiendo a los judíos. No se podría reprochar a los soldados que estaban bajo su mando que buscasen una venganza, después de las sangrientas acciones de represión llevadas a cabo por la Checa. Advirtió que el pogromo era inevitable.[444]

Mientras las autoridades civiles y religiosas trataban de negociar la paz, los soldados del Directorio ya estaban a la caza de judíos en el hospital, donde se escondían cientos de ellos. Exigieron ver una lista de los pacientes ingresados y buscaron por todo el edificio, en los cobertizos, en los almacenes de suministros y en el sótano refrigerado. La mayoría de los judíos se ocultaba en las casas donde vivía el personal del hospital, pero los soldados encontraron a un grupo de seis hombres en el sótano, los llevaron al patio y los ejecutaron. Pocas horas después, los soldados volvieron para hacer una redada en la lavandería y en la farmacia del hospital. Revolvieron hasta el heno del cobertizo.[445]

La tarde del sábado, los soldados del Directorio se trasladaron a la ciudad y empezaron a atacar a la población judía. Mikhail Skokovsky, un abogado liberal y miembro del consejo del ayuntamiento, dijo haber visto a un grupo de soldados a caballo en el centro, en la vía principal más grande de Zhytómyr, torturando a dos judíos, un anciano con una gran barba gris y un joven de unos quince o dieciséis años. La mano derecha del anciano estaba atada a la mano izquierda del joven y ambos estaban sujetos con cuerdas mientras un soldado a caballo los agredía repetidamente con una lanza afilada. Una banda militar tocaba para el deleite de una multitud entusiasta que celebraba el espectáculo.[446]

La misma tarde, los soldados y los vecinos del pueblo abandonaron

la plaza, como habían hecho en enero, y se dirigieron a las casas, exigiendo dinero y bienes. Las tiendas estaban casi vacías, ya que habían sido saqueadas hacía tan sólo dos meses, y muchos de los habitantes más acaudalados de la ciudad habían huido. En esta ocasión, las víctimas fueron los que eran demasiado pobres para huir: costureras, sastres, zapateros, curtidores y hojalateros. Alrededor de quinientas personas testificaron en la oficina legal. Mikhlya Volkis, costurera de veintiocho años, contó que alrededor de las siete de la tarde entró en su vivienda un grupo de ocho hombres vestidos con ropas civiles y con rifles, exigiendo saber si escondían armas, y empezaron a revolver sus cajones y baúles. Salieron de la casa llevándose dinero, abrigos y otras prendas de vestir. Antes de marcharse acuchillaron con un sable a su marido, Avrum-Gdal, y le cortaron tres dedos. Una hora después se presentaron otros hombres en su casa exigiendo dinero. Consiguieron persuadirlos de que la casa ya había sido saqueada y se marcharon llevándose sólo azúcar y restos de comida.[447]

Mientras que en enero los soldados utilizaron la amenaza de la ejecución para extorsionar a sus víctimas, pero raras veces la llevaron a cabo, ahora no mostraban la misma contención. Por ejemplo, cuando los soldados descubrieron cerca de quince personas que se escondían en un sótano de la calle Sobornaya, les quitaron primero su dinero, después ordenaron a ocho hombres que salieran a la calle y los fusilaron.[448] Muchos de los soldados que perpetraron los asesinatos eran vecinos de la localidad, antiguos o nuevos reclutas de las aldeas cercanas o incluso del propio Zhytómyr. Los que habían respondido a la llamada del Directorio para ponerse a su disposición eran a menudo desempleados, castigados por la pobreza y deseosos de calmar su hambre, o delincuentes que actuaban con el pretexto de estar amparados por un uniforme militar.

Unos soldados armados entraron en casa de Rivka y Duvid Braverman en la calle Chudnovskaya y empezaron a saquearla. «Uno de ellos -testificó Rivka Braverman-, al que reconocí como nuestro vecino, un joven llamado Mishka, empezó a golpearme con un látigo cuando expresé mi sorpresa al ver que se encontraba entre los ladrones. Este tal Mishka se llevó a mi marido al patio y le disparó con un revólver».[449] Blyuma Goldfeld informó de que unos hombres armados con uniforme militar entraron en su casa y exigieron dinero y bienes, obligando a su padre a cavar en el patio, en donde había escondido algunas posesiones. Una vez que tuvieron el botín en sus manos, los bandidos encerraron a la familia -Blyuma, su padre y sus dos hermanas- en una habitación y los dispararon. Todos murieron en el acto, salvo Blyuma, que se desmayó, haciendo creer a los bandidos que también ella estaba muerta. Blyuma creía que su familia había

sido asesinada porque conocía a los intrusos: «Por lo tanto, decidieron asesinarnos a todos para que nadie pudiera delatarlos».[450]

Como había ocurrido en enero, los soldados saqueadores redujeron su participación en el pillaje y animaron a los campesinos y a los vecinos a unirse a ellos. Shakhno Shats explicó que, cerca de las once de la noche del sábado, ocho hombres civiles que llevaban gabanes e iban armados con rifles entraron en su piso. Parecían ser vecinos de los pueblos de alrededor. Atracaron la casa llevándose ropa, plata, oro y dinero. Cuando se marcharon, uno de los hombres disparó un único tiro a la cabeza de la mujer de Shats, Mariam.[451]

Borukh-Pinkhas Tsybulevsky escuchó un alboroto en el exterior y comprendió lo que pasaba. Corrió hacia el cementerio judío, en donde se habían escondido muchos judíos, pero un hombre a caballo con uniforme militar y un joven campesino le detuvieron en la puerta. El campesino atacó a Tsybulevsky con un sable; cuando cayó al suelo, el soldado le disparó a la cabeza. Riva, la mujer de Tsybulevsky, escuchó el relato de estos hechos de los labios de un vecino que los había presenciado y salió corriendo hacia el cementerio con Avrum, su hijo de quince años. Encontraron el cadáver de Tsybulevsky en el suelo y le metieron en la morgue del cementerio. Cuando llegó a casa, Riva se acordó de que su marido tenía dinero escondido en las botas. Consiguió volver a la morgue al día siguiente para recuperarlo, pero las botas de Tsybulevsky ya habían desaparecido.[452] Shlomo Reibel también testificó que cuando descubrió el cadáver de su hijo en su patio, al día siguiente de que le hubieran asesinado, «le habían quitado el abrigo y los zapatos».[453]

El domingo 23 de marzo, el propio Petliura pasó por la ciudad y elogió a sus soldados por su victoria contra los «bandidos moscovitas», a la vez que tomaba conciencia de la ira que el gobierno bolchevique había despertado contra «los nuevos ladrones moscovitas y los judíos».[454] Su ejército tenía el control de la ciudad, pero aun así sus soldados continuaban a la caza de los judíos, registrando sótanos, áticos y jardines. Sacaban a la calle a quienes descubrían y los ejecutaban ante la indiferencia de los testigos. Skokovsky contó veintitrés cuerpos en la plaza principal y en la esquina de las calles Kievskaya y Sobornaya.[455]

Junto a otros miembros del consejo, Skokovsky imploró a los comandantes militares que pusieran fin a la violencia. Un oficial declaró que hacía todo lo que podía, pero que la multitud -algunos de sus propios soldados incluidos- se lo estaban tomando tan en serio que, salvo que la disparasen con ametralladoras, no había manera de pararla. «Ahora esto es Asia -declaró-, yo lo destruiré y construiré una Europa».[456]

La matanza descontrolada continuó hasta el martes 25 de marzo,

cuando de nuevo se convocó a los francotiradores galitzianos, en esta ocasión bajo el mando de Pavlo Bohatskyi, un antiguo periodista que se había convertido en comandante militar al servicio de Petliura. Los soldados de Bohatskyi sofocaron la violencia al ejecutar públicamente a quienes sorprendieron robando y asesinando, lo que puso de inmediato fin a la masacre. La comisión de investigación contabilizó trescientos diecisiete cadáveres de judíos y observó que la mayoría de ellos, a juzgar por sus ropas, no eran ricos.[457]

La investigación de la comisión, que terminó en julio, cuando la ciudad estaba bajo el mando bolchevique, responsabilizó de la violencia directamente a las autoridades militares del Directorio. «La actitud del gobierno, tanto en el primero como en el segundo pogromo -concluía-, fue de inacción, e incluso de absoluta instigación, dando a la población la impresión de que la participación en el pogromo no constituía una infracción penal. El pogromo se llevó a cabo a la vista de las autoridades y con la participación de muchos representantes de la estructura de mando del ejército, incluyendo a oficiales".[458]

La cínica equiparación de los judíos con los bolcheviques por parte de las autoridades desempeñó un importante papel en la incitación al pogromo. Los militares tenían dificultades a la hora de motivar a los campesinos para que luchasen contra una abstracción como el bolchevismo, pero les resultaba fácil reunir reclutas cuando se advertía que la amenaza eran los judíos. El campesinado sabía que los bolcheviques habían prometido pan y tierra y que ellos no habían recibido ni lo uno ni lo otro. Muchos campesinos dedujeron que la riqueza cuya distribución se les había prometido había sido usurpada por los judíos, que siempre parecían salir ganando. Era una idea que muchos oficiales estaban deseosos de promover y que el propio Vozny estaba dispuesto a aceptar.

El domingo por la tarde se escuchó ruido de disparos procedentes del camino a Berdichev. Las fuerzas bolcheviques se estaban acercando. Se extendieron los rumores de que, si los bolcheviques se hacían de nuevo con Zhytómyr, «los judíos asesinarían a todos los cristianos».[459] Cuando los bolcheviques redoblaron su ataque a la ciudad, asegurando los alrededores y retomando el mando, una nueva oleada de refugiados salió de ella. En esta ocasión se trataba de trabajadores campesinos que se habían trasladado a la ciudad en busca de trabajo y que huían de nuevo a sus pueblos de origen, temerosos de lo que creían que podría ser una masacre judeobolchevique contra la población cristiana.

Vozny también comprendió que ya no estaba a salvo en la ciudad. Huyó a Rivne junto a numerosos miembros del cuerpo de oficiales. Allí se le nombró comandante del Regimiento 53 de Novograd-

Volynsky. Cuando los bolcheviques lo capturaron en primavera estaba demasiado enfermo de tifus para volver a huir. Fue detenido en su cama del hospital y devuelto a Zhytómyr para ser interrogado. El 7 de junio de 1919 le sacaron de su celda del cuartel general de la Checa de Zhytómyr para que explicara lo que había hecho durante la violencia de Zhytómyr tres meses antes. Su interrogador, Yakov Livshitz, había sido uno de los encargados de la comisión de investigación. Junto a dos fiscales que también estaban en la audiencia, Livshitz escuchó con atención la descripción que hizo Vozny de cómo había intentado apaciguar las tensiones a su llegada a Zhytómyr, permitiendo que los soldados formasen un soviet. Vozny explicó que durante el pogromo de enero sus soldados habían reducido a grupos de hombres armados que estaban aterrorizando a los judíos y que él mismo había acudido a las autoridades civiles del gobierno municipal y a las fuerzas militares ucranianas que ocupaban la ciudad, intentando detener la violencia. Otros testigos que declararon ante el comité habían descrito a Vozny como un diligente funcionario público y un patriota. Ivan Voronitsyn, miembro del ayuntamiento, le dijo a Livshitz que durante el pogromo Vozny «había ido por las calles con un rifle y él mismo había dispersado a los atracadores».[460] El último día de los disturbios de enero, dijeron, Vozny había ido a la estación de tren para asegurar la liberación de todos los rehenes judíos que aún estaban prisioneros por parte de las fuerzas de ocupación.[461]

Cuando Vozny apenas había empezado a contar su historia, los oficiales de la Checa interrumpieron bruscamente el interrogatorio. Se llevaron de nuevo a Vozny a su celda y les pidieron a Livshitz y a su equipo que volvieran en dos días. Mientras languidecía en su celda, Vozny tuvo tiempo de sobra para comprender cómo había cambiado su suerte. Debió resultarle difícil estar encarcelado en una ciudad cuyas fuerzas había dirigido tiempo atrás, por no hablar de verse obligado a justificar sus acciones ante un judío.

El 9 de junio, Livshitz llegó a la hora acordada para el segundo interrogatorio, pero no pudo llevarlo a cabo. El jefe de la Checa le informó de que el caso estaba cerrado. Vozny había «sido asesinado cuando intentaba escapar».[462] El gobierno bolchevique aún era reciente, pero a Livshitz esa declaración debió de sonarle como un eufemismo para designar una ejecución extrajudicial, un tipo de sentencia que los bolcheviques impusieron a muchos de los que habían servido a causas contrarrevolucionarias.

PARTE III

VACÍO DE PODER

Marzo 1919 - Agosto 1919

9

LA ENTENTE

En noviembre de 1918, Béla Kun, periodista judeohúngaro de treinta y tres años y antiguo soldado del ejército austrohúngaro, volvió a Budapest desde Rusia, donde le hicieron prisionero de guerra y, tras su liberación, se había incorporado a los círculos bolcheviques. Con una rapidez asombrosa y gracias al apoyo de Lenin, creó el «Partido de los Comunistas» de Hungría, que el 21 de marzo de 1919 derrocó al gobierno de Mihály Károlyi y estableció una República Soviética Húngara. Durante casi cinco meses, gobernó Hungría con un comité de comisarios principalmente judíos, alimentando con ello el temor a una reconquista judeobolchevique de toda Europa. El Ejército Rojo estaba a punto de crear un corredor comunista entre la Ucrania soviética y Hungría, lo que habría borrado del mapa a la República Popular Ucraniana y habría generado un estado bolchevique contiguo que avanzaba hacia el corazón de Europa.

En ese momento, Petliura controlaba sólo una pequeña porción de territorio en torno a Proskuriv y no se enfrentaba únicamente a la amenaza de los bolcheviques, sino también al creciente Ejército de Voluntarios de los rusos blancos en el sur, a los irredentistas polacos en el oeste y a los señores de la guerra regionales que cuestionaban su autoridad por toda Ucrania. Además, había perdido el apoyo de sus antiguos aliados socialistas, y dos destacados miembros judíos de su gobierno habían dimitido a causa de los pogromos: Revutsky, ministro de asuntos judíos, y Margolin, viceministro de asuntos exteriores. «Me resultaba difícil ocupar un cargo oficial en un país en donde mis hermanos estaban siendo masacrados», explicó Margolin.[463]

Sin socialistas que le frenaran en su gabinete, el jefe atamán giró hacia la derecha. Redobló sus demandas de apoyo militar y reconocimiento oficial a las potencias de la Entente, ofreciendo a cambio el compromiso de Ucrania de unirse a un amplio frente antibolchevique paneuropeo. Pero los franceses y los británicos veían en el Ejército Blanco un bastión defensivo más fiable contra el Ejército Rojo: confiaban en los oficiales del Ejército de Voluntarios, que

estaban ganando terreno a lo largo de la cuenca del Don y en las costas del norte del mar Negro, para derrotar al enemigo bolchevique y restaurar una Rusia unida, un objetivo que se vería amenazado por la creación de un estado independiente ucraniano. «No podemos depositar nuestras esperanzas en el movimiento separatista liderado por Petliura», concluía un informe de la Oficina de Inteligencia Política británica. «El peligro real en Ucrania es el bolchevismo, y el bolchevismo sólo puede combatirse en Ucrania ayudando al Ejército de Voluntarios ruso».[464] A los aliados también les preocupaba que se culpase a Petliura de la reciente violencia antisemita. Muchos oficiales militares franceses compartían la antipatía hacia los judíos y coincidían en que eran los responsables de la expansión del bolchevismo, pero se oponían al tipo de violencia desenfrenada que asolaba Ucrania. Consciente de que los rumores de los pogromos perpetrados por las tropas del Directorio habían mancillado su reputación y puesto en peligro la causa ucraniana en Occidente, Petliura se aseguró de mandar a dos judíos para defender su causa y convencer a los franceses de que estaban apostando al caballo equivocado: Margolin, que seguía comprometido con la causa de la independencia ucraniana a pesar de haber dimitido, y Pinkhos Krasny, el nuevo ministro de asuntos judíos. Llevaron sus habilidades negociadoras a Odesa, donde los franceses habían establecido una fortificación en el mar Negro.

Aunque se encontraba a unos doscientos cincuenta kilómetros del frente, la Gran Guerra había transformado Odesa. La población había aumentado de quinientos mil a seiscientos cincuenta mil habitantes con la llegada de los refugiados de Galitzia y Volinia, de los prisioneros de guerra transferidos a nuevas instalaciones carcelarias y de los soldados y marines recién movilizados que acudieron para su entrenamiento y despliegue, mientras los propios odesanos se desplegaban también en las líneas del frente.

En el sector industrial de la ciudad, las fábricas de armamento y aviación sustituyeron a las fábricas textiles que se habían cerrado; en la costa, los buques rusos patrullaban el mar Negro jugando al gato y al ratón con los formidables cruceros alemanes. Cuando el gobernador militar del Hetmanato, Vassili Biskupsky, se vio obligado a huir a Alemania en diciembre de 1918, los buques franceses atracados en el mar Negro ocuparon su lugar, en alianza con los rusos blancos, e intentaron establecer una autoridad en la ciudad para evitar que el puerto cayera en manos bolcheviques. El antiguo comandante del Ejército Blanco en Siberia, Aleksei Grishin-Almazov, un dandi mujeriego de treinta y dos años, fue nombrado nuevo gobernador militar de Odesa. Disolvió las instituciones municipales e intentó gobernar la ciudad como un dictador, pero su ambición y su poder

estaban atenuados por su afición a la bebida y al juego. El verdadero poder gobernante en la ciudad era el de los franceses.[465]

En marzo de 1919, cincuenta mil efectivos extranjeros patrullaban las grandes avenidas de Odesa. La mayoría eran reclutas franceses del noroeste de África que tenían poco interés en arriesgar sus vidas por un poder imperial tan alejado de París, por no decir de Senegal. Influenciados por la prensa comunista francesa que circulaba libremente por la ciudad, algunos llegaron a desarrollar mayores simpatías por los bolcheviques anticolonialistas que por sus propios oficiales franceses. Sin embargo, la población en general trataba a los franceses con reverencia: controlaban las líneas de telégrafo, introdujeron los primeros tanques en Ucrania y eran los únicos oficiales que parecían capaces de asegurar el paso de cualquier ferrocarril. Les bastaba con dedicar unos pocos batallones a la tarea para que todo el mundo creyese que, para bien o para mal, serían ellos quienes decidirían el destino de Ucrania.

Odesa a principios del siglo XX.

Durante el invierno de 1919, decenas de miles de antiguos terratenientes, funcionarios imperiales, burócratas zaristas y comerciantes judíos se concentraron en Odesa, llegados de todas las provincias del sudoeste del difunto Imperio ruso, con la esperanza de que los franceses los protegieran de los bolcheviques. Los comedores y albergues de beneficencia apenas daban abasto. Bajo la bandera tricolor francesa, los oficiales del Ejército Blanco, los nacionalistas ucranianos, la infantería griega, la caballería polaca, los reclutas norteafricanos, los poetas sionistas, los activistas anarquistas, los hombres de negocios británicos y todo tipo de beneficiarios, especuladores y espías se mezclaban en la ciudad en la famosa calle Deribasovskaya, Rue de Ribas en francés. El arte, la delincuencia y la revolución coincidieron en Odesa mientras se tramaban complots en cabarés a la vez que estafadores y charlatanes dirigían campañas revolucionarias. Mishka Yaponchik, el «rey de los ladrones», mandaba en el distrito de Moldavanka, donde los fastuosos banquetes que ofrecía a los judíos empobrecidos le convirtieron en un gánster heroico, fama que utilizó para establecer una potente brigada de autodefensa judía. Yaponchik se convirtió en un prototipo del Benya Krik de Isaac Babel, símbolo del caos y la decadencia de la Odesa revolucionaria.

Todos los movimientos de los ricos y famosos de la ciudad estaban envueltos en una atmósfera de intriga. Cuando en febrero de 1919 murió la popular estrella de cine mudo Vera Kholodnaya, se extendió el rumor de que un oficial francés con el que tenía un romance la había envenenado tras descubrir que era una espía bolchevique.[466] Lo cierto es que Kholodnaya murió a causa de la gripe española, pero los rumores no eran tan descabellados como podría parecer: Odesa, bajo

el mandato francés, era también el territorio propicio de Sidney Reilly, quien, como es sabido, sirvió de inspiración a Ian Fleming para su James Bond. Reilly, cuyo nombre real era Sigmund Roseblum, había nacido en una familia judía cerca de Grodno; luego se mudó a Odesa y después a Londres, donde se incorporó al servicio secreto británico como agente antibolchevique. Mientras degustaba café turco en elegantes salones con su «nariz alargada y recta, sus ojos negros y penetrantes, su gran boca y el pelo negro peinado hacia atrás», recogía información para los británicos sobre la situación de lo que aún llamaban la «Rusia del sur».[467] Como se había iniciado en el negocio de la falsificación de rublos rusos en Gran Bretaña y estaba implicado en el tráfico internacional de armas, su misión de canalizar dinero y armas hacia el Ejército Blanco era tarea sencilla para este hombre, conocido como el As de Espías.[468] En ocasiones, sin embargo, las travesuras de Reilly se pueden leer mejor en clave de humor de los Monty Python que de James Bond. En agosto de 1918, había urdido un complot para detener a Trotsky y a Lenin y hacerles marchar por las calles de Moscú «en ropa interior», tal y como explicó otro espía británico. Era mejor ridiculizarlos que convertirlos en mártires, había argumentado Reilly. El plan sólo se abandonó cuando Fanny Kaplan disparó dos tiros a Lenin antes de que pudiera llevarse a cabo el plan de quitarle los pantalones.[469]

Por la noche, la ciudad cobraba vida. En los clubs, cafés, burdeles, teatros y cabarés con nombres como el Canario Amarillo o el Perro Azul, los espectadores intentaban ignorar el hambre y el escorbuto que los consumía y olvidar las detenciones y fusilamientos que ocurrían fuera. El príncipe Andrei Lobanov-Rostovsky, antiguo oficial del Ejército Blanco, recordaba que una noche, cuando estaba en un cabaré, el encargado interrumpió la actuación para notificar a los clientes que se había declarado el toque de queda y que estaba prohibido salir a la calle. «Hicimos lo mejor que pudimos. Los artistas se juntaron con los espectadores, todos nos hicimos amigos y bailamos y disfrutamos de la noche hasta el amanecer».[470] En el primer piso del teatro de variedades de la calle Grescheskaya, la audiencia quedó embelesada ante el barítono greco-ruso Yuri Morfessi. Para quienes buscaban un entretenimiento más atrevido, en el segundo piso había un cabaré que satirizaba los pogromos, la guerra y a los franceses. En el tercero, los clientes de confianza apostaban a las cartas en una carrera contra la depreciación de la moneda.[471] La inflación estaba tan desorbitada que un residente comentó que el precio de un afeitado había subido un sesenta por ciento mientras esperaba su turno en la barbería.

Sin embargo, la intensa angustia generada por la gripe española, por la invasión del bolchevismo y por los judíos, a quienes se acusaba

de apoyarlo, proyectaban una sombra sobre la ciudad. La pandemia mundial de gripe se extendía por el puerto, infectando a miles de personas que habían sobrevivido a las epidemias de cólera y tifus, que se habían propagado entre las tropas que regresaban del frente. En su desesperación, un grupo de comerciantes de Odesa llegó a organizar una boda en un cementerio, una costumbre tradicional judía para prevenir la enfermedad.[472] A finales de enero de 1919, las fuerzas del Ejército Blanco, respaldadas por los franceses, hicieron redadas en los locales más populares de los izquierdistas y los sindicatos, llevando a cabo registros y deteniendo a los sospechosos de ser comunistas.[473] Soldados borrachos del Ejército de Voluntarios persiguieron a adolescentes judíos por la calle Gogolevskaya gritando: «¡Abajo el comunismo, abajo los judíos!».[474] Más tarde, a medida que la amenaza bolchevique se agravaba con las victorias del Ejército Rojo al norte y al oeste, los sospechosos de ser comunistas eran interrogados y fusilados. Un testigo que llegó a la ciudad a principios de febrero recordaba que «los fusilamientos empezaron desde luego con comunistas, pero después, cuando estos entusiastas le cogieron el gusto, comenzaron a ejecutar y a robar a cualquier habitante alegando acusaciones personales o de espionaje».[475] Pronto los asesinatos se ampliaron para dirigirse contra los judíos en todas partes, incluso contra los «que no tenían nada que ver con la política».[476]

Margolin consiguió reunirse con los oficiales franceses, que expresaron su escepticismo sobre la posibilidad de que la República Popular Ucraniana tuviera éxito, pero le aseguraron que no dejarían Odesa en manos de los bolcheviques. Puede que Margolin creyera estas promesas, pero estaba muy necesitado de encontrar en la ciudad a alguien más que le ofreciera garantías. El 25 de marzo, Nikifor Grigoriev, el señor de la guerra aliado de los bolcheviques, empezó a amenazar a Odesa con cientos de soldados insurgentes. «Sólo tienen una opción -declaró con insolencia-, lanzar a sus gobernantes al mar, izar la bandera roja, deponer las armas, entregarse a nosotros, y cantar, en lugar de “Dios salve al zar”, “Trabajadores, despertad de vuestro letargo”».[477] «Da la impresión de ser un hombre que no conoce el miedo», recordaba un corresponsal de la Oficina de Información Soviética que conoció a Grigoriev en Odesa.[478] Corría el rumor de que Grigoriev había amenazado con despellejar a Grishin-Almazov «y hacerse un tambor con su piel».[479]

Los aterrorizados ciudadanos de Odesa ya estaban hacinados en el puerto, dispuestos a saltar a bordo de cualquier barco que fuera a zarpar. Margolin consiguió un asiento en un barco italiano que se dirigía a Rumanía. Aunque los pogromos que habían acompañado la independencia ucraniana le habían deprimido profundamente, seguía

convencido de que el gobierno de Petliura había hecho «todo lo que estaba en su mano» para luchar contra ellos. Krasny consiguió un asiento en un tren gubernamental especial para reunirse con el resto del gabinete en Proskuriv. También consiguió reservar un asiento para su predecesor, Revutsky, que luego tomó un tren de suministros militares hacia Galitzia, desde donde finalmente consiguió llegar a Palestina.

Mientras en las calles se extendía el rumor de un posible levantamiento a favor de Grigoriev, los franceses comenzaron una apresurada retirada, entregando la ciudad a los bolcheviques. Lobanov-Rostovsky, que se alojaba en ese momento en el magnífico Hotel de Londres de Odesa, recordaba el momento en que los honorables huéspedes se enteraron de que los franceses se marchaban:

> Inmediatamente reinó la confusión en el hotel. El vestíbulo estaba lleno de personas que gesticulaban exageradamente. Los ascensores estaban abarrotados. Dos ríos de gente, que subían y bajaban las escaleras, se encontraban en los pisos, donde imperaba la ley de la selva. Las mujeres atrapadas en el frenesí gritaban, y las maletas volaban sobre las cabezas. Para mayor confusión, en la calle se había formado una enorme y amenazadora muchedumbre de rufianes que intentaban forzar su entrada en el hotel con amenazas de muerte.[480]

En el puerto se arremolinaban decenas de miles de refugiados desesperados que trataban de subirse a embarcaciones de vapor, muchas de las cuales estaban ancladas porque sus tripulaciones se habían pasado al bando bolchevique y se negaban a cumplir la orden de encender las calderas. Los soldados franceses en retirada arrojaban camiones blindados por las escolleras: mejor que estuvieran en el fondo del mar que en manos de los rojos.[481] Las últimas tropas francesas partieron el 6 de abril. El buque armado francés *Waldeck Rousseau*, con su batería de armas pesadas, permaneció anclado en el mar Negro durante toda la primavera, con su distante silueta como un amargo recordatorio para quienes habían quedado atrapados en la ciudad de que la perspectiva de la salvación se ocultaba más allá del horizonte.

Las fuerzas de insurrección de Grigoriev avanzaron el 7 de abril, dinamitando los puentes y haciendo pedazos las vías de tren. Como escribió Ivan Bunin, que estaba en Odesa en ese momento: «Alrededor de seiscientos hombres de Grigoriev entraron en la ciudad, jóvenes estevados dirigidos por un grupo de convictos y vándalos que a su manera se hicieron con una ciudad rica de un millón de habitantes».[482] Odesa se había vuelto roja.

Grigoriev se presentó a la ciudad encabezando un desfile por la calle Pushkinskaya. Una precaria orquesta con un clarinete, un violín, una trompeta, un acordeón y una pandereta intentaba tocar La Internacional» lo mejor que podía.[483] El rechoncho y bajito señor de la guerra, de manera inapropiada para el caluroso clima, vestía una «chaqueta francesa» marrón y un gran gorro de piel; dio la bienvenida a los admiradores que se acercaron y le besaron las manos.[484] Llegaron también representantes de los sindicatos locales para ofrecer sus servicios a la hora de crear un gobierno soviético. Grigoriev insistió en que primero bebieran por la victoria de la revolución. Los eufóricos miembros de los sindicatos se apresuraron a conseguir una botella. Después de los brindis de celebración, estaban listos para ponerse a trabajar y presentar los informes que diligentemente habían preparado, detallando las fuerzas de organización locales y los procedimientos que habían dispuesto para el traspaso de poderes. Pero Grigoriev no tenía paciencia para las sutilezas de los informes oficiales. Todo lo que necesitaba de los sindicatos, según dijo, eran quince mil pares de zapatos. Sus soldados se ocuparían del resto.[485] Desalentados, los hombres del sindicato se marcharon, comprendiendo enseguida que la revolución que Grigoriev tenía en мente estaba más encauzada a requisar un botín para sus soldados que a asegurar la igualdad de los trabajadores.

Entrada del Ejército Rojo en Odesa.

Grigoriev, nacido Nechypir Servetnyk en 1885, procedía probablemente de una aldea cercana a Proskuriv.[486] Había servido en la caballería zarista, había luchado en Manchuria durante la guerra ruso-japonesa y había sido condecorado con la Cruz de San Jorge por su valor durante la Gran Guerra.[487] Durante el verano de 1918 formó

su propio ejército insurgente para combatir a los alemanes y al Hetmanato. Contando con una fuerza inicial de doscientos campesinos, atacó un puesto fronterizo y se hizo con cuatro ametralladoras. Utilizó sus nuevas armas de fuego para asaltar una armería austriaca, de la que consiguió balas, granadas, rifles y más ametralladoras.[488] Cuando Skoropadskyi fue derrotado, Grigoriev combatió para el Directorio, pero enseguida rompió sus relaciones con Petliura debido a las negociaciones del jefe atamán con los franceses, que Grigoriev entendió como una traición a la causa revolucionaria.[489] En su lugar, aceptó la propuesta de Antonov-Ovseyenko, comandante del Ejército Rojo de Ucrania.[490] Un inspector al que Antonov-Ovseyenko envió a los cuarteles de Grigoriev desoyó las advertencias de que Grigoriev había desatado pogromos y otros desmanes e informó de que el señor de la guerra «vivía como un ciudadano de gustos modestos» y de «que tenía una habilidad militar considerable». «Sería bastante factible mantenerle bajo control», concluía el informe.[491]

En la primavera de 1919, Grigoriev empezó a conseguir éxitos espectaculares contra las potencias extranjeras que ocupaban las costas del norte del mar Negro. El 10 de marzo arrebató Jersón a los franceses; el 15 de marzo -a pesar de las órdenes de Antonov-Ovseyenko de retirarse- tomó Mykoláiv y sus astilleros, a lo que siguió la apresurada evacuación de la guarnición alemana que se había quedado atrapada para defender la ciudad.[492] Con el control de estos dos puertos, Grigoriev dominaba el golfo del Dniéper en el mar Negro y dos de las más importantes bases de operaciones de las potencias de la Entente. También se hizo con un tesoro oculto de armas abandonadas: armas pesadas, tanques, municiones e incluso vagones blindados. Según el historiador Arthur Adams, «esto era suficiente para transformar a este cosaco y a su multitud de campesinos en un ejército bien armado, suficiente quizás para convertirle en el hombre más poderoso de Ucrania».[493] Las asombrosas victorias de Grigoriev atrajeron a miles de soldados bajo su mando.[494] «Los reclutas acudían a los campamentos de Grigoriev en pequeños grupos o en grandes formaciones, y hasta regimientos toscamente formados ondeaban banderas caseras y marchaban bajo la música de sus propias bandas», escribe Adams.[495] A comienzos de la primavera, Grigoriev tenía a más de diez mil hombres a su disposición.

Los bolcheviques no tenían otra opción que incorporar al señor de la guerra y a sus hombres al frente ucraniano del Ejército Rojo. Fue un acuerdo de mutua conveniencia. Grigoriev era un conquistador, no un gobernante; cuando sus hombres se hacían con el botín, se mostraba abiertamente dispuesto a entregar a los bolcheviques las ciudades que había sometido. Y los bolcheviques, por su parte, estaban deseosos de

atribuirse el mérito de las victorias de Grigoriev.

Con Odesa bajo su control, los bolcheviques requisaron propiedades de la burguesía, saquearon las casas de los ricos y detuvieron a destacados hombres de negocios y profesionales. Según un testigo, «la llegada de los bolcheviques desató el pánico, y la prohibición que impusieron al libre comercio del pan, así como las requisiciones de los bienes de primera necesidad, provocaron que subiera abruptamente el precio del pan y de otros alimentos».[496] A esto siguió la escasez de combustibles. «Toda la ciudad está a oscuras, salvo las guaridas de los ladrones», escribió en su diario Ivan Bunin.[497] La situación era tan desesperada que las autoridades locales destruyeron un muelle de madera para conseguir leña. Dado que las bombas de agua dependían del carburante para funcionar, el agua también escaseaba. Las fábricas quedaron paralizadas.

La Checa, que se trasladó a unas oficinas de la plaza Catherine -frente a una estatua de bronce de Catalina la Grande que había sido erigida con gran pompa en 1900 y derribada sin pena ni gloria veinte años después, cuando la emperatriz pasó de moda-, mandó fusilar a casi dos mil personas entre abril y agosto de 1919.[498] Los periódicos anunciaban regularmente la ejecución de los denominados contrarrevolucionarios. «Leí hace poco la noticia de la ejecución de veintiséis hombres, y no me pareció increíble -escribió Bunin en su diario-. Sí, veintiséis hombres, y no hace mucho tiempo, sino ayer, aquí, muy cerca de mí».[499]

El 13 de mayo de 1919, los bolcheviques declararon un día de protesta pacífica, durante el cual los habitantes de la ciudad tenían carta blanca para confiscar los bienes de la clase propietaria.[500] Bunin recordaba haber visto a conocidos con dos camisas y dos pares de pantalones por miedo a que todo lo que no llevasen encima en ese momento les fuera sustraído.[501] Al final, a media tarde, se suspendió la protesta, porque los saqueos se habían descontrolado y se había desatado una tormenta de granizo.

El 8 de abril, un día después de que Grigoriev tomara Odesa, Proskuriv también cayó en manos de los bolcheviques, donde el gobierno de Petliura tenía su sede en aquel momento. El Directorio se vio obligado a trasladar de nuevo sus cuarteles más al oeste, esta vez hasta Kamianets-Podilski. Petliura -que difícilmente podía desmentir a quienes le criticaban por haberse sometido a las potencias imperiales-, se encontraba también políticamente asediado: Borys Martos, exministro de agricultura y hacienda, había formado un nuevo gabinete socialista que se comprometió a mantener la paz con la Rusia bolchevique y a poner fin a la ayuda extranjera de la Entente. Pero, como jefe del estado, Petliura seguía siendo la cara pública del

movimiento nacional ucraniano y conservaba el mando sobre lo que quedaba de su ejército. Contra todo pronóstico, aún creía que era posible persuadir a las grandes potencias para que acudieran en su ayuda, si no con fuerzas militares, al menos mediante el reconocimiento diplomático.

Se dio cuenta de que para conseguir su apoyo tendría que acabar con los excesos de su ejército y demostrar que Ucrania podía cumplir la promesa de tolerancia plasmada en la Ley de Autonomía Nacional. Así, el 9 de abril -un día después de que Proskuriv cayera en manos de los bolcheviques-, Petliura creó una comisión para investigar el pogromo de febrero en la ciudad. Confiaba en que, estando los bolcheviques en el poder, el acceso a los testigos sería muy limitado y la investigación quedaría en nada. Aun así, esperaba obtener una ventaja política de cara a Occidente al hacer pública su determinación de llegar al fondo de lo ocurrido. El 12 de abril, en un llamamiento al pueblo ucraniano, Martos reiteró la advertencia: «El gobierno acabará con los bandidos y los culpables de los pogromos y les infligirá los más severos castigos. El gobierno no tolerará pogromos contra la población judía en ninguna circunstancia, y tomará todas las medidas a su alcance para luchar contra esas vilezas repugnantes y traicioneras que desacreditan al pueblo ucraniano a los ojos de todas las naciones civilizadas».[502] Finalmente, el 17 de abril, un decreto sobre el autogobierno de las comunidades judías garantizó la continuidad de los consejos comunitarios judíos y puso bajo su jurisdicción las organizaciones educativas y de ayuda social, los registros comunitarios y los cementerios, consolidando la autonomía nacional que la Rada Central había introducido dieciocho meses antes en las leyes de la República Popular Ucraniana.[503] De ese modo, todo estaba en orden para hacer una apelación formal a las grandes potencias que, en ese mismo momento, estaban en París decidiendo el destino de Ucrania. De nuevo, Petliura recurrió a Margolin para que defendiese su posición.

Margolin llegó a París el 17 de abril, con la delegación ucraniana en las conversaciones de paz que se estaban celebrando. Allí, en las salas privadas y los salones de los hoteles Astoria, Majestic y Crillon (donde tenían sus sedes las delegaciones británica y americana), cientos de estadistas, asistentes, diplomáticos, soldados, expertos regionales y candidatos de estados reales o imaginarios presentaron sus planes para la postguerra ante el Consejo Supremo liderado por el presidente norteamericano Woodrow Wilson, el primer ministro francés Georges Clemenceau, el primer ministro británico David Lloyd George y el primer ministro italiano Vittorio Orlando.[504] En la calle, la atmósfera era tensa. «Para mi gran sorpresa -escribió Margolin- no

había ni rastro de la alegría y el entusiasmo que cabría haber esperado de la población, habida cuenta del victorioso final de la guerra».[505] Margolin comprendió que, tras el surgimiento de la República Soviética Húngara y la conquista de Odesa por los bolcheviques, los aliados estaban cada vez más alarmados por la expansión de la revolución. La mayor parte de Ucrania estaba en manos de los bolcheviques, que dominaban todo el territorio a partir de Járkov, y el Ejército Rojo avanzaba rápidamente hacia la frontera polaca. Margolin culpaba a los miles de aristócratas rusos refugiados en París, que «conocían las costumbres y modos de comportamiento» de la Europa occidental, de haber convencido a los franceses para que apoyaran a los rusos blancos en vez de al Directorio. Sin embargo, vio la oportunidad de asegurarse el apoyo de los aliados en la Galitzia oriental, en donde los ucranianos locales habían proclamado la República Popular Ucraniana Occidental en noviembre de 1918 y estaban ahora luchando contra el ejército polaco por el control de la región: era el último bastión contra la expansión bolchevique hacia el corazón de Europa. La República Popular Ucraniana Occidental aún apoyaba a Petliura, y ahora que el Directorio tenía su sede en Kamianets-Podilski -más cerca de Lwów que de Kiev-, la Galitzia oriental se había convertido en el núcleo de las ambiciones de Petliura. Esto convertía a Polonia en su enemigo más apremiante.

Margolin y el resto de la delegación ucraniana en París presentaron, por lo tanto, su república como una alternativa plurinacional al estado etnonacionalista que estaba surgiendo en Polonia. Sostenía que el principio ucraniano de autonomía nacional ofrecía una solución única a la «cuestión judía», es decir, al problema de cómo integrar a la minoría judía en un estado-nación europeo. Para que se pudiera confiar en que Ucrania respetaría los derechos de sus minorías, su gobierno tenía que ser capaz de sofocar la violencia reinante. Mientras se estaba llevando a cabo el segundo pogromo en Zhytómyr al otro lado del continente, Hryhory Sydorenko, presidente de la delegación, se jactaba de que Ucrania era el primero de los nuevos estados europeos que había garantizado a los judíos su completa libertad e igualdad.[506] «Los ucranianos, como nación que ha sufrido durante siglos la opresión del régimen ruso, sienten muy cercanas las demandas de un pueblo aún más oprimido, el judío, que también durante siglos ha estado sometido a sufrimientos aún mayores y a una continua degradación política y social -escribió-. El pueblo ucraniano siempre ha apoyado a los judíos en su lucha por su completa emancipación».[507] El Comité Conjunto de Asuntos Exteriores de los Judíos Británicos, liderado por el filántropo Claude Montefiore, coincidió en que la ley ucraniana de autonomía nacional era un modelo para la nueva República Polaca independiente, a la cual -

según argumentaba el comité- se debía exigir que siguiese los pasos de Ucrania y permitiese a los judíos la «gestión autónoma de sus instituciones religiosas, educativas, de caridad y culturales».[508]

Puede parecer increíble que muchos de los principales representantes de los judíos en todo el mundo apoyasen a Ucrania después de los pogromos de Óvruch, Zhytómyr y Proskuriv. Sin embargo, durante buena parte del año, Ucrania se consideró un destino demasiado peligroso para los extranjeros, y fuera de la zona de guerra sólo llegaban vagos rumores. Fue en los últimos días de febrero cuando empezaron a llegar a Londres las informaciones acerca del pogromo de Zhytómyr, y ni siquiera entonces estaban confirmadas. Y aunque había algunas noticias de la violencia desatada en Proskuriv, la prensa en yidis sólo publicó los detalles del pogromo cuando llegaron las comunicaciones telegráficas a finales de mayo y principios de junio.[509] Hasta entonces, la prensa judía seguía celebrando las magníficas declaraciones de mutuo entendimiento de la República Popular Ucraniana, basándose en las cuatro proclamas universales de la Rada Central, en la Ley de Autonomía Nacional y en la reputación liberal de los líderes del Directorio. Muchos judíos se sentían inclinados a creer las declaraciones del Comité Nacional de Ucrania en los Estados Unidos, que aseguraba que «no hay ni ha habido pogromos en Ucrania fuera de la zona bolchevique».[510]

Por el contrario, las noticias del pogromo de Lwów de noviembre de 1918, del que se culpó sobre todo a las tropas polacas, enseguida lo convirtieron en un incidente internacional, debido a la facilidad con que los extranjeros podían viajar a Polonia, y por el interior del país, y a la reputación adquirida por la República Polaca durante las conversaciones de paz. Así, cuando el destino de la Galitzia oriental se convirtió en un punto clave de la discusión de París, gran parte de las organizaciones de la comunidad judía prefirieron apoyar las demandas de Ucrania en lugar de las de Polonia.

Los activistas judíos intentaron aprovechar la posición vulnerable de Polonia para asegurar los derechos de las minorías judías polacas, del mismo modo que se habían garantizado en Ucrania, así como para promover la emigración judía a Palestina, con la esperanza de establecer un estado que sirviese como refugio de los judíos perseguidos.[511] Sin embargo, no era fácil conseguir apoyos para la difícil situación de los judíos de la Europa del Este. El público americano estaba indignado con la amenaza anarquista y bolchevique, que para muchos personificaban León Trotsky y Emma Goldman, mientras que algunos demagogos como Henry Ford argumentaban que las finanzas judías alimentaban el terrorismo antiamericano. Pero Louis Marshall, presidente del Comité Judeoamericano, y Lucien Wolf,

cofundador de la Liga de los Judíos Británicos, consiguieron que el drama de los judíos europeos se mantuviese en el foco de los titulares de prensa y en las mentes de los principales dignatarios y agentes del poder, dando publicidad al maltrato de los judíos en Polonia y subrayando la necesidad de un estado polaco que garantizase a la minoría nacional judía los mismos derechos de los que disfrutaba legalmente en Ucrania.[512]

Su tarea se volvió más urgente cuando llegaron noticias de que el 5 de abril, en Pinsk, las tropas polacas habían interrumpido una asamblea de judíos en la que se discutía la distribución de la *matzá* para la inminente Pascua judía. Confundiendo la reunión con un complot bolchevique, ejecutaron a treinta y cinco judíos, y asaltaron y robaron a docenas de ellos.[513] Pinsk -casi aislada por el río Prípiat y las marismas que rodean la ciudad-, era un territorio que se disputaban Bielorrusia, Ucrania y Polonia. La ciudad había caído en manos de los bolcheviques en enero, pero estos sólo habían conseguido retenerla durante dos meses, tras los cuales la infantería polaca la ocupó sin encontrar resistencia. En su informe sobre el incidente del 5 de abril, los militares polacos justificaron las ejecuciones diciendo que «una gran proporción de los judíos de Pinsk simpatiza con el movimiento bolchevique y se muestra desfavorable al ejército polaco y a la idea de un estado polaco en general». También culpaban a los bolcheviques, mientras la ciudad estuvo bajo su mando, de haber «permitido que la clase dirigente de la ciudad sólo estuviese compuesta de judíos, que ocuparon los cargos públicos más importantes».[514] El informe nada decía de que veintidós mil judíos constituían el ochenta y cinco por ciento de su población; incluso bajo el mandato bolchevique estuvieron estadísticamente infrarrepresentados en los cargos de poder. Pero era una auténtica novedad ver a un judío en el poder.

Al incidente de Pinsk le siguieron el asesinato de diecisiete judíos en Lida durante la ocupación de la ciudad por las tropas polacas y el conflicto de Vilna, que acabó el 20 de abril con sesenta y cinco judíos muertos, entre ellos el reconocido escritor y activista judío Ayzik Meyer Devenishski (más conocido por su pseudónimo, A. Vayter). Ambos incidentes, ampliamente recogidos en la prensa extranjera, contribuyeron a movilizar aún más a la opinión pública judía contra Polonia. Con la violencia antisemita en los titulares, los negociadores de París volvieron a sacar el tema de los derechos de las minorías, dedicando a esta cuestión las sesiones del fin de semana de Pascua. «Pasamos el Viernes Santo hablando sobre los judíos -escribió James Wycliffe Headlam-Morley, miembro de la delegación británica-. Creo que en los viejos tiempos se solía dedicar el Viernes Santo a masacrar a los judíos. Esta costumbre prevalece aún en la Europa del Este», decía.[515]

Judíos manifestándose en contra de los pogromos de Polonia.

A los patriotas polacos les irritaba la campaña internacional judía a favor de los derechos de las minorías, que veían como un intento de mancillar el heroísmo polaco. En lugar de responsabilizarse de los asesinatos de civiles judíos, muchos culpaban a estos por su presunta traición y por no participar en la celebración triunfal de la independencia polaca.[516] Roman Dmowski -dirigente del movimiento polaco de extrema derecha Endecja (Democracia Nacional) y presidente del Comité Polaco Nacional-, consideraba la reclamación de sus derechos por parte de los judíos como una inaceptable limitación de la soberanía del estado polaco e incluso como una traición al pueblo polaco. Dmowski, de personalidad fuerte y mirada penetrante, había encabezado el boicot a los negocios judíos de Polonia entre 1912 y 1914, y estaba considerado el principal responsable de haber introducido el antisemitismo en la primera línea de la política cultural polaca. Dmowski concebía el nacionalismo como el enfrentamiento de unas naciones con otras en la lucha eterna por la supervivencia. Creía que los polacos no tenían que combatir sólo contra sus adversarios extranjeros, sino también contra sus enemigos domésticos. Y, a su modo de ver, los judíos eran los principales enemigos porque, según él, eran inasimilables y parásitos por naturaleza.[517]

No sólo los etnonacionalistas compartían esta actitud, sino que también lo hacían algunos cosmopolitas moderados como Ignacy Jan Paderewski, el famoso pianista que en enero de 1919 se convirtió en

primer ministro y ministro de asuntos exteriores de la República de Polonia y en su arma más poderosa a nivel internacional. Paderewski encandilaba a sus seguidores durante sus múltiples visitas al extranjero; hablaba fluidamente francés, alemán e inglés, y representaba la cara culta y encantadora de la nueva Polonia (el Steinway que tocó en una exitosa gira por los Estados Unidos es ahora propiedad del museo Smithsonian).[518] Cultivaba uvas Zinfandel en su propiedad de California y hacía donaciones para la educación musical en todo el mundo. Su larga cabellera de color rojo intenso era fácilmente reconocible, e incluso fue replicada en un popular juguete infantil: un pianista de madera articulado cuyas manos se deslizaban por un pequeño piano al girar una llave. Clemenceau, Lloyd George, Wilson y Orlando coincidían en que «ningún país podría soñar con un representante mejor».[519] El coronel House, asistente de Wilson, comentó que, en presencia de Paderewski, el presidente americano no «quería ofender a los polacos, puesto que pensaba más en ellos que en los judíos».[520]

Paderewski sentía una especial aversión hacia los inmigrantes judíos recién llegados de Ucrania. Estos refugiados del zarismo y del bolchevismo, argumentaba, «nos llegaron a miles y trajeron consigo las semillas de la discordia y del odio. Los recién llegados entraron en nuestro país como conquistadores».[521] Reprochaba a los judíos de Varsovia que eligieran a candidatos judíos en las elecciones a la Duma, que siguieran hablando en yidis y que (supuestamente) prefiriesen la cultura y la lengua rusas a las polacas.[522]

El primer ministro polaco, Ignacy Jan Paderewski, bajando las escaleras del Palacio Trianón tras la conferencia de paz de Versalles.

A Paderewski le contrariaba que su intento de presentar a la nueva Polonia en el escenario internacional como la gentil tierra de Chopin fuera enturbiado por las manifestaciones de judíos. Aseguraba comprender lo que denominaba la atracción judía hacia el bolchevismo: «Es el castigo que la Europa del Este recibe por haber maltratado a los judíos en Rusia en el pasado», alegaba, pero reprochaba a los judíos que hubieran culpado al estado polaco de los desmanes de los zares. «La nueva Polonia les ha dado a los judíos todas las libertades de los gentiles», aseguraba.[523] Por tanto, no estaba

dispuesto a hacerse responsable de la violencia antisemita que acompañó a la independencia polaca y, en lugar de ello, recurría al manido tema de la deslealtad judía. «El actual conflicto -aseguraba- es consecuencia de la actitud de los judíos que, pensando que la de Polonia era una causa perdida, en muchas ocasiones se alinearon con los enemigos del país».[524]

Paderewski se oponía a las demandas de las grandes potencias de introducir los derechos de las minorías en la constitución polaca, asegurando que ello equivalía a una condena contra Polonia. A los judíos, decía, se les puede reconocer completa igualdad de derechos como individuos, pero no el privilegio de tener escuelas separadas y una organización religiosa autónoma del tipo de la admitida por la Ley de Autonomía Nacional ucraniana, como pedían muchos de ellos. Aseguró al Consejo Supremo que Polonia se había unido a Occidente como fuerza civilizadora y que con su apoyo podría servir de cortafuegos contra la extensión del bolchevismo.

Ya se estaban ultimando los tratados de la Paz de París cuando, el 1 de mayo, el presidente Wilson pidió que se incluyeran en sus cláusulas garantías para los judíos. «Se trata a los judíos con cierta hostilidad en Polonia», observó. En un debate posterior, los tres dirigentes mundiales expusieron sus opiniones sobre el tema. Lloyd George sugirió que «los propios judíos eran hasta cierto punto responsables», a lo que Wilson respondió que «sólo eran desleales en los países que los maltrataban». Lloyd George y Clemenceau coincidieron en que en Inglaterra y en Francia los judíos «eran muy buenos ciudadanos» y, respecto de su predilección por el comercio (y de lo que se consideraba como su monopolio de ciertas industrias), Clemenceau añadió que «en Polonia, un polaco que quiera llevar a cabo cualquier transacción -por ejemplo, comprar un caballo- recurrirá a un judío para ello».[525] Finalmente, estuvieron de acuerdo en que, cuando «se los trataba correctamente», los judíos eran ciudadanos productivos.

Y así, durante el fin de semana del 2 al 4 de mayo, las grandes potencias ordenaron a la Comisión sobre los Nuevos Estados que redactase algunas cláusulas que asegurasen la protección de las minorías nacionales, para introducirlas en los tratados de los aliados con Polonia y Rumanía. Se encomendó a la recién creada Liga de las Naciones que hiciera cumplir estas cláusulas. Aparte de garantizar la igualdad de las minorías nacionales ante la ley, se exigía a los nuevos estados que proveyeran a estas minorías de una parte proporcional de los fondos públicos para que administrasen y controlasen sus propias instituciones religiosas, educativas y de asistencia. Una cláusula adicional prohibía específicamente que se obligase a los judíos a

realizar cualquier actividad que violase su *sabbat*.[526]

Para reforzar su iniciativa y obligar a Polonia a acceder a las demandas de los aliados, Marshall organizó una manifestación en Nueva York el 21 de mayo, seguida de una concentración masiva en el Madison Square Garden. El *New York Times* calculó que salieron a la calle entre ciento cincuenta y doscientas mil personas. «Hombres y mujeres empezaron a ponerse bandas negras en las mangas como señal de luto por sus compañeros asesinados en Polonia. La demanda de bandas negras desbordó enseguida las existencias. La emoción era tal que en algunos barrios las multitudes empezaron a cortar paraguas para poder atarse tiras negras en los brazos».[527] Encabezaba la manifestación el filántropo Nathan Strauss, que había hecho fortuna como copropietario del coloso de los grandes almacenes R. H. Macy & Company. «Las naciones que permiten la persecución de los judíos tendrán un final ignominioso», predijo. Mientras proseguía la campaña, Marshall consiguió el apoyo de algunos congresistas simpatizantes, como Isaac Siegel y Fiorello La Guardia, que presentaron en la Cámara resoluciones a favor de los judíos de Polonia. El secretario de estado de marina, Josephus Daniels, declaró: «América se ha comprometido con el bienestar del mundo y se enfrentará a la autocracia y a la crueldad en cualquier lugar. Nunca llegará el día en el que América, con todo el poder que la respalda, deje de oponerse a la injusticia y a la inhumanidad en cualquier parte del mundo».[528]

Sin embargo, el embajador americano en Polonia, Hugh Gibson, tenía problemas para confirmar los rumores de la violencia antisemita en masa. Se dio cuenta de que, a pesar de los terribles episodios de las grandes ciudades controladas por los polacos, como Varsovia, Vilna y Lwów, la violencia no estaba tan extendida en Polonia como la prensa y la opinión pública judía habían dado a entender; empezaba a sospechar que las acusaciones eran «un intento de los judíos americanos de dañar la imagen de Polonia a los ojos del mundo» o, incluso, que dichas acusaciones formaban parte de una conspiración germano-rusa orquestada por los judíos. Reconocía que había casos de judíos asesinados en Polonia, pero en su correspondencia privada restaba importancia a la violencia. La realidad era, escribió -utilizando un argumento poco adecuado para reforzar su postura-, que la situación de los judíos en Polonia no era peor que la de la población negra de los Estados Unidos. De hecho, en 1919, cientos de afroamericanos fueron asesinados en disturbios raciales por todos los Estados Unidos, de los cuales el peor fue el ocurrido en Elaine, Arkansas, un incidente que recordaba a algunos de los pogromos. Los judíos americanos estaban haciendo una montaña de un grano de arena, aseguraba. Y los judíos polacos, más tarde o más temprano,

pagarían por los problemas que estaban causando. «Si el pueblo indignado se revuelve y masacra a los judíos a una escala nunca antes vista, será por culpa de los judíos extranjeros que, con un terrible desprecio por los hechos y por los riesgos para las vidas humanas, han jugado con esta situación tremendamente delicada».[529]

10

SEÑORES DE LA GUERRA

Mientras el mundo judío seguía presionando para que se consiguieran los derechos de las minorías en Polonia, la situación de los judíos de Ucrania -a quienes ya se habían reconocido estos derechos- no dejaba de empeorar. El gobierno de Petliura se había quedado materialmente sin sede; en teoría estaba en Kamianets-Podilski, pero en la práctica se encontraba obligado a deambular por Podolia en un vagón de tren. «Hubo momentos en los que el gobierno ucraniano sólo tenía autoridad sobre los kilómetros del ferrocarril ocupados por los coches oficiales en los que vivían provisionalmente su gabinete, su partido, sus oficiales y sus "tropas". Algo parecido a un campamento gitano», escribía Vynnychenko desde Viena, a donde había emigrado tras su renuncia.[530] «Era imposible en ese momento confirmar si las órdenes del gobierno se estaban cumpliendo en lugares que distaban sólo unos pocos kilómetros de donde se encontraba», confirmó Margolin en el mismo sentido.[531] En la primavera de 1919, el jefe atamán había perdido en gran medida el control de los ejércitos que en otro tiempo estuvieron bajo su mando, ya que sus reclamaciones territoriales estaban cada vez más constreñidas entre los bolcheviques al norte y al este, los rusos blancos al sur y los polacos al oeste. Una epidemia de tifus había mermado su ejército, y sus soldados no tenían zapatos, ropa ni medicinas. Petliura, en el mejor de los casos, podía confiar en unos quince mil soldados, mientras que el resto de su ejército -en palabras de Margolin- se había «convertido en una colección de bandas hambrientas que sobrevivían por su cuenta gracias al pillaje y la extorsión».[532]

En esta situación de vacío de poder, surgieron dirigentes campesinos carismáticos. Había desde líderes locales que imperaban en un par de pueblos con ayuda de sus parientes, a señores de la guerra regionales, como Grigoriev, que en algunos momentos consiguieron reunir hasta diez mil hombres bien armados y organizados en unidades militares que rivalizaban con las del Ejército Rojo. Docenas de miniatamanes dominaban los feudos, a menudo de

manera holgada, bajo el mando de señores de la guerra más destacados, cada uno con su propio territorio y con sus caudillos regionales subordinados. Algunos de estos rebeldes insurgentes recibían órdenes directas de sus superiores; otros simplemente imitaban las acciones de los combatientes a quienes admiraban, inspirándose en las proclamas que desordenadamente les llegaban a través de la prensa sensacionalista.[533]

La mayoría de los señores de la guerra habían tanteado el terreno durante la sublevación del verano de 1918 contra Skoropadskyi y los alemanes. Muchos tenían experiencia en el ejército imperial ruso o en el último ejército de Petliura, pero habían desertado al esfumarse la promesa de redistribuir entre los campesinos las tierras de los nobles. Entonces formaron bandas armadas que saqueaban los centros urbanos y tomaban y ocupaban a la fuerza las propiedades de los aristócratas. A menudo se aliaban con una o más de las partes que reclamaban la autoridad sobre Ucrania -el Directorio, el Ejército Blanco o el Ejército Rojo-, pero acababan entrando en confrontación con los intelectuales, los generales autocráticos o los trabajadores urbanos cuyos intereses estaban representados por los ejércitos establecidos. Ninguno de los ejércitos organizados atraía a los campesinos tanto como los señores de la guerra regionales; estos compartían los intereses de los campesinos y entendían mejor sus necesidades. Los atamanes hablaban en nombre del campo.

Para lograr apoyo popular, muchos de los señores de la guerra añadían a sus sentimientos antijudíos la promesa de obtener botines de los judíos. Convencieron a sus seguidores rurales de que el único obstáculo que impedía que los campesinos ejercieran su derecho legítimo a poseer las tierras eran los judíos. Los bolcheviques judíos, decían, han acaparado la revolución campesina; los judíos se benefician del trabajo de los campesinos especulando con el grano, y destruyen el campo convirtiendo las iglesias en comunas. La única manera en que los campesinos podían realizar la promesa de la revolución era tomando por la fuerza lo que era suyo. Y mientras el poder estatal se disolvía, muchos campesinos -sobre todo combatientes jóvenes y desilusionados- se tomaron la justicia por su mano y se unieron al movimiento insurgente encabezado por estos líderes carismáticos. Algunos lo hicieron con entusiasmo, otros por obligación, a veces como niños-soldados. Estas bandas de campesinos atacaban los grandes centros urbanos, predominantemente judíos, a menudo saqueando tiendas y almacenes judíos y dejando cadáveres a su paso. Para los campesinos, eran redadas antibolcheviques; para las víctimas judías, eran pogromos. Entre enero y marzo de 1919 ocurrieron cerca de 150 de estos episodios, pero, al llegar el verano, la cifra aumentó hasta 90 al mes. Una investigación contabilizó 148

«pogromos» y «excesos» en el mes de mayo, y 159 en agosto. Muchos de ellos tuvieron lugar en la provincia de Kiev, donde el control de los bolcheviques era débil y la estabilidad del poder estatal deficiente.[534] Aunque había numerosas bandas locales de insurgentes, cada una con su propio territorio, algunas de las más grandes eran las de Grigoriev, los hermanos Sokolovsky, Ilya Struk y un comandante conocido como Zelenyi. Los pogromos que perpetraron aterrorizaron a los judíos de Ucrania durante gran parte del verano.

Tras la conquista de Odesa por parte de Grigoriev, el comandante Antonov-Ovseyenko y el mando militar bolchevique se dieron cuenta de que este se estaba descontrolando y de que había que someterlo. Antonov-Ovseyenko entendió enseguida la verdadera naturaleza de la rebelión que había respaldado cuando su asistente, Anatolii Skachko, informó acerca de la situación en el cuartel general de Grigoriev. «En lugar de un estado mayor, me encontré un vagón de carga sucio y a una multitud de bandidos desorganizados…, una fuente de licores de la que todo el mundo bebía. Doscientos o trescientos soldados medio borrachos. Quinientos vagones de carga llenos de todo tipo de bienes: bebidas, benceno, azúcar y tejidos. Mi impresión -concluyó Skachko- es que es imposible confiar en Grigoriev. Es necesario liquidarle».[535]

El 7 de mayo, el delegado de Lenin, Lev Kamenev, que viajaba por Ucrania en un tren blindado con un séquito de oficiales bolcheviques, contactó con Grigoriev con la esperanza de convencerle para que coordinase acciones militares con el Ejército Rojo. Cuando Grigoriev no se presentó en el cuartel general de Skachko a la hora acordada, Kamenev llegó a la conclusión más evidente, y telegrafió a Lenin que Grigoriev se había amotinado.

El mando militar bolchevique consideró la rebelión de Grigoriev como una amenaza letal: su sublevación de raíz campesina minaba la influencia bolchevique en la región y competía con los bolcheviques para captar reclutas y obtener la lealtad de las masas rurales. Antonov- Ovseyenko declaró inmediatamente que los traidores serían «tratados como gusanos».[536] Trotsky envió un telegrama al Comité Central del Partido Comunista apelando a «la liquidación implacable y radical del movimiento partisano».[537] El Comité Central ordenó la movilización de veinte mil trabajadores para combatir la sublevación. «El destino de la revolución depende del éxito de esta movilización»,[538] declararon Lenin y Trotsky.

A lo largo de las siguientes semanas, Grigoriev avanzó hacia Katerinoslavia, conquistando una serie de pueblos al sur de Kiev: Gorodysche, Rotmistrivka, Matusiv, Smila y la ciudad de Elizavetgrado. Empapeló todas las localidades que ocupaba con manifiestos que echaban mano de los clásicos tópicos antisemitas,

tildando a sus antiguos aliados bolcheviques de asesinos de los cristianos, lacayos extranjeros, y sanguijuelas. «En lugar de tierra y libertad, han impuesto a la fuerza la propiedad común, una policía especial y unos comisarios enviados por los glotones de Moscú y de las tierras en donde crucificaron a Cristo», decía uno de ellos.[539] «¡Campesinos y trabajadores! Sois el noventa y dos por ciento de Ucrania. ¿Y quién os gobierna? Los que le chupan la sangre al pueblo», proclamaba otro.[540]

El enardecimiento del odio antisemita fue el arma más poderosa de Grigoriev. A lo largo de las líneas ferroviarias, sus tropas señalaban a los pasajeros judíos, los robaban, los desnudaban y los arrojaban desde los trenes en marcha. Mientras sus hombres se desplazaban por las regiones de Cherkasy y Elizavetgrado, masacraban a las poblaciones judías con las que se encontraban; están documentados casi sesenta incidentes en unos cuarenta pueblos y aldeas. Se calcula que la cifra total de muertos en estos episodios fue de seis mil.[541]

Uno de los peores incidentes tuvo lugar en Cherkasy, un centro naviero localizado en la ribera occidental del Dniéper, a mitad de camino entre Katerinoslavia y Kiev. Cuando los bolcheviques se hicieron con la ciudad a principios de abril, detuvieron aproximadamente a cincuenta personas sospechosas de actividades contrarrevolucionarias y ejecutaron al menos a diez, entre ellas algunos intelectuales ucranianos destacados.[542] Muchos observadores se dieron cuenta de que todos los detenidos eran cristianos, entre ellos dos sacerdotes, mientras que, por el contrario, los dirigentes locales del Partido Comunista y de la división de contrainteligencia de la Checa, así como el comisario de justicia, eran de ascendencia judía. No importaba que el propio presidente de la Checa y el presidente del Comité Ejecutivo bolchevique procedieran de familias cristianas, o que los oficiales judíos bolcheviques no tuvieran relación alguna con la comunidad judía local de Cherkasy, ni siquiera que uno de los oficiales no se encontrase en la ciudad cuando se llevaron a cabo las detenciones y ejecuciones; la presencia de tres judíos en altos cargos del gobierno bolchevique de la ciudad propició el relato de que los judíos estaban atacando a los cristianos.[543]

En consecuencia, cuando las tropas de Grigoriev rodearon la ciudad y anunciaron que habían llegado para liberar a Cherkasy de los judíos, no sólo recibieron el apoyo de los habitantes, sino también de muchos de los reclutas, trabajadores y campesinos del Ejército Rojo acuartelados en la ciudad. Estos reclutas locales habían sido enviados recientemente a sofocar un pogromo en una ciudad vecina y estaban, en palabras de un testigo, «completamente desmoralizados», preguntándose por qué se les había mandado a luchar contra sus hermanos cristianos en defensa de los judíos.[544] Ahora, motivados por

la llamada de Grigoriev a una revolución campesina, todo el Segundo Regimiento Soviético y la mitad del batallón comunista Espartaco desertaron de sus cuarteles y se unieron a los insurgentes contra sus comandantes judíos.

Al perder el apoyo de la guarnición, el mando bolchevique huyó a caballo y en carretas.[545] Antes de marcharse, repartieron armas a los sindicatos, promoviendo que se formara una variopinta milicia de zapateros, fabricantes de agujas y sastres, muchos de los cuales -como era típico de estas profesiones-, eran judíos. La visión de un ejército de judíos preparado para defender la ciudad reforzó la sospecha popular de que los bolcheviques y los judíos eran lo mismo. En palabras de un miembro del sindicato, la gente empezó a hablar al ver «un destacamento de trabajadores compuesto casi exclusivamente de judíos».[546] No obstante, el destacamento estaba pobremente armado: «Muchos soldados judíos no recibieron más de dos cartuchos. Los rifles también estaban en condiciones pésimas».[547]

La mañana del viernes 16 de mayo, en las afueras de la ciudad, cerca de la fábrica de azúcar, la milicia sindical que luchaba «sin ametralladoras, sin cartuchos y sin comunicación con el cuartel general»[548] se enfrentó a las fuerzas de Grigoriev. En mitad del tumulto, los hombres de Grigoriev convencieron a algunos trabajadores cristianos de la milicia sindical de que no debían luchar en una guerra «entre hermanos», que no había «diferencias entre sus objetivos». Los cristianos de ambos bandos se dieron cuenta de que compartían un enemigo común, que eran los «judíos y comunistas» que los embaucaban para que luchasen contra sus propios hermanos.[549] Cuando todos los soldados cristianos estuvieron en su bando, los hombres de Grigoriev abrieron fuego. Según el informe final del pogromo, realizado por la Cruz Roja, «no sólo mataron a soldados rojos, sino a cualquiera que pareciera judío. Los judíos que fueron llevados al campo fueron inmediatamente fusilados».[550]

Por la tarde, los insurgentes de Grigoriev habían llegado al centro de la ciudad, donde mujeres y niños de la localidad les indicaron dónde estaban las casas judías. Los soldados detuvieron a los hombres judíos mayores de dieciséis años y los torturaron, desfigurándolos hasta el punto de que «sólo sus familiares podían reconocerlos».[551] Dijeron que estaban buscando comunistas, pero al menos un soldado dejó claro cuál era su verdadero objetivo: «No necesitamos comunistas, queremos judíos».[552]

A la mañana siguiente se reanudó el baño de sangre. Según Abram Shenderov, cuatro soldados entraron en su casa a las cuatro de la madrugada del 17 de mayo, gritando sobre comunistas y judíos. Su hijo David, que abrió la puerta, consiguió sobornar a los soldados, y se marcharon. Pero a mediodía otra banda llamó a la puerta y de nuevo

David la abrió; en esta ocasión, los intrusos le dispararon en el acto y mataron a otras dieciocho personas en el corredor del edificio.

Buzia Gurevich testificó igualmente que, cuando a primera hora de la mañana del 17 de mayo, los soldados dispararon a su marido y a sus dos hijos, Srul y Samuel, dijeron: «Sois comunistas, queréis establecer una comuna».[553] Un hombre llamado Isaac Trotsky informó de que estaba escondido en un sótano cercano con una docena de judíos, cuando bajó un sirviente y les ordenó subir; les dijo que los soldados estaban buscando comunistas. Mientras Trotsky se acercaba a la escalera, cuando estaba al final de la cola, oyó un disparo y vio caer por las escaleras el cuerpo de un estudiante que había estado escondido con él. Retrocedió y consiguió ocultarse de nuevo cuando los soldados registraron el sótano. Se dio cuenta de que estos, a esas alturas, habían renunciado a la pretensión de estar buscando comunistas: «Debe de haber más judíos en el sótano», oyó que uno de ellos les decía a sus camaradas.[554]

Víctimas del pogromo de Cherkasy.

Getzel Rotmistrovsky, un sexagenario comerciante de madera, declaró que, a las seis de la tarde del 18 de mayo, cuatro militares se presentaron en su sótano, en el que se habían refugiado varios vecinos. Los intrusos pidieron los objetos de valor, las botas y los zapatos. Media hora después, los soldados regresaron y ordenaron a

los hombres del sótano que los acompañaran a la estación, asegurando a las mujeres que sus padres y esposos detenidos estarían a salvo siempre y cuando no fueran comunistas. En la calle, los prisioneros se unieron a un grupo de otros once hombres judíos de entre diecinueve y sesenta años que se dirigían a la estación. Los soldados los insultaron, los golpearon con palos, los obligaron a desnudarse hasta quedarse en ropa interior y les hicieron cantar canciones para diversión de los transeúntes.[555] Rotmistrovsky tuvo suerte: un hombre que le reconoció en la estación le empujó a un vagón de un tren que iba a salir y cerró la puerta. Rotmistrovsky pidió ayuda a los campesinos que veía por la ventana del tren mientras pasaba lentamente por el campo, pero nadie acudió en su ayuda en toda la noche. Finalmente, cuando el tren llegó a Smila por la mañana, un estibador a quien conocía le dio una sábana para que cubriera su desnudez.

Rotmistrovsky sobrevivió, pero dieciocho de las personas que habían estado con él -incluidos sus dos hijos, Sruel de treinta y tres años y Shmer, de diecinueve- fueron asesinados en la estación de Cherkasy.[556] Otros dijeron haber visto otros veintiocho cadáveres de camino a la estación, lo que elevaba el número total de muertes en las inmediaciones a cuarenta y. seis[557] «A lo largo de la carretera, cerca de la estación, yacían cuerpos de judíos -recordaba un testigo-. Había rastros de sangre y sesos, papeles y pasaportes esparcidos por el suelo».[558]

Durante el pogromo, mientras los hombres de Grigoriev detenían y disparaban a los judíos, animaban a los mirones -mujeres y niños cristianos- a saquear las casas de sus víctimas y a rebuscar entre sus bienes. Nunia Krasnopolsky, a quien tomaron por cristiana, declaró que un soldado le dio un saco y le dijo: «A saquear». V. Petrov, el anterior alcalde, observó que «la pequeña burguesía local, mujeres y niños, participaron de buena gana en los saqueos, señalando a los soldados las casas de los judíos, etc.».[559] Marusya Ukrainskaia, que estaba en la estación, también observó cómo algunos vecinos confraternizaban con los soldados borrachos: «Chicos y chicas del instituto de Cherkasy, funcionarios y gente de buena posición. Todos bailaban juntos al compás de un gramófono. Gritos, tumultos y un júbilo incontrolado».[560] Numerosos testimonios señalan que muchos profesionales que se unieron a los insurgentes tenían padres y familiares que habían sido arrestados por la Checa.[561] Ahora era su oportunidad de vengar los agravios que los bolcheviques habían infligido a sus familias.

Mientras tenía lugar el pogromo de Cherkasy, una ofensiva soviética contra Grigoriev avanzaba por el sur. El 14 de mayo, el Ejército Rojo recuperó Katerinoslavia, Kremenchuk el 19 de mayo y

Oleksandria entre el 21 y el 22 de mayo. El 21 de mayo, cuando un barco de vapor blindado bolchevique bombardeó Cherkasy desde el río Dniéper, los soldados campesinos que luchaban con Grigoriev se dispersaron por el campo. Mientras los refuerzos del Ejército Rojo volvían a la ciudad, los restos del Segundo Regimiento Soviético y del batallón rebelde Espartaco reafirmaron de inmediato su lealtad a los soviéticos. Durante semanas, los mismos soldados y policías que habían participado en el pogromo -ahora reconvertidos, una vez más, en soldados rojos- patrullaban las calles con los mismos rifles que habían utilizado para ejecutar a los judíos de la ciudad.[562]

Para cuando Grigoriev salió de Cherkasy el 21 de mayo, se habían documentado los nombres de seiscientos diecisiete judíos asesinados, y esto probablemente representaba sólo una parte del número total de muertes.[563] Se saquearon tres mil casas. La población judía, que en su día había dominado el mercado de la madera, el hierro, el azúcar, la carpintería y la sal, había sido diezmada.

Tras el pogromo de Cherkasy, los bolcheviques estaban decididos a romper completamente con Grigoriev. El 26 de mayo, Lenin ordenó al Ejército Rojo desarmar a sus hombres disparando en el acto, sin piedad, «a cualquier persona que oculte un solo rifle».[564] La batalla contra Grigoriev ocupó la primera plana del *Izvestiia*, el periódico oficial del partido. La primera página de una de sus ediciones llevaba el titular «LECCIONES DE UCRANIA» en grandes letras, y transcribía un discurso de Trotsky en el que señalaba la importancia que los dirigentes bolcheviques otorgaban a la guerra del Ejército Rojo contra los insurgentes de Ucrania. Como explicaba Trotsky, el pueblo oprimido, sin una organización militar que actuase en su nombre, se adhería espontáneamente a líderes carismáticos, creando el tipo de culto a la personalidad que se observaba en el movimiento insurgente ucraniano. Pero estos líderes, decía, enseguida se vuelven contra los intereses del pueblo trabajador. El Ejército Rojo era el único defensor verdadero de los trabajadores. «La guerra de guerrillas se ha sobrevivido a sí misma y se ha convertido en una fuerza reaccionaria. Debemos ponerle fin a toda costa», concluía, urgiendo a los campesinos y trabajadores a abandonar la insurgencia y a alistarse en el Ejército Rojo.[565]

El mando bolchevique también llevó a cabo una campaña contra el antisemitismo. El 14 de mayo, el *Pravda* publicó un artículo en primera página advirtiendo que «ESTAR CONTRA LOS JUDÍOS ES ESTAR A FAVOR DEL ZAR»,[566] al que siguió otro artículo al mes siguiente sobre los peligros de los pogromos.[567] El periódico del partido, *Bolchevik*, era todavía más militante, y publicaba semanalmente artículos educativos contra el antisemitismo. Al mismo

tiempo, el Comisariado de Asuntos Nacionales recogía y publicaba información sobre los pogromos, y documentó ciento veinte de ellos entre los meses de marzo y mayo, con un resultado de unas cinco mil muertes (estos informes soslayaban deliberadamente la implicación del Ejército Rojo en la violencia antijudía). La campaña culminó en agosto con la creación de un Comité de Lucha contra el Antisemitismo dentro del Comisariado de Ilustración. Sobre el comité recayó la tarea de enseñar a los soldados y trabajadores los peligros del antisemitismo mediante la publicación de folletos y panfletos, organizando charlas y dirigiéndose a las unidades militares.[568]

Los bolcheviques habían tomado la decisión estratégica de acabar con la violencia y el lenguaje antisemitas, en parte, como medio para atraer a la población judía a su causa. Y, de hecho, su postura pública contra el antisemitismo y los pogromos atrajo a muchos judíos a sus filas, reforzando aún más la asociación popular entre judíos y bolcheviques. En agosto, por ejemplo, un grupo importante de activistas políticos judíos del Bund se unió al Partido Comunista, incluido Dovid Lipets, el antiguo alcalde de Berdichev.[569] Lipets, con el tiempo, se asentó en Moscú, se unió al Ejército Rojo y se convirtió en diplomático soviético de alto rango.[570] Su trayectoria siguió un patrón característico. A lo largo del verano, los jóvenes judíos se unieron en masa al Ejército Rojo, animados por la Sección Militar Judía que se ocupaba de reclutarlos, y también por su propio deseo de venganza. Como recuerda el historiador Leonard Shapiro: «En la estación de Kalinovka me sorprendió ver a una compañía del Ejército Rojo compuesta enteramente por judíos, algunos de los cuales incluso llevaban guedejas. Eran estudiantes de una *yeshivá* de Proskuriv que se unieron al Ejército Rojo tras las sublevaciones de Petliura, en busca de venganza».[571] Otro memorialista escribió que «los jóvenes judíos abandonan los *shtetls* y se van a Kiev con un objetivo: enrolarse en el Ejército Rojo». Sin embargo, dudaba del compromiso de los nuevos reclutas con la ideología de partido, sosteniendo que, en realidad, se alistaban porque preferían convertirse en mártires en vez de ser asesinados mientras se escondían en sótanos o áticos. «No son bolcheviques -afirmaba-, se unen al Ejército Rojo porque en él uno puede morir con un arma en la mano».[572]

A mitad de verano, la suerte de Grigoriev se estaba acabando. El señor de la guerra, desesperado, envió agentes a Nestor Makhno, el atamán más poderoso y ambicioso del sudeste ucraniano. Makhno, que tenía fama de ir en una *tachanka* -un carromato de campesinos equipado con una metralleta-, gobernaba un gran cuasi-estado desde su sede en la ciudad sudoriental de Hulyaipole, donde mantenía su independencia respecto de los bolcheviques, los blancos, y el Directorio.[573] Era el arquetipo de señor de la guerra campesino

revolucionario, que agita a los campesinos para que ataquen las ciudades; Isaac Babel describió: «Sus carros de heno estaban alineados en formación militar para conquistar ciudades».[574] En algunas ocasiones, las tropas de Makhno robaban y asesinaban a judíos, pero por regla general eran más hostiles hacia las colonias menonitas alemanas del sur de Ucrania.[575] Motivados más por los principios anarquistas que por el deseo de saquear, Makhno consideraba que Grigoriev era un antisemita y un delincuente común.

Tras descubrir que Grigoriev también estaba negociando en secreto con los rusos blancos, Makhno llegó a la misma conclusión que Antonov-Ovseyenko: que Grigoriev no era de fiar. Urdió un plan para desenmascarar a Grigoriev, acordando reunirse con él en un debate público. El 27 de julio de 1919, los dos se encontraron en un pueblo cerca de Oleksandria ante una asamblea de miles de campesinos, muchos de los cuales formaban parte del ejército de Makhno. Todos compartían la aversión hacia los bolcheviques, pero la pretensión de Grigoriev de sellar una alianza con los rusos blancos, el partido de los antiguos terratenientes, era un anatema para la multitud de revolucionarios campesinos. Cuando Makhno, enfurecido, acusó a Grigoriev de ser un «enemigo del pueblo» aliado con los contrarrevolucionarios, Grigoriev desenfundó su arma. Sonaron disparos.

Hay informaciones contradictorias sobre quién fue el que disparó la bala que abatió a Grigoriev, pero según un testigo, una décima de segundo después de que Grigoriev desenfundara el arma, el ayudante de Makhno, Semen Karetnik, «le disparó con un revólver Colt, mientras Makhno gritaba: "¡Muerte al atamán!" y le disparaba también». El asesinato de Grigoriev fue presenciado por todo el grupo de campesinos.[576] Al día siguiente, Makhno hizo una declaración justificando el asesinato y dijo: «Albergamos la esperanza de que ahora no habrá nadie que consienta los pogromos judíos… ¡Abajo los pogromos contra los judíos! ¡Larga vida al levantamiento revolucionario de Ucrania!».[577]

Al norte del territorio de Grigoriev, los Sokolovsky gobernaban gran parte del territorio entre Kiev y Zhytómyr. Lesyk Sokolovsky y sus hermanos habían crecido en Horbuliv, un pueblo de unas seiscientas familias situado a unos pocos kilómetros de Zhytómyr;[578] se habían criado en la hostilidad hacia los judíos; por ejemplo, los que conocían a Lesyk desde niño, informaron de que acostumbraba a arrojar piedras y barro a las ventanas de las treinta casas judías de la localidad.[579] Lesyk, Mitko y Vassili se habían unido al ejército cuando su educación escolar fue interrumpida por la Gran Guerra. Cuando los muchachos regresaron del frente, montaron una división de Cosacos

Libres, liderando a los campesinos locales bajo el popular lema «Tierra y libertad» e incitándolos a levantarse en armas contra los alemanes y a ocupar las propiedades de sus terratenientes.

En noviembre de 1918, cuando los alemanes abandonaron la ciudad comercial de Radomyshl, Lesyk, que tenía dieciséis años, reunió a un grupo de adolescentes de Horbuliv y de los pueblos colindantes y saquearon la ciudad. Atracaron las tiendas judías, en las que sastres, zapateros, vidrieros y toneleros trabajaban y vendían sus mercancías. Como gran parte de las regiones de Ucrania, Radomyshl estaba claramente dividida entre la ciudad y el campo: en el centro urbano, en el que vivían unas veintidós mil personas, el sesenta y tres por ciento eran judíos y hablaban yidis, mientras que la población del campo colindante, donde se encontraba Horbuliv, tenía aproximadamente un ochenta y nueve por ciento de población cristiana, predominantemente ucranianoparlante.[580] Muchas de las tiendas que vendían alimentos frescos y no perecederos y herramientas eran propiedad de judíos, así como cuatro de las cinco curtidurías, los dos molinos y la fundición que producía martillos, trilladoras e instrumentos de labranza.[581] Radomyshl era particularmente conocida por sus toneleros, que fabricaban barriles para almacenar todo tipo de alimentos -desde miel a arenques, y también agua-, así como grandes cubas para transportar agua potable a caballo desde el río e incluso bañeras de madera.[582] El único negocio de la ciudad que no era regentado por judíos era la destilería, que pertenecía a un checo y a un alemán.[583] En regiones como esta, judío y urbanita eran prácticamente sinónimos, de modo que las campañas de Lesyk contra las ciudades también podían interpretarse como ataques contra los judíos.

A finales de noviembre, Lesyk reunió a sus seguidores y los exhortó a unirse a la lucha contra el bolchevismo y a liberar la cercana Korostyshiv -donde la mitad de los diez mil residentes eran judíos- de lo que él llamaba el «Concilio Judío». Cuando atacó la ciudad, Lesyk exigió una contribución económica descomunal.[584] Sin embargo, los picapedreros de la cantera de Korstyshiv, muchos de los cuales simpatizaban con los bolcheviques y habían formado un Comité Militar Revolucionario, tendieron una emboscada a Lesyk, matándole a él y a otros dos dirigentes de su banda. Los demás jóvenes campesinos huyeron, dejando el cadáver de Lesyk en el campo. El padre de Lesyk tardó tres días en encontrar su cuerpo.[585]

Muerto Lesyk, su hermano mayor, Mitko, asumió el liderazgo de la banda. Eran los primeros días de enero de 1919 y las noticias de las revueltas en Zhytómyr habían llegado a Horbuliv. Mitko movilizó a sus hombres para que ayudaran a las fuerzas de Petliura a derrotar a los bolcheviques. Mientras cabalgaba por los pueblos cercanos, reunía

tropas con la consigna: «Derrotad a los judíos, salvad la fe cristiana»[586] y «Todos los judíos son bolcheviques».[587] Cientos de campesinos cristianos se unieron al grupo (y, pese a su retórica, se informó de que también lo hicieron un puñado de judíos). Recorrieron los cuarenta y cinco kilómetros hacia el sudoeste que los separaban de Zhytómyr, tomando armas y suministros que los alemanes habían abandonado por el camino. En Zhytómyr, la banda de Mitko se unió al pogromo que estaba saqueando la ciudad y sus hombres se enriquecieron con el botín.[588]

Durante el resto del invierno, Mitko controló el campo de los alrededores de Radomyshl y Korostyshiv desde su base de Horbuliv, y animó a que se unieran a su grupo nuevos combatientes. Aceptó a cualquiera que pudiera montar a caballo y disparar un rifle, pero atrajo especialmente a jóvenes campesinos descontentos, traumatizados por la violencia de la guerra y motivados por la promesa de recuperar las tierras y las iglesias que estaban en manos de los judíos bolcheviques.[589]

Las relaciones entre los judíos urbanitas y los cristianos rurales se deterioraron rápidamente. Según un testigo, «en Korostyshiv, Malyn y Radomyshl, los judíos pegaban y mataban a cualquier vecino de Horbuliv cuando se le encontraban por la calle. Los campesinos de Horbuliv no podían ir a las ciudades».[590] M. Feshchenko-Chopivsky, que dirigía un regimiento de caballería a las órdenes de Mitko, recordaba que los campesinos eran expulsados de los mercados con esta advertencia: «Decid a vuestros ladrones que pronto vendrán los bolcheviques a quemar vuestros pueblos».[591] Los campesinos, aunque seguían apoyando la misión de Mitko, se sentían frustrados por sus limitaciones para acceder a los mercados.[592]

El 10 de marzo, Mitko y un pequeño destacamento cabalgaron hasta Radomyshl, confiscaron armas, acorralaron a los judíos en la calle y los llevaron a las afueras de la ciudad, donde los acusaron de bolchevismo y los fusilaron. El mismo día, el grupo fue obligado a replegarse cuando el Ejército Rojo se hizo de nuevo con el control de la ciudad. Pero durante las siguientes dos semanas, Mitko consiguió el apoyo de unos mil hombres -en su mayoría antiguos soldados- y se hizo con cerca de dos docenas de ametralladoras y dos cañones abandonados por los alemanes. El 25 de marzo volvió a entrar en Radomyshl. Frente a tal cantidad de armas, el ayuntamiento se rindió a Mitko, quien proclamó la República Insurgente de Sokolovsky en Radomyshl, una república que gobernó la ciudad durante seis días.[593] Muchos judíos habían huido al retirarse los bolcheviques, dejando a Mitko y a sus hombres casas y tiendas vacías para saquear.[594] Pero los que se quedaron sufrieron grandes penalidades. Durante su breve mandato, Mitko, con sus soldados y campesinos locales, robó las

tiendas y las casas de los judíos, obtuvo rescates de los que quedaban en la ciudad y asesinó al menos a treinta y uno de ellos durante su campaña.[595]

En abril, el Ejército Rojo recuperó de nuevo Radomyshl y emitió una orden de detención contra Sokolovsky.[596] Según Feshchenko-Chopivsky, los bolcheviques desataron un «insensato terror rojo» en la ciudad, estableciendo una Checa que ejecutó a docenas de ciudadanos sin un juicio previo. La Checa, sostenía, estaba «compuesta principalmente por judíos que empezaron a encargarse del trabajo sucio… No se avergonzaban de desempeñar el papel de verdugos». Feshchenko-Chopivsky menciona en concreto a un antiguo vendedor de periódicos llamado Renek, que era especialmente despiadado. Asegura que Renek fue responsable del asesinato del barón Victor von Ungern-Sternberg, un noble retirado de origen alemán que había trabajado con anterioridad como dirigente municipal, pero que no desempeñaba ningún cargo político en el momento de su detención.[597] El asesinato del venerable noble supuso un punto de inflexión en la conciencia colectiva de Radomyshl, pero fue el rumor de que los bolcheviques tenían como objetivo la iglesia lo que levantó grandes pasiones entre los campesinos. Feshchenko-Chopivsky indica: «En numerosas ocasiones escuché relatos de los campesinos sobre las persecuciones religiosas de los bolcheviques, que decían que, cuando conquistaban pueblos, convertían las iglesias en establos. La santa indignación del pueblo contra los comisarios judíos se puso especialmente de manifiesto en este caso».[598]

A mediados de mayo, durante el festival judío de Lag Ba-omer, las calles de Radomyshl se llenaron de panfletos advirtiendo que los bolcheviques estaban retirando los iconos de las iglesias y sustituyéndolos por fotos de rabinos jasídicos. El sacerdote desmintió esta acusación, pero los rumores de un ataque inminente de los bolcheviques contra la iglesia se extendieron rápidamente. Mitko -cuyos seguidores podrían haber sido los principales responsables de esos panfletos- aprovechó la situación y asaltó la ciudad con un gran número de soldados campesinos, exigiendo saber dónde vivía el rabino. A las seis de la mañana del domingo 25 de mayo, fueron directamente a casa de Avrom Yehoshua Heschl Twersky, de cincuenta y siete años, más conocido como el rabino Malyner. Tras arrancar las persianas, rompieron las ventanas con la culata de las pistolas y entraron en la casa a través de los cristales rotos para atacar al líder jasídico. Según el relato de este episodio que hizo un miembro de la familia: «El rabino y su hijo mayor trataron de ofrecerles dinero y relojes y les rogaron que no molestaran a nadie de la casa. En cuestión de un minuto, sonó un disparo y el rabino cayó gravemente herido. No vivió mucho más, y se marchó de este mundo cantando

salmos». Cuando la noticia de la muerte del rabino se divulgó por la ciudad, los campesinos locales se precipitaron a la casa para deleitarse con el cuerpo del muerto y el duelo de la familia. En uno de estos enfrentamientos, el hijo del rabino, Mordechai, recibió también un disparo mortal.[599]

El asesinato del rabino fue sólo una parte del terrible pogromo. Hay informaciones de que, a lo largo de ese fin de semana, campesinos a las órdenes de Mitko mataron entre trescientos y quinientos judíos en Radomyshl y las aldeas de los alrededores, aunque sólo queda constancia de los nombres de cuarenta y cuatro de ellos.[600] Como ocurre con muchas de estas masacres, nunca sabremos el número exacto de víctimas.

El lunes 26 de mayo, cuando se acercaba el Ejército Rojo, Mitko decretó el fin de la violencia y ordenó a los judíos que enterraran a sus muertos. En un esfuerzo por evitar que se repitieran los altercados, prohibió que se reuniese una multitud en el entierro del rabino, limitando el número de asistentes a los diez del *minyán*, e impidió asistir a los hijos del rabino que le habían sobrevivido.[601] Mientras el cortejo funerario recorría las calles, se oían los disparos del combate entre los hombres de Mitko y las fuerzas bolcheviques que avanzaban hacia la ciudad; los porteadores del féretro lo abandonaron y buscaron refugio. Cuando regresaron para completar el último viaje del rabino Malyner lo hicieron bajo la protección del Ejército Rojo.

El comisario bolchevique advirtió a los judíos que sólo disponía de un pequeño grupo de soldados y que la situación del Ejército Rojo en la ciudad era débil. Aconsejó a la población judía que se refugiase en otro lugar. Según un testimonio, «miles de personas con rostros aterrorizados, con niños pequeños en brazos, abandonaron la ciudad. Entre ellos estaban los hijos huérfanos del rabino y sus nietos. Y con sus caras lastimosas iniciaron una interminable errancia».[602] Sheyndl Vaynshteyn, una niña de doce años de Radomyshl, contó su historia a los trabajadores humanitarios de Kiev: «Después de que vinieran los bolcheviques y nos dijeran que huyésemos, pasamos la noche en una posada. De ahí fuimos a Korostyshiv, donde nos quedamos un mes antes de volver a casa. Pero no quedaba nadie en Radomyshl, así que vinimos a Kiev, donde nos contagiamos de tifus y donde murieron mi madre y mi hermana».[603] Otro testigo informaba de que «a partir de ese día, Radomyshl estuvo desierta. La ciudad se convirtió en un cementerio. Empezó a crecer la hierba en las calles principales, las tiendas vacías tenían las puertas abiertas. Las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas con tablas. Sólo quedaban unos dos mil judíos en la ciudad, los otros diez mil se habían dispersado en diferentes direcciones".[604]

Tras ser derrotados en Radomyshl, Mitko y sus hombres huyeron a

Zhytómyr y después hacia el norte, a Chernyakhiv. El 20 de junio tomaron la ciudad y desataron un pogromo en el que murieron dieciocho judíos.[605] Sin embargo, enseguida los bolcheviques tomaron también Chernyakhiv y ejecutaron a varios miembros del grupo de Mitko. Mitko consiguió huir al bosque, donde se reagrupó su banda de insurgentes. A lo largo del verano, la banda reapareció en ciudades y pueblos del distrito de Zhytómyr, donde llevaron a cabo «requisiciones forzosas» para aprovisionar sus campamentos del bosque. Estas redadas a menudo iban acompañadas de muertes de judíos, veinte en Borshchahivka, ochenta en Skvyra, ciento cuarenta y ocho en Pryluky.[606] La Cruz Roja calcula que las bandas de Sokolovsky asesinaron a unos tres mil judíos en sesenta y dos localidades.[607]

El 8 de agosto de 1919, Mitko fue finalmente capturado y ejecutado.[608] Un destacamento de alrededor de cien bolcheviques atacó su cortejo fúnebre en Horbuliv y arrestó a los que lo acompañaban.[609] A finales de verano, cuando se consolidó el gobierno bolchevique en la región, decayó el apoyo local hacia la insurgencia. El poderoso sindicato de los trabajadores del metal de Radomyshl señaló a la familia Sokolovsky, culpándola de haber arruinado económicamente al pueblo y de haber ahogado en sangre la región.[610] Aun así, el hermano de Mitko, Vassili, que asumió la dirección de la banda, continuó con los ataques. Como represalia por el ataque del Ejército Rojo a su base de Horbuliv, los hombres de Vassili ejecutaron a los quince judíos que quedaban en el pueblo. Obligaron al carnicero Noyekh Zimmerman y a su hijo Yaakov a cavar un agujero y después los fusilaron, dejando caer sus cuerpos en la fosa abierta. Shlomo y Etel Nogen, el sastre Bunem Krayzman, la almacenista Aba Muravsky y otros también fueron fusilados y arrojados a la fosa.[611]

Ese mismo mes, un destacamento de caballería bolchevique de veinte hombres de Radomyshl capturó a Vassili y lo ejecutó.[612] El liderazgo de la banda de Sokolovsky fue asumido entonces por su hermana Aleksandra, que combatía bajo el nombre de Marysia y que aparentemente conservó la lealtad de los seguidores de sus hermanos, al menos hasta que huyó de Ucrania en algún momento de 1919 o 1920. Hay informes no confirmados de que reapareció más adelante en Canadá.[613]

Ilya Struk, otro poderoso señor de la guerra, controlaba el área de Chernóbil, una ciudad situada en las marismas del Prípiat, en la confluencia de los ríos Dniéper, Prípiat y Uzh, al norte de Kiev. Mucho antes de alcanzar fama por su reactor nuclear, la ciudad era conocida por sus dinastías jasídicas. Los cinco mil judíos de la ciudad constituían el sesenta por ciento de la población. Durante los días de mercado, los lunes y los viernes, llegaban a la ciudad campesinos con

carros rebosantes de grano, los tenderos judíos abrían sus puestos para vender productos no perecederos, pieles, herramientas, relojes, platos y sombreros. Los herreros y carreteros reparaban los carromatos de los campesinos y engrasaban las ruedas con alquitrán de madera. El 20 de cada mes, la ciudad celebraba una feria regional, que atraía a campesinos de toda la región del Dniéper entre Chernóbil y Kiev. Los visitantes se hospedaban en las tres posadas propiedad de Lev Bregman, Mordukh Voloshin y Meyer Gorodetsky, respectivamente. Una fábrica de la ciudad producía herramientas y maquinaria para la agricultura y los molinos.[614] En otras palabras, era la típica ciudad de tamaño medio.

Struk nació en 1896 en el seno de una familia campesina de Grine, en el distrito de Hornostaipil. A una edad temprana se rebeló contra lo que él veía como la monotonía de la vida campesina. Se enamoró de las historias detectivescas de Nat Pinkerton, una saga literaria barata y anónima situada en América que era muy popular en la Rusia de principios del siglo XX.[615] Según un informe, Struk heredó de su padre «la pasión por la bebida y la vida de aventuras y peligros».[616] Era listo, culto, sencillo y aprendía rápido. Pasó dos años en una escuela provincial donde uno de sus maestros le convenció de que abandonara las novelas detectivescas para dedicarse a la causa nacional ucraniana. Se ganaba la vida como tutor privado, enseñando gramática rusa y ucraniana a los niños del pueblo, y complementaba sus ganancias con trabajos como oficinista, portero y ladrón de poca monta. En 1914, con dieciocho años, inquieto y deseoso de aventura, se alistó en la marina y zarpó con la flota del Báltico.

Dos años después, Struk se convirtió en oficial de una brigada de infantería.[617] Durante la Revolución de 1917, desertó de su unidad y formó su propia brigada de Cosacos Libres. Bajo el Hetmanato, transportaba bienes desde Hornostaipil y Chernóbil hasta Kiev, lo que le facilitó la entrada en el submundo criminal que controlaba buena parte del transporte de mercancías en la región. Traficaba con moneda falsa y la utilizaba para estafar a los almacenes estatales, logrando así una pequeña fortuna y un séquito armado. En cierto momento fue encarcelado durante un corto periodo de tiempo por matar a dos oficiales durante un altercado en la oficina de correos y telégrafos.

Considerado un héroe por muchos campesinos, Struk atrajo a una multitud de entre seiscientos y ochocientos insurgentes, a los que un observador describió como «antiguos soldados incapaces de volver a su tierra y la escoria de la sociedad: campesinos, antiguos ladrones profesionales, vagabundos y demás».[618] Otro recordaba que «eran campesinos de las aldeas cercanas, en su mayoría antiguos soldados, o simplemente chusma con muy mala reputación. Muchos jóvenes campesinos de nuestro pueblo, inclinados a la vida irresponsable y sin

tierras que cultivar, se unieron también a la banda de Struk».[619] Pero, sobre todo, eran jóvenes traumatizados por la guerra y en busca de aventuras. El propio Struk vivió una vida de rebeldía, alimentada por el robo y el asesinato. Su casa en Grine, adornada con los artículos de lujo robados, se conocía como Tsárskoye Seló (el Pueblo del Zar), nombre tomado de la ciudad en donde se encontraba el gran palacio de la familia imperial a las afueras de San Petersburgo.[620] Se presentaba como un caballero con estilo: era popular, delgado, hablaba bien y era un virtuoso de la harmónica. Lo más importante era que podía alternar con los mejores.

Uno de los hombres de Struk en un caballo de juguete.

En una serie de fotos que Struk mandó tomar en su momento de mayor poder, los jóvenes soldados que le rodean intentan presentarse como orgullosos cosacos ucranianos, armados con bayonetas, sables y revólveres. Pero les delatan las ropas que no son de su talla y su fondo improvisado, una cortina torpemente colocada sobre un listón de madera. En una de las fotos, un hombre que lleva un *papaja* está montado sobre un caballo de madera -un juguete tradicional ucraniano- con un revólver en la mano y la funda visible en la cadera. Una de las patas del caballo está rota, lo que obliga al insurgente a apoyar con firmeza el pie en el suelo para mantener el equilibrio. La imagen es divertida: el corcel recuerda más a una versión de Mi Pequeño Pony que a Bucéfalo. Aun así, es curioso que estos señores de la guerra y brigadistas adolescentes estuvieran tan interesados en su imagen pública como para fotografiarse disfrazados en un estudio.[621]

Soldados de Struk posando en una foto realizada en estudio.

Sabemos algo más sobre los hombres de Struk por los documentos que elaboró la Checa cuando el Ejército Rojo se hizo con el control de la región y empezó a castigarlos por bandidaje. Vasily Boreslavsky, por ejemplo, nació en 1901 en Galitzia. Era carretero de profesión y había servido en el ejército bajo el mando de Kerensky, Skoropadskyi y Petliura. Pero se negó a hacerlo con los bolcheviques. Algunos testigos afirman que durante sus robos rechazaba la moneda soviética, rompiéndola y declarando despectivamente que él no necesitaba

dinero judío.[622] Lo que sí buscaba eran nikolaevkis, las monedas de oro que llevaban el retrato de Nicolás II, que se pagaron a un precio excepcional durante la guerra civil, cuando los nuevos billetes generaban tan poca confianza como los regímenes que los emitían.[623] Fue descrito como un «gran bandido y ladrón», y acusado de asesinar a judíos mientras llevaba a cabo su saqueo, afirmando que estaban acaparando capital para especular con él. En una ocasión se le acusó de haber llevado «a unos cuantos jóvenes judíos a un vertedero en el que más tarde los hallaron muertos».[624]

Como Grigoriev y Sokolovsky, Struk aumentó su popularidad prometiendo cumplir las aspiraciones originales de la revolución -distribuir tierra y pan a los campesinos-, pero con una interpretación específicamente antisemita. Una copia de una orden sin fecha -firmada por Struk y dirigida al «pueblo ucraniano y ruso»- declara: «Tenemos un enemigo común. El enemigo son los judíos, que quieren robarnos nuestras riquezas. Necesitamos declararles una guerra incesante y ocuparnos de ellos de una vez por todas. Abajo los judíos de Ucrania. Larga vida a nuestro carácter nacional».[625] Otra declaración utilizaba la conocida técnica de denigrar al comandante del Ejército Rojo usando su apellido original: «Mientras que un solo mercenario de Bronstein siga expoliando nuestra tierra, no depondremos nuestras armas… Trotsky-Bronstein destruye nuestras iglesias, separa a nuestros fieles de su tierra fértil y nos convierte en esclavos para la eternidad».[626]

Durante el Hetmanato, Struk ofreció sus servicios a los combatientes antialemanes con la esperanza de que le proporcionaran armas. Oleksandr Udovychenko, que se convertiría en adjunto al estado mayor de Petliura, respondió de manera favorable, señalando el 16 de agosto de 1918 que juntos lucharían «contra nuestro enemigo común: los judíos».[627] La semana siguiente, Udovychenko recomendó la alianza con Struk, afirmando que este no había hecho sino mostrar su disposición a luchar contra «el dominio judío».[628] En diciembre de 1918, tras conseguir armas de los alemanes que habían huido, Struk selló su alianza con Petliura. Según uno de sus compañeros de armas, «Struk era un gran aventurero que a menudo se autodenominaba coronel ucraniano y que afirmaba ser un íntimo de Petliura, pero ni siquiera sus amigos lo creían».[629] La realidad es que Petliura tenía poco control sobre Struk y otros señores de la guerra, cuyas bandas intentaba integrar desesperadamente en su mermado ejército. La finalidad de Struk era obtener poder regional, y las alianzas eran solamente instrumentales, medios para proporcionarle armas y respeto. El poder de Struk se derivaba de su control del tráfico fluvial entre Kiev y Chernóbil. En enero de 1919, él y sus hombres interceptaron a algunos viajeros en el río Dniéper, robándolos y

arrojándolos después por la borda, contemplando cómo chocaban contra el hielo y se hundían en el agua helada. Cuando Struk se marchó a finales de febrero, los vecinos hicieron agujeros en el hielo para recuperar los cuerpos. Los testigos cuentan cómo aparecieron flotando en la superficie los cuerpos hinchados, junto con documentos de identificación y billetes empapados, cuando el río se descongeló.[630]

Cuando en marzo de 1919, el poder de Petliura se esfumó, Struk cambió de bando de nuevo. Su grupo se convirtió en el Vigésimo Regimiento Soviético del frente ucraniano, y Struk regresó a Chernóbil «con uniforme de marino, una estrella roja en el pecho y un gorro militar, agitando un estandarte rojo con las palabras "Muerte a la burguesía" y "Larga vida al poder soviético"».[631] Se apropió de las consignas bolcheviques contra las cuales había movilizado con anterioridad a sus seguidores.

La retórica antisemita de Struk también cambió. Ahora llamaba a los judíos capitalistas y especuladores, y en ocasiones los acusaba de ser bolcheviques y burgueses, capitalistas y comunistas al mismo tiempo. En abril de 1919, en Hornostaipil, emitió un llamamiento a «aquellos pueblos, aldeas y ciudades donde los judíos comunistas y capitalistas y sus cínicos criados y empleados acaparan el poder y la autoridad».[632] Los aldeanos, decía, necesitan unirse para defenderse de los «capitalistas judíos, los comerciantes ricos y los especuladores». Su llamamiento terminaba diciendo: «Permanezcamos juntos, unidos por nuestra fe, nuestra amada tierra y nuestra libertad».[633] Sus soldados insurgentes mataron a cuarenta y siete judíos en Hornostaipil, una violencia que justificó diciendo que no podía haber una revolución sin víctimas.[634] En otra ocasión, sus hombres insinuaron que la revolución comunista era el Apocalipsis anunciado por Cristo.[635] Los seguidores de Struk interpretaron el mensaje como era previsible: una llamada a las armas contra los judíos.

En abril y mayo, Struk y sus hombres atacaron de nuevo los barcos que transitaban por el río Dniéper. Shifra Shklovskaya viajaba como pasajera en el *Baron Ginsburg* cuando este fue atacado el 7 de abril de 1919. El vapor lo habían fletado tres judíos para llevar una carga de azúcar desde Kiev. Como era habitual en los barcos de carga fletados, también se admitían pasajeros. Durante la noche, los hombres de Struk dispararon a la embarcación y la obligaron a atracar en la costa, donde «cinco o seis violentos bandidos armados subieron a bordo, golpearon el suelo con los pies y dieron la orden: "Judíos aquí, rusos allí"». Shklovskaya testificó que «los bandidos cogieron primero a una mujer mayor y la tiraron al río», y después ahogaron a otros cuarenta pasajeros judíos.[636]

El mismo día, soldados insurgentes de la banda de Struk atacaron otra embarcación, el vapor *Kazak*, que hacía la ruta de Kiev a

Chernóbil. Según el testimonio de Ber Borkhov Mogulevich, que iba a bordo, uno de los hombres de Struk disparó al barco. El capitán pensó que las autoridades oficiales le estaban indicando que se acercara a la costa, y así lo hizo. Allí, los insurgentes abordaron el barco y separaron a los veinticinco judíos que iban a bordo de los veinte rusos. Se llevaron a los judíos a la orilla, les quitaron los objetos de valor y les hicieron esperar junto a otro grupo de prisioneros judíos, en total unas cuarenta y cinco personas. Varias horas después, en mitad de la noche, llevaron a los judíos de nuevo a la cubierta del barco. El barco abandonó el muelle y en mitad del río los hombres de Struk arrojaron a los prisioneros al agua. Mogulevich recuerda: «Todo estaba tranquilo. De repente, escuché un ruido, como si un tronco se hubiera caído al agua. Después se llevaron a otro de mis amigos. Dos o tres minutos más tarde oí el mismo ruido».[637] Cuando le llegó el turno a Mogulevich, saltó al río y logró nadar hasta la orilla en la oscuridad. En definitiva, la Cruz Roja calcula que Struk fue responsable de la muerte de unas mil víctimas judías asesinadas en cuarenta y una ciudades distintas.[638]

A esas alturas, los bolcheviques querían tener poco que ver con Struk y su banda. Struk les hizo numerosas propuestas, pretendiendo una reconciliación, pero el Ejército Rojo ya no creía que fuera un aliado de confianza. A finales de abril, Struk vio que soplaban nuevos vientos y cambió de consigna una vez más. «Luchamos contra los comunistas, contra la opresión de Moscú y contra los judíos», anunció en Chernóbil el 29 de abril.[639] En septiembre estaba en Kiev, combatiendo del lado del Ejército Blanco.[640] A pesar de haber proclamado su lealtad a la República Popular Ucraniana, a los bolcheviques o al Ejército Blanco, su antipatía hacia los judíos permaneció siempre inalterable. Para muchos de los que le seguían, esto era lo que realmente importaba.

Trypillia, un lugar pintoresco localizado en un valle entre álamos que cubrían las colinas que daban al Dniéper, era una ciudad de unos seis mil habitantes antes de la Gran Guerra. Muchos de ellos se ganaban la vida con la ganadería, la pesca o trabajando en los molinos y en la pequeña fábrica metalúrgica. Había tenderos y granjeros, un restaurante y un mercado los miércoles, viernes y domingos. La ciudad cobraba vida los días de feria cuatro veces al año, tres en verano y uno en diciembre.[641] Los judíos y cristianos vivían en armonía, trabajaban al unísono y comerciaban entre sí en tiempos normales.

En la primavera de 1919, los rebeldes establecieron torres de vigilancia en las colinas que dominaban la ciudad para interceptar los barcos de vapor y redirigirlos al cercano puerto resguardado de Plyuty. Su plan era ambicioso: acumular barcos secuestrados y

utilizarlos para invadir Kiev.[642] El comandante de los rebeldes, Zelenyi -nacido Danilo Terpylo-, había aprendido las técnicas del terrorismo y la insurgencia con diecinueve años, mientras trabajaba en los talleres de forja de Kiev durante la revolución de 1905. Se unió a una célula de los revolucionarios socialistas, pero le expulsaron por sus muestras de chovinismo nacional, «porque cometí el error de repartir libros en lengua ucraniana», se defendía.[643] Fue encarcelado por las autoridades zaristas y, después de ser detenido una segunda vez, fue deportado al puerto de Arcángel en el mar Blanco. Liberado en 1913, probablemente debido a la amnistía general que se concedió para conmemorar el tricentenario del Imperio Romanov, Terpylo fue reubicado en el ejército zarista y sirvió en infantería en el frente occidental. Aprovechó la oportunidad para agitar a los soldados, distribuyendo panfletos y aleccionando a sus compañeros de armas sobre la inminente revolución campesina. Abrazó un estilo de vida radical en todos los aspectos. Rechazaba la institución del matrimonio y se unió a una mujer casada cuyo humillado marido se pasó a los bolcheviques y luego fue asesinado por las fuerzas de Terpylo.[644] Poco después de regresar a Trypillia en 1917, creó una célula clandestina de Cosacos Libres. Fue entonces cuando adoptó el nombre de guerra de Zelenyi («Verde»), por su asociación romántica con los verdes bosques de Ucrania.

Desde su origen en Trypillia, su banda pasó de ser un núcleo familiar -tres de sus hermanos y un puñado de campesinos- a convertirse en un gran ejército de campesinos dedicado a luchar contra el Hetmanato y los alemanes y a redistribuir la tierra entre los campesinos. Dejó su impronta cuando su banda atacó la comisaría de policía local, mató a dos oficiales y arrojó sus cuerpos al río. Durante el verano y el otoño de 1918, los cuerpos de guardia locales, terratenientes adinerados y soldados alemanes aparecieron flotando en los ríos Dniéper y Chórnaya: fueron víctimas de la banda de Zelenyi. En noviembre de 1918, Zelenyi controlaba Trypillia, Plyuty y otras aldeas, y combatía para controlar ciudades más grandes como Obújiv y Rzhyshchiv.[645]

Una vez derrotado el Hetmanato y restablecida la República Popular Ucraniana, Zelenyi ofreció su apoyo al Directorio. Era un gran orador y su fama le venía por haber logrado que los soldados del Ejército Rojo se volvieran contra sus mandos, convenciéndolos de que defendieran los ideales de la auténtica libertad de los cosacos en lugar del «bolchevismo judío». Cuando los soldados enemigos que capturaba se negaban a unirse a su causa, sus «tribunales populares» se ocupaban de ellos aplicando la justicia campesina.[646]

Igual que Sokolovsky y Struk, Zelenyi se definía como defensor del campesinado contra los pecados de la ciudad. La mayoría de sus

seguidores entendía sus referencias a la ciudad como un eufemismo para aludir a los judíos. «No soy ni amigo ni enemigo de Israel», se cuenta que declaraba:

> Luchamos por la libertad y la tierra. Todos los habitantes de Ucrania deben disfrutar de libertad, pero la tierra sólo pertenece a los ucranianos… Los judíos no necesitan tierra. Los judíos no trabajan la tierra, igual que no quieren ir a la guerra. Los judíos necesitan libertad y la tendrán. Podrán comerciar en nuestra tierra tanto como deseen, pero ese comercio debe ser íntegro y decente. A cambio de la libertad que obtendrán, tendrán que ayudarnos con su dinero.[647]

En la primavera de 1919, Zelenyi selló una alianza de señores de la guerra contra la sede del poder bolchevique en Kiev, avanzando hacia la ciudad con un ejército de doce mil soldados campesinos. Sin embargo, la mayoría de ellos abandonó la campaña antes de llegar a las puertas de Kiev, optando por saquear las grandes ciudades judías que se encontraban por el camino, que eran blancos fáciles.

Los saqueos se interrumpieron a principios de julio, cuando un destacamento del Ejército Rojo, formado principalmente por reclutas judíos jóvenes, atacó Trypillia. Un soldado judío describió lo que vio al entrar en la ciudad:

> Era un día caluroso y hacía un sol abrasador, así que las balas y las bombas incendiaron rápidamente las casas de los campesinos una tras otra. Los bandidos comprendieron que pronto todo el pueblo estaría en llamas y se marcharon para reagruparse. El pueblo se quedó de repente extrañamente tranquilo. Confiando en la situación militar, entramos en la aldea desierta. No sólo se habían marchado los bandidos, sino casi todos los campesinos pacíficos. Sólo quedaban ancianos, enfermos y niños, todos escondidos en sótanos y áticos. Debido a los rumores extendidos por los revolucionarios socialistas y los petliuristas, los campesinos sentían terror ante el Ejército Rojo. Su imagen del Ejército Rojo era la de ladrones y asesinos dirigidos por comunistas judíos.[648]

El destacamento del Ejército Rojo levantó un campamento en las colinas que dominaban el pueblo, la mitad en una colina de la izquierda y la otra mitad en una de la derecha, donde llevó a cabo maniobras y reforzó sus posiciones. De repente, el campamento de la derecha sufrió un ataque con cañones de los combatientes de Zelenyi, lo que obligó a los soldados bolcheviques a entrar en el pueblo. Los insurgentes fueron tras ellos. Todo el flanco derecho de la unidad

bolchevique fue masacrado en el pueblo, mientras la otra mitad del destacamento era capturada y confinada durante la noche en la plaza del pueblo. Los hombres de Zelenyi llevaron a los prisioneros hasta el borde del agua. Allí los desnudaron, les sujetaron las manos a la espalda, los ataron juntos a los árboles y luego los tiraron al río, disparando a todo aquel que saliera a flote.

El sábado 2 de agosto, los hombres de Zelenyi entraron en Justingrad, un pueblo de tres mil habitantes, situada a casi doscientos kilómetros de Kiev, en la que el ochenta por ciento de sus habitantes eran judíos. Muchos de ellos eran artesanos.[649] Las curtidurías, situadas a lo largo del río a cuyas aguas se arrojaban los residuos, suministraban el cuero a los fabricantes de arneses y guarnicioneros cuyas tiendas se ubicaban en la calle principal sin asfaltar. Al otro lado del pueblo, cerca del campo, estaban los herreros y los carreteros que proveían a cocheros y campesinos que llevaban sus productos para el mercado de los lunes. Los cordeleros trabajaban la fibra de cáñamo, extendiendo sus cuerdas por las calles mientras los niños jugaban con sus extremos.[650] La comunidad judía tenía una pequeña brigada de autodefensa que, con ayuda de los cristianos de una aldea cercana, había protegido Justingrad de gran parte de la violencia que había envenenado la región durante los meses anteriores. En ese momento, según el libro conmemorativo del pueblo, la comunidad estaba confiada. «Era un bonito día y la gente estaba relajada».[651]

Al atardecer, dos hombres a caballo entraron en la casa del rabino local, Pinkhos Rabinovich, y le dispararon mortalmente. El libro conmemorativo explica: «La gente piensa que el jefe de los bandidos había oído decir a los gentiles que la presencia de este virtuoso líder protegía la aldea. Por eso envió a los asesinos para eliminar al rabino antes de atacarla».[652] Con el rabino fuera de juego, los hombres de Zelenyi empezaron a saquear el pueblo. A la mañana siguiente, acorralaron a 143 jóvenes judíos, los encerraron en la sinagoga y exigieron la suma de un millón de rublos para liberarlos. Los aterrorizados representantes de la comunidad judía fueron casa por casa recogiendo dinero. Cuando, dos horas después, no habían sido capaces de reunir esa suma, los insurgentes sacaron a diez hombres de la sinagoga y los fusilaron, amenazando con repetir esta acción cada hora. Al final de la tarde, cuando estuvo claro que no se obtendría el rescate, los hombres de Zelenyi llevaron a sus rehenes a un puente situado a las afueras de la ciudad, los dispararon a todos con ametralladoras y arrojaron los cadáveres al río.

Las condiciones que habían contribuido a la aparición de señores de la guerra como Grigoriev, los hermanos Sokolovsky, Struk y Zelenyi prevalecían en gran parte de Ucrania. El hundimiento absoluto

del orden estatal y la pérdida de estabilidad económica que siguieron al repliegue del Directorio y al asalto de los bolcheviques dieron la oportunidad a exmilitares desalentados y descontentos para establecer las bases de su poder local. Al disolverse sus unidades militares, no habían sido capaces de reintegrarse a la rutina de los tiempos de paz; las economías rurales estaban en ruinas y los núcleos familiares amenazados por la ilegalidad reinante. De modo que continuaron con el estilo de vida militar que habían conocido cuando servían en el ejército imperial ruso o luchaban como Cosacos Libres independientes. Los líderes carismáticos lo tenían fácil para conseguir reclutas entre sus hambrientos compañeros de armas y entre los jóvenes de los pueblos que sólo habían conocido la guerra y cuyos padres hacía tiempo que habían cambiado el arado por la espada. Tras cinco años de guerra, la violencia se había normalizado, y la distinción entre poder militar y civil había desaparecido.

Con el campo destruido por los ejércitos mercenarios, los campesinos se levantaron en armas para sobrevivir, para obtener alimento, ropa y cobijo o para ajustar cuentas con sus rivales étnicos. Cuál fuera la bandera bajo la que luchaban era una cuestión secundaria. Se unieron a Petliura y a sus proclamas de libertad; después, tras su repliegue, pusieron sus esperanzas en la promesa bolchevique de restitución de la tierra, pero estas se vieron también frustradas. A falta de una ideología política en la que creer, muchos se dejaron influenciar por la teoría conspiratoria de que los judíos tenían la culpa de todos sus problemas. Al fin y al cabo, pensaban algunos, los judíos habían apoyado a los alemanes durante la ocupación. Habían especulado con las mercancías y la moneda, produciendo el colapso económico, habían traicionado la causa ucraniana poniéndose del lado de los rusos. Y ahora, disfrazados de bolcheviques, habían manipulado la revolución campesina. Muchos creían que los judíos les habían robado la tierra, amenazaban sus iglesias y estaban a punto de controlar todo el país. ¿Cómo no iban a luchar contra ellos los campesinos ucranianos?

11

MESES Y DÍAS

Antes de mudarse a Kiev y convertirse en un destacado escritor de literatura infantil en yidis, Itsik Kipnis vivía entre los peleteros y curtidores de la ciudad de Slovechno, a unos treinta y cinco kilómetros al oeste de Óvruch. Su casa estaba a las afueras de la ciudad; el patio, que su familia compartía con sus tíos, estaba junto a una curtiduría que sus padres habían recibido como parte de la dote de su madre. El padre de Kipnis trabajaba en la curtiduría, tal y como había hecho su abuelo. Había dos pozos en el patio, uno para la curtiduría y otro de agua potable. Los Kipnis también eran propietarios de un cobertizo y de una pequeña habitación que alquilaban ocasionalmente.

Al otro lado del jardín de los Kipnis vivían los hermanos Lukhtan. No era raro en Slovechno que los artesanos judíos como la familia Kipnis y los campesinos cristianos como los Lukhtan fuesen vecinos, cada uno con sus árboles frutales desplegando sus ramas por encima de las vallas del otro. En su autobiografía *Meses y días: una crónica* (1926), Kipnis recuerda que los Lukhtan eran buenos vecinos.[653] Timukh, el mediano de los tres hermanos, era un exsoldado bondadoso. Montaba a caballo por la ciudad y había algo impresionante en su personalidad; era «alto como un pino». A Marko, el mayor, un narrador de historias divertidas casado y con dos hijos, nunca pareció importarle que los gansos de los judíos pastasen en su patio o que los niños judíos del barrio robasen cerezas de su árbol. Maxim, el más joven, cuyo rostro describe Kipnis como la «personificación de la maldad», en ocasiones trataba de crear un altercado por los gansos que se colaban o las cerezas desaparecidas, pero Marko se limitaba a fumar su pipa y a reír amistosamente. «¿Y a ti que te importan los pequeños judíos? Sólo quieren coger una cereza». Marko había servido en el ejército y había luchado contra los alemanes, y cuando regresó con galones en los hombros trajo también caramelos para los niños del vecindario. Y, de hecho, le gustaban los judíos. Por eso resulta sorprendente que el miércoles 16 de julio de

1919, Marko ayudase a que se desatara una masacre contra sus vecinos judíos.[654]

Como muchos paisanos, Marko Lukhtan había sido apartado de la vida rural y arrastrado al combate siendo muy joven. Su experiencia de la guerra le había endurecido y, tras haber luchado en el ejército zarista, el hundimiento de este -no por haber sido derrotado en el campo de batalla, sino por la actividad revolucionaria interna- le había convencido de que el ejército había sido traicionado, apuñalado por la espalda. Había vuelto a casa atraído por la promesa bolchevique de distribución de la tierra, pero lo único que vio fueron campos ocupados por los alemanes. De alguna manera parecía que los judíos estaban detrás de todo: Trotsky había hecho un trato con los alemanes, y los barones del azúcar y los comerciantes de grano judíos estaban beneficiándose de la subida de precios de los bienes de primera necesidad. Incluso en Slovechno, los judíos, que constituían la mitad de sus dos mil habitantes, de repente parecían haber tomado el control.

Antes de la guerra, los judíos de Slovechno eran principalmente pequeños comerciantes, trabajadores del cuero o propietarios de pequeñas tiendas. Dominaban la plaza del mercado -las veintidós tiendas registradas en el directorio de la ciudad de 1913 eran propiedad de judíos-, pero comerciaban pacíficamente con los clientes cristianos.[655] Los campesinos llevaban el grano en sacos al molino de Engelbrekht, donde el molinero lo pesaba, lo molía hasta convertirlo en harina, lo envasaba en un pilón de madera y ayudaba a cargarlo en los carros de los campesinos. En los dos aserraderos, los judíos trabajaban codo con codo con sus vecinos cristianos, cortando la madera para las traviesas del ferrocarril o para los postes, e incluso en la fabricación de tableros para la exportación. La naturaleza pacífica de la ciudad fue confirmada por un estudiante, Isaac Goldberg, en el testimonio que prestó ante la Cruz Roja rusa: «Las relaciones de los campesinos con los judíos fueron muy estrechas hasta los últimos días».[656] Cuando la violencia llegó a Slovechno, fue algo personal: los responsables conocían a sus víctimas por su nombre y habían estado unidos a ellas durante generaciones. Al contrario que en muchos pogromos anteriores, en los que la violencia había sido instigada por soldados extranjeros o por señores de la guerra regionales, en Slovechno los perpetradores y las víctimas eran vecinos. La dinámica fue enteramente local, inspirada por relaciones personales y diferencias generacionales e interpretada a la luz de los símbolos religiosos ordinarios que configuraban la vida cotidiana de la ciudad.

Aunque Slovechno daba la sensación de ser una ciudad aislada, políticamente no era así: «No había periódicos en Slovechno -escribe Kipnis-, y aun así todo el mundo sabía lo que pasaba. Las noticias de

los sucesos se extendían rápidamente».[657] Cuando los refugiados inundaron la ciudad tras el pogromo de Óvruch en enero de 1919, con ellos llegaron los rumores. Los relatos de la brutalidad de Óvruch alimentaron el temor de la población judía, al mismo tiempo que inclinaban a los jóvenes impresionables de la localidad a considerar a los judíos como objeto de mofa y oprobio.

Ese invierno, la revolución llegó hasta Slovechno cuando los campesinos crearon un soviet que representaba los intereses rurales. Los campesinos se quejaban de que los judíos de la ciudad se habían beneficiado de la ocupación alemana a su costa. Se decía que los judíos querían derrocar al consejo campesino e instituir en su lugar uno nuevo, bolchevique, que representase a los trabajadores urbanos. En julio empezaron a circular nuevos rumores: los bolcheviques planeaban cerrar las iglesias y deportar al sacerdote. Según Jacob Melamed, maestro de Slovechno de veinticuatro años, los rumores procedían de las noticias acerca de que los bolcheviques iban a traspasar la propiedad de los archivos de la ciudad -el registro oficial de nacimientos, muertes y matrimonios- de las manos del sacerdote a las del Comité Central Ejecutivo del soviet, igual que habían hecho en otras ciudades que habían conquistado. Esta acción representaba la interferencia del estado en los sacramentos que siempre habían señalado los ciclos de la vida de la gente corriente. También representaba una gran disminución de la autoridad eclesiástica. A menudo eran los ataques de los bolcheviques a la Iglesia lo que más enfurecía a las masas y contribuía a que se asociara a los judíos con los bolcheviques: muchos cristianos piadosos no podían concebir que la profanación de las iglesias fuese obra de sus correligionarios. Los ataques tenían que ser obra de los judíos, argumentaban. En muchas ciudades pequeñas como Slovechno, los rumores de una cruzada bolchevique contra la fe avivaban la ampliamente extendida violencia antisemita, combinando la ansiedad económica, política y social moderna con un antiguo resentimiento religioso.[658]

L. Kaplan, que también testificó ante la Cruz Roja, atribuyó los rumores a un campesino de diecinueve años de rostro alargado y ojos verdes llamado Kosenko, al que le gustaba autodenominarse «el comisario de los insurgentes». Kosenko acusaba a los judíos más que a los bolcheviques de las afrentas a la iglesia: «El *leitmotiv* de su discurso era que los judíos roban nuestras iglesias y las convierten en sinagogas, y nos obligarán a registrar nuestros nacimientos, matrimonios y divorcios ante los rabinos».[659] Kosenko, que tenía catorce años cuando comenzó la Gran Guerra, había recibido una educación elemental y había trabajado en la oficina de racionamiento como funcionario de bajo rango. Kipnis le describe como «bajito como su padre, astuto, un poco perverso, educado: acabó los dos cursos de

nuestro colegio; era un tipo de veinte años, una especie de escritor local».[660] Como muchos de los poderosos señores de la guerra a quienes emulaba, a su corta edad ya había vivido la desintegración de varios estados y experimentado una violencia traumática. Bajo el Hetmanato se había unido temporalmente a las divisiones paramilitares que surgieron en la región, pero cuando se disolvieron se sintió desamparado. En la primavera de 1919, cuando llegó a la ciudad un nuevo jefe de policía -un polaco corrupto a quien muchos testigos definieron como antisemita-, Kosenko se alistó en el cuerpo junto con Marko y Timukh Lukhtan. Marko y Kosenko pronto se hicieron buenos amigos.

Jacob Melamed contó que el sábado 12 de julio, cuando los rumores se habían generalizado, él y el farmacéutico del pueblo (que también era judío) apelaron al sacerdote local con el fin de que utilizase su sermón para calmar a los campesinos. «El sacerdote contestó que no había motivo para temer a sus parroquianos y que les explicaría todo el domingo -dijo Melamed-. Esto nos tranquilizó un poco».[661] Pero varios meses después, como refugiado en Varsovia, Melamed dio una versión diferente a la Comisión de Distribución Conjunta, en la que el sacerdote ya no era el árbitro neutral que había descrito en su primer testimonio, sino un participante activo en el conflicto. Quizás el contacto con otros refugiados influyó en su relato, o quizás había conocido nuevos detalles entre tanto. Melamed relató a la Comisión de Distribución Conjunta que, cuando el farmacéutico y él se acercaron al sacerdote, este les contestó: «"Los judíos apoyan la separación de la Iglesia y el estado; son comunistas, y por eso los campesinos están contra ellos…". Sin embargo, el sacerdote prometió que intentaría pacificar a los campesinos. Más tarde se constató que este mismo sacerdote fue uno de los instigadores del pogromo».[662]

Todos los testimonios coinciden en que la mañana del martes 15 de julio la atmósfera se llenó de rumores acerca de un inminente pogromo. Según Melamed, al amanecer, «cuando las mujeres judías conducían el ganado a los pastos, las campesinas les dijeron "hoy caerá sobre vosotros el peor de los infortunios"».[663] Por la tarde, un grupo de destacados judíos acudió al jefe de policía a pedir permiso para formar una brigada nocturna de autodefensa. El jefe les aseguró que él y sus hombres tenían la situación bajo control. Aunque a los judíos que habían hecho esta petición no se les permitió patrullar la ciudad con armas, decidieron, no obstante, hacer guardia toda la noche recorriendo la ciudad, desarmados, para vigilar la tensa situación. Sintieron alivio cuando, hacia media noche, vieron llegar al jefe con varios hombres, entre ellos Marko Lukhtan y Kosenko, cada uno de ellos armados con cinco rifles que colgaban sobre sus espaldas. Pero en lugar de generar seguridad y repartir las armas entre los

judíos de guardia, los dos hombres lanzaron dos descargas. Con esa señal, la ciudad quedó rodeada de campesinos que aparecieron en la oscuridad: «La policía repartió los rifles entre los cerdos, y los judíos de guardia huyeron», escribe Kipnis. El jefe de policía, aclaró, lo había planeado todo con antelación junto con Marko Lukhtan y Kosenko.[664]

Hannah Gozman, una madre de cuarenta y cinco años, había ignorado los rumores y estaba profundamente dormida cuando el tiroteo la despertó en mitad de la noche. Dijo a la Cruz Roja que, unos diez minutos después, cerca de treinta o cuarenta hombres bajaron a la plaza de la ciudad desde las aldeas cercanas armados con rifles, horcas y palancas.[665]

Roza Zaks tenía sólo siete años cuando empezó el pogromo. Muchas décadas después, en 1996, sentada en su casa en el oeste de Hollywood con una estrella de David de oro en su collar, dijo a la fundación Shoah que recordaba que su madre había despertado a sus hermanos y a ella en mitad de la noche para que se escondieran en el entretecho de la porqueriza de sus vecinos. Desde su escondite vieron llegar a un anciano judío buscando refugio, y cómo le disparó un campesino armado. Consiguieron reprimir los gritos para evitar ser descubiertos. En cuanto tuvo ocasión, su madre llevo a Roza y a sus hermanos a casa de unos conocidos ucranianos en un pueblo cercano. «Eran muy buena gente», recordaba Zaks.[666]

Los insurgentes campesinos gritaban el eslogan de las fuerzas paramilitares de las Centurias Negras zaristas: «¡Hurra! ¡A por los judíos!». Rompieron ventanas y saquearon casas durante toda la noche. Hasta llevaban sacos para transportar los enseres robados. Melamed consiguió refugiarse en el sótano de la oficina de correos local. Hannah Gozman, cuyo marido estaba en viaje de negocios, cogió a sus hijos y los escondió en el sótano durante la noche. Cuando salió, todas sus ventanas estaban rotas.

Kipnis describió el panorama de la ciudad a la mañana siguiente: «Las calles tenían el mismo aspecto que después de la feria o antes de la Pascua judía -cuando los judíos limpiaban a fondo sus casas-, pero había algo siniestro. Había polvo y basura delante de las puertas. Había papeles y cristales rotos desperdigados».[667] Cuando Ayzik, el narrador autobiográfico de la obra escrita por Kipnis, recorre las calles, ve a Serhy, «un fornido y anciano *goy* de un pueblo cercano, mayor pero sin una sola cana» y a Timofeiko, «un vecino de mi misma edad». Ambos estaban saqueando las casas, incluyendo la de Ayzik, llevándose sus tazas, su ropa de cama, todo lo que había en los armarios, hasta la sal.[668] Al contemplar los daños en su dormitorio, Ayzik expresa su sensación de haber sufrido una violación personal: «Ahora nuestra habitación ya no es nuestra habitación, es algo así como un baño público. Ciertamente todavía es nuestra habitación,

pero ya no tiene nada que ver con ella».[669]

El miércoles, los judíos de Slovechno enterraron a sus muertos mientras sus vecinos seguían saqueando. Se contaron diecisiete cadáveres: cuatro de judíos locales y trece de judíos de los pueblos de los alrededores.[670] Algunos supervivientes consiguieron regresar a sus casas y esconder los objetos de valor que aún no les habían robado. Al caer la noche, muchos judíos huyeron de la ciudad y durmieron al raso en los campos de cáñamo y centeno de los alrededores. Otros buscaron refugio en los sótanos de vecinos no judíos o en casa de conocidos de los pueblos cercanos. Muchos de los que huyeron a otros pueblos no sobrevivieron: Melamed contó a la Cruz Roja que habían asesinado a ocho judíos en Begun, a unos pocos kilómetros, y a otros dos en Verpa. Gozman informó de que se había acercado a algunos campesinos que conocía buscando protección, pero sólo uno de ellos estuvo dispuesto a dejar que ella y sus hijos se escondieran en su casa.

Ovsey Freink, un sastre de cincuenta y tres años, contó a la Cruz Roja que, cuando empezó la violencia, huyó con su familia a Begun, su ciudad natal. Con la ayuda de un campesino conocido, encontró refugio en un granero. Mirando a través de las rendijas, Freink vio que se acercaban varios campesinos con revólveres, entre los cuales identificó a Kosenko. Los hombres encontraron a Ovsey y a su familia en el granero, posiblemente después de que el campesino que los había ocultado los delatara, y los atracaron a punta de pistola. Después dispararon en la pierna al hijo de Ovsey, Dovid, y, ante las protestas de la esposa de Ovsey, le dispararon también a ella. Kosenko y sus hombres dispararon a continuación al otro hijo de Ovsey, Khayim-Leyb, de dieciocho años, matándole al instante ante los ojos de su esposa, que llevaba en brazos a su bebé. Dovid y su madre sufrieron durante dos horas antes de sucumbir a sus heridas. Ovsey describe la escena diciendo que, cuando los hombres se marcharon, estaba bañado en la sangre de su familia. Aparte de él, sólo su nuera y el bebé sobrevivieron. Los tres, aterrorizados, permanecieron escondidos hasta el día siguiente. Cuando salieron de su escondite, nadie en el pueblo los ayudó. Ovsey contó que los campesinos y cristianos locales le miraban a él y a su nuera traumatizada con el bebé en brazos y se limitaban a reírse.[671]

En la crónica de Kipnis, Ayzik recuerda haber sabido del asesinato de Dovid Freink a la mañana siguiente. Mientras recorre la ciudad, oye a una mujer cantando en la plaza del mercado. Sólo cuando se acerca se da cuenta de que la que canta es la viuda de Dovid, que delira y que, «más que cantar, está recitando un sermón como si fuera un sacerdote. No, está declamando con una voz ronca y patética, como si estuviera en el teatro. Y sí, canta un poco en voz baja, como si estuviera hablando con alguien. Y camina con paso lento, con las

manos colgando, como quien no tiene prisa».[672]

El jueves por la tarde, el rabino de la ciudad de Slovechno, Ber Borukh Zion, exigió una entrevista con los insurgentes y pidió al sacerdote que hiciera las veces de mediador. Cuando se reunieron aquella tarde en la plaza de la ciudad, el rabino suplicó que hubiera paz, pero, según Melamed, fue rápidamente acallado. El sacerdote siguió el ejemplo del rabino, condenando el baño de sangre en términos generales, pero añadiendo que los judíos se merecían lo que les pasara. La reunión terminó con el acuerdo de que la comunidad judía pagase una gran cantidad de dinero, supuestamente para indemnizar a los campesinos por los daños de los días anteriores. La comunidad judía celebró después su propia reunión en la sinagoga y recolectó cuarenta mil rublos que le dieron a Kosenko y a sus hombres a cambio de la promesa de terminar con la violencia.[673]

Cuatro supervivientes heridos del pogromo de Slovechno: Y. Zilberband, M. Lender, Motl Feldman, y Kh. Y. Zilberban.

En su relato, Kipnis describe la reunión en la plaza del mercado de la ciudad en términos similares a los de los testimonios: «¡Qué extraña reunión la de hoy! No era ni un día de fiesta ni un día laborable. En mitad de la plaza del mercado había una especie de feria, pero sin ningún intercambio, con el rabino y el sacerdote de pie en mitad del círculo».[674] Según la interpretación de Kipnis, el sacerdote explica que tanto los judíos como los campesinos tendrían que contenerse,

haciendo que Ayzik se pregunte qué más podrían hacer los judíos para detener la carnicería de la que eran víctimas. Entonces, uno de los perpetradores, Stodot Popak, dice: «Los judíos son extranjeros. Los judíos son dañinos. El ganado de los judíos se come todos los pastos. Los judíos talan todos los bosques para hacer escobas. Los gansos de los judíos echan a perder los campos de trigo». Stodot continúa con sus acusaciones, afirmando que los judíos que ayudaron a los alemanes durante la guerra ahora son comunistas. Marko Lukhtan interviene y pide a los judíos que entreguen su dinero para poner fin al derramamiento de sangre. A Kipnis le queda claro que es Marko el que manda: «Es él quien cuenta el dinero y quien da las órdenes».[675]

El jueves, muchos judíos, incluido el rabino, decidieron pasar la noche juntos en la casa de Motl Ratner. Ratner era un judío destacado, dueño de la única tienda de dos pisos de la ciudad. En palabras de Kipnis: «La vivienda de Motl se parecía más a una estación de tren que a una casa. Judíos y campesinos entraban y salían…, no dejarían que nadie matara a Motl».[676] Pero resultó que la casa de Ratner no era un lugar seguro para esconderse. A las tres de la madrugada, Kosenko llevó a un grupo de campesinos armados con hachas y rifles al interior de la casa de Ratner, donde mataron de inmediato a cinco personas e hirieron gravemente al rabino. Y afuera, en la calle, los campesinos desataron otra ola de incendios, matando e hiriendo a muchos más hasta que, al amanecer, se sofocaron los disparos. Se informó de un total de veinticinco personas asesinadas en los alrededores de la casa de Ratner, incluyendo a su nuera, Yokheved.

Cuando la ciudad quedó en silencio, los judíos que habían sobrevivido salieron de sus escondites para socorrer a los heridos. Pero los insurgentes campesinos regresaron y empezó otra oleada de violencia. Buscaron sobre todo a los heridos, acabando con ellos con sus bayonetas. El rabino, gravemente herido, fue apuñalado hasta la muerte cuando atacaron al grupo de judíos que lo trasladaba a la enfermería.

El viernes por la mañana, Jacob Melamed, que se había escondido en el sótano del administrador de correos, decidió abandonar la ciudad. Había oído que los campesinos iban de casa en casa buscando judíos. «Salí del sótano y vi las calles llenas de judíos: mujeres, niños y ancianos arrastrándose durante kilómetros sin descanso. Parecía el Éxodo».[677] Melamed se dirigió a Óvruch con un grupo de refugiados, pero los campesinos intentaron detenerlos en su camino; sobrevivieron sobornando a todo campesino que llevase una guadaña. También informó de que dispararon a diecisiete judíos, entre ellos tres niños pequeños: «Se quedaron tirados en la calle hasta el sábado por la tarde, cuando los llevaron a la ciudad».[678]

Hannah Gozman también decidió que era hora de marcharse.

Junto a sus hijos, reunió sus pertenencias en un carro para huir a Óvruch. Sin embargo, cuando salían de la ciudad avisaron a Gozman de que Slovechno estaba rodeada y no había manera de salir. Regresó y escondió sus objetos de valor en un jardín. El sastre Avrum-Ber Vaysband invitó a ella y a sus hijos a esconderse en su casa, en donde ya había muchos judíos al amparo de la puerta blindada y de las ventanas reforzadas. La transcripción de su testimonio continua así: «Me resulta difícil recordar nuestra estancia en aquel infierno en la tierra (con voz débil). Sí, sí, sí, todas las habitaciones estaban llenas de judíos de Slovechno, ancianos, mujeres, niños, muchos de ellos escondidos bajo las camas, las mesas, los sofás, etc.».[679]

Srul Ber Berger, que también se escondió en la casa, describe la escena en su testimonio: «Algunos de nosotros nos encerramos en un dormitorio, los demás se quedaron en la sala de estar».[680] Poco después, Kosenko irrumpió en la casa del sastre con una banda de campesinos insurgentes. Según Berger, «un grupo de campesinos comenzó a romper ventanas y a disparar al interior. Nos tumbamos en el suelo, unos encima de otros, en montones de diez o quince personas. Unos cuantos campesinos entraron en la casa con Kosenko al frente. Kosenko anunció que nos iba a matar a todos. Los ladrones nos quitaron el dinero y nos golpearon con hachas y sables».[681] Berger fingió estar muerto y se quedó tumbado en una pila de cadáveres mientras los campesinos rebuscaban objetos de valor entre los cuerpos. «No levanté la cabeza hasta que escuché a alguien hablar en yidis: eran otros judíos, que habían venido a llevarse los cuerpos. Había sangre y lamentos de los heridos por todas partes. Salí para ayudar a trasladar los cuerpos. Subí el cuerpo de mi hermana en un carro. Y mientras lo hacía vi horrorizado un vestido que conocía demasiado bien. Miré con mayor atención: era mi mujer».[682]

Avrom Leyb Melamed, un trabajador de cincuenta y tres años, también se refugió en casa de Vaysband con su esposa y sus tres hijos. Y también él recordaba el ataque de Kosenko a la casa: «Los bandidos empezaron a dispararnos y a cortar las cabezas y cuerpos de mi mujer y mis hijos. Vi a Kosenko golpear a mi mujer en la cabeza y cómo ella expiraba su último aliento. También vino a por mí. Me hirió en la cabeza y en la mano derecha, que me dejó inútil». Kosenko cogió entonces su abrigo y sus zapatos y se marchó.[683] Un estudiante de quince años llamado Motl Kaplan también informó de que se había refugiado en casa de Vaysband con su madre, a quien alcanzó una bala en el corazón cuando salían de allí corriendo.[684]

Gozman testificó que Kosenko ordenó a todos los judíos que salieran de la habitación y los golpeó mientras lo hacían. También Kipnis relata este episodio en su crónica: en la casa de Vaysband, escribe: «Kosenko abrió una ventana y dijo a los judíos que huyeran

para salvarse, pero se quedó ahí de pie, y cortaba cada cabeza que asomaba por la ventana».[685] Roza Zaks, que salió de su escondite bajo la falsa impresión de que la masacre había terminado, se unió a los que estaban en la casa de Vaysband y fue golpeada y dada por muerta. Más tarde, ese mismo día, cuando estaban arrojando los cuerpos en fosas comunes, alguien escuchó un gruñido que provenía de uno de los cuerpos que estaba en la parte superior del montón. La cara de Roza estaba desfigurada, pero estaba viva.

Cuando Hannah Gozman huyó de casa de Vaysband, vio judíos muertos y heridos en las calles. «Nunca lo olvidaré: entre los muertos yacía herida la esposa del encargado de la sinagoga y un campesino estaba dándole patadas en la cabeza». Gozman recuerda que Maxim Lukhtan estaba cerca, con una pistola. Gozman consiguió escapar con sus hijos al pueblo vecino de Petrushki.[686] Pero no por ello terminó su calvario: cuando iba de camino a Petrushki fue detenida «por un joven campesino, de doce o trece años, que llevaba una pequeña pistola y que nos pidió que le entregásemos todo lo que nos quedaba». Informa también de que otros campesinos se burlaban de ellos por sus ropas manchadas de sangre y los tildaban de bolcheviques y comunistas. No estuvieron a salvo hasta que llegaron a casa de un campesino cerca de Petrushki. El campesino les dio de comer, les dejó pasar allí la noche y el sábado los llevó al bosque, en donde estaban escondidos otros judíos. Gozman estuvo caminando con los suyos hasta el amanecer, cuando Motl Ratner los recogió en su carro y los llevó a la ciudad de Valednik. Finalmente consiguieron llegar a Óvruch, donde sus hijos recibieron atención médica.

Cuando describía estos hechos en su testimonio, Gozman recordó de pronto un detalle crucial: «Disculpe, se me ha olvidado decirle que cuando pasamos por la casa de Kosenko, su madre lavó con agua las heridas de mi hija, diciendo: “Salid rápido o lo pasareis mal”».[687] No era raro que los padres se mantuvieran al margen de la violencia de sus hijos. «A mi modo de ver -escribe el estudiante Isaac Goldberg-, los participantes más activos en el pogromo fueron los campesinos jóvenes». La mayoría de los culpables se había criado en un momento de guerra y caos absoluto, y tenían pocos recuerdos de cómo era el país en tiempos de paz. En lugar de pasar su juventud labrando los campos junto a sus padres, los jóvenes de Slovechno se imaginaban a sus progenitores disparando a los alemanes con revólveres en el frente y escuchaban historias y rumores de muerte y destrucción, que estaban muy extendidos.

De hecho, los padres de los culpables a menudo son retratados como gente compasiva con los judíos que quería poner fin al brutal comportamiento de sus hijos. Roza Zaks, por ejemplo, cuenta que el hijo de una mujer ucraniana quería unirse a los rebeldes para «saquear

las casas de los judíos». Pero su madre «le suplicó entre lágrimas que no lo hiciera: Dios le castigaría y las cosas que robase no le traerían nada bueno. Su hijo le hizo caso y se fue a casa a dormir».[688] En otras palabras, la insurgencia era una rebelión de la juventud, de unos jóvenes que no veían futuro para ellos en la confusión de la guerra civil y que no tenían recuerdos de la frágil paz que en otro tiempo había sido la norma.

Varios testimonios relatan episodios en los que se amenazaba a las víctimas judías con una conversión forzada o se las provocaba con símbolos religiosos. Por ejemplo, Moyshe Feldman, guardia forestal de diecinueve años, informó de que, cuando iba camino del cementerio para ayudar a enterrar a los muertos, fue abordado por unos campesinos que le dijeron: «Cuando entierres a todos los caídos, te mataremos y te enterraremos nosotros mismos, ya nos habéis causado suficientes problemas… Pero si quieres vivir, ve a ver al sacerdote y pídele que te bautice y limpie todos tus pecados».[689] Kipnis también escribe que, antes de que Kosenko ordenara a los judíos supervivientes que enterraran a los muertos, los campesinos bloquearon el camino de salida del pueblo y reunieron a los judíos en la plaza, al lado de la iglesia, donde les ordenaron que besasen la cruz. Ya sea como mediador o como instigador, el sacerdote local aparece de manera destacada en muchos testimonios. Las causas originarias del conflicto pudieron haber sido sobre todo las rivalidades económicas y los antagonismos políticos, pero estos detalles nos recuerdan el constante papel que desempeñó el inveterado resentimiento religioso en la motivación de la violencia.

El sábado por la mañana, un destacamento de soldados del Ejército Rojo -la «salvación», según Kipnis- llegó desde Óvruch y rodeó el pueblo. Goldberg, que había conseguido huir de Slovechno el jueves, volvió con el destacamento, convertido en un recluta; el pogromo había bastado para convencerle de que se alistara. Recordaba la escena que vio al entrar en la ciudad el sábado por la tarde: «Era difícil creer que estábamos viendo la realidad y no una pesadilla. No había ni un alma por las calles, sólo un grupo de vacas que los campesinos habían liberado cuando oyeron que se acercaban los bolcheviques (el ganado pertenecía a los judíos). Los cadáveres y las pertenencias estaban desperdigados, por todas partes había regueros de sangre. En el exterior de las casas había signos de destrucción: ventanas, puertas y verjas rotas. En los patios todo estaba arrancado. Los cadáveres yacían en las casas en las que logramos entrar, cadáveres de niños».[690] También Feldman recordaba ese día: «Hasta la tarde estuvimos ocupados en el cementerio, no enterramos a todo el mundo. Aún quedaban muchos cuerpos en las casas y en las calles. Un hedor de putrefacción impregnaba el calor del verano y había charcos

de sangre humana por todas partes».[691] Otro soldado del Ejército Rojo, Arya Tereshko, recordaba su primera impresión: «Los cuerpos se apilaban unos encima de otros. Había cuerpos de mujeres y niños. En una casa vi un cuerpo decapitado, al lado estaba su cabeza».[692]

Las tropas del Ejército Rojo se vieron envueltas en una escaramuza con Kosenko y sus hombres. Cuatro insurgentes murieron y dos soldados también cayeron en el enfrentamiento, uno de ellos de origen judío. Al caer la noche, cuatro días después de su comienzo, el pogromo había terminado.[693] Una vez que se hicieron con el control, los bolcheviques convocaron una reunión con los campesinos y les urgieron a redimir sus faltas uniéndose al Ejército Rojo y combatiendo por la revolución. También animaron a los judíos a unirse a la batalla para saldar la deuda con sus salvadores comunistas. Las víctimas y los culpables trabajarían juntos bajo la bandera roja.[694]

Los principales cabecillas del pogromo escaparon y desaparecieron en el campo, pero los bolcheviques capturaron a una docena de insurgentes. Según cuenta Kipnis, el destacamento del Ejército Rojo «sentó a doce campesinos en una gran carreta de heno; tenían las manos atadas a la barandilla. Los doce eran grandes, fuertes y estaban furiosos. Nueve de ellos eran de la localidad… Sólo faltaban los jefes: no estaban Kosenko, ni Marko, ni el jefe de policía».[695] Se hizo justicia de inmediato: «Pusieron a cuatro de los campesinos de pie junto a la cárcel con los ojos vendados y los fusilaron».[696] Según un informe, el destacamento fusiló a veinte campesinos insurgentes en el acto y detuvo a otros diez, que fueron llevados a Óvruch.[697]

El pogromo de Slovechno rompió el equilibrio entre la ciudad y el campo que había existido durante generaciones. A menudo, los campesinos cristianos que vivían en las cercanías del pueblo y que acudían con regularidad los días de mercado y de servicio religioso, conocían a los comerciantes y hombres de negocios judíos a los que ahora acusaban de especulación y bolchevismo; los judíos del pueblo, por su parte, sabían el nombre de aquellos que blandían una espada contra los suyos y que les robaban sus vajillas. Esta familiaridad hizo que fuera difícil perdonar cuando el poder volvió a cambiar de manos, y se generó un ciclo de violencia.

Catorce meses después, en septiembre de 1920, un tribunal revolucionario que actuaba basándose en las pruebas obtenidas de diecinueve testigos, detuvo y procesó a tres personas: Dmytri Dubnitsky, Oleksandr Khilevich, e Ivan Kuprash, acusadas de haber participado activamente en el pogromo. Kuprash consiguió escapar, pero continuaron las investigaciones sobre los otros dos.[698] Dubnitsky, de veintiséis años, y Khilevich, de dieciocho, negaron su implicación en el pogromo, afirmando que los judíos los habían acusado «por

despecho». La causa contiene numerosas declaraciones de testigos realizadas por un grupo de judíos que afirmaron que ellos habían visto personalmente tanto a Dubnitsky como a Khilevich entre los insurgentes armados con rifles, gritando: «Golpead a los judíos, acabad con los comunistas, matadlos a todos». El tribunal concluyó que ambos acusados habían estado motivados por «el odio nacional hacia la población judía» y los acusaron de asesinato. Ambos fueron entregados al Tribunal Revolucionario de Volinia.[699]

El 31 de marzo de 1921, juzgó el caso el Tribunal Revolucionario de Volinia, presidido por el camarada Feldman. El secretario del Tribunal se llamaba Ratner, posiblemente miembro de la misma destacada familia que había sido perseguida durante el pogromo. El Tribunal concluyó que los dos participaron en un plan predeterminado para llevar a cabo un pogromo que acabó con la vida de setenta y dos personas y dejó heridas a otras cien. El Tribunal declaró que ambos eran «los más terribles enemigos de la clase trabajadora» y los sentenció «al máximo castigo, es decir, la ejecución mediante fusilamento».[700] Muchos judíos contemplaron con reverencia y admiración estos procedimientos con la esperanza de que el nuevo régimen finalmente acabase con la violencia antisemita. Por su parte, muchos vecinos veían al Tribunal Revolucionario, presidido por Feldman y Ratner, más bien como una especie de venganza judía, un tribunal judío ávido de tomar represalias contra la juventud cristiana del pueblo.

Los dos convictos recurrieron al Tribunal Supremo de Apelaciones, que el 28 de mayo falló a su favor. El juez que lo presidía llevaba el apellido eslavo Yanksii, y le asistían funcionarios con los apellidos igualmente eslavos Semenova y Rudenko, que determinaron que el Tribunal Revolucionario no había tenido en cuenta un decreto emitido el 7 de noviembre de 1920 por el Partido Comunista con motivo del tercer aniversario de la revolución, que decretaba una amnistía para los «individuos acusados de vandalismo que pertenecieran a familias proletarias o que fuesen campesinos solteros que se hubieran visto envueltos en actividades criminales como resultado de su ignorancia o inconsciencia».[701] Este tipo de amnistías se decretaban de vez en cuando para conservar el apoyo de las masas, aliviar la superpoblación de las cárceles y apaciguar las tensiones étnicas y de clase. Las amnistías ayudaban también a proyectar una imagen benevolente y piadosa del nuevo gobierno soviético. Sin embargo, tuvieron el efecto colateral de desalentar a la población que pedía justicia.[702] Mientras el tribunal de judíos había condenado a muerte a los perpetradores, el tribunal de eslavos los había perdonado. Esta lección se recordaría en el pueblo durante mucho tiempo: parecía confirmar las sospechas de que los judíos eran un pueblo cruel,

incapaz de mostrar clemencia cristiana.

Por su parte, Marko Lukhtan consiguió escapar de los tribunales. Sin embargo, no tuvo tanta suerte a la hora de escapar de las patrullas ciudadanas. Kipnis nos relata que, finalmente, «a mediodía se escucharon tres disparos a las afueras del pueblo… Marko mató a los judíos y los judíos mataron a Marko».[703]

12

POLONIA Y UCRANIA EN EL ESCENARIO MUNDIAL

El sábado 28 de junio de 1919 -cinco años después del fatídico día en el que Gavrilo Princip cometiera el terrible asesinato del archiduque Francisco Fernando-, se alinearon en la plaza del Palacio de Versalles lanceros con uniformes azules y cascos mientras Clemenceau, Wilson, Lloyd George y sus asistentes llegaban en coche al palacio. Escoltado por la Guardia Republicana francesa, Clemenceau, el anfitrión, condujo a la comitiva oficial a través de la majestuosa escalera y por los salones, hasta la Galerie des Glaces, el mismo lugar donde Bismarck había promulgado la creación del Imperio alemán en 1871. Ahora, los gobernantes de las grandes potencias se sentaban en un estrado ligeramente elevado en mitad de la gran sala, rodeados de capiteles de bronce dorados, pilastras de mármol rojo Rouge de Rance y cientos de espejos. Los numerosos invitados distinguidos, sesenta por cada una de las grandes potencias, los miraba. No hubo grandes discursos. Los ánimos estaban por los suelos, lo que resultaba un marcado contraste con el magnífico entorno, colmado de simbolismo histórico.

A las tres de la tarde, los delegados alemanes fueron escoltados hasta la abarrotada sala. «Parecían prisioneros a los que se llevase ante el juez para escuchar su sentencia», señaló el estadista británico James Wycliffe Headlam-Morley.[704] Ante una tensa audiencia, los alemanes firmaron el documento en el que aceptaban la responsabilidad por «todas las pérdidas y daños» de una guerra causada «por la agresión de Alemania y sus aliados». En el acuerdo, Alemania perdía el trece por ciento de su territorio y el diez por ciento de su población y se avenía a aceptar restricciones militares y a pagar reparaciones. Fue una manera humillante de terminar la guerra. La propia firma fue tan rápida y metódica que cuando sonó la salva de un cañón, algunos de los invitados, mirando por encima del hombro de los demás, no sabían distinguir si la ceremonia había terminado o acababa de empezar. Sin embargo, en todas partes las celebraciones llenaron las calles. En París «aparecieron orquestas improvisadas en

cada esquina. Los jóvenes y ancianos bailaban y todo el mundo se besaba», informó el *New York Times*.[705]

Los negociadores de la paz se negaron a reconocer la independencia de Ucrania y rechazaron todas las reclamaciones bolcheviques sobre los antiguos territorios zaristas. En su lugar, apoyaron la reunificación de Ucrania con «una Rusia federal o genuinamente democrática» y se comprometieron a respaldar al Ejército Blanco para el futuro logro de esta meta.[706] Pero su actitud hacia Polonia fue más positiva. En una mesa secundaria, en paralelo a la ceremonia celebrada en la Galerie des Glaces, Dmowski y Paderewski firmaron el Tratado de las Minorías Polacas, en el cual las grandes potencias acordaban reconocer a la República de Polonia como estado soberano como contrapartida por su compromiso para proteger los intereses de sus minorías étnicas, religiosas y lingüísticas. En concreto, los polacos reconocían a los judíos el derecho a celebrar el *sabbat* y a educar a sus hijos en escuelas financiadas con fondos públicos. La Liga de las Naciones haría cumplir los acuerdos. Muchos polacos aún veían el Tratado de las Minorías como una restricción intolerable de su soberanía, como una mancha en lo que, por otra parte, era un triunfo del espíritu nacional polaco, y se mostraban molestos por la intervención de los judíos ante los aliados para limitar la autonomía polaca.[707] «Hay una campaña de propaganda judía contra el estado polaco -declaró un parlamentario polaco la misma semana en que se aprobó el tratado. Su alegato fue recibido con gritos de aprobación por los parlamentarios sin cargo-: ¡Es cierto! ¡Totalmente!».[708]

Incapaces de influir sobre la situación de Ucrania, pero alentados por su éxito frente a los polacos en París, los emisarios judíos Louis Marshall y Lucien Wolf continuaron haciendo campaña en nombre de los judíos del este de Europa, defendiendo ahora la creación de una comisión de investigación bajo el mando americano sobre los pogromos ocurridos en Polonia. Cuando Paderewski anunció que dicha proposición sería bien recibida, el asunto quedó resuelto. El secretario de estado norteamericano, Robert Lansing, encargó a la comisión la investigación «de varias masacres, pogromos y otros excesos presuntamente ocurridos», con el propósito de «descubrir las razones subyacentes a tales excesos y discriminaciones con vistas a encontrar un posible remedio».[709] Wilson nombró presidente de la comisión a Henry Morgenthau, el antiguo embajador judeoalemán en el Imperio otomano, que había alertado sobre las atrocidades cometidas por los turcos contra los armenios en 1915. Pero, como ferviente asimilacionista y enemigo declarado del sionismo, Morgenthau despertaba pocas simpatías entre los activistas judíos. Fue

uno de los firmantes de la declaración enviada al presidente Wilson, que sostenía que el sionismo «no sólo malinterpreta el curso de la historia de los judíos, que dejaron de ser una nación hace dos mil años, sino que implica la limitación y la posible anulación de las extendidas demandas de ciudadanía plena y derechos humanos de los judíos en todos los lugares en los que estos no estuvieran aún garantizados».[710] Años más tarde, en sus memorias, Morgenthau desacreditaba el sionismo como «la falacia más asombrosa de la historia judía» y definía el movimiento de «errado en sus principios y de imposible realización».[711] Incluso achacaba los pogromos a la influencia del sionismo: «Estaba bastante claro que una de las causas más profundas y oscuras del conflicto judío en Polonia era el liderazgo nacionalsionista que explotaba las profecías del Antiguo Testamento para captar adeptos al esquema nacionalista».[712] Su nombramiento para que liderara la comisión fue una gran decepción para Marshall y otros defensores de los judíos, que pensaban que Morgenthau estaba más interesado en contentar a los polacos que en defender a los judíos.

La firma del Tratado de Versalles en la Galerie des Glaces.

El día que se firmó el Tratado de Versalles, Morgenthau cenó con Paderewski, Dmowski y Lansing en el Ritz. A mitad de la cena, Lansing y Paderewski se marcharon para despedirse del presidente Wilson, que iba a tomar el tren a Le Havre para volver a América. Morgenthau se quedó solo en la mesa con Dmowski. Las expresiones de antisemitismo aún eran aceptables en la alta sociedad, así que no

puede considerarse sorprendente que Morgenthau se girase hacia Dmowski y le dijera: «Entiendo que usted sea antisemita, y quiero saber qué piensa de nuestra comisión». Lejos de rechazar la definición, Dmowski contestó: «Mi antisemitismo no es religioso, sino político». Aseguró a Morgenthau que no tenía ningún problema con los judíos, siempre y cuando no estuvieran en Polonia. «Quería que Polonia fuese sólo para los polacos y no ocultaba este deseo», contaba Morgenthau. «No hubo nunca pogromos en Polonia», insistió Dmowski, adoptando la tesis de que la violencia en Lwów, Pinsk y otros lugares había sido consecuencia de peleas más que de masacres. Antes de que se secara la tinta del Tratado de las Minorías Polacas, Dmowski dirigió a Morgenthau una grave advertencia: «A menos que los judíos abandonen su exclusividad, harán bien en abandonar el país».[713]

La comisión de Morgenthau llegó a Varsovia el 13 de julio, se instaló en el Palacio Raczynski, un edificio de estilo rococó del siglo XVII, donde recibía a sus invitados y recogía declaraciones de dignatarios polacos y representantes de la comunidad judía. «Día tras día nos sentábamos allí y escuchábamos, preguntábamos, tomábamos numerosas notas, y hacíamos gruesos informes», recordaba Morgenthau.[714] En sus memorias, escribió sobre la opresión de la que fue testigo y sobre la esperanza que los representantes judíos a los que entrevistaba habían depositado en su comisión. Por ejemplo, el rabino Rubenstein, de Vilna, «mostraba una patética confianza en que por fin hubiera un tribunal deseoso de hacer justicia. Imagínense un rostro como el del Cristo de un pintor medieval, marcado por el horror de sus experiencias más recientes; en sus ojos se reflejaba el dolor que había sufrido al contemplar la masacre de lo mejor de su rebaño».[715]

Como todo el mundo, Morgenthau quedó cautivado por Paderewski. Pero se mostraba menos impresionado por el jefe del estado polaco, Józef Piłsudski. Como Dmowski, Piłsudski consideraba meras exageraciones los informes extranjeros sobre los pogromos, y acusó a la comisión «de haber venido a remover de nuevo la situación» y a «seguir dañando nuestra reputación en el extranjero». Morgenthau expuso a Piłsudski su estrategia: «Aunque tengamos que hacer reproches a los polacos e imponer severos castigos a algunos de ellos por sus excesos y persecuciones económicas, que condeno con firmeza, presentaremos nuestras conclusiones con equidad para ambos bandos».[716] Según Morgenthau, Piłsudski respondió remitiendo a la larga tradición de amistad que había entre polacos y judíos, pero lamentó «que, por desgracia, en la reciente guerra, algunos judíos hubieran testificado contra los polacos en Galitzia, creando así un prejuicio contra ellos», y repitió la patraña de la deslealtad judía.[717]

Finalmente, la comisión de Morgenthau concluyó que habían sido asesinados doscientos ochenta judíos, y que miles de ellos habían sido

asaltados y robados en ocho incidentes concretos en lo que se consideraba territorio polaco: dos en noviembre de 1918 (Kielce y Lwów), tres en abril de 1919 (Pinsk, Lida y Vilna), dos en mayo de 1919, (Kolbuszowa y Czestochowa) y uno en agosto de 1919 (Minsk). Los «excesos», como los calificaba el informe, fueron «el resultado de un ampliamente extendido prejuicio antisemita, agravado por la creencia de que los habitantes judíos eran políticamente hostiles al estado polaco».[718] El informe achacaba la responsabilidad última a «los reclutas polacos indisciplinados y pobremente equipados que, sin el control de sus inexpertos y a veces débiles oficiales, intentaron sacar provecho a costa del segmento de la población que consideraban ajeno y hostil a la nación polaca y a sus aspiraciones».[719] El comité confiaba en que «cuando se fijasen definitivamente las fronteras de Polonia y se implementara la organización interna del país, el gobierno polaco estuviese cada vez más capacitado para proteger a todos los integrantes de la ciudadanía polaca»[720] y en que «las relaciones entre judíos y no judíos mejorarían indudablemente en una Polonia democrática y fuerte».[721] En sus memorias, Morgenthau reflexiona: «No hay duda alguna de que los judíos habían sufrido. Hubo terribles atropellos, al menos de forma esporádica, que dieron como resultado muchos muertos y aún más heridos y saqueos, y había desde hacía tiempo una disposición general, por no decir un complot, que pretendía que los judíos se sintiesen incómodos en muchos aspectos. Hubo una trama deliberada para boicotearlos económica y socialmente. Tampoco hay duda de que algunos dirigentes judíos exageraron estas atrocidades».[722]

El informe de Morgenthau decepcionó a muchos miembros de la comunidad judía, que tuvieron la impresión de que blanqueaba las actividades antisemitas. Algunos creían que, al haber interpretado en sentido estricto el mandato de referirse sólo a territorios claramente controlados por el ejército polaco, Morgenthau había pasado por alto otros pogromos que habían sido mucho más graves en las disputadas regiones del este. Es comprensible que no estuviera claro qué era exactamente Polonia, ya que muchos polacos seguían reclamando territorios históricos de la mancomunidad polaco-lituana, que incluían gran parte de Ucrania. En una época en la cual las fronteras estaban cambiando constantemente y el estatus de toda la región estaba en disputa, pocos entendían las sutiles distinciones que hacían Morgenthau y, antes que él, Hugh Gibson -el embajador americano en Polonia- cuando hablaban de «pogromos en Polonia». Como resultado, la investigación americana dio involuntariamente la falsa impresión de que la situación de los judíos en toda la región era menos grave de lo que se había creído.

Petliura, por su parte, intentó aprovechar el sentimiento antipolaco de los activistas judíos para ganar apoyos para la República Popular Ucraniana en su conflicto con Polonia en la Galitzia oriental. En mayo de 1919, mientras en París se decidía el destino de Polonia, Petliura emitió una serie de declaraciones condenando inequívocamente los pogromos. Para exigir la persecución de los culpables, creó una Comisión Extraordinaria para la Investigación de los Pogromos Antijudíos, con poder para determinar la culpabilidad individual y llevar a los responsables ante un tribunal militar para que fueran sentenciados.[723] El 9 de julio, días antes de que la comisión de Morgenthau llegara a Varsovia, emitió una proclama recordando a su ejército que los judíos estaban luchando junto a los ucranianos en la batalla por la independencia.[724] Estos sentimientos se reafirmaron en un decreto del gabinete del 18 de agosto, que culpaba de los pogromos al enemigo común del pueblo ucraniano y los judíos: las clases dirigentes polacas, los «grupos reaccionarios» del Ejército Blanco y los bolcheviques. El decreto afirmaba que los líderes de la República Popular Ucraniana «se han propuesto como su tarea más urgente erradicar toda posibilidad de provocaciones, pogromos y otros excesos, y pedir cuentas a todas las personas hostiles al estado ucraniano que lleven a cabo insidiosas provocaciones y pogromos en Ucrania».[725] Finalmente, el 26 de agosto, cuando las tropas de Petliura se acercaban a Kiev en una nueva ofensiva, emitió la orden militar número 131: «Es hora de dejar claro que la pacífica población judía, las mujeres y los niños, han sido oprimidos y privados de su libertad como nación igual que nosotros. No podemos separarlos de nosotros, siempre han estado con nosotros y han compartido con nosotros sus alegrías y sus penas».[726]

La orden 131 iba dirigida a los oficiales y soldados de Petliura, pero también al público en general, particularmente a los negociadores de la Paz de París, cuyos representantes seguían discutiendo el estatus de la Galitzia oriental, que no había quedado resuelto en los grandes tratados firmados en Versalles. Según decía la orden:

> El mundo entero admira nuestra victoriosa lucha por la liberación. No manchemos estos logros, ni siquiera accidentalmente, con hechos desafortunados, y no avergoncemos a nuestro país ante el mundo entero. Nuestros muchos enemigos, tanto externos como internos, ya se están aprovechando de los terribles pogromos. Nos señalan con el dedo y conspiran contra nosotros, diciendo que no nos merecemos una existencia independiente como nación y que se nos debe imponer de nuevo el yugo de la esclavitud. Yo,

> vuestro jefe atamán, os digo que la decisión sobre si tendremos o no un estado independiente se está tomando ahora en un tribunal internacional.[727]

Petliura había evitado hacer este tipo de declaraciones explícitas cuando realmente tenía poder, en el momento en que sus tropas aún estaban cometiendo atrocidades contra las poblaciones judías de Óvruch, Berdichev, Zhytómyr y Proskuriv. Como señalan muchos críticos, sólo intentó volver a los principios fundacionales del gobierno del Directorio y defender una Ucrania multiétnica cuando su ejército se desintegró y tuvo que pedir ayuda a los aliados.

Estas declaraciones llegaron demasiado tarde para poder causar algún efecto, especialmente respecto del intento de Petliura de conseguir apoyo internacional para las reclamaciones de Ucrania en la Galitzia oriental. Gran Bretaña y Francia reconocían que los judíos de la Galitzia oriental «han dado pruebas inequívocas de que no quieren someterse al estado polaco tras los pogromos perpetrados contra ellos; y han manifestado su deseo de integrarse en el estado ucraniano», confiando aún en la promesa de autonomía nacional del Directorio. Pero tras la ocupación de Kiev por los bolcheviques y tras los rumores de una alianza entre la Ucrania bolchevique y la Hungría de Béla Kun, las grandes potencias concluyeron que era demasiado arriesgado confiar en Petliura.[728] Preveían que la República Ucraniana, tal como estaban las cosas, caería pronto en poder del Ejército Blanco, de los polacos o de los bolcheviques; su interés prioritario era asegurar que no se apoderasen de ella los bolcheviques. Así que, cerrando los ojos ante los ataques de los polacos contra los judíos, el Consejo Supremo presidido por Wilson, Clemenceau y Lloyd George respaldó las reclamaciones de Polonia respecto de la Galitzia oriental y autorizó al ejército polaco a ocupar la región como medida provisional para frenar el avance del bolchevismo.[729]

En junio de 1919, los legionarios polacos tomaron el control de Lwów y expulsaron a los ucranianos, destruyendo en la práctica la República Popular Ucraniana Occidental. Muchos nacionalistas ucranianos de Galitzia se exiliaron en Múnich, Berlín, París, Londres y el oeste de Canadá, desde donde continuarían defendiendo una Ucrania independiente. Otros se unieron al ejército de Petliura, en un último esfuerzo de luchar por una Ucrania independiente sin la Galitzia oriental. Aunque los aliados aseguraron que no era su intención que la ocupación polaca prejuzgase la configuración final de la región, la Liga de las Naciones concedió después a Polonia un mandato temporal sobre la Galitzia oriental y, más tarde, en 1923, reconoció la soberanía permanente de Polonia en esa región. Esta soberanía duró hasta las invasiones alemana y soviética de septiembre

de 1939.[730]

Una vez establecido provisionalmente el estatus de Polonia, la atención internacional se fijó finalmente en la matanza que se estaba llevando a cabo en Ucrania. A finales de agosto, las pruebas de la violencia en la región eran abrumadoras.[731] El 2 de septiembre, el diario en lengua yidis *Der Morgen Zhurnal* («El Periódico de la Mañana») abría su edición con un gran titular que informaba de que había habido medio millón de víctimas en los pogromos de Ucrania.[732] Unos pocos días después, la Federación de Judíos Ucranianos de América advirtió que había seis millones de judíos en peligro, y aseguró que ya habían sido asesinados ciento veintisiete mil en Ucrania,[733] al mismo tiempo que el *New York Times* publicaba noticias detalladas sobre los pogromos.[734] En octubre, los trabajadores humanitarios judíos Meir Grossman y Abram Koralnik llegaron a Londres desde Kiev e informaron de primera mano sobre las atrocidades. El escritor francés Anatole France, que había destacado por sus críticas al ejército francés durante el caso Dreyfus de 1898, salió de nuevo en defensa de los judíos como primer firmante de una carta de octubre de 1919 que pedía a las grandes potencias que defendieran a los judíos del este de Europa: «En el corazón mismo de la Europa civilizada, en el amanecer de una nueva era de la que el mundo espera el establecimiento de la libertad y la justicia, la existencia de toda una población está amenazada. Estos crímenes no sólo deshonran al pueblo que los comete, sino que atentan contra la racionalidad y la conciencia humanas».[735]

Casi a diario siguieron llegando cartas de judíos ucranianos a Londres y París relatando la violencia y pidiendo, tanto a la Comisión Judeoamericana como a la Comisión de Distribución Conjunta, que organizasen una manifestación masiva. El «Día del Luto», como fue conocido, se celebró el 24 de noviembre; veinticinco mil neoyorquinos marcharon hasta el Carnegie Hall acompañados por bandas que tocaban marchas fúnebres. «PAZ EN LA TIERRA Y MASACRES EN UCRANIA. ¿EN QUÉ ESTÁN PENSANDO LOS DIPLOMÁTICOS DEL MUNDO?», rezaba un cartel, refiriéndose a las recién terminadas conversaciones de la Paz de París.[736] El Congreso Judío de Canadá también celebró una manifestación, pidiendo que el gobierno «acabase con la espantosa situación que se vive en Ucrania y que es una lacra para la civilización».[737]

Pero, confiando aún en el principio de autonomía nacional, muchos activistas judíos seguían simpatizando con la República Popular Ucraniana. Por ejemplo, Israel Zangwill, presidente de la Organización Territorial Judía (y autor de la destacada obra de 1908 *El crisol*, que tenía como protagonista a un superviviente de un

pogromo), se dirigió a Petliura en una carta abierta: «Los derechos nacionales que usted ha otorgado a los judíos son la expresión de un verdadero estadista, y contrastan fuertemente con la política judía de Polonia; sólo espero que su república prevalezca para dar ejemplo al resto del mundo de la fuerza y la exaltación patriótica que surge de la cooperación cordial y del respeto mutuo entre los diversos componentes nacionales y religiosos de un estado moderno».[738] Margolin, que continuaba defendiendo al gobierno ucraniano, argumentaba que Petliura no podía ser responsabilizado de la violencia ocurrida en zonas sobre las que sus debilitadas fuerzas no tenían control, y culpaba a las Grandes Potencias por no haber intervenido: «Todos los puertos de Rumanía se han llenado del humo negro de los gigantescos bombarderos americanos. Si alguna potencia tuviera voluntad de imponer el orden, aunque sólo fuera en las regiones de Odesa y Jersón, los mercados se inundarían de todo aquello de lo que están desesperadamente necesitados: clavos, gorros, botas y ropa, por no hablar de la maquinaria agrícola. Esto erradicaría por sí solo la anarquía y el bolchevismo… Los clavos y las botas hacen más que las pistolas».[739] Leo Motzkin, presidente del Comité de Delegaciones Judías, y el activista sionista Nahum Sokolow le dieron la razón: «En nuestra opinión -escribieron-, si en cualquier momento, durante el curso de esta carnicería criminal… la opinión pública del mundo civilizado y sus gobiernos hubieran expresado con claridad su firme determinación de poner fin a este estado de cosas, pese a todo, las masacres habrían cesado».[740]

Los portavoces oficiales de la República Popular Ucraniana también propiciaron el relato según el cual su gobierno carecía de los medios para combatir los pogromos, pero no de la voluntad de hacerlo. El representante ucraniano en los Estados Unidos, Julian Batchinsky, reconoció el papel de las fuerzas de Petliura en el pogromo de Proskuriv, pero afirmó que los soldados actuaron sin conocimiento de Petliura, «contra sus rigurosas órdenes y contra los fines de la República Popular Ucraniana». Los culpables, dijo, eran «aventureros y forajidos similares a las turbas que llevaban a cabo linchamientos en América». A pesar de «la sucesión de proclamas contra los pogromos y de las órdenes dictadas contra sus ejecutores», el Directorio había sido incapaz de poner fin a la violencia. La solución, concluyó Batchinsky, no es atacar al gobierno ucraniano, sino reforzarlo para que pueda controlar mejor su territorio. Como dijo Margolin en una entrevista en el *London Jewish Chronicle*: «El gobierno ucraniano no tiene tendencias antisemitas, lo que difiere notablemente de lo que sucede en Polonia. Para eliminar la maldición de los pogromos, lo que tenemos que hacer es reforzar los ideales democráticos en Ucrania».[741]

PARTE IV

EL TRIUNFO DEL BOLCHEVISMO

Agosto 1919 - Marzo 1921

13

EL EJÉRCITO DE VOLUNTARIOS

En la primavera de 1919, mientras los bolcheviques estaban ocupados sofocando la rebelión de Grigoriev y Petliura se replegaba hacia Galitzia, el Ejército Voluntario del Sur de Rusia empezó a avanzar por la cuenca del río Don hacia Kiev. En cuatro meses, los blancos conquistarían gran parte de territorio del sur y el este de Ucrania, hasta ser contenidos por un nuevo avance de los bolcheviques en diciembre. Herederos de la desconfianza del ejército imperial ruso hacia los judíos, los antiguos oficiales zaristas, que conformaban el mando del Ejército Blanco, veían a los judíos como los padres del bolchevismo y como un enemigo interno cuya traición había llevado a la derrota de Rusia en la Gran Guerra.

Las herramientas de propaganda de las que disponía el Ejército Blanco le permitieron favorecer este relato, transmitiéndolo por toda la región y, con el tiempo, por todo el mundo. Además de sus propios servicios de inteligencia y de su agencia de información, el Ejército Blanco se apoyaba en una serie de periódicos en lengua rusa y en un conjunto de organizaciones municipales afines que divulgaban sus teorías antisemitas. Durante los tres meses que duró su avance, el Ejército Blanco consiguió imprimir un millón y medio de panfletos y más de cuatro millones de carteles, cuyos mensajes eran complementados con charlas, publicaciones y películas propagandísticas que proyectaban en los cines ambulantes que acompañaban a sus tropas.[742]

En su estudio de 1923 sobre los pogromos del Ejército Blanco, Nokhem Shtif observó que los pogromos perpetrados por el Ejército de Voluntarios se distinguían por su carácter militar, la violación en masa de mujeres, las humillaciones y torturas que sufrían las víctimas, además de por el objetivo que los voluntarios se habían propuesto: erradicar comunidades enteras de judíos, a menudo reduciéndolas a cenizas. «Ningún otro grupo antes del Ejército de Voluntarios había hecho esto a escala masiva y de una manera tan sistemática y meticulosa», escribió Shtif.[743] El trabajador humanitario Nokhem

Gergel responsabilizó al Ejército Blanco de doscientos trece pogromos y de «excesos» debido al asesinato confirmado de 5.235 judíos, cifra que no incluye a aquellos cuyas muertes no quedaron registradas porque se produjeron fuera de los límites de la ciudad, ni a los que fallecieron a causa de sus heridas o de hambrunas y enfermedades consecuencia de los pogromos. El número total de acciones contra los judíos llevadas a cabo por el Ejército Blanco ronda las ocho mil, y es posible que duplique esa cifra.[744] Estos números son particularmente sorprendentes, dado que los pogromos llevados a cabo por el Ejército del Sur de Rusia se concentraron en el breve periodo de su avance, desde julio a septiembre de 1919, y durante su retirada en diciembre.

A diferencia de los pogromos llevados a cabo por el ejército de Petliura o por los distintos señores de la guerra, que fueron perpetrados por soldados campesinos, tropas aisladas acuarteladas en la ciudad o brabucones locales, los pogromos del Ejército Blanco fueron instigados por oficiales rusos uniformados del antiguo ejército zarista que habían jurado mantener la ley y el orden, gente «de gustos refinados» y «de buena educación» que leía filosofía y tocaba música clásica, pero a la que también se le había inculcado el antisemitismo de las viejas élites zaristas. Como dice el folclorista Shmuel Rubinshteyn, «los judíos ya habían experimentado los pogromos, pero nunca habían visto instigadores de pogromos con títulos universitarios o nobiliarios y que hablasen en francés.»[745]

Desde abril de 1918, el Ejército de Voluntarios estuvo bajo el mando de Anton Denikin, cuya cabeza rapada, prominentes cejas negras, perilla canosa y bigote retorcido proyectaban la imagen del distinguido oficial zarista que era. Su padre, que nació siendo siervo, había alcanzado la dignidad y autoestima como oficial en el ejército zarista y había transmitido a su hijo su gratitud hacia el ejército. El joven Denikin sirvió en Manchuria durante la guerra ruso-japonesa, fue ascendido a coronel y, en julio de 1914, ocupaba el cargo de mayor general. Era un estricto defensor de la disciplina y el orden que disfrutaba de la camaradería del cuerpo de oficiales. «En ese momento -escribió-, parecíamos entendernos entre nosotros y no éramos desconocidos… Teníamos en común una vida, unos sufrimientos y una reputación que nos unían y que creaban una confianza mutua y una conmovedora proximidad».[746] Como comandante del Octavo Regimiento del Ejército Ruso se ganó el respeto de sus soldados y la reputación de ser un líder competente de conducta moderada. Pero nunca se sintió del todo a gusto con el resto de los oficiales, que le miraban por encima del hombro por sus orígenes campesinos. Denikin era un verdadero patriota ruso que consideraba la Iglesia, el zar y el ejército las tres instituciones que mantenían a la nación unida. La disolución del imperio zarista y la posible pérdida de lo que él llamaba

«la Rusia del sur» -las regiones que reclamaba la República Popular Ucraniana- suponían para él una gran farsa. Por encima de todo, se centró en restaurar una Rusia unida. Tenía buenas relaciones con sus aliados franceses y británicos, y colaboró estrechamente con ellos en el bloqueo de Odesa a principios de 1919. También respetaba a los solemnes oficiales alemanes y a los soldados disciplinados contra los que había luchado en la Gran Guerra, a los que consideraba dignos rivales. El auténtico enemigo al que despreciaba era interno: los «fariseos, los líderes de la Democracia Revolucionaria Rusa», a quienes consideraba derrotistas y traidores que habían acabado con el imperio.[747]

El uso que Denikin hacía de la palabra «fariseo» -la antigua secta judía que la teología cristiana presenta como los adversarios santurrones de Jesús- no era casual. Durante siglos se había culpado a los judíos de manipular al gobierno para llevar a cabo sus malvadas acciones. Ahora se acusaba a los bolcheviques de ser los títeres del complot global de los judíos para destruir Rusia. La mayor conspiración de los judíos era, según Denikin, la propia Revolución rusa. «Los que acabaron con el zar -escribió en sus memorias de postguerra-, se distinguían por una excepcional preponderancia del elemento extranjero, extraño al espíritu nacional ruso».[748] Según John Ernest Hodgson, un corresponsal de guerra británico integrado en el ejército de Denikin, el general y sus cuerpos de oficiales lo tenían claro: «Los oficiales y hombres de su ejército responsabilizaban casi por entero de los problemas de su país a los hebreos. Sostenían que todo el cataclismo había sido orquestado por una enorme y misteriosa sociedad secreta de judíos internacionales que, a sueldo de los alemanes y a sus órdenes, había aprovechado el momento psicológico y había tomado las riendas del gobierno».[749] Al propio Hodgson, que simpatizaba con este punto de vista, no le extrañó la terrible amargura e insistencia con la que los hombres de Denikin mantenían la convicción de que se trataba de una gran conspiración judía. Entre las tropas circulaban ampliamente ejemplares de *Los protocolos de los sabios de Sion* y proliferaban versiones actualizadas de esa infame falsificación. Por ejemplo, un cartel distribuido por el ejército de Rusia del sur, rezaba: «¿QUIÉN TRAJO AL PUEBLO EL SOCIALISMO Y A LOS BOLCHEVIQUES?». «Los judíos», respondía. El cartel subrayaba los presuntos orígenes judíos de muchos destacados líderes revolucionarios, a los que se refería por su apellido, poniendo entre paréntesis sus nuevas identidades:

> Bronstein (Trotsky), Nakhamkes (Steklov), Tsederbaum (Martov), Rosenfeld (Kamenev), Kats (Kamkov), Apfelbaum (Zinoviev), Zilberstein (Bogdanov), Goldman (Gorev), Kibrin

(Kerensky), Goldenberg (Meshkovsky), Goldstein (Solitsev), Liberman (Chernov), Goldfarb (Parvus) y Fayshteyn (Zvezdich) no necesitan a Rusia y no se preocupan por el bienestar del pueblo ruso. Sueñan y luchan por la destrucción de Rusia y el deterioro de su pueblo.[750]

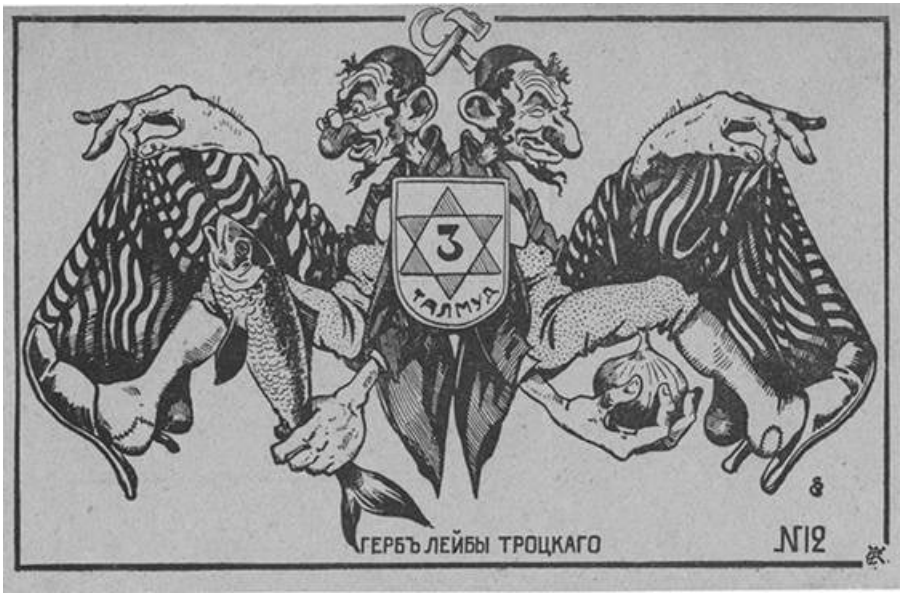
El documento repetía la falacia de que Kerensky era judío, pero por lo demás acertaba con la mayoría de los nombres, aunque no con todos. Circulaba otra proclama que decía: «¡Despierta, pueblo ruso! No hace mucho brillaba el sol y el zar de Rusia visitaba Kiev, pero ahora los judíos están por todas partes. Os libraremos de este yugo, no podemos soportarlo más. Llevarán a nuestro país a la destrucción. ¡Abajo los judíos! ¡Uníos, pueblo ruso! ¡Dadnos un zar!».[751]

Sin embargo, fue Trotsky quien se convirtió en el símbolo más visible de la revolución y del pretendido poder judío. Por ejemplo, un cartel de propaganda de los rusos blancos muestra a Cristo conducido al Gólgota por soldados del Ejército Rojo mientras Trotsky mira con gesto de aprobación, evocando la eterna imagen de los judíos como asesinos de cristianos y retratando a Trotsky como un Caifás moderno. Los soldados se burlan de Cristo, que mira a Trotsky. Otro cartel del Ejército Blanco se titula «EL ESCUDO DE ARMAS DE LEÓN TROTSKY» y muestra a un hombre con dos cabezas y con las piernas grotescamente abiertas, como una mofa obscena del águila imperial. Uno de los rostros lleva las gafas redondas características de Trotsky, y ambos tienen narices puntiagudas, labios gruesos, enormes orejas, barbas de chivo y gorros rituales judíos. De la figura salen cuatro manos, dos de ellas sujetan una cabeza de ajos y un pescado, como representación de los alimentos estereotípicos de los judíos, las otras dos elevan un manto de oración en lugar de las alas del águila. Por encima de la figura aparecen un martillo y una hoz y, en medio, un escudo con la estrella de David y la palabra «Talmud». Otro cartel invitaba a los campesinos ucranianos a unirse al Ejército de Voluntarios y atacaba al «pequeño judío Leyb Bronstein», que «ocupa el lugar del zar en Moscú».[752] Para subrayar los orígenes judíos de Trotsky, Denikin y la propaganda del Ejército Blanco a menudo se referían a él por su apellido de nacimiento, «Bronstein» o le llamaban «Trotsky Bronstein». El calculado esfuerzo para convertir la Revolución bolchevique en una conspiración judía demostró ser una manera efectiva de impulsar el apoyo al movimiento de los rusos blancos.

Cristo conducido al Gólgota por los soldados del Ejército Rojo, con Trotsky en primer plano.

La base principal del apoyo a Denikin procedía de los grupos de cosacos del Don, del Kubán y del Térek, al sur de Rusia y al norte del Cáucaso. Como comenta un observador: «Era bien sabido que una mayoría aplastante de la población de estos territorios era antisoviética».[753] El mando cosaco estaba profundamente comprometido con la cultura independentista fronteriza que había mantenido en la época de los zares y, tras una intensa lucha, consiguió negociar un estatuto de autonomía bajo el mando supremo de Denikin. Sus regimientos militares habían sido las unidades más duras del ejército imperial ruso, conocidas por su temible caballería, que asaltaba al enemigo en campo abierto, rodeándolo entre el estruendo de los sables y los intimidantes gritos de guerra. Debido a su movilidad y versatilidad, también se les solía encargar que realizaran misiones de reconocimiento y de requisa en zonas urbanas, a menudo aterrorizando a los judíos que vivían allí. La cultura militar de los cosacos y sus lealtades tribales presentaban un fuerte contraste con las bandas de pillaje de los soldados campesinos que conformaban los demás ejércitos de las proximidades. Los cosacos del norte del Cáucaso tampoco estaban constreñidos por los compromisos locales que vinculaban a los campesinos soldados de Petliura.[754] Eran vistos como una fuerza invasora «extranjera». «Avanzaban como si estuvieran en un país extranjero y veían enemigos por todas partes», escribe el novelista Ilya Ehrenburg.[755] Pero, como todos los guerreros de la

región, sólo aceptaban continuar la guerra a cambio del derecho a apoderarse de los botines. El constante flujo de muebles, joyas y comida saqueados hacia la cuenca del Don y el norte del Cáucaso ayudaba a compensar los sacrificios que los guerreros cosacos hacían al abandonar su tierra para embarcarse en lo que muchos consideraban una campaña en el extranjero.[756]



El «escudo de armas» de León Trotsky.

La ofensiva del Ejército Blanco contra Kiev fue tan aplastante que en algunos lugares ni siquiera se encontraban con el frente bolchevique: se había evaporado como la niebla al acercarse el Ejército de Voluntarios. La caballería cosaca marchaba por la estepa vacía y los trenes blindados de Denikin controlaban completamente las vías. El Ejército de Voluntarios entró en el bastión soviético de Járkov el 24 de junio en un desfile triunfal encabezado por sacerdotes que llevaban pancartas, farolillos e iconos, mientras sonaban las campanas de la iglesia. El general Vladimir May-Mayevsky -a quien un compañero suyo describió como «un comediante de teatrillo de provincias, redondo como un barril», con una cara rellena y una nariz bulbosa»-[757] seguía a los suyos, sentado en una camilla. Tras él avanzaban una banda militar y las tropas del Ejército Blanco, vestidas con uniformes británicos y con exactamente el mismo aspecto que los ingleses, con sus bigotes recortados. Las damas vestidas con trajes de seda y los caballeros con abrigos elegantes les tiraban flores y gritaban «hurra» cuando pasaba el general.[758] Muchos en la ciudad estaban hartos de las requisas de los bolcheviques y de las oleadas de

reclutamiento del Ejército Rojo, y dieron la bienvenida a los rusos blancos con entusiasmo.[759]

Tras la caída de Járkov, el ejército de Denikin recorrió las regiones del carbón y del metal de Katerinoslavia y conquistó la ciudad el 30 de junio. Más al este, con la ayuda de los tanques británicos y los biplanos Sopwith Camel, el Ejército de Voluntarios derrotó a los bolcheviques en la gran batalla de Tsaritsyn, la ciudad industrial que una generación más tarde se convertiría en el escenario de una de las batallas más decisivas de otra guerra, ya con un nuevo nombre, Stalingrado. El Ejército de Voluntarios se hizo después con el nudo ferroviario y los centros de distribución de grano de Kremenchuk, donde consiguieron tres trenes blindados completamente equipados.[760] Las fuerzas del Ejército Blanco invadieron Poltava el 29 de julio, Jersón y Mykoláiv el 18 de agosto, y, finalmente, le arrebataron Odesa a los bolcheviques el 23 de agosto.[761] Mientras el victorioso Ejército Blanco barría Ucrania, sus aliados contrarrevolucionarios de Hungría derrocaron al gobierno soviético de Béla Kun y desataron una ola de terror contra los bolcheviques y los judíos húngaros.[762] Parecía que el tsunami rojo que amenazaba con arrasar Europa se había frenado.

El Ejército de Voluntarios complementaba sus victorias militares con campañas de propaganda para asegurar sus bases contra aquellos a quienes percibían como sus enemigos. Por ejemplo, la primera orden militar tras la conquista de Cherkasy celebraba la unificación de la ciudad con una «Rusia única e indivisible» y apelaba a la retirada de todos «los judíos y bolcheviques» del gobierno de la ciudad.[763] Los informes de operaciones de Denikin advertían a sus soldados que debían estar alerta ante los enemigos judíos y los «regimientos de sionistas», especialmente cuando el Ejército Blanco entraba en ciudades como Jersón u Odesa, con una gran población judía y una larga historia de activismo sionista. La propagandística Comisión Especial para la Investigación de los Crímenes Bolcheviques difundió tanto historias reales como exageradas del terror rojo y utilizó los relatos de las cámaras de tortura de la Checa para agitar al pueblo contra los bolcheviques y los judíos.[764] La comisión informó de los espantosos métodos de tortura presuntamente llevados a cabo por la Checa, incluyendo el «truco del guante», según el cual las manos de la víctima se introducían en agua hirviendo hasta que se le pudiera arrancar la piel como si fuera un guante, o la «estatua de hielo», según la cual se empapaba a la víctima en agua y se la exponía al frío invernal hasta que se convertía en una estatua de hielo humana.[765] John Hodgson, el periodista británico que acompañaba al ejército de Denikin, dijo que él había examinado personalmente los cuerpos exhumados de soldados del Ejército Blanco que los bolcheviques habían capturado, y describió torturas inimaginables: «Les quemaban

el estómago con carbón al rojo vivo, a algunos parecía que les habían arrancado la cabellera».[766] Escribió acerca de las fosas comunes en parques públicos que el Ejército Blanco desenterraba para enseñar al pueblo lo que habían hecho los bolcheviques. «Todas estas cosas han dejado tras de sí una amarga e implacable determinación… de tomar venganza cuando las circunstancias, tal y como ellos esperan firmemente, produzcan la caída del dominio soviético» advirtió.[767] Y, puesto que el Ejército de Voluntarios sostenía «que todos los comisarios rojos eran judíos -continuaba-, las represalias contra los judíos se extenderán por el país durante muchos años».[768]

De hecho, muchos advirtieron la destacada presencia de judíos en la Checa. Isaak Shvartz, el primer director de la Checa ucraniana, fue durante mucho tiempo un activista del partido bolchevique. El presidente de la Checa de Kiev, Yosif Sorin, era de ascendencia judía, como también lo era su delegado, Yakov Lifshitz, que se convertiría en presidente de la Checa de Chernígov y en miembro de alto rango de la Checa de Zhytómyr. Unas tres cuartas partes del personal de la Checa de Kiev durante los primeros meses de su existencia eran judíos (también había letones, otro grupo étnico mayoritario que tenía un nivel superior de educación).[769] El director adjunto de la Checa en Odesa, Boris Sernyi, había nacido con el apellido judío Józefwicz y el patronímico Samoilovich, y procedía de una familia de dentistas, una profesión a menudo desempeñada por judíos.[770] Como escribiría el historiador judío Leonard Schapiro en 1961, «cualquiera que tuviera la desgracia de caer en manos de la Checa tenía muchas posibilidades de acabar enfrentándose a un investigador judío (y posiblemente siendo fusilado por él).[771]

A pesar de su retórica propagandística, muchos propietarios, tenderos, dueños de molinos y de fábricas judíos aún veían al Ejército de Voluntarios de Denikin como la opción más viable para defender la propiedad privada y los valores liberales clásicos, y lo apoyaban como la mejor alternativa para derrotar a la dictadura bolchevique y volver a la calma. «Creían, o al menos querían creer, que Denikin era casi una especie de justiciero mesiánico cuyo disciplinado ejército devolvería la ley y el orden a los judíos de Ucrania», recordaba Shmuel Rubinshteyn.[772] Oficiales y soldados judíos se habían unido a las filas de los rusos blancos en los albores del movimiento, y los filántropos judíos habían ayudado a financiar algunas de sus primeras campañas, creyendo que Denikin estaba comprometido con la continuidad de algunas de las reformas que el zar les había prometido en los últimos años de su reinado.[773] Sin embargo, la colaboración de los judíos no siempre fue bienvenida. En el verano de 1919, el Ejército Blanco dejó de aceptar a judíos en sus filas porque, como Denikin explicó, «nadie quería vivir en el mismo edificio que ellos o compartir

con ellos su cocina».[774]

Los judíos que habían sido maltratados por los bolcheviques y anhelaban ser liberados por el Ejército Blanco quedaron rápidamente decepcionados cuando los cosacos llegaron a sus ciudades. Cecil L'Estrange Malone, parlamentario británico que estaba en una misión en Ucrania en ese momento, describe el trato dado a los judíos por el Ejército de Voluntarios al entrar en Járkov: «Los soldados judíos rojos fueron separados y entregados al Ejército de Voluntarios, que los ejecutó al instante con ametralladoras».[775] Fueron ahorcados más de doscientos trabajadores, principalmente judíos, en cuatro patíbulos situados en la plaza de la ciudad y en postes de luz de los alrededores. Durante las siguientes tres semanas, el ejército de los rusos blancos llevó a cabo una serie de atrocidades como, por ejemplo, la matanza de ciento treinta judíos en Kremenchuk, de ciento veintinueve en Cherkasy o de treinta en Smila, por nombrar sólo unos pocos casos.[776] Ante estos hechos, empezó a reinar la preocupación entre muchos de los liberales que antes habían apoyado a los rusos blancos. Por ejemplo, la Alianza para la Regeneración de Rusia advirtió, en septiembre, que Denikin, más que traer la paz y el orden a Ucrania y unir a la gente del antiguo Imperio ruso, estaba incitando al caos y a la división: «Al mismo tiempo que los continuos atropellos aterrorizan a una parte de la población, corrompen a la otra, difundiendo la creciente convicción de que es necesario matar, masacrar y robar a los ciudadanos judíos».[777]

El avance del Ejército Blanco obligó a retirarse a los bolcheviques, dando una nueva oportunidad a Petliura. Tras la ocupación polaca de la Galitzia oriental, tenía ahora bajo su mando a más soldados galitzianos disciplinados que habían pertenecido a la extinta República Popular Ucraniana Occidental. Mientras el ejército de Petliura recuperaba el territorio situado entre Kamianets-Podilski y Uman, el ejército de los rusos blancos avanzaba hacia Elizavetgrado, a unos ciento cincuenta kilómetros al este. Ambos ejércitos se disponían a coincidir en una Kiev bolchevique. Petliura envió mensajes al Ejército Blanco sugiriendo una alianza, algo que veían con buenos ojos británicos y franceses, quienes consideraban que un avance conjunto ruso-ucraniano contra los bolcheviques era la mejor opción para derrotar al Ejército Rojo. Pero Denikin no estaba interesado en cooperar con Petliura, cuya República Ucraniana contradecía su sueño de una Rusia unida. No obstante, Petliura ordenó a sus soldados que evitaran el conflicto con las fuerzas de Denikin, y ambos llegaron a un acuerdo provisional para utilizar el río Dniéper como línea divisoria de sus operaciones en Kiev. El 22 de agosto, una unidad de galitzianos liderada por el general austriaco Anton Kraus avanzó hasta Bila Tserkva, a unos setenta y cinco kilómetros al sudoeste de Kiev.

El siguiente paso era Fastiv, una ciudad de veintidós mil habitantes situada entre Bila Tserkva y Kiev. Cuando el 19 de febrero, el Ejército Rojo tomó la ciudad, los judíos, que conformaban aproximadamente el cuarenta por ciento de la población, se sintieron aliviados. Recordaban los cuerpos hallados junto a las vías del tren bajo el control del Directorio y el acoso que los judíos habían sufrido a manos de los soldados de Petliura. El Ejército Rojo hizo poco por hacerse querer. Muchos miembros de la organización del partido local no simpatizaban con los judíos, a quienes veían como especuladores burgueses.[778] Poco después de conquistar la ciudad, los soldados del Ejército Rojo expulsaron a dos pasajeros judíos de un tren y los ejecutaron por hurto.[779] Toda la ciudad sufrió las requisas bolcheviques, pero los artesanos, pequeños comerciantes y trabajadores judíos se llevaron la peor parte. Los bolcheviques nacionalizaron las fábricas de cuero, las instalaciones de producción de mantequilla, los desgastados molinos y los almacenes de metales, muchos de los cuales eran propiedad de judíos, convirtiendo de pronto a destacados ciudadanos adinerados en mendigos. Pero, a pesar de las turbulencias económicas, los judíos podían sobrevivir en la ciudad. Los bolcheviques mantenían alejados a los bandidos y a los soldados insurgentes que habían provocado el terror en el campo, lo que hacía que muchos judíos, aunque de mala gana, aceptasen el gobierno bolchevique.

Las mujeres y niños judíos de pueblos cercanos como Radomyshl, Brusyliv y Tarashcha habían acudido en masa a la ciudad durante la

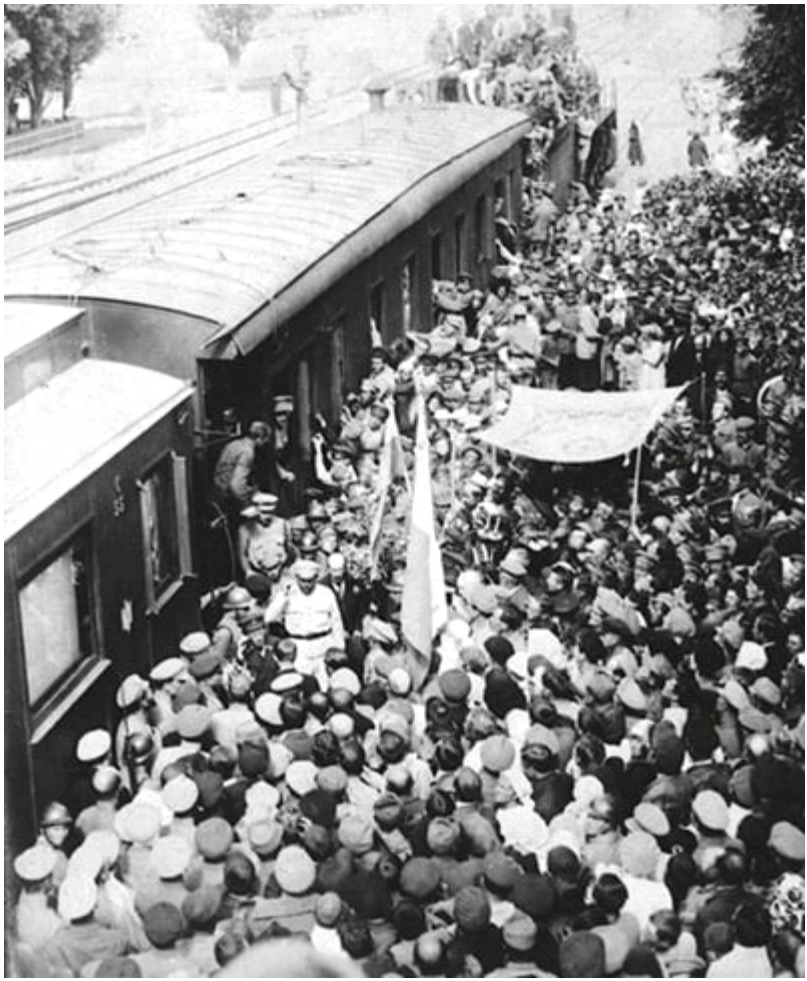
primavera y el verano de 1919, huyendo de las bandas de Sokolovsky y Zelenyi.[780] Los devotos creían que les protegería el espíritu de Avrom ha-Malach (el Ángel Avrom), el hijo del líder jasídico del siglo XVIII Dov-Ber de Mezritsh, cuya tumba era un lugar de peregrinación. Los más pragmáticos estaban convencidos de que el Ejército Rojo no renunciaría nunca a este importante nudo ferroviario. Pero ni los piadosos ni los pragmáticos acertaron. A finales de agosto, la única duda era quién llegaría antes a la ciudad, si el Ejército Blanco o los galitzianos. La mayoría de los judíos de la localidad, que habían experimentado previamente las turbulencias del gobierno ucraniano, apoyaban al Ejército Blanco, que al menos prometía restaurar la ley y el orden.

Postal: «Saludos desde Fastiv».

Finalmente, fueron los galitzianos de Kraus los que llegaron primero. Después de tan sólo dos horas de combate, los antiguos soldados austriacos bien formados derrotaron a la soldadesca de las tropas del Ejército Rojo, en su mayoría reclutada a la fuerza y con poco interés en el combate. Mientras salían de la ciudad, los soldados del Ejército Rojo hicieron una ronda final de requisas, llevándose consigo relojes, zapatos y todo objeto de valor que pudieran cargar.[781] Los soldados de Kraus iban acompañados de una variopinta multitud de brigadistas y bandidos que saquearon las tiendas de los judíos en el centro de la ciudad, matando al menos a cuatro e hiriendo a muchos otros.[782] Procediendo con decisión, Kraus puso fin a la violencia ejecutando a dos de los cabecillas. Lo peor parecía haber pasado. Unos pocos días después, Kraus salió hacia Kiev dejando atrás a un pequeño contingente de tropas en Fastiv. La ciudad pronto volvió a un estado

de anarquía cuando las bandas insurgentes se hicieron con el poder.

Pero entonces, el sábado 6 de septiembre de 1919, el *Vityaz*, un tren blindado que pertenecía al Ejército de Voluntarios y que transportaba a la Segunda Brigada de Cosacos del Térek, llegó a la estación de Fastiv.[783] Su cañón de setenta y cinco milímetros apuntaba a la estación y sus alrededores, rotando como un periscopio en lo alto de un tanque que había sido instalado en una plataforma abierta. Aunque los trenes blindados ya habían sido utilizados en fechas tan tempranas como en la guerra de los bóeres, se convirtieron en un elemento fundamental en la constelación de fuerzas de la guerra civil. El Ejército Rojo fue de los primeros en reforzar los viejos trenes de pasajeros y las plataformas con paredes blindadas y en equiparlos con ametralladoras Maxim y cañones navales. Los francotiradores disparaban desde aspilleras y torres construidas en lo alto de los trenes. El Ejército Blanco continuó con estas prácticas, construyendo sus propios trenes blindados o, con más frecuencia, capturando los trenes de los bolcheviques, que rebautizaban y usaban para transportar las tropas al frente. Muchos fueron montados de manera apresurada, con tolvas de acero para carbón forradas de paja prensada y planchas de acero. El *Vityaz*, cuyo nombre hacía alusión al héroe guerrero medieval de las leyendas eslavas, no era la mejor equipada de las máquinas de guerra militares, pero bastaba para amenazar a los cuarteles de ciudades medianas como Fastiv.



Llegada de Petliura a Fastiv, tras la expulsión del Ejército Rojo en agosto de 1919.

Una multitud eufórica dio la bienvenida al tren. «Muchos niños, mujeres y ancianos salieron a la calle, la alegría podía verse en sus caras. Todo el mundo pensaba que habían llegado sus salvadores», informó un testigo.[784] Los judíos fueron a la estación, bailando y con rollos de la Torá en las manos. Un dirigente de la comunidad judía escribió a un amigo en Kiev: «Tú, por supuesto, entiendes con qué ansias los esperábamos [al Ejército de Voluntarios]. A la mayoría de la población judía le parecía que al fin había un gobierno solvente y se pondría fin a los horrores y tormentos».[785] Isaac Berliand, un maestro de Fastiv y voluntario de la Cruz Roja, escribió que la mayoría de los judíos de la ciudad «esperaban con gran impaciencia la llegada de las tropas de Denikin, convencidos de que defendían los principios de la propiedad privada, el libre comercio, la libertad de expresión y, en

general, todo aquello que es propio de una república de la clase media».[786]

En dos aldeas cercanas, ambas con una gran población judía, las bandas de campesinos que se batían en retirada y los grupos insurgentes atacaron a la población civil, matando a veintitrés judíos y, según uno de los informes, «violando a casi todas las mujeres, desde niñas de doce años a mujeres de cincuenta y cinco».[787] Pero en Fastiv reinaba el optimismo. Los dirigentes de las comunidades judías y cristianas estaban convencidos de que el Ejército Blanco restauraría las instituciones civiles liberales creadas por el gobierno provisional de Kerensky y que se pondrían de inmediato a trabajar para restituir al anterior gobierno municipal. Reabrieron los quioscos y puestos, y las calles se llenaron de artesanos, comerciantes y campesinos que vendían y compraban sus mercancías. «La población -escribe un testigo-, después de haber sufrido tanto bajo el poder de Petliura, Zelenyi, Sokolovsky y otras bandas, esperaba ansiosamente la llegada de los nuevos soldados confiando en que finalmente se instauraría una cierta paz, e incluso quizás el fin de las requisas constantes de los bolcheviques y de los saqueos llevados a cabo por todo tipo de atamanes».[788]

La gente del pueblo se sintió muy sorprendida cuando, a las diez de la noche del 6 de septiembre, se oyeron disparos y alboroto. Unos pocos cosacos rebeldes del Térek habían empezado a robar casas de judíos. Pronto se les unieron otros. Los gritos y los disparos atravesaron la noche al mismo tiempo que los saqueos y los asaltos asolaban la ciudad.[789] «Durante el día normalmente se estaba tranquilo, pero la noche era una pesadilla terrible», recordaba un testigo.[790] Según un informe anónimo enviado al Comité Central de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos, «los judíos soportaron una noche tortuosa. Se escondieron en bosques, jardines, barrancos, áticos, sótanos, bodegas y pozos. Algunas veces, las familias completas conseguían mantenerse unidas, pero a menudo se separaban unos de otros, los maridos de sus mujeres e hijos, para buscar cada uno su propio escondite. Pasaban la noche aterrorizados, temiendo por sus vidas y las de sus familias».[791] Mientras los judíos se escondían, los soldados saqueaban la ciudad, atracando a particulares en la calle y robando en las casas. Hay informes de siete u ocho mujeres violadas esa noche.[792] En numerosas partes de la ciudad, los cristianos subastaron los bienes robados de los judíos: «Vendían los caros abrigos de piel, telas, máquinas de coser, espejos, cuadros y enseres domésticos como si fueran auténticas gangas».[793]

Muchos testigos insistieron en que los saqueos habían sido autorizados desde arriba: «Una parte importante de los oficiales participó de manera activa», escribió uno de ellos.[794] El propio

comandante de la brigada, el coronel Vladimir Belogortsev, convocó al rabino Raphael Moyshe-Meyerovich Kligman y le pidió una exorbitante contribución económica que debía entregar al día siguiente. Kligman consiguió recaudar la mayor parte de la suma, pero cuando se la presentó al coronel, Belogortsev se burló de él por intentar entregarle moneda soviética sin valor. Ordenó al rabino que regresara con nikolaevkis, monedas de oro del zar. Kligman volvió a hacer su recaudación y entregó el dinero al día siguiente.[795] Tres oficiales registraron la casa del propio Kligman y se marcharon con cigarrillos, dinero y ropa.[796] «Desde todas partes se escuchaban los gritos inhumanos de judíos que estaban siendo masacrados, violados y atracados», informó el rabino. «Cuando le señalamos esto al coronel Belogortsev, dijo que ya había tomado medidas contra ello y que pronto surtirían efecto».[797] En unos pocos días se instauró una calma tensa, mientras la ciudad se acostumbraba al gobierno del Ejército Blanco.

La tregua de Fastiv, que duró varias semanas, se vio pronto interrumpida a primera hora de la tarde del domingo 21 de septiembre, cuando de nuevo sacudieron las ventanas los cañonazos y los disparos.[798] Los residentes que se refugiaron en sus sótanos o en algunos de los pocos edificios de ladrillo de la ciudad recuerdan haber oído el ruido de las ametralladoras y los gritos de «hurra» procedentes de los alrededores de la estación de tren a la que acababan de llegar unos seiscientos o setecientos soldados del Ejército Rojo. Los cristianos se quejaron de que los judíos celebrasen la vuelta de los bolcheviques. Sin embargo, los judíos que testificaron insistieron en que los gritos de júbilo probablemente vinieran de los propios soldados, ya que prácticamente todos los judíos se habían escondido tan pronto como empezó el tiroteo, y, desde luego, ninguno estaba cerca de la estación.[799]

A la mañana siguiente, los soldados del Ejército Rojo patrullaban nerviosos el centro de la ciudad, como si ellos también estuvieran sorprendidos de estar al mando y temieran lo que pudiera ocurrir. Al haberse retirado de manera precipitada, el Ejército Blanco había dejado atrás vagones de tren llenos de comida y ropa que cayeron en manos de los bolcheviques. Unas pocas mujeres se atrevieron a salir para comprar azúcar y pieles a los soldados, que estaban deseosos de ganar dinero con los bienes requisados, pero la mayoría de las personas se quedaron en sus casas y observaron la escena desde sus ventanas.[800] Todo el mundo tenía claro, incluso los propios bolcheviques, que su control de la ciudad era débil: el nuevo gobierno ni siquiera se molestó en emitir órdenes. Los bolcheviques parecían estar simplemente esperando, contando los días hasta que se produjera

el inevitable contraataque.

Efectivamente, en torno a las cuatro de la tarde del lunes, las ventanas empezaron a temblar de nuevo cuando el tronar de los cañones rompió la extraña calma. En dos horas, la Segunda Brigada de Cosacos del Térek entró de nuevo en la ciudad, ahora con una nueva división de artillería, provocando que los bolcheviques retrocedieran hasta el río Unava, donde permanecieron acampados en la periferia, cerca de la estación.

A medida que oscurecía, del campamento bolchevique se elevaban columnas de humo procedentes de los bombardeos del Ejército Blanco. Amparados en la noche, soldados cosacos saquearon casas judías con la ayuda de campesinos y jóvenes de la localidad que les mostraban el camino. Algunos cosacos justificaron sus acciones como registros en busca de armas o de teléfonos de campaña que supuestamente utilizaban los judíos para comunicarse con el enemigo. Según el periodista Ivan Derevensky, que entrevistó a algunos testigos la semana siguiente, los cosacos «entraron en todos los almacenes. Destrozaron muebles, paredes, estufas, suelos, armarios, y removieron la leña de los cobertizos en busca de dinero».[801] Se podía ver cómo oficiales cargaban pianos en carretas de campesinos, sujetando torpemente los instrumentos y atándolos con cuerdas para llevárselos.[802] Derevensky describía cómo excavaron los jardines en busca de tesoros enterrados. A los supervivientes les quitaron incluso sus remolachas y nabos.

La violencia se trasladó de los escaparates y las casas a la calle. Derevensky describe cómo «grupos de cosacos paraban a los judíos en plena calle. A veces simplemente preguntaban: "¿Eres judío?", y los disparaban en la cabeza. Pero más a menudo los registraban e incluso los desnudaban y después los disparaban, dejándolos así en la calle».[803] Otros cuentan que los cosacos torturaban a los judíos hasta que revelaban dónde habían escondido sus objetos de valor o las armas. Aquellos que no tenían ninguna de las dos cosas eran ahorcados de inmediato. La historia de una familia judía que atacó a los cosacos que saqueaban su casa se infló hasta convertirse en la absurda acusación de que los artesanos judíos estaban atacando al Ejército del Sur de Rusia.

Isaac Berliand relató numerosos casos de violación: «No sé cuántas veces vi a esos canallas arrastrando a chicas jóvenes, incluso niñas, a casas destrozadas y vacías».[804] Otro testigo declaró que más de doscientas mujeres y niñas habían sido violadas: «Este fue un método nuevo de guerra que sobrepasaba cualquier otra aberración. En presencia de madres, padres o docenas de desconocidos, las víctimas eran arrojadas al suelo y violadas, incluso en plena calle, por quince o veinte individuos cada una… Los llantos duraban horas, pero nadie les

prestaba atención».[805] Los regimientos de cosacos que luchaban con el Ejército Blanco también fueron acusados de atrocidades sexuales en el cercano pueblo de Smila, donde los médicos atendieron a noventa y cinco mujeres y niñas heridas. «Los cosacos se mostraban especialmente crueles persiguiendo a mujeres y jóvenes judías, a las que violaban en la misma calle, a la vista de todo el mundo», escribió I. Galperin. Este informó, además, de que dos de sus cuñados, escondidos en un sótano, presenciaron «cómo un grupo de unos veinte cosacos borrachos cometía atroces actos de violencia contra una muchacha judía. La violación estuvo acompañada de terribles tormentos. Cada uno de sus agresores encontró una manera distinta de atormentar a la víctima. Me dijeron que, después de estos actos, la pobre chica se quitó la vida».[806] En algunos casos, los hombres se suicidaban después de haber sido testigos de la violación de sus hijas.[807] La mayoría de las que recibieron atención médica por haber sido violadas eran adolescentes, algunas de sólo diez años, aunque puede ser que las víctimas de más edad no intentaran buscar atención médica. Hay informes de mujeres de hasta setenta años sometidas a abusos sexuales.[808]

Muchos residentes cristianos pintaron cruces en sus puertas para indicar a los cosacos que los respetasen, mostrando de ese modo su conformidad con la violencia. Pero otros se resistieron y cobijaron a los judíos en sus casas. Un oficial, probablemente del antiguo ejército zarista, acogió a unos trescientos judíos heridos o enfermos en la escuela. La comunidad judía le recompensó con una generosa suma por las molestias.[809] Un campesino llamado Timofei Sadnikov escribió al Comité Central de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos para hacerles saber que su hermana había escondido a dos jóvenes judías en la aldea cercana de Potievke durante el pogromo. Sadnikov quería estar seguro de que el Comité supiese que «nuestro pueblo, los campesinos de Potievke, no participó ni en el pogromo ni en el saqueo. Se rumorea que nuestro pueblo intervino en los saqueos y robó bienes de Fastiv para dárselos a los ancianos de la aldea. Pero esto fueron casos aislados. En su mayoría, fueron los cosacos quienes robaron los bienes».[810]

Los incendios empezaron el lunes por la tarde. La primera víctima fue Aba Markman: los cosacos llenaron su casa de pólvora, la rociaron con queroseno y le prendieron fuego. Después quemaron las casas de Perets Feldman, Yakov Zabolotsky, Motel Shlak, Dovid Neishtat, Aron Mestechkin, Eliezer-Dovid Feldman, Yosef Kogan y muchos otros con bombas incendiarias. El fuego consumió rápidamente las casas, con sus techos de paja y paredes hechas de arcilla y paja sobre un armazón de madera. Al amanecer, todo el barrio judío, donde los mercaderes

vivían en la parte de atrás de sus tiendas, estaba en llamas. La quema sistemática de las casas supuso una escalada en la violencia y en el nivel de hostilidad: los incendios hicieron que el daño fuera irreversible, transformando el paisaje del centro de la ciudad en ceniza y brasas, además de en una advertencia a sus ocupantes para que no regresaran.[811] Fedor Zalevsky, un cristiano propietario de una panadería cerca del mercado, no podía creer lo que veía. Alzando sus manos al cielo, gritó: «¿Cómo no atender a la sangre y los gritos de los judíos?».[812]

Una enfermera militar cristiana llamada A. O. Nikolaidi, que vivía en una aldea cercana, informó de que, desde los campos de trigo, vio el cielo de un rojo resplandeciente en la distancia. Cogió sus utensilios médicos y se dirigió hacia las llamas. Según su testimonio, recordaba haber visto víctimas de heridas de bala con extremidades cortadas por sables y muchas mujeres que habían sido violadas y agredidas sexualmente.[813]

Los incendios continuaron a lo largo de la semana. Isaac Berliand escribió que los cosacos obligaban a los residentes a prender fuego a sus propias casas y a volver a entrar después en ellas.[814] Solamente en una casa se descubrieron doce cadáveres carbonizados. Derevensky informó de que se quemaron un total de doscientos edificios, la mitad de los cuales eran residenciales. Toda la plaza del mercado fue destruida y casi todos los edificios de las principales calles comerciales fueron incendiados.[815] Incluso el molino de Yisroel Berlin quedó arrasado. No habría grano para los supervivientes.

Según un comunicado de prensa, «al final del quinto día, cuando los incendios empezaron a amenazar también las casas de los cristianos, el sacerdote católico de la localidad y otros ciudadanos pidieron al comandante que acabara con el pogromo y, sobre todo, que controlase los incendios, que no hacían distinción entre las nacionalidades».[816] Así, en la gélida noche del jueves, cinco días después de que hubiera empezado la violencia, los cosacos ordenaron a la población judía que había sobrevivido que se reuniera junto a la sinagoga y entregase su ropa. Sólo en ropa interior, la multitud reunida fue conducida dentro del edificio. Los cosacos cerraron las puertas y amenazaron con prender fuego a la sinagoga como culminación infernal de sus acciones, a menos que los aterrorizados judíos pudieran entregar un rescate.[817] El barrio judío había quedado reducido a cenizas y había poco que pudieran entregar. Pero prometieron dar lo que tuvieran. Cuando los rehenes fueron liberados, los cosacos sacaron los rollos de la Torá fuera del arca y los rompieron en pedazos, pero no tocaron la sinagoga. El pogromo había terminado. Los cuerpos de los muertos aún humeaban en el interior de las casas cerradas.

El viernes por la mañana, cientos de judíos, muchos vestidos con ropas de campesinos, se dirigieron a la estación con la esperanza de poder entrar en cualquier vagón de carga con el fin de escapar de la ciudad destruida. La línea ferroviaria que conducía a Kiev, que había sido parte del frente de batalla durante el pogromo, ahora estaba despejada; pero aun así, los judíos que trataban de huir no estaban a salvo. Los cosacos paraban los trenes que salían de la ciudad para buscar a los judíos que pudieran ir a bordo y obligaban a bajar a los que encontraban, antes de permitir que el tren continuara su ruta. Los pasajeros informaron de que, cuando el tren se volvía a poner en marcha, se oían disparos junto al bosque.[818]

Mientras los judíos huían en masa de Fastiv, largas colas de campesinos de las aldeas cercanas que empujaban carros o llevaban bolsas vacías se dirigían hacia allí. Por la noche ya no quedaba nada de valor dentro de las casas incendiadas.

Según el relato de Nikolaidi, «había cuerpos de judíos asesinados por todas partes. Había alrededor de cien cadáveres (exclusivamente de varones) en dos plazas de la ciudad, una cerca de la iglesia católica y otra entre el mercado y el hospital. A pesar del constante trasiego de ancianos judíos que se llevaban a los muertos en camillas por las calles hacia la sinagoga, muchas víctimas del pogromo seguían sin ser reclamadas. Cerca de la iglesia católica vi con mis propios ojos a un cerdo mordisqueando el cuerpo de uno de los judíos asesinados. De la ventana de un sótano colgaban harapos ensangrentados. Me acerqué y eché un vistazo: en el suelo de una habitación vacía yacía el cadáver ensangrentado de un judío con una bala en la cabeza».[819] Derevensky describe una escena similar: «El olor de los cadáveres persistía alrededor de algunas de las casas quemadas. A menudo se hallaron huesos de víctimas no identificadas en los lugares donde se habían producido los incendios. Muchos de los parientes de las víctimas no tenían noticia de los hechos. Los cerdos y los perros se alimentaban de algunos de los cuerpos que estaban en el barranco situado detrás de la casa de oración».[820] La Comisión de Distribución Conjunta informó también de que «se encontró a un gran número de judíos ahorcados en el bosque de las proximidades». El número de muertos registrado alcanzó la funesta cifra de 1.036; sólo en el cementerio se contabilizaron quinientas cuarenta víctimas.[821] Muchos más fueron gravemente heridos o quemados, y muchos cadáveres estaban demasiado carbonizados para ser identificados. Los cálculos posteriores del Comité Público Judío aumentaron aún más la cifra de fallecidos, hasta mil ochocientos.[822]

El lunes siguiente al pogromo, cuando Nikolaidi subió a un tren para regresar a su ciudad natal, fue testigo de que hombres judíos

descalzos limpiaban la basura de las vías bajo la supervisión de algunos cosacos. «Los comunistas ensuciaron el lugar, que lo limpien», gruñía uno de los guardias.

Semanas después, un millar de víctimas enfermas y hambrientas permanecían en dos lugares: un edificio de un solo piso y la sinagoga. Según informa Berliand: «Los cadáveres habían permanecido en hospitales, dormitorios y casas particulares durante diez o doce días; los muertos y moribundos transmitían el tifus a los vivos».[823] En noviembre, el trabajador de la Cruz Roja G. I. Rabinovich calculó que otros mil judíos habían muerto de tifus, hambre y otras enfermedades; apenas quedaba una casa judía en pie, y las que se mantenían tenían las ventanas y puertas rotas, por lo que resultaba imposible escapar del frío inclemente.[824] «La situación de los enfermos y heridos es muy grave; cada día la epidemia se extiende, porque alrededor de ciento cincuenta personas están viviendo situaciones increíblemente duras y en condiciones insalubres», informó la Cruz Roja.[825] Los heridos más graves fueron evacuados a Kiev, donde, según Rabinovich, muchas víctimas fallecieron al poco de llegar. Calculó que la cifra de muertos, incluyendo a los que fallecieron a causa de enfermedades como consecuencia del pogromo, superaba las ocho mil personas.

Con Fastiv bajo control del Ejército Blanco, el camino hacia Kiev estaba despejado. El 30 de agosto, la unidad de Kraus fue la primera en llegar a la ciudad, asegurar sus puentes en el Dniéper y alzar la bandera azul y amarilla de Ucrania sobre el ayuntamiento. Pero la tarde del día siguiente la caballería de los cosacos del Don, que dependía del ejército de Denikin, bajo el mando del general mayor Nikolai Bredov, llegó desde el este y avanzó osadamente hacia el centro de la ciudad. Después de dos días de intensas luchas, los ejércitos de Bredov y Kraus derrotaron a los trenes blindados de los bolcheviques, a su artillería pesada, a sus globos de observación y a sus cañoneros, y ocuparon Kiev. Tras la retirada de las tropas del Ejército Rojo, Bredov se dirigió a los galitzianos, dándoles un ultimátum: o deponían las armas o abandonaban la ciudad. Kraus ordenó a sus hombres que obedecieran y, de ese modo, entregaron la capital a Denikin. Con Kiev bajo su gobierno, el Ejército Blanco buscaba desacreditar a los ucranianos y devolver la vieja capital a una Rusia unida.

Grandes sectores de la población de la ciudad -tanto judíos como no judíos- celebraron la victoria del Ejército Blanco, con la esperanza de que Kiev se convirtiera de nuevo en parte de Rusia y volviera la normalidad. Era la novena ocasión en que la ciudad cambiaba de manos desde 1917, y la economía estaba muy mermada. Como la población era mayoritariamente rusoparlante, muchos se habían

mostrado recelosos ante la independencia ucraniana. Los bolcheviques, que habían controlado el gobierno desde febrero, también eran vistos con aversión. Había sido una época de tribulaciones y extremismo, ya que los bolcheviques habían estado experimentando su ingeniería social en la ciudad. «En todas las instituciones -recordaba Ehrenburg- parecía que excéntricos de pelo canoso y jóvenes entusiastas estaban elaborando proyectos para un paraíso en la tierra».[826] Pero el contraste entre sus discusiones y la realidad era asombroso: «Por la ciudad merodeaban bandas; todos los días había noticias de pogromos y asesinatos».[827] Durante el invierno, los bolcheviques habían exigido nuevos impuestos, ocupado tiendas privadas, requisado casas particulares, nacionalizado bancos, racionado el pan e impuesto el toque de queda a las diez de la noche».[828] Esto bastó para que sus antiguos defensores se volvieran contra ellos. Los judíos, que eran mayoría entre los propietarios de tiendas privadas, fueron particularmente perjudicados. «La vida de los judíos, tanto desde el punto de vista individual como social, estaba bajo el yugo de un temible terror físico y moral», declararon representantes oficiales de la comunidad judía después de que los bolcheviques fueran obligados a abandonar la ciudad.[829] «Durante los últimos tres meses, he dormido medio vestido, esperando que me registraran o me detuvieran», se lamentaba un estudiante en septiembre.[830] Al mismo tiempo, se culpaba a los judíos por los excesos de los bolcheviques. Como dice Ehrenburg, entre la mayoría rusa de la ciudad «había muchas disputas, pero todos maldecían a los bolcheviques, a los nacionalistas ucranianos y a los judíos».[831]

Como siempre, lo que más aterrorizaba a la población era el terror rojo de la Checa, lo que aprovecharon los rusos blancos con propósitos propagandísticos. Como escribió un corresponsal del *London Times* que llegó a la ciudad el 17 de septiembre, «Kiev es hoy una ciudad de horrores, no sé si habrá otra ciudad en donde hayan gobernado los bolcheviques y en la que hayan dejado rastros tan espantosos de su obra diabólica como aquí». Calculó que alrededor de dos mil personas habían sido asesinadas por la Checa, pero señaló que había rumores que elevaban la cifra hasta treinta o cuarenta mil víctimas. En las celdas de detención que usaba la Checa, dijo, «las paredes están agujereadas por balas de ametralladora y salpicadas de manchas rojas; el suelo aún está pegajoso; el olor hace que uno retroceda asqueado tras una breve inspección». Escribió que había cientos de cadáveres abandonados que se pudrían en las improvisadas celdas carcelarias. La ciudad entera, se quejaba, apestaba con «un terrible hedor que el cloruro sólo disimula parcialmente».[832]

El corresponsal del *Times* identificó a la principal culpable dentro de la Checa, una «judía» llamada Rosa Schwartz: «Digo esto -escribió-

porque la figura de esta judía como miembro destacado [de la Checa] se está convirtiendo en una leyenda».[833] En una versión más amplia del artículo, culpaba del terror exclusivamente a los judíos, repitiendo la patraña de que tanto Christian Rakovsky, presidente del gobierno soviético de Ucrania, como Martyn Latsis, presidente de la Checa de Kiev, eran judíos. De hecho, ninguno de ellos lo era: Rakovsky era de ascendencia búlgara y rumana, y Latsis era letón.[834] Pero muchos estaban convencidos de que los judíos eran los responsables de los horrores que la ciudad había soportado. Según un testigo, cuando llegaron los cosacos del Don con el Ejército de los Voluntarios:

> Varios comerciantes con todo tipo de productos se acercaron a ellos. Estos comerciantes enardecieron claramente a los cosacos contra los judíos, culpándolos de todos los actos de la Checa. El primer día, sin embargo, las cosas estuvieron completamente en calma: los cosacos no tocaron a ningún judío. Pero al día siguiente los cosacos enviaron una delegación de cuatro personas a inspeccionar el edificio de la Checa. Cuando la delegación regresó, la actitud de los cosacos cambió inmediatamente; todos estaban en un estado de ánimo terriblemente agitado y amenazaron con asesinar a todos los judíos. En efecto, desde ese momento empezaron a golpear a todos los judíos que se encontraban por la calle.[835]

La inspección de las instalaciones de la Checa convirtió los prejuicios en represalias. El Ejército Blanco arrestó a todo aquel que fuera sospechoso de haber ayudado a los bolcheviques, enviando a cientos de judíos a las superpobladas cárceles de la ciudad. Enfurecidas por los relatos del terror rojo, las turbas recorrían las calles atacando arbitrariamente a cualquiera que pareciera judío. En las estaciones de tren de la ciudad, los soldados cosacos atacaban y asesinaban a docenas de viajeros judíos acusándolos de bolchevismo.[836] Denikin, sin embargo, temiendo que los disturbios se descontrolasen, distribuyó panfletos llamando a detener la violencia contra los judíos, calmando la situación y permitiendo que prevaleciera una tensa paz durante casi seis semanas.[837]

Sin embargo, el 16 de octubre de 1919, dos días después de que los bolcheviques desplegaran una ofensiva para recuperar Kiev, el Ejército de los Voluntarios respondió con un contraataque.[838] «Los cañones rugieron frenéticamente y cayeron proyectiles por toda la ciudad, llevando a cabo su destructiva misión», recordaba Charles Jacobovitz, el secretario del consulado belga en Kiev. «El cielo estaba oscuro y cubierto de nubes. Soplaba un viento frío que sonaba como un gemido. Las calles estaban desiertas, salvo por unos pocos soldados y

transeúntes». A media mañana, continuó, el Ejército Blanco había restablecido el control, pero utilizó su victoria como pretexto para atacar a los judíos: «Bandas organizadas de soldados y oficiales del Ejército de Voluntarios llegaron en coche, a caballo y a pie con la intención deliberada de atacar y saquear las casas de judíos indefensos».[839] Corrían rumores muy extendidos y alimentados por la prensa de extrema derecha, de que gran parte de la población judía se había puesto del lado de los bolcheviques durante la crisis, de que los judíos estaban disparando al Ejército Blanco y arrojaban agua hirviendo a las tropas desde sus ventanas y balcones. La propia inteligencia militar del Ejército de Voluntarios había advertido a sus oficiales que estuvieran alerta ante la presencia de una organización de combate de judíos comunistas que presuntamente habían conseguido ametralladoras, rifles y granadas.

Con el pretexto de que estaban limpiando la ciudad de colaboracionistas, los oficiales del Ejército Blanco y los cosacos asaltaron sistemáticamente las mansiones de los judíos ricos de los arbolados bulevares del corazón de la ciudad, vaciando las tiendas de suministros almacenados para el invierno, saqueando casas particulares y, en ocasiones, dejando las propiedades en llamas. A sus subalternos les permitieron rebuscar en las casas más pobres de los suburbios.[840] El señor de la guerra Ilya Struk, que ahora luchaba junto a Denikin, se hizo con el control de Podil, distrito principalmente judío de la ciudad.[841]

Uno de los trescientos testimonios presentados ante el Comité Central de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos, Shmuil Gankin, dijo que un coronel, tres oficiales y algunos soldados le detuvieron bajo la falsa acusación de que había estado mirando por la ventana con prismáticos. Testificó que entregó sus documentos, en donde no había ninguna evidencia de que tuviera algo que ver con el comunismo. «Pero el coronel dijo que los judíos siempre estábamos fabricando documentos y que, incluso aunque no fuera comunista, debía responder por otros judíos». El coronel registró su casa, se llevó toda su ropa, dejándole sólo con lo puesto, y ordenó a los soldados que le acompañaran afuera, donde le golpearon y le obligaron a cantar eslóganes contradictorios como «Larga vida al Ejército de Voluntarios» y «Larga vida a Lenin y Trotsky».[842]

A. Teitelbaum informó de que un oficial y unos soldados que fueron a su casa le acusaron de haber disparado desde su ventana. El oficial señaló a uno de sus soldados, que tenía el brazo vendado, y prometió que a él le haría lo mismo; Teitelbaum insistió en que ni siquiera tenía una pistola.[843] Samuil Meltser iba de camino a su casa a mediodía cuando dos oficiales cosacos lo abordaron y le pidieron su reloj, su abrigo y su dinero. Cuando iba andando con ellos por la calle,

un vecino se asomó a un balcón de un segundo piso: «Uno de los oficiales le disparó con su rifle, matándole en el acto».[844] Al menos cinco personas que aún se estaban recuperando de las heridas que les habían infligido en el pogromo de Fastiv fueron asesinadas en el hospital por soldados que irrumpieron en el ala quirúrgica exigiendo saber qué pacientes procedían de Fastiv.[845] Semen Burakovsky, un comerciante de treinta y nueve años, fue mortalmente herido en su casa por soldados que, según su viuda, gritaban «todos los judíos deben morir, todos son comunistas».[846]

Los saqueos y asesinatos continuaron durante cuatro días, volviéndose más violentos cada noche. Muchos testigos denunciaron la violencia sexual. «Mientras viva, no olvidaré los gritos que resuenan sin descanso en mis oídos -escribió Jacobovitz, el secretario del consulado belga, refiriéndose a lo que escuchó en la casa de un vecino-. Los gritos duraron alrededor de una hora y luego cesaron. Después sólo se escuchaba la solitaria voz de una mujer que parecía el gemido de un perro». En otro apartamento al que logró entrar, «una familia entera -el padre, la madre y una niña pequeña- yacía tendida en un charco de sangre, sus cuerpos terriblemente mutilados, sus manos arrancadas, separadas del cuerpo a golpe de sable».[847]

«No se trataba de una banda de Petliura ni de chusma -apuntó Shmuel Rubinshteyn-, eran gente de manos cuidadas y caras nobles como príncipes, acompañados por sus fieros, oscuros y hermosos amigos del Cáucaso, que aprendieron de la antigua élite militar de Petersburgo cómo funcionaban los pogromos».[848] «En Kiev -continuaba-, el verdadero rostro del benevolente ejército con su alta aristocracia quedó al descubierto.[849] Mataron a numerosos judíos, pero aun así no salvaron a su vieja Rusia».[850]

El Ejército Blanco complementó sus ataques físicos a los vecinos judíos de Kiev con una campaña de propaganda antisemita. Periódicos, panfletos y carteles que culpaban a los judíos de los crímenes de los bolcheviques fueron distribuidos en los ferrocarriles, entre las compañías militares y por toda la ciudad. Acusaban a los judíos de simpatizar con los comunistas o de luchar para el enemigo. Alegaban: «Los judíos dispararon a nuestros valerosos defensores desde sus áticos, balcones y ventanas», y advertían que «Trotsky-Bronstein cerrará las iglesias ortodoxas y repartirá nuestras ricas tierras entre sus correligionarios», e instaban a boicotear los negocios judíos.[851] El Ejército Blanco operaba en coordinación con un periódico de amplia tirada que simpatizaba con su causa, incitando a una mayor violencia y culpando de todos los disturbios sufridos por la ciudad a los judíos, a quienes se acusaba de haber alimentado el caos al asesinar al zar y apoyar al gobierno bolchevique que había ocupado su lugar. Un estudiante judío expresó su sorpresa ante el hecho de que su

propia criada, que había presenciado personalmente cómo los bolcheviques le habían acosado, hubiese llegado a creer que estaba vinculado a los bolcheviques. «La propaganda -apuntó-, había hecho efecto».[852]

La delegación judía da la bienvenida a Petliura a su regreso de Galitzia.

«A los bolcheviques -decía el periódico en lengua rusa *Kievlianin* el 19 de octubre-, les ayudó la población judía local, que disparó indiscriminadamente a los voluntarios y formó organizaciones judías de combate a las que llamaban brigadas de autodefensa».[853] Dos días después, el periódico puso en cuestión la lealtad de los judíos de la ciudad y les urgió a que denunciasen a sus correligionarios: «¿Aprenderán algo los judíos de estas terribles noches? ¿Comprenderán lo que tienen que hacer? ¿Serán maldecidos públicamente en las sinagogas los judíos responsables de esta catástrofe? ¿Renunciará la mayoría de la población judía al nuevo gobierno bolchevique con la misma pasión con la que atacó al antiguo regimen?»[854] La campaña de propaganda antisemita recordó, a muchos de los judíos residentes en Kiev, los días más oscuros del zarismo, y algunos la vivieron como una afrenta aún mayor que la violencia física que habían padecido.

Pero no todos los habitantes, mayoritariamente rusos, de la ciudad abandonaron a los judíos: el poderoso sindicato metalúrgico emitió un comunicado condenando el pogromo, y también lo hizo el consejo de los sindicatos de trabajadores.[855] Muchos intelectuales liberales se

manifestaron contra el pogromo, y hay informes de que, al menos, un sacerdote ortodoxo salió en defensa de sus vecinos judíos.[856] Pero no fue suficiente. El 1 de noviembre fueron enterrados 294 judíos en el cementerio. Y, como señaló un observador hablando de ese día, aún quedaban cuerpos en las calles y muchas personas, incapaces de llegar al cementerio, habían enterrado a sus vecinos en sus patios y en espacios verdes a lo largo de la ciudad.[857] Los representantes del Comité Central de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos fueron casa por casa distribuyendo cientos de cuestionarios que pedían detalles acerca del pogromo.[858] El número final de muertos osciló entre cuatrocientos y seiscientos.[859] Evaluando el impacto del pogromo en las lealtades políticas de la población judía, un autor de memorias señaló: «Si estas personas habían permanecido indiferentes hasta entonces, ahora se harían bolcheviques».[860]

14

EL POGROMO DE TETIIV

En diciembre, el Ejército Rojo llevó a cabo otra gran contraofensiva contra Petliura y Denikin. Una vez más, el ejército de Petliura volvió a disolverse en los campos y, el 5 de diciembre de 1919, el jefe atamán huyó a Varsovia en busca de nuevas alianzas con Polonia. Los soldados blancos se vieron obligados a retroceder, abandonando el centro de Ucrania tan rápido como lo habían ocupado. El jueves 11 de diciembre los bolcheviques entraron en Kiev. «La ciudad no fue bombardeada -recordaba un vecino-, pero oíamos el ruido de las ametralladoras y de los cañones de los trenes blindados». El Ejército Blanco y sus aliados se rindieron o huyeron sin oponer resistencia. «Los refugiados esperaron hasta el martes en la estación, sentados en vagones de pasajeros sin locomotoras ni conductores».[861]

Tras su retirada de Kiev, el Ejército de Voluntarios de Denikin se desmoronó junto a sus sueños de una Rusia unificada. El tifus asolaba sus filas, los oficiales discutían sobre sus tácticas, los británicos les retiraron su apoyo y los cosacos abandonaron la lucha. Completamente desmoralizados, los soldados que se batían en retirada buscaron venganza contra los residentes judíos de las ciudades por las que pasaban.

Llegaron a Tetiiv, una pequeña ciudad de las tierras altas del Dniéper, junto al río Ros, el 25 de diciembre. Los cuatro mil habitantes, de los cuales casi la mitad eran judíos, recordaban el paso por la ciudad del Ejército Blanco a principios de otoño. Antes de aquello, la ciudad había sido gobernada por un vecino bolchevique llamado Volf Lederman, al que los campesinos llamaban despectivamente el Zar Judío.[862] Bajo el gobierno bolchevique, los cinco molinos, la fábrica de jabón y la fábrica de agua de Seltz habían quedado en gran medida paralizados, y muchas de las tiendas de alimentos, de bienes no perecederos y de utensilios cerraron.[863] En septiembre, los habitantes, debilitados por el colapso económico y la enfermedad, dieron una bienvenida entusiasta a los rusos blancos, que hablaban un ruso refinado y prometían la restauración de la ley y el

orden. Pero en lugar de ello, alrededor de treinta jinetes cosacos y una docena de miembros de las fuerzas de contrainteligencia de Denikin entraron en las casas en busca de objetos de valor, llevándose hasta las mantas de los enfermos encamados.[864]

Debido a esta experiencia, cuando el Ejército de Voluntarios regresó durante su retirada en diciembre, los vecinos estaban ya sobre aviso. Aron Sery testificó que la tarde del 25 de diciembre estaba en la cama, enfermo de tifus, pero «completamente consciente». Algunos vecinos estaban escondidos en su casa, sentados en la oscuridad, cuando alrededor de las ocho de la tarde «alguien empezó a golpear nuestra ventana, increpándonos para que abriéramos la puerta». Unos diez cosacos y un soldado checheno del ejército de Denikin irrumpieron en la habitación preguntando quiénes eran los propietarios de la casa. Cuando los padres de Sery dieron un paso al frente, los cosacos golpearon a su madre primero en el pecho con un revólver y después en la cabeza, y empezó a sangrar. Los soldados se volvieron hacia el padre de Sery y le golpearon mientras gritaban: «¡Judíos, dinero!». El padre de Sery les ofreció algo de dinero, pero los cosacos no quedaron satisfechos y le golpearon en la cara. El propio Sery entregó un reloj de plata y todo el dinero que tenía encima. Los soldados ordenaron a Sery y a su padre que colocaran la cabeza sobre la mesa y alzaron sus sables, como para una ejecución. Después se marcharon, llevándose ropa y otros objetos de valor. También cogieron tres gansos del patio y los sacrificaron delante de ellos, llevándose las aves para su almuerzo. A lo largo de la noche, Sery informó de que escuchó gritos, ruido de cristales rotos y el estruendo de las ruedas de los carros mientras los soldados saqueaban a sus vecinos.[865] «Tanto los nobles como los soldados rasos participaron en las más salvajes atrocidades y atracos; muchas personas resultaron heridas, torturadas y humilladas, incluso violaron a mujeres, tanto jóvenes (incluso de catorce y quince años) como mayores (la más mayor, de sesenta años)», recordaba un testigo.[866]

El viernes 26 de diciembre por la tarde, mientras los soldados del Ejército de Voluntarios se disponían a continuar su marcha, recogieron heno y paja, les prendieron fuego y arrojaron las antorchas a casas y tiendas judías. Muchas de las tiendas de la plaza del mercado quedaron reducidas a cenizas, así como diez casas, entre ellas las de Shloyme Gorodetsky, Moyshe Peker y Moyshe Rabinovich.[867] Sery contó quince personas asesinadas; otros informes elevan la cifra de muertos a veinte o treinta. Todos los testigos confirmaron otros tantos casos de violación y agresiones.[868] La breve ocupación del Ejército Blanco agravó las relaciones étnicas, convirtiendo la tolerancia de la ciudad en violencia y anunciando los crímenes venideros.

Estos episodios se repitieron por el camino de retirada del Ejército

de Voluntarios. Por ejemplo, en Kryve Ozero, una ciudad de quince mil habitantes cerca de Odesa, los soldados del Ejército Blanco saquearon las casas de los judíos, atacaron a la población judía con espadas, cuchillos, hachas y bayonetas, y confinaron a la fuerza a numerosas chicas judías en una casa que los soldados usaron como burdel. Según los testigos, «la noche de Navidad, mientras sonaban las campanas de la iglesia, comenzó una brutal matanza».[869] El Ejército Blanco celebró la festividad con «baile, música y juegos de cartas en el mismo centro de la ciudad, cuyas calles rebosaban sangre», y allí brindaron por su victoria sobre los «judíos comunistas».[870] El 10 de enero, los soldados del Ejército de Voluntarios, ante la noticia de un avance bolchevique en el norte, empezaron a incendiar la ciudad. Para cuando el Ejército Rojo se hizo con el control de la ciudad dos semanas después, la comunidad judía había sido completamente arrasada. Un testigo, un cristiano maestro de escuela, testificó «que los cadáveres yacían en las calles como si fueran basura». Ayudó a los judíos supervivientes a transportar más de cuatrocientos cuerpos al cementerio y a cavar una enorme fosa en la tierra helada. «No se escuchaba ni un ruido, ni se veían lágrimas. Todo el mundo estaba en silencio y mirándome, yo era el único cristiano entre ellos», recordaba.[871]

En marzo, el Ejército Blanco se vio obligado a retirarse a Crimea. Frente a la derrota, Denikin dimitió y huyó a Constantinopla con muchos de sus antiguos camaradas de armas. Más adelante se asentó en París. Los bolcheviques habían conseguido una gran victoria, acabando para siempre con la presencia militar del Ejército Blanco en Ucrania. Pero la propaganda de los rusos blancos demostró ser más poderosa que su ejército. Hasta el último miembro de la resistencia campesina había interiorizado la visión del mundo conspiratoria que vinculaba a todos los judíos con el bolchevismo, y el movimiento contrarrevolucionario empezó a adoptar las tácticas de tierra quemada del Ejército de Voluntarios. Cuando el Ejército Rojo consiguió finalmente vencer la resistencia, culpó mayoritariamente de ello a los judíos. Como decía un refrán popular: «Los Trotsky hicieron la revolución, pero los Bronstein pagaron por ello».

Tras la retirada del Ejército Blanco de Tetiiv, los bolcheviques de la localidad, bajo el mando de Grigorii Vynnychenko (que no guardaba ninguna relación con el dirigente de la Rada Central Volodymyr Vynnychenko) se autoproclamaron inmediatamente como los nuevos dueños de la humeante ciudad y la gobernaron durante los tres meses siguientes.[872] Según un informe, Vynnychenko «era un ferviente defensor de los judíos y, a menudo, tomó represalias contra los campesinos. Bastaba con señalar a un campesino como bandido para

que fuese inmediatamente ejecutado».[873] Por primera vez desde los comienzos de la Gran Guerra, los judíos de Tetiiv se sintieron a salvo; ahora eran los campesinos de la región los que estaban aterrorizados. Las noticias sobre la brutalidad de Vynnychenko recorrían los campos. Se decía que, cuando sus hombres capturaban a una banda de ladrones en el bosque, llevaban a los prisioneros al centro del pueblo, los obligaban a ponerse en fila y les cortaban la cabeza uno a uno. Los niños se turnaban para jugar a «Vynnychenko», imitando los actos crueles que habían oído contar a los adultos.[874] Alrededor del líder bolchevique gravitaban toda suerte de tipos sádicos encantados con la oportunidad de poder ejercer una violencia legal. Sonia Lev, de doce años, informó de que el hermano de la criada de su familia, Simon Doginsky, un verdadero alborotador que solía ir a su casa mientras su hermana trabajaba, «era una mala persona, simplemente una mala persona».[875] Cuando Vynnychenko llegó al poder, Doginsky fue uno de los primeros en identificarse como bolchevique.

Los hombres de Vynnychenko se sentían atraídos por el poder y el sadismo, y no por la ideología; un hecho del que el propio Vynnychenko era completamente consciente. «Puedo garantizar que yo soy bolchevique, pero no puedo decir lo mismo de mis soldados», se cuenta que confesó.[876] De hecho, su propio jefe de policía, Ilya Chaykovsky, antiguo oficial del ejército de Petliura, era un agente doble que compartía las contraseñas y los planes bolcheviques con los insurgentes antibolcheviques.

En marzo de 1920, un grupo de campesinos se alzó contra Vynnychenko y los bolcheviques. Su líder, Overko Kuravskyi, se unió a Chaykovsky y formaron un grupo de insurgentes. La mayoría de los que abrazaron la causa eran vecinos de la resistencia, el tipo de hombres que habían estado entrando y saliendo del ejército de Petliura, alistándose cuando las campañas eran exitosas y huyendo de nuevo a sus pueblos cuando la situación se complicaba. Kuravskyi era un reclutador nato: según un informe, «cada día llegaban grupos de veinticinco o treinta personas de otros pueblos, todos ellos armados».[877] Consiguió reunir a unos mil hombres fuertemente armados, incluyendo a sesenta jinetes, aparte de otros que estaban «dispuestos a coger una horca en cualquier momento, ya que se consideraban constantemente movilizados… Las picas hacen las veces de armas para quienes no tienen pistolas».[878]

Pero el punto fuerte de Kuravskyi era el respaldo que recibía de Vassili Perevalov, el poderoso dirigente del banco de la región de Tetiiv. Con tan sólo treinta y cinco años, más que un señor de la guerra insurgente parecía un burócrata de nivel intermedio. Como la mayoría de los banqueros, Perevalov despreciaba a los bolcheviques que querían nacionalizar los bancos. También se mostraba receloso

hacia la competencia judía que estaba al mando de muchos de los bancos de la región. Dirigía un círculo anticomunista en su banco y utilizaba su posición para instigar contra los comunistas y los judíos. Un informe apunta directamente a su banco como un «nido de antisemitas».[879] Gracias al apoyo de Perevalov y a su dinero, Kuravskyi pudo comprar un arsenal que contaba con cinco ametralladoras Maxim, varias ametralladoras Lewis y una gran cantidad de munición.[880] Tenía incluso algunos Chauchats, metralletas ligeras, que habían sido el arma favorita de los franceses durante la guerra.

Los insurgentes de Kuravskyi atacaban a los destacamentos del Ejército Rojo que estaban de paso, y él se ganó una gran reputación por su crueldad. No sólo fusilaban a los prisioneros que capturaban, sino que también asesinaban a enfermeras y médicos, especialmente cuando el personal era judío. También atacaban regularmente a los comerciantes judíos que pasaban por su zona; por ejemplo, se tiene constancia de que asesinaron a dos hermanos que iban a vender jabón a una aldea cercana.[881]

La noche del miércoles 17 de marzo de 1920, un pequeño grupo de insurgentes de Kuravskyi atacó Tetiiv para reabastecerse. Saquearon las tiendas del centro de la ciudad y mataron a cinco judíos. Vynnychenko estaba furioso. Como recuerda Efraim Joffe, un vecino de Tetiiv de sesenta años que huyó a Berdichev, «después de este incidente, Vynnychenko persiguió a los bandidos incluso con mayor virulencia».[882] Envió a un grupo a asesinar a veinte campesinos.[883] Los vecinos, continua Joffe, «pagaron su enfado contra Vynnychenko con los judíos».[884]

El 20 de marzo, Vynnychenko salió de la ciudad para visitar la región, como hacía todos los sábados. Pero en esta ocasión no regresó al día siguiente como se esperaba. Los vecinos judíos de Tetiiv se alarmaron, preocupados por que hubiera sido detenido o asesinado. Los que tenían medios para hacerlo, hicieron las maletas y se dispusieron a huir a la ciudad cercana de Bila Tserkva. Chaya Goldenberg alquiló un carro, empaquetó sus pertenencias y contrató los servicios de un conductor con la intención de marcharse la madrugada del miércoles.

Cuando Vynnychenko regresó finalmente la noche del lunes 22 de marzo, hizo llamar a un grupo de líderes judíos y les advirtió de lo evidente: que los insurgentes se estaban preparando para atacar y que probablemente se produciría un pogromo. Les prometió que los bolcheviques estarían de su parte y que intentarían proteger a los judíos, pero les pidió que reconstruyeran sus brigadas de autodefensa. Los mandatarios judíos se opusieron. En el pasado, cuando habían tomado las armas contra los campesinos insurgentes, estos siempre los superaban en número, y los enfrentamientos acababan en una terrible

violencia. En esta ocasión, los dirigentes judíos decidieron sobornar a los atacantes.[885]

Muchos judíos se ocultaban en sótanos y desvanes cuando, como todo el mundo esperaba, la noche del martes 23 de marzo al miércoles 24 llegaron los insurgentes a la ciudad. La mayoría de los veinte o treinta hombres procedían del pueblo cercano de Telizhyntsi; sólo unos pocos eran vecinos de Tetiiv.[886] Lo primero que hicieron fue cortar la luz, dejando la ciudad en completa oscuridad. Los testigos recuerdan el sonido de las explosiones y los tiroteos durante la noche. Gracias a la información proporcionada por Chaykovsky, sabemos que Kuravskyi y sus hombres consiguieron hacer frente a los guardias del cuartel general de Vynnychenko, en donde abrieron fuego. Un insurgente -al que algunos testigos identificaron como Oleksandr Sahatyuk- lanzó una granada contra el edificio; pero, desafortunadamente para Sahatyuk, rebotó en el marco de una ventana y el estallido lo dejó ciego. Los hombres de Vynnychenko lo capturaron sin resistencia. Cuando los vecinos se despertaron el miércoles por la mañana, el cuerpo inerte de Sahatyuk colgaba de una soga en el balcón de Vynnychenko: la evidencia de que había sido torturado quedó expuesta al público.[887]

Impertérrito, Kuravskyi atacó. Muchos judíos, al percatarse de que se reanudaban los tiroteos, buscaron refugio en el ático de la sinagoga, al que sólo se podía acceder a través de una cortina desde una ventana del segundo piso, y desde ahí pudieron ver de cerca las atrocidades que se llevaron a cabo. A las cuatro de la tarde, cuando ya era patente que no podía mantener el control de la ciudad, Vynnychenko se marchó junto con sus últimos aliados, con la promesa de que regresaría pronto con un destacamento del Ejército Rojo. Para cuando llegó a la ciudad más cercana sólo le acompañaba un hombre: los demás habían declarado su lealtad a los insurgentes o simplemente le habían abandonado.

En las horas posteriores a la marcha de Vynnychenko, alrededor de doscientos campesinos llegaron a la ciudad, muchos a caballo y todos armados con utensilios de campo: hachas, cuchillos y horcas. Según el testimonio de un niño que fue entrevistado en un orfanato de Bila Tserkva, «la ciudad estaba llena de campesinos, todos ellos con hachas». Sólo unos pocos llevaban rifles y sables.[888] Los insurgentes iban acompañados por vecinos jóvenes y ancianos del pueblo. Esta multitud variopinta exigía que los judíos aceptasen su responsabilidad por los crímenes perpetrados por el «comisario judío». Es inútil señalar que Vynnychenko ni siquiera era judío.[889] Al frente de la multitud de los rebeldes estaba Chaykovsky, el jefe de policía renegado de Vynnychenko, acompañado de unos veinte antiguos policías bolcheviques que se habían pasado al bando de los insurgentes. Entre

ellos estaba Simon Doginsky, el hermano de la criada de Sonia Lev, que había conseguido añadir un revólver y una espada al rifle que siempre llevaba encima.

Según uno de los testigos, con la ciudad bajo control de los insurgentes, «convocaron una reunión y en un acalorado discurso exigieron el exterminio de todos los judíos, desde los niños de dos años a los ancianos de noventa. Sólo así se lograría la paz en la ciudad».[890] Alzando dos dedos -gesto tradicional con el que los soldados hacían un juramento-, uno de sus líderes ordenó a todos los allí reunidos que jurasen que no mostrarían clemencia ni caerían en la tentación de saquear».[891]

Después, los insurgentes prendieron fuego a la zona judía de la ciudad con ayuda de los campesinos de la vecindad. Según el testimonio de Teme Novofastovskaya, entrevistada en un albergue para gente sin hogar en Bila Tserkva, estaba en casa cuando escuchó el tiroteo. Alrededor de las tres de la mañana, se percató de que las casas vecinas estaban en llamas. Recordaba ver a los vecinos reuniendo manojos de paja, prenderlos y arrojarlos a casas y tiendas. Vio a sus vecinos, miembros destacados de la comunidad, señalando las casas que debían quemar y cómo ardía la casa de su hermano. Al final salió de la suya y pasó el resto de la noche escondida en un jardín. Más tarde, un polaco le ofreció refugio y le dio comida.[892]

Mientras los campesinos incendiaban el barrio judío, los insurgentes armados acorralaban a los hombres, mujeres y niños judíos, y los obligaban a entrar a la sinagoga. Los testigos calculan que debía de haber más de mil judíos atrapados en el edificio cuando la muchedumbre empezó a arrojar troncos ardiendo por las ventanas.[893] El patio se llenó de cartuchos vacíos cuando los insurgentes abrieron fuego contra la sinagoga. Algunos lanzaron granadas al santuario.

Chaya Goldenberg, que vio los incendios desde el ático de la sinagoga, recordaba: «Lo vimos todo. Pero cuando nos dimos cuenta de que la sinagoga estaba en llamas, decidimos salir».[894] La entrada a la parte de las mujeres ya estaba ardiendo, y toda la sinagoga estaba llena de humo. La puerta principal estaba envuelta en llamas.

Hombres y mujeres iban a empellones hacia las escaleras del ático, tratando de huir por las ventanas. Pero el humo y las llamas empezaban a ascender también en esa dirección. Seguían arrojando por las ventanas manojos de paja ardiendo al interior de la sinagoga, que avivaban el fuego. La *bimah* de madera y el arca que contenía los rollos de la Torá se quemaron junto a cientos de hombres, mujeres y niños. «La santidad de los rollos de la Torá no los protegió», reflexionaba Joffe.[895] Entre las víctimas se encontraba el rabino local, Shimen Rabinovich.

Goldenberg consiguió saltar por una de las ventanas del ático y

cayó al suelo, aturdida y herida. Se quedó tumbada unos pocos minutos, dolorida y en estado de *shock*, recuperando de cuando en cuando la conciencia para escuchar los gritos, el rugir del fuego y el sonido de otros cuerpos que caían cerca. Acabó reponiéndose. Otros yacían junto a ella, algunos heridos, otros muertos. Intentó incorporarse, tropezó en un par de ocasiones y consiguió ponerse a salvo.[896]

Los insurgentes disparaban a los judíos que saltaban por las ventanas superiores de la sinagoga en llamas. Los campesinos perseguían a los que sobrevivían a la caída, golpeándolos e hiriéndolos con espadas, cuchillos y horcas. La tendera Hinde Feldman informó de que escapó por la ventana del ático con su madre. La madre sobrevivió a la caída, pero fue atacada en cuanto cayó al suelo. Hinde corrió hacia ella: estaba sin vida. La propia Hinde fue acuchillada en la mano y la cabeza.[897]

Moyshe Peker, un respetado anciano del pueblo, logró escapar de la sinagoga, pero fue rápidamente capturado por los hombres de Kuravskyi. Los campesinos de la vecindad, al reconocerle, intentaron salvarle. Según un testigo, el propio Kuravskyi se acercó y dijo: «Incluso si es un buen hombre, sigue siendo judío y debe ser exterminado». Según un testigo, «Peker fue descuartizado en pedazos».[898]

Nokhem Bikov, pescadero local de cuarenta y cinco años, logró huir de la sinagoga en llamas y arrojarse al río. Dos campesinos que le conocían se encontraban en la orilla, le vieron y le llamaron, ofreciéndole protección. Cuando Bikov consiguió acercarse a ellos, le dispararon.[899]

Moyshe Lev y su tío, Berl Baltok, estaban escondidos en el sótano de un vecino cuando olieron el humo. Ambos huyeron al cementerio ruso, donde pasaron la noche escondidos en una tumba. A la mañana siguiente, cuando se dirigían a un pueblo cercano, se encontraron con un campesino llamado Mykytyn; Lev le había contratado en alguna ocasión para que fuera a recoger sus mercancías a Uman. Pero en esta ocasión Mykytyn no se mostró tan servicial. Sabía que Lev tenía dinero en casa y ordenó al judío que le llevara allí. Su casa, al estar situada en una calle en donde se alternaban las casas de cristianos y judíos, se había salvado de las llamas. Mykytyn rebuscó entre las pertenencias de la familia y encontró rublos zaristas escondidos en un baúl. Después de coger el dinero, se llevó a Lev al patio y le mató de un solo disparo.[900]

El viernes la violencia cesó. Joffe recuerda haber escuchado «unos gritos salvajes y desgarradores» cuando los primeros supervivientes salieron de sus escondites y descubrieron los cuerpos carbonizados desperdigados por la ciudad. «Vimos a un cerdo mordisqueando un

cadáver», recordaba.[901] Otros supervivientes salieron de sus sótanos a primera hora de la mañana del sábado y se dirigieron inmediatamente hacia la sinagoga, «pero ya no había sinagoga, sólo quedaban las paredes quemadas e irreconocibles cadáveres carbonizados. Por todas partes había manos, pies y otras extremidades».[902]

Joffe regresó a su humeante casa para ver qué podía salvar. Mientras empezaba a arrojar agua sobre las brasas, un insurgente se acercó a su patio y le ordenó «que fuera a decir a los judíos que enterrasen a sus muertos». El hombre entró entonces en la casa, le clavó una estaca, a Shifre, la mujer de Joffe, y se apresuró a coger sus últimas pertenencias de los armarios carbonizados. Cuando se marchó, Joffe se llevó a su mujer herida al sótano de un vecino, donde esperaba poder esconderla y evitar que sufriera más daños. Cuando abrió la puerta del sótano, vio los cadáveres de doce personas. Depositó a su mujer herida entre ellos.[903]

Era sábado, y Joffe se dio cuenta de que estaba hambriento, apenas había comido desde el comienzo del pogromo cuatro días antes. Apeló a la caridad de sus vecinos no judíos, pero «los cristianos locales no me reconocían y no me dieron nada». Fue consciente del alcance de la catástrofe mientras vagaba por la ciudad en busca de comida. «Los cadáveres estaban tendidos en el suelo como si fueran basura. Había perros y cerdos por todas partes. De algunos cuerpos sólo quedaba la mitad. Muchos cadáveres no estaban cubiertos. La mayoría de las casas se habían quemado. Excepcionalmente, alguna logró librarse de las llamas. Se oían historias aterradoras. Mucha gente había sufrido quemaduras graves y no se pudo hacer nada para salvarla».[904]

Al día siguiente, 28 de marzo, Domingo de Ramos, llegó un destacamento de ochenta soldados del Ejército Rojo, se enfrentó a los insurgentes y mató a quince de ellos. El comisario reunió a los judíos supervivientes: les advirtió que los bolcheviques no podrían proteger la ciudad y que deberían buscar refugio en el pueblo vecino de Pohrebyshche, que el Ejército Rojo tenía bajo control.[905] No quedaban carretas disponibles, así que alrededor de un millar de hombres, mujeres y niños se dispusieron a hacer el camino a pie: «Muchos ancianos y niños no tenían fuerzas para continuar y fueron abandonados por el camino, donde más tarde los bandidos los mataron… Muchos niños murieron aplastados bajo los pies de los aterrorizados refugiados», relata un informe firmado por cinco testigos.[906] Los aldeanos cargaban sus rifles y los disparaban al pasar, matando a los supervivientes por diversión.[907] Los refugiados llegaron a Pohrebyshche el martes. Los judíos del pueblo les ofrecieron comida, pero les instaron a que continuaran su camino, porque la comunidad judía de Pohrebyshche era demasiado pobre y estaba demasiado

arruinada para poder ayudarlos. Los refugiados de Tetiiv llegaron finalmente a Koziatyn. Con una frase bíblica que después se adoptó para referirse a los supervivientes del Holocausto, un hombre escribió: «En Koziatyn, los *sh'erit ha-plitah*, los supervivientes, se dispersaron en distintas direcciones, a Berdichev, Kiev, Odesa y otros lugares».[908]

Velvl Tsap, de dieciocho años, huyó con un grupo de otras cinco personas y fue capturado en un pueblo cercano. Al percatarse de que eran judíos, sus captores acusaron al grupo de ser bolcheviques, los llevaron a un claro a las afueras del pueblo, les ordenaron que se tumbaran con la cara sobre el barro y después los atravesaron con sus sables. Tsap perdió el conocimiento. Algún tiempo después, calcula que unas pocas horas, se dio cuenta de que los campesinos estaban bajando los cuerpos de sus compañeros a una tumba recién cavada. Cuando un campesino fue a por él, Tsap abrió los ojos. El campesino retrocedió asustado

«¿Aún estás vivo?»
«Sí», respondió
«Pero tenemos que enterrarte».

Uno de los campesinos dijo: «Dejémosle y volvamos mañana. Si está muerto, le enterraremos». Tsap consiguió levantarse y caminó durante tres días por los campos hacia Pohrebyshche.[909]

El 2 de abril, la primera noche de la Pascua Judía, unos diez insurgentes llegaron a Tetiiv. Mykytyn, el campesino que solía traerle las mercancías a Lev desde Uman estaba entre ellos, montado a caballo. Los insurgentes reunieron a todos los judíos heridos, se llevaron a los hombres a la parte trasera del hospital y los fusilaron. Ordenaron a las mujeres y a los niños que abandonaran la ciudad.[910]

El número de judíos asesinados durante el pogromo, que duró diez días, oscila entre tres mil y cinco mil, aunque estas cifras pueden estar infladas. Hay una lista de víctimas con 631 nombres; otra, redactada por los refugiados en Odesa, suma 704 nombres.[911] Otros informes hablan de 1.127 personas que murieron quemadas en el incendio de la sinagoga y hasta 2.000 más que fueron asesinadas durante el pogromo.[912]

Una testigo recuerda las terribles secuelas: «Después de dos meses, volví a la ciudad de Tetiiv para cumplir mis últimas obligaciones hacia mis padres. No reconocí la ciudad. No quedaba un solo edificio. Había espacios vacíos por todas partes, y por todas partes se veían muñones quemados y escombros, las pertenencias insignificantes de las personas y pilas de huesos. Era imposible reconocer a nadie. No había cadáveres completos, sólo esqueletos y huesos. Por todas partes se

veían manos, pies y torsos humanos».[913] Fue a buscar a su familia, pero apenas pudo reconocer su propia casa entre las ruinas, sólo quedaba el sótano. Bajó y entre las baldas de compotas y frutos secos descubrió huesos y cráneos humanos. Entre ellos supuso que se encontraban los de su madre, Freyda Krasnaia, y sus dos hermanas, Evie de diecisiete años y Toybe de doce.[914]

El 27 de junio de 1920, tres meses después del pogromo, mientras iba en una carreta con algunos compañeros, el banquero Vassili Perevalov fue detenido en la carretera de Bila Tserkva a Kiev por unos agentes especiales bolcheviques a los que se había advertido que Perevalov era responsable del pogromo de Tetiiv. Perevalov insistió en que era sólo un pobre campesino que llevaba productos de la granja a sus parientes hambrientos de Kiev, ya que, en estos tiempos de escasez, los campesinos debían ayudar a sus familiares de la ciudad. El relato era creíble, pero los agentes especiales tenían buenos motivos para ponerlo en duda. Su fuente era Volf Lederman, el antiguo dirigente bolchevique de Tetiiv. Los agentes especiales registraron el carro de Perevalov y encontraron unos sesenta y ocho kilos de mijo, siete kilos de azúcar y cinco kilos de manteca, algo corriente en campesinos que llevaban sus bienes al mercado. Pero también descubrieron una bolsa con doscientos mil rublos. Confiscaron el dinero y se llevaron al grupo a Bila Tserkva para continuar el interrogatorio.

Perevalov se defendió: insistió en que no era uno de los instigadores del pogromo; al contrario, dijo que había refugiado a judíos en su casa. Podía incluso dar sus nombres: Leyzer Shvarts, Moyshe Peker y dos de sus hijos, Shleym Grosman y sus dos hijas, y también otros. Pero cuando se le preguntó si seguían vivos, Perevalov se mostró confuso. Había oído que Leyzer Shvarts vivía en Kiev, pero no sabía nada del destino de los otros. Un médico que fue testigo en el caso sugirió la respuesta: «Evidentemente, los entregó a los bandidos que llevaron a cabo la masacre».[915] Al menos un testigo pudo confirmar que Peker había sido asesinado.[916] Las investigaciones siguientes revelaron que, después del pogromo, a Perevalov le había ido muy bien; incluso se había comprado una casa, lo que hizo que muchos sospecharan que se había beneficiado de la masacre de los judíos y de los robos de sus propiedades.[917] Con las pruebas en la mano, el 12 de agosto de 1920, la Comisión para la Lucha contra el Vandalismo declaró culpable a Perevalov. La Checa regional de Kiev lo sentenció, así como a sus compañeros de viaje, a ser fusilado.[918] Como en Slovechno y en otras localidades, la justicia bolchevique fue firme y rápida.

15

LA GUERRA POLACO-SOVIÉTICA

En abril de 1920, las fuerzas polacas y ucranianas avanzaban hacia Kiev desde el norte, iniciando lo que se conocería como la guerra polaco-soviética. Su objetivo era frenar el avance bolchevique en la región y reclamar los territorios históricos de la mancomunidad polaco-lituana. Petliura, que estaba por entonces exiliado en Varsovia, había establecido una alianza con Piłsudski, según la cual Polonia apoyaría la independencia ucraniana en las provincias del antiguo Imperio ruso a cambio de que Petliura renunciase a reclamar para Ucrania la Galitzia oriental.[919] Las fuerzas polacas ya habían hecho incursiones en territorio bielorruso, conquistando Mazyr y Kalinkavichy en marzo.

El Ejército Rojo no estaba preparado para el ataque. Los soldados polacos se sorprendieron ante el ruinoso aspecto de los bolcheviques. «Algunos iban descalzos, otros llevaban un calzado blando desgastado; otros, galochas de goma -escribió Franciszek Krzystyniak- y, en la cabeza, todo tipo de gorros, algunos incluso llevaban sombreros de mujer y gorros de invierno o pañuelos, mientras que otros iban con la cabeza al aire, con su cabellera agitada por el viento. Su aspecto era macabro. Llevaban los rifles sujetos con una cuerda o sin ningún tipo de correa y los bolsillos llenos de munición, pero tenían buena puntería».[920] Daba la impresión de que el debilitado control que los bolcheviques tenían sobre Ucrania se estaba desvaneciendo tan rápido como el de los rusos blancos ocho meses antes.

El Tercer Ejército Polaco, compuesto principalmente por reclutas de la zona germanoparlante de Poznan, al oeste de Polonia, así como por legionarios voluntarios de América, que habían regresado a Polonia para unirse a la lucha por la independencia, tomó sin esfuerzo Zhytómyr la mañana del 26 de abril. El oficial polaco Miecyzsław Lepecki recordaba que «el pueblo de Zhytómyr, soliviantado por las falsedades sobre Polonia y el ejército polaco difundidas por los soviéticos, pensaba que nuestras unidades eran una especie de bandas de saqueadores harapientos que vivían de las requisas. Pero se

encontraron con algo bastante diferente».[921] Ivan Voronitsyn, el antiguo presidente del consejo de la ciudad, reconoció que al principio los soldados polacos se comportaron como «caballeros»: «Querían presentarse como europeos».[922] Los concejales de la ciudad, aseguró, dieron la bienvenida a los polacos cordialmente y llevaron a cabo las tareas que los recién llegados les impusieron. Como recuerda Lepecki, «la gente literalmente se rifaba a los oficiales polacos, ofreciéndoles alojamiento en sus propias casas».[923] Esperaban que la cooperación les garantizase su seguridad. Y muchos se mostraban también complacidos ante la marcha de los bolcheviques.

Pero a los pocos días los polacos empezaron a acosar a los ancianos judíos, llegando a cortarles o arrancarles las barbas. Voronitsyn declaró que hasta el abogado liberal Mikhail Skokovsky, a quien los polacos habían nombrado representante en el consejo de la ciudad, empezó a manifestar el antisemitismo del nuevo régimen: «Expresaba de manera abierta una judeofobia que nunca habríamos esperado de él».[924] Después de que la caballería soviética obligase a los polacos a salir de la ciudad durante un breve lapso de tiempo, volvieron el 9 de mayo y, según Voronitsyn, «el pogromo empezó inmediatamente». Ese mismo día, «el ayuntamiento recibió información acerca de numerosos judíos asesinados, aunque había relativamente pocos polacos en la ciudad».[925]

El soldado polaco Krzystyniak describió la conducta de sus camaradas en los territorios conquistados: «Nuestros soldados sabían cómo aprovechar todas las oportunidades, sin ningún tipo de trabas -escribió-. Cuando nos hacíamos con un pueblo, reinaba la ley de la selva, en las casas de los ciudadanos más adinerados se buscaba dinero escondido detrás de los cuadros de la pared… Había numerosos judíos en cada pueblo y tenían todo tipo de tiendas con una gran cantidad de suministros… Nuestros jóvenes soldados abrían las tiendas y saqueaban todo lo que podían».[926]

Los mismos polacos se sorprendieron ante la rapidez de su avance. El Ejército Rojo, que había gobernado Kiev desde diciembre, abandonó la ciudad el 6 de mayo, y entró en ella la primera unidad del ejército polaco. El Tercer Ejército Polaco, junto con las fuerzas aliadas de la República Popular Ucraniana, ocupó la ciudad al día siguiente. El 9 de mayo los polacos organizaron un desfile para celebrar la victoria por las calles principales de la ciudad, llevando flores en los cañones de sus armas. «Era algo tan inesperado que apenas podíamos creerlo -le dijo Zofia Krauze, un vecino polaco de la ciudad-. No hubo disparos ni atisbo de batalla, ni siquiera sabíamos que el ejército polaco se estaba acercando a Kiev».[927] Era la decimotercera vez que Kiev cambiaba de manos en tres años, pero la

primera vez que la conquistaban los polacos.

Los soldados polacos la emprendieron de inmediato con los judíos de la ciudad, humillándolos públicamente en una demostración de fuerza. En el distrito de Demiivka, a las afueras de Kiev, los soldados polacos invadieron la sinagoga, donde prendieron fuego a los libros sagrados, rompieron los rollos de la Torá y destrozaron la filacteria. Deambulaban por las calles secundarias acosando a cualquier judío que encontraran. Según un informe, «a menudo cortaban las barbas a los hombres con sus sables, a veces con cuchillos, a la vez que se burlaban cruelmente de ellos, los obligaban a bailar, cantar, dar vueltas y ponerse de rodillas mientras los grupos de soldados y vecinos cristianos que estaban entre el público se divertían con el espectáculo».[928] Borukh Shvartsman prestó declaración ante la Comunidad Judía de Kiev, asegurando: «El 27 de mayo, a mediodía, cuando pasaba por el número 184 de la calle Bolshaya Vasilkovskaya, donde estaba acuartelado un destacamento de soldados polacos, uno de los soldados saltó sobre mí y me cortó la mitad de la barba».[929] Borukh Ostrovsky explicó que, cuando pasaba por delante de la misma casa, «dos soldados que estaban de pie en la puerta me amenazaron con un revólver y me obligaron a entrar. Allí, en presencia de otros cuatro soldados que amenazaron con azotarme con látigos, me cortaron la barba».[930] Nuty Kigsman testificó que los soldados le golpearon con varas, le ordenaron que gritara eslóganes ucranianos y que se «pusiera debajo de la mesa y aullase como un perro».[931]

Soldados polacos en Kiev.

Los soldados polacos reunieron a unos doscientos ancianos y enfermos judíos con el pretexto de que los llevaban a «trabajar», pero en realidad les hicieron bailar y cantar o marchar hacia la estación por las zanjas, obligándolos a recoger los escombros con las manos.[932] Otros testificaron que los soldados polacos irrumpieron en sus casas y robaron dinero y objetos de valor, o les dieron una paliza acusándolos de especular con la moneda. En una ocasión, el 10 de junio, una patrulla polaca irrumpió en la sinagoga de los Mercaderes de la calle Malaya Vasilkovskaya en mitad de las oraciones vespertinas y empezó a disparar a los fieles, hiriendo a casi veinte hombres, al menos uno de los cuales, Fayvl Zeltsman, falleció a causa de las heridas.[933] En comparación con el anterior pogromo del Ejército Blanco en Kiev, que había tratado a los judíos como bolcheviques, estos ataques de soldados polacos se nutrían de unas formas de odio religioso más arcaico: se dirigían directa y principalmente a los judíos como grupo religioso y se centraban en los rasgos diferenciales de la religión judía. Además, los ataques estaban diseñados para humillar a los judíos más que para asesinarlos.

Soldados polacos castigando a un civil.

Un representante de Piłsudski, que se reunió con una delegación judía poco después de la conquista de la ciudad por los polacos, confesó que, desgraciadamente, las tropas polacas habían cometido algunos excesos. Sin embargo, dijo, «estos actos obscenos no fueron perpetrados por nuestros polacos ni por los posnanios, sino por los legionarios de América. Probablemente sepan -explicaba-, que sienten una especial aversión hacia las barbas».[934] Con respecto a otros incidentes, se justificaba diciendo que «no se puede olvidar que estamos en tiempos de guerra».[935]

Miles de judíos aterrorizados huyeron de Kiev hacia territorio bolchevique en el este. El novelista en lengua yidis, Israel Joshua Singer, describió la escena que vio en el centro ferroviario de Bakhmach, en la provincia de Chernígov, mientras los refugiados de la Kiev ocupada por Polonia se dirigían a un antiguo banco que se había

convertido en un centro de refugiados.

> En las ventanillas cerradas de los cajeros, donde la gente solía retirar el dinero, se sentaban oficinistas mal vestidos y sin afeitar, hombres de aspecto desaliñado o mujeres con el pelo corto. Había largas filas de gente serpenteando ante las ventanas, compuestas de hombres y mujeres que habían huido de Kiev, la ciudad cercana al Dniéper que había sido ocupada por el ejército polaco. Estaban abandonados, faltos de sueño, cansados, arruinados, era gente perdida en un lugar extraño que se apelotonaba en las ventanillas de los funcionarios pidiendo pan, ropa o un lugar en el que reposar la cabeza. Otros buscaban las pertenencias que habían perdido al huir, o a sus parientes, de los que habían sido separados en mitad del caos reinante al abandonar la ciudad. Los hombres buscaban a sus mujeres, las mujeres a sus maridos, los padres a sus hijos. Los funcionarios, sin saber qué hacer con ellos, los enviaban de un departamento a otro, pidiéndoles documentos o que volvieran más tarde, al día o la semana siguiente. En cualquier momento que no fuera ese.[936]

Hombres intentando recuperar los rollos de la Torá en Demiivka después del pogromo de Kiev, 1920.

Los bolcheviques perdieron gran parte del territorio ucraniano que había estado bajo su control, incluyendo Kiev, pero tenían un último cartucho en su arsenal: la famosa Caballería Roja dirigida por el carismático comandante Semyon Budyonny, cuyo ancho bigote, reconocida valentía y familiaridad con el modo de vida cosaco (aunque él era ruso) se habían convertido en leyenda en la tradición

soviética.[937] Levantando el polvo mientras barría las llanuras en sus monturas, la Caballería Roja, pertrechada con ametralladoras *tachankas*, demostró ser una fuerza de choque efectiva, capaz de romper las líneas del enemigo y de inclinar la balanza de la guerra a favor de los bolcheviques. Compuesta principalmente por cosacos que habían desertado del Ejército Blanco, la Caballería Roja aceptaba en sus filas a cualquiera que pudiera montar a caballo. «A caballo, proletarios», fue la célebre consigna de Trotsky de septiembre de 1919, en un intento de contrarrestar a la caballería de los cosacos blancos que amenazaba a los bolcheviques desde el sur. Singer los describe:

> A lomos de pequeños caballos siberianos, viajaban en filas interminables con la piel curtida por el sol, llenos de polvo, curiosos y salvajes, sin afeitar, con mechones de cabello sobre sus frentes y una trenza lateral. Incluso bajo el sol ardiente llevaban gorros y abrigos de piel. Portaban rifles y lanzas, dagas, espadas de plata y cuchillos. Acompañando a los hombres estaban sus mujeres, con la piel igualmente curtida por el sol, llenas de polvo, curiosas y combativas. Cantaban en voz alta sus largas y salvajes canciones sobre el río Ural, sobre el combate y la fiesta.[938]

El 27 de mayo de 1920, la Caballería Roja avanzó desde su base en Uman. Atravesó las líneas polacas y llegó a Zhytómyr en la primera semana de junio. Sin embargo, el 9 del mismo mes abandonó la ciudad tan rápido como había llegado, para continuar su avance hacia Kiev. Tras la salida de los bolcheviques, llegaron tres camiones llenos de soldados polacos con sus rifles apuntando a las azoteas y ventanas para recuperar la ciudad, convirtiéndola una vez más en un campo sangriento. A los polacos no les cabía duda de que los judíos eran responsables del éxito de la Caballería Roja: argumentaban que los judíos habían atacado a los polacos mientras se retiraban la semana anterior, disparando con metralletas colocadas en lo alto del hospital de la ciudad. Con este pretexto, las tropas polacas patrullaron las calles principales, asaltaron las casas de los judíos y abrieron fuego contra transeúntes judíos. Una de las primeras víctimas fue Samuil Ogyshevsky, un chico de dieciséis años que recibió un disparo en la cabeza mientras caminaba por el patio de un colegio de camino a su trabajo en una barbería. Borukh Belogolovsky, un muchacho de dieciocho años, fue asesinado en su casa, alcanzado por una bala disparada desde el exterior que atravesó su ventana. El jueves 10 de junio, los soldados polacos reunieron a docenas de judíos en la plaza y dispararon contra ellos, matando a unos treinta. El sábado por la mañana, mientras se extendía el rumor de que el Ejército Rojo había

recuperado Kiev, los soldados polacos fueron presa del pánico y prendieron fuego a numerosas casas de judíos, matando a otras ocho personas. En definitiva, en cuatro días, entre cuarenta y dos y sesenta y cuatro judíos fueron asesinados por los polacos en la ciudad. Voronitsyn se mantuvo firme en su afirmación de que, en el transcurso del pogromo, «ni un solo polaco alzó la voz en señal de protesta. Ni el sacerdote ni ningún representante de las organizaciones benéficas femeninas se acercó a nosotros en el ayuntamiento».[939]

Recuperada Kiev de manos de los polacos, el Ejército Rojo continuó su avance hacia el oeste con la esperanza de extender la revolución por toda Europa. El 10 de julio, los polacos se vieron obligados a retroceder hasta Rivne, donde habían comenzado la campaña ucraniana. Pero los bolcheviques continuaron avanzando: «¡Soldados del Ejército Rojo! Ha llegado la hora de ajustar cuentas -declaró Mikhail Tukhachevsky, comandante del frente occidental-. Mirad hacia el oeste -continuó-, el destino de la revolución mundial se resolverá allí. El camino hacia una conflagración mundial pasa por el cadáver de la Polonia blanca. Nuestras bayonetas traerán alegría y paz a las masas trabajadoras. ¡Adelante y hacia el oeste!».[940] A mediados de agosto, la caballería de Budyonny se había hecho con el control de los yacimientos petrolíferos de Galitzia y estaba a punto de tomar Lwów. Entre tanto, las unidades del Ejército Rojo habían llegado a las afueras de Varsovia. Sin embargo, los soldados del Ejército Rojo estaban agotados y tenían pocos incentivos para continuar luchando tan lejos de casa. Según el diplomático británico Edgar Vincent, que estaba destinado en Varsovia en ese momento, los soldados bolcheviques se «mostraban apáticos frente a las alegrías de la victoria», y exhibían «una completa falta de entusiasmo o convicción con respecto al gobierno soviético». Detestaban obedecer las órdenes de sus comandantes judíos y combatían sólo por miedo a las represalias de la Checa si se negaban. «La impresión general era que los judíos y los comisarios judíos eran del todo detestados, y estos últimos eran especialmente temidos», continuaba diciendo Vincent.[941] Los soldados se conformaban con ser detenidos allí donde «sabían que estarían más o menos seguros, que tendrían comida suficiente o incluso abundante, y que no habría comisarios judíos que los disparasen si salían huyendo».[942]

De este modo, en lo que los polacos recordarían como «el milagro del Vístula», el ejército de Piłsudski contuvo al Ejército Rojo impidiendo que tomara Varsovia y obligando a los bolcheviques a replegarse. «No queda la menor duda de que si hubiéramos conseguido la victoria en el Vístula la revolución habría arrasado todo el continente europeo», se lamentaba Tukhachevsky.[943] Sin duda estaba en lo cierto. Fue lo más lejos que llegaron los bolcheviques

durante la guerra, pero los soldados bajaron la guardia cuando tuvieron Varsovia a la vista. El Ejército Rojo no volvería a llegar tan al oeste hasta el verano de 1944, cuando los tanques soviéticos vieron desde la orilla oriental del Vístula cómo fracasaba el Alzamiento de Varsovia bajo los bombardeos alemanes.

Sin embargo, esto no supuso el fin de los pogromos: el Ejército Rojo no era inmune al atractivo de los saqueos y de los asesinatos cometidos durante su incursión en Polonia.[944] «Nuestros hombres vagan despreocupados, saqueando lo que pueden, robando la ropa a personas que ya lo habían perdido todo… Sería absurdo que nuestro ejército se comportase de otra manera», escribió Isaac Babel, que se había incorporado al ejército de Budyonny como periodista.[945] Babel contaba que la Caballería del Ejército Rojo atacaba especialmente a los judíos, a pesar del deseo de estos de ver a los rojos como liberadores: «Veían su salvación en el régimen soviético, pero, de pronto, gritos, látigos, judíos».[946] Los soldados del Ejército Rojo se alojaban en casas particulares, a menudo propiedad de judíos, donde los aterrorizados propietarios se veían obligados a alimentar a los soldados hambrientos con sus escasas provisiones. Los soldados mataban a los gansos de sus anfitriones para alimentarse y requisaban sus caballos, carros, arneses, ropas y botas. «Tan pronto como los bolcheviques entraron en la ciudad, ordenaron a los habitantes de las tres calles principales que abandonasen sus casas cogiendo sólo lo que pudieran llevar encima», informó un periódico polaco que relataba la conquista de la ciudad galitziana de Ternópil. «A ello le siguió una horda de saqueos en estas calles; en los días siguientes, todo el resto de la ciudad fue objeto de un descarado pillaje».[947] Desde Sokal, en Galitzia, Babel recordaba: «Los judíos me pedían que usara mi influencia para que no los arruinasen, les estaban quitando todo… Todas las pequeñas tiendas estaban abiertas, las de pescado y las de resina, mientras los soldados saqueaban y maldecían a los judíos, vagando por las calles sin rumbo fijo, entrando en las casas, gateando bajo los mostradores con una mirada codiciosa y con manos temblorosas; era, en definitiva, un extraño ejército».[948]

La Caballería Roja de Semyon Budyonny.

Los soldados, agotados por las batallas, vivían acuartelados en las casas de los judíos con la mirada fija en las jóvenes de la casa y, a menudo, exigiendo de ellas una satisfacción sexual. Por ejemplo, Babel describió cómo su compañero de viaje, un joven cosaco llamado Prishchepa, espoleado por la lujuria, había violado a una joven cuando le requisó el carro a su familia.[949]

En su narración sobre la Caballería Roja, Babel revela los orígenes de Prishchepa a sus lectores, contándoles cómo, durante la guerra civil, el «agresivo» cosaco huyó del Ejército Blanco: «Como represalia, hicieron rehenes a sus padres y los mataron en un interrogatorio. Los vecinos les robaron todo lo que tenían». Cuando Prishchepa volvió a casa, «recorrió el pueblo recogiendo su gramófono, sus jarras de kvas y las servilletas que su madre había bordado… Tras él quedaban las huellas de sus botas ensangrentadas. En las barracas encontró las cosas de su madre y la pipa de su padre, pasó junto a ancianas mutiladas, perros ahorcados en pozos e iconos cubiertos de excrementos».[950] Tras haber sido, en su infancia, víctima de esa inimaginable violencia, Prishchepa se convirtió en el asesino y violador descrito por Babel. La violencia engendra violencia.

Manya Shvarts, de diecisiete años, informó de que algunos jinetes de Budyonny entraron en su casa e intentaron violarla. Cuando su abuela empezó a gritar, los soldados se abalanzaron sobre la anciana

con sus espadas. Manya aprovechó la distracción para huir. Cuando regresó, su abuela yacía muerta en el suelo en un charco de sangre.[951] Babel escribió que, delante de una casa en la que él se había hospedado, «un par de cosacos se preparaban para fusilar por espionaje a un judío de barba canosa. El anciano estaba gritando, tratando de liberarse. Kudrya, del destacamento de francotiradores, le agarró la cabeza y la sujetó con firmeza bajo su brazo. Sacó su daga con la mano derecha y cuidadosamente cortó con precisión la garganta del anciano sin mancharse de sangre».[952]

Babel también plasmó la brutalidad de los soldados polacos en uno de sus primeros textos escritos para el periódico *Krasny Kavalerist* («El Jinete Rojo»). Habla de un «farmacéutico trabajador y modesto» que vivía en Volinia, cerca de la frontera con Polonia, y que «no tenía ningún vínculo con la política y probablemente pensaba que los bolcheviques eran monstruos con orejas sobre los ojos». Pero era judío y, «para los polacos, eso era suficiente». Le golpearon y torturaron bajo la falsa acusación de que había matado a un oficial polaco. «Si no hubiera visto su lacerado rostro y cuerpo mutilado con mis propios ojos, jamás habría creído que pudiera existir una maldad tan sorprendente en nuestros tiempos».[953] Describió lo que había visto cuando, el 28 de agosto, su división llegó a la ciudad polaca de Komarów:

> Descubrimos que a la población judía de la ciudad le habían robado todo lo que tenía, estaba herida y mutilada. Nuestros soldados, que habían visto cosas así en su momento e incluso habían cortado alguna cabeza, se horrorizaron ante la escena. En las tristes cabañas, arrasadas hasta los cimientos, los cuerpos de ancianos de setenta años tenían las cabezas aplastadas y yacían desnudos en charcos de sangre; los niños, aún vivos, tenían los dedos amputados, y las mujeres mayores, violadas, tenían heridas en el vientre y se encontraban agazapadas en un rincón, y en sus rostros se plasmaba la insoportable y salvaje desesperación que habían sufrido. Los vivos reptaban entre los muertos, tropezando con cadáveres destrozados, con las manos y las caras cubiertas de sangre pegajosa y maloliente, aterrados ante la idea de abandonar sus casas, temiendo que aún no hubiera acabado todo.[954]

Tras la retirada de los bolcheviques de Varsovia, el frente activo se desplazó hacia el norte, hacia Bielorrusia. Allí, los ejércitos aliados de los polacos, bajo el mando de Stanisław Bułak-Bałachowicz, impidieron que los bolcheviques avanzaran e intentaron crear la República Popular de Bielorrusia. Bułak-Bałachowicz era un veterano

del ejército zarista que había mandado una división de caballería, primero en el Ejército Rojo y después con los rusos blancos; y había obtenido popularidad por su afición a colgar a los sospechosos de ser comunistas de las farolas. «No lucho por el zar, no lucho por los señores rusos, sino por la tierra, el pan y por todo el pueblo», había declarado en un manifiesto.[955] En febrero de 1920 juró lealtad a Piłsudski y reunió un ejército que, según un informe enemigo, estaba compuesto de «borrachos y aventureros», para luchar contra los bolcheviques.[956] Un oficial polaco que pasó una tarde con él le describió como «un hombre sin ideología, un forajido y un asesino».[957]

El frente bielorruso era especialmente caótico en el otoño de 1920. «El comportamiento de nuestras tropas en los territorios que hemos conquistado deja mucho que desear», admitió el ministro polaco de asuntos militares en un comunicado interno. «Hay frecuentes quejas de que, en su trato con los vecinos, a quienes los bolcheviques ya han despojado de todas sus pertenencias, los soldados a menudo recurren a requisas indiscriminadas, incluso robos, y esto se aplica tanto a soldados individuales como a unidades enteras».[958]

El 14 de noviembre de 1920, Bułak-Bałachowicz declaró que había liberado del yugo soviético judío al pueblo cristiano y animó a este último a vengarse, «asesinando a los judíos, tomando sus propiedades y eliminándolos de la faz de la tierra».[959] Durante la semana siguiente, en la aldea de Chojniki, los vecinos, junto con los hombres de Bułak-Bałachowicz, robaron «vestidos, ropa interior, platos, ganado, alimentos, libros, talits y muebles», mataron a más de sesenta judíos y violaron al menos a treinta mujeres. La violencia no terminó hasta que intervinieron dos sacerdotes y varias personas relevantes del pueblo, poniendo de manifiesto el principio de que, cuando se implicaban las figuras de autoridad, a menudo la violencia cesaba.[960] En marzo de 1921, después de que los bolcheviques se hubieran asegurado el control de la región, un Tribunal Revolucionario inculpó a cincuenta y un vecinos por su participación en el pogromo.[961]

Los hombres de Bułak-Bałachowicz destruyeron también muchas de las pequeñas comunidades judías en la región de Mazyr. Esa ciudad, en la que casi diez mil residentes judíos constituían una sólida mayoría, quedó completamente devastada después de la ocupación de las tropas de Bułak-Bałachowicz el 9 de noviembre de 1920. Los soldados saquearon y aterrorizaron a la población judía, culpándola de los excesos de los bolcheviques, que «habían llevado a cabo detenciones masivas de los sospechosos de actividades contrarrevolucionarias». Los soldados de Bułak-Bałachowicz asesinaron a los once judíos que vivían en la ciudad de Koshevichi y ahogaron a los ocho que vivían en un pueblo cercano.[962] En otras ciudades simplemente perseguían a la población judía hasta que se

marchaba del pueblo, para que sus casas vacías fueran ocupadas por los vecinos cristianos.

Varios niños testificaron en un informe acerca de la situación de Pietrykaŭ cuando llegaron los hombres de Bułak-Bałachowicz. Todos recuerdan la sensación de miedo, ya que los rumores de las atrocidades cometidas en los pueblos vecinos habían llegado hasta el lugar a principios de noviembre. Hirsh Shapiro, de trece años, oyó en la plaza del mercado que los hombres de Bułak-Bałachowicz habían entrado en la vecina Smidin, y corrió para contárselo a su padre. Este, escéptico, salió a la calle para investigar. Regresó gritando que se estaba produciendo un tiroteo y que dos vecinos judíos habían sido asesinados. El chico recuerda haber visto a los soldados llevando una bandera blanca en la que se leía el eslogan «GOLPEAD A LOS JUDÍOS, SALVAD A RUSIA». Vio que unos veinte soldados entraban en la ciudad y, delante de la iglesia, ordenaban al rabino que reuniera objetos de valor para ellos, que los recogerían a la mañana siguiente. Desde la ventana superior de la casa de un vecino, vio a vecinos cristianos entrando en las casas de los judíos, llevándose todo lo que podían encontrar.[963] Un informe anónimo describe la escena: «Un padre se abalanzó sobre el cadáver aún caliente de su hijo asesinado, y un héroe de Bułak Bałachowicz disparó contra él. Otro padre, que intentaba arrancar el cuerpo de su hijo de los dientes de un cerdo, corrió la misma suerte».[964] Los saqueos continuaron durante los días siguientes. Antes de marcharse de la ciudad, los soldados prendieron fuego a la plaza del mercado. Cuando los bolcheviques regresaron dos semanas después, recordaba Makhlya Gokhman, «los judíos estaban muy contentos, pero los cristianos decían que había llegado el régimen judío».[965]

Un estudio presentado al Comité Público Judío en enero de 1921, basado en el material recopilado por la Sociedad para la Protección de la Salud de la Población Judía, culpaba a Bułak-Bałachowicz del asesinato de 435 judíos en diecisiete ciudades entre octubre y noviembre de 1920.[966] La asociación también contabiliza un total de seiscientos diecisiete incidentes relacionados con agresiones sexuales en siete ciudades, incluyendo la violación múltiple de una niña de doce años por tres oficiales.[967] El informe responsabilizaba a los vecinos de haber participado de manera activa en el pogromo o, como poco, de no haber hecho nada para detenerlo. Por ejemplo, en el cercano pueblo de Gorodysche, cerca de Mazyr, el comité acusó a la población local de haber asesinado a setenta y dos de los ochenta y cuatro judíos de la ciudad tan pronto como llegaron los soldados de Bułak-Bałachowicz.[968]

Los informes elogiaban a unos pocos cristianos que habían ayudado a los judíos. El doctor Kovsky, de Pietrykaŭ, escondió a un

grupo de judíos en el hospital y proporcionó medicinas y primeros auxilios a los heridos. En Zhytkavichy, el sacerdote local, con el apoyo del resto de los ciudadanos, salvó a toda la población judía, un total de cuarenta y ocho familias, de un edicto que ordenaba que se los fusilase.[969] Fuentes judías reconocen al sacerdote católico polaco de Yuravichy por haber escondido al rabino y dirigir una delegación de cristianos que exigió que los soldados de Bułak-Bałachowicz liberasen a los rehenes judíos que estaban retenidos. Se dice que alguien de la delegación llegó a quitarse sus pendientes de oro y se los entregó a los soldados como soborno para que liberasen a los judíos.[970] Cuando, al día siguiente, llegaron a Yuravichy más soldados polacos, entregaron rifles a veinte judíos y les suplicaron que testificaran a su favor ante el inevitable tribunal revolucionario. La estrategia mereció la pena: unos pocos días después, cuando llegó el Ejército Rojo, la comunidad judía intervino para salvar al comandante polaco de la ejecución.[971]

A finales de 1920, la contraofensiva de los polacos se había estancado. El ejército de Bułak-Bałachowicz se había visto obligado a retroceder y a desarmarse, y los bolcheviques habían perdido gran parte de sus posiciones. La guerra parecía estar llegando a su fin, y las distintas partes se sentaron a hablar. El gobierno bolchevique de Moscú, autobautizado como República Socialista Federal de la Rusia Soviética, se unió a los bolcheviques de Járkov, que ahora controlaban casi por completo el territorio reclamado por la República Popular Ucraniana, rebautizada con el nombre de República Socialista Soviética Ucraniana. Junto con la República Socialista Soviética de Bielorrusia, intentaban crear una Unión Soviética. Pero primero necesitaban ponerle fin a la guerra con Polonia.

En agosto de 1920, Adolph Joffe, que había presidido la primera ronda de las conversaciones de Brest-Litovsk como representante de los bolcheviques, se sentó de nuevo en una mesa de negociación, en esta ocasión con sus enemigos polacos al otro lado. Los polacos, que habían prometido a Petliura no firmar una paz por separado, incumplieron su promesa, terminando abruptamente con los sueños ucranianos de independencia. Petliura se marchó de Polonia desmoralizado y pasó los años siguientes en Budapest, Viena y Génova, antes de, en 1924, establecerse en París, donde ayudó a crear un periódico en lengua ucraniana, el *Tryzub* («Tridente»), dirigido a la creciente diáspora ucraniana en las capitales europeas.

Los bolcheviques, por su parte, estaban convencidos de que la inminente revolución proletaria en Polonia haría que cualquier acuerdo fuese irrelevante, de modo que veían todas las concesiones territoriales como provisionales. Las negociaciones empezaron en Minsk y continuaron en Riga, donde el 18 de marzo de 1921 los bolcheviques renunciaron formalmente a sus aspiraciones territoriales

sobre la Galitzia oriental y permitieron que Polonia se hiciera con el control de Vilna. La frontera entre Polonia y Ucrania se situó a lo largo del río Zbruch. Proskuriv y Kamianets-Podilski se incorporaron a la Ucrania soviética, Minsk a la Bielorrusia soviética, y Rivne y Pinsk a la República Polaca. El tratado también estipulaba que los habitantes de territorios cedidos a los estados soviéticos que pudieran demostrar sus vínculos históricos con Polonia podrían optar por la ciudadanía polaca y ser repatriados. En el otoño de 1921, más de trescientas mil personas -prisioneros de guerra, rehenes, presidiarios civiles y refugiados- abandonaron los territorios soviéticos camino de Polonia. La guerra había terminado, pero acababa de empezar una crisis mundial de refugiados.[972]

PARTE V

LAS CONSECUENCIAS

1921 – 1941

16

REFUGIADOS

La Paz de Riga terminó con los grandes conflictos militares, pero el impacto de la violencia continuó en los desplazamientos masivos de personas. Se crearon nuevas tensiones cuando cientos de miles de refugiados judíos llegaron a las capitales europeas alegando que huían de los «cosacos ucranianos», mientras el mismo número de ucranianos llegaban afirmando que huían de los «bolcheviques judíos». La migración hacia Occidente de los empobrecidos refugiados judíos de la Europa del Este había empezado ya antes de la Gran Guerra, pero la guerra civil aumentó el flujo y estigmatizó a los recién llegados como peligrosos bolcheviques que pretendían extender la revolución. Al mismo tiempo, los pogromos alejaron a los judíos de la causa ucraniana, a la que muchos habían contribuido en alguna ocasión, y los empujaron a buscar justicia y protección en la nueva burocracia soviética. La asociación de los judíos con los bolcheviques se había convertido en una profecía autocumplida.

En el otoño de 1921, mientras los bolcheviques consolidaban su control sobre territorios antes reclamados por la República Popular Ucraniana, la recién bautizada República Socialista Soviética Ucraniana se veía asolada por el hambre, la enfermedad y la crisis política. El bajo rendimiento de los campos se agravó con las requisas bolcheviques, que transferían las reservas de comida y grano de las cosechas del año anterior al interior de Rusia y desmotivaban a los granjeros para plantar el excedente. La desnutrición resultante contribuyó a la propagación del tifus y de la escarlatina, que se estima que causaron la muerte de entre doscientas cincuenta mil y quinientas mil personas.[973] La repercusión de la hambruna fue devastadora para todos los habitantes de la Ucrania Soviética, pero la población judía, que aún se estaba recuperando de los pogromos y que debía hacerse cargo de unos seiscientos mil huérfanos, viudas y refugiados domésticos, se vio especialmente afectada. Cuando los judíos abandonaban las ciudades y pueblos que habían considerado su hogar durante generaciones, buscando refugio en ciudades más grandes, ya

no podían acudir a las redes de apoyo locales que les habían sustentado en tiempos difíciles en el pasado. Por ejemplo, Tetiiv, anfitriona en su día de una pequeña pero pujante comunidad judía, había sido completamente diezmada étnicamente, y acogía ahora a veinte mil judíos refugiados, de los cuales unos seis mil quinientos eran niños que vivían en improvisados albergues en los sótanos de las sinagogas de Uman. También a Odesa huyeron cincuenta mil refugiados judíos.[974] En 1926, cuando se llevó a cabo el primer censo soviético, fue sorprendente observar que el cuarenta y dos por ciento de una población de millón y medio de judíos de Ucrania no vivía en su lugar de nacimiento. En las áreas urbanas, el sesenta por ciento de los judíos habían nacido fuera de esos entornos; la mayoría de ellos se habían trasladado a las ciudades entre 1917 y 1920.[975] En Járkov, la capital de la nueva República Socialista Soviética Ucraniana, el ochenta por ciento de los 84.000 judíos de la ciudad eran recién llegados.[976] En Kiev, donde antes de la revolución los judíos tenían restringida su residencia, el sesenta y dos por ciento de los 154.000 judíos de la ciudad habían llegado de otros lugares, y «los antiguos residentes se veían superados en número por la multitud de refugiados», escribió Ilya Ehrenburg. Kiev, continuaba diciendo, «era la primera parada para los inmigrantes rusos: antes de los muelles de Odesa, de las islas turcas, de las pensiones de Berlín o de los áticos de París».[977] Algunos afortunados encontraban trabajo en la ciudad, en las fábricas de azúcar de remolacha o en los talleres de cuero en donde se les pagaba en especie, y vendían la melaza y las pieles curtidas para obtener algún beneficio. Otros volvieron a sus antiguas ocupaciones, trabajando en industrias rurales como artesanos. Muchos otros siguieron siendo indigentes.

La ayuda extranjera fue esencial para apoyar a los que se quedaron en Ucrania, pero las organizaciones de apoyo a los judíos quedaron marcadas por un episodio ocurrido en julio de 1920, en el que dos trabajadores humanitarios judíos, Israel Friedlaender, de origen polaco y profesor de literatura bíblica en el Seminario Teológico Judío de Nueva York, y Bernard Cantor, un joven rabino reformista de la Sinagoga Libre de Nueva York, fueron confundidos con oficiales polacos y asesinados en una emboscada bolchevique cerca de Proskuriv.[978] Conscientes de los peligros que comportaba ir por libre, la Comisión de Distribución Conjunta concluyó que la única manera de ofrecer ayuda dentro de Ucrania era «cooperando con el gobierno soviético».[979] Había, sin embargo, una única organización con la que podían trabajar: en los meses anteriores, mientras afianzaban su control de la región, los bolcheviques centralizaron todas las asociaciones de voluntariado, clausurando permanentemente las organizaciones prerrevolucionarias y renombrándolas como

instituciones soviéticas bajo un estricto control gubernamental. Así, en junio de 1920, el Comité Central de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos y las divisiones de las organizaciones benéficas de los principales partidos políticos judíos se fusionaron en un Comité Público Judío controlado por el gobierno.[980] La Comisión Conjunta se mostró deseosa de trabajar con el comité bolchevique y, en principio, se acordó proporcionar comida, ropa, medicinas, jabón, calzado y dinero a los judíos víctimas de los pogromos y de la guerra. No obstante, para tratar con el gobierno soviético, que aún no había sido reconocido por los Estados Unidos, las organizaciones de ayuda americanas necesitaban permiso del Departamento de Estado de los Estados Unidos: incluso a la Administración de Ayuda Americana, la misión humanitaria del Congreso liderada por el secretario de comercio Herbert Hoover, se le prohibió trabajar en territorio bolchevique hasta 1921.[981]

Desde el otoño de 1919, la Comisión Conjunta y el Congreso Judeoamericano habían estado solicitando al Departamento de Estado que enviara una delegación de alto rango a Ucrania, y el 10 de diciembre de 1919, consiguieron una audiencia formal con el secretario de estado, Robert Lansing. Si los pogromos de Ucrania «no se frenan, cabe la posibilidad de que toda la población judía de Ucrania sea exterminada -había advertido el Congreso-, esto no está ocurriendo de manera aislada, sino que se trata de una masacre organizada para exterminar a todos los judíos de Ucrania».[982] Lansing respondió: «Mientras no cambie la situación política de Ucrania, tenemos las manos atadas. No hay nadie a quien enviar una protesta, nadie con quien podamos razonar».[983] Ahora que Ucrania había sido incorporada de forma categórica a la órbita soviética, Louis Marshall reconocía que se tendría una mala impresión de los judíos americanos si se percibía que estaban ofreciendo ayuda a los bolcheviques, pero no veía otra manera de evitar el sufrimiento de sus correligionarios. El 11 de agosto de 1920, Marshall envió una carta a Lansing pidiendo al gobierno de los Estados Unidos que apoyase al Comité Público Judío soviético. El Departamento de Estado respondió en octubre que, «aunque no podía ayudar de ningún modo» y aunque «no iba a favorecer que ciudadanos americanos entrasen en territorio controlado por autoridades soviéticas…, no pondría ninguna objeción a que la Comisión de Distribución Conjunta comenzase su labor de socorro en las condiciones establecidas en el acuerdo».[984] Fue una importante concesión del gobierno de los Estados Unidos, un logro conseguido tras años de intensa presión y campañas públicas organizadas por la comunidad judía americana.

Boris Bogen ejerció el papel principal en la distribución de la ayuda judía. Nacionalizado estadounidense en 1904, este educador

nacido en Moscú había renunciado a su empleo como director de una escuela de comercio en Nueva Jersey para trabajar por la ayuda a los refugiados, convirtiéndose con el tiempo en director de la Comisión de Distribución Conjunta y trasladándose a Varsovia como director general de las operaciones de ayuda de la comisión en Europa. Aunque el sufrimiento humano no le era ajeno, se mostró desconcertado cuando llegó a Ucrania en 1922 con la Administración de Ayuda Americana. En un orfanato en Proskuriv, vio a «niños y niñas que estaban hacinados en el suelo sin ropas con las que cubrir sus cuerpos. No podían salir porque no tenían nada que ponerse. No podían moverse porque no había sitio. Todos estaban extremadamente demacrados, algunos de ellos parecían esqueletos. Fue una visión terrible». La escarlatina y el tifus campaban a sus anchas y los enfermos, que yacían en el suelo cubiertos de sucios harapos, infectaban a sus vecinos sanos; no había suficientes prendas de vestir, ropa interior, colchones ni sábanas».[985] «Pero -continuaba Bogen-, lo que nos causó una inolvidable impresión fue la extrema timidez de los niños, que se delataba en cada uno de sus movimientos. Sus ojos estaban llenos de miedo y permanecían inmóviles».[986]

Como apuntó Bogen, el desarraigo, el sufrimiento y el trauma estaban teniendo un profundo impacto psicológico que probablemente duraría más que las heridas físicas. Era una amenaza reconocida por otros trabajadores humanitarios. Ya en 1919, la Federación de Judíos de Ucrania, un comité de ayuda con base en Londres, predijo que la violencia de la que los refugiados habían sido testigos de niños transformaría las generaciones futuras: «Los niños hambrientos son siempre potenciales padres de hombres y mujeres descontentos y antisociales. Pero los niños desmoralizados de Ucrania, con recuerdos de infancia como el de haber visto fusilar a su padre o haber sido testigos de cómo brutales soldados violaban a su madre, presentan un problema que excede los métodos ordinarios de ayuda. Estos niños parecen destinados a crecer como adultos que se sentirán agraviados por la sociedad, a menos que se encuentre un remedio no sólo para sus necesidades físicas, sino también para las morales».[987]

Sin embargo, fuera de los orfanatos, Bogen fue testigo del giro radical que habían sufrido las estructuras de poder desde que comenzó la revolución: «Los judíos, que habían sido los oprimidos, eran ahora los que gobernaban la ciudad, controlaban las principales instituciones y entraban y salían del ayuntamiento proyectando una imagen de familiaridad con el poder, mientras que en tiempos anteriores sólo atravesaban esas puertas para recibir algún castigo. Donde antes había estado colgado el retrato del zar, ahora colgaba una imagen de Trotsky».[988] La descripción de Bogen plasmaba los miedos más profundos de los campesinos: los judíos traumatizados, «agraviados

por la sociedad», ostentaban ahora cargos de poder, dispuestos a hacer justicia contra sus antiguos verdugos. De hecho, era innegable que en Uman, Zhytómyr, Mykoláiv, Cherkasy, Berdichev y muchas otras ciudades y pueblos de toda Ucrania, por primera vez en la historia de los judíos de la región, ellos ocupaban los cargos principales. Los pogromos de los años anteriores, que se habían justificado con la falsa acusación de que los judíos eran responsables del bolchevismo, habían tenido el efecto paradójico de hacer que los judíos se sintieran atraídos por el poder soviético, al que pusieron pocas trabas para su avance.

Refugiados judíos de Uman.

Pero mientras que unos pocos afortunados fueron capaces de aprovechar las nuevas oportunidades que ofrecía el estado soviético, la inmensa mayoría de la población judía -artesanos, tenderos, comerciantes y miembros de la clase burguesa- se vio terriblemente perjudicada por la prohibición bolchevique de la iniciativa privada, el control estatal del comercio internacional y la nacionalización de la industria. El nicho económico que tradicionalmente habían ocupado los judíos era, de hecho, el sector más afectado por el nuevo régimen. Como resultado de ello, el número de judíos empobrecidos se incrementó de manera espectacular. Al tener que hacer frente a esta situación, cientos de miles de judíos abandonaron la región de forma definitiva. Entre 1917 y 1923, la población judía de lo que se

convertiría en la Ucrania soviética disminuyó en torno a un treinta y cinco por ciento, de 2,3 a 1,5 millones. Muchos judíos se trasladaron al interior de Rusia, donde la población judía creció más de un setenta y cinco por ciento entre el censo de 1897 (el último, antes de la guerra civil) y el de 1923. El número de judíos de Petrogrado casi se triplicó, de 20.000 a 54.000, y la población judía de Moscú se multiplicó por once, pasando de 8.000 a 88.000.[989] Muchos judíos encontraron trabajo como tenderos, artesanos y comerciantes en esta ciudad, igual que había ocurrido en Ucrania, o se integraron en la clase empresarial, la de los llamados hombres de la NPE, beneficiados por la Nueva Política Económica, la estrategia estatal que consistía en suspender las medidas económicas más estrictas del «comunismo de guerra». Los judíos también gravitaron en torno a cargos gubernamentales: en 1923, el cuarenta y cuatro por ciento de todos los judíos de Moscú trabajaban para la burocracia estatal. Los judíos desempeñaron un papel visible y desproporcionado en el naciente gobierno soviético.[990]

Pero la misma dinámica que había caracterizado la vida judía en la Ucrania soviética se replicó en Moscú y Petrogrado: mientras que un pequeño número de judíos ocuparon posiciones privilegiadas en instituciones estatales, la mayor parte de la población judía siguió sufriendo la crisis económica y el colapso social. Los más necesitados eran los niños desplazados que habían perdido a sus padres durante los pogromos. El artista Marc Chagall, que trabajó como profesor de arte en un orfanato judío de Malakhovka, a las afueras de Moscú, recordaba a los niños refugiados a los que daba clase como «los huérfanos más desdichados».

> Todos ellos habían vivido en las calles, habían sido golpeados por matones, estaban aterrorizados por el destello de la daga que había cortado las gargantas de sus padres. Ensordecidos por el silbido de las balas y el sonido de los cristales rotos, aún oían, zumbando en sus oídos, las oraciones de sus padres y madres moribundos. Habían visto cómo les arrancaban violentamente las barbas a sus padres, cómo sus hermanas eran violadas, destripadas. Harapientos, temblando de hambre y frío, vagaban por las ciudades, se agarraban a los parachoques de los trenes y, finalmente, sólo unos pocos miles de ellos encontraban refugio en albergues para niños.

Era una imagen que seguiría persiguiendo a Chagall, que, en numerosas ocasiones, volvió al asunto de los pogromos en su obra, siendo la más destacada la *Crucifixión blanca* de 1938, que representa a Jesús cubierto con un manto de oración en la cruz, ante una sinagoga en llamas, mientras los judíos refugiados huyen de un

pogromo.

Los judíos no sólo huían al interior de la Unión Soviética, también buscaban escapar del control de los bolcheviques. Aproximadamente seiscientos mil judíos se unieron a los casi dos millones de activistas y soldados del Ejército Blanco, miembros de la burguesía y la aristocracia rusa, funcionarios del gobierno zarista y otros opositores al nuevo régimen que huían del gobierno bolchevique hacia Polonia, Rumanía, Alemania, Austria o Francia, y que cruzaban el mar Negro hacia Constantinopla. Aunque los judíos sólo constituían alrededor de una cuarta parte del número total de refugiados del antiguo Imperio ruso, su visibilidad dentro de ese grupo y la asociación popular de los judíos con los bolcheviques desataron un sentimiento antisemita y antiinmigración, propiciando tanto acciones gubernamentales como el crecimiento de movimientos derechistas en toda Europa.[991]

En todo el continente, la Comisión de Distribución Conjunta atendió a los refugiados, alquilando albergues y construyendo orfanatos. Ofrecía ropa, mantas, toallas, jabón y paquetes de comida con harina, leche enlatada, arroz, aceite, judías y cacao, así como préstamos monetarios, máquinas de coser y otras herramientas, asistencia legal y lecciones de inglés, español y hebreo. Supuso el mayor proyecto de ayuda judío que ha existido hasta la fecha. La Comisión de Distribución Conjunta también conserva recibos y registros que documentan el flujo de personas al que atendieron los trabajadores humanitarios.

Liebe Messer, huérfana tras un pogromo en Ucrania.

La ruta de huida más común entre los refugiados judíos, como había ocurrido antes de la guerra, era la que cruzaba el río Zbruch hacia Galitzia, ahora firmemente integrada en territorio polaco. Entre 1919 y 1923, alrededor de doscientos mil judíos tomaron esta ruta.

Muchos de ellos volvían a casa tras haber sido deportados durante la guerra.[992] «Parece como si se trasladaran ciudades enteras -escribía el trabajador humanitario J. M. Kowalsky-, y en algunos casos los orfanatos y otras instituciones comunitarias también se trasladaban junto con toda la comunidad».[993]

El camino no siempre era fácil. La propagación del tifus en Ucrania durante el otoño de 1921 hizo que Polonia estableciera puestos de desinfección y cuarentenas en la frontera, pero la afluencia de inmigrantes rápidamente desbordó su capacidad.[994] Los refugiados y los repatriados eran conducidos a instalaciones de cuarentena abarrotadas e infestadas de piojos, situadas en antiguas barracas militares. Casi mil quinientas personas murieron en uno de estos puestos, mientras esperaban entrar en Polonia en pésimas condiciones.[995] En enero de 1922, cinco mil judíos llegaron a la ciudad fronteriza de Brest-Litovsk, en donde más de la mitad de los edificios habían sido destruidos por la guerra. Un observador escribió a la Comisión de Distribución Conjunta que «todas las familias de Brest tienen acogido a algún refugiado y, por ello, todas tienen algún enfermo o convaleciente de tifus bajo su techo».[996] La comisión llegó a financiar la construcción de un campamento modelo de refugiados en Brest -la Colonia Felix Warburg-, que podía acoger a noventa y seis familias.[997]

Los repatriados que regresaban a Galitzia se encontraban a menudo con que sus antiguas casas habían sido destruidas o estaban ocupadas por vecinos cristianos, lo que los obligaba a buscar refugio en los

sótanos de la sinagoga, en las escuelas, en subterráneos e incluso en cuevas. El gobierno nacionalista polaco promulgó una serie de leyes que pretendían limitar los movimientos de los refugiados y evitar que se establecieran de manera permanente en Polonia. A los nuevos inmigrantes se les exigía que se registraran ante la policía y tenían prohibido asentarse en las regiones fronterizas y en las sedes comarcales.[998] Como resultado de ello, en 1923 sólo quedaban en Polonia unos once mil refugiados judíos, al mismo tiempo que decenas de miles de judíos polacos huían de la República Polaca.[999]

El disputado territorio de Besarabia, ocupado por Rumanía desde marzo de 1918, se convirtió en el segundo destino más habitual de los judíos que huían de Ucrania. El número de refugiados judíos que había en Besarabia en febrero de 1921 oscila entre veintidós mil y cuarenta mil, y a lo largo del año siguieron llegando refugiados a miles.[1000] La policía rumana vigilaba los puentes del río Dniéster para evitar que cruzaran más judíos. Los refugiados, desesperados, se lanzaban al agua nadando a contracorriente, y un número indeterminado de personas pereció en el río intentando cruzar sobre la fina capa de hielo cuando se congeló.[1001] Muchos recurrieron a traficantes y contrabandistas para cruzar la frontera y sólo consiguieron ser atracados y perder sus pertenencias al otro lado. «Lo peor es que una gran parte de estos vergonzosos atracos son perpetrados por judíos contra judíos», reconocía un informe de la Comisión de Distribución Conjunta.[1002] La región se encontraba bajo la ley marcial, de modo que, una vez que llegaban los refugiados, estaban a merced de los soldados que los estafaban y abusaban de ellos.[1003] El flujo de personas rápidamente desbordó las pequeñas ciudades fronterizas, que se estaban recuperando de la guerra y el desorden. Miles murieron a causa de enfermedades, por estar a la intemperie y por los actos de violencia que se cometían en los improvisados campamentos situados cerca de las orillas del río.

Cuando en mayo de 1921 el número de refugiados en Besarabia alcanzó los 75.000, las autoridades rumanas empezaron a evacuar a los recién llegados de las ciudades fronterizas en donde se asentaban.[1004] Convoyes militares llevaban a los que habían conseguido vadear el río de vuelta al otro lado del Dniéster.[1005] Otros huyeron a la capital regional de Kishinev, el lugar en donde se había producido el infame pogromo de 1903. Allí, bajo vigilancia policial, eran obligados a vivir hacinados en los sótanos de las sinagogas; mil quinientos refugiados dormían en el suelo de la sinagoga en junio de 1921, y otros seis mil vivían en distintos hospedajes por toda la ciudad.[1006] En noviembre, la cifra de refugiados en Kishinev se elevó a dieciocho mil.[1007]

Besarabia fue, para muchos, sólo una parada intermedia en su

camino hacia el antiguo Reino de Rumanía, cuyo territorio incluía el del estado rumano anterior a la guerra, donde las condiciones de vida eran mejores. Allí, muchos se establecieron en la ciudad de Iași, atraídos por su universidad y su numerosa población judía. Sin embargo, la universidad también se convirtió en un hervidero de nacionalismo rumano y de políticas antisemitas. La afluencia de judíos que buscaban ser admitidos desencadenó manifestaciones antisemitas de estudiantes, organizadas por nacionalistas radicales que acusaban a los judíos de importar el bolchevismo y de estar corrompiendo al cuerpo estudiantil. En diciembre de 1922 hubo una huelga general a nivel nacional para exigir una cuota para la admisión de los judíos en la universidad y, a lo largo del año, la prensa derechista alimentó la xenofobia y alertó contra la corrupción racial de Rumanía. En medio de este clima de hipernacionalismo, Rumanía adoptó a regañadientes una Constitución que garantizaba la ciudadanía a los judíos, cumpliendo los tratados sobre las minorías firmados en París. Pero había un reglamento administrativo que exigía, a los que solicitaban la nacionalidad, que demostraran su residencia permanente en Rumanía desde antes de la Gran Guerra, algo imposible para los ochenta mil judíos refugiados que entonces vivían en el país.[1008]

Algunos antiguos súbditos rusos que habían huido de Ucrania a través de Rumanía llegaron hasta Hungría, donde se unieron a los entre veinte mil y cuarenta mil refugiados judíos que venían de Galitzia. Allí, en mitad de las acciones del terror blanco contra la fallida República Soviética de Béla Kun, se les acusó de ser invasores hostiles y agentes bolcheviques. Según el escritor americano en lengua yidis Isaac Unterman, de origen polaco, «había orden de detener y registrar minuciosamente a todos los judíos de los antiguos territorios rusos, ya que todos ellos, Dios nos ayude, estaban involucrados en el bolchevismo».[1009] El 20 de septiembre de 1920, el ministro del interior húngaro ordenó la expulsión de todos los judíos que hubieran llegado a Hungría después de enero de 1914, desencadenando durante varios meses redadas policiales y cacerías de judíos en las que estaban implicadas las autoridades locales. La ley se utilizó para expulsar también a los judíos de Galitzia, que habían vivido en Hungría durante más de treinta años. Muchos fueron internados en campamentos de refugiados, como los de Piliscsaba o Zalaegerszeg, donde esperaban a que llegaran los documentos que les permitieran marcharse a Checoslovaquia.[1010]

Checoslovaquia, por su parte, también estaba desbordada por los aproximadamente quince mil refugiados judíos provenientes de Hungría, Galitzia y Ucrania. «Las aglomeraciones en las grandes ciudades de Checoslovaquia eran tales que no existían alojamientos adecuados de ningún tipo para tal cantidad de refugiados», informó la

Comisión de Distribución Conjunta, señalando que ochocientas familias judías estaban viviendo en vagones de ferrocarril abandonados.[1011] El 5 de marzo de 1921, el presuntamente liberal gobierno checoslovaco reaccionó ordenando a todos los refugiados que abandonaran el país a finales de mes. La comisión consiguió interceder y disponer para ellos alojamiento en campamentos de barracas checos, donde alrededor de cuatro mil fueron retenidos hasta que se encontraron alojamientos para ellos en otros países. En la primavera de 1921, la Comisión de Distribución Conjunta aún recibía una media de cuarenta solicitudes de ayuda al día por parte de los refugiados en Praga, e incluso más de los de Bratislava.[1012]

En 1923, Polonia y Rumanía, las dos naciones que hacían frontera con el oeste de Ucrania, se empezaron a impacientar con los migrantes que no terminaban de asentarse de manera permanente ni eran autosuficientes -tareas ambas dificultadas por el conjunto de restricciones legales-, pero que tampoco se trasladaban a otro país. Polonia ordenó la expulsión de los refugiados que dependían de ayudas públicas a finales de marzo de 1923, y el gobierno rumano ordenó a su policía que hiciera lo mismo el 1 de octubre de ese año.[1013] La ruta de salida de Ucrania quedó en buena parte cortada. Decenas de miles de refugiados judíos sin documentos de ciudadanía quedaron atrapados en Polonia y Rumanía.[1014] Pero en otros lugares el problema era mayor, ya que los migrantes que consiguieron atravesar Polonia y Rumanía buscaban residencia permanente en Alemania, Francia, Estados Unidos o Palestina.

Atraídos por una divisa barata que facilitaba la vida, unos 75.000 refugiados judíos del antiguo Imperio ruso llegaron a Alemania entre 1919 y 1923, sumándose a los aproximadamente doscientos mil inmigrantes judíos que habían llegado recientemente, en su mayor parte de Galitzia.[1015] Ya en junio de 1919, un informe del Comité de Ayuda a los Rusos Pobres de Berlín apuntaba que «mes a mes, nuevos grupos de judíos polacos, cuyas circunstancias despiertan una profunda compasión, se unen a los miles [que ya están aquí]. Debido a los sangrientos actos de Polonia y Galitzia, miles de personas cruzan nuestras fronteras de manera irregular. Entre trescientos y cuatrocientos de esos miserables marginados atraviesan las fronteras alemanas semanalmente»[1016]. Muchos de estos migrantes procedían originalmente de los territorios reclamados ahora por Ucrania. «Vienen de Ucrania, de Galitzia, de Hungría -escribió el novelista Joseph Roth-. Centenares de miles de ellos fueron víctimas de pogromos en sus hogares. Los supervivientes consiguieron llegar a Berlín. Desde allí se dirigían al oeste, a Holanda y América, o hacia el sur, hacia Palestina».[1017] El escritor en lengua yidis Israel Joshua

Singer describió a los refugiados de manera similar: «Habían llegado hasta aquí desde Galitzia, Polonia, Rumanía y Rusia, de donde la guerra y las matanzas les habían obligado a huir. Todos se ganaban la vida como podían, abarrotaban los pequeños restaurantes *kosher* y ocupaban cada centímetro habitable del barrio. La policía hacía frecuentes redadas, buscando a personas que no tuvieran la documentación en regla, y el viejo barrio temblaba con el ajetreo, el bullicio y los conflictos. Los intermediarios hacían tratos, los vendedores ambulantes se peleaban, los mendigos suplicaban ayuda, los policías hacían sonar sus silbatos, los cambistas negociaban con moneda extranjera y los judíos piadosos rezaban fervorosamente».[1018]

Todos llegaron a Alemania con la firme creencia de que -como decía Margolin que le había asegurado el ministro de asuntos exteriores alemán Walther Rathenau- «los terribles pogromos que habían ocurrido en Rusia nunca podrían ocurrir ni ocurrirían en Alemania».[1019] El propio Margolin, que había llegado a Alemania en 1921 tras ver truncadas sus esperanzas políticas en Ucrania, se mostraba menos optimista: como consecuencia de su completa derrota después de la Gran Guerra, escribió que Alemania «podría convertirse en el escenario de incalculables calamidades en Europa y en todo el mundo».[1020] Pero casi todos los judíos estaban convencidos de que estarían a salvo en Alemania. A pesar de ello, en torno a la mitad de los migrantes se trasladaron a otros destinos a finales de año, principalmente por motivos económicos, y el grueso se dirigió a los Estados Unidos, Canadá, Argentina, Palestina u otros lugares de Europa.

De los que se quedaron en Alemania, la mayoría se estableció en torno a Berlín. «Allí, el mundo entero pasa ante uno», señaló Abe Cahan, editor del *Jewish Daily Forward*, tras regresar a Nueva York en 1921.[1021] La ciudad estaba en continuo movimiento: «Los alemanes vivían como si estuvieran en una estación de tren, sin que ninguno supiera lo que iba a pasar al día siguiente», escribió Ilya Ehrenburg, que llegó en 1921. «Hordas de extranjeros caminan por la Kurfürstendamm: compran por cuatro perras los viejos artículos de lujo. En los barrios más pobres, muchas panaderías son saqueadas. Parece como si todo estuviera al borde del colapso, pero las chimeneas de las fábricas siguen echando humo, los empleados de banca juegan con cifras astronómicas, las prostitutas se maquillan meticulosamente y los periodistas escriben sobre el hambre en Rusia».[1022]

Huérfanos judíos en Berlín, esperando su traslado a París.

«Allí la gente no pagaba en dólares ni lloraba al káiser -continuaba Ehrenburg-, allí la gente pasaba hambre, trabajaba y esperaba que estallase la revolución».[1023] Los escritores y poetas judíos se congregaban en los salones llenos de humo de los cafés, discutiendo sobre la forma que adoptaría la revolución. «Nunca en mi vida había visto tantos rabinos jasídicos milagreros como en el Berlín de la inflación, ni a tantas masas de artistas constructivistas como en el Romanisches Café», escribió Marc Chagall cuando llegó en 1922.[1024] Había otros escritores judíos en la capital alemana: el poeta hebreo Hayyim Nahman Bialik, cuyo poema «En la ciudad de las matanzas», sobre el pogromo de Kishinev, se había convertido en un grito de guerra para las organizaciones de autodefensa judías; Shmuel Yosef Agnon, cuya evocadora literatura en hebreo recreaba su ciudad natal al este de Galitzia, y que ganaría el Premio Nobel de Literatura de 1966; y Ehrenburg, que describió los horrores de la guerra para decenas de millones de lectores rusos durante la Segunda Guerra Mundial. Los novelistas Dovid Bergelson, Moyshe Kulbak y Der Nister, que escribían en yidis, también hicieron de Berlín su hogar durante este periodo, así como los escritores Shaul Tchernichovsky y Uri Zvi Greenberg, que escribían en hebreo. Los dirigentes del Comité Central de Ayuda a las Víctimas de los Pogromos, Elye Tsherikover, Nokhem Shtif, Jacob Lestschinsky y Nokhem Gergel, llegaron a la ciudad entre 1921 y 1922 y crearon el Archivo Histórico de los Judíos del Este, que acogió las decenas de miles de documentos que habían traído consigo y que reflejaban los recientes pogromos de Ucrania. El historiador judeorruso Simon Dubnow, uno de los principales teóricos de la

autonomía nacional judía, llegó a la ciudad en 1922. Avrom Revutsky, el antiguo ministro de asuntos judíos durante el gobierno del Directorio, también estaba en Berlín, editando el periódico marxista sionista *Der Kampf*.[1025]

Cerca de veinte mil refugiados judíos vivían en el sórdido distrito de Scheunenviertel, cerca de Alexanderplatz, entre un cuarto de millón de inmigrantes rusoparlantes. Marxistas internacionalistas, judíos sionistas, monárquicos rusos y nacionalistas ucranianos compartían las mismas calles y casas de huéspedes.[1026] Dovid Bergelson plasmó los conflictos de la ciudad en su relato breve «Entre refugiados», en donde presentaba a un judío ucraniano cuya ciudad natal había sido diezmada por un pogromo, que vivía en la misma pensión de Berlín en la que se alojaba uno de los señores de la guerra ucranianos que habían perpetrado la violencia: el judío en la habitación número tres, el ucraniano en la número cinco. El huésped judío, marginado y afligido, que intenta conseguir una pistola, reflexiona: «¿Por qué en Palestina, si un árabe mata a un judío, unas horas más tarde encontraremos al árabe muerto y, en cambio, aquí, entre tantos judíos, estos perpetradores de pogromos caminan impunes y no hay un solo judío que sea capaz de librarse de ellos?».[1027] Aunque la historia era ficticia, reflejaba la animosidad real que impregnaba las relaciones entre los judíos y los refugiados ucranianos de los pueblos y las aldeas, que ahora vivían unos junto a otros en barrios marginales de toda Europa.

Por ejemplo, tras huir de Kiev, Pavlo Skoropadskyi, jefe del estado ucraniano en 1918, se asentó en el suburbio berlinés de Wannsee, donde él y sus seguidores frecuentaban los círculos conservadores que apoyaban la restauración del Hetmanato.[1028] Vassili Biskupsky, antiguo gobernador militar de Odesa, fue nombrado vicepresidente del movimiento derechista Aufbau (Reconstrucción) en Múnich, que conspiraba junto con el héroe de guerra alemán Erich Ludendorff para invadir la Rusia bolchevique con un ejército ucraniano-germano, con la esperanza de reestablecer las monarquías Hohenzollern y Romanov. Biskupsky quería reponer en el trono ruso al gran duque Kiril Romanov, primo del depuesto Nicolás II, y cedió las riquezas de los Romanov a Adolf Hitler, que apoyaba esta causa. Ivan Poltavets-Ostrianytsia, que había maquinado el golpe de Skoropadskyi, también colaboraba con el movimiento de Hitler en 1923, con la intención de establecer una Ucrania nacionalsocialista mediante su Sociedad Nacional de Cosacos Ucranianos y su periódico *Ukrains'kyi Kozak* («El Cosaco Ucraniano»).[1029] Asimismo, Yevhen Konovalets, un antiguo oficial del ejército de la República Popular Ucraniana admirado por su actuación en la defensa de Kiev, se trasladó primero a Viena y después a Berlín, y en 1929 creó la Organización de los Nacionalistas

Ucranianos, que perseguía el establecimiento de un estado ucraniano independiente con la ayuda de los alemanes.[1030] En 1938, fue asesinado en Róterdam por agentes secretos soviéticos que le regalaron una caja de bombones explosiva.[1031] Los conflictos que habían destruido el Imperio ruso continuaron resonando en Europa, repitiéndose por todo el continente entre las nuevas comunidades de la diáspora.

Aunque los judíos del este de Europa no constituyeron nunca una verdadera mayoría de refugiados en Alemania (los cristianos emigrados de Rusia los superaban con creces), la palabra *Ostjuden* -judíos del este que llegaban «desde el otro lado de la frontera, a menudo con pasaportes falsos, de noche y entre la niebla, vestidos con caftanes»-[1032] se solía considerar como sinónimo de refugiados en general. La antigua aversión de los alemanes hacia los judíos del este de Europa, que compartían los cristianos alemanes y los propios judíos, se intensificó con la repentina llegada de decenas de miles de refugiados pobres, infectados de tifus y políticamente sospechosos, dando lugar a la llamada cuestión judía del este, la *Ostjudenfrage*, uno de los temas más recurrentes de la época. Ya en 1919, un informe de la Comisión de Distribución Conjunta apuntaba: «Hay un incesante temor de que la furia de las poblaciones pobres y necesitadas del pueblo alemán se vaya a volver contra los refugiados».[1033] Otro telegrama de marzo de 1920 de los representantes de la Comisión de Distribución Conjunta en Europa advertía de que el flujo de los judíos del este de Europa hacia Alemania era responsable de la «creciente intensidad del antisemitismo».[1034] La amenaza no se apaciguó en todo el verano de 1920: «Los gentiles, hostiles a los judíos del este, dicen, sin que les falte razón, que estos están consumiendo las escasas provisiones del país sin trabajar a cambio», advertía un rabino de Fráncfort en una carta a la comisión fechada en agosto de 1920.[1035]

Los refugiados judíos del este de Europa tenían fama de ser ruidosos, escandalosos y poco civilizados, con escasa higiene y portadores de enfermedades. Se los consideraba propensos a la delincuencia común y se los acusaba de dirigir prostíbulos y de comportarse sexualmente de manera inapropiada.[1036] El periódico conservador *Alldeutsche Blätter* se refería a los judíos del este de Europa como «marginados, inferiores y, por lo tanto, altamente indeseables».[1037] El *Völkischer Beobachter*, adquirido por el nuevo partido nazi, dedicó la primera página de su edición del 6 de marzo de 1920 a una carta abierta titulada: «Contra los *Ostjuden*», dirigida al ministro del interior bávaro Fritz Endres.[1038] Unos días más tarde, en el artículo titulado «Deshagámonos de los judíos de una vez por todas», el periódico afirmaba que «los *Ostjuden* debían ser expulsados inmediatamente y que debían tomarse severas medidas contra todos

los demás judíos».[1039] En 1922, la publicación mensual nacionalista *Deutschlands Erneuerung* fue aún más tajante: «los mestizos judeoeslavoalemanes son los seres humanos más despreciables que han pisado la tierra».[1040]

La prensa alemana y el gobierno discutieron posibles soluciones ante la llegada masiva de judíos de Europa del Este, medidas que iban desde la expulsión al internamiento en campos de concentración.[1041] La sociedad alemana estaba claramente dividida en su actitud hacia los refugiados judíos. Los socialistas, muchos de los cuales tenían raíces judías, creían que era obligación de Alemania proporcionarles asilo, mientras que los nacionalistas alemanes temían que la llegada de refugiados judíos fuera a contaminar la pureza racial de la nación alemana y a importar el bolchevismo a la región. El ya por entonces famoso físico Albert Einstein, fino observador en lo que se refiere a la escena berlinesa, escribió en 1921: «Los judíos del este de Europa se han convertido en el chivo expiatorio de ciertos defectos de la actual vida económica de Alemania, algo que en realidad no es más que la dolorosa consecuencia de la guerra. La actitud agresiva hacia estos pobres refugiados, que han escapado del infierno que hoy es la Europa del Este, se ha convertido en un arma efectiva y políticamente poderosa en manos de los demagogos».[1042]

La acusación más infame contra los judíos refugiados en Alemania era que, como colectivo, tenían que asumir la responsabilidad de los crímenes de los bolcheviques y que estaban importando el bolchevismo a Europa.[1043] Se trataba de una acusación reforzada por la presencia de judíos entre los representantes oficiales soviéticos en Occidente: Adolph Joffe, que presidió la delegación bolchevique en Brest-Litovsk y en Riga, se había convertido en el primer representante soviético en Berlín; Maxim Litvinov era el representante soviético en Londres y llegó a ser comisario soviético de asuntos exteriores en 1930; Grigory Zinoviev presidía la Internacional Comunista; Leonid Krasin dirigía las negociaciones comerciales soviéticas en Europa y, por supuesto, Trotsky era el rostro de la revolución en el mundo entero. Karl Radek, el sucesor de Joffe como representante soviético en Alemania, se convirtió en un símbolo especialmente potente de la implicación de los judíos de la Europa del Este en el movimiento revolucionario tras ser detenido en febrero de 1919 por su papel en el levantamiento radical espartaquista. Pocos habían olvidado la implicación que destacados revolucionarios con raíces judías, como Rosa Luxemburgo y Kurt Eisner, habían tenido en las sublevaciones de 1918-1919. Los llamamientos de Trotsky «a los camaradas de la Liga Espartaquista»,[1044] o la profecía de Zinoviev de que «no falta mucho tiempo para que toda Alemania se convierta en una República Soviética»,[1045] no ayudaron a mitigar el temor a que el bolchevismo

judío de Moscú se extendiese por Europa.

Uno de los que más fervientemente equiparaba a los judíos con el bolchevismo en Alemania era el refugiado alemán del Báltico Alfred Rosenberg, cuyo primer artículo, publicado el 21 de febrero de 1919 en el periódico ultraconservador *Auf gut Deutsch* («En Alemán Llano») -un «semanario para la ley y el orden»-, se titulaba «La revolución rusojudía». Dicho artículo culpaba al «espíritu judío» de la «tolerancia con la apertura de fronteras» que, según Rosenberg, estaba destruyendo Alemania. En Rusia, decía, el gobierno era «prácticamente judío» y, si las fronteras seguían abiertas, esos mismos judíos causarían también la destrucción de Alemania.[1046] En otro artículo publicado el 4 de abril de 1919, Rosenberg cargaba contra la tolerancia de Alemania hacia los extranjeros, de quienes decía que amenazaban con llenar el país de una «mendaz y vergonzosa propaganda judía».[1047] Advertía a continuación que «el oro judío de Moscú» estaba propagando la anarquía en Alemania[1048] y avisaba de que «el ilimitado poder» de la «descarada demagogia judía» de Rusia ya podía observarse en las calles de Múnich.[1049] Rosenberg y otros migrantes del antiguo imperio ayudaron a definir y popularizar el relato de que los refugiados judíos bolcheviques estaban destrozando Alemania, y el propio Rosenberg se convertiría en uno de los ideólogos principales del movimiento nazi y en editor del *Völkischer Beobachter*.

Esta retórica antisemita y xenófoba pronto se filtró en el Reichstag y en la burocracia alemana. El diputado bávaro Georg Heym, por ejemplo, escribió el 19 de mayo de 1919 que, «tanto en Baviera y Hungría como en Rusia, los judíos del este están preparando la revolución. Los judíos del este, perseguidos durante siglos, tienen un espíritu rebelde. Y son la causa de todos nuestros problemas».[1050] El jefe de la policía de Múnich, Ernst Pöhner, compartía estas ideas, culpaba a los judíos del este de Europa de importar el bolchevismo a Alemania y los acusaba de ser «un colectivo extranjero dañino para la nación alemana».[1051] Estas ideas fueron coreadas por panfletos y periódicos derechistas y rápidamente aceptadas como de sentido común en toda Alemania.

El agitador más influyente contra los migrantes judíos y contra lo que llegó a conocerse como el «judeobolchevismo» fue, desde luego, Adolf Hitler. Hitler descalificaba a la Unión Soviética como «satánica» y como una «sanguinaria dictadura judía» y, de manera obsesiva, vinculaba el temor al expansionismo bolchevique con la afluencia masiva de refugiados judíos a Alemania. En 1922 advirtió: «Nosotros también nos hundiremos en la sangrienta ciénaga del bolchevismo, y puedo demostrar un millón de veces que la causa final de toda esta miseria, el último origen de esta enfermedad de la raza, son los

judíos».[1052] Más adelante, en *Mi lucha*, escribiría que, «en la masa organizada del marxismo», el judío «ha encontrado el arma que le permite acabar con la democracia y, en su lugar, subyugar y gobernar a los pueblos con un puño dictatorial y brutal».[1053] Hitler consideraba que «el judío de hoy es el principal agente de la completa destrucción de Alemania».[1054] Convencido de que los judíos habían destrozado Rusia con el bolchevismo, Hitler y sus seguidores se mostraron deseosos de tomar medidas extraordinarias para asegurarse de que no se les permitiera hacer lo mismo en Alemania.

Cuando, en el otoño de 1923, la hiperinflación alcanzó nuevas cotas, los argumentos de la extrema derecha de que los refugiados judíos eran los responsables de los males de Alemania se intensificaron. El 5 de noviembre de 1923 hubo unos disturbios antisemitas en el barrio de Scheunen que muchos llamaron pogromo. Ese mismo mes, el gobierno bávaro emitió una orden de expulsión de Baviera de los judíos de nacionalidad polaca.[1055] El 8 de noviembre, Hitler, con el apoyo de Ludendorff, Rosenberg y seiscientos soldados nazis de sus tropas de asalto (SA), entró en el salón de la cervecería Bürgerbräukeller de Múnich, donde estaba hablando el comisionado del estado bávaro Gustav von Kahr. Hitler disparó su revólver al aire, se sentó en una silla y proclamó la revolución. Puede que el Golpe de la Cervecería fracasase, pero Hitler se había catapultado hasta la cima de la derecha alemana. Mientras cumplía su condena en la cárcel de Landsberg, tuvo la oportunidad de articular el potente relato de su movimiento en *Mi lucha*. Catorce años después, el Führer hablaría ante decenas de miles de jóvenes entusiastas en la ceremonia de clausura del Congreso de Núremberg de 1937, advirtiendo que «el bolchevismo judío es un cuerpo totalmente ajeno a esta comunidad cultural de naciones europeas».[1056]

Los Estados Unidos y Palestina, las dos naciones consideradas como las receptoras más plausibles de los migrantes judíos a principios de 1920, no se libraron del temor judeobolchevique.

Aunque la mayoría de los migrantes preferían América, la comunidad sionista mundial veía el proyecto de un estado soberano en Palestina como una solución permanente para la cuestión judía. El baño de sangre en la Europa del Este alentó la migración judía a gran escala a Palestina, que estaba en vías de ser controlada por los británicos como territorio bajo su mandato. Los británicos nombraron a Herbert Samuel -un judío que había sido secretario de interior británico y que se había convertido en defensor del movimiento sionista-, como alto comisionado, lo que animó a unos cuarenta mil refugiados judíos de Ucrania a cruzar el mar Negro y los estrechos turcos entre 1921 y 1923 para llegar a Palestina. Gran parte de la población árabe respondió a este movimiento migratorio y al mandato

británico con un recelo y un descontento que en ocasiones se tradujeron en disturbios y violencia. Aunque se trataba más de una reacción contra las ambiciones sionistas que del miedo a una contaminación racial o política, muchos líderes judíos y migrantes interpretaron la hostilidad árabe como una nueva versión de lo que habían experimentado en Europa. En marzo de 1920, las escaramuzas entre paramilitares judíos y milicias árabes en la región fronteriza de la Alta Galilea causaron la muerte de Joseph Trumpeldor, un veterano de la guerra ruso-japonesa que había inspirado a los grupos de autodefensa en Ucrania. Su muerte en el asentamiento de Tel-Hai dio origen a una suerte de culto en el movimiento sionista, y extendió su llamamiento a la autodefensa judía. Incluso un nacionalista ucraniano como Margolin estaba de acuerdo: «Por supuesto es mejor morir a manos de un cuchillo árabe en la tierra de nuestros ancestros que ser víctima de un pogromo en Ucrania o en Polonia», escribió desde Alemania.[1057]

Las confrontaciones más importantes de este periodo se produjeron durante el desfile del 1 de mayo de 1921 en Jaffa, como respuesta a la distribución por el Partido Comunista Judío de panfletos que incitaban a la creación de un estado soviético en Palestina. Los altercados empezaron cuando un grupo de trabajadores judíos, muchos de los cuales eran inmigrantes recién llegados de Rusia y Ucrania, desplegó banderas rojas con eslóganes bolcheviques en un mercado principalmente judío cerca de un barrio árabe. Los portadores de banderas se vieron acosados por un grupo de judíos anticomunistas, pero cuando los manifestantes llegaron a la zona árabe, el enfrentamiento se convirtió en un disturbio étnico; una lucha salvaje que terminó con la muerte de cuarenta y siete judíos y cuarenta y ocho árabes.[1058] De nuevo, reapareció la idea de atacar a los judíos acusándolos de estar esparciendo el bolchevismo. Como concluyó una comisión de investigación británica, «la manifestación bolchevique fue la chispa que prendió la mecha del explosivo malestar de los árabes y precipitó un estallido que se convirtió en un conflicto árabe-judío».[1059] Muchos judíos refugiados en Palestina interpretaron esta nueva violencia ocurrida en Jaffa a la luz de los pogromos de los que habían huido en el este de Europa, y la prensa en yidis no tardó en llamarlo «el pogromo de Jaffa».[1060] «El pogromo contra Israel aún continúa en Eretz-Israel», proclamó el escritor hebreo Berl Katznelson.[1061] Era una opinión compartida por el futuro primer ministro israelí, David Ben-Gurion, y por otros activistas judíos de Palestina. A pesar de las numerosas diferencias entre la revuelta de Palestina y los pogromos de Ucrania, la principal de las cuales era la elevada cifra de muertos árabes, que apuntaba a una reyerta letal más que a un pogromo, la idea de que la violencia en Tierra Santa era otro pogromo creó el mito

fundacional del ala derecha del movimiento sionista.

Pese a los ruegos de los sionistas, la inmensa mayoría de los refugiados judíos expresaron su deseo de asentarse finalmente en los Estados Unidos.[1062] Los parlamentarios americanos, sin embargo, desconfiaban cada vez más de los inmigrantes judíos, por temor a que importasen el bolchevismo al país. Desde septiembre de 1918 a junio de 1919, el senador de Carolina del Norte, Lee Overman, presidió una comisión del Congreso para investigar el impacto del bolchevismo en los Estados Unidos. El reverendo George Simons, un pastor que había trabajado como superintendente de una iglesia en Petrogrado diez años antes de la revolución, testificó erróneamente que, «de los 388 miembros del gobierno soviético de Petrogrado, sólo dieciséis son auténticos rusos; el resto son judíos».[1063] Añadió además que *Los protocolos de los sabios de Sion* «reflejan una organización real», una «sociedad judía secreta» que intenta «conquistar el mundo, debilitar todo lo posible a las fuerzas cristianas y, finalmente, tener el mundo entero, por así decirlo, bajo su control».[1064] El comité no aceptó las acusaciones más incendiarias de Simons, pero concluyó que «los elementos revolucionarios radicales de los Estados Unidos» habían hecho «causa común» con los bolcheviques de Rusia para «incitar a la revolución» e «inaugurar un estado del terror». Sin mencionar a los judíos o la lengua yidis por su nombre, el comité concluyó que «los periódicos en lengua extranjera son un peligro para el país», y alertó de que «las fuerzas de la anarquía y la violencia utilizan los recursos financieros que expoliaron a los pueblos europeos -y que están explotando con éxito- para importar a este país el dinero, la literatura y los agentes a sueldo necesarios para promulgar la doctrina de la fuerza, la violencia, el asesinato, la confiscación y la revolución».[1065] La mayoría de los que leyeron el informe interpretó las acusaciones de «explotación», la importación de la anarquía y el «uso de los recursos económicos» como alusiones a los judíos.

Las audiencias de la comisión avivaron el extendido miedo al bolchevismo en todo el país. El 30 de abril de 1919, el senador H. J. Walters, presidente interino del Senado de Nueva York, advirtió: «No hay duda de que existe un plan completamente diseñado por los bolcheviques rusos para hacerse con las riendas del gobierno de este país».[1066] Los agentes de la inteligencia militar americanos propagaron la falacia de que la Revolución bolchevique formaba parte de un complot judío a escala global financiado por banqueros judíos con la finalidad de conseguir el poder mundial. La división rusa del Departamento de Estado especuló acerca del «poder y las ambiciones del judaísmo internacional» en un informe que vinculaba a los judíos con el bolchevismo.[1067] El informe de la comisión Overman dio crédito a las fantasías fomentadas por propagandistas marginales. Tal y como

explicó el *Dearborn Independent* de Henry Ford, «la Revolución bolchevique fue una cuidadosa inversión diseñada por la banca judía internacional, y a estas mismas fuerzas les gustaría introducirla en los Estados Unidos».[1068] Los propios «histéricos judíos americanos», sostenía el periódico, utilizan la violencia ocurrida en Ucrania y Polonia como excusa para progresar en sus infames metas políticas.[1069] En 1920, el *Dearborn Independent* lamentaba que «un flujo interminable de los inmigrantes más indeseables llega a diario a los Estados Unidos, decenas de miles de las mismas personas cuya presencia ha constituido un problema y una amenaza para los gobiernos de Europa».[1070] En el mismo sentido, el influyente *Passing of the Great Race* de Madison Grant advertía de que el verdadero americano, «el hombre de las viejas costumbres», estaba siendo «literalmente barrido de las calles de la ciudad de Nueva York por las riadas de judíos polacos».[1071]

En 1921, ciento diecinueve mil refugiados judíos llegaron a los Estados Unidos, la mayoría procedentes del antiguo Imperio ruso.[1072] Estos recién llegados se sumaron al 1.486.000 judíos que habían llegado al país entre 1899 y 1914. El Congreso respondió a la creciente inquietud respecto a la inmigración judía mediante la aprobación de la Ley de Cuotas de Emergencia de 1921, que intentaba preservar la composición étnica de los Estados Unidos limitando el número de inmigrantes de cada país al tres por ciento de su población total, según el censo de 1910. Aun así, el Congreso estaba alarmado porque, tanto en 1921 como en 1922, una gran cantidad de inmigrantes aún eran hebreos y representaban el quince por ciento de la inmigración total a Estados Unidos durante esos años.[1073] En consecuencia, la Ley Johnson-Reed de 1924 redujo la cuota del tres al dos por ciento, y utilizó el censo de 1890 en lugar del de 1910 como referencia, restringiendo aún más la inmigración judía. Gedalia Bublick, editor del *Jewish Daily News*, señaló durante las audiencias del Congreso acerca de esa ley, que los judíos que huían de Rusia eran en verdad antibolcheviques, y por eso estaban huyendo del bolchevismo.[1074] Pero el Congreso, atendiendo a las inquietudes de los votantes referidas a la invasión bolchevique, aprobó la ley igualmente. «América debe seguir siendo americana», declaró el presidente Calvin Coolidge mientras firmaba la ley.

La ley garantizaba que los Estados Unidos no admitirían a la inmensa mayoría de los judíos del este de Europa. La cuota de 1925 para los inmigrantes de la Galitzia oriental (que el Departamento de Inmigración de los Estados Unidos seguía considerando como una categoría distinta pese a su incorporación a Polonia), de Rusia (incluyendo Ucrania), de Besarabia y Rumanía, por ejemplo, se estableció en 3.758, una décima parte de la cuota de 1924, que era de

37.610.[1075] El acuerdo tácito en los debates del Congreso era que, al reducir el número de inmigrantes de estas cuatro regiones, se evitaría la entrada en el país de casi todos los judíos. También aseguraba que las puertas de América permanecerían cerradas para las decenas de miles de judíos europeos desesperados por huir ante la llegada del fascismo.

17

EL JUICIO DE SCHWARZBARD

En la primavera de 1926, el poeta y relojero Sholem Schwarzbard vagaba por las calles del Barrio Latino de París con una pistola en el bolsillo. Llevaba en la mano dos fotos de Petliura, una extraída de la *Enciclopedia Larousse* y otra que había encontrado en un periódico reciente, por el cual había sabido que el antiguo jefe atamán estaba viviendo en la capital francesa. Schwarzbard estaba obsesionado. Este hombre de cuarenta años, cuyo aspecto sería más tarde descrito por los reporteros de los tribunales como «más de oficinista que de asesino», bajo de estatura, rubio y «de apariencia corriente», no llamaba la atención mientras buscaba a Petliura entre la multitud, comparando los rasgos de los posibles candidatos con la foto que llevaba en la mano.[1076] El líder depuesto cenaba a menudo en cafés y bistrós frecuentados por estudiantes de la Universidad de la Sorbona. Schwarzbard había visto en varias ocasiones a su objetivo, pero siempre acompañado por su esposa Olga y su hija Lessia, con quienes vivía en una casa alquilada de dos habitaciones en la calle Thénard.

Finalmente, el 25 de mayo, Schwarzbard vio a Petliura solo en la librería de Joseph Gilbert, en la esquina de la calle Racine con el bulevar Saint-Michel, ojeando libros. Cuando Schwarzbard le contó al jurado su encuentro, un periodista se dio cuenta de que su cara «se iluminó con un júbilo infantil».[1077] Como no estaba completamente seguro de que el hombre que estaba viendo fuese el mismo de la foto, Schwarzbard preguntó: «¿Es usted Petliura?». El jefe atamán no respondió. El poeta decidió arriesgarse y disparó al antiguo jefe de estado cinco veces. Cuando la policía llegó al lugar del crimen, Schwarzbard estaba esperando: «He matado a un gran asesino», declaró.

Nacido en 1886 en Besarabia, Schwarzbard se crio en la ciudad de Balta, en la región de Podolia. Tres de sus hermanos y su madre habían muerto siendo él un niño. El joven Schwarzbard se convirtió en aprendiz de relojero poco después de su *bar mitzvá*. De joven formó parte de los círculos anarquistas que alentaban la caída del zar. En

una ocasión, en 1906, cuando estaba repartiendo propaganda dentro de una sinagoga, los judíos piadosos que intentaban rezar se hartaron de él y le denunciaron a las autoridades. Fue detenido, pero logró huir a través de la frontera austrohúngara y continuó con sus actividades anarquistas. Fue detenido de nuevo en Viena, acusado de haber robado en una pequeña vinoteca. El propietario de la tienda se le encontró en el local a la hora de abrir: el ladrón frustrado se había quedado allí por la noche antes de que cerraran. Faltaba dinero en la caja registradora y Schwarzbard llevaba consigo un juego de herramientas y dinero en metálico. Impertérrito ante la falta de argumentos para su defensa, el impetuoso poeta alegó que se trataba de un caso de identificación errónea. Después de haber cumplido cuatro meses de condena por el delito, se trasladó a Budapest, donde fue detenido de nuevo, en esta ocasión por distribuir propaganda radical. Se mudó a París en 1910, y sirvió durante la Gran Guerra en la Legión Extranjera, y después, de manera regular, en la brigada de infantería francesa. Resultó herido y fue condecorado con la Cruz de Guerra.

La causa revolucionaria aún permanecía viva en su corazón. Al oír las noticias sobre la deposición del zar en Rusia, Schwarzbard regresó a Ucrania el verano de 1917, justo a tiempo para ser testigo del caos de la guerra civil. Se incorporó a diversas brigadas militares revolucionarias hasta llegar a Odesa, entonces ocupada por los franceses. Poco después de que Grigoriev conquistara la ciudad, Schwarzbard se unió a los bolcheviques y viajó con una brigada a las regiones devastadas por los pogromos en la zona de Cherkasy. Desilusionado y traumatizado, regresó a París donde, bajo el pseudónimo de Bal-Khaloymes («el Soñador»), publicó viñetas sobre los pogromos y una serie de poemas sobre la guerra. Encontró un trabajo de relojero en una pequeña tienda y se resignó a vivir una vida tranquila. Al menos, hasta que encontró la foto de Petliura en la *Larousse*.

Sholem Schwarzbard en el juicio.

El acto de venganza de Schwarzbard le catapultó a los titulares de todo el mundo y renovó la atención mundial hacia los pogromos, así como las sospechas sobre la responsabilidad que había tenido Petliura en la violencia. Gran parte de la comunidad judía vio el acto de Schwarzbard como algo justificable e incluso admirable. «Si se puede justificar el asesinato por los hechos cometidos, debería estar completamente justificado en el caso de Schwarzbard, porque ha vengado nuestra sangre. Él es puro», declaró el periódico americano en lengua hebrea *Ha-Doar*.[1078] En el *Davar*, el diario de los trabajadores sionistas hebreos, Yehoshua Heshel Yeivin adoptó una postura aún más radical, admirando a Schwarzbard por su audaz acto y criticando

a la comunidad judía mundial porque, aunque había documentado meticulosamente los pogromos, no había conseguido actuar de manera decidida para ponerles fin: «Los abultados volúmenes de material sobre los pogromos fueron nuestra respuesta a la violencia en Ucrania. Es una respuesta propia del pueblo del Libro, de los corderos destinados a la matanza».[1079] El escritor en lengua yidis Sholem Asch, ya conocido por sus controvertidas hagiografías sobre Jesús de Nazaret y su lascivo relato de amor lésbico *Got fun nekome* (*El dios de la venganza*), escribió que el pecado de Schwarzbard era «una redención para todos nosotros».[1080]

Por otro lado, la comunidad de la diáspora ucraniana, que permanecía unida en torno a Petliura, consiguió cerca de cuatrocientas declaraciones para presentar ante los tribunales en defensa del honor de su líder. Puesto que la mayoría de los territorios ucranianos en donde Petliura había gobernado en otro tiempo estaban ahora bajo control soviético, con la libertad de expresión limitada y el sentimiento nacionalista vetado, la diáspora ucraniana de París, Viena, Berlín y Praga se convirtió en la principal voz del movimiento por la independencia ucraniana. Petliura, que había sido con anterioridad una figura controvertida entre los nacionalistas ucranianos, muchos de los cuales le culpaban por el fracaso del movimiento y particularmente por su entrega de la Galitzia oriental a Polonia, fue homenajeado tras su muerte como un héroe nacional. En una ceremonia en honor del líder asesinado, sus antiguos rivales políticos interpretaron su asesinato como un ataque «no a su persona», sino «a la causa a la que servía».[1081] Era una afrenta, argumentaban, para todo el pueblo ucraniano y para la idea misma de la independencia de Ucrania. El acto de Schwarzbard y la respuesta judía provocaron auténtico miedo entre los activistas de la comunidad ucraniana, que pensaban que «el terror judío amenazaba a los líderes ucranianos».[1082]

Muchos miembros de la diáspora ucraniana se apresuraron también a descartar la idea de que Schwarzbard hubiera actuado solo, insistiendo en que era un agente bolchevique. «Los círculos democráticos ucranianos no han experimentado el asesinato del jefe atamán Petliura, cometido por un tal Schwarzbard, como una acción de los judíos, sino de los bolcheviques, dirigida contra la democracia ucraniana en la persona del líder que había encabezado la lucha armada por la independencia ucraniana», informó el *Tryzub* del propio Petliura.[1083] Mykyta Shapoval, editor de un periódico socialista ucraniano en Praga, aseguró a su hermano Mykola, en su día general bajo el mando de Petliura: «Este crimen, típico de bandidos, es obra de la mafia bolchevique».[1084] Según un rumor popular, los bolcheviques habían contratado a propósito a un judío para llevar a cabo la tarea con intención de abrir una brecha entre judíos y ucranianos.[1085] Sin

embargo, aunque Schwarzbard se había identificado con el bolchevismo a su regreso a Ucrania, no hay pruebas de que el asesinato de Petliura hubiera sido orquestado por la policía secreta soviética.

Ambos bandos movilizaron a sus bases. Leo Motzkin, que durante la Conferencia de Paz de París se mostró reticente a la hora de culpar únicamente a Petliura por los pogromos, dirigía ahora un comité de defensa de Schwarzbard que reunía fondos para los gastos legales del asesino. «No se trata del acto en sí mismo -escribió-, sino de los judíos ucranianos y del peligro que corren».[1086] El comité estaba formado por Léon Blum, futuro primer ministro de Francia, y por los veteranos juristas judíos de Rusia, Henry Sliosberg y Maksim Vinaver. El bando ucraniano hizo lo mismo, creando su propio comité en París presidido por Oleksandr Shulhyn, que había sido miembro del gabinete de la Rada Central y representante de Petliura en la Conferencia de Paz de París. El Archivo Histórico de los Judíos del Este de Berlín nombró a sus mejores historiadores, Dubnow, Tsherikover y Gergel, para recopilar pruebas de la responsabilidad de Petliura en los pogromos y enviarlas a París.[1087] En Lwów se creó la Liga de Symon Petliura para recopilar pruebas sobre la inocencia del atamán. Era como si se estuviera juzgando a Petliura y no a Schwarzbard.[1088]

Arnold Margolin, que se había establecido en los Estados Unidos en 1922, fue uno de los pocos portavoces judíos que pidió cautela. Veía en el acto de Schwarzbard una amenaza a la coexistencia pacífica que aún creía posible en la región. «El juicio de Schwarzbard puede convertirse en un campo de batalla abierto para una amarga lucha entre judíos y ucranianos. Este es un riesgo muy grave lleno de potenciales peligros para el futuro», advirtió.[1089] Margolin creía que, siendo dos de las minorías más numerosas sin estado de Europa, los ucranianos y los judíos debían cooperar para conseguir la consolidación de los derechos de las minorías. Esta idea fue adoptada por el activista sionista de derechas Vladimir Jabotinsky, que ya había intentado una colaboración con Petliura entre 1921 y 1922 para reconquistar Ucrania con una guardia judía vinculada al ejército ucraniano.[1090] Margolin temía que el asesinato pudiera destruir las relaciones judeoucranianas, imposibilitando aún más cualquier esfuerzo hacia la reconciliación, y que pudiera plantar la semilla de futuros conflictos. A Jabotinsky, por su parte, le preocupaba que todo este asunto contribuyese a empañar aún más con el estigma del comunismo la imagen mundial que se tenía de los judíos.[1091] Louis Marshall se negó a que el Comité Judeoamericano respaldara la venganza violenta: «Aunque entendemos que un hombre cuyas pesadillas están llenas de injusticias y crímenes contra la humanidad, y cuyos parientes fueron víctimas de pogromos, se vea llevado a

cometer esta acción desesperada -escribió-, no por ello debemos convertirle en héroe nacional y justificar un asesinato cometido como venganza personal por esas supuestas injusticias. El pueblo judío no debe asumir la responsabilidad de esta acción».[1092]

Las audiencias preliminares, que comenzaron en el verano de 1926 y continuaron durante todo el año, anticipaban el dramatismo del juicio. Tanto la acusación como la defensa reunieron a cientos de testigos de todo el mundo, que presentaron su versión de lo acontecido en Ucrania unos pocos años antes. Los preparativos del juicio fueron la ocasión para una valoración global. Uno de los análisis más perspicaces fue el del antiguo primer ministro, Volodymyr Vynnychenko, que en su testimonio culpó a «los enemigos de una Ucrania independiente» de promover la idea de que «el pueblo de Ucrania es sólo un pueblo de bárbaros, bandidos y perpetradores de pogromos». Estos propagandistas, seguía diciendo, están privando a los ucranianos «no sólo de una existencia independiente como estado libre, sino también de su respeto más elemental».[1093] Vynnychenko continuó diciendo que el antisemitismo existía en Ucrania por la misma razón que existía en otros lugares: «Las diferencias raciales, los prejuicios religiosos, la incultura de las masas, la desigualdad social, la rivalidad económica entre ciertas clases, etc.».[1094] Lo que había ocurrido en Ucrania era que cuatro años de guerra total y violencia extrema habían llevado a «ciertos elementos del pueblo ucraniano» a la «indiferencia hacia su propia vida y hacia la de los demás».[1095] El gobierno de Petliura, concluía, no tenía poder para acabar con la violencia perpetrada por bandidos canallas y soldados descontentos.

Otros apuntaron a la hostilidad popular hacia los bolcheviques judíos como factor clave a la hora de precipitar los pogromos. Borys Martos, que también había sido primer ministro con el Directorio, estuvo de acuerdo en que Petliura no tuvo suficiente poder para controlar a su ejército. Él también aludió al impacto psicológico de la guerra en los soldados ucranianos, pero subrayó que «muchos de esos hombres habían sido movilizados a la fuerza por el Ejército Rojo, en el que fueron obligados a servir bajo las órdenes de comandantes judíos que los empujaron a atacar a su propio pueblo». Martos culpaba a los tribunales revolucionarios por su exceso de celo al ejecutar a campesinos ucranianos por presuntas actividades contrarrevolucionarias y afirmaba que dos terceras partes de los miembros de esos tribunales eran judíos. «¿Hay alguna fuerza que pueda saciar el deseo de venganza?», se preguntaba, justificando los pogromos como una reacción comprensible contra la opresión judía.[1096] Si las masas no hubieran sido contenidas por la intervención militar de Petliura, continuaba, «se habría producido el completo

exterminio de la población judía sin excepciones».[1097] Habría que elogiar al gobierno del Directorio por haber limitado el baño de sangre a lo que fue, argumentaba. También otro miembro de la Rada Central sostuvo que la violencia había sido una simple represalia por la represión judía bolchevique: «Es importante señalar que la mayoría de los comisarios bolcheviques que hostigaron a las autoridades y al ejército ucranianos, que promovieron rebeliones y llevaron a cabo detenciones, eran judíos». Es natural, por lo tanto, «que el ejército ucraniano descargase su frustración contra el pueblo al que creía responsable: los judíos de Ucrania».[1098] M. Feshchenko-Chopivsky, que formaba parte de una banda de insurgentes, apuntó también al «insensato terror rojo» que reinaba en Radomyshl, donde se encontraba mientras los bolcheviques ejecutaban sin juicio a docenas de ciudadanos. La Checa, afirmaba, «estaba compuesta principalmente por judíos» que «se olvidaron de que formaban parte de la población ucraniana que luchaba por su independencia». Justificaba «la furia justiciera del pueblo contra los comisarios judíos», alegando que los bolcheviques «convierten las iglesias en establos» y «algunos miembros del pueblo judío» torturaban a los ucranianos y «desempeñaban el papel de verdugos».[1099]

Por el contrario, los miembros judíos del comité de defensa de Schwarzbard, ignorando por completo que en otro tiempo habían celebrado la Ley de Autonomía Nacional de la República Popular Ucraniana, intentaban presentar los pogromos como una política deliberada del gobierno de Petliura, motivada por un odio ancestral hacia los judíos. Presentaron testimonios que desmentían la suposición de que la violencia contra los judíos formaba parte de los disturbios generalizados de ese periodo, o de que era una reacción natural a la implicación de los judíos en las crueldades de los bolcheviques. Como dijo Elye Tsherikover, «no hay apenas ejemplos de que los perpetradores de los pogromos atacasen a la población pacífica cristiana».[1100] Petliura era el responsable último de los pogromos, continuaba, porque «el poder estaba en sus manos. Y el que tiene el poder, tiene también la responsabilidad».[1101] Petliura, acusaba Tsherikover, extendió deliberadamente el antisemitismo entre las filas de su ejército, «toleró los pogromos y se negó a castigar a los responsables»".[1102]

La más desgarradora muestra de enemistad fue el altercado ante el tribunal entre las esposas de los dos protagonistas de este drama: Anna Schwarzbard y Olga Petliura. Al terminar la primera audiencia preliminar el 21 de julio de 1926, según informaciones de prensa, Olga Petliura «se abalanzó sobre Anna Schwarzbard y empezó a golpearla con un bastón que llevaba en la mano. La policía tuvo que intervenir y sacar de la sala a la señora Petliura».[1103]

La viuda de Petliura, Olga, con su hermano en el juicio de Schwarzbard.

Schwarzbard aprovechó la oportunidad que le brindó su condena preventiva de dieciocho meses en la prisión de La Santé para justificar sus acciones ante el mundo. En las páginas del periódico anarquista en lengua yidis de Nueva York, *Di Fraye Arbayter Shtimme*, («La Voz del Trabajador Libre»), reflexionaba: «Estoy convencido de que, antes de la emancipación de la humanidad, cada cual debe liberarse a sí mismo, liberar al pueblo judío de todas las persecuciones y calumnias que no han cesado de golpearlo, un pueblo que ha sido abandonado por todo el mundo y oprimido en todas partes».[1104] Escribió a sus camaradas de Ucrania: «Somos el pueblo que dio al mundo un Dios, la Biblia, la moralidad, llevamos sobre nuestras espaldas la gran misión de la libertad, de la emancipación universal. [Nosotros somos] un pueblo de santos mártires, un pueblo que lucha por la emancipación del mundo de la esclavitud, del crimen y de la decadencia».[1105] Claramente, se veía a sí mismo como una figura histórica, incluso mesiánica, el primer defensor de los judíos.

El juicio, que empezó en el Palais de Justice de París el 18 de octubre de 1927, se desarrolló ante la *cour d'assises*, el tribunal penal que juzgaba los crímenes más graves en Francia. El destino de Schwarzbard estaba en manos de tres jueces y doce miembros del jurado, cuyo veredicto sería inapelable. Aunque no negó haber

disparado contra Petliura, Schwarzbard y sus abogados sabían que tenía buenas perspectivas. En una serie de juicios, durante los años anteriores, los jurados habían sorprendido a los tribunales justificando crímenes pasionales y actos de venganza. No sólo se había perdonado a mujeres maltratadas que habían asesinado a sus maridos, sino que se había exculpado a asesinos políticos por sus actos. Uno de los más célebres casos tuvo lugar en 1919, cuando el tribunal se negó a emitir un veredicto de culpabilidad en el juicio contra Raoul Villain, que había disparado mortalmente al político socialista Jean Jaurès al comienzo de la guerra. En 1924, en un caso que se parecía al de Schwarzbard, el estudiante armenio Soghomon Tehlirian fue absuelto en un juicio en Berlín del asesinato de Talaat Pasha, el antiguo gran visir del Imperio otomano, aunque la policía encontró a Tehlirian en la escena del crimen con una pistola junto al cadáver. El jurado simpatizaba con el relato de Tehlirian, según el cual actuó como represalia por el papel desempeñado por Pasha en el genocidio armenio durante la década anterior.

Henri Torrès, el destacado abogado judío y dirigente comunista que encabezaba el equipo legal de Schwarzbard, sabía que debía desviar la atención del jurado de su cliente y convertir el juicio en una acusación contra Petliura. «Ya no es de Schwarzbard de quien se trata aquí, se trata de los pogromos», pronunció con su atronadora voz.[1106] Mientras el secretario leía las acusaciones, pasando revista a la larga historia de la revolución ucraniana antes de abordar el papel de Schwarzbard en el asesinato, un público de cuatrocientas personas que asistía al juicio mostraba constantemente a voces su desacuerdo o su aprobación, provocando varias advertencias por parte del presidente, Georges Flory. Para mantener la tradición de la Revolución francesa, que había creado la *cour d'assises*, Flory creía que la función del jurado no era sólo determinar los hechos del caso, sino también hacer «verdadera justicia». Por tanto, se consideró que los testimonios acerca de las circunstancias atenuantes del asesinato eran relevantes para el caso.

Schwarzbard, por su parte, reconoció que había cometido un asesinato, pero, confiando en que el jurado votaría en conciencia, se declaró inocente. Cuando subió por primera vez al estrado dio dramáticos detalles de los horrores de los pogromos, dirigiéndose tanto al jurado como a la audiencia en general, que seguía sus declaraciones. Un reportero describió la escena: «Balanceándose y moviéndose como lo hacen los judíos al rezar, cerró los ojos, tensó los labios y, con un gesto sombrío, habló de calles donde los cadáveres se apilaban unos sobre otros como en un campo de batalla».[1107] Petliura, declaró Schwarzbard, no era un individuo aislado, sino la culminación de siglos de antisemitismo ucraniano que se podía rastrear hasta la

sublevación de 1648: «Hace tres siglos que comenzaron las masacres en estos valles de sangre y lágrimas. Petliura era el nieto de un gran asesino llamado Jmelnitski».[1108]

Schwarzbard se mostró convencido de que los pogromos habían sido ordenados por Petliura y de que su asesinato debía ser entendido como un verdadero acto de justicia.[1109]

A lo largo de la semana siguiente, testigos de ambos bandos desfilaron debatiendo sobre la culpabilidad de Petliura en los pogromos, centrándose en los eventos del 15 de febrero de 1919 en Proskuriv. Según los procedimientos legales franceses del momento, entre los testigos se incluían no sólo aquellos que tuvieran conocimiento de primera mano de los hechos, sino también a un amplio grupo de expertos y testigos de carácter, que hablaron tanto de los motivos de Schwarzbard como de los de Petliura. Por ejemplo, Oleksandr Dotsenko, que había trabajado como adjunto de Petliura en Ucrania antes de convertirse en albañil en París, testificó que su jefe se había mostrado profundamente preocupado por el destino de los judíos y empalideció al escuchar las atrocidades cometidas contra ellos en Proskuriv. De la otra parte, Henryk Przanowski, que había estado en Proskuriv trabajando para la Cruz Roja danesa, aseguró que los oficiales de Petliura actuaban sólo bajo sus órdenes directas. Albert Baudry, un ingeniero químico francés cuya única conexión con el caso era que había vivido en Ucrania, pidió compasión al jurado afirmando que Petliura siempre había buscado el apoyo de los franceses y de la Entente. Elye Tsherikover, que subió al estrado el martes 25 de octubre, prestó un detallado testimonio sobre los pogromos que había documentado minuciosamente durante los siete años anteriores. Khaya Greenberg, una enfermera de la Cruz Roja que había estado en Proskuriv durante el pogromo, presentó algunos de los detalles más horribles sobre las consecuencias de la masacre.

El momento más tenso del juicio tuvo lugar el viernes 21 de octubre, cuando testificó Oleksandr Shulhyn, miembro del gabinete de la Rada Central. Schwarzbard, aseguró Shulhyn al comenzar su testimonio, «no es un vengador de los judíos, sino un agente de la Checa».[1110] Según las noticias de prensa, Shulhyn se dio la vuelta «hacia Schwarzbard y, apuntando con el dedo con tanto vigor que todo su cuerpo temblaba», gritó: «Acuso a ese hombre de ser un agente de Moscú. Lo juro mil veces». Petliura, continuó Shulhyn, no era para nada antisemita. Al escuchar esta acusación, Schwarzbard «se puso de pie de un salto, agitando el brazo derecho y gritando», mientras su «cuerpo temblaba con sacudidas espasmódicas». Cuando Schwarzbard consiguió por fin hablar, gritó: «Usted me odia porque soy judío». Shulhyn, que había dado la espalda a su interlocutor, se dio la vuelta y gritó en un falsete alto: «No, porque es un

bolchevique». Fuera del tribunal, los defensores de ambos bandos empezaron a darse puñetazos, lo que acabó con «ojos morados y labios partidos».[1111]

Cuando se reanudó el juicio, los abogados se acusaron de nuevo el uno al otro. «Renovaron su batalla verbal de ayer con tal ferocidad que, en ocasiones, el juicio degeneraba en algo más parecido a una riña callejera -informó el *New York Times*-. En el apogeo de su inusual y aparentemente extralegal batalla, la mitad del jurado se estaba riendo mientras la otra mitad estaba visiblemente irritada, y el presidente no podía hacerse oír entre el alboroto».[1112]

El juicio terminó el 26 de octubre y el jurado absolvió a Schwarzbard de todos los cargos tras sólo treinta y dos minutos de deliberación. «El jurado, intensamente conmovido por los desgarradores detalles de estas tragedias contadas en primera persona por quienes las habían sufrido, siguió los dictados de su corazón más que los de su cabeza a la hora de emitir su veredicto», informó la prensa.[1113] Al escuchar el veredicto y el rugido de aprobación del abarrotado Palais de Justice, Schwarzbard «tenía la inquietante expresión de un niño la mañana de Navidad».[1114]

En los meses que siguieron a la absolución de Schwarzbard, muchos de los judíos activistas que habían sido sus más fervientes defensores reflexionaron sobre el probable impacto que el juicio tendría sobre los judíos que seguían en Ucrania y sobre sus vecinos no judíos. El juicio había despertado una animosidad entre las dos comunidades que sería difícil de sanar. Si bien Petliura había sido antes de su muerte una figura controvertida tanto para los observadores ucranianos como para los judíos, su asesinato abrió una brecha inconmensurable entre los dos bandos. Petliura se había convertido en un héroe para todos los ucranianos y en el arquetipo de la maldad para los judíos, un precursor de Hitler, tal como algunos dirían después. Schwarzbard, por el contrario, se convirtió en un héroe para los judíos y en un villano para los ucranianos. «Este juicio es una catástrofe, una catástrofe para las relaciones judeoucranianas», escribió Shulhyn a Margolin cuando todo hubo terminado.[1115]

18

EL PERIODO DE ENTREGUERRAS EN UCRANIA

El asesinato de Petliura dio al gobierno soviético la oportunidad de afianzar su relato de que los pogromos eran un residuo de la era imperial que el comunismo había superado.[1116] A principios de la década de 1920, los bolcheviques pregonaron su exitosa eliminación de los pogromos y blanquearon su participación en la violencia antisemita durante la época revolucionaria. El gobierno incluso patrocinó una exposición en 1923 sobre los pogromos, que fue editada posteriormente en forma de libro, recordando a los lectores la manera en que el Ejército Rojo había salvado a los judíos de la destrucción.[1117] De hecho, durante estos primeros años, los dirigentes de la Unión Soviética lucharon contra el antisemitismo, presentándolo como un arma contrarrevolucionaria de las élites reaccionarias, e intentaron atraer a los judíos mediante escuelas, teatros, literatura y películas en lengua yidis. La floreciente cultura yidis hizo incluso que algunos de los intelectuales judíos ucranianos que habían constituido el núcleo de la diáspora de Berlín regresaran a Kiev cuando la ciudad se convirtió en un gran centro de la cultura yidis. En el ámbito económico, muchos artesanos judíos, cuyos talleres familiares no eran bien vistos por el estado, encontraron empleo en las grandes fábricas, donde trabajaban en cadenas de montaje junto a obreros cristianos, o en la burocracia soviética. La migración de los judíos a las grandes ciudades también rompió las comunidades cerradas en las que se habían mantenido en los pueblos pequeños y las aldeas. La integración judía fue una pieza clave de la política soviética en Ucrania.[1118]

Al mismo tiempo, Moscú seguía viendo el fatal destino de la República Popular Ucraniana como una aventura burguesa y consideraba cualquier expresión de nacionalismo ucraniano como una peligrosa fuerza centrífuga capaz de romper la frágil Unión Soviética. Aunque no fuera directamente orquestado por el Kremlin, el asesinato del atamán fue bien recibido en la capital soviética. Petliura, había dicho *Pravda* en sus informaciones sobre el juicio, era un «bandido, un asesino y un instigador de pogromos», un «agente de las fuerzas

extranjeras» que había liderado un movimiento de las élites ucranianas «contra la revolución proletaria», y «era el principal culpable de los terribles pogromos judíos y asesinatos en masa en Ucrania».[1119] La amplia publicidad del juicio permitió culpar personalmente a Petliura (así como a Denikin) de la persecución de los judíos y soslayar la responsabilidad de los simpatizantes de los bolcheviques. Ahora el gobierno podía desacreditar al movimiento independentista ucraniano y al mismo tiempo obtener el apoyo de la población judía del interior y del exterior.

Una de las principales estrategias utilizadas por el gobierno soviético para ganarse la confianza de amplios segmentos de la población judía fueron sus esfuerzos para castigar a los perpetradores de pogromos en lo que se llamó oficialmente «la lucha contra el bandidaje». En mayo de 1921, entre el hambre y una creciente oposición del campesinado, los bolcheviques desplegaron una gran operación contra los «bandidos», un cajón de sastre que incluía a los responsables de una gran cantidad de delitos. Se otorgó a los comisarios políticos una amplia libertad para fusilar en el acto a los campesinos sospechosos de alojar a bandidos u ocultar armas. Divisiones regionales de la Checa recorrían toda Ucrania buscando bandidos, descubriendo «complots petliuristas» y deteniendo o fusilando a líderes campesinos que habían estado implicados en actividades «contrarrevolucionarias» durante la guerra civil. Los campesinos eran obligados a identificar a los bandidos y se les ordenaba que los expulsaran «voluntariamente» de la ciudad, tras lo cual los acusados eran enviados a campos de concentración o de trabajos forzados en las minas del Donets. Los periódicos celebraban regularmente la progresiva victoria sobre el bandidaje publicando los nombres de bandidos convictos y elogiando a los pueblos que los entregaban. Las víctimas judías de los pogromos aprendieron rápidamente a llamar «bandidos» a los perpetradores para provocar una respuesta gubernamental.[1120]

Viendo en ello la oportunidad de tomar venganza por los pogromos y de reclamar sus propiedades robadas, un creciente número de judíos se sintió atraído por la Checa, que los reclutó, al igual que sus organizaciones sucesoras, el Directorio Político Unificado del Estado (OGPU), que sustituyó a la Checa en 1923, y el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), que desempeñó el papel de policía secreta a partir de 1934. En octubre de 1921, en torno al diez por ciento de los casi cincuenta mil empleados de la Checa en todo el territorio soviético tenía orígenes judíos, aunque los judíos no suponían más que un dos por ciento de la población total.[1121] En 1923, el 15,7 por ciento de los dirigentes del OGPU eran judíos, y en 1924 constituían el 8,7 por ciento del aparato central de la organización.

Sólo los rusos y los letones tenían una representación superior entre los dirigentes de la policía secreta.[1122] En Ucrania, donde los judíos eran el 6,5 por ciento de la población total, se calcula que ocuparon el treinta y ocho por ciento de los cargos principales de los aparatos de seguridad del estado entre 1929 y 1931, y alrededor del sesenta y siete por ciento entre 1932 y 1933.[1123] Se dice que Nikolai Ezhov, que prescindiría de gran parte del personal judío cuando fue nombrado presidente del NKVD y comisario de asuntos internos en septiembre de 1936, afirmó: «Cuando llegué a Ucrania me dijeron que allí trabajaban muchos judíos, pero me engañaron: sólo trabajaban judíos».[1124] Aunque fuera una exageración, la broma de Ezhov confirmaba la falsa pero extendida creencia de que la policía secreta era una policía judía y de que los judíos eran responsables de sus crímenes. No obstante, en 1939 habría una purga de judíos en la organización que rebajaría su participación a sólo el cuatro por ciento del NKVD en Ucrania.[1125]

Aunque inicialmente muchos judíos se habían unido a ella para combatir los pogromos y perseguir a los culpables, a menudo continuaban formando parte de la policía secreta cuando se iniciaban nuevas campañas. En el verano y el otoño de 1927, mientras el estado detenía a los «elementos antisoviéticos» y requisaba por la fuerza el grano de Ucrania, muchos campesinos fueron conscientes de la presencia de judíos entre los activistas. Y muchos menos se dieron cuenta de la cantidad de judíos que fueron detenidos, acusados de ser especuladores, comerciantes privados y sionistas. Al año siguiente, Stalin decretó su Primer Plan Quinquenal y empezó la transición para colectivizar la agricultura, requisando tierras a sus propietarios y entregándoselas a instituciones públicas. Veinticinco mil empleados e intelectuales fueron específicamente reclutados para este proyecto y se desplazaron al campo para convencer a los campesinos de que entregaran su tierra y se unieran a la colectivización. Los Veinticinco Mil, como se los conocía, no dudaron en usar la fuerza para persuadir a los campesinos. Algunos, como Gershon Shapiro, tenían raíces judías y habían demostrado su capacidad de lucha en la defensa de los pueblos y las aldeas de Ucrania como reclutas del Ejército Rojo durante la guerra civil. Otros, como Lev Kopelev, que se unió a una brigada en 1932, habían sido víctimas de los pogromos.[1126] Los campesinos cuyas tierras, ganado y grano habían sido expropiados a menudo veían con sospecha y perplejidad a los «extranjeros» de los Veinticinco Mil, muchos de los cuales no eran capaces de distinguir entre un potro y un ternero. Miron Dolot, un campesino que escribió sus experiencias durante la campaña, los recordaba como «personas que siempre habían vivido en la ciudad, profesores, maestros y obreros industriales… Nos divertía su apariencia. Sus pálidos rostros y sus ropas estaban totalmente fuera de lugar en nuestro pueblo».[1127] La

transición a la colectivización en el pueblo de Dolot la dirigió el camarada Zeitlin, de quien escribe: «Hablaba algo de ucraniano, pero desde luego no era nativo».[1128] Sin duda, Dolot y el resto del pueblo identificaron al hombre y a su nombre como judío.

Sólo en 1929, entre diez mil y quince mil familias campesinas fueron detenidas y enviadas en vagones de carga a miles de kilómetros, a Siberia o Asia central, donde eran abandonabas y tenían que arreglárselas por su cuenta en «asentamientos especiales» que, a menudo, no eran más que un campamento levantado en la estación de tren. Los campesinos reaccionaron como lo habían hecho ante el terror rojo en 1919, con miles de manifestaciones masivas y disturbios. La policía secreta soviética respondió con el lenguaje de la guerra civil, acusando a los campesinos de vandalismo y petliurismo, como si su resistencia se apoyase en una agenda nacionalista y no en la simple lucha por la supervivencia.[1129] Entre los altos cargos se acusaba principalmente a Genrikh Yagoda, vicepresidente del OGPU, por los excesos de la colectivización. También se consideraba responsable a Lazar Kaganovich, jefe del Partido Comunista ucraniano entre 1925 y 1928, a pesar de que se le había trasladado a Moscú antes de que comenzase la campaña. Ambos eran de origen judío: Yagoda era el hijo de un joyero de la Rusia central, y Kaganovich procedía de una familia de artesanos de un pueblo de cerca de Radomyshl.

Las requisiciones forzosas produjeron una alarmante escasez de alimentos en el campo. Los funcionarios locales advirtieron a Moscú del riesgo de hambruna, pero Stalin, que había consolidado su poder en el partido, se mostró implacable en su exigencia de que se cumplieran los objetivos establecidos. Los campesinos hambrientos veían cómo las brigadas entraban en sus pueblos y granjas y confiscaban a la fuerza su grano, su ganado y sus verduras. «En algunos casos se apiadaban y les dejaban algunas patatas, guisantes y maíz para alimentar a la familia. Pero los más estrictos se lo llevaban todo», recordaba Kopelev, miembro de una brigada cerca de Poltava.[1130] El producto se enviaba a Odesa, donde los estibadores lo cargaban en barcos para exportarlo a cambio de las divisas que Stalin necesitaba para alimentar su aparato militar e industrial. En la primavera de 1932, la situación era de auténtica hambruna. Temiendo la creciente oposición campesina, Stalin envió a Kaganovich de nuevo a Ucrania, en época de cosecha, para asegurarse de que llegaran los suministros futuros como estaba planeado, sin importarle el astronómico coste humano que ello supusiera. Uno de los primeros en alertar a Occidente de lo que estaba ocurriendo fue el mismísimo Arnold Margolin, que visitó Alemania y Checoslovaquia el verano de 1932 e informó sobre lo que le había contado su amigo James Grafton Rogers, asistente del secretario de estado del presidente Hoover:

«Desde los comienzos de la colectivización general de los granjeros -escribió-, llega de vez en cuando un gran número de campesinos a los hospitales; muchos de ellos tienen los brazos y las piernas hinchados, como consecuencia del hambre».[1131] En otoño de 1933, entre tres millones y medio y cuatro millones de ucranianos murieron de hambre.[1132]

La hambruna era más acusada en el campo. En las ciudades, donde residían la mayoría de los judíos, los trabajadores continuaban recibiendo sus raciones, aunque sólo ligeramente por encima del nivel de inanición, y seguían abiertas tiendas especiales para aquellos que tuvieran acceso a la moneda extranjera. Los judíos sufrieron terriblemente durante la hambruna y miles, si no decenas de miles, fallecieron. Pero los campesinos ucranianos fueron los más afectados. En los años siguientes, algunos recordarían la generosidad de sus vecinos judíos, que compartían con ellos la poca comida que tenían. Otros sólo recordarían que, cuando los campesinos ucranianos estaban muriendo de hambre, los judíos de la ciudad de algún modo parecían arreglárselas para obtener comida. Muchos se imaginaban que todo esto tenía algo que ver con la presencia de judíos en los rangos más altos del gobierno, o los culpaban por especular con grano robado.[1133]

Otro punto de la discordia entre judíos y ucranianos era el plan, desarrollado a principios de los años veinte, de reservar el sur de Ucrania y Crimea para un posible asentamiento judío y, después, declarar a Crimea como república judía. La idea la promovió el agrónomo americano y activista Joseph A. Rosen. Nacido en Moscú y emigrado a los Estados Unidos en 1903, Rosen ya había alcanzado renombre por haber introducido en el Medio Oeste americano el «centeno de Rosen», una variedad rusa del centeno de invierno con cuatro filas de granos grandes en cada cabeza, que doblaba el rendimiento de las cosechas entonces habituales en los Estados Unidos.[1134] Tras ello, Rosen se había ganado la confianza de las autoridades soviéticas por su trabajo humanitario con la Comisión de Distribución Conjunta a favor de las víctimas de la hambruna de 1921 en la región del Volga. En colaboración con la comisión y su filial, la Corporación Agrícola Conjunta Judeoamericana, conocida como la Agroconjunta, Rosen ayudó a recaudar dinero en los Estados Unidos para financiar el asentamiento de tres mil familias judías al año en el sur de Ucrania y Crimea. Incluso consiguió el apoyo financiero de Julius Rosenwald, Felix Warburg y John D. Rockefeller Jr. Rosen presentó el plan no sólo como una solución al problema de los judíos refugiados, sino como panacea para la difícil situación del mundo judío. Como los sionistas que estaban creando asentamientos agrícolas en Palestina, Rosen consideraba que, si se ayuda a los judíos a convertirse en trabajadores agrícolas, se podría por fin eliminar el

estigma de los judíos como mezquinos comerciantes, vendedores ambulantes y prestamistas. Así lo confirmó Herbert Hoover, que definió la empresa como «uno de los ejemplos más destacables de ingeniería humana en el mundo actual».[1135]

El gobierno soviético apoyó el plan y, en 1925, creó la Sociedad para el Reasentamiento de los Judíos en los Territorios y el Comité para el Reasentamiento de Judíos en los Territorios, ambos financiados y anunciados, tanto a nivel nacional como internacional, como apoyo al proyecto. En 1927, Warburg viajó a la región para inspeccionar los progresos de dicho plan. La Comisión de Distribución Conjunta filmó su viaje y proyectó la cinta para publicitar sus logros. Entre 1924 y 1938 se crearon docenas de asentamientos agrícolas judíos con nombres optimistas procedentes de las lenguas eslavas y del yidis, como Fraylebn (en yidis: Vida Libre); Fraydorf (en yidis: Pueblo Libre), Yidndorf (en yidis: Pueblo Judío), Ahdut (en hebreo: Unidad); Herut (en hebreo: Libertad), y Pobeda (en ruso: Victoria). Finalmente, el proyecto atrajo al sur de Ucrania y Crimea a unos cuarenta mil judíos, que se unieron a los 65.000 que ya residían en la zona.[1136]

Premonitoriamente, Margolin advirtió que el proyecto podría convertirse en otro motivo de conflicto entre ucranianos y judíos.[1137] De hecho, a los ojos de una mayoría de la diáspora ucraniana, estos asentamientos les usurpaban la tierra y las propiedades que les pertenecían. El *Tryzub* de Petliura, que tenía su sede en París, denominó a los asentamientos judíos «colonialismo moscovita» y acusó a los «ocupantes moscovitas» de estar robando la tierra ucraniana para beneficio de los judíos.[1138]

Tres jóvenes judíos en un campo de trigo de un asentamiento agrícola

en Dzhankoi, Ucrania.

Las milicias de lengua yidis -proclamaba un editorial- contribuyen a la expropiación de la tierra en la que «más sangre ucraniana se ha derramado». La culpa, continuaba el periódico, no es sólo de Moscú, sino también de la comunidad judía mundial, que era la que lo apoyaba financieramente. Los judíos, concluía el periódico, deberían concentrarse en sus asentamientos en Palestina y dejar en paz a Ucrania.[1139] Otro artículo reflejaba estos mismos sentimientos: «Si en la multiétnica América se sigue la fórmula "América para los americanos", y si los bolcheviques de Moscú adoptan el lema "China para los chinos", declaremos entonces nosotros: "Ucrania para los ucranianos"».[1140] El artículo afirmaba que la verdadera razón para el asentamiento de los judíos en la región era la extensión del bolchevismo a Ucrania.

Dentro de la Ucrania soviética, donde la expresión pública de las ideas de los opositores era silenciada por el estado, hay pruebas de que los ciudadanos locales también miraban con resentimiento y desconfianza a los nuevos granjeros judíos. «¿Por qué han venido estos extranjeros?», se preguntaban.[1141] A finales de 1928 llegaron a Varsovia informaciones de que los campesinos habían atacado y matado a varios judíos en las colonias agrícolas del sudeste de Ucrania. «El malestar de los campesinos de la Ucrania soviética ante la creación de asentamientos agrícolas judíos lleva largo tiempo creciendo -decía la noticia transmitida telegráficamente- y se ha convertido en violencia explícita cuando los campesinos, a plena luz del día, han atacado las colonias».[1142] Para muchos ucranianos, el plan de asentar a los judíos en el sur de Ucrania parecía el cumplimiento de las profecías de Struk, Grigoriev, Sokolovsky y otros señores de la guerra, ya que todos ellos habían advertido en la primavera de 1919 que los bolcheviques usurparían el territorio ucraniano para dárselo a los judíos. El apoyo de la Comisión Agroconjunta a las colonias aumentó el resentimiento. Los nuevos granjeros aprendían las técnicas agrícolas más modernas y experimentaban con cultivos innovadores. La Comisión de Distribución Conjunta llegó a enviar tractores John Deere y especialistas agrícolas para garantizar el éxito de los colonos judíos. Muy rápidamente, gracias al apoyo financiero de los americanos y a la tecnología importada, las colonias judías superaron a sus vecinos ucranianos, que estaban atravesando dificultades, lo que acrecentó aún más la animosidad.

Los agitadores soviéticos añadieron a sus campañas ataques a la religión. Mientras los ciudadanos bolcheviques, con sus gafas y perillas, saqueaban las iglesias y monasterios en beneficio de la producción militar e industrial, muchos campesinos y urbanitas

recordaban las proclamas y panfletos que habían leído una década antes advirtiéndoles que, con la victoria bolchevique, los judíos robarían su tierra y cerrarían sus iglesias.

En la Galitzia oriental, ahora definitivamente incorporada a la República Polaca, tanto los judíos como los ucranianos se enfrentaban a una década turbulenta. A pesar de los derechos prometidos a las minorías étnicas en los tratados firmados en París, las distintas coaliciones conservadoras que compitieron por el poder en Polonia a partir de 1922 incumplieron su promesa de financiar con fondos públicos las escuelas judías y de proteger la observancia del *sabbat*. El gobierno también cerró las instituciones culturales ucranianas y persiguió a la minoría ucraniana. Por el contrario, promovió una identidad polaca basada en la Iglesia Católica Romana, con escasa tolerancia hacia las minorías étnicas o religiosas. La manipulación de las elecciones consiguió que la Galitzia oriental, en donde se concentraban la mayor parte de las minorías judías y ucranianas de Polonia, obtuviera menos escaños de los que merecía según su población. Esto fue así hasta mayo de 1926, cuando el golpe de estado de Piłsudski llevó al poder a un gobierno más tolerante e inclusivo, permitiendo el florecimiento de la vida religiosa, política y cultural de ambas minorías. Pero las tensiones étnicas y religiosas seguían existiendo, y se deterioraron aún más con la muerte de Piłsudski en 1935 y la llegada al poder de los nacionalistas de extrema derecha. Cuando Hitler alcanzó el poder en Alemania y el fascismo barrió Europa, las políticas xenófobas que intentaban excluir a los judíos de la vida pública se implementaron también en Polonia, incluyendo la segregación en las aulas universitarias y el boicot a los negocios judíos. Muchos judíos reaccionaron abandonando Polonia: alrededor del diez por ciento de la población judía, cuatrocientas mil personas, dejó el país entre 1921 y 1937. Otros abrazaron las ideologías políticas radicales del comunismo y del sionismo, distanciándose de la opinión mayoritaria polaca. Al mismo tiempo, los estudiantes ucranianos políticamente adoctrinados confluyeron en torno a la Organización de los Nacionalistas Ucranianos, cuyo programa hipernacionalista estaba parcialmente inspirado en la Alemania de Hitler.[1143]

Familia judía en Ucrania posando delante de un tractor John Deere, 1920.

Las tropas soviéticas ocuparon el este de Polonia, incluyendo la Galitzia oriental, el oeste de Volinia y de Bielorrusia, en septiembre de 1939, dos semanas después de la invasión alemana y del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Un mes antes, la Alemania nazi había firmado un pacto de no agresión con la Unión Soviética que estipulaba la división de Polonia entre las dos potencias. La mayoría polaca experimentó la conquista soviética como un desastre, pero los ucranianos y los judíos no lo vieron así. La mayoría de los judíos sintieron alivio al ser conquistados por los rojos y no por los nazis. Algunos incluso quedaron gratamente sorprendidos al reparar que había judíos entre los soldados del Ejército Rojo. «Algunos de ellos eran judíos -recordaba Simon Feldman en una entrevista de 1997 grabada en la fundación Shoah-, se apearon y se pusieron a hablar con mi abuela y con mis tías. Los soldados rusos iban pulcramente vestidos. Y eran judíos. Quiero decir que eso era realmente único».[1144]

También muchos ucranianos lo celebraron al principio, no por amor a los comunistas, sino porque veían el colapso de la República Polaca y la incorporación de la Galitzia oriental a la Ucrania soviética como un primer paso para liberar el territorio ucraniano de los gobiernos extranjeros y establecer un estado ucraniano unido. Pero tanto los ucranianos como los judíos se convirtieron pronto en víctimas del nuevo régimen soviético. En todo el territorio conquistado, los bolcheviques promovieron la violencia contra los que consideraban contrarrevolucionarios, inflamando las tensiones étnicas

y dando lugar a venganzas y ajustes de cuentas.

A lo largo de los veintiún meses en los que los soviéticos gobernaron ese territorio, implementaron las mismas políticas que habían caracterizado su dominio sobre el resto de Ucrania, pero de un modo enormemente acelerado. Decenas de miles de concejales, jueces, sacerdotes y funcionarios gubernamentales fueron expulsados de sus puestos, detenidos y sustituidos por trabajadores mal preparados y militantes del partido. Trescientas mil personas, hombres de negocios, campesinos ricos, antiguos miembros de las élites, refugiados de la Polonia ocupada por los alemanes y demás acusados de ser antisoviéticos, fueron detenidos, trasladados a la fuerza al interior de Rusia o ejecutados (y en ocasiones las tres cosas); la propiedad privada de la tierra fue abolida, los pueblos se colectivizaron y se saquearon las iglesias. Las nuevas cárceles soviéticas que proliferaron en la región, abarrotadas de intelectuales y miembros de las élites, se convirtieron en un poderoso símbolo del terror rojo.[1145]

Los artesanos y tenderos judíos perdieron sus tiendas, negocios y talleres. Los activistas sionistas y los rabinos fueron detenidos, se reprimió el hebreo y los judíos fueron reasentados en una proporción significativamente superior a la de los ucranianos. Por otro lado, se abolieron las cuotas de admisión de judíos en las universidades, que habían impuesto las autoridades polacas, así como las prácticas discriminatorias contra el acceso de los judíos a la función pública, y el número de escuelas en lengua yidis creció espectacularmente.[1146] En Boremel, la ciudad natal de Simon Feldman, se puso a un carpintero judío al mando del soviet local: «Lo que significaba que era la persona más importante de la ciudad. Y era bastante raro ver a un judío en este cargo». El régimen soviético retiró todas las restricciones que el gobierno polaco había impuesto a los judíos. Edward Spicer, un antiguo vecino de Lwów que fue entrevistado por la fundación Shoah en 1996, recordaba: «En las escuelas politécnicas había una cuota para que sólo unos pocos judíos pudieran asistir. Pero cuando los rusos llegaron a la ciudad, de repente las puertas se abrieron sin trabas y, antes de que nos diéramos cuenta, la mitad de los estudiantes eran judíos».[1147] Cuarenta mil refugiados judíos de la zona polaca ocupada por Alemania emigraron hacia la zona soviética, haciendo que la población judía de la Galitzia oriental se situara en torno a quinientas setenta mil personas, alrededor del diez por ciento de la población total. En la primavera de 1941 había alrededor de ciento cincuenta mil judíos viviendo sólo en Lwów, lo que hizo que, por primera vez, la población judía de la ciudad fuera casi igual de numerosa que la polaca.[1148]

En los recién ocupados territorios, muchos urbanitas judíos de clase media, que habían perdido sus negocios y profesiones,

desempeñaron empleos administrativos dentro de la nueva estructura funcionarial soviética. Como resultado de ello, mientras que las élites perseguidas solían ser de etnia polaca, los burócratas que ocupaban su lugar eran en su amplia mayoría judíos: de nuevo parecía que los judíos se estaban haciendo con el poder. Como dijo un ucraniano citado en un informe polaco: «Pensaba que esto era Ucrania, pero en realidad es Palestina».[1149]

Grupos políticos de extrema derecha, como la Organización de los Nacionalistas Ucranianos, propagaron estas acusaciones. En Cracovia, una facción de los nacionalistas ucranianos, liderada por el agrónomo galitziano y activista político Stepan Bandera, acusó a los judíos de ser «los más fieles defensores del régimen gobernante bolchevique y la vanguardia del imperialismo moscovita en Ucrania»,[1150] y advirtió en documentos oficiales que «el marxismo es una invención judía» y que «los comisarios estalinistas y judíos son los archienemigos del pueblo».[1151] Fue un inquietante presagio de lo que ocurriría en el futuro.

19

EL COMIENZO DEL HOLOCAUSTO

Los asesinatos en masa de judíos se reanudaron en los días y semanas posteriores a la invasión alemana de la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, en esta ocasión con unos autores distintos, los nazis y sus colaboradores. En Ucrania, que aún estaba conmovida por el derramamiento de sangre de los pogromos y la violencia de las represalias posteriores, más de quinientos mil judíos fueron asesinados en los primeros seis meses de guerra. En el otoño de 1943 la cifra llegó al millón cuatrocientos mil, una cuarta parte del número total de judíos que fueron víctimas del Holocausto. La mayoría fueron asesinados con balas a poca distancia, cerca de sus casas y mientras sus vecinos miraban, colaboraban y a veces hasta apretaban el gatillo antes de saquear sus propiedades o incluso de trasladarse a sus hogares. En los territorios que cayeron primero bajo dominio alemán, estas ejecuciones estuvieron precedidas por revueltas antijudías instigadas por los alemanes y llevadas a cabo con la participación de la población local. Los supervivientes llamaron «pogromos» a ambas clases de masacres; eran letales, masivas y familiares. En comparación con las operaciones de aniquilación sistemáticas y sin precedentes que los alemanes perfeccionarían en los campos de exterminio que crearían más adelante en la Polonia ocupada, estos primeros asesinatos en masa del Holocausto supusieron un aumento significativo de un fenómeno ya conocido. En 1941 la población ya reconocía la condena y la matanza de los judíos como un hecho corriente de la guerra. La herencia de los pogromos no fue en absoluto el único factor que contribuyó a aumentar la violencia, pero la normalización de los asesinatos en masa durante los conflictos anteriores, combinada con la ideología racista nazi, la violencia fascista, la expansión colonialista, la rivalidad económica, los antagonismos políticos y el mito del «judeobolchevismo», incentivó las ambiciones genocidas de los alemanes.

Los alemanes sabían que, una generación antes, Ucrania había sido escenario de una rabiosa violencia antisemita, y creían que podían

volver a desatarla. En las semanas anteriores a la invasión, Alfred Rosenberg, el ideólogo nazi que Hitler colocó al mando de los territorios ocupados del este, propuso dar «carta blanca» a la población local para que se ocupara de la «cuestión judía»; y Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, dio instrucciones a sus comandantes para que no impidieran «los atentados de los círculos anticomunistas y antisemitas implicados en actividades de limpieza étnica en los territorios recién ocupados. Por el contrario, deben fomentarlos e intensificarlos si fuese necesario, y canalizarlos en la dirección correcta, pero sin dejar huellas».[1152] La facción de la Organización de los Nacionalistas Ucranianos dirigida por Stepan Bandera estaba deseosa de ayudar a los nazis y de aliarse con ellos, confiando en que las aspiraciones ucranianas a la independencia se verían finalmente satisfechas y que los agravios cometidos por los bolcheviques serían vengados.[1153]

Como había ocurrido en 1918, la nueva oleada de matanzas en Ucrania comenzó en la Galitzia oriental. La Primera División de Caballería alemana tardó sólo una semana en llegar a Lwów. Entró en la ciudad el 30 de junio, junto con unidades del Cuerpo de Expedicionarios Voluntarios compuestas por soldados de origen ucraniano de la diáspora, cuya formación fue impulsada por Bandera, creyendo que constituirían el núcleo de un ejército nacional ucraniano. Durante los días siguientes, estos milicianos, junto con sus partidarios locales y ciudadanos corrientes, desatarían un pogromo masivo contra la población judía, provocando la muerte de entre dos mil y cinco mil judíos.

Conmocionada aún por veintiún meses de gobierno soviético, la mayoría de la población ucraniana de la Galitzia oriental dio la bienvenida a la ocupación alemana de Lwów con entusiasmo. Según un testigo, «los ucranianos recibieron a los alemanes con flores, risas, alegría, llenos de esperanza e ilusión, como salvadores y libertadores».[1154] Muchos creían que el ejército de ocupación permitiría el restablecimiento de una Ucrania independiente. Con esta perspectiva, el día que llegaron los alemanes, Yaroslav Stetsko, el hijo de veintinueve años de un sacerdote griego católico de Ternópil, que se había convertido en un colaborador próximo de Bandera, declaró la independencia del estado ucraniano, igual que sus precursores habían hecho en noviembre de 1918, en esta ocasión con el lema «Ucrania para los ucranianos». En el patio de la catedral de San Jorge, alistó en su milicia ucraniana a una compañía de reclutas, en su mayoría hombres de las unidades expedicionarias. «Rusia y el bolchevismo - había declarado Stetsko en 1938-, son el instrumento actual de la amenaza judía».[1155] Semanas más tarde, ya detenido en Alemania, escribiría: «Apoyo la destrucción de los judíos y la oportunidad de

importar los métodos alemanes para exterminar a los judíos de Ucrania».[1156]

Horas después de la declaración de independencia de Ucrania, la nueva milicia ucraniana bajo el mando de Stetsko abrió las puertas de las cárceles soviéticas, dos de las cuales se encontraban junto al barrio judío. Allí descubrieron los cuerpos de unos tres mil ucranianos, polacos y judíos que la policía secreta soviética había ejecutado antes de retirarse. Como represalia, la milicia de Stetsko, apoyada por civiles ucranianos, hizo una redada contra los judíos en las calles y en sus casas, «hombres jóvenes ucranianos que llevaban emblemas de color azul y dorado en sus hombreras azul marino entraron en las casas y se llevaron a abogados, médicos, comerciantes y otros judíos» a una cárcel «de la que nunca regresarían», recordaba Anastasja Klymkova.[1157] Culpándolos de la masacre bolchevique de los prisioneros, los milicianos obligaron a los judíos a exponer públicamente los cadáveres en descomposición para su identificación.[1158]

Mientras se recogían los cuerpos, llegaban los parientes de los prisioneros asesinados para identificar a los muertos. Otros ciudadanos de a pie y campesinos giraban alrededor del macabro escenario y, como si estuvieran representando un papel que les era familiar desde hacía veinte años, dirigieron su furia contra los judíos, golpeándolos, burlándose de ellos, agrediéndolos sexualmente y obligándolos a cantar canciones comunistas como símbolo de la supuesta complicidad judía con el régimen soviético. Los testigos describieron a los responsables como «ucranianos siniestros, seguidores de Petliura y antiguos pogromistas».[1159] En otras palabras, en la mente de las víctimas, la violencia que sufrieron en 1941 estaba directamente vinculada a las matanzas que habían presenciado en 1918.

Después de la guerra, el ejército de los Estados Unidos descubrió las películas que los soldados alemanes, que estuvieron presentes durante la violencia, habían filmado con fines propagandísticos. La granulada película muda empieza con la imagen de hombres moribundos en la acera. Luego, una mujer completamente desnuda pasa ante la cámara a través de una calle caótica y abarrotada, siguiendo a un hombre uniformado. Otro hombre con bombín inclina su brazo hacia atrás y, con todas sus fuerzas, golpea con un bastón o con un palo las nalgas desnudas de la mujer. Ella empieza a caminar más deprisa, con las manos en su amoratado trasero. Pasa otro hombre desnudo. La multitud contempla la escena, algunos parecen disfrutar del espectáculo, otros simplemente chismorrean. En la siguiente escena, un hombre arrastra por el pelo a una mujer en plena calle. En escenas posteriores se ven filas de personas escoltadas marchando por la calle mientras la multitud observa desde las

aceras.[1160] «Vi a miles de judíos mutilados, golpeados de la manera más brutal; mujeres desvestidas hasta quedar completamente desnudas y niños cubiertos de sangre», decía Jakub Dentel recordando aquel día.[1161]

Transeúntes mirando mientras los judíos son acorralados y atacados en Lwów.

Edward Spicer describió cómo días después, en otro incidente, fue «capturado por los ucranianos que estaban por toda la ciudad golpeando a los judíos en la calle hasta matarlos. Les daba igual que fueran hombres, mujeres o niños». Lo llevaron a un lugar cercano a la estación de tren y después a una antigua pista de *hockey* donde los guardias alemanes obligaban a cientos de judíos prisioneros «a tumbarse con las manos extendidas hasta el amanecer». A los que se movían, los golpeaban hasta la muerte con las culatas de los rifles. Durante los dos días siguientes, los guardias alemanes escogieron grupos de cerca de cuarenta personas cada vez y se los llevaron en camiones, para ser fusilados por miembros de un Einsatzkommando alemán, un escuadrón de la muerte ambulante subordinado a la Oficina Central de Seguridad del Reich.[1162] En total, en esta operación fueron asesinados entre dos mil quinientos y tres mil judíos.[1163]

El 26 de julio, los Einsatzkommando alemanes, en colaboración con la policía auxiliar ucraniana y la milicia, mataron a otros mil judíos o más en Lwów. Según el memorialista y testigo David Kahane, «los policías ucranianos hacían redadas en las casas judías, se llevaban a hombres y mujeres jóvenes y los hacían caminar por la calle Lecki. La operación se repitió a lo largo de ese día y del siguiente, hasta que

la cárcel estuvo llena de gente; incluso el patio de la cárcel estaba lleno de judíos. Sólo unos pocos lograron escapar. Se vieron escenas escalofriantes. No les llevaban comida. De vez en cuando, bandas de policías entraban en el lugar, los golpeaban con las culatas de los rifles y gritaban: "Esto es por nuestro *hetman* Symon Petliura"».[1164]

Los alemanes se referían a todo este episodio como «los días de Petliura», interpretándolo como una oportunidad para que los ucranianos tomaran venganza sobre los judíos por los crímenes de los bolcheviques, es decir, por lo que describían como la traición judía al pueblo ucraniano y por el asesinato del líder ucraniano a manos de Schwarzbard.[1165] Varias semanas después, los alemanes decretaron un impuesto sobre la población judía, obligando a los judíos a vender sus propiedades muy por debajo de su precio. «Las noticias de las ventas se extendieron rápidamente entre los campesinos de la región. Empezaron a llegar a la ciudad en tropel. Por el precio de un puñado de verduras se vestían como caballeros y se llevaban a sus casas muebles caros -escribió Kahane-.[1166] Los grandes beneficiados fueron los policías ucranianos, que irrumpían en sus casas de noche, exigiendo grandes sumas de dinero a sus propietarios».[1167] Kahane lo describió pura y simplemente como «un brutal pogromo».[1168] Otros supervivientes se refirieron a los culpables como *jaidamakas*, vinculando explícitamente los hechos con los pogromos del pasado.[1169]

El pogromo de Lwów fue sólo uno de los muchos ejemplos de violencia masiva ocurridos a lo largo del Báltico, en el oeste de Bielorrusia y en el oeste de Ucrania, en las semanas posteriores a la invasión alemana. Uno de los primeros incidentes tuvo lugar la noche del 24 al 25 de junio en Kaunas, en Lituania, donde una avanzadilla de Einsatzkommando, junto con la policía de seguridad alemana, consiguió, «tras grandes dificultades», según un informe alemán, desatar un pogromo que acabó con la vida de unos tres mil judíos durante los tres días siguientes. Sin embargo, en esta región, que se había salvado de lo peor de los pogromos de la guerra civil, la población local lituana, al menos al principio, era reticente a dar todo su apoyo a las acciones de los alemanes contra los judíos. «Para nuestra sorpresa -señaló el oficial alemán al mando de la operación-, al principio no fue fácil poner en marcha un amplio pogromo contra los judíos».[1170] Los testigos judíos culparon a «grupos organizados de partisanos lituanos» de llevar a cabo parte de la violencia, pero incluso estas milicias estaban formadas o bien por policías de seguridad alemanes y por antiguos presos políticos de los soviéticos, o bien por afiliados al Frente Activista Lituano, que se había creado en Berlín con lituanos emigrados a la ciudad. Se culpaba a los civiles lituanos de no haber hecho nada para impedirlo, pero rara vez de haber tenido una participación activa. Como había ocurrido en Lwów, tras desatar el

pogromo inicial, un Einsatzkommando alemán llevó a cabo aún más fusilamientos a las afueras de Kaunas la semana siguiente.[1171]

Hubo una mayor participación local por parte de los civiles en las regiones de Bialystok y Łomża, en el oeste de Bielorrusia y en el nordeste de Polonia. En el pogromo mejor documentado del periodo, el del 10 de julio, un grupo de hombres polacos de Jedwabne obligó a unos cuarenta judíos a demoler una estatua de Lenin y a pasearla por la ciudad mientras cantaban canciones soviéticas, para después matarlos y enterrarlos en una fosa abierta dentro de un establo. Varios centenares de mujeres, hombres y niños judíos fueron posteriormente encerrados en el establo mientras los vecinos polacos lo rociaban con queroseno y le prendían fuego, quemando al menos a trescientas personas.[1172] Pero Jedwabne, donde el enfrentamiento político entre las distintas etnias era anterior a la guerra, fue la excepción más que la regla; la mayoría de las docenas de acciones antisemitas de la región se llevaron a cabo bajo la dirección de la policía de seguridad alemana o de las unidades de la Wehrmacht. Hubo pocos estallidos de violencia local antijudía en los primeros territorios ucranianos que cayeron en poder de los alemanes.[1173]

La mayor parte de los pogromos, alrededor de ciento cincuenta, tuvieron lugar en los recién ocupados territorios de la Galitzia oriental y del oeste de Volinia, zonas en donde la violencia antisemita había tenido un gran impacto entre 1918 y 1921. Entre 12.000 y 35.000 judíos fueron asesinados en estos pogromos, muchos de los cuales fueron llevados a cabo por los propios vecinos, algunos incluso sin la presencia de los alemanes.[1174] En el pueblo de Peremyshlyany, por ejemplo, los vecinos prendieron fuego a la sinagoga y después arrojaron a los judíos al edificio en llamas: «Se alzaban las llamas, se quemaban las ventanas y crepitaban los bancos en donde nuestros abuelos, padres y hermanos se habían sentado. El incendio se convirtió en un espectáculo. Una multitud de campesinos se reunió alrededor del fuego con sus bolsas listas para el saqueo -recordaba un testigo-. Una muchedumbre entusiasmada de campesinos que chillaban como langostas se abalanzó sobre todas las pertenencias de los judíos».[1175] En Buchach, las milicias ucranianas llevaron a cabo asesinatos «por venganza» contra los judíos y los comunistas, saquearon las casas de los judíos, obligándolos a realizar tareas humillantes y violando a las mujeres.[1176] En Zólochiv, las milicias ucranianas pusieron anuncios exigiendo que los judíos se presentasen en la plaza del mercado a la mañana siguiente y, después, se llevaron a los allí reunidos a la cárcel soviética donde, como había sucedido en Lwów, los vecinos golpearon a los judíos y los obligaron a retirar los cuerpos de los prisioneros ejecutados. «Trajeron a ucranianos de los pueblos y les dieron armas -recuerda un testigo-. Algunos de los

campesinos ni siquiera sabían disparar».[1177] En Rivne, que fue ocupada por el ejército alemán el 28 de junio, los Einsatzkommando, con la ayuda de la policía auxiliar ucraniana, detuvieron a ciento treinta judíos y los fusilaron a las afueras de la ciudad. En Boryslav, donde fueron asesinados cuatrocientos judíos entre el 1 y el 3 de julio, los testigos informaron de que grupos de civiles ucranianos cometían asesinatos «con barras de metal y palos con clavos, y con palos y piedras, no con pistolas».[1178]

Los informes de operaciones que los alemanes enviaban a Berlín expresaban su aprobación por el entusiasmo que los vecinos de Galitzia y del oeste de Volinia mostraban al atacar a los judíos por iniciativa propia. Un informe del 5 de julio presumía de «la gratitud del pueblo ucraniano por su liberación por parte de los alemanes»,[1179] y otro del 16 de julio incluía una sección sobre la actitud de la población ucraniana: «En las primeras horas tras la retirada de los bolcheviques, la población ucraniana mostró una actitud encomiable contra los judíos: incendiaron la sinagoga de Dobromil y una multitud enfurecida masacró en Sambor a cincuenta judíos. En Lemberg [Lwów], la población acorraló, maltrató y encarceló a mil judíos».[1180] Es posible que esos informes expresaran más un deseo que una realidad o que tratasen de desviar la culpabilidad de los crímenes alemanes hacia la población local, aunque esto último parece poco probable: en otros casos, los informes presentaban una evaluación de la situación o incluso presumían abiertamente de la influencia directa de los alemanes.

En general, los alemanes eran responsables de las ejecuciones, pero muchos testigos también responsabilizan a la policía ucraniana. «Los que ejecutaban, los que detenían y los que llevaban a cabo estas atrocidades no eran alemanes, era la policía local ucraniana -recordaba Simon Feldman a propósito de la ejecución de diez personas, incluyendo a su padre, durante las primeras semanas de la ocupación alemana de Boremel-. Los obligaban a cavar sus tumbas, a desvestirse, y los fusilaban en el acto para después cubrirlos de tierra».[1181] Los pogromos que tuvieron lugar en las primeras semanas de la invasión alemana fueron alimentados y, a menudo, incitados por los alemanes. Pero, al menos en Ucrania, también fueron ejecutados por la población local que, en parte gracias a la herencia de los pogromos anteriores, se había acostumbrado a los baños de sangre y se cebaba en la violencia étnica contra los judíos.[1182]

Apenas una semana después de la declaración de independencia ucraniana en Lwów por parte de Stetsko, los alemanes dieron pruebas de su escasa tolerancia hacia el movimiento nacionalista ucraniano, decepcionando enseguida a Bandera y a sus colaboradores. El 5 de

julio arrestaron a Bandera en Cracovia y, unos pocos días después, detuvieron también a Stetsko, trasladando a ambos a Berlín. Con el territorio bajo su control, los alemanes crearon una policía auxiliar que se nutría de la población local, primero pidiendo voluntarios y después de forma obligatoria. Dieron preferencia a los que tuvieran origen alemán, pero reclutaron a todo el que tuviera experiencia militar o de combate previa.[1183] A menudo eso significaba reclutar a prisioneros de guerra del Ejército Rojo o a antiguos oficiales de la policía soviética deseosos de demostrar su adhesión al nuevo régimen, pero otras veces implicaba reclutar a quienes habían combatido contra los bolcheviques en la guerra civil. Sergei Sukov, por ejemplo, había sido oficial técnico del ejército de Denikin antes de huir a Zabolottya, al norte de Lwów, donde aún vivía en junio de 1941. Recordaba que, cuando los alemanes ocuparon la ciudad, toda la población «se reunió en la estación, llena de curiosidad». Fue entonces cuando «el oficial alemán se dirigió al pueblo y dijo que debían nombrar a una persona de respeto para que mantuviese el orden. Alguien gritó: "Aquí hay un emigrante de los rusos blancos, estuvo al servicio del ejército de Denikin. Hagámosle comandante". En ese momento estaba un poco borracho y di un paso al frente. El oficial me llamó y me dijo que sería el comandante provisional y que los ayudaría».[1184]

Lo mismo ocurrió con Fedir Lyashchenko, nacido en Bila Tserkva en 1899, que había formado parte del ejército zarista en septiembre de 1916 y había estado en varias ocasiones bajo el mando de Denikin y Petliura.[1185] En agosto de 1941, Lyashchenko estaba trabajando como solador en la fábrica del 1 de Mayo cuando los alemanes le nombraron jefe de policía de Bila Tserkva. «Alto, rubio, con experiencia militar, ojos dorados y una nariz recta», encajaba perfectamente en el perfil.[1186] Otros miembros de la policía auxiliar local habían estado vinculados a los señores de la guerra ucranianos de la época de la guerra civil. Andriy Terpylo, que había luchado para los alemanes en Kiev, era hijo de Saveliy Terpylo, que había formado parte de la banda de Zelenyi (y que probablemente era pariente suyo). Además, el padrastro de Andriy, Hryhoriy Kolesnik, había sido detenido en 1929 por su participación en la banda de Zelenyi. Por lo tanto, Andriy tenía pendiente una venganza personal.[1187]

Otros colaboradores de los alemanes también habían formado parte del ejército de Petliura. Stepan Grabar, por ejemplo, nativo de Khonkivtsi, a unos ciento sesenta kilómetros al sudoeste de Vínnytsia, se unió al ejército de la República Popular Ucraniana tras ser desmovilizado del ejército zarista. En 1932 fue arrestado por no entregar su cuota de producción de pan. El haber servido en el ejército de Petliura fue un agravante que elevó su sentencia hasta ocho años en el exilio. En 1941 tenía numerosas razones para aborrecer a los

bolcheviques, e intentó atraer a los reclutas potenciales presentándoles la guerra actual como una continuación de la guerra civil: «Hemos de presentarnos voluntarios al ejército alemán para luchar contra los soviéticos como yo luché por Petliura en 1918», dijo Grabar, según un testigo (el propio Grabar desmintió estas declaraciones en un interrogatorio). En diciembre de 1941, Grabar se unió a la policía regional de Khonkivtsi y formó parte de ella hasta la llegada del Ejército Rojo en marzo de 1944.[1188]

Muchos de los que formaron parte de la policía local afirmaron en sus testimonios de postguerra que habían sido reclutados a la fuerza o que se habían enrolado por miedo. Otros, sin embargo, fueron más sinceros exponiendo sus razones y explicaron que se presentaron como voluntarios para tener acceso privilegiado a los bienes saqueados, para vengar las injusticias cometidas por los soviéticos con sus parientes o simplemente -en palabras de Stepan Redesha, que también prestó servicio en Zabolottya-, porque «tenía muchos enemigos en mi pueblo y yo personalmente les guardaba rencor a los judíos».[1189] Durante toda la ocupación alemana, estos cuerpos de policía local desempeñarían un papel decisivo de apoyo al constante genocidio de los judíos.

Semanas después de la invasión, los alemanes atravesaron lo que en 1939 era la frontera entre Polonia y la Ucrania Soviética, entrando en las antiguas provincias de Podolia, Kiev y el este de Volinia, donde habían tenido lugar la mayor parte de los pogromos entre 1919 y 1920. En torno a la mitad de la población judía había logrado huir al este anticipándose a la ocupación alemana, pero quedaban unos 750.000 judíos que serían asesinados en su gran mayoría al año siguiente. Cuando las fuerzas alemanas ocuparon Proskuriv el 8 de julio, las milicias ucranianas atacaron a los judíos, saquearon sus propiedades, los torturaron en las calles y a veces los asesinaron. Liusia Blekhman contó a la fundación Shoah en una entrevista en 1998 que la mañana que llegaron los alemanes sus vecinos saquearon su casa, que estaba en obras y que usaba como almacén de muebles: «Habían sido muy buenos amigos nuestros, pero de repente empezaron a decir que los judíos eran malos y que los judíos eran ricos».[1190] David Bershtin, que grabó una entrevista con la fundación Shoah en 1996, recordaba que en la vecina Felshtin los alemanes primero habían humillado a los judíos en público y después habían empezado a disparar a los jóvenes. La masacre fue organizada por los alemanes, pero los «bandidos» ucranianos voluntarios colaboraron, afirmó.[1191]

La Primera División Panzer alemana tomó Zhytómyr el 9 de julio de 1941, momento en el que tan sólo unos siete mil judíos seguían viviendo en la ciudad, unas dos terceras partes de los treinta mil que

habían habitado allí antes de la guerra ya habían huido. Los alemanes expresaron su aprobación por el apoyo que la población local les prestaba. En un informe de operaciones transmitieron a Berlín que, «como resultado del comportamiento de los judíos bajo el régimen bolchevique, la población, con pocas excepciones, es conscientemente antisemita».[1192] La razón de este apoyo local, citaban en otro informe, era que, bajo los bolcheviques, «los cargos principales fueron ocupados casi todos por judíos», que «los judíos eran los únicos beneficiados por el sistema» y que «ejercían un mando absoluto y tenían gran libertad económica».[1193] El pueblo estaba sediento de venganza, sostenían los alemanes. Justificando sus acciones como una represalia por «los robos y su participación en actividades comunistas», el Sonderkommando 4a, una división de los Einsatzgruppen bajo el mando de Paul Blobel, en colaboración con la policía auxiliar ucraniana, asesinó a 363 personas, principalmente judíos, en las tres primeras semanas de ocupación, y a otras 1.281 durante el resto del verano.[1194] El 12 de julio de 1941, los hombres de Blobel se trasladaron a la cercana Korostyshiv, donde fusilaron a cuarenta judíos acusados de espionaje y sabotaje.[1195] Boris Kazak, que había huido de Zhytómyr a Korostyshiv, donde vivía la familia de su madre, le contó a la fundación Shoah que su tío, Idel-Gersh Kozak, fue asesinado en su apartamento y que al resto de su familia la fusilaron en una hondonada que se hallaba en el claro de un pinar a las afueras de la ciudad. Los alemanes los mataron, pero los ayudaron los vecinos, que «sabían dónde vivían los judíos y los delataron».[1196] El 22 de julio, los hombres de Blobel llegaron a Fastiv, donde fusilaron a 261 judíos.[1197] Se sucedieron hechos similares en docenas de localidades durante el mes posterior a la invasión alemana. Estos episodios, en los que hubo poca o ninguna resistencia por parte de la mayoría de la población civil, alentaron a los alemanes y a sus colaboradores, propiciando una rápida escalada de asesinatos.

En total, las fuerzas alemanas, con la ayuda de los colaboradores locales, mataron a unos cuarenta mil judíos en Ucrania en las seis primeras semanas de la invasión. Durante ese periodo crucial, los alemanes solían incitar a la población, equiparando a los judíos con los bolcheviques, usando el mismo lenguaje con el que las milicias campesinas ucranianas y los cosacos habían masacrado a los judíos unos veinte años antes. En ocasiones, los vínculos se explicitaban cuando se reclutaba a policías auxiliares para defender el honor de Petliura o para vengarse del papel desempeñado por los judíos en las campañas contra el bandidaje. Como si estuvieran recreando las acciones con las que se habían familiarizado durante la guerra civil, ciudadanos de a pie, motivados por el antibolchevismo, la furia antisemita y la perspectiva de robos y saqueos, participaron en los

asesinatos asaltando a los judíos, señalando sus casas y ofreciéndose voluntarios para desempeñar funciones auxiliares en las masacres o, cuando menos, consintieron el baño de sangre.[1198] Al menos en las primeras semanas de la invasión alemana, durante la primera fase de la violencia, muchos ucranianos creyeron que los judíos estaban recibiendo su merecido.

Entre finales de julio y principios de agosto de 1941, el *Reichsführer* de las SS, Heinrich Himmler, visitó los recién conquistados territorios y convocó a los comandantes a una reunión. Después de esta visita, los alemanes empezaron a desactivar las iniciativas locales y establecieron un control más completo. Las matanzas también se incrementaron exponencialmente. Aunque no hay registros escritos -los nazis rara vez ponían por escrito estas órdenes-, algunos consideran que este fue un punto de inflexión del Holocausto. Es posible que Himmler respaldara o incluso ordenara el asesinato de comunidades judías enteras, hombres, mujeres y niños, intensificando las políticas anteriores que afectaban sobre todo a los hombres.[1199] El alto mando alemán empezó a ver que la exterminación física de la población judía no tenía por qué seguir siendo una fantasía utópica, sino que podía cumplirse en la realidad. Como para confirmar el amanecer de una nueva era, el 19 de agosto, Joseph Goebbels, ministro de propaganda del Reich, registró en su diario una conversación con Hitler: «Hablamos también sobre el problema judío. El Führer está convencido de que su temprana profecía anunciada en el Reichstag -que, si los judíos conseguían provocar una nueva guerra mundial, esta acabaría con el exterminio de los judíos- se estaba haciendo realidad».[1200] Fue la primera vez que los alemanes pusieron a prueba la fuerza del mito del judeobolchevismo. En Ucrania, la acusación cayó en suelo fértil.

Ejecución de Mosche Kogan y Wolf Kieper en la plaza del mercado de Zhytómyr, el 7 de agosto de 1941. En el cartel puede leerse: «El asistente de los judíos de la Checa, el verdugo Mosche Kogan».

Himmler convirtió Zhytómyr en su cuartel general ucraniano y utilizó la ciudad como telón de fondo de grandiosos espectáculos de violencia. El 7 de agosto de 1941, con el pretexto de castigar a los judíos por su implicación en la policía secreta bolchevique, los alemanes ahorcaron al juez soviético Wolf Kieper y a su ayudante, Mosche Kogan, en patíbulos levantados en la plaza del mercado. Los oficiales alemanes les colgaron carteles en alemán y ucraniano que identificaban a las víctimas como «judíos de la Checa», y afirmaban que el juez era responsable de la ejecución, por parte de los bolcheviques, de más de mil personas en los primeros años del régimen soviético. Se obligó a unos cuatrocientos judíos de Zhytómyr a reunirse en la plaza, y se les ordenó que pusieran las manos sobre la cabeza para que no pudieran taparse los ojos. Muchos eran ancianos supervivientes de los pogromos de la guerra civil. Un camión descubierto que llevaba a las dos víctimas se acercó a los patíbulos mientras la multitud vitoreaba y se apretujaba para conseguir ver mejor. Pusieron las sogas alrededor del cuello de las víctimas y el camión arrancó, dejándolos colgados.[1201] Después de eso, Paul Blobel ordenó que los cuatrocientos judíos reunidos allí que habían sido testigos fueran fusilados. SS Waffen, miembros de la Wehrmacht y de la policía auxiliar ucraniana ayudaron a transportar a los judíos en camiones hasta el borde de una fosa. Según el testimonio del *Obersturmführer* de las SS August Häfner, «un grupo de judíos se puso

en fila al borde de la fosa. Había unos diez o doce. Estaban de pie, frente a los tiradores. Había un tirador por cada judío. Entonces el jefe del pelotón de las SS Waffen dio la orden de disparar. Las víctimas cayeron hacia atrás en la fosa».[1202] También en Radomyshl, el Sonderkommando 4a de Blobel detuvo y fusiló a 276 personas en dos días a principios de agosto, falsamente acusadas de ser «funcionarios comunistas judíos, saboteadores, miembros del Komsomol y agitadores comunistas».[1203] Tras la visita de Himmler, se repitieron docenas de episodios similares.

Los alemanes no ocuparon las ciudades de Kórosten, Óvruch y Slovechno en el norte hasta la segunda o tercera semana de agosto, en un momento en el que la mayor parte de la población judía había huido. Aun así, un destacamento del Sonderkommando 4a llevó a cabo al menos tres masacres en la zona, asesinando a 451 personas, en su mayoría hombres judíos, antes de ceder el poder a las fuerzas auxiliares ucranianas, que más tarde sometieron a los judíos supervivientes a burlas, robos y más matanzas, y los obligaron a desempeñar trabajos duros y humillantes.[1204] «Vi a los judíos reunidos cerca de la escuela -recuerda un testigo en una entrevista en 2013 con la organización Yahad in Unum sobre la masacre de Slovechno-, después de mediodía se los llevaron para fusilarlos». Se los obligaba a caminar en fila, flanqueados por perros. Recordaba que los judíos llevaban palas. Cavarían sus propias tumbas.[1205]

El 19 de agosto, el comandante militar alemán de Bila Tserkva ordenó, a través de la radio, que los judíos acudieran a un punto de encuentro en la ciudad con sus pertenencias. Allí, la policía ucraniana les hizo marchar en fila hacia un edificio situado al oeste, a las afueras de la ciudad. Entrando en grupos de nueve o diez personas cada vez, la policía los conducía hasta grandes fosas donde los soldados del Sonderkommando 4a los obligaban a arrodillarse y los disparaban por la espalda.[1206] Después de haber asesinado a los adultos, llevaron a los niños a una casa junto a una carretera secundaria donde permanecieron vigilados por la milicia ucraniana. Sin embargo, los vecinos se quejaron de los llantos y gemidos que escucharon por la noche, así que, al día siguiente, el capellán militar católico, el doctor Josef Maria Reuss, fue a investigar: «Los niños estaban sentados en el suelo, que estaba lleno de excrementos. Había moscas en las piernas y el abdomen de la mayoría de ellos y varios de ellos estaban medio desnudos. Algunos de los niños más mayores, de dos, tres y cuatro años, arrancaban la argamasa de la pared para comérsela».[1207] A los niños no se les había proporcionado agua ni alimento durante veinticuatro horas, y sufrían los calores del mes de agosto. Según el testimonio de Häfner, él se negó a acatar la orden de disparar a los niños y asignó la tarea a las fuerzas auxiliares ucranianas. El 22 de

agosto de 1941, seguía diciendo, «a los niños se les subió a un tractor. Los pusieron en fila al borde de la fosa y los fusilaron de modo que cayeran en ella. Los ucranianos no apuntaban a una parte concreta del cuerpo […], a muchos niños los dispararon cuatro o cinco veces antes de morir».[1208] Según Ivan Yatsenko, que testificó en 1945, Fedir Lyashchenko, el jefe de policía que había estado bajo el mando de Denikin y de Petliura, «desempeñó un papel muy activo en el exterminio de la población judía» en Bila Tserkva.[1209] Otro testigo confirmó que «Lyashchenko ordenaba a la policía que acompañara a los ciudadanos soviéticos al lugar de fusilamiento. A menudo enviaba a la cárcel a judíos que habían sido detenidos por toda la ciudad y la región. Después los fusilaban».[1210] Fue uno de los primeros casos de asesinato en masa de niños, lo que supuso un punto de inflexión en la transformación de la violencia en genocidio.

Durante el mes de agosto, los alemanes y sus colaboradores fusilaron a unos 62.000 judíos en Ucrania, entre ellos a 31.000 en la región de Proskuriv y a 10.000 en la de Zhytómyr.[1211] Cifras parecidas de asesinatos se registraron en el Báltico y en el oeste de Bielorrusia. La población local ayudó mostrando a los invasores alemanes las viviendas judías, vigilando las inmediaciones durante las redadas, acompañando a las víctimas a los lugares de ejecución, cavando fosas comunes y despojando a los judíos de sus ropas y pertenencias. Los vecinos también los golpeaban y humillaban en las calles por propia iniciativa, saqueaban sus casas y observaban las masacres, unas veces con prismáticos y otras a una distancia prudencial de los disparos. Todas estas acciones dieron una apariencia de normalidad y legitimidad a los asesinatos en masa. Para muchos observadores, la magnitud de los asesinatos era algo nuevo, pero no lo era el hecho de acorralar, torturar y fusilar a los judíos.

Tras la invasión, el ejército alemán estableció un control administrativo y emitió una serie de decretos exigiendo a los supervivientes de la comunidad judía que se registrasen ante las autoridades para trasladarlos a unos doscientos cincuenta guetos predeterminados y que llevasen una señal distintiva, generalmente una banda en el brazo con la estrella de David pintada. A finales de agosto y principios de septiembre, la policía ucraniana fue casa por casa para asegurar el cumplimiento de los decretos y reclutar a judíos para trabajos forzados. A los vecinos que no se habían alistado, a menudo ucranianos adolescentes o incluso niños, les dieron rollos de alambre de espino y guantes para que vallasen los guetos. En Proskuriv, por ejemplo, Liusia Blekhman recordaba que «los alemanes ordenaron a todos los judíos de la ciudad que se reunieran en un solo lugar, un gueto». La policía local ucraniana los vigilaba y «quien no se

trasladaba al gueto era fusilado en la calle». El gueto estaba rodeado por alambre de espino y «vigilado por uno o dos alemanes, el resto eran gendarmes o policía ucraniana». Recordaba que todos los judíos fueron obligados a llevar una estrella amarilla y a realizar trabajos forzados, labrando el campo o limpiando las calles.[1212] En Zhytómyr, alrededor de cinco mil judíos fueron confinados tras un alambre de espino en una zona que incluía una sinagoga judía que se usaba para albergar a los residentes. Los alemanes aislaron del mismo modo unas pocas calles de Korostyshiv, Radomyshl, Fastiv, Chernóbil y docenas de otras ciudades, pueblos y aldeas. El 26 de agosto, alrededor de quince mil judíos fueron confinados en un gueto de Berdichev, el más grande de la región. Los alemanes dependían de los vecinos para que los ayudasen en el cumplimiento de las normas, delatando a judíos escondidos e informando acerca de individuos sospechosos. Algunos se resistieron de manera heroica, salvando y escondiendo a sus vecinos, pero muchos otros no lo hicieron.

El desmantelamiento de los guetos de Ucrania empezó, en muchos casos, sólo semanas después de su apresurada construcción; nunca se concibieron para albergar a los internos durante demasiado tiempo. El 6 de septiembre de 1941, el Sonderkommando 4a, con la ayuda de la policía ucraniana, desmanteló el gueto de Radomyshl, reunió a los judíos, los subió a camiones y los llevó a un claro a las afueras de la ciudad. Allí, los alemanes ejecutaron a 1.107 adultos y la policía ucraniana fusiló a 561 niños.[1213] En Zhytómyr, el gueto empezó a vaciarse a mediados de septiembre con el pretexto de que los judíos eran peligrosos agentes del bolchevismo. Según un informe de operaciones alemán, «estaba constatado que el barrio de los judíos era la fuente de difusión de la propaganda [comunista] entre los ucranianos, que aseguraban que el Ejército Rojo pronto volvería para recuperar el terreno perdido. Se dispara contra la policía local desde posiciones secretas tanto por la noche como en pleno día». Como represalia, seguía diciendo el informe, «la tarde del 18 de septiembre de 1941 el barrio judío fue rodeado por 60 policías ucranianos. A las cuatro de la madrugada del 19 de septiembre de 1941 fue evacuado… Una vez completado el transporte y los preparativos con ayuda de 150 prisioneros, se registró y ejecutó a 3.145 judíos». El informe también señala que «se entregaron para su reparto entre 25 y 30 toneladas de sábanas, ropa, zapatos y platos, etc., que habían sido confiscados en el transcurso de la acción».[1214] Los alemanes reavivaron las acusaciones que habían alimentado los pogromos dos décadas antes: que los judíos estaban propagando el bolchevismo y disparaban a los soldados desde escondites secretos, y alentaron una vez más a los vecinos para que se aprovechasen de las masacres y saqueasen las propiedades de sus vecinos judíos.

Un cartel de propaganda alemana que dice: «Este es el judeobolchevismo con el que Churchill y las camarillas de plutócratas británicos están haciendo la guerra a Alemania. El pueblo alemán agradece al Führer su protección ante la mortal amenaza del bolchevismo».

Poco después, el Sonderkommando 4a desmanteló el gueto de Korostyshiv, y está documentado el fusilamiento de 700 judíos en una pradera al sur de la ciudad. Otros fueron fusilados en sus propias casas.[1215] Muchos de los judíos que quedaban en la región del norte de Zhytómyr (Kórosten, Óvruch, Slovechno), alrededor de mil, fueron asesinados entre septiembre y octubre de 1941, en una operación que empezó cuando la policía ucraniana prendió fuego a una escuela en donde habían encerrado a ciento sesenta judíos. Los que no murieron en el incendio fueron fusilados después por los alemanes a las afueras de la ciudad. Una mujer recordaba las humillaciones a las que se sometía a los judíos antes de su asesinato en la región del sur de Zhytómyr: «Vi a la policía burlarse brutalmente de la población judía. Los obligaban a llevar todas sus pertenencias y después a bailar y reír. A quienes se negaban los golpeaban hasta matarlos».[1216] En Proskuriv se calcula que fueron asesinados alrededor de cinco mil trescientos judíos el 4 de noviembre. «Mataron a los niños y a los ancianos», recordaba Blekhman. Los fusilamientos comenzaron por la mañana y continuaron ininterrumpidamente durante toda la noche".[1217]

La masacre más letal tuvo lugar en Kiev. El viernes 26 de

septiembre de 1941, menos de una semana después de la ocupación de la ciudad, los alemanes pusieron carteles por todas partes, en ruso y alemán, ordenando a todos los judíos que se reunieran el lunes por la mañana a las ocho junto al cementerio judío. Muchos de ellos eran relativamente recién llegados, refugiados que habían huido a la ciudad como consecuencia de los pogromos que tuvieron lugar veinte años antes. La mayoría eran mujeres, niños o ancianos, pues los hombres útiles habían sido movilizados por el Ejército Rojo en los tres meses anteriores. La multitud fue conducida desde el punto de reunión, escoltada por guardias, hasta un recinto alambrado donde los miembros del Sonderkommando 4a, junto con la policía alemana y los guardias auxiliares ucranianos -alrededor de trescientos, reclutados entre miles de voluntarios en un campo de prisioneros de guerra cerca de Zhytómyr- les robaron sus pertenencias, su dinero y sus documentos. Después fueron llevados a campo abierto, a la zona de desfiladeros de Babi Yar, donde los estuarios, que en otro tiempo desembocaban en un afluente del río Dniéper, habían producido fosas profundas en los campos de las tierras bajas. Genia Batashova recordaba que «al otro lado de la pradera, rodeado de alemanes por todas partes, había un túmulo de tierra; tras él, las ametralladoras disparaban sin descanso. En el montón de tierra se habían excavado pasadizos en un ángulo que impedía ver lo que había más allá de ese punto; allí despojaban a los prisioneros de sus vestimentas y ropa interior, los golpeaban con porras y los llevaban hacia los pasadizos».[1218] La policía ucraniana recogía las ropas y las cargaba en camiones. En ese momento, según informes judiciales de la postguerra, «se obligaba a las víctimas a tumbarse boca abajo sobre los cadáveres ensangrentados de las víctimas anteriormente fusiladas. Si no lo hacían voluntariamente, se los golpeaba hasta dejarlos inconscientes. Entonces, los tiradores subían por el inestable túmulo hasta las víctimas y las disparaban por detrás, en la nuca».[1219] En un informe de operaciones, los alemanes alardeaban de haber fusilado a 33.771 judíos en treinta y seis horas.[1220]

A medida que lo imposible se iba haciendo posible, la ola de pogromos que había comenzado con la invasión alemana se convirtió en un genocidio. Las milicias locales y los grupos de civiles ucranianos que habían participado en los primeros disturbios antisemitas y en otras muestras de violencia dejaron paso rápidamente a los fuertemente armados Einsatzgruppen alemanes, a la policía alemana y a las fuerzas auxiliares ucranianas. A finales de 1941, alentados por su éxito en las operaciones ucranianas, los alemanes empezaron a experimentar con furgones de gaseamiento en Járkov y Poltava, utilizando tecnologías que habían sido desarrolladas anteriormente

como parte del programa nazi de eutanasia. En diciembre de 1941, alrededor de quinientos mil judíos habían sido asesinados en las recién ocupadas zonas de Ucrania, en torno a una tercera parte de la población judía antes de la guerra. Muchos de los que seguían vivos a finales de año morirían en guetos, en brigadas de trabajos forzados y en campos de concentración durante el invierno, o serían asesinados en otra oleada de fusilamientos en masa, cuando se desmantelaron los guetos restantes en la primavera de 1942, a la vez que empezaban a funcionar en el oeste la mayoría de los campos de concentración nazis. La mayor cantidad de muertes en Ucrania se registró en las regiones que en otro tiempo fueron las provincias rusas de Kiev, Podolia y Volinia, seguidas por la antigua provincia austriaca de Galitzia, exactamente los mismos lugares que más sufrieron durante los pogromos de la guerra civil. Veinticuatro años después de su comienzo, el genocidio de los judíos de Ucrania se había completado.

Cuando, en septiembre de 1919, los activistas judíos y observadores humanitarios advirtieron que seis millones de almas de Ucrania y Polonia estaban en peligro de ser «completamente exterminadas», no podían imaginar el asesinato sistemático, burocrático y promovido por el estado que estaba a punto de suceder, ni tampoco sospechaban que los alemanes serían sus principales perpetradores. El Holocausto, como todo en la historia, era impredecible. Pero sus líneas generales ya estaban trazadas. Hubo muchas personas que intentaron actuar y prepararse para lo que temían que iba a ser una masacre catastrófica de la población judía en Polonia y Ucrania. Lo preveían porque comprendían que los pogromos de 1918 a 1921 habían creado un precedente que podía repetirse en el futuro. Muchos de los problemas históricos que habían llevado a un baño de sangre en el pasado seguían sin resolverse. El libelo del judeobolchevismo seguía agitando a quienes habían padecido el gobierno soviético, la desigualdad económica entre el campo y la ciudad se había intensificado, el trauma de la barbarie sufrida había inmunizado a la población, las propiedades saqueadas no se habían devuelto y se había hecho justicia de un modo arbitrario; muchos de los culpables más atroces habían quedado impunes, mientras que los cómplices menores habían sido sentenciados a muerte por los tribunales o habían sido víctimas de las venganzas. Y, sobre todo, se habían devaluado las vidas de los judíos. Las repercusiones de los pogromos realizados entre 1918 y 1921 se prolongaron y se multiplicaron por toda la comunidad judía y por toda Europa.

La vida había seguido su curso en los veinte años transcurridos entre 1921 y 1941: los niños crecieron, se casaron y celebraron el nacimiento de sus propios hijos; los adultos transmitieron sus tradiciones a la siguiente generación y se esforzaron por ganarse la

vida en un mundo cambiante. Amigos y familias comían juntos, vivían juntos y rezaban juntos; y la hostilidad, el rencor y las disputas personales no sobrepasaban los límites socialmente aceptados. En los campos de Ucrania y en las salas de los parlamentos del mundo, la gente decente tendía la mano a sus vecinos judíos, prestaba atención a las advertencias de los activistas judíos e intentaba hacer del mundo un lugar mejor y más civilizado. La tragedia consistió en que todo eso no fue suficiente.

Al estallar la siguiente guerra, cuando los alemanes invadieron Ucrania el 22 de junio de 1941, explotaron deliberada y estratégicamente los sentimientos antijudíos preexistentes y echaron mano de las pautas locales para desatar una nueva oleada de asesinatos, reviviendo un guion ya escrito por la generación anterior. Los pogromos de 1918 a 1921 ya habían normalizado la violencia contra los judíos como una reacción aceptable ante los excesos del bolchevismo. Aquellos que habían alcanzado la treintena o cuarentena habían sido testigos de ese tipo de acciones, y en ocasiones habían participado en ellas cuando eran adolescentes, edad en la que muchos de ellos combatieron en los ejércitos insurgentes durante la guerra civil. Cuando la población local fue enviada a los bosques por los alemanes, que les ordenaron cavar fosas, puede que llevaran las mismas botas que les habían robado a los judíos asesinados veinte años antes. Cuando regresaban a casa, puede que preparasen su té en los samovares robados a sus vecinos judíos. Los que tenían veintitantos o treinta y tantos años habían estado entre los niños que corrían tras los convoyes de prisioneros judíos en medio del ambiente festivo de los pogromos. En 1941, los hombres y mujeres mayores rebuscaban entre las posesiones de los judíos como habían hecho en su juventud.

En la Galitzia oriental y en el oeste de Volinia, las políticas discriminatorias de la República Polaca habían radicalizado el ambiente político y habían enfrentado entre sí a las minorías ucraniana y judía. Las retóricas xenófobas propagadas por los líderes civiles y religiosos inflamaron aún más el antisemitismo y reforzaron los estereotipos étnicos de modo que, cuando llegó un nuevo régimen soviético en 1939, muchos lo vieron como una fachada del poder judío y culparon a los judíos de sus crímenes. Por otro lado, en la Ucrania soviética, la hoz y el martillo habían amortiguado las tensiones étnicas, pero la llegada de un nuevo grupo de soldados a la ciudad pronto despertó unas reacciones aprendidas durante sus infancias traumáticas y encendió de nuevo el ciclo de la violencia, que los alemanes interesadamente radicalizaron y asumieron con rapidez. De niños, muchos vecinos habían visto cómo investigadores bolcheviques, en su inmensa mayoría judíos, detenían y ejecutaban a

sus héroes, los audaces aventureros y «bandidos generosos» que se sublevaron para defender una república campesina y que lucharon por la devolución de la tierra al pueblo que la trabajaba. Algunos habían visto cómo se acusaba a sus padres de bandidaje y actividades contrarrevolucionarias, muchos creían que era el momento de vengarse por los excesos de los tribunales revolucionarios, de la policía secreta soviética, del robo de sus tierras y de sus cosechas, del cierre de sus iglesias y del asesinato de sus jóvenes. La propaganda alemana, reavivando los rumores que se habían extendido durante la guerra civil, convenció a muchos de que la culpa era de los judíos. Los que habían vivido los pogromos habían visto lo que podía ocurrir en una época de guerra total. Incluso en el corazón de la Europa civilizada.

NOTAS

ABREVIATURAS

AHEYM Archivo de Memorias Históricas y Etnográficas en Yidis.

CAHJP Archivos Centrales de la Historia del Pueblo Judío.

DA, CBU Haluzevyi derzhavnyi arkhiv, Sluzhba bezpeky Ukrainy (Archivo Estatal del Servicio de Seguridad Ucraniano, consultado en USHMM RG-31.018M.

DAKO Derzhavnyi arkhiv Kyivs'koi oblasti (Archivos Estatales del Oblast de Kiev), consultado en USHMM RF-31.058M y en la Biblioteca Hatcher Library, Universidad de Michigan.

DAZhO Derzhavnyi arkhiv Zhytomyrs'koi oblasti (Archivo Estatal del Oblast de Zhytómyr), consultado en USHMM RG-31-060M.

GARF Gosudarstvennyi arkhiv Rossiiskoi Federatsii (Archivo Estatal de la Federación Rusa), consultado en USHMM RG-22.002M.

JDC Comisión de Distribución Conjunta.

TsDAVO Tsentral'nyi derzhavnyi arkhiv vyshchykh orhaniv vlady ta upravlinnia Ukrainy (Archivo Estatal Central de los Cuerpos Políticos Superiores del Gobierno de Ucrania), consultado en USHMM RG-31.076.

TsDKFFA Tsentral'nyi derzhavnyi kinofotofonoarkhiv Ukrainy imeni G. S. Pshenychnogo (Archivo Central de Ucrania Cinematográfico H. Pshenychnyi).

USHMM Museo Conmemorativo del Holocausto de los Estados Unidos de América.

YIVO Yidisher visnshaftlekher institut (Instituto de Investigación Yidis).

AGRADECIMIENTOS

La idea de este libro nació cuando yo era investigador en el Archivo de Memorias Históricas y Etnográficas en Yidis (AHEYM), en donde se hacían entrevistas de historia oral y lingüística a ancianos de lengua yidis de Ucrania. De inmediato me impresionó el impacto traumático que tuvieron en la configuración de sus vidas los pogromos de 1918 y 1921, así como las similitudes al hablar de los pogromos y al recordar los comienzos del Holocausto. Este proyecto se inició en 2002, hace unos veinte años. Es aproximadamente el mismo tiempo que transcurrió entre los pogromos y el Holocausto, lo que me llevó a notar la estrecha relación entre estos dos acontecimientos y sus variadas y múltiples relaciones. En 2007 conocí a Naum Gaiviker, que era un niño de seis años cuando su padre fue ejecutado durante un pogromo en Proskuriv. Dos años más tarde, conocí a Nisen Yurkovetsky, de noventa y un años, que me enseñó la cicatriz que, durante los pogromos de 1919, le había dejado la bala que mató a su madre y que le rozó mientras ella le sostenía en sus brazos. El niño Yurkovetsky fue rescatado cuando un sacerdote polaco se percató de un pequeño movimiento en la fosa común en que se encontraba el resto de su familia. Estoy agradecido a todos los que compartieron conmigo las historias que me impulsaron a escribir este libro, así como a mi colega Dov-Ber Kerler y al resto de nuestro equipo de investigación en Ucrania, Lituania, Polonia, Israel y Alemania.

Empecé a escribir este libro siendo profesor en el Centro Frankel de Estudios Judaicos en la Universidad de Michigan, donde, gracias a sus directoras, Deborah Dash Moore y Misha Krutikov, pude beneficiarme de los impagables consejos de un impresionante grupo de profesores. Me nombraron director del instituto, y los sesenta y tres colegas que estuvieron haciendo una estancia durante los seis años que ocupé el cargo me aportaron inmensos conocimientos. En la Universidad de Michigan tuve también el honor de trabajar con un grupo de estudiantes que me motivaban día a día. Aparte de Deborah y Misha, tengo que agradecer el apoyo y la experiencia de Joshua Cole, Geoff Eley, Todd Endelman, Zvi Gitelman, Karla Goldman, Val

Kivelson, Julian Levinson, Olga Maiorova, Devi Mays, Anita Norich, Doug Northrop, Shachar Pinsker, Scott Spector, Ron Suny y Geneviève Zubrzycki. Trabajé con numerosos ayudantes de investigación a lo largo de este proyecto, y les doy las gracias por su gran ayuda. Michael Martin colaboró conmigo desde el principio y ha contribuido a la obra en diversos sentidos. J. D. Arden, Charles Bonds, Maria Eitinguina, Liliya Kulik, Anna Moshkovich, Ilya Slavutskyi, y Sophie Wunderlich también me ayudaron en las distintas etapas del trabajo.

Como siempre, quiero agradecer al equipo del Centro Frankel y al Departamento de Historia de la Universidad de Michigan su constante apoyo. Durante ese tiempo, tuve la oportunidad de presentar mi trabajo en numerosos talleres académicos y congresos, en donde recibí muy buenos consejos y críticas constructivas. Quiero mostrar mi gratitud a quienes organizaron estos actos y participaron en ellos en la Universidad de Yale, la Universidad de Harvard, la Universidad de Georgetown, la Universidad Taras Shevchenka, la Universidad de Michigan, el instituto Kennan, el Ukrainian Jewish Encounter, la Asociación de Estudios Judíos, el Centro de Historia Judía y la Asociación de Estudios Eslavos, del Este de Europa y Euroasiáticos. Maya Balakirsky Katz, Elissa Bemporad, Michael Brenner, Zvi Gitelman, Misha Krutikov, Hiroaki Kuromiya, Natalya Lazar, Harriet Murav, Serhii Plokhii, Anna Reid, Timothy Snyder, Ron Suny y Serhy Yekelchyk leyeron el boceto del manuscrito de manera completa o parcial y me dieron valiosos consejos. Otros colegas y amigos que me han ayudado durante el proceso son Irina Astashkevich, Eugene Avrutin, Matt Chosid, John Efron, David Fishman, Sarah Garibova, Matthias Lehmann, James Loeffler, Brendan McGeever, Matt Pauly, Simon Rabinovitch, Mark Roseman, Andrii Rukkas, Joshua Shanes y Anna Shternshis. Además, debo agradecer a mis colegas Vadim Altskan, Elana Jakel, Emil Kerenji, Natalya Lazar y Jürgen Matthäus, del United States Holocaust Memorial Museum's Mandel Center for Advanced Holocaust Studies, de cuyo Comité Consultivo soy miembro, su ayuda para acceder a los documentos y su apoyo y consejo. Don Fehr me ayudó a darle forma al proyecto del libro y me puso en contacto con Metropolitan Books. Allí tuve el privilegio de trabajar con Sara Bershtel, que siempre hace las preguntas más difíciles y que me ha ayudado mucho a mejorar mi redacción. También le estoy agradecido a Grigory Tovbis y a todo el personal del Metropolitan. Jonathan Wyss y Kelly Sandefer, del Beehive Mapping, fueron pacientes y colaboradores a la hora de trabajar conmigo en la elaboración de los mapas. El National Endowment for the Humanities' Public Scholars Program también me brindó un generoso apoyo. Finalmente, me gustaría agradecer a mi familia su cariño y apoyo: Rebecca, Naomi, y Mae; a mis padres, Otto y Marilyn; a mis

hermanos, Daniel y Shira; y a todas mis tías, tíos, primos, sobrinos y parientes políticos. Dedico este libro a la memoria de mi tío, Louis Greenspan, cuyo sentido del humor y pasión por las conversaciones intelectuales siempre conseguía sacar lo mejor de todo el mundo.

NOTAS

1 *Khurbn Proskurov: Tsum ondenken fun di heylige neshomes, vos zaynen umgekumen in der shreklikher shkhite* (Nueva York, Levant Press, 1923 o 1924). Para más información sobre la elaboración del libro, ver Susan Milamed, «Proskurover Landsmanshaftn: A Case Study in Jewish Communal Development», *American Jewish History* 76, n.º 1 (1986), pp. 40-55.

2 H. G. Wells, *The War That Will End War* (Londres, Frank & Cecil Palmer, 1914); y Margaret MacMillan, *Paris* 1919: *Six Months That Changed the World* (Nueva York, Random House, 2001); trad. cast. *París* 1919: *seis meses que cambiaron el mundo* (Barcelona, Tusquets Editores, 2017).

3 El número exacto de incidentes es imposible de determinar. El Archivo Histórico de los Judíos del Este en el YIVO incluye información de 1.154 pogromos: YIVO 80/271-276. He recopilado una lista de 469 localidades distintas en las que se registraron asesinatos. De las investigaciones recientes sobre estos pogromos, véase Irina Astashkevich, *Gendered Violence: Jewish Women in the Pogroms of* 1917 *to* 1921 (Boston, Academic Studies Press, 2018); Elissa Bemporad, *Legacy of Blood: Jews, Pogroms, and Ritual Murder in the Lands of the Soviets* (Nueva York, Oxford University Press, 2019); Elissa Bemporad y Thomas Chopard, eds., «The Pogroms of the Russian Civil War at 100: New Trends, New Sources», *Quest. Issues in Contemporary Jewish History*, n.º 15 (agosto 2019); O. V. Budnitskii, *Rossiiskie evrei mezhdu krasnymi i belymi (*1917-1920) (Moscú, Rosspen, 2006), traducido por Timothy J. Portice como *Russian Jews Between the Reds and the Whites*, 1917-1920 (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2012); Thomas Chopard, *Le martyre de Kiev*: 1919: *L'Ukraine en révolution entre terreur soviétique, nationalisme et antisémitisme* (París, Vendémiaire, 2015); Lars Fischer, «The *Pogromshchina* and the Directory: A New Historiographical Synthesis?», *Revolutionary Russia* 16, n.º 2 (diciembre 2003), pp. 47-93; Alexander Gendler, *Khurbm* 1914-1922. *The Beginning: Expulsions, Hostages, Pogroms* (Skokie, IL,

Varda Books, 2019); Victoria Khiterer, *Jewish Pogroms in Kiev During the Russian Civil War*, 1918-1920 (Lewiston, Nueva York, Edwin Mellen Press, 2015); Kamil Kijek, Artur Markowski, y Konrad Zieliński, eds., *Pogromy Żydów na ziemiach polskich w XIX i XX wieku. Tom* 2: *Studia przypadków (do* 1939 *roku*) (Varsovia, Instytut Historii PAN, 2018); Kamil Kijek, Artur Markowski, y Konrad Zieliński, eds., *Pogromy Żydów na ziemiach polskich w XIX i XX wieku. Tom* 3: *Historiografia, polityka, recepcja społeczna (do* 1939 *roku*) (Varsovia, Instytut Historii PAN, 2018); Brendan McGeever, *Antisemitism and the Russian Revolution* (Cambridge, Cambridge University Press, 2019); Lidia B. Miliakova, ed. *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny*, 1918-1922 *gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007); Volodymyr Serhiichuk, ed. *Pohromy v Ukraïni*, 1914-1920: *Vid shtuchnykh stereotypiv do hirkoï pravdy, prykhovuvanoï v radians'kykh arkhivakh* (Kiev, O. Telihy).

4 A día de hoy, las partes de la Segunda República Polaca a la que Seff se refería están integradas en Ucrania. «Ukrainian Jews Aim to Stop Pogroms», *New York Times*, 8 de septiembre, 1919.

5 «Report by Head of Information Branch, Committee of Russian Red Cross Society for the Relief of Pogrom Sufferers», p. 34, Archivos del JDC, Informes de la Oficina en Nueva York de la JDC), 1919-1921, carpeta 256.2.

6 Emma Goldman, *My Further Disillusionment in Russia* (Nueva York, Doubleday, Page, 1924), p. 11; trad. cast. *Mi desilusión en Rusia* (Barcelona, El Viejo Topo, 2018).

7 D. S. Pasmanik, *Russkaia revoliutsiia i evreistvo* (Berlín, Feilchenfeld, 1923), p. 188.

8 Dietrich Beyrau, «Brutalization Revisited: The Case of Russia», *Journal of Contemporary History* 50, n.º 1 (2015), pp. 15-37; y Stefan Plaggenborg, «Weltkrieg, Bürgerkrieg, Klassenkrieg. Mentalitätsgeschichtliche Versuche über die Gewalt in Sowjetrussland 1917-1930», *Historische Anthropologie* 3 (1995), pp. 493-505.

9 Algunos excelentes intentos de explicar el Holocausto en esta línea son los de Alon Confino, *A World Without Jews: The Nazi Imagination from Persecution to Genocide* (New Haven, CT, Yale University Press, 2014); Peter Hayes, *Why? Explaining the Holocaust* (Nueva York, W. W. Norton, 2018); trad. cast. *¿Por qué? Explicando el Holocausto* (Barcelona, Crítica, 2019); Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin* (Nueva York, Basic Books, 2010); trad. cast. *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, (Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017) y Timothy Snyder, *Black Earth: The Holocaust as History and Warning* (Nueva York, Tim Duggan Books, 2015); trad. cast. *Tierra negra: el Holocausto como historia y advertencia* (Barcelona,

Galaxia Gutenberg, 2015).

10 Paul Hanebrink, *A Specter Haunting Europe: The Myth of Judeo-Bolshevism* (Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University Press, 2018).

11 Christopher R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion* 101 *and the Final Solution in Poland* (Nueva York, Harper Collins, 1992); trad. cast. *Aquellos hombres grises* (Barcelona, Edhasa, 2011); Jan T. Gross, *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Poland* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2001), p. 7; trad. cast. *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne* (Barcelona, Crítica, 2002). Véase también Harald Welzer, Täter: *Wie aus ganz normalen Menschen Massenmörder werden* (Fráncfort, S. Fischer, 2005); Charles King, «Can There Be a Political Science of the Holocaust?», *Perspectives on Politics* 10, n.º 2 (junio 2012), pp. 323-341; Timothy Snyder, «The Causes of the Holocaust», *Contemporary European History* 21, n.º 2 (mayo 2012), pp. 149-168; Father Patrick Desbois, *The Holocaust by Bullets: A Priest's Journey to Uncover the Truth Behind the Murder of* 1.5 *Million Jews* (Nueva York, St. Martin's Press, 2009); Ray Brandon y Wendy Lower, eds., *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, Memorialization* (Bloomington, Indiana University Press, 2008); Jeffrey Burds, *Holocaust in Rovno: A Massacre in Ukraine, November* 1941 (Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013); Kai Struve, *Deutsche Herrschaft, ukrainischer Nationalismus, antijüdische Gewalt: Der Sommer* 1941 *in der Westukraine* (Berlín/ Boston, De Gruyter Oldenbourg, 2015); Michael David-Fox, Peter Holquist, y Alexander M. Martin, eds., *The Holocaust in the East: Local Perpetrators and Soviet Responses* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2014); Wendy Lower, «Pogroms, Mob Violence and Genocide in Western Ukraine, Summer 1941: Varied Histories, Explanations and Comparisons», *Journal of Genocide Research* 13, n.º 3 (2011), p. 238; Piotr Wróbel, «The Seeds of Violence: The Brutalization of an Eastern European Region, 1917-1921», *Journal of Modern European History* 1, n.º 1 (2003), pp. 125-149; y Waitman Wade Beorn, *Marching into Darkness: The Wehrmacht and the Holocaust in Belarus* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2014).

12 Entre las obras recientes que muestran la continuidad entre las guerras mundiales en el este de Europa central, véase George O. Liber, *Total Wars and the Making of Modern Ukraine*, 1914-1954 (Toronto, University of Toronto Press, 2016); Omer Bartov y Eric D. Weitz, eds., *Shatterzone of Empires: Coexistence and Violence in the German, Habsburg, Russian, and Ottoman Borderlands* (Bloomington, Indiana University Press, 2013); Götz Aly, *Europe Against the Jews*, 1880-1945, traducción de Jefferson Chase (Nueva York, Metropolitan Books, 2020); Alexander V. Prusin, *The Lands Between: Conflict in the East*

European Borderlands, 1870-1992 (Oxford, Oxford University Press, 2010); Omer Bartov, *Anatomy of a Genocide: The Life and Death of a Town Called Buczacz* (Nueva York, Simon & Schuster, 2018); Shimon Redlich, *Together and Apart in Brzezany:Poles, Jews, and Ukrainians*, 1919-1945 (Bloomington/Indianapolis, Indiana University Press, 2002); Jeffrey S. Kopstein y Jason Wittenberg, *Intimate Violence: Anti-Jewish Pogroms on the Eve of the Holocaust* (Ithaca, NY, Cornell University Press, 2018); Cathie Carmichael, *Genocide Before the Holocaust* (New Haven, CT, Yale University Press, 2009); y Donald Bloxham y Robert Gerwarth, eds., *Political Violence in Twentieth-Century Europe* (Cambridge, Cambridge University Press, 2011).

13 Jacob Lestschinsky, «The Anti-Jewish Program: Tsarist Russia, the Third Reich and Independent Poland», *Jewish Social Studies* 3, n.º 2 (abril 1941), p. 147.

14 https://www.cbsnews.com/news/text-of-clintons-rwanda-speech/.

15 La Sociedad Estadística Judía estima que la población total de judíos en 1917 en las provincias de Volinia, Katerynoslav, Kiev, Podolia, Taurida, Járkov, Jersón, y Cherníhiv era de 2,14 millones. Véase Evreiskoe Statisticheskoe Obshchestvo, *Evreiskoe naselenie Rossii po dannym perepisi* 1897 *g i po noveishim istochnikam* (Petrogrado, Kadima, 1917), pp. IX y 68. La población judía de la Galitzia oriental era de unas 660.000 personas.

16 Para las estadísticas sobre las provincias rusas, véase N. A. Trointskii, ed., *Pervaia vseobshchaia perepis' naseleniia Rossiiskoi Imperii*, 1897 *g* (San Petersburgo, Tsentral'nyi statisticheskii Komitet MVD, 1899-1907). Para las estadísticas sobre Galitzia, véase John-Paul Himka, «Dimensions of a Triangle: Polish-Ukrainian-Jewish Relations in Austrian Galicia», *Polin: Studies in Polish Jewry* 12 (1999), pp. 26-28.

17 Paul Robert Magocsi y Yohanan Petrovsky-Shtern, *Jews and Ukrainians: A Millennium of Co-Existence* (Toronto, University of Toronto Press, 2016).

18 Olga Belova y V. Petrukhin, *Evreiskii mif v slavianskoi kul'ture* (Moscú, Mosty Kul'tury, 2008); George G. Grabowicz, «The Jewish Theme in Nineteenth-and Early Twentieth-Century Ukrainian Literature», en Howard Aster y Peter J. Potichnyj, eds., *Ukrainian-Jewish Relations in Historical Perspective*, pp. 327-342 (Edmonton, Canadian Institute of Ukrainian Studies, 1990); Amelia M. Glaser, *Jews and Ukrainians in Russia's Literary Borderlands: From the Shtetl Fair to the Petersburg Bookshop* (Evanston, IL, Northwestern University Press, 2012); y Myroslav Shkandrij, *Jews in Ukrainian Literature: Representation and Identity* (New Haven, CT, Yale University Press, 2009).

19 Traducción a partir de la traducción de Hillel Halkin del texto de

Sholem Aleichem, *Tevye the Dairyman and the Railroad Stories* (Nueva York, Schocken Books, 1987), p. 72; trad. cast. *Tevye, el lechero* (Zaragoza, Riopiedras, 2004).

20 Sholem Aleichem, «Drite klas», en *Ale verk fun Sholem Aleykhem*, vol. 5, bk. 5 (Nueva York, Forverts, 1942), p. 299.

21 Sholem Aleichem, *Fun'm yarid*, vol. 2 (Nueva York, Varhayt, 1917), pp. 63-64. Sobre las relaciones entre judíos y cristianos en la Ucrania del siglo XIX, véase Yohanan Petrovsky-Shtern, *The Golden-Age Shtetl: A New History of Jewish Life in East Europe* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2014); Magocsi y Petrovsky-Shtern, *Jews and Ukrainians*; y Aster y Potichnyj, *Ukrainian-Jewish Relations in Historical Perspective*. Para Galitzia, véase Himka, «Dimensions of a Triangle», pp. 25-48; y C. M. Hann y Paul R. Magocsi, eds., *Galicia: A Multicultural Land* (Toronto and Buffalo, University of Toronto Press, 2005).

22 *Russia: Its Industries and Trade* (Glasgow, Hay Nisbet, 1901), pp. 160-161.

23 En cuanto a las publicaciones recientes sobre las guerras civiles posteriores a las revoluciones rusas, véase Jochen Böhler, *Civil War in Central Europe*, 1918-1921: *The Reconstruction of Poland* (Oxford, Oxford University Press, 2018); Laura Engelstein, *Russia in Flames: War, Revolution, Civil War*, 1914-1921 (Nueva York, Oxford University Press, 2018); Orlando Figes, *A People's Tragedy: A History of the Russian Revolution* (Nueva York, Viking, 1997); trad. cast. *La Revolución rusa* (Barcelona, Edhasa, 2010); Robert Gerwarth, *The Vanquished: Why the First World War Failed to End* (Nueva York, Farrar, Straus y Giroux, 2016); trad. cast. *Los vencidos* (Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018) y Jonathan D. Smele, *The 'Russian' Civil Wars, 1916-1926: Ten Years That Shook the World* (London, Hurst, 2015).

24 Beyrau, «Brutalization Revisited», pp. 15-37.

25 Liber, *Total Wars and the Making of Modern Ukraine*, 1914-1954. Véase también Elissa Bemporad y Thomas Chopard, «Introduction», en Bemporad y Chopard, «The Pogroms of the Russian Civil War at 100«.

26 Snyder, *Bloodlands*; Bartov y Weitz, *Shatterzone of Empires*; Prusin, *The Lands Between*; y Kate Brown, *A Biography of No Place: From Ethnic Borderland to Soviet Heartland* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2005).

27 En lo que se refiere a textos académicos que tratan sobre las guerras civiles y violencia étnica de las que se ocupa el libro, véase Donald L. Horowitz, *The Deadly Ethnic Riot* (Berkeley, University of California Press, 2001); Stathis N. Kalyvas, «The Ontology of 'Political Violence': Action and Identity in Civil Wars», *Perspectives on Politics* 1, n.º 3 (2003), pp. 475-494; Stathis N. Kalyvas, *The Logic of Violence in Civil War* (Cambridge, Cambridge University Press, 2006); trad. cast.

La lógica de la violencia en la guerra civil (Madrid, Akal, 2010); Benjamin Valentino, Paul Huth, y Dylan Balch-Lindsay, «'Draining the Sea': Mass Killing and Guerrilla Warfare», *International Organization* 58, n.º 2 (2004), pp. 375-407; Stanley Jeyaraja Tambiah, *Leveling Crowds: Ethnonationalist Conflicts and Collective Violence in South Asia* (Berkeley, University of California Press, 1996); y Christian Gerlach, *Extremely Violent Societies: Mass Violence in the Twentieth-Century World* (Cambridge, Cambridge University Press, 2010); trad. cast. *Sociedades extremadamente violentas* (México, Fondo de Cultura Económica, 2016).

28 Elye Tsherikover, *Di ukrayner pogromen in yor* 1919 (Nueva York, YIVO, 1966), pp. 333-334.

29 Steven J. Zipperstein, «The Politics of Relief: The Transformation of Russian-Jewish Communal Life During the First World War», en Jonathan Frankel, ed., *Studies in Contemporary Jewry: The Jews and the European Crisis*, 1914-21 (Nueva York, Oxford University Press, 1988), pp. 22-40; Mikhail Beizer, *Relief in Time of Need: Russian Jewry and the Joint*, 1914-1924 (Bloomington, IN, Slavica Publishers, 2015); «Proekt Ustava Tsentral'nago evreiskago obshchestva pomoshchi zhertvam voiny», DAKO 445/1/362/1; y «Ustav tsentral'nago evreiskago komiteta pomoshchi postradavshim ot pogromov», TsDAVO 3299/1/1.

30 Beizer, *Relief in Time of Need*, p. 21.

31 Elijah Gumener, *A kapitl Ukrayne (2 yor in Podolie)* (Vilna, Sh. Shreberk, 1921), p. 76.

32 «Tsu di kehiles», YIVO 80/202/17849.

33 Para más información sobre Tsherikover, véase Joshua M. Karlip, «Between Martyrology and Historiography: Elias Tsherikower and the Making of a Pogrom Historian», *East European Jewish Affairs* 38, n.º 3 (1 de diciembre, 2008), pp. 257-280. Para más información sobre Lestschinsky, véase Gur Alroey, «Demographers in the Service of the Nation: Liebmann Hersch, Jacob Lestschinsky, and the Early Study of Jewish Migration», *Jewish History* 20, n.º ¾ (2006), pp. 265-282. Sobre la labor de la ayuda judía durante la guerra civil, véase Polly Zavadivker, «Contending with Horror: Jewish Aid Work in the Russian Civil War Pogroms», en Elissa Bemporad y Thomas Chopard, eds., «The Pogroms of the Russian Civil War at 100: New Trends, New Sources», *Quest. Issues in Contemporary Jewish History*, n.º 15 (agosto 2019).

34 Véase, por ejemplo, «Anketa: Nimkovskyi», DAKO R-3050/1/244/30.

35 «Di reshime fun gehergete in uvrutsher pogrom», DAKO R-3050/1/268/6.

36 La primera de la serie de libros programados, la serie de

Tsherikover *Antisemitism and Pogroms in Ukraine*, 1917-1918, se publicó en yidis y ruso en Rusia y Berlín en 1923 como Tsherikover, *Antisemitizm un pogromen in Ukrayne* 1917-1918 (Berlín, Mizrekh-Yidishn Historishn Arkhiv, 1923), y *Antisemitizm i pogromy na Ukraine*, 1917-1918 *gg* (Berlín, Ostjüdisches Historisches Archiv, 1923). En la década de 1930, Tsherikover escribió un segundo volumen sobre los pogromos de 1919, que sólo sería publicado de manera póstuma en yidis en Nueva York en 1965 como Elye Tsherikover, *Di ukrayner pogromen in yor* 1919 (Nueva York, YIVO, 1966). El tercer volumen de la serie fue escrito por el antiguo parlamentario y activista refugiado Joseph Schechtman, y se publicó en ruso en Berlín como *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine* (Berlín, Ostjüdisches Historisches Archiv, 1932). No llegó a terminarse ninguno de los volúmenes restantes, aunque Shtif consiguió publicar otro libro bajo el título *Nokhem Shtif, Pogromen in Ukrayne: Di tsayt fun der frayviliger armey* (Berlín, Vostok, 1923). Véase también Elias Heifetz, *Pogrom geshikhte (*1919-1920) (Nueva York, Workmen's Circle, 1921), traducido al inglés como *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in* 1919 (Nueva York, Thomas Seltzer, 1921). En cuanto a otras publicaciones casi contemporáneas de los pogromos, véase Bernard Lecache, *Quand Israël meurt* (París, Editions du Progrès civique, 1927); Comité de las Delegaciones Judías, *The Pogroms in the Ukraine Under the Ukrainian Governments (*1917-1920*): Historical Survey with Documents and Photographs* (Londres, J. Bale & Danielsson, 1927); *Jewish Pogroms in South Russia: Report by the Kieff Pogrom Relief Committee* (Londres, Comité Central de la Organización Sionista en Rusia, 1920); Sergei Ivanovich Gusev-Orenburgskii, *Bagrovaia kniga: pogrom* 1919-1920 *gg. na Ukraine* (Harbin, China, Dekopo, 1922); y Federación de los Judíos de Ucrania, *The Ukraine Terror and the Jewish Peril* (Londres, Federation of Ukrainian Jews, 1921).

37 Para más información sobre la historia del YIVO, véase Cecile Esther Kuznitz, *YIVO and the Making of Modern Jewish Culture: Scholarship for the Yiddish Nation* (Cambridge, Cambridge University Press, 2017).

38 Efim Melamed, «'Immortalizing the Crime in History…': The Activities of the Ostjüdisches Historisches Archiv (Kiev-Berlín-París, 1920-1940)», en Jörg Schulte, Olga Tabachnikova, y Peter Wagstaff, eds., *The Russian Jewish Diaspora and European Culture*, 1917-1937 (Leiden, Brill, 2012), pp. 387-416.

39 Véase, por ejemplo, Itsik Kipnis, *Khadoshim un teg: a khronik* (Kiev, KulturLige, 1926); Rukhl Faygnberg, *A pinkes fun a toyter shtot: hurbn-Dubove* (Varsovia, Ahisefer, 1926); M. Sadikov, *In yene teg: zikhroynes vegen der Rusisher revolutsie un di Ukrayner pogromen* (Nueva York, 1926); Shmuel Rubinshteyn, *Tsvishn fayer un shverd: bletlakh*

zikhroynes vegn birger-krig in Ukrayne, 1918-1920 (Varsovia, Emes, 1924); Eliezer David Rosenthal, ed. *Tetiever khurbn* (Nueva York, Idgezkom, 1922); *Yizkor dem ondeynken fun di Zshitomirer kdoshim* (Nueva York, Zshitomirer fareynigten relif komi, 1921); y Elijah Gumener, *A kapitl Ukrayne (2 yor in Podolie*) (Vilna, Sh. Shreberk, 1921).

40 Eliezer David Rosental, *Megilat ha-tevaḥ: ḥomer le-divre yeme ha-pera'ot veha-tevaḥ ba-Yehudim ba-Ukra'inah, be-Rusyah ha-Gedolah uve-Rusyah ha-levanah* (Jerusalén, Ḥavurah, 1927-1931).

41 El Comité Público Judío, o Evreiskii Obshchestvennyi Komitet, se conoce por su contracción en ruso Evobshchestkom. Consulté versiones microfilmadas de los materiales del Comité Público procedentes de su sede de Kiev en la Hatcher Graduate Library de la Universidad de Michigan y versiones digitalizadas de otros materiales de los archivos, tanto del Comité Público como del Comité Central, en el USHMM de Washington, Estados Unidos.

42 Zalman Solomonovich Ostrovskii, *Evreiskie pogromy* 1918-1921 (Moscú, Obshchestvo shkola i kniga, 1926), p. 74.

43 Jacob Lestschinsky, *Crisis, Catastrophe and Survival: A Jewish Balance Sheet*, 1914-1948 (Nueva York, Institute of Jewish Affairs of the World Jewish Congress, 1948), pp. 11-12.

44 N. Gergel, «The Pogroms in the Ukraine in 1918-21», *YIVO Annual of Jewish Social Science* 6 (1951), pp. 237-252.

45 «Svedeniia o pogromakh na territorii Ukrainy v 1918-1921 gg.», TsDAVO 2497/3/188/4 y 6.

46 Miliakova, *Kniga pogromov*, pp. XIII-XIV.

47 Amelia M. Glaser, ed., *Stories of Khmelnytsky: Competing Literary Legacies of the* 1648 *Ukrainian Cossack Uprising* (Stanford, CA, Stanford University Press, 2015).

48 «The Russo-Jewish Question», *Times* (Londres), 17 de marzo, 1882. Para más información sobre los problemas característicos de los pogromos véase John D. Klier, «The Pogrom Paradigm in Russian History», en John D. Klier y Shlomo Lambroza, eds., *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History*, pp. 13-38 (Nueva York, Cambridge University Press, 1992); David Engel, «What's in a Pogrom? European Jews in the Age of Violence», en Jonathan Dekel-Chen et al., eds., *Anti-Jewish Violence: Rethinking the Pogrom in East European History* (Bloomington, Indiana University Press, 2011), pp. 19-37; y Eugene M. Avrutin, «Pogroms in Russian History», *Kritika* 14, n.º 3 (2013), pp. 585-598.

49 Sobre el papel de los judíos en el movimiento revolucionario y específicamente sobre el asesinato de Alejandro II, véase Erich E. Haberer, *Jews and Revolution in Nineteenth-Century Russia* (Cambridge,

Cambridge University Press, 1995), pp. 186-205.

50 Evgenii Petrovich Semenoff, *The Russian Government and the Massacres: A Page of the Russian Counter-Revolution* (Londres, John Murray, 1907), p. XI.

51 Irwin Michael Aronson, *Troubled Waters: The Origins of the* 1881 *AntiJewish Pogroms in Russia* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1990); Eliyahu Feldman, *Yehude Rusyah bi-yeme ha-mahpekhah ha-rishonah vehapogromim* (Jerusalén, Magnes, 1999); John Klier, *Russians, Jews, and the Pogroms of* 1881-1882 (Nueva York, Cambridge University Press, 2011); y Aleksandr Mindlin, *Antievreiskie pogromy na territorii Rossiiskogo gosudarstva* (San Petersburgo, Aleteiia, 2018).

52 Steven J. Zipperstein, *Pogrom: Kishinev and the Tilt of History* (Nueva York, Liveright, 2018).

53 Shlomo Lambroza, «The Pogroms of 1903-1906», en Klier y Lambroza, *Pogroms*, pp. 195-247.

54 Para más información sobre los partidos políticos de Ucrania y del Imperio ruso, véase Henry Abramson, *A Prayer for the Government: Ukrainians and Jews in Revolutionary Times*, 1917-1920 (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999); Jonathan Frankel, *Prophecy and Politics: Socialism, Nationalism, and the Russian Jews*, 1862-1917 (Cambridge, Cambridge University Press, 1981); Christoph Gassenschmidt, *Jewish Liberal Politics in Tsarist Russia*, 1900-1914: *The Modernization of Russian Jewry* (Nueva York, New York University Press, 1995); y Simon Rabinovitch, *Jewish Rights, National Rites: Nationalism and Autonomy in Late Imperial and Revolutionary Russia* (Stanford, CA, Stanford University Press, 2014).

55 Isaac Deutscher, *The Non-Jewish Jew and Other Essays* (Londres, Oxford University Press, 1968), pp. 26-27; trad. cast. *El judío no sionista y otros ensayos* (Madrid, Ayuso, 1971).

56 Hans Rogger, *Jewish Policies and Right-Wing Politics in Imperial Russia* (Berkeley, University of California Press, 1986).

57 De los estudios sobre los pogromos de Zhytómyr, ver Kommission zür Untersuchung der Pogrome, *Die Judenpogrome in Russland*, vol. 2 (Colonia/Leipzig: Jüdischer Verlag, 1910), pp. 44-58; Stefan Wiese, *Pogrome im Zarenreich* (Hamburgo, Hamburg Edition, 2016); y Stefan Wiese, «Jewish SelfDefense and Black Hundreds in Zhitomir: A Case Study on the Pogroms of 1905 in Tsarist Russia», *Quest. Issues in Contemporary Jewish History*, n.º 3 (julio 2012). En cuanto a otras obras sobre los pogromos de la época, véase Artur Markowski, *Przemoc antyżydowska i wyobrażenia społeczne. Pogrom Białostocki* 1906 *roku* (Varsovia, University of Warsaw Press, 2018); y Robert Weinberg, *The Revolution of* 1905 *in Odessa: Blood on the Steps* (Bloomington, Indiana University Press, 1993). Véase también la obra en dos volúmenes *Pogromy v Rossii* (Berlín, J. Ladyschniko, 1908).

[58] B. Prushinskii, *Plan goroda Zhytomyra* (Zhytómyr, M. Deneman, 1898).

[59] Citado en Wiese, «Jewish Self-Defense and Black Hundreds in Zhitomir».

[60] Véase *Yizkor dem ondeynken fun di Zshitomirer kdoshim* (Nueva York, Zshitomirer Fareynigten Relif Komi, 1921), pp. 14-22.

[61] Véase *Yizkor dem ondeynken fun di Zshitomirer kdoyshim*, pp. 23-29.

[62] *Die Judenpogrome in Russland*; Lambroza, «The Pogroms of 1903-1906».

[63] Para más información sobre el pogromo de 1905 de Odesa, véase Weinberg, *The Revolution of* 1905 *in Odessa*; y Caroline Humphrey, «Odessa: Pogroms in a Cosmopolitan City», *Ab Imperio* 2010, n.º 4 (2010), pp. 27-79. Para más información sobre los pogromos durante esta época en Lituania, véase Darius Staliūnas, *Enemies for a Day: Antisemitism and Anti-Jewish Violence in Lithuania Under the Tsars* (Budapest, CEU Press, 2015).

[64] Para más información sobre la floreciente vida cultural después de la revolución de 1905, véase Jeffrey Veidlinger, *Jewish Public Culture in the Late Russian Empire* (Bloomington, Indiana University Press, 2009).

[65] Para un análisis contemporáneo de la situación legal de los judíos en Rusia, véase Lucien Wolf, *The Legal Sufferings of the Jews in Russia: A Survey of Their Present Situation, and a Summary of Laws* (Londres, T. F. Unwin, 1912).

[66] Para información reciente sobre *Los protocolos*, véase Cesare G. De Michelis, *The NonExistent Manuscript: A Study of the Protocols of the Sages of Zion* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2004).

[67] Robert Weinberg, *Blood Libel in Late Imperial Russia: The Ritual Murder Trial of Mendl Beilis* (Bloomington, Indiana University Press, 2014).

[68] Sean McMeekin, *The Russian Origins of the First World War* (Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University Press, 2011); trad. cast. *Nueva historia de la Revolución rusa* (Madrid, Taurus, 2017). Para más información sobre Rusia durante la Primera Guerra Mundial, véase Peter Holquist, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis*, 1914-1921 (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2002).

[69] Citado en Semion Goldin, *Russkaia armia i evrei*. 1914-1917 (Moscú, Mosty Kul'tury/Gesharim, 2018), p. 108. Para más información sobre los judíos en el ejército ruso durante la guerra, véase Yohanan Petrovsky-Shtern, *Jews in the Russian Army*, 1827-1917: *Drafted into Modernity* (Cambridge, Cambridge University Press, 2009),

pp. 248-268. Para una perspectiva más general sobre la situación de los judíos en el ejército, véase Derek J. Penslar, *Jews and the Military: A History* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2013).

70 Citado en Goldin, *Russkaia armia i evrei*, p. 111.

71 S. An-sky, *Gezamelte shriftn*, vol. 4 (Varsovia: Farlag «An-sky», 1928), p. 6; y S. An-sky, *The Enemy at His Pleasure: A Journey Through the Jewish Pale of Settlement During World War I*, trad. y ed. Joachim Neugroschel, (Nueva York, Metropolitan Books, 2002), p. 3. Véase también Marc Caplan, «A Disenchanted Elijah: Folklore, Conspiracy Theories, and Allegory en S. Ansky's Destruction of Galicia», *Polin: Studies in Polish Jewry*, p. 34 (en prensa).

72 *Khurbn Proskurov: Tsum ondenken fun di heylige neshomes, vos zaynen umgekumen in der shreklikher shkhite* (Nueva York, Levant Press, 1923 o 1924), p. 7.

73 «Der khurbn fun'm hornosteypoler hoyf», YIVO 80/51/4136.

74 N. P. Poletika, *Vidennoe i perezhitoe (iz vospominanii)* (Jerusalén, Biblioteka-Aliia, 1982).

75 An-sky, *The Enemy at His Pleasure*, p. 78; y Goldin, *Russkaia armia i evrei*, pp. 286-288. Véase también Peter Holquist, «The Role of Personality in the First (1914-1915) Russian Occupation of Galicia and Bukovina», en Dekel-Chen et al., *Anti-Jewish Violence*, pp. 52-73.

76 Citado en Holquist, «The Role of Personality», p. 54.

77 An-sky, *The Enemy at His Pleasure*, p. 91.

78 Véase Goldin, *Russkaia armia i evrei; Semion Goldin*, «'Ia srazu opoznal v nem zhida': evrei v dokumentakh russkoi armeiskoi kontrrazvedki i voennykh sudov v gody Pervoi mirovoi voiny», *Jews and Slavs* 19 (2008), pp. 132-145; Semion Goldin, «Deportations of Jews by the Russian Military Command, 1914-1915», *Jews in Eastern Europe* n.º 1 (2000) pp. 40-72; Vladimir Kosovsky, *Der idisher khurbn in Rusland*, (Nueva York, Tsentral Farband fun Bund in Amerike, 1915); G. Ioffe, «Vyselenie evreev iz prifrontovoi polosy v 1915 g», *Voprosy istorii*, n.º 9 (septiembre, 2001), pp. 85-97; Eric Lohr, «The Russian Army and the Jews: Mass Deportation, Hostages, and Violence During World War I», *Russian Review* 60, n.º 3 (julio 2001), pp. 404-419; Eric Lohr, *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign Against Enemy Aliens During World War I* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2003); Mindlin, *Antievreiskie pogromy*, pp. 350-378; Joshua A. Sanborn, «Unsettling the Empire: Violent Migrations and Social Disaster in Russia During World War I», *Journal of Modern History* 77, n.º 2 (junio 2005), pp. 290-324; D. A. Zaslavsky, «Iz 'Chernoi knigi' rossiiskago evreistva. Materialy dlia istorii voiny 1914-1915 g», *Evreiskaia starina* 10 (1918), pp. 195-296; y Konrad Zieliński, *Stosunki polsko-żydowskie na ziemiach Królestwa Polskiego w czasie pierwszej*

wojny światowej (Lublin, Wydawnictwo Uniwersytetu Marii Curie-Skłodowskiej, 2005).

79 Zaslavsky, «Iz 'Chernoi knigi'», p. 223.

80 Holquist, «The Role of Personality», p. 68.

81 «Vserossiiskomu s gorodskomu soizu pomoshchi bol'nym i ranenym voinam», DAKO 445/1/374/l.

82 Zaslavsky, «Iz 'Chernoi knigi'» p. 240.

83 «Dokladnaia zapiska KOPE k glavnoupolnomochennomu pravitel'stvennoi organizatsii po ustroistvu bezhentsev Iugo-Zapadnago fronta, Kniaziu Urusovu», DAKO 445/1/356/3.

84 Citado en Goldin, *Russkaia armia i evrei*, p. 117. Véase también «Dokladnaia zapiska KOPE», DAKO 445/1/356/3-6.

85 «Russia's Expulsion of Jews», *New York Times*, 15 de agosto, 1915.

86 Arnold Margolin, *Ukraina i politika Antanty zapiski evreia i grazhdanina* (Berlín, Izdatel'stvo S. Efron, 1922), p. 48.

87 Margolin, *Ukraina i politika Antanty*, p. 42.

88 Véase Roy Tomlin, «Celebrating the Romanov Tercentenary with Fabergé Imperial Presentation Gifts: A Review», http://www.fabergeresearch.com/downloads/fabfall2012featurestory.pdf.

89 Cecil L'Estrange Malone, *The Russian Republic* (Nueva York, Harcourt, Brace and Howe, 1920), p. 15; trad. cast. *La República rusa* (Madrid/ Barcelona, Calpe, 1920).

90 Margolin, *Ukraina i politika Antanty*, p. 42.

91 Orlando Figes, «'Down with the Jew Kerensky!'», *Jewish Quarterly* 45, n.º 2 (1 de enero, 1998), pp. 5-11. Curiosamente, el *Dearborn Independent's* «International Jew», publicado en los Estados Unidos bajo la dirección de Henry Ford, también repitió el bulo de que Kerensky era judío. *The International Jew, the World's Foremost Problem, Being a Reprint of a Series of Articles Appearing in The «Dearborn Independent» from May* 22 *to October* 2, 1920, vol. 1 (Dearborn, MI, Dearborn Publishing Company, 1920), p. 214.

92 Margolin, *Ukraina i politika Antanty*, p. 13.

93 Victoria Khiterer, «Arnold Davidovich Margolin: Ukrainian-Jewish Jurist, Statesman and Diplomat», *Revolutionary Russia* 18, n.o 2 (1 de diciembre, 2005), pp. 145-167.

94 Margolin, *Ukraina i politika Antanty*, p. 128.

95 Rosa Luxemburgo, *The Russian Revolution* y *Leninism or Marxism*? (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1961), p. 54; trad. cast. *La Revolución rusa* (Barcelona, Página Indómita, 2017).

96 Serhii Plokhy, *The Gates of Europe: A History of Ukraine* (Nueva York, Basic Books, 2015), pp. 201-207.

97 Abraham Revusky, *In di shvere teg oyf Ukrayne: zikhroynes fun a*

Yidishn minister (Berlín, Yidisher literarisher farlag, 1924), p. 43.

98 Shmuel Rubinshteyn, *Tsivshn fayer un shverd: bletlekh zikhroynes vegn birger-krig in Ukrayne*, 1918-1920 (Varsovia, Emes, 1924), p. 31.

99 «A la cour d'assises», YIVO 80/432/37257.

100 Revutsky, *In di shvere teg oyf Ukrayne*, p. 281.

101 «Petliura and the Poles», *Times* (Londres), 14 de octubre, 1919.

102 Para más información sobre Petliura, véase Sergei Shumov, *Petliurovshchina* (Moscú, Eksmo, 2005); y M. Popovicha y V. Mironenko, eds., *Glavnyi ataman: v plenu nesbytochnyx nadezhd* (Moscú/San Petersburgo, Letnii sad, 2008). Sobre su actitud con los judíos, véase Volodymyr Serhiychuk, *Symon Petliura and the Jewry* (Kiev, Iunivers, 2000); Taras Hunczak, *Symon Petliura and the Jews: A Reappraisal*, actualizado y revisado (Lwów, Ukrainian Historical Association, 2008); Zosa Szajkowski, «A Reappraisal of Symon Petliura and Ukrainian-Jewish Relations, 1917-1921': A Rebuttal», *Jewish Social Studies* 31, n.º 3 (1969), pp. 184-213; Serhii Iekelchyk, «Trahichna storinka Ukraïns'koï revoliutsii: Symon Petliura ta Ievreis'ki pogrom v Ukraini (1917-1920)», en Vasyl Mykhal'chuk, ed., *Symon Petliura ta ukraïns'ka natsional'na revoliutsiia* (Kiev, Rada, 1995), pp. 165-217; Christopher Gilley, «Beyond Petliura: The Ukrainian National Movement and the 1919 Pogroms», *East European Jewish Affairs* 47, n.o 1 (2017), pp. 45-61; y Christopher Gilley, «Beat the Jews, Save … Ukraine: Antisemitic Violence and Ukrainian State-Building Projects, 1918-1920», en Elissa Bemporad y Thomas Chopard eds., «The Pogroms of the Russian Civil War at 100: New Trends, New Sources», *Quest. Issues in Contemporary Jewish History*, n.o 15 (agosto 2019).

103 «A la cour d'assises», YIVO 80/432/37258.

104 Oleksander Udovychenko, *Ukraina u viini za derzhavnist': istoriia orhanizatsii i boiovykh dii Ukkrains'kykh zbroinykh syl*, 1917-1921 (Winnipeg, D. Mykytiuk, 1954).

105 Mikhail Bulgakov, *White Guard*, traducido por Marian Schwartz (New Haven, CT, Yale University Press, 2008), p. 77.

106 León Trotsky, *History of the Russian Revolution*, traducido por Max Eastman, vol. 3 (Londres, Sphere Books, 1967), p. 45; trad. cast. León Trotsky *Historia de la Revolución rusa* (Bilbao, Zero, 1973).

107 Citado en Solomon Goldelman, *Jewish National Autonomy in Ukraine*, 1917-1920 (Chicago, Ukrainian Research and Information Institute, 1968), p. 29; originalmente en Volodymyr Vynnychenko, *Vidrodzhennia natsii*, vol. 1 (Kiev, Dzvin, 1920), p. 295. Véase también el discurso de Vynnychenko del 16 de diciembre de 1917 en la Rada, registrado como «O natsional'nykh men'shinstvakh», CAHJP P10a/3/S1/3.

[108] Revutsky, *In di shvere teg oyf Ukrayne*, p. 15.

[109] Hay diferencias notables en los cálculos de las personas desplazadas durante la guerra. Véase Peter Gatrell, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia During World War I* (Bloomington, Indiana University Press, 1999), pp. 211-215; e Irina Berlova, *Vynuzhdennye migranty: bezhentsy i voennoplennye Pervoi mirovoi voiny v Rossii*, 1914-1925 (Moscú, Airo, 2014), pp. 39-47.

[110] «Khroniki revoliutsionnykh sobytii na Volyne za 1917-1921», DAZhO 1/1/118/32b.

[111] A. E. Shiller, «An Officer's Experience with Bolshevism», *Current History* 10, n.o 2 (1 de septiembre, 1919), p. 514.

[112] «Khroniki revoliutsionnykh sobytii na Volyne za 1917-1921», DAZhO 1/1/118/20-35.

[113] Ronald Grigor Suny, «Toward a Social History of the October Revolution», *American Historical Review* 88, n.º 1 (febrero de 1983), pp. 31-52; Laura Engelstein, *Russia in Flames: War, Revolution, Civil War*, 1914-1921 (Oxford, Oxford University Press, 2018), pp. 177-197; y Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of* 1917 *in Petrograd*, primera edición (Nueva York, W. W. Norton, 1976).

[114] Taras Hunczak, *The Ukraine*, 1917-1921: *A Study in Revolution* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1927), pp. 387-391; y Paul Robert Magosci, *A History of Ukraine: The Land and Its Peoples*, segunda edición (Toronto, University of Toronto Press, 2010), pp. 509-510.

[115] I. Stalin, «Chto takoe ukrainskaia rada», en *Sochineniia*, vol. 4 (Stanford, CA, Hoover Institution on War, Revolution, and Peace, Stanford University, 1967). El original fue publicado en *Pravda*, 15 de diciembre, 1917.

[116] Hay un debate sobre el número exacto de delegados que aparecieron en la asamblea y los partidos a los que representaban. Para más información sobre los resultados de las elecciones, véase Oliver H. Radkey, *Russia Goes to the Polls: The Election to the All-Russian Constituent Assembly*, 1917 (Ithaca, Cornell University Press, 1990), p. 23; y O. N. Znamenskii, *Vserossiiskoe uchreditel'noe sobranie* (Leningrado, Nauka, 1976), pp. 338-339.

[117] Arnold Margolin, *From a Political Diary: Russia, the Ukraine, and America*, 1905-1945 (Nueva York, Columbia University Press, 1946), p. 18.

[118] León Trotsky, *Lenin: Notes for a Biographer* (Nueva York, Capricorn Books, 1971), p. 113.

[119] Vynnychenko, *Vidrodzhennia natsii*, vol. 2, pp. 137-138.

[120] Arnold Margolin, *From a Political Diary: Russia, the Ukraine, and America*, 1905-1945 (Nueva York, Columbia University Press, 1946),

p. 29.

121 Margolin, *From a Political Diary*, p. 31.

122 Henry Abramson, *A Prayer for the Government: Ukrainians and Jews in Revolutionary Times*, 1917-1920 (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999).

123 «The First Interpellation Concerning Pogroms», YIVO 80/440/37597.

124 Taras Vintskovs'kyi y V. M. Khmars'kyi, *Chornomors'ka khvyia Ukraïns'koï revoliutsii: providnyky natsional'noho rukhu v Odesi u* 1917-1920 *rr*. (Odesa, Odes'kyi natsional'nyi universytet imeni I. I. Mechnykova, 2011).

125 Lidia B. Miliakova, ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny*, 1918-1922 *gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), pp. 5-6.

126 «Prikaz No. 5 o 1-mu Evreiskomu Pekhotnomu Batal'onu», 17 de febrero, 1918, TsDAVO 1688/1/1/6.

127 «Idishe oytonomie in Rusland», *Der tog*, 5 de diciembre, 1917.

128 *Evreiskaia Nedelia*, n.os 1-2 (18 de enero, 1918), pp. 23-25.

129 Volodymyr Vynnychenko, *Vidrodzhennia natsii*, vol. 1 (Kiev, Dzvin, 1920), p. 297.

130 Citado en E. Tsherikover, *Antisemitizm un pogromen in Ukrayne* 1917-1918 (Berlín, Mizrekh-Yidishn Historishn Arkhiv, 1923), p. 67.

131 Ottokar Theobald Otto Maria Czernin von und zu Chudenitz, *In the World War* (Nueva York, Cassell, 1919), p. 226. Para más información sobre las negociaciones, véase Włodzimierz Mędrzecki, «Germany and Ukraine Between the Start of the Brest-Litovsk Peace Talks and Hetman Skoropads'kyi's Coup», *Harvard Ukrainian Studies* 23, n.os ½ (junio 1999), pp. 47-71.

132 Czernin, *In the World War*, p. 216.

133 Ibidem, p. 220.

134 Ibid., p. 221.

135 William Hard, *Raymond Robins' Own Story* (Nueva York, Harper & Brothers, 1920), p. 125.

136 Andrei Lobanov-Rostovsky, *The Grinding Mill: Reminiscences of War and Revolution in Russia*, 1913-1920 (Nueva York, Macmillan, 1935), p. 323.

137 Czernin, *In the World War*, p. 231.

138 Ibidem, pp. 231-232.

139 León Trotsky, *My Life: An Attempt at an Autobiography* (Nueva York: C. Scribner's Sons, 1930), p. 365; trad. cast. *Mi vida* (Madrid, Verbum, 2019).

140 Czernin, *In the World War*, pp. 234-235.

141 «Zasedanie maloi rady», *Kievskaia Mysl'*, 18 de abril, 1918.

142 Committee of the Jewish Delegations, *The Pogroms in the Ukraine Under the Ukrainian Governments (*1917-1920*): Historical Survey with Documents and Photographs* (Londres, John Bale, Sons & Danielsson, 1927), p. 126.

143 Ibidem, p. 126.

144 Elye Tsherikover, *Di ukrayner pogromen in yor* 1919 (Nueva York, YIVO, 1966), p. 116. Véase también Miliakova, *Kniga pogromov*, pp. 119-154.

145 «Bolshevistskie pogromi», YIVO 80/195/16921; y Tsherikover, *Antisemitizm un pogromen*, pp. 275-291.

146 «Bolshevistskie pogromi», YIVO 80/195/16922, «Dokladnaia zapiska Soveta Kievskoi evreiskoi obshchiny k ministru vnutrennykh del Ukrainskoi derzhavy», YIVO 80/32/2881-2881. Para más información sobre los acontecimientos de Glujov y la presencia del antisemitismo en las filas del ejército bolchevique, véase Brendan McGeever, *Antisemitism and the Russian Revolution* (Cambridge, Cambridge University Press, 2019).

147 McGeever, *Antisemitism and the Russian Revolution*, pp. 53-87.

148 Tsherikover, *Antisemitizm un pogromen*, pp. 74-75.

149 V. Savchenko, *Dvenadtsat' voin za Ukrainu* (Kharkiv, Folio, 2005), p. 55.

150 Victoria Khiterer, *Jewish Pogroms in Kiev During the Russian Civil War*, 1918-1920 (Lewiston, NY, Edwin Mellen Press, 2015), pp. 17-18; y «Les pogroms antijuifs en Ukraine en 1917-1920 et le role de Petlioura», CAHJP P10a/1-S1-2, 3.

151 A. E. Shiller, «An Officer's Experience with Bolshevism», *Current History* 10, n.o 2 (1 de septiembre, 1919), p. 515.

152 *Proceedings of the Brest-Litovsk Peace Conference: The Peace Negotiations Between Russia and the Central Powers* (Wilmington, DE, Scholarly Resources, 1974), p. 136.

153 *Proceedings of the Brest-Litovsk Peace Conference*, pp. 138-139.

154 Ibidem, p. 158.

155 Citado en Mędrzecki, «Germany and Ukraine», p. 50.

156 Ibidem, p. 52.

157 Ibid., p. 51. Véase también Xenia Joukoff Eudin, «The German Occupation of the Ukraine in 1918», *Russian Review* 1, n.o 1 (1941), pp. 90-105; y Henry Cord Meyer, «Germans in the Ukraine, 1918: Excerpts from Unpublished Letters», *American Slavic and East European Review* 9, n.o 2 (1950), pp. 105-115. Para más información sobre la ocupación alemana, véase Frank Grelka, *Die Ukrainische Nationalbewegung unter deutsch Besatzungsherrschaft* 1918 *und* 1941/1942 (Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2005).

158 Trotsky, *My Life*, p. 377.

159 Ibidem, p. 390. Para los detalles del tratado, véase Borislav Chernev, *Twilight of Empire: The Brest-Litovsk Conference and the Remaking of East-Central Europe*, 1917-1918 (Toronto, University of Toronto Press, 2017), pp. 212-120; e Irina Mikhutina, *Ukrainskii Brestskii mir* (Moscú, Evropa, 2017).

160 «Russian Sugar Notes», *International Sugar Journal* 15 (abril 1913), pp. 159-160; «The Sugar Situation in Europe», *Sugar* 18 (1916), pp. 256-259; y «Russia», *Sugar* 18 (1916), p. 526.

161 Larysa Bilous, «Jews in Wartime Urban Space: Ethnic Mobilization and the Formation of a New Community in Kyiv, 1914-1918» (tesis doctoral, Universidad de Alberta, 2018), p. 136.

162 James Bunyan, *Intervention, Civil War, and Communism in Russia, April-December* 1918: *Documents and Materials* (Baltimore, Johns Hopkins Press, 1936), pp. 7-8.

163 Citado en Włodzimierz Mędrzecki, «Germany and Ukraine Between the Start of the Brest-Litovsk Peace Talks and Hetman Skoropads'kyi's Coup», *Harvard Ukrainian Studies* 23, n.os ½ (junio 1999), p. 53.

164 Mędrzecki, «Germany and Ukraine», pp. 9-13.

165 Pavlo Petrovych Skoropads'kyj, *Erinnerungen*: 1917 *bis* 1918 (Stuttgart, F. Steiner, 1999), p. 168.

166 Ibidem, p. 168.

167 Ibid., p. 85.

168 Traducción corregida de Bunyan, *Intervention, Civil War, and Communism in Russia*, pp. 16-17.

169 Citado en Henry Cord Meyer, «Germans in the Ukraine, 1918: Excerpts from Unpublished Letters», *American Slavic and East European Review* 9, n.º 2 (1950), p. 108.

170 Elye Tsherikover, *Antisemitizm un pogromen in Ukrayne* 1917-1918 (Berlín, Mizrekh-Yidishn Historishn Arkhiv, 1923), p. 160; nota publicada por el comandante del distrito alemán coronel Nickisch von Roseneck, 18 de julio 18, 1918, traducido de CAHJP P10a/1/S2/8.

171 Orden de la Brigada de Caballería Real e Imperial, «Influence of Jewry on the Men», 25 de agosto, 1918. Traducida de de CAHJP P10a/1/S2/9.

172 Tsherikover, *Antisemitizm un pogromen*, p. 163.

173 George Katkov, «The Assassination of Count Mirbach», en David Footman, ed., *Soviet Affairs*, vol. 3 (Londres, Chatto & Windus, 1962), pp. 53-93; Lutz Hafner, «The Assassination of Count Mirbach and the 'July Uprising' of the Left Socialist Revolutionaries in Moscow, 1918», *Russian Review* 50, n.º 3 (julio, 1991), pp. 328-344; y Yuri Felshtinsky,

Lenin and His Comrades: The Bolsheviks Take Over Russia, 1917-1924 (Nueva York, Enigma Books, 2010), pp. 105-108.

174 «Protokol Eliasberg, Efim», 20 de junio, 1919, YIVO 80/199/17516; y «Zakliuchenie sledstvennoi kommissii po delu o pervom i vtorom pogromakh v gorode Zhitomire», YIVO 80/200/17689. Véase también «Khroniki revoliutsionnykh sobytii na Volyne za 1917-1921», DAZhO 1/1/118/42.

175 Tsherikover, *Antisemitizm un pogromen*, pp. 275-277.

176 La Checa fue originalmente creada como Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje, pero su nombre cambió en 1918.

177 Citado en Bunyan, *Intervention, Civil War, and Communism in Russia*, p. 227.

178 Citado en ibidem, p. 238.

179 Martyn Latsis, citado en ibidem, p. 261.

180 Sergey Petrovich Melgounov, *The Red Terror in Russia* (Londres, J. M. Dent & Sons, 1925), p. 77. Véase también I. S. Ratkovskii, *Krasnyi terror i deiatel'nost' V'CHK v* 1918 *godu* (San Petersburgo, St. Petersburg University Press, 2006); A. S. Velidov, *Krasnaia kniga VChK* (Moscú, Politicheskaia literatura, 1989); y James Ryan, «The Sacralization of Violence: Bolshevik Justifications for Violence and Terror During the Civil War», *Slavic Review* 74, n.º 4 (2015), pp. 808-831.

181 Orlando Figes, *A People's Tragedy: A History of the Russian Revolution* (Nueva York, Viking, 1996), p. 534.

182 Christy Jean Story, «In a Court of Law: The Revolutionary Tribunals in the Russian Civil War, 1917-1921» (tesis doctoral, Universidad de California-Santa Cruz, 1998), p. 145; Matthew Rendle, «Revolutionary Tribunals and the Origins of Terror in Early Soviet Russia», *Historical Research* 84, n.º 226 (noviembre 2011), pp. 693-721; Matthew Rendle, «The Battle for Spaces and Places in Russia's Civil War: Revolutionary Tribunals and State Power, 1917-1922», *Historical Research* 90, n.º 247 (febrero 2017), pp. 101-116; y Matthew Rendle, «Quantifying Counter-Revolution: Legal Statistics and Revolutionary Justice During Russia's Civil War, 1917-1922», *Europe-Asia Studies* 68, n.º 10 (diciembre 2016), pp. 1672-1692.

183 Rendle, «Quantifying Counter-Revolution», p. 1683.

184 Joseph Schechtman, *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine* (Berlín, Ostjüdisches Historisches Archiv, 1932), pp. 282-283.

185 John Ernest Hodgson, *With Denikin's Armies: Being a Description of the Cossack Counter-Revolution in South Russia*, 1918-1920 (Londres, Temple Bar Publishing, 1932), p. 55.

186 Solomon Goldelman, *Jewish National Autonomy in Ukraine*, 1917-1920 (Chicago, Ukrainian Research and Information Institute, 1968), p. 33.

187 *American Jewish Chronicle*, 21 de septiembre, 1917, p. 522.

188 «Mirovaia revoliutsiia nachalas'!» *Pravda*, 1 de noviembre, 1918.

189 «Vsia severnaia Germaniia-v rukakh vosstavshikh rabochikh, matrosov i soldat. Vo vsekh gorodakh-Sovety rabochikh soldatskikh deputatov. Korona Vil'gel'ma upala v griaz'. Eto-chetvertaia po schetu!», *Pravda*, 10 de noviembre, 1918.

190 Adolf Hitler, *Mein Kampf*, traducido por Ralph Manheim (Boston, Houghton Mifflin, 1943), pp. 202-203; trad. cast. *Mi lucha* (Madrid, Real del Catorce, 2016). Para análisis más recientes que cuestionan este relato, véase Thomas Weber, *Becoming Hitler: The Making of a Nazi* (Nueva York, Basic Books, 2017); trad. cast. *De Adolf a Hitler* (Barcelona, DeBolsillo, 2021).

191 Joseph V. Fuller, ed., *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, the Paris Peace Conference*, 1919, vol. 2 (Washington, D. C., Government Printing Office, 1944), p. 136.

192 Mikhail Bulgakov, *Notes on the Cuff and Other Stories*, trad. Alison Rice (Ann Arbor, MI, Ardis, 1991), p. 209.

193 John S. Reshetar Jr., *The Ukrainian Revolution*, 1917-1920: *A Study in Nationalism* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1952), p. 147. Véase también Skoropads'kyj, *Erinnerungen*, pp. 356-357.

194 Markian Prokopovych, *Habsburg Lemberg: Architecture, Public Space, and Politics in the Galician Capital*, 1772-1914 (West Lafayette, IN, Purdue University Press, 2009); y Christoph Mick, *Lemberg, Lwów, L'viv*, 1914-1947: *Violence and Ethnicity in a Contested City* (West Lafayette, IN, Purdue University Press, 2015), pp. 1-16.

195 Citado en Mick, *Lemberg, Lwów, L'viv*, pp. 144-145.

196 Misión de los Estados Unidos en Polonia, S. Doc. n.º 177, en 5 (1920).

197 Para más información sobre los sucesos ocurridos en la ciudad, véase Mick, *Lemberg, Lwów, Lviv*, pp. 137-174; William W. Hagen, *Anti-Jewish Violence in Poland*, 1914-1920 (Nueva York, Cambridge University Press, 2018), pp. 148-172; Zbigniew Zaporowski, «Ofiary rozruchów i rabunków we Lwowie 22-24 listopada 1918 roku w świetle ustaleń Lwowskiej Dyrekcji Policji», *Pamięć i sprawiedliwość* 1, n.º 31 (2018), pp. 465-470; y Zbigniew Zaporowski, «Wokół wydarzen we Lwowie 22-24 listopada 1918 roku», *Pamięć i sprawiedliwość* 1, n.º 33 (2019), pp. 270-281.

198 Israel Cohen, *A Report on the Pogroms in Poland* (Londres, Central Office of the Zionist Organization, 1919), p. 27.

199 Citado en Hagen, *Anti-Jewish Violence in Poland*, 161. Ver también Leonid Kondratiuk, «The Ukrainian-Galician Army in the Ukrainian-Polish War, 1918-1919» (trabajo de fin de máster de la Universidad Estatal de Kansas, 1979).

200 Citado en Mick, *Lemberg, Lwów, L'viv*, p. 160.

201 Citado en Hagen, *Anti-Jewish Violence in Poland*, p. 166.

202 «A Record of Pogroms in Poland», *New York Times*, 1 de junio, 1919; «Di pogrom shkhites in Lemberg geshildert fun eydes far der idisher kamisie fun Varshoy», *Di varhayt*, 15 de febrero, 1919. Véase también David Engel, «Lwów, 1918: The Transmutation of a Symbol and Its Legacy in the Holocaust», en Joshua D. Zimmerman, ed., *Contested Memories: Poles and Jews During the Holocaust and Its Aftermath* (New Brunswick, Rutgers University Press, 2002) pp. 32-44. El informe Morgenthau da la cifra de sesenta y cuatro judíos muertos.

203 Citado en Mick, *Lemberg, Lwów, L'viv*, p. 162.

204 Citado en ibidem, p. 159.

205 Cohen, *Pogroms in Poland*, p. 33.

206 Hagen, *Anti-Jewish Violence in Poland*, p. 124.

207 *Neue jüdische Monatshefte* 3, n.os 3-5 (1918-1919), p. 111.

208 Joseph V. Fuller, *Foreign Relations of the United States, Paris Peace Conference*, vol. 2, p. 121.

209 Ibidem, p. 413.

210 Ibid., p. 419.

211 Mikhail Bulgakov, *White Guard*, traducido por Marian Schwartz (New Haven, CT, Yale University Press, 2008), p. 76; trad. cast. *La Guardia Blanca* (Barcelona, DeBolsillo, 2014).

212 Stephen Velychenko, *State Building in Revolutionary Ukraine: A Comparative Study of Governments and Bureaucrats*, 1917-1922 (Toronto, University of Toronto Press, 2011), p. 147.

213 Ilya Ehrenburg, *First Years of Revolution*, 1918-1921 (Londres, MacGibbon & Kee, 1962), p. 80.

214 «Tsu der direktorie fun der ukrayner folksrepublik», 19 de diciembre, 1918, YIVO 80/453/38180.

215 «Fun ministerium far idishe inyonim», Naye tsayt, 29 de enero, 1919, in TsDAVO 3304/1/7/18.

216 Arnold Margolin, *From a Political Diary: Russia, the Ukraine, and America*, 1905-1945 (Nueva York, Columbia University Press, 1946), pp. 34-35.

217 Ibidem, p. 36.

218 William E. Gill, «The Russian-American Hide and Leather Trade», *Russia: A Journal of Russian-American Trade* 1, n.º 4 (agosto 1916), pp. 11-18.

219 Pavlo Shandruk, *Arms of Valor* (New York, R. Speller, 1959), p.

63.

220 Entrevista con Veniamin Leybovich Feldman, 24 de mayo, 2003, Óvruch, Ukraine, AHEYM, MDV 624.

221 Para consultar una lista de los nombres de las cincuenta y ocho víctimas, véase «Di reshime fun gehargete in ovrutsher pogrom», DAKO FR-R-3050/1/268/6. El informe de Hillerson sobre el pogromo de Óvruch está disponible con el título «Doklad upolnomochennago A. I. Gillersona», R-3050/ 1/225/1-9 y YIVO 80/177/15295-15303. Una versión íntegra también está publicada en Lidia B. Miliakova, ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny, 1918-1922 gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), pp. 32-44; y se puede encontrar una traducción al inglés en Elias Heifetz, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in* 1919 (Nueva York, Thomas Seltzer, 1921). Las citas posteriores están sacadas de un ejemplar de YIVO.

222 N. Gergel, «The Pogroms in the Ukraine in 1918-21», YIVO *Annual of Jewish Social Science* 6 (1951), p. 240.

223 Evreiskoe Statisticheskoe Obshchestvo, *Evreiskoe naselenie Rossii po dannym perepisi* 1897 *g i po noveishim istochnikam* (Petrogrado: Kadima, 1917), p. 17.

224 John Martin Crawford, ed., *The Industries of Russia: Manufactures and Trade*, vol. 1 (San Petersburgo, Departamento Agricultura, Ministerio de los Dominios de la Corona, 1893), pp. 80-104.

225 N. A. Trointskii, ed., *Pervaia vseobshchaia perepis' naseleniia Rossiiskoi Imperii, 1897 g*, vol. 8 (San Petersburgo, Tsentral'nyi statisticheskii komitet MVD, 1899-1907), p. 83-84. Los judíos representaban menos del diez por ciento de la población rural a finales de siglo.

226 «Doklad upolnomochennago S. S. Kagana. Ovruch-Korosten», YIVO 80/177/15306.

227 Ibidem, YIVO 80/177/15307.

228 Ibid., YIVO 80/177/15308.

229 «Panu golovi direktorii ukrainskoi narodnoi respubliki», TsDAVO 1429/1/21/2.

230 Para más información sobre Kozyr-Zirka, véase Iaroslav Tynchenko, *Ofitsers'kyi korpus armii Ukrains'koi Narodnoi Respubliky*, 1917-1921 (Kiev, Tempora, 2007), pp. 206-207.

231 «Doklad upolnomochennago A. I. Gillersona», YIVO 80/177/15296.

232 «Kozyr-Zirka», TsDAVO 4011/2/5/pp. 44-45.

233 «Doklad upolnomochennago S. S. Kagana», YIVO 80/177/15307.

234 «Doklad upolnomochennago A. I. Gillersona», YIVO

80/177/15296.

235 «Tsu di geshehenishn in Ovrutsh», YIVO 80/177/15316.

236 «Doklad upolnomochennago A. I. Gillersona», YIVO 80/177/15296.

237 «Doklad upolnomochennago S. S. Kagana», YIVO 80/177/15307-15309.

238 Este detalle sobre las vías del tren está extraído de un informe de la Cruz Roja de los archivos de la JDC, Archivos de la Oficina de Nueva York, 1919-1921, Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, carpeta 256.2.

239 «Doklad upolnomochennago A. I. Gillersona», YIVO 80/177/15297.

240 «Toyzende iden oysgekoylet in Ukrayne», *Der morgen zhurnal*, 7 de abril, 1919.

241 «Obrashcheniia vseukrainskogo tsentral'nogo komitet pomoshchi evreiskomu naseleniiu», DAKO 445/4/8/13-14.

242 Para más información sobre las violaciones durante los pogromos, véase Irina Astashkevich, *Gendered Violence: Jewish Women in the Pogroms of* 1917 *to* 1921 (Boston, Academic Studies Press, 2018).

243 «Doklad upolnomochennago A. I. Gillersona», YIVO 80/177/15298.

244 Ibidem, YIVO 80/177/15299.

245 «Sobitiia v Ovruche», YIVO 80/177/15319; y «Ovruch», YIVO 80/177/ 15310.

246 «Obrashcheniia vseukra7inskogo tsentral'nogo komitet», DAKO 445/4/8/ 13-14.

247 «Donesenie evreiskoi obshchina o pogrome v Ovruche», TsDAVO 3301/2/ 84/2.

248 Véase Chone Shmeruk, «Mayufes: A Window on Polish-Jewish Relations», *Polin: Studies in Polish Jewry* 10 (1997), pp. 273-286; y Bret Werb, «Mayufes: A Vestige of Jewish Traditional Song in Polish Popular Entertainments», *Polish Music Journal* 6, n.º 1 (verano, 2003), https://polishmusic.usc.edu/research/publications/polish-music-journal/vol6no1/majufes/.

249 Donald L. Horowitz, *The Deadly Ethnic Riot* (Berkeley: University of California Press, 2001), pp. 114-115.

250 «Donesenie evreiskoi obshchina», TsDAVO 3301/2/84/2; y Meir Grossman, «Di masen-shkhites oyf iden in Ukraine», *Der morgen zhurnal*, 5 de octubre, 1919.

251 «Doklad upolnomochennago S. S. Kagana», YIVO 80/177/15309.Véase también «Donesenie evreiskoi obshchina», TsDAVO 3301/2/84/2, que numera veintisiete asesinatos.

252 Abraham Revusky, *In di shvere teg oyf Ukrayne: zikhroynes fun a Yidishn minister* (Berlín, Yidisher literarisher farlag, 1924), pp. 137-138.

253 Arnold Margolin, *Ukraina i politika Antanty zapiski evreia i grazhdanina* (Berlín, Izdatel'stvo S. Efron, 1922), p. 125.

254 Mikhail Bulgakov, *White Guard*, traducido por Marian Schwartz (New Haven, CT, Yale University Press, 2008), p. 58 (traducción corregida).

255 «Doklad upolnomochennago A. I. Gillersona», YIVO 80/177/15302.

256 «K pervomu pogromu v Zhitomire (material sledstvennoi komissii)», DAKO R-3050/1/127/25. Para más información sobre la situación de la ciudad, véase G. L. Makhorin, *Ukrain'ska natsional'na revoliutsiia* 1917-1922 *rr. Ta ii perebih na Zhytomyrshchyni* (Zhytómyr, Evenok, 2017).

257 «K pervomu pogromu», DAKO R-3050/1/127/33.

258 «Khroniki revoliutsionnykh sobytii na Volyne za 1917-1921», DAZhO 1/1/118/50-51.

259 «K 1-mu zhitomirskomu pogromu», YIVO 80/199/17471.

260 «Doklad glavnokomanduiushchemu voiskom iugo-zapadnogo raiona», 20 de febrero, 1919, YIVO 80/45/3749.

261 «K pervomu pogromu», DAKO R-3050/1/127/39.

262 Ibidem, DAKO R-3050/1/127/40.

263 Ibid., DAKO R-3050/1/127/41.

264 Ibid., DAKO R-3050/1/127/39b.

265 Ibid., DAKO R-3050/1/127/39 y «Khroniki revoliutsionnykh sobytii», DAZhO 1/1/118/53-54.

266 Había nueve o quizás diez judíos entre los cuarenta y nueve delegados que formaban parte del consejo.

267 «Khroniki revoliutsionnykh sobytii», DAZhO 1/1/118/54-54b.

268 «Protokol Bezymensky, Noyakh», 14 de febrero, 1919, YIVO 80/197/ 17081.

269 «Protokol Bregman, Avraam», 14 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17082.

270 «Protokol Stakhovsky, Shlem», 12 de febrero, 1919, YIVO 80/197/ 17077b; y «Protokol Bregman», YIVO 80/197/17082.

271 «Protokol Bezymensky», YIVO 80/197/17081.

272 «Protokol Brusilovsky, Duvid», 14 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17088.

273 «Protokol Bezymensky», YIVO 80/197/17081.

274 «Protokol Bregman», YIVO 80/197/17082.

275 «Protokol Bezymensky», YIVO 80/197/17081. Véase también

«Protokol Brusilovsky», YIVO 80/19717088; «Protokol Bregman», YIVO 80/197/17082; y «Protokol Vaynshteyn, Shmul», 16 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17094.

276 «Protokol Bregman», YIVO 80/197/17082.

277 «Protokol Brusilovsky», YIVO 80/197/17088.

278 «Protokol Brusilovsky», YIVO 80/197/17088; «Protokol Bezymensky», YIVO 80/197/17081; y «Protokol Bregman», YIVO 80/197/17082.

279 «K pervomu pogromu», DAKO R-3050/1/127/33-33b.

280 «K pervomu pogromu», DAKO R-3050/1/127/33b.

281 «Protokol Eliasberg, Efim», 20 de junio, 1919, YIVO 80/199/17519.

282 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii po delu o pervom i vtorom pogromakh v gorode Zhitomire», YIVO 80/200/17700.

283 «K pervomu pogromu», DAKO R-3050/1/127/30.

284 Ibidem, DAKO R-3050/1/127/30-31.

285 Ibid., DAKO R-3050/1/127/13.

286 Ibid., DAKO R-3050/1/127/25b.

287 Comité de las Delegaciones Judías, *The Pogroms in the Ukraine Under the Ukrainian Governments (*1917-1920*): Historical Survey with Documents and Photographs* (Londres, John Bale, Sons & Danielsson, 1927), pp. 171-172.

288 «K pervomu pogromu», DAKO R-3050/1/127/42.

289 «K pervomu pogromu», DAKO R-3050/1/127/30-31.

290 Lidia B. Miliakova ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny*, 1918-1922 *gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), p. 29.

291 «Protokol Eliasberg», YIVO 80/199/17520.

292 «K pervomu pogromu», DAKO R-R-3050/1/127/34.

293 «Protokol Eliasberg», YIVO 80/200/17767.

294 «Protokol Shulkhin, Yulii», 14 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17087.

295 «Protokol Gorlovsky, Zelman», 9 de febrero, 1919, YIVO 80/197/ 17058.

296 Por ejemplo, «Protokol Shulkhin, Yulii», 14 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17087.

297 «Protokol Taran, Pavel», 1 de julio, 1919, YIVO 80/199/17515.

298 «N485 In alukraynishn idishn hilfs-komitet», YIVO 80/200/17770.

299 «Protokol R», 11 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17068.

300 «K pervomu pogromu», DAKO R-R-3050/1/127/31b.

301 «Protokol Zamd, Elia-Aron», 10 de marzo, 1919, YIVO

80/198/17358; «Protokol Segal, Pesia», 7 de marzo, 1919, RU 80/198/17334; «Protokol Nudel Shama», 10 de marzo, 1919, YIVO 80/198/17359; y «Protokol Gaetsky, Hirsh», 18 de febrero, 1919, YIVO 80/199/17116.

302 «Protokol Nudel», YIVO 80/198/17359.

303 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17702.

304 «Protokol Eliasberg», YIVO 80/200/17767.

305 «Protokol Azhorskii, Kive-Khayim», 17 de febrero, 1919, YIVO 80/197/ 17128.

306 «The Dvórnik», *Russia: A Journal of Russian-American Trade* 1, n.º 4 (agosto 1916), p. 31.

307 «Protokol Filtser, Shlem-Avrum», 6 de febrero, 1919, YIVO 80/197/ 17039.

308 «Protokol Melamed, Itskhok», 4 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17033.

309 «Protokol Pressman, Shlem Pressman», 6 de febrero 1919, YIVO 80/197/17038. Véase también «Protokol Kovalskii, Evsei Kovalskii», 6 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17041.

310 «Protokol Vinkur, Moisei», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17071.

311 «K pervomu pogromu», DAKO R-3050/1/127/36-37b.

312 «Zakliuchenie o dal'neishem napravlenii dela Kharitiny Shumskoi», DAZhO 1820/5/128.

313 «Protokol Slepak, Elia-Itskhok», 7 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17048.

314 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17750.

315 «Zakliuchenie o dal'neishem napravlenii dela po obvineniiu Georgeiia Pazdernika, Agafii Ivashchenko, Gustava Fezera i Idy Fezer», DAZhO 1820/ 5/136/2b.

316 «Zakliuchenie o dal'neishem napravlenii», DAZhO 1820/5/136/2b.

317 Ibidem, DAZhO 1820/5/136/2b.

318 Ibid., DAZhO 1820/5/136/3.

319 Ibid., DAZhO 1820/5/136/3b.

320 Ibid., DAZhO 1820/5/136/3.

321 «Protokol Frenkel, Meyer», 12 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17072.

322 «Protokol Feldman, Khana», 7 de marzo, 1919, YIVO 80/198/17335.

323 «Protokol Makaron, Avrum», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/ 17063.

324 «Protokol Pressman», YIVO 80/197/17038; «Protokol Menamer,

Borukh», 11 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17066; y «Protokol Hirman, Pinkhus», 12 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17076.

325 «Protokol Kovalsky, Evsey; Kovalsky, Alexander; and Kogan, Mikhail», 6-8 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17042.

326 «Protokol Stakhovsky, Shlem; Stakhovsky Alexander; and Bobr, Fyodor», 12 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17077-17078.

327 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17708.

328 «Protokol Vainshtein, Moisei», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17060; «Protokol Prokh, Mishlem-Zus», 2 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17073; «Protokol Poliak, Dr. Gersh», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17062; «Protokol Feldman, Perets», 11 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17070; «Protokol Lyubarsky, Nakhman», 7 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17050.

329 «Protokol Lyubarsky», YIVO 80/197/17050.

330 Ibidem, YIVO 80/197/17050b.

331 «Protokol Vaynshteyn», YIVO 80/197/17060b.

332 Ibidem, YIVO 80/197/17060; «Protokol Lerman, Pinkhos», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17064; «Protokol Korol, Aron», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17061; «Protokol Polyak, Dr. Hersh», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17062; «Protokol Feldman, Perets», 11 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17070; «Protokol Prokh, Avrum», 11 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17069; «Protokol Prokh, Mishlem», 11 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17073; «Protokol Vaynshtayn, Pen», febrero, sin fecha, 1919, YIVO 80/197/17075; «Protokol Tartakovsky, Grigory», 13 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17079; y «Protokol Lyubarsky», YIVO 80/197/17050.

333 «Protokol Kashuk, Shmul», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17059.

334 «Khroniki revoliutsionnykh sobytii na Volyne za 1917-1921», DAZhO 1/1/118/113-114.

335 El informe oficial de la comisión de investigación contabiliza cincuenta y tres muertes. El gobernador provincial eleva la cifra a noventa, y Eliasberg, a ochenta. El libro conmemorativo de Zhytómyr nombra a cuarenta y ocho víctimas, mientras que la prensa extranjera habla de doscientas. Tsherikover, *Di ukrayner pogromen in yor* 1919 (Nueva York, YIVO, 1966), p. 85; Abraham Revusky, *In di shvere teg oyf Ukrayne: zikhroynes fun a Yidishn minister* (Berlín, Yidisher literarisher farlag, 1924), p. 152; «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17769; Yizkor dem ondeynken fun di Zshitomirer kdoshim (Nueva York, Zshitomirer fareynigten relif komi, 1921), pp. 37-38; y «Shreklikhe shkhite oyf iden in Zshitomir», *Der morgen zhurnal*, 11 de febrero, 1919.

336 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17725-6.

337 Comité de Delegaciones Judías, *The Pogroms in the Ukraine*, p. 171.

338 Véase «How Palienko Was Punished», CAHJP P10a/1/S2/18.

339 Ilya Ehrenburg, *First Years of Revolution*, 1918-1921 (Londres, MacGibbon & Kee, 1962), p. 81.

340 «In alukraynishn idishn hilfs-komitet», YIVO 80/200/17770-17774.

341 «Zhytomyr protokoly iuridicheskago biuro», YIVO 80/197-200/17030-17359.

342 «Protokol Reznik, Shulim», 20 de febrero, 1919, YIVO 80/198/17136.

343 «Protokol Vinokur, Moisei», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17071.

344 Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 87.

345 «Protokol Bromshteyn, Idko», 16 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17103b; «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17711; y «Protokol Volyansky, Berko», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17048b.

346 Véase «Dokladnaia zapiska», YIVO 80/200/17757-17763.

347 «Protokol Moyshe Toybenshlak», 17 de febrero, 1919, YIVO 80/197/ 17109b.

348 «Protokol Zelman Fayner», 9 de febrero, 1919, YIVO 80/197/17055.

349 Declaración de Giterman. También «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17723.

350 «K pervomu pogromu», DAKO R-3050/1/127/26.

351 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17711-17712.

352 Ibidem, YIVO 80/200/17727-9. Véase también Revusky, *In di shvere teg oyf Ukrayne*, pp. 270-272; I. Giterman, «Istoriia odnogo soveshchania o pogrome», CAHJP P10a/3/S1/6; y Comité de Delegaciones Judías, *The Pogroms in the Ukraine*, pp. 172-176.

353 Gustave Le Bon, *The Crowd: A Study of the Popular Mind* (Londres, T. F. Unwin, 1926), pp. 29-30; trad. cast. *Psicología de las masas* (Madrid, Morata 2005).

354 Sigmund Freud, *Group Psychology and the Analysis of the Ego* (Nueva York, Boni & Liveright, 1922), p. 10; trad. cast. *Psicología de las masas y análisis del yo* (Madrid/Buenos Aires, Amorrortu, 2017).

355 Mark Granovetter, «Threshold Models of Collective Behavior», *American Journal of Sociology* 83, n.º 6 (mayo 1978), p. 1422.

356 Donald L. Horowitz, *The Deadly Ethnic Riot* (Berkeley, University of California Press, 2001), p. 58.

357 Revutsky, *In di shvere teg oyf Ukrayne*, p. 150.

[358] Para más información sobre el pogromo de Proskuriv, véase el informe Hillerson, en Lidia B. Miliakova, ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny*, 1918-1922 *gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), pp. 47-65; y su traducción al inglés en Elias Heifetz, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in* 1919 (Nueva York, Thomas Seltzer, 1921), pp. 202-227; Zvi Zektser (Hirsch Zekcer), «Mertvyi gorod», YIVO 80/34342-34389; y *Khurbn Proskurov: tsum ondenken fun di heylige neshomes, vos zaynen umgekumen in der shreklikher shkhite* (Nueva York, Levant, 1923 o 1924). Véase también el análisis de Tsherikover, *Di ukrayner pogromen in yor* 1919 (Nueva York, YIVO, 1966), pp. 114-164.

[359] V. Lukin, ed., 100 *evreiskikh mestechek Ukrainy, vol*. 1 (Jerusalén, Ėzro, 1998), p. 181.

[360] Serhii Iesiunin, *Mista Podilia u druhii polovyni XIX-na pochatku XX st* (Khmelnytskyi, FOP Mel'nyk A. A., 2015), pp. 152-154; y Leonid Zapadenko, «Gorod nachinaetsia s vokzala», http://www.sandronic.ru/e/3170626-gorod-nachinaetsya-s-vokzala.

[361] Iesiunin, *Mista Podilia*, p. 50.

[362] Para más información sobre la historia de la ciudad y de su población judía, véase «Report on Proskurov, Podolsk Gubernia», Archivos JDC, Informes sobre la oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, carpeta 502.

[363] Zektser, «Mertvyi gorod», YIVO 80/381/34349.

[364] Ibidem, YIVO 80/381/34350.

[365] Bernard Lecache, *Quand Israël meurt* (París, Editions du Progrès civique, 1927), p. 220.

[366] Pavlo Shandruk, *Arms of Valor* (Nueva York, R. Speller, 1959), p. 69.

[367] «Protokol Semosenko-Shidlovskaya, Anna», 27 de octubre, 1927, YIVO 80/404/35272-35273b.

[368] *Khurbn Proskurov*, p. 17.

[369] «Protokol No. 8 Shenkman, Lev Moiseevich», DAKO R-3050/1/237/ 22-23.

[370] Ivan Alekseev, *Iz vospominanii levogo esera: podpol'naia rabota na Ukraine* (Moscú, Glavpolitprosvet, 1922), p. 32. La estación Zhmerynka fue tan importante que los socialistas revolucionarios de izquierda encomendaron la tarea a su mejor agente, Yakov Bliumkin. Pero Bliumkin, que había asesinado al embajador alemán Wilhelm von Mirbach en 1918 y trabajaba entonces bajo el nombre de guerra Vishnevsky, no se mostró deseoso de colaborar con los bolcheviques en esta ocasión. De modo que el partido nombró a Alekseev y confió en él para que sustituyera a Bliumkin y estableciese un Comité

Revolucionario Militar.

371 Véase el informe del 9 de febrero de 1919 TsDAVO 1429/05/0018/2.

372 Alekseev, *Iz vospominanii*, p. 33.

373 Para más información sobre los detalles, véase Zektser, «Mertvyi gorod», YIVO 80/381/34359; y «Kto v deistvitel'nosti ustroil bol'shevistkoe vozstanie v proskurov nakanun pogroma», YIVO 80/381/34338-34341.

374 «Protokol No. 5 Vasserman, Simkha Abramovich», DAKO R-3050/1/ 237/19b.

375 «Protokol No. 18 Ioffe, Il'ia Izrailevich», DAKO R-3050/1/237/36-36b.

376 «Protokol No. 18 Ioffe», DAKO R-3050/1/237/35-37b.

377 Ibidem, DAKO R-3050/1/237/37b.

378 «Protokol No. 8 Shenkman», DAKO R-3050/1/237/22b.

379 Ibidem, DAKO R-3050/1/237/22b.

380 Ibid., DAKO R-3050/1/237/22b.

381 Alekseev, *Iz vospominanii*, p. 34.

382 «Protokol No. 5 Vasserman, Simkha Abramovich», DAKO R-3050/1/ 237/20.

383 Ibidem, DAKO R-3050/1/237/20.

384 «Protokol No. 13 Verkhola, Trofim Fedorovich», DAKO R-3050/1/ 237/27-27b.

385 Ibidem, DAKO R-3050/1/237/27b. Véase también Zektser, «Mertvyi gorod», YIVO 80/381/34360-34361.

386 «Protokol No. 15 Stavinsky, Marian Ivanovich», DAKO R-3050/1/ 237 /33-34.

387 «Akt N70 Stambulchik, Moshke», YIVO 80/366/33195.

388 «Protokol No. 16 Shpigel', Iosif Moiseevich», DAKO R-3050/1/237/ 34b-35.

389 «Protokol No. 13 Verkhola», DAKO R-3050/1/237/26b-28. Véase también Zektser, «Mertvyi gorod», YIVO 80/381/34369.

390 «Akt N 40 Nemichenitser», YIVO/80/366/33160. Véase también «Ochevidtsa Petliurovskikh pogromov v gor Proskurove Nemchintser Anny», YIVO 80/358/32695.

391 «Protokol No. 31 L. Baliner», DAKO R-3050/1/237/44b. Véase también Zektser, «Mertvyi gorod», YIVO 80/381/34366. Para más información sobre los juramentos y los rituales previos a los altercados, véase Donald L. Horowitz, *The Deadly Ethnic Riot* (Berkeley, University of California Press, 2001), pp. 94-102.

392 «Protokol No. 8 Shenkman, Lev Moiseevich», DAKO R-3050/1/237/ 23b.Véase también Zektser, «Mertvyi gorod», YIVO

80/381/34360.

393 «Akt N43 Shapiro, Lazar Abramovich», YIVO /80/366/33163.

394 «Akt N63 Akselbandt, Muka», YIVO 80/366/33183.

395 «Akt N66 Kibrik, Shlem Shmuelevich Kibrik», YIVO 80/366/33187-33189.

396 «Akt N66 Kibrik», YIVO 80/366/33187-33188.

397 Akt N42 Greshgorin, Sofia», YIVO 80/366/33162.

398 «Protokol No 30 E. Zemel'man», DAKO R-3050/1/237/44.

399 «Akt N78 Kozovy, Leyb Davidovich», YIVO 80/366/33208-33209. Véase también «Protokol No 22 Leyb Faner», DAKO R-3050/1/237/42.

400 «Akt N86 Dayter, Dayter», YIVO 80/366/33220.

401 «Akt N76 Zaydman, Iakov Pertsovich», YIVO 80/366/33206.

402 «Akt N77 Zemel'man, Gitl Davidovna», YIVO 80/366/33207.

403 «Akt N71 Baran, Khaim Iakovlevich», YIVO 80/366/33197-33198.

404 «Akt N50 Brukhis, Volf Lazarovich», YIVO 80/366/33179.

405 «Akt N64 Tenenboym, Khaim Peysakhovich», YIVO 80/366/33184.

406 «Protokol No. 1 Dom Balagura», DAKO R-3050/1/237/40.

407 «Protokol No. 39 Dom Einbinder», DAKO R-3050/1/237/46b.

408 «Protokol No. 44 Dom Kitsis», DAKO R-3050/1/237/47-47b.

409 Zektser, «Mertvyi gorod», YIVO 80/381/34367.

410 «Akt N68 Plotkin, Moyshe», YIVO 80/358/32727.

411 «Akt N79 Preysayzen, Zel'man Mordkhovich», YIVO 80/366/33210-33211.

412 «Akt N58 Kaczerowski, Appolinaria Kazimirovna», YIVO 80/381/ 34283.

413 Para más ejemplos, véanse «Protokol No. 7 Dom Kupershliaka, kv Borukha Breslera», DAKO R-3050/1/237/40b; «Protokol No. 12 Dom Gershona Raizmana», DAKO R-3050/1/237/41; «Protokol No. 18 Dom Gitmana Shragi, kv Gitl Gel'fand», DAKO R-3050/1/237/41b; «Protokol No. 29 Dom Gorenshteina», DAKO R-3050/1/237/45; y «Protokol No. 28 Dom F. Berenshteina», DAKO R-3050/1/237/44-45.

414 Zektser, «Mertvyi gorod», YIVO 80/381/34378-34379.

415 «Iz materialov datskago Krasnago Kresta», DAKO R-3050/1/237/55b; y Comité de las Delegaciones Judías, *The Pogroms in the Ukraine Under the Ukrainian Governments (*1917-1920*): Historical Survey with Documents and Photographs* (Londres, J. Bale & Danielsson, 1927), p. 190. En 1923, Boris Bogen, el director del JDC de Moscú, decía que 3.500 judíos habían sido asesinados y 800 habían resultado heridos. J. M. Kowalsky, el representante del JDC del distrito de Kiev

dio la cifra de 2.625 hombres y 875 mujeres asesinados, y 800 hombres y 200 mujeres heridas. «Report on Proskurov, Podolsk Gubernia», Archivos del JDC, Informes de la Oficina de Nueva York Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 502. Otra lista mecanografiada del «asesinato de Proskuriv» contiene 917 nombres (YIVO 325/30321-30351). En 1926, el rabino de Proskuriv recopiló una lista de 877 nombres. «Spisok ubitykh-pavshikh evreev vo vremia pogroma-petliurovskoi reznia», YIVO 80/398/35048-35062.

416 Abram de Swaan, *The Killing Compartments: The Mentality of Mass Murder* (New Haven, CT, Yale University Press, 2015).

417 Citado en Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 227.

418 «Protokol No. 13 Verkhola», DAKO R-3050/1/ 237/28b.

419 Zektser, «Mertvyi gorod», YIVO 80/381/34374.

420 «Protokol No. 13 Verkhola», DAKO R-3050/1/239/28b-29.

421 Ibidem, DAKO R-3050/1/239/29.

422 Ibid., DAKO R-3050/1/239/29b.

423 Comité de Delegaciones Judías, *The Pogroms in the Ukraine*, p. 188.

424 Citado en «The Lurid Trial of Petlura's Slayer», *Literary Digest*, 19 de noviembre, 1927, pp. 40-41.

425 «Protokol No. 1 'Finkel', Srul Shulimovich», DAKO R-3050/1/237/17.

426 «Kratkii svedeniia o pogromakh v Balte, Volkovitsakh, Proskurove, o polozhenii v Zhmerinke», YIVO 80/381/34381.

427 «Protokol No. 12 Salitirinik», DAKO R-3050/1/237/26b; y «Zaiavelnie Dr. Silitrinika, Avraama Iakovlevicha», YIVO 80/381/34273-34274. Véase también «Kratkii svedeniia o pogromakh», YIVO 80/381/34381.

428 «Qu'est devenu le complice de Semosenko dans l'organisation du pogrome de Proskourov, le Colonel J. Kivertchouk?» CAHJP P10a/4/S4/18.

429 Tsherikover, ed., *In der tkufe fun revolutsie: memuarn, material, dokumentn* (Berlín, Yidisher literarisher farlag, 1924), p. 263.

430 «K 1-mu zhitomirskomu pogromu: dokladnaia zapiska (proekt), sostavliennaia zaveduishchim okhranoi g. Zhitomira Abariusom dlia predstavleniia Direkotrii», YIVO 80/199/17480.

431 «Khroniki revoliutsionnykh sobytii na Volyne za 1917-1921», DAZhO 1/1/118/61-61b.

432 «Doklad holovno komanduiuchomu viis'kom pivdeno-zakhidnoho raionu», YIVO 80/199/17466b.

433 «Doklad holovno komanduiuchomu viis'kom pivdeno-zakhidnoho raionu», YIVO 80/199/17466b.

434 «Khroniki revoliutsionnykh», DAZhO 1/1/118/62.

435 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii po delu o pervom i vtorom pogromakh v gorode Zhitomire», YIVO 80/200/17742.

436 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17745.

437 «Khroniki revoliutsionnykh», DAZhO 1/1/118/63b.

438 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17733.

439 Ibidem, YIVO 80/200/17733; y «Protokol Mikhail Skokovsky», 3 de Julio, 1919, DAKO R-3050/1/127/43b.

440 Comité de Delegaciones Judías, *The Pogroms in the Ukraine Under the Ukrainian Governments (*1917-1920*): Historical Survey with Documents and Photographs* (Londres, J. Bale & Danielsson, 1927), p. 201; y «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17723.

441 «Khroniki revoliutsionnykh», DAZhO 1/1/118/65.

442 «Protokol Khasis, Duvid», 27 de abril, 1919, YIVO 80/198/17409.

443 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17734-17735; y Lidia B. Miliakova, ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny*, 1918-1922 *gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), p. 90.

444 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO/80/200/17735.

445 «Protokol Kaminsky, Israel», 27 de abril, 1919, YIVO 80/198/17414. Véase también «Protokol Shvartsman, Yosef», 25 de abril, 1919, YIVO 80/198/ 17392.

446 «K vtoromu pogromu v Zhitomire», DAKO R-3050/1/127/44.

447 «Protokol Volkis, Mikhlya», 23 de abril, 1919, YIVO 80/198/17382.

448 «Protokol Leibman, Nekhama», 25 de abril, 1919, YIVO 80/198/ 17399. Véase también «Protokol Lerman, Khaya», 25 de abril, 1919, YIVO 80/198/17397.

449 «Protokol Braverman, Rivka», 27 de abril, 1919, YIVO 80/198/17408.

450 «Protokol Goldfeld, Blyuma», 24 de abril, 1919, YIVO 80/198/17385.

451 «Protokol Shats, Shakhno», 27 de abril, 1919, YIVO 80/198/17418.

452 «Protokol Tsybulevskaya, Riva», 27 de abril, 1919, YIVO 80/198/17410.

453 «Protokol Reibel, Shlomo», 27 de abril, 1919, YIVO 80/198/17405.

454 «Telegramma golovnogo atamana UNR S. Petliury»; Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 85.

455 «K vtoromu pogromu v Zhitomire», DAKO R-3050/1/127/45b.

456 Ibidem, DAKO R-3050/1/127/44b-45.

457 Comité de Delegaciones Judías, *The Pogroms in the Ukraine*, p. 206; y «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17740. Otra lista de judíos asesinados en Zhytómyr entre el 23 y el 26 de marzo de 1919 contiene los nombres de 305 personas: «Spisok ubitykh evreev», DAKO R-3050/ 1/127/88-89.

458 «Zakliuchenie sledstvennoi komissii», YIVO 80/200/17750.

459 Ibidem, YIVO 80/200/17739.

460 «Protokol Voronitsyn, Ivan», 1 de julio, 1919, YIVO 80/198/17489.

461 «Protokol Lyubarskii, Nakhman», 7 de febrero, 1919, YIVO 80/198/ 17050.

462 «K pervomu pogromu v Zhitomire», DAKO R-3050/1/127/26. «An Interview with Dr. Arnold Margolin in 1919», TsDAVO 5235/01/ 0623/90.

463 «An Interview with Dr. Arnold Margolin in 1919», TsDAVO 5235/01/ 0623/90.

464 «The Situation in Ukraine», Archivos Nacionales, CAB 24/73/92.

465 A. G. Shlikhter, *Chernaia kniga: sbornik statei i materialov ob interventsii antanty na Ukraine* (Ekaterynoslav, Gos. izd-vo Ukrainy, 1925), p. 77; Viktor Faitel'berg-Blank, *Odessa v epokhu voin i revoliutsii: 1914-1920* (Odesa, Optimum, 2008); y P. E. Shchegolev, ed., *Frantsuzy v Odesse: iz belykh memuarov* (Leningrado, Krasnaia gazeta, 1928).

466 M. N. Ivlev, *Diktator Odessy: Zigzagi sud'by belogo generala* (Moscú, Veche, 2013), 152.

467 George A. Hill, *Dreaded Hour* (Londres, Cassell, 1936), p. 62.

468 Robin Bruce Lockhart, *Ace of Spies* (Nueva York, Stein & Day, 1968); trad. cast. *El as de los espías* (Barcelona, Verón, 1973).

469 Hill, *Dreaded Hour*, p. 9.

470 Andrei Lobanov-Rostovsky, *The Grinding Mill: Reminiscences of War and Revolution in Russia, 1913-1920* (Nueva York, Macmillan, 1935), pp. 330-331.

471 Arnold Margolin, *Ukraina i politika Antanty zapiski evreia i grazhdanina* (Berlín, Izdatel'stvo S. Efron, 1922), pp. 168-184. Véase también Leonid Utesov, *Spasibo, serdtse! Vospominaniia. Vstrechi. Razdum'ia* (Moscú, VTO, 1976).

472 Laura Spinney, *Pale Rider: The Spanish Flu of* 1918 *and How It Changed the World* (Nueva York, PublicAffairs, 2017), pp. 126-135; trad. cast. *El jinete pálido* (Barcelona, Crítica, 2020).

473 Shlikhter, *Chernaia kniga*, p. 120.

474 Ibidem, p. 125.

475 Ibid., p. 355.

476 Ibid., p. 358.

477 Ibid., p. 362.

478 M. Kuban, citado en Tsherikover, *Di ukrayner pogromen in yor* 1919 (Nueva York, YIVO, 1966), p. 293.

479 Citado en William Henry Chamberlin, *The Russian Revolution*, vol. 2 (Nueva York, Macmillan, 1935), p. 214.

480 Lobanov-Rostovsky, *The Grinding Mill*, p. 333.

481 Ibidem, p. 334.

482 Ivan Alekseevich Bunin, *Cursed Days: A Diary of Revolution*, traducción, introducción y notas de Thomas Gaiton Marullo (Chicago, Ivan R. Dee, 1998), p. 84; trad. cast. *Días malditos* (Barcelona, Acantilado, 2007).

483 Shlikhter, *Chernaia kniga*, p. 190.

484 Faitel'berg-Blank, *Odessa v epokhu voin i revoliutsii*, 164-165. Véase también Shlikhter, *Chernaia kniga*, p. 189.

485 Shlikhter, *Chernaia kniga*, p. 191.

486 Viktor Savchenko, *Avantiuristy grazhdanskoi voiny* (Kharkiv, Folio, 2000), p. 178. Iaroslav Tynchenko sitúa su lugar de nacimiento en Verbliuzhka, en la provincia de Jersón, en Iaroslav Tynchenko, *Ofitsers'kyi korpus armii Ukrains'koi Narodnoi Respubliky*, 1917-1921 (Kiev, Tempora, 2007), p. 122.

487 Savchenko, *Avantiuristy grazhdanskoi voiny*, p. 179.

488 V. Antonov-Ovseenko, *Zapiski o grazhdanskoi voine*, vol. 3 (Moscú, gosudarstvennoe voennoe izdatel'stvo, 1932), pp. 218-220; y Savchenko, *Avantiuristy grazhdanskoi voiny*, p. 181.

489 Arthur E. Adams, *Bolsheviks in the Ukraine: The Second Campaign*, 1918-1919 (New Haven, CT, Yale University Press, 1963), pp. 150-183; y Christopher Gilley, «Fighters for Ukrainian Independence? Imposture and Identity Among Ukrainian Warlords, 1917-1922», *Historical Research* 90, 247 (1 de febrero, 2017), pp. 172-190.

490 Adams, *Bolsheviks in the Ukraine*, p. 158; Antonov-Ovseenko, *Zapiski o grazhdanskoi voine*, vol. 3, pp. 218-221.

491 V. P. Butt et al., *The Russian Civil War: Documents from the Soviet Archives* (Nueva York, St. Martin's Press, 1996), pp. 84-85.

492 Adams, *Bolsheviks in the Ukraine*, pp. 168-69; y Antonov-Ovseenko, *Zapiski o grazhdanskoi voine*, vol. 3, pp. 225-229.

493 Adams, *Bolsheviks in the Ukraine*, p. 169.

494 Antonov-Ovseenko, *Zapiski o grazhdanskoi voine*, vol. 4, p. 131.

495 Adams, *Bolsheviks in the Ukraine*, pp. 182-183.

496 Vladimir N. Brovkin, ed. y trad., *Dear Comrades: Menshevik Reports on the Bolshevik Revolution and the Civil War* (Stanford, CA,

Hoover Institution Press, 1991), p. 168.

497 Bunin, *Cursed Days*, p. 91.

498 Faitel'berg-Blank, *Odessa v epokhu voin i revoliutsii*, p. 181.

499 Bunin, *Cursed Days*, pp. 102-203.

500 Sergey Petrovich Melgounov, *The Red Terror in Russia* (Londres, J. M. Dent & Sons, 1925), pp. 221-222; trad. cast. *El terror rojo en Rusia* (Madrid, Caro Raggio, 1927).

501 Bunin, *Cursed Days*, p. 139.

502 Citado en Margolin, *Ukraina i politika Antanty*, p. 272.

503 «Die Lage Der Juden in Ukraine», TsDAVO 5235/01/624/67-j91.

504 Margaret MacMillan, *Paris* 1919: *Six Months That Changed the World* (Nueva York, Random House, 2001). Para más información sobre los derechos de las minorías judías y la diplomacia internacional, véase Carole Fink, *Defending the Rights of Others: The Great Powers, the Jews, and International Minority Protection*, 1878-1938 (Cambridge, Cambridge University Press, 2004).

505 Arnold Margolin, *From a Political Diary: Russia, the Ukraine, and America*, 1905-1945 (Nueva York, Columbia University Press, 1946), pp. 41-42.

506 *The Peace Conference, Paris*, 1919: *Report of the Delegation of the Jews of the British Empire on the Treaties of Versailles, Saint-German-en-Laye and Neuilly and the Annexed Minority Treaties* (Londres, Joint Foreign Committee of the Board of Deputies of British Jews and the Anglo-Jewish Association, 1920), p. 80.

507 *The Peace Conference, Paris*, 1919, p. 80.

508 Ibidem, pp. 47, 72-76.

509 Información sacada de «Direct News of Pogroms», *B'nai B'rith Messenger*, 18 de julio, 1919; «84,000 iden oysgekoylet in Ukrayne in tsvey monaten». *Der morgen zhurnal*, 10 de junio, 1919. Véase, por ejemplo, «Shoyderlikhe fakten vegen dem pogrom in Proskurov», *Der morgen zhurnal*, 27 de junio, 1919.

510 «Calls Bolsheviki Enemies of Jews», *New York Times*, 2 de agosto, 1919.

511 Para más información de las presiones de los judíos en París, véase Mark Levene, *War, Jews, and the New Europe: The Diplomacy of Lucien Wolf*, 1914-1919 (Portland, OR, Littman Library of Jewish Civilization, 1992).

512 Para más información sobre Wolf, véase Eugene C. Black, «Lucien Wolf and the Making of Poland: Paris 1919», *Polin: Studies in Polish Jewry* 2 (1987), pp. 5-36.

513 Jerzy Tomaszewski, «Pińsk, Saturday 5 April 1919», *Polin: Studies in Polish Jewry* 1 (1986), pp. 227-251; Józef Lewandowski,

«History and Myth: Pińsk, April 1919», *Polin: Studies in Polish Jewry* 2 (1987), pp. 50-72; y William W. Hagen, *Anti-Jewish Violence in Poland*, 1914-1920 (Cambridge, Cambridge University Press, 2018), pp. 320-354. Hay diferentes cifras del número exacto de personas asesinadas, que están entre treinta y tres y treinta y cinco.

514 Tomaszewski, «Pińsk, Saturday 5 April 1919», p. 240.

515 James Wycliffe Headlam, *A Memoir of the Paris Peace Conference*, 1919, ed. Agnes Headlam-Morley, Russell Bryant y Anna Cienciala (Londres, Methuen, 1972), p. 85.

516 David Engel, «Lwów, 1918: The Transmutation of a Symbol and Its Legacy in the Holocaust», en Joshua D. Zimmerman, ed., *Contested Memories: Poles and Jews During the Holocaust and Its Aftermath* (New Brunswick, Rutgers University Press, 2002), pp. 32-44.

517 Brian Porter, *When Nationalism Began to Hate: Imagining Modern Politics in Nineteenth-Century Poland* (Nueva York, Oxford University Press, 2000); y Robert Blobaum, *Boycott! The Politics of Anti-Semitism in Poland*, 1912-1914 (Washington, D. C., National Council for Eurasians and East European Research, 1988).

518 David A. Taylor, «Paderewski's Piano», *Smithsonian Magazine*, marzo 1999, https://www.smithsonianmag.com/arts-culture/paderewskis-piano-164445847/.

519 David Hunter Miller, *My Diary at the Conference of Paris, with Documents*, vol. 1 (Nueva York, Appeal, 1924), p. 270.

520 Ibidem, p. 286.

521 George J. Lerski, «Dmowski, Paderewski and American Jews (A Documentary Compilation)», *Polin: Studies in Polish Jewry* 2 (1987), p. 112.

522 Lerski, «Dmowski, Paderewski and American Jews», pp. 95-116.

523 «Paderewski Asks American Inquiry», *New York Times*, 2 de junio, 1919.

524 Joseph V. Fuller, ed., *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, the Paris Peace Conference*, 1919, *vol.* 6 (Washington, D. C., Government Printing Office, 1944), p. 536.

525 *Foreign Relations of the United States, Paris Peace Conference*, vol. 5, pp. 393-394.

526 Mark Levene, «Britain, a British Jew, and Jewish Relations with the New Poland: The Making of the Polish Minorities Treaty of 1919», *Polin: Studies in Polish Jewry* 8 (2004), pp. 14-41.

527 «Call on Nations to Protect Jews», *New York Times*, 22 de mayo, 1919.

528 Citado en un telegrama a Leo Motzkin, 1 de diciembre, 1919, CAHJP P10a/1/S5/2.

529 Citado en Andrzej Kapiszewski, «Controversial Reports on the

Situation of Jews in Poland in the Aftermath of World War I: The Conflict Between the US Ambassador in Warsaw Hugh Gibson and American Jewish Leaders», *Studia Judaica: Biuletyn Polskiego Towarzystwa Studiów Żydowskich* 7, n.º 14 (2004), p. 276.

530 Volodymyr Vynnychenko, *Vidrodzhennia natsii*, vol. 3 (Kiev, Dzvin, 1920), p. 293.

531 Arnold Margolin, *Ukraina i politika Antanty zapiski evreia i grazhdanina* (Berlín, Izdatel'stvo S. Efron, 1922), p. 125. Véase también B. Martos, «S. Petliura i zhydivski pogroma na Ukraini», TsDAVO 3890/1/10.

532 Margolin, *Ukraina i politika Antanty*, p. 186.

533 Mikhail Akulov, «War Without Fronts: Atamans and Commissars in Ukraine, 1917-1919» (tesis doctoral, Universidad de Harvard, 2013); Christopher Gilley, «'Otamanshchyna'? The Self-Formation of Ukrainian and Russian Warlords at the Beginning of the Twentieth and Twenty-First Centuries», *Ab Imperio* 2015, n.º 3 (2015), pp. 73-95; Christopher Gilley, «The Ukrainian AntiBolshevik Risings of Spring and Summer 1919: Intellectual History in a Space of Violence», *Revolutionary Russia* 27, n.o 2 (2014), pp. 109-131; y Joshua Sanborn, «The Genesis of Russian Warlordism: Violence and Governance During the First World War and the Civil War», *Contemporary European History* 19, n.o 13 (agosto 2010), pp. 195-213. Véase también el ensayo anónimo «Petliura et les partisans», YIVO 80/456/38282-38294, en donde se defiende que los señores de la guerra partisanos estaban estrechamente relacionados con Petliura y con el ejército del Directorio.

534 N. Gergel, «The Pogroms in the Ukraine in 1918-21», YIVO *Annual of Jewish Social Science* 6 (1951), p. 240.

535 De V. Antonov-Ovseenko, *Zapiski o grazhdanskoi voine*, vol. 3 (Moscú, gosudarstvennoe voennoe izdatel'stvo, 1932), p. 223.

536 Citado en Arthur E. Adams, *Bolsheviks in the Ukraine: The Second Campaign*, 1918-1919 (New Haven, CT, Yale University Press, 1963), pp. 291-296.

537 Trotsky al Comité Central, 17 de mayo, 1919, en Jan M. Meijer, ed., *The Trotsky Papers*, vol. 1 (The Hague, Mouton, 1964), p. 431.

538 *The Trotsky Papers*, pp. 409-411; y Martin McCauley, ed., *The Russian Revolution and the Soviet State* 1917-1921: *Documents* (London, Macmillan, 1975), p. 158.

539 «Universal», YIVO 80/74/5848. Para un análisis detallado de esta proclama véase Gilley, «The Ukrainian Anti-Bolshevik Risings».

540 «Universal», YIVO 80/74/5849; Viktor Savchenko, *Avantiuristy grazhdanskoi voiny* (Kharkiv, Folio, 2000), p. 205; y Antonov-Ovseenko, *Zapiski o grazhdanskoi voine*, vol. 4, p. 131.

541 Véanse los informes en DAKO R-3050/1/162. Véase también Brendan McGeever, *Antisemitism and the Russian Revolution* (Cambridge, Cambridge University Press, 2019); y «Sobytiia v Elisavetgrade», CAHJP P10a/2/S1/20.

542 B. Vest, «Far'n pogrom in Tsherkas», YIVO 80/191/16556-16557.

543 Ibidem, YIVO 80/191/16556.

544 A. Ephrussi, «Krovavyia sobytiia v Cherkassakh», YIVO 80/191/16557.

545 Ibidem, YIVO 80/191/16557b. Véase también Antonov-Ovseenko, *Zapiski o grazhdanskoi voine*, vol. 4, pp. 227-235.

546 «Pokazaniia odnogo iz uchastnikov levago flanga», YIVO 80/191/ 16574. Véase también Elias Heifetz, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in* 1919 (Nueva York, Thomas Seltzer, 1921), p. 268; Lidia B. Miliakova, ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny*, 1918-1922 *gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), pp. 140-141.

547 A. Ephrussi, «Krovavyia sobytiia v Cherkassakh», YIVO 80/191/16558.

548 Ibidem, YIVO 80/191/16558.

549 «Pokazaniia odnogo iz uchastnikov», YIVO 80/191/16574b; Heifetz, *Slaughter of the Jews*, 268-69; y Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 141.

550 «Pokazaniia odnogo iz uchastnikov», YIVO 80/191/16574b; Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 269; Miliakova, *Kniga pogromov*, pp. 141-142; I. Tsifrinovich, «Cherkassi. Pogrom 16-20 Maia 1919. K sobrannomu materialu predislovie upolnomochennago krasnago kresta», 15 de julio, 1919, YIVO 80/191/16562 y R-3050/1/54/97-111; y I. Vernik, «Cherkasskii raion. Doklad upolomochennago tsentral'noi sektsii», YIVO 80/191/16590.

551 A. Ephrussi, «Krovavyia sobytiia v Cherkassakh», YIVO 80/191/16558b.

552 «Protokol Dubnikova, Mariam», YIVO 80/191/16567-16567b. Véase también Miliukova, *Kniga pogromov*, p. 146.

553 Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 267; y «Pokazanie M. Ukrainskoi», YIVO 80/191/16573.

554 Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 262; y «Pokazaniia Avrama Shenderova», YIVO 80/191/16569b.

555 Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 160; y «Pokazaniia Rotmistrovskago Gedz'», 80/191/16568.

556 Heifetz *Slaughter of the Jews*, pp. 159-163; y «Pokazaniia Rotmistrovskago Gedz'», YIVO 80/191/16568-16568b.

557 Heifetz, *Slaughter of the Jews*, pp. 259-260; Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 146; y «Pokazanie Mar'iam' Dubnikovoi», YIVO 80/191/16567-16567b.

558 Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 260; y «Pokazanie Mar'iam' Dubnikovoi», «Pokazanie M. Ukrainskoi», YIVO 80/191/16567-16567b.

559 «Pokazanie V. Petrova», YIVO 80/191/16564; y Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 253.

560 Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 267; «Pokazanie M. Ukrainskoi», YIVO 80/191/16573b.

561 Tsherikover, *Di ukrayner pogromen in yor* 1919 (Nueva York, YIVO, 1966), pp. 312-313.

562 A. Ephrussi, «Krovavyia sobytiia v Cherkassakh», YIVO 80/191/16559b.

563 «Spisok evreev ubitykh vo vremia Grigor'evskogo pogroma 16-20 Maia 1919 g», R-3050/1/54/154-160. Otra lista preparada por la Comisión de Distribución Conjunta cita seiscientos veintiún nombres.

564 Lenin a Rakovsky, 26 de mayo, 1919, en *The Trotsky Papers*, p. 471.

565 León Trotsky, «Ukrainskie uroki», *Izvestiia*, 24 de mayo, 1919.

566 Ilia Vardin, «Protiv Evreia-za tsaria», *Pravda*, 14 de mayo, 1919. Véase también Brendan McGeever, «Revolution and Antisemitism: the Bolsheviks in 1917», *Patterns of Prejudice* 51, n.os ¾ (2017), pp. 235-252.

567 Ilia Vardin, «Pogromnaia 'Demokratiia', *Pravda*, 12 de junio, 1919.

568 McGeever, *Antisemitism and the Russian Revolution*, pp. 140-182.

569 M. Rafes, *Dva goda revoliutsii na Ukraine* (Moscú, Gosudarstvennoe izdatel'stvo, 1920), pp. 162-168.

570 E. I. Melamed y G. Estraikh, «O pogrome v Berdicheve», *Arkhiv everiskoi istorii* 8 (2016): pp. 156-176.

571 Citado en Zvi Gitelman, *Jewish Nationality and Soviet Politics: The Jewish Sections of the CPSU*, 1917-1930 (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1972), p. 166.

572 Citado en Gitelman, *Jewish Nationality and Soviet Politics*, pp. 166-167.

573 Peter Arshinov, *History of the Makhnovist Movement, 1918-1921* (Detroit, Black & Red, 1974).

574 Isaac Babel, *The Complete Works of Isaac Babel*, editado por Nathalie Babel, traducido por Peter Constantine (Nueva York, W. W. Norton, 2002), p. 240.

575 «Pogromy Makhno», YIVO 80/29/2634-2637. Véase también

Sean Patterson, «The Eichenfeld Massacre: Recontextualizing Mennonite and Makhnovist Narratives», *Journal of Mennonite Studies* 32 (2014), pp. 151-174.

576 Arshinov, *History of the Makhnovist Movement*, p. 136.

577 «Ubiistvo Grigoreva», DAKO R-3050/2/1/1. Véase también Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 72.

578 Yakov Kotliar, «Di memshole fun di brider Sokolovski», 17 de febrero, 1921, YIVO 80/31/2822.

579 Kotliar, «Di memshole», YIVO 80/31/2826.

580 «Bezhentsy iz Radomyslia», 30 de junio, 1919 DAKO R-3050/1/50/55. Para otros cálculos más tempranos, véase Evreiskoe Statisticheskoe Obshchestvo, *Evreiskoe naselenie Rossii* (Petrogrado, Kadima, 1917), p. 32. Según Berta Ayzengart, «Pogrom in Radomisl», YIVO 80/237/22023, había unos doce mil judíos y ocho mil cristianos, lo que sitúa la población judía en torno a un sesenta por ciento. Véase también N. A. Trointskii, ed., *Pervaia vseobshchaia perepis' naseleniia Rossiiskoi Imperii*, 1897 *g* (San Petersburgo, Tsentral'nyi statisticheskii komitet MVD, 1899-1907), vol. 16, pp. 85-87.

581 *Ves Iugo-zapadnyi krai* 1913 (Kiev, Iugo-Zapadnomu otdeleniiu Rossiiskoi Eksportnoi palaty, 1913), pp. 559-564.

582 Sobre el contexto, véase Viktor Savchenko, *Atamany kazach'ego voiska* (Moscú, Eksmo, 2006), p. 194; y Stepan Rudnytskyi, *Ukraine: The Land and Its People: An Introduction to Its Geography* (Nueva York, Rand McNally, 1918), p. 285.

583 «Protokol Avram Rafailovich Eitenzon», DAKO R-3050/1/50/52.

584 Tsherikover, *Ukrayner pogromen*, pp. 89-90.

585 Kotliar, «Di memshole», YIVO 80/31/2822.

586 «Sokolovski, Dmitri», YIVO 80/31/2828.

587 «Radomysl'», DAKO R-3050/1/50/59b.

588 Kotliar, «Di memshole», YIVO 80/31/2823.

589 «Radomysl'», DAKO R-3050/1/50/57-59.

590 Kotliar, «Di memshole», YIVO 80/31/2823.

591 «M. Feshchenko-Chopivskyi», TsDAVO 4011/2/5/83.

592 Kotliar, «Di memshole», YIVO 80/31/2823.

593 Savchenko, *Atamany kazach'ego voiska*, p. 195. Véase también Antonov-Ovseenko, *Zapiski o grazhdanskoi voine*, vol. 3, p. 280.

594 «Protokol Avram Rafailovich Eitenzon», R-3050/1/50/52.

595 Ayzengart, «Pogrom in Radomisl», YIVO 80/237/22023, habla de quince; «Khurbn bays Radomisl», YIVO 80/51/4132, dice que fueron treinta; «Sokolovski, Dmitri», YIVO 80/31/2828-2829, afirma que fueron sesenta; YIVO 80/248/23721-23723 adjunta unas listas

separadas en donde se contabilizan treinta y uno, siete y seis. Véase también B. Kagan y B. Rabinovich, «Perepiska iz doklada o polozhenii v Radomyslskiom raione za vse vremia», R-3050/1/50/50.

596 Antonov-Ovseenko, *Zapiski o grazhdanskoi voine*, vol. 3, pp. 276-281; «Sokolovski, Dmitri», YIVO 80/31/2830.

597 «M. Feshchenko-Chopivskyi», TsDAVO 4011/2/5/77. Para más información sobre el asesinato de Ungern-Sternberg, véase Aleksandr Pirogov, «Dvorianskoe sobranie v uezdnom gorode Radomysle», *Polissia Today*, 12 de octubre, 2017.

598 «M. Feshchenko-Chopivskyi», TsDAVO 4011/2/5/77.

599 «Khurbn bays Radomisl», YIVO 80/51/4133.

600 Las cifras oscilan entre trescientos (YIVO 80/237/22023) y cuatrocientos («Svedeniia o pogromakh na territorii Ukrainy v 1918-1921 gg», TsDAVO 2497/3/188/4), a más de quinientos (YIVO 80/51/4134) e incluso mil cien («Sokolovski, Dmitri», YIVO 80/31/2831). Están documentados los nombres de cuarenta y cuatro víctimas (YIVO 80/248/23721-23723).

601 «Khurbn bays Radomisl», YIVO 80/51/4134.

602 «Khurbn bays Radomisl», YIVO 80/51/4134.

603 «Radomisl, dertseylt fun Sheyndl Vaynshteyn», DAKO R-3050/1/50/62.

604 Kagan and Rabinovich, «Perepiska iz doklada», DAKO R-3050/1/50/50.

605 «Sokolovski, Dmitri», YIVO 80/31/2831; y Tsherikover, Ukrayner pogromen, p. 221.

606 «Sokolovski, Dmitri», YIVO 80/31/2833.

607 «Victims of the Anti-Jewish Pogromistic Wave in Ukrainia», CAHJP P10a/3/ S1/16.

608 Tsherikover, Ukrayner pogromen, pp. 221-222. Véase también Kotliar, «Di memshole», YIVO 80/31/2824.

609 Savchenko, *Atamany kazach'ego voiska*, p. 196; y Kotliar, «Di memshole», YIVO 80/31/2824.

610 Kotliar, «Di memshole», YIVO 80/31/2824.

611 Ibidem, YIVO 80/31/2824-2825. Véase también «Svedeniia o pogromakh», TsDAVO 2497/3/188/4.

612 Savchenko, *Atamany kazach'ego voiska*, p. 196; y Kotliar, «Di memshole», YIVO 80/31/2825.

613 Savchenko, *Atamany kazach'ego voiska*, p. 196.

614 *Ves Iugo-zapadnyi krai* 1913, pp. 573-574. Las cifras de población las tomamos de Lev Zinger, *Evreiskoe naseleie SSSR* (Moscú, gosudarstvennoe sotsial'noekonomicheskoe izdatel'stvo, 1932), p. 22.

615 Para más información sobre Nat Pinkerton véase Louise McReynolds, *Murder Most Russian: True Crime and Punishment in Late*

Imperial Russia (Ithaca, NY, Cornell University Press, 2012), pp. 205-230.

616 I. Braudo, «Ataman I. Struk», YIVO 80/31/2842. Véase también «Pol'kovnik Struk», TsDAVO 4011/2/5/65-67.

617 Savchenko, «Atamany kazach'ego voiska», p. 204.

618 Braudo, «Ataman I. Struk», YIVO 80/31/2843b.

619 Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 239.

620 Braudo, «Ataman I. Struk», YIVO 80/31/2844.

621 Sobre la fotografía de Struk, véase Anne Brennan, «Ataman Struk Has His Photograph Taken: Testimony and Portraiture in the Russian Civil War Period», en Johannes Schlegel y Brita Hansen, eds., *Challenging Evil: Time, Society and Changing Concepts of the Meaning of Evil* (Oxford, Brill, 2010), pp. 141-147.

622 «Protokol Braginski, Lev», YIVO 80/65/5252.

623 Steven G. Marks, «The Russian Experience of Money, 1914-1924», en Murray Frame et al., eds., *Russian Culture in War and Revolution*, 1914-1922, vol. 2 (Bloomington IN, Slavica Publishers, 2014), pp. 121-148.

624 «Komendantu Podola», YIVO 80/65/5248.

625 «Ukrainskie i Russkie liudi», YIVO 80/380/34243.

626 «Malorossiiskie partizany», YIVO 80/85/6625. Véase también Gilley, «The Ukrainian Anti-Bolshevik Risings» pp. 109-113.

627 Udovychenko to Struk, 16 de agosto, 1918, YIVO 80/377/34120.

628 Udovychenko to Dragomirov, 21 de agosto, 1919, YIVO 80/377/34123.

629 «Pol'kovnik Struk», TsDAVO 4011/2/5/65-67.

630 «O Struke (nekotoryia svedeniia)», YIVO 80/31/2851.

631 I. Braudo, «Ataman I. Struk», YIVO 80/31/2844; Savchenko, *Atamany kazach'ego voiska*, p. 205.

632 «Seliane», YIVO 80/343/31814.

633 Ibidem, YIVO 80/343/31814.

634 Lista de judíos asesinados en pogromos, YIVO 80/245/23295-23297. Véase también «Vidozva do hromadian chornobyl'skoho povitu», 10 de febrero, 1919, YIVO 80/343/31811.

635 «Universal No. 1», YIVO 80/343/31826.Véanse también copias de otras declaraciones en este archivo.

636 Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 149-50. Véase también Miliakova, *Kniga pogromov*, pp. 94-95.

637 Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 154.

638 «Victims of the Anti-Jewish Pogromistic Wave in Ukrainia», CAHJP P10a/3/ S1/16.

639 Joseph Schechtman, *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine* (Berlín, Ostjüdisches Historisches Archiv, 1932), p. 181.

640 Schechtman, *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine*, p. 182.

641 *Ves Iugo-zapadnyi krai 1913*, p. 467.

642 Margolin, *Ukraina i politika Antanty*, pp. 74-95. Para más información sobre Zelenyi y Trypillia, véase E. Portnoy, ed., *Tripolie: Zamlbukh gevidmet dem ondeynk fun di yunge komunarn velkhe zaynen gefaln hinter Tripolie in yuni* 1919- *tn yor* (Kiev, Melukhe farlag fun Ukrayne, 1925).

643 «Pro Otamana Zelennogo», YIVO 80/31/2772.

644 Savchenko, *Atamany kazach'ego voiska*, p. 33.

645 Ibidem, p. 33.

646 Ibid., p. 58.

647 Citado en Tsherikover, *Ukrayner pogromen*, p. 257.

648 V. Fastovsky, «Di blutike shkhite hinter Tripolie», en *Tripolie: Zamlbukh*, p. 18.

649 Evreiskoe Statisticheskoe Obshchestvo, *Evreiskoe naselenie Rossii* (Petrogrado, Kadima, 1917), p. 34. Véase también *Pervaia*, vol. 16, pp. 110-111.

650 Leo Miller y Diana F. Miller, eds., *Sokolievka/Justingrad: A Century of Struggle and Suffering in a Ukrainian Shtetl* (Nueva York, Loewenthal Press, 1983).

651 Miller y Miller, *Sokolievka/Justingrad*, p. 54.

652 «Der pogrom in Uman. Dertseylt fun inzshener Eliezer Lipovetski un Asher Koralnik», YIVO 80/188/16408.

653 Itsik Kipnis, *Khadoshim un teg: a khronik* (Kiev, Kooperataiver farlag kulturlige, 1926). Para más información sobre el trabajo, véase Mikhail Krutikov, «Rediscovering the Shtetl as a New Reality: David Bergelson and Itsik Kipnis», en Steven T. Katz, ed., *The Shtetl: New Evaluations* (Nueva York, New York University Press, 2007), pp. 211-232; Harriet Murav, «Archive of Violence: Neighbors, Strangers, and Creatures in Itsik Kipnis's 'Months and Days'», en Elissa Bemporad y Thomas Chopard, eds., «The Pogroms of the Russian Civil War at 100: New Trends, New Sources», en *Quest. Issues in Contemporary Jewish History*, n.º 15 (agosto 2019); y David G. Roskies, *Against the Apocalypse: Responses to Catastrophe in Modern Jewish Culture* (Syracuse, NY, Syracuse University Press, 1984), pp. 183-185. Una traducción parcial en inglés puede encontrarse en David G. Roskies, ed., *The Literature of Destruction: Jewish Responses to Catastrophe* (Philadelphia, Jewish Publication Society, 1988), pp. 323-355.

654 Kipnis, *Khadoshim un teg*, p. 42. En Itsik Kipnis, *Mayn shtetl Sloveshno*, vol. 1 (Tel Aviv, Farlag I. L. Perets, 1971), p. 205, Kipnis le nombra como Marko Lutan en lugar de Lukhtan. Según el testimonio

de Itsko Pashkovsky, en «Pokazanie Itsko Pashkovskogo», YIVO 80/184/16028b, Lukhtan era un apodo, su apellido real era Detskii.

655 *Ves Iugo-zapadnyi krai* 1913 (Kiev, Iugo-Zapadnomu otdeleniiu Rossiiskoi Eksportnoi palaty, 1913), p. 839.

656 Lidia B. Miliakova, ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny, 1918-1922 gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), p. 172.

657 Kipnis, *Mayn shtetl Sloveshno*, vol. 1, p. 117.

658 Miliakova, *Kniga pogromov*, pp. 172-176; y Elias Heifetz, *The Slaughter of the Jews in the Ukraine in* 1919 (Nueva York, Thomas Seltzer, 1921), pp. 372-377. Los documentos se encuentran en DAKO R-3050/1/225 y YIVO 80/184.

659 «Bandit Kosenko», DAKO R-3050/1/225/19.

660 Kipnis, *Khadoshim un teg*, p. 72.

661 «Pokazanie Ia. M. Melameda», YIVO 80/184/16016b. Véase también Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 373; y Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 175. Melamed da una fecha incorrecta, debe de referirse al 12 de julio.

662 «Wohlnnian [*sic*] J.D.C. Report, Oct. 1919-July 1920», p. 41, Archivos del JDC, Informe de la Oficina de Nueva York, Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 233.

663 Ibidem, p. 41.

664 Kipnis, *Khadoshim un teg*, p. 88; «Isaak Gol'dberg», DAKO R-3050/1/ 225/11-13.

665 «Pokazanie Ia. M. Melameda», YIVO 80/184/16016-16018; y «Pokazanie Khany Avrum-Berovoi Gozman», YIVO 80/184/16020b-16022. Véase también Heifetz, *Slaughter of the Jews*, pp. 377-380.

666 Fundación Shoah VHA, entrevista con Roza Zaks. También escribió unas memorias no publicadas que he consultado en la colección del centro Herbert D. Katz para los estudios judaicos avanzados de la Universidad de Pensilvania.

667 Kipnis, *Khadoshim un teg*, p. 89.

668 Ibidem, pp. 89-90.

669 Ibid., p. 91.

670 Según el testimonio de Melamed en Varsovia, los cuerpos eran los de Gedaliah Wassman, Mordecai Eliezer y dos mercaderes de Minsk, ambos apellidados Gechman. «Wohlnnian [*sic*] J.D.C. Report», p. 42. Para consultar un resumen de los disturbios que resultan en la muerte de doce personas en Narodichi, ver «Narodichi», DAKO R-3050/1/225/10.

671 «Begun», DAKO FR-R-3050/1/225/75-76.

672 Kipnis, *Khadoshim un teg*, p. 107.

673 «Pokazanie Itsko Pashkovskogo», 30 de julio, 1919, YIVO 80/184/ 16028.

674 Kipnis, *Khadoshim un teg*, p. 113.

675 Ibidem, p. 114.

676 Ibid., p. 114.

677 «Wohlnnian [*sic*] J.D.C. Report», p. 44.

678 Ibidem, p. 44.

679 «Pokazanie Khany Avrum-Berovoi Gozman», YIVO 80/184/16021. Véase también Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 378.

680 «Pokazanie Srul'-Ber' Bergera», YIVO 80/184/16026. Véase también Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 381.

681 «Pokazanie Srul'-Ber' Bergera», YIVO 80/184/16026-16026b. Véase también Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 381.

682 «Pokazanie Srul'-Ber' Bergera», YIVO 80/184/16026b. Véase también Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 382.

683 «Pokazanie Ia. M. Melameda», YIVO 80/184/16016-16018.

684 «Pokazanie Motl Kaplan», YIVO 80/184/16022b-16023.

685 Kipnis, *Khadoshim un teg*, pp. 135-136.

686 «Pokazanie Khany Avrum-Berovoi Gozman», YIVO 80/184/16020b-16022. Véase también Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 379.

687 «Pokazanie Khany Avrum-Berovoi Gozman», YIVO 80/184/16022.

688 Roza Zaks, «Memoirs» (manuscrito inédito, 1991), p. 8.

689 «Pokazanie Moishe Fel'dmana», YIVO 80/184/16024b-16025; y Heifetz, *Slaughter of the Jews*, p. 383.

690 Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 174.

691 «Pokazanie Moishe Fel'dmana», YIVO 80/184/16024b-16025.

692 «Pokazanie Ari Tereshko», YIVO 80/184/16023b-16024.

693 «Wohlnnian [*sic*] J.D.C. Report», p. 45.

694 Kipnis, *Khadoshim un teg*, pp. 148-149.

695 Ibidem, p. 147.

696 Ibid., p. 143.

697 «Slavoshir», YIVO 80/205/18168. Este informe se refiere a la ciudad como Slavoshir, pero los detalles del informe sugieren que en realidad se trata de Slovechno.

698 «Obvinitel'nyi akt», DAKO R-3050/1/225/21.

699 Ibidem, DAKO R-3050/1/225/21.

700 «Prigovor», DAKO 3050/1/225/22/98. Véase también Miliakova, *Kniga pogromov*, pp. 482-483.

701 «Opredelenie», DAKO 3050/1/225/24. Véase también P. S. Romashkin, *Amnistiia i pomilovanie v SSSR* (Moscú, Gos. izd-vo

iuridicheskoi lit-ry, 1959), p. 139.

[702] Véase Christopher Gilley, *The «Change of Signposts» in the Ukrainian Emigration: A Contribution to the History of Sovietophilism in the* 1920*s* (Stuttgart, Ibidem-Verlag, 2009), pp. 232-242.Véase también Matthew Rendle, «Mercy amid Terror? The Role of Amnesties During Russia's Civil War», *Slavonic and East European Review* 92, n.º 3 (1 de julio, 2014), pp. 449-478.

[703] Kipnis, *Khadoshim un teg*, p. 150.

[704] James Wycliffe Headlam, *A Memoir of the Paris Peace Conference*, 1919, Agnes Headlam-Morley, Russell Bryant y Anna Cienciala, eds. (Londres, Methuen, 1972), p. 178.

[705] «Celebrators Fill Streets of Paris», *New York Times*, 30 de junio, 1919. Para otros detalles, consultar «Treaty Ceremony Went with Speed», *New York Times*, 30 de junio, 1919; Headlam, *A Memoir of the Paris Peace Conference*, pp. 178-179; y Margaret MacMillan, *Paris* 1919: *Six Months That Changed the World* (Nueva York, Random House, 2001), pp. 474-478.

[706] Citado en Donald I. Buzinkai, «The Bolsheviks, the League of Nations and the Paris Peace Conference, 1919», *Soviet Studies* 19, n.º 2 (octubre 1967), p. 261.

[707] Carole Fink, *Defending the Rights of Others: The Great Powers, the Jews, and International Minority Protection, 1878-1938* (Nueva York, Cambridge University Press, 2004), pp. 247-464.

[708] «Vider debaten in seym vegen pogromen», *Haynt*, 29 de junio, 1919.

[709] *The Jews in Poland: Official Reports of the American and British Investigating Missions* (Chicago, National Polish Committee of America, 1920), p. 4.

[710] «Protest to Wilson Against Zionist State», *New York Times*, 5 de marzo, 1919.

[711] Henry Morgenthau, *All in a Life-Time* (Garden City, NY, Doubleday, Page, 1923), p. 385.

[712] Morgenthau, *All in a Life-Time*, p. 384.

[713] Ibidem pp. 357-358.

[714] Ibid., p. 361.

[715] Ibid., p. 362.

[716] Ibid., p. 376.

[717] Ibid., p. 377.

[718] Ibid., p. 415. Véase también «Fixes Blame for Polish Pogroms», *New York Times*, 19 de enero, 1920.

[719] Morgenthau, *All in a Life-Time*, p. 415.

[720] Ibidem, p. 415.

[721] Ibid., p. 418.

722 Ibid., p. 382.

723 «Podil's'ka osoblyva slidcha komisiia dlia rozsliduvannia protyevreis'kykh pohromykh», 1123/1/36; y «Law Establishing an Extraordinary Commission for Investigation of anti-Jewish Pogroms», TsDAVO 5235/1/624/156-160. Para más información sobre la comisión, véase L. V. Hrynevych, «'Provesty naishyrshe v svidomist' mas, shcho zdiiani zlochyny ne zalyshat'sia bez kary': pro stvorennia i diial'nist' Osoblyvoi slidchoi komisii dlia rozsliduvannia protyevreis'kikh pohromnykh dii pry Radi narodnykh ministriv UNR», *Storinky Istorii* 46 (2018), pp. 54-73.

724 «Do Ukrains'ko-evreiskikh vidnosyn v rokakh revoliutsii», TsDAVO 5235/1/623/40.

725 «Do Ukrains'ko-evreiskikh vidnosyn v rokakh revoliutsii», TsDAVO 5235/1 /623/70. Para consultar una traducción al inglés, véase *Material Concerning Ukrainian Jewish Relations During the Years of the Revolution (1917-1921)* (Múnich, Ukrainian Information Bureau, 1956), pp. 66-67.

726 «Do Ukrains'ko-evreiskikh vidnosyn v rokakh revoliutsii», TsDAVO 5235/1/623/76 y 5235/1/623/42. Para consultar una traducción al inglés, véase *Material Concerning Ukrainian-Jewish Relations During the Years of the Revolution (1917-1921)*, pp. 68-69.

727 «Do Ukrains'ko-evreiskikh vidnosyn v rokakh revoliutsii», TsDAVO 5235 /1/623/76.

728 Joseph V. Fuller, ed., *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, the Paris Peace Conference*, 1919 (Washington, D. C., Government Printing Office, 1944), vol. 5, p. 795.

729 La Comisión Aliada para la Negociación de un Armisticio entre Polonia y Ucrania se reunió del 26 de abril y el 15 de mayo. Sus actas se encuentran en David Hunter Miller, *My Diary at the Conference of Paris, with Documents*, vol. 1 (Nueva York, Appeal, 1924), pp. 319-488. Véase también Sam Johnson, *Pogroms, Peasants, Jews: Britain and Eastern Europe's 'Jewish Question,' 1867-1925* (Londres, Palgrave Macmillan, 2011), pp. 166-181.

730 Informe de la CIA, T-452, *The Problem of Eastern Galicia, 1919-1923*, 4 de marzo, 1944.

731 Véase, por ejemplo, «Shkhite in Pereiaslav», *Yidishes tageblat*, 29 de agosto, 1919; y «450 Iden toyt in Zshmerinka pogrom», *Yidishes tageblat*, 17 de agosto, 1919.

732 «Halb million pogrom karbanos in Ukrayne», *Der morgen zhurnal*, 2 de septiembre, 1919.

733 «Ukrainian Jews Aim to Stop Pogroms», *New York Times*, 8 de septiembre, 1919.

734 «Jews Slain in Ukraine», *New York Times*, 14 de septiembre,

1919; «35,000 Jews Killed in Savage Pogroms», *New York Times*, 11 de octubre, 1919; «40,000 Jews Slain in Ukraine, He Says», *New York Times*, 8 de diciembre, 1919; «29,000 Jews Slain in Ukraine Pogroms», *New York Times*, 13 de enero, 1920; y «Tells of Killing of Jews: Russian Leader Asserts 138,000 Were Slain», *New York Times*, 8 de agosto, 1920.

735 «Appel à l'Humanité», CAHJP P10a/1/S5/3/46; «Prominente frantsoyzen opeliren far iden», *Der morgen zhurnal*, 30 de septiembre, 1919; y *The Ukraine Terror and the Jewish Peril* (Londres, Federation of Ukrainian Jews, 1921), p. 16.

736 «Half Million Jews in Pogrom Protest; Procession of 25,000 Marks 'Day of Sorrow' at Conditions in Ukraine. Mass Meeting at Night. Speakers Appeal to the Conscience of the World to Right Wrongs of Their Race. Veterans in Parade», *New York Times*, 25 de noviembre, 1919.

737 «Canadian Jewish Congress Resolution», YIVO 80/35/3381.

738 Julian Batchinsky et al., *The Jewish Pogroms in Ukraine: Authoritative Statements on the Question of Responsibility for Recent Outbreaks Against the Jews in Ukraine* (Washington, D. C., Friends of Ukraine, 1919), p. 23.

739 Arnold Margolin, *Ukraina i politika Antanty zapiski evreia i grazhdanina* (Berlín, Izdatel'stvo S. Efron, 1922), p. 251.

740 Para consultar otros ejemplos, véase David Engel, ed., *The Assassination of Symon Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard*, 1926-1927: *A Selection of Documents* (Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2016), pp. 131-140.

741 Ibidem, p. 20.

742 Christopher Lazarski, «White Propaganda Efforts in the South During the Russian Civil War, 1918-19 (The Alekseev-Denikin Period)», *Slavonic and East European Review* 70, n.º 4 (octubre 1992), pp. 688-707.

743 Nokhem Shtif, *Pogromen in Ukrayne* (Berlín, Wostok, 1923), p. 43.

744 N. Gergel, «The Pogroms in the Ukraine in 1918-21», *YIVO Annual of Jewish Social Science* 6 (1951), p. 249. Tsherikover calculó que la cifra de muertes de los pogromos de Denikin es de unos ocho mil. Véase su introducción en Joseph Schechtman, *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine* (Berlín, Ostjüdisches Historisches Archiv, 1932), pp. 25-26.

745 Shmuel Rubinshteyn, *Tsivshn fayer un shverd: bletlekh zikhroynes vegn birger-krig in Ukrayne, 1918-1920* (Varsovia, Emes, 1924), p. 61.

746 Anton Ivanovich Denikin, *The Russian Turmoil: Memoirs: Military, Social, and Political* (Londres, Hutchinson, 1922), p. 326.

747 Ibidem, p. 31.

748 Ibid., p. 91.

749 John Ernest Hodgson, *With Denikin's Armies: Being a Description of the Cossack Counter-Revolution in South Russia*, 1918-1920 (Londres, Temple Bar, 1932), pp. 54-55.

750 «Chto dal narodu sotsializm i bols'sheviki?», YIVO 80/85/6644.

751 *Rassvet*, n.º 9 (6 de octubre, 1917).

752 «Selianam pro mobilizatsiiu», YIVO 80/85/6634. Para más información sobre la propaganda del Ejército Blanco contra los judíos, véase Oleg Budnitskii, *Russian Jews Between the Reds and the Whites, 1917-1920*, traducido por Timothy J. Portice (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2012).

753 Arkady Borman, «My Meetings with White Russian Generals», *Russian Review* 27, n.º 2 (abril 1968), p. 215.

754 Shtif, *Pogromen in Ukrayne*, p. 49.

755 Ilya Ehrenburg, *First Years of Revolution, 1918-1921* (Londres, MacGibbon & Kee, 1962), p. 94.

756 Para más información sobre los cosacos durante la guera civil, véase Brent Mueggenberg, *The Cossack Struggle Against Communism, 1917-1945* (Jefferson, NC, McFarland, 2019), pp. 120-129.

757 Peter Wrangel, *Always with Honour: Memoirs of General Wrangel* (Nueva York, R. Speller, 1963), p. 87,

758 Cecil L'Estrange Malone, *The Russian Republic* (Nueva York, Harcourt, Brace and Howe, 1920), p. 125.

759 Véase Mark Robert Baker, «Peasants, Power and Revolution in the Village: A Social History of Kharkiv Province, 1914-1921» (tesis doctoral, Harvard University, 2001).

760 «Pogromy v Kremenchugskoi gubernii», TsDAVO 2497/3/147/45.

761 *Fifth Supplement to the London Gazette*, 20 de abril, 1920, https://www.thegazette.co.uk/London/issue/31875/supplement/4693; y Hodgson, *With Denikin's Armies*, pp. 52-53.

762 Bela Bodo, «The White Terror in Hungary, 1919-1921: The Social Worlds of Paramilitary Groups», *Austrian History Yearbook* 42 (abril 2011), pp. 133-163.

763 «Prikaz No. 1 po garnizonu gor. Cherkassy», YIVO 80/85/6554.

764 Para más información sobre la ideología del Ejército Blanco y los judíos, véase Oleg Budnitskii, «Jews, Pogroms, and the White Movement: A Historiographical Critique», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 2, n.º 4 (otoño 2001), pp. 751-772; Peter Kenez, *Civil War in South Russia*, 1918: *The First Year of the Volunteer Army* (Berkeley, University of California Press, 1971); Peter Kenez, *Civil War in South Russia, 1919-1920: The Defeat of the Whites*

(Berkeley, University of California Press, 1977); y Peter Kenez, «Pogroms and White Ideology in the Russian Civil War», en John D. Klier y Shlomo Lambroza, eds., *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History* (Nueva York, Cambridge University Press, 1992), pp. 293-313. Véase también Aleksei L'vovich Litvin, «Krasnyi i belyi terror v Rossii, 1917-1922», *Otechestvennaia istoriia*, n.º 6 (1993): pp. 46-62; y E. I. Dostovalov, «O belykh i belom terrore», *Rossiiskii arkhiv* 6 (1995), pp. 637-697.

765 Sergey Petrovich Melgounov, *The Red Terror in Russia* (Londres, J. M. Dent & Sons, 1925), pp. 179-180.

766 Hodgson, *With Denikin's Armies*, p. 75.

767 Ibidem, p. 75.

768 Ibid., p. 63.

769 Richard Pipes, *The Russian Revolution* (Nueva York, Vintage, 1991), pp. 824-825; trad. cast. *La Revolución rusa* (Barcelona, Debate, 2016).

770 Vadim Abramov, *Evrei v KGB* (Moscú, Iauza, Eksmo, 2005), p. 291.

771 Leonard Schapiro, «The Rôle of the Jews in the Russian Revolutionary Movement», *Slavonic and East European Review* 40, n.º 94 (1961), p. 165.

772 Rubinshteyn, *Tsivshn fayer un shverd*, p. 40.

773 Budnitskii, *Russian Jews Between the Reds and the Whites*, pp. 150-155.

774 A. I. Denikin, *Ocherki russkoi smuty*, vol. 5 (Berlín, Mednyi Vsadnik, 1926), p. 146.

775 Malone, *The Russian Republic*, pp. 125-126.

776 «Pogromy v kremenchugskoi gubernii», TsDAVO 2497/3/147/42-45.

777 «Dokladnaia zapiska soiuza vozrozhdeniia Rossii», YIVO 80/82/6054.

778 Brendan McGeever, *Antisemitism and the Russian Revolution* (Cambridge, Cambridge University Press, 2019).

779 «Fastov», TsDAVO 3299/1/48/40.

780 «Perezhivaniia evreev v Fastove», YIVO 80/210/18924.

781 Ibidem, YIVO 80/210/18925.

782 Para más información sobre Kraus, véase Lidia B. Miliakova, ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny, 1918-1922 gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), p. 857. Véase también TsDAVO 3299/1/48/40.

783 «K sobytiiam v Fastove», YIVO 80/210/18857.

784 «Perezhivaniia evreev v Fastove», YIVO 80/210/18926b.

785 «K sobytiiam v Fastove», YIVO 80/210/18854.

786 Isaac Berliand, «The Slaughter of Fastoff», YIVO 80/210/18902.

787 «Fastov», TsDAVO 3299/1/48/41; y «Sobytiia v Fastove», TsDAVO 3299/1/48/43.

788 «K sobytiiam v Fastove», YIVO 80/210/18857.

789 Ibidem, YIVO 80/210/18853.

790 «Fastov», TsDAVO 3299/1/48/40.

791 Ibidem, TsDAVO 3299/1/48/41.

792 «K sobytiiam v Fastove», YIVO 80/210/18854.

793 «Fastov», TsDAVO 3299/1/48/40.

794 «K sobytiiam v Fastove», YIVO 80/210/18855. Véase también Miliakova, *Kniga Pogromov*, pp. 251-252.

795 «K sobytiiam v Fastove», YIVO 80/210/18861-18861b.

796 Ibidem, YIVO 80/210/18861b.

797 Ibid., YIVO 80/210/18861b. Véase también «The Slaughter of Fastoff», YIVO 80/210/18907.

798 «K sobytiiam v Fastove», YIVO 80/210/18855-57b. Derevensky lo fecha el 9 de septiembre, 22 de septiembre según el nuevo calendario en Ivan Derevensky, «Sobytiia v Fastove», YIVO 80/210/18871-18873.

799 Schechtman, *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine*, p. 103; y «K sobytiiam v Fastove», YIVO 80/210/18862.

800 Kh. Goffman, «Sobytiia v Fastove», YIVO 80/210/18890b.

801 Derevensky, «Sobytiia v Fastove», YIVO 80/210/18871b.

802 Ibidem, YIVO 80/210/18873.

803 Ibid., YIVO 80/210/18871.

804 Isaac Berliand, «The Slaughter of Fastoff», YIVO 80/210/18905-18906.

805 «Perezhivaniia evreev v Fastiv», YIVO 80/210/18926b.

806 Citado en Schechtman, *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine*, p. 118.

807 «Kharkov», YIVO 80/135/10438.

808 Testimonio de Leyb Yakhnis, YIVO 80/237/21987-21988. Para más información sobre las violaciones durante los pogromos, véase Irina Astashkevich, *Gendered Violence: Jewish Women in the Pogroms of* 1917 *to* 1921 (Boston, Academic Studies Press, 2018).

809 Informe de I. O. Zaved con ayuda de la región de Fastiv y Bila Tserkva de A. A. Krizinsky, 28 de diciembre, 1919, YIVO 80/210/18921-18921b. Véase también Departamento de Estado de los Estados Unidos y el presidente de los Estados Unidos, *Conditions in the Ukraine Respecting Treatment of Jews* (Washington, D. C., Government Printing Office, 1920).

[810] «Soobshchenie sdelal' Timofei Aleksandrovich Sadnikov», TsDAVO 3299/1 /48/27.

[811] Sobre el uso de las armas de fuego en los disturbios étnicos, véase Donald L. Horowitz, *The Deadly Ethnic Riot* (Berkeley, University of California Press, 2001), pp. 113-114.

[812] «Sobytiia v Fastove», YIVO 80/210/18865.

[813] A. O. Nikolaidi, «K sobytiiami v Fastove», YIVO 80/210/18867b.

[814] Berliand, «The Slaughter of Fastoff», YIVO 80/210/18904.

[815] Schechtman, *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine*, p. 149.

[816] «Fastiv: po svedeniiam gazet», YIVO 80/210/18894b.

[817] Nikolaidi, «K sobytiiami v Fastove», YIVO 80/210/18868b.

[818] Kh. Hoffman, «Sobytiia v Fastove», YIVO 80/210/18892b. Véase también Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 250.

[819] Nikolaidi, «K sobytiiami v Fastove», YIVO 80/210/18868-18868b.

[820] Citado en Schechtman, *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine*, p. 109.

[821] «Fastoff: Extract of the Evidence of Different Witnesses», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York sobre la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 260.

[822] «Pogromy v Kievskoi gubernii», TsDAVO 2497/3/188/3.

[823] Isaac Berliand, «K polozheniiu pogromlennykh v Fastiv», YIVO 80/210/18920; y «Fastovskii pogrom», YIVO 80/210/18922b. Véase también Miliakova, *Kniga pogromov*, pp. 253-255.

[824] G. I. Rabinovich «Pogrom v Fastove 8-go sentiabria 1919 g», YIVO 80/210/18928b.

[825] Testimonio de las condiciones médicas en Fastiv, septiembre de 1919, TsDAVO 3299/1/48/38. Para consultar una opinión diferente sobre el número de muertos basándose en los trabajos publicados, véase A. A. Nemirovskii, «K voprosu o chisle zhertv evreiskikh pogromov v Fastove i v Kieve (Osen' 1919 g.)», *Novyi istoricheskii vestnik* 14, n.º 1 (2006).

[826] Ilya Ehrenburg, *First Years of Revolution*, 1918-1921 (Londres, MacGibbon & Kee, 1962), p. 84.

[827] Ehrenburg, *First Years of Revolution*, p. 90.

[828] «Fall of Kieff», *Times* (Londres), 4 de septiembre, 1919.

[829] «Rezoliutsiia, priniataia v pervom zasedanii soveta po vozstanovleniiu kievskoi evreiskoi obshchiny 4-go sentiabria 1919 g», YIVO 80/82/5958.

[830] Arkhiv russkoi revoliutsii 15 (Berlín, 1924), p. 229.

831 Ehrenburg, *First Years of Revolution*, p. 78.

832 «Kieff Under the Terror», *Times* (Londres), 23 de septiembre, 1919.

833 Ibidem.

834 «The Red Terror in Kiev», *Current History: A Monthly Magazine of the New York Times* 11, n.º 3 (diciembre 1919), p. 492.

835 «Kazachiy dvor' na delovoi ulitse», TsDAVO 3299/1/49/17.

836 Thomas Chopard, *Le martyre de Kiev*: 1919: *l'Ukraine en révolution entre terreur soviétique, nationalisme et antisémitisme* (París, Vendémiaire, 2015), pp. 192-202.

837 «Telegramma gen. Denikina», YIVO 80/ 85/6642.

838 Para más información sobre el pogromo de Kiev, véase Chopard, *Le martyre de Kiev; Victoria Khiterer, Jewish Pogroms in Kiev During the Russian Civil War, 1918-1920* (Lewiston, NY, Edwin Mellen Press, 2015), pp. 53-76; Mark Shekhtman, «Shul'gin Ehrenburg i drugie o kievskikh pogromakh 1917-1921 godov», *Novosti nedeli*, 14 de octubre, 2010; y Raisa Lert, «Evreiskii pogrom v Kieve v 1919 gody», *Vestnik evreiskogo universiteta Moskve* 1, n.º 14 (1997).

839 Charles Jacobovitz, «Impressions sur le pogrom de Kiev», YIVO 80/84/ 6389-6390b.

840 «Pogrom v Kieve», YIVO 80/211/19078-19093.

841 «Sobytiia v Kieve», YIVO 80/211/19112; Khiterer, *Pogroms in Kiev During the Russian Civil War*, p. 55; y Viktor Savchenko, *Atamany kazach'ego voiska* (Moscú, Eksmo, 2006), pp. 246-248.

842 Shmuil Gankin, 10 de octubre, 1919 (OS), TsDAVO 3299/1/49/20.

843 A. Teitel'baum, «K sobytiiam v Kieve», YIVO 80/211/19122-19123. Véase también Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 309.

844 «Zaiavlenie», Mel'tser, Samuil Abramovich, YIVO 80/332/30979.

845 Arkhiv russkoi revoliutsii 15 (Berlín, 1924), p. 235. Véase también «Zaiavlenie», Anopolskaia, Eva Markova. YIVO 80/332/30966.

846 «Zaiavlenie», Burakovskaia, Polina, YIVO 80/332/30969.

847 Jacobovitz, «Impressions sur le pogrom de Kiev», YIVO 80/84/6391.

848 Rubinshteyn, *Tsivshn fayer un shverd*, p. 61.

849 Ibidem, p. 61.

850 Ehrenburg, *First Years of Revolution*, p. 78.

851 Citado en Schechtman, *Pogromy dobrovol'cheskoi armii na Ukraine*, p. 182; y «Zhenshchiny», YIVO 80/85/6630.

852 Arkhiv russkoi revoliutsii 15 (Berlín, 1924), p. 232.

853 «1-4 Oktiabre v Kieve», *Kievlianin*, 19 de octubre, 1919, n.º 35. Una copia del artículo puede encontrarse en CAHJP P10a/3/S2/8.

854 V. V. Shulgin, «Pytka strakhom», *Kievlianin*, 8 de octubre, 1919.

855 «Kievskii sovet rabochix professional' nikh soiuzov», YIVO 80/85/ 6636.

856 Chopard, *Le martyre de Kiev*, p. 210; y «Grazhdane!» YIVO 80/85/6639.

857 «Kiev», TsDAVO 3299/1/49/28.

858 «Zaiavleniia evreev, postradavshikh ot pogromov i grabezhei v 1919», TsDAVO 3299/1/73-81.

859 YIVO 80/249/23836 contiene una lista con 134 nombres. «Karbones fun Kiever pogrom», *Der morgen zhurnal*, 18 de enero, 1920; y Zalman Solomonovich Ostrovsky, *Evreiskie pogrom, 1918-1921* (Moscú, Obshchestvo shkola i kniga, 1926), pp. 50-51.

860 *Arkhiv russkoi revoliutsii* 15 (Berlín, 1924), p. 235.

861 *Arkhiv russkoi revoliutsii* 15 (Berlín, 1924), p. 237.

862 Berta Kashtelian, «Tetiev in yor 1919», YIVO 80/186/16188. Véase también Eliezer David Rosenthal, *Tetiever khurbn* (Nueva York, Idgezkom, 1922).

863 «Tetiev, Kiever gub.», YIVO 80/186/16210.

864 Kashtelian, «Tetiev in yor 1919», YIVO 80/186/16195.

865 Aron Sery, «Sobytiia v Tetieve», YIVO 80/209/18837.

866 Kashtelian, «Tetiev in yor 1919», YIVO 80/186/16196.

867 Ibidem, YIVO 80/186/16197; «Tetiev, Kiever gub.», YIVO 80/186/ 16213.

868 Efraim Ispo, «Der pogrom in Tetiev», YIVO 80/186/16219; «Tetiev, Kiever gub.», YIVO 80/209/18836; y «Tetiev, Kiever gub.», YIVO 80/186/16213.

869 «Krivo-Ozerskii pogrom», TsDAVO 2497/3/157/8.

870 «Doklad Komissii po okazaniiu pomoshchi naselenniiu, postradavshemu ot pogroma v m. Krivoe-Ozero», 3050/1/226/20.

871 «Doklad Komissii», 3050/1/226/15-29.

872 Tetiever khurbn se refiere a Vynnychenko como Danchenko.

873 «Tetiev, Kiever gub.», YIVO 80/186/16214.

874 «Tetiever pogrom», YIVO 80/186/16228.

875 Sonia Lev, «Protokol N1», YIVO 80/186/16230b.

876 «Tetiever pogrom», YIVO 80/186/16228.

877 «Belotserkovskomu uezdvoenkomu», YIVO 80/67/5411.

878 Ibidem, YIVO 80/67/5411-5412.

879 «Tetiev, Kiever gub.», YIVO 80/186/16214.

880 «Pogrom v Tetieve», YIVO 80/186/16243.

881 Rosenthal, *Tetiever khurbn*, p. 29.

882 Ispo, «Der pogrom in Tetiev», YIVO 80/186/16219. El nombre «Ispo» es probablemente un error tipográfico, yo lo he traducido como Joffe en el texto, pero lo he mantenido como «Ispo» en las notas.

883 Ibidem, YIVO 80/186/16219. Otro testimonio afirma que más bien fueron diez hombres: YIVO 80/186/16228.

884 Ibid., YIVO 80/186/16220.

885 Rosenthal, *Tetiever khurbn*, pp. 30-31.

886 http://tetiy.at.ua/publ/istorija_tymoshni/istorija_tetieva/velikodni_zhniva _tetijivskikh_gajdamakiv/3-1-0-13.

887 «Tetiever pogrom», YIVO 80/186/16228b. El libro conmemorativo de Tetiiv identifica a la persona que lanzó la bomba como Ostrovsky. Véase Rosenthal, *Tetiever khurbn*, 38.

888 «Tetiever pogrom», YIVO 80/186/16229.

889 Ispo, «Der pogrom in Tetiev», YIVO 80/186/16220.

890 Sh. Kupershmid, «Pogrom Tetiev», YIVO 80/186/16243.

891 Kupershmid, «Pogrom Tetiev», YIVO 80/186/16243.

892 Teme Novofastovskaya, «Protokol N6», YIVO 80/186/16238b.

893 Hinde Feldman, «Protokol N7», YIVO 80/186/16240.

894 Chaya Goldenberg «Protokol N3», YIVO 80/186/16235.

895 Ispo, «Der pogrom in Tetiev», YIVO 80/186/16221.

896 Goldenberg «Protokol N3», YIVO 80/187/16235.

897 Feldman, «Protokol N7», YIVO 80/186/16240.

898 «Pogrom Tetiev», YIVO 80/186/16243.

899 «Tetiev, Kiever gub.», YIVO 80/186/16215.

900 Lev, «Protokol N1», YIVO 80/186/16230b.

901 Ispo, «Der pogrom in Tetiev», YIVO 80/186/16222.

902 «Tetiev, Kiever gub.», YIVO 80/186/16215.

903 Ispo, «Der pogrom in Tetiev», YIVO 80/186/16222.

904 Ibidem, YIVO 80/186/16223.

905 Ibid., YIVO 80/186/16224, 16241b.

906 «Tetiev, Kiever gub.», YIVO 80/186/16216.

907 Ispo, «Der pogrom in Tetiev», YIVO 80/186/16225.

908 Ibidem, YIVO 80/186/16226.

909 Aniute Glatskaia, «Protokol N4», YIVO 80/186/16237-8.

910 Lev, «Protokol N1», YIVO 80/186/16232b.

911 Una lista de las víctimas del pogromo contiene 631 nombres: YIVO 80/234/21665.

912 Tsherikover, «Les Pogromes antijuifs en Ukraine en 1917-1920 et le rôle de Petlioura», CAHJP P10a/1/S1/2, 46.

913 Lidia B. Miliakova, ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny*,

1918-1922 *gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), p. 358.

914 Miliakova, *Kniga pogromov*, la fuente original la encontramos en GARF 1339/2/18/59-59a.

915 «Protokol doprosa», YIVO 80/67/5415.

916 Comité de Delegaciones Judías, *The Pogroms in the Ukraine Under the Ukrainian Governments (*1917-1920*): Historical Survey with Documents and Photographs* (Londres, John Bale, Sons & Danielsson, 1927), p. 241.

917 «Protokol», YIVO 80/67/5468.

918 «Vypiska iz protokola no. 4, zasedaniia Kollegii Kievskoi Gubern. Chrez. Komissii», YIVO 80/67/5474.

919 Edgar Vincent D'Abernon, *The Eighteenth Decisive Battle of the World: Warsaw*, 1920 (Londres, Hodder and Stoughton, 1931); Norman Davies, *White Eagle, Red Star: The Polish-Soviet War* 1919-1920 *and «the Miracle on the Vistula»* (Londres, Pimlico, 2003); y Michael Palij, *The Ukrainian Polish Defensive Alliance, 1919-1921* (Edmonton, Canadian Institute of Ukrainian Studies Press, 1995).

920 Citado en *The Year 1920: The War Between Poland and Bolshevik Russia* (Varsovia, KARTA Centre, 2005), p. 19.

921 Citado en ibidem, p. 28.

922 «Pol'skiie dni v Zhitomire», YIVO 80/86/6807.

923 Citado en *The Year 1920*, p. 28.

924 «Pol'skiie dni v Zhitomire», YIVO 80/86/6809.

925 Ibidem, YIVO 80/86/6810.

926 Citado en *The Year* 1920, p. 49.

927 Citado en ibidem, p. 46.

928 Lidia B. Miliakova, ed., *Kniga pogromov: Pogromy na Ukraine, v Belorussii i evropeiskoi chasti Rossii v period grazhdanskoi voiny, 1918-1922 gg. Sbornik dokumentov* (Moscú, Rosspen, 2007), p. 363. Véase también «Protocol 8: statement of Borukh Shvartsman», YIVO 80/88/7240.

929 «Protocol 8: statement of Borukh Ostrovsky», YIVO 80/88/7240b.

930 Ibidem.

931 «Protokol 5: statement of Nuty Kigsman», YIVO 80/88/7239-7240.

932 «Dokladnaia zapiska», carta de presentación a la comunidad judía de Kiev, YIVO 80/88/7250.

933 «Poliaki v Kieve: V komitet pomoshchi postradavshim», YIVO 80/88/ 7252-7253.

934 «Poliaki i evrei na Ukraine», YIVO 80/86/6834.

935 Ibidem, YIVO 80/86/6834.

936 Israel Joshua Singer, «Bakhmatsch Station», traducido por Anita Norich, en Ezra Glinter, ed., *Have I Got a Story for You: More Than a Century of Fiction from The Forward* (Nueva York, W. W. Norton, 2017), p. 235.

937 Stephen Brown, «Communists and the Red Cavalry: The Political Education of the Konarmiia in the Russian Civil War, 1918-1920», *Slavonic and East European Review* 73, n.º 1 (1995), pp. 82-99.

938 Singer, «Bakhmatsh Station», p. 238.

939 «Pol'skie dni v Zhitomire», YIVO 80/86/6815. Véase también «Ustroennyi pol'skimi belogvardeitsami», YIVO 80/89/7371; «Evreiskii pogrom v Zhitomire», YIVO 80/89/7372-7374; «Pol'skii pogrom v Zhitomire», YIVO 80/90/7416-7425; y Miliakova, *Kniga pogromov*, pp. 362-365 y pp. 382-390.

940 Citado en The *Year 1920*, p. 75.

941 Vincent, *The Eighteenth Decisive Battle of the World*, p. 108.

942 Ibidem, p. 120.

943 M. N. Tukhachevsky, «March Beyond the Vistula», en *Year 1920* (Londres, Piłsudski Institute of London, 1972), p. 244.

944 Oleg Budnitskii, *Russian Jews Between the Reds and the Whites 1917- 1920*, traducido por Timothy J. Portice (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2012), p. 356-405.

945 Isaac Babel, *The Complete Works of Isaac Babel*, edición de Nathalie Babel, traducido por Peter Constantine (Nueva York, W. W. Norton, 2002), p. 457.

946 Babel, *The Complete Works of Isaac Babel*, p. 387.

947 Citado en *The Year 1920*, pp. 196-197.

948 Babel, *The Complete Works of Isaac Babel*, p. 454.

949 Ibidem, p. 411.

950 Ibid., p. 260.

951 Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 400.

952 Babel, *The Complete Works of Isaac Babel*, p. 271.

953 Ibidem, pp. 367-368.

954 Ibid., p. 372.

955 «Prikaz», YIVO 80/42/3587.

956 «O Bulak-Balakhovich», YIVO 80/96/7907.

957 Citado en *The Year 1920*, p. 126.

958 Citado en ibidem, p. 189.

959 «Zakliuchenie o predanii sudu», YIVO 80/96/7898-7899.

960 Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 619-20.

961 «Zakliuchenie o predanii sudu», YIVO 80/96/7898-7905.

962 «Balakhovitshes bandes in mazirer raion», YIVO 80/96/7912.

963 Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 613.

964 «Balakhovitshes bandes in mazirer raion», YIVO 80/96/7911.

965 Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 619.

966 «Balakhovitshes bandes in mazirer raion», YIVO 80/96/7910-7911.

967 Ibidem, YIVO 80/96/7913-7914.

968 «Balakhovitshes bandes in mazirer raion», YIVO 80/96/7912.

969 Miliakova, *Kniga pogromov*, p. 636.

970 «Yurevitshi, Retshitster uyezd», YIVO 80/96/7889-7890.

971 Ibidem, YIVO 80/96/7889-7890.

972 Stanisław Dąbrowski, «The Peace Treaty of Riga», *Polish Review* 5, n.º 1 (invierno, 1960): pp. 3-34. Sobre la ejecución del tratado y su impacto sobre los refugiados, véase Jerzy Borzęcki, *The Soviet-Polish Peace of* 1921 *and the Creation of Interwar Europe* (New Haven, CT, Yale University Press, 2008), pp. 230-274.

973 Anne Applebaum, *Red Famine: Stalin's War on Ukraine* (Nueva York, Doubleday, 2017), p. 67; trad. cast. *La hambruna roja* (Barcelona, Debate, 2019) y Kazuo Nakai, «Soviet Agricultural Policies in the Ukraine and the 1921-1922 Famine», *Harvard Ukrainian Studies* 6, n.º 1 (marzo 1982), pp. 43-61.

974 «Odessa. Polozhenie bezhentsev», YIVO 80/298/28378-28380.

975 Lev Singer, *Evreiskoe naselenie SSSR* (Moscú, ORT, 1927), pp. 13-17; y Tsentral'noe statisticheskoe upravlenie, *Vsesoiuznaia perepis' naseleniia* 1926 *goda*, vol. 46 (Moscú, TsSU Souiza SSR, 1928-1933), pp. 24-53.

976 *Vsesoiuznaia perepis'*, vol. 45, pp. 113-143; y vol. 46, pp. 340-345.

977 Ilya Ehrenburg, *First Years of Revolution, 1918-1921* (Londres, MacGibbon & Kee, 1962), p. 77.

978 Para más información sobre el asesinato de Friedlaender y Cantor, véase Michael Beizer, «Who Murdered Professor Israel Friedlaender and Rabbi Bernard Cantor: The Truth Rediscovered», *American Jewish Archives Journal* 55, n.º 1 (2003), pp. 63-114. Véase también Michael Miller, «The Ukraine Commission of the Joint Distribution Committee, 1920, with Insight from the Judge Harry Fisher Papers», *Jewish Social Studies* 49, n.º 1 (1987), pp. 53-60; Jaclyn Granick, «The First American Organization in Soviet Russia: JDC and Relief in the Ukraine, 1920-1923», en Avinoam Patt et al., *The JDC at* 100: *A Century of Humanitarianism* (Detroit, Wayne State University Press, 2019) pp. 61-93; Jacob Kohn, «Israel Friedlaender: A Biographical Sketch», *American Jewish Year Book* 23 (3 de octubre, 1921, hasta el 22 de septiembre, 1922), pp. 65-79; y Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 247.3,

subcomité sobre Ucrania a la JDC, 13 de noviembre, 1919.

979 Louis Marshall al secretario de estado, 11 de agosto, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York a la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 27.3.

980 Estatutos del Comité Público de Todos los Judíos para la Ayuda a las Víctimas de los Pogromos, TsDAVO 2497/1/2/3.

981 Zosa Szajkowski, «'Reconstruction' vs. 'Palliative Relief' in American Jewish Overseas Work (1919-1939)», *Jewish Social Studies* 32, n.º 1 (enero 1970), pp. 14-42.

982 «Jewish Delegations at State Department», CAHJP P10a/1/S5/8; y Mark Vishnitzer a N. Sokolov, 17 de noviembre, 1919, CAHJP P10a/1/S8/1.

983 «Jewish Delegations at State Department», YIVO 80/46/3788-3789. También «U.S. Can't Aid Jews in Ukraine Yet», *New York Times*, 11 de diciembre, 1919.

984 «The State Department Has Advised the Joint Distribution Committee», 6 de octubre, 1920, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 248.

985 Z. Litvakova, «O polozhenii v Kievskoi gub k kontsu 1920 goda», YIVO 80/45/3691-3702.

986 «Dr. Bogen's First Impressions of Ukraina», Archivos de la JDC, Informe de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 453.

987 *The Ukraine Terror and the Jewish Peril* (Londres, Federation of Ukrainian Jews, 1921), p. 2

988 Boris David Bogen, *Born a Jew* (Nueva York, Macmillan, 1930), p. 282.

989 En 1917, alrededor de 2,3 millones de judíos vivían en las provincias de Katerinoslavia, Kiev, Podolia, Poltava, Taurida, Jersón, Chernígov y en las regiones no ocupadas de Volinia, según la Sociedad de Estadística Judía. La población judía de la Ucrania soviética era de 1,47 millones en 1923. Véase Evreiskoe Statisticheskoe Obshchestvo, *Evreiskoe naselenie Rossii* (Petrogrado, Kadima, 1917), p. IX; y Singer, *Evreiskoe naselenie SSSR*, pp. 8 y 38-39.

990 Yuri Slezkine, *The Jewish Century* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2004), especialmente pp. 151-153 y 223.

991 Liga de las Naciones, *Réfugiés russes. Rapport de la Cinquième commission*, Génova, 1922. Para más información sobre la situación de los refugiados en Europa, véase John Hope Simpson, «The Refugee Problem», *International Affairs* 17, n.º 5 (septiembre-octubre 1938), p. 612; Martyn Housden, «White Russians Crossing the Black Sea: Fridtjof Nansen, Constantinople, and the First Modern Repatriation of

Refugees Displaced by Civil Conflict, 1922-23», *Slavonic and East European Review* 88, n.º 3 (julio 2010), pp. 495- 524; Irina Berlova, *Vynuzhdennye migranty: bezhentsy i voennoplennye pervoi mirovoi voiny v Rossii*, 1914-1925 (Moscú, Airo, 2014); y Tara Zahra, *The Great Departure: Mass Migration from Eastern Europe and the Making of the Free World* (Nueva York, W. W. Norton, 2016). La cifra total de refugiados en Europa oscila entre los 1,9 millones de un informe facilitado por la Cruz Roja, y los 635.000 de otro informe de los archivos rusos de Praga. Para más información, véase Eugene Kulischer, *Europe on the Move: War and Population Changes, 1914-1947* (Nueva York, Columbia University Press, 1948), p. 54; Eli Lederhendler, «The Interrupted Chain: Traditional Receiver Countries, Migration Regimes, and the East European Jewish Diaspora, 1918-39», *East European Jewish Affairs* 44, n.º 2-3 (2014), pp. 171-186; y Arieh Tartakower y Kurt R. Grossmann, *The Jewish Refugee* (Nueva York, Institute of Jewish Affairs of the American Jewish Congress and World Jewish Congress, 1944).

992 «General Remarks on the Activity of the Refugee and Repatriate Department», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 162; «Activities of Refugee Department American Joint Distribution Committee in Europe During the Years 1921, 1922, 1923», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, carpeta 164; Piotr Wróbel, «Migracje Żydów polskich. Próba syntezy», Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego, 185-186 (1998), pp. 3-30; y Jerzy Borzęcki, *The Soviet-Polish Peace of* 1921 *and the Creation of Interwar Europe* (New Haven, CT, Yale University Press, 2008), pp. 241-242.

993 J. M. Kowalsky al Consejo Ejecutivo Europeo, 1 de febrero, 1921, Archivos de la JDC, Informe de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 141.2.

994 Borzęcki, *The Soviet-Polish Peace of 1921*, pp. 241-242.

995 Ibidem, p. 242.

996 H. Breckler a J. Schweitzer, 15 de enero, 1922, Archivos de la JDC Informe de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 161.

997 Joseph Hyman a James Rosenberg, 18 de enero, 1922, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana 1921-1932, carpeta 161.

998 «Activities of Refugee Department American Joint Distribution Committee in Europe», pp. 40-44, Archivos del JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta

Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 164.

999 Tartakower y Grossmann, *The Jewish Refugee*, p. 25.

1000 «40,000 idishe flikhtlinge in besarabien», *Forverts*, 12 de julio, 1921.

1001 «Heymloze», R-3050/1/ 272/6-7; y «Eynige statistishe yedies», R-3050/ 1/272/39-40.

1002 «To the Joint Distribution Committee of the American Funds for Jewish War and Pogrom Victims», 28 de mayo, 1921, p. 12, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 247.1.

1003 «Activities of Refugee Department American Joint Distribution Committee in Europe», p. 61, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 164.

1004 Comisión de Distribución Conjunta de Bucarest al doctor Kahn, 1 de junio, 1921, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 245.1. También de la Comisión de Distribución en París a Morris Lewis el 15 de junio, 1921, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 245.1.

1005 «To the Joint Distribution Committee of the American Funds for Jewish War and Pogrom Victims», 28 de mayo, 1921, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 247.1.

1006 «Report on Refugees Bessarabian Section», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 245.1.

1007 «Activities of Refugee Department American Joint Distribution Committee in Europe», p. 62, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 164.

1008 Paul Hanebrink, *A Specter Haunting Europe: The Myth of Judeo-Bolshevism* (Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University Press, 2018), pp. 63-67; y Diana Dumitru, *The State, Antisemitism, and Collaboration in the Holocaust: The Borderlands of Romania and the Soviet Union* (Cambridge, Cambridge University Press, 2016), pp. 55-68.

1009 Isaac Unterman, *Fun di shkhite shtet* (Jersey City, NJ, Hudson Jewish News, 1925), p. 130. Véase también «Correspondence, reports (English, Hungarian) on refugees, aid, reconstruction in Hungary», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la

Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 148.1.

1010 «Report of Joseph Marcus», 5 de junio, 1921, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 151.4.

1011 «Activities of the Joint Distribution Committee in Czechoslovakia June 24, 1921», p. 17, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 127.3. Estas cifras incluyen a 75.000 que fueron ayudados por la comisión y a 7.000 estudiantes judíos que se calculan de manera separada.

1012 «Activities of the Joint Distribution Committee in Czechoslovakia June 24, 1921», p. 25, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 127.3.

1013 Véase «Flikhtlinge muzen farlozen Romenie biz'n 1ten oktober», *Forverts*, 20 de junio, 1923; «Der ershter oktober vet zayn a tragisher tog far di ukrayner flikhtlinge», *Forverts*, 27 de septiembre, 1923; «Finds Refuge for 40,000», *New York Times*, 27 de diciembre, 1921; «Rumenishe regierung erloybt komisie tsu helfen flikhtlinge», *Der morgen zhurnal*, 7 de diciembre, 1921; y Mark Wischnitzer, *To Dwell in Safety; the Story of Jewish Migration Since* 1800 (Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1948), p. 153.

1014 «Activities of Refugee Department American Joint Distribution Committee in Europe», p. 92, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 164. Véase también Simpson, «The Refugee Problem», p. 362.

1015 Bernard Kahn calculó que alrededor de sesenta mil judíos habían llegado a Alemania entre octubre de 1918 y noviembre de 1920: «Report Presented by Dr. Kahn at the Vienna Conference», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 143.2. Robert C. Williams escribe que 75.000 europeos del este llegaron a Alemania después de la revolución. Véase Robert Chadwell Williams, *Culture in Exile: Russian Émigrés in Germany*, 1881-1941 (Ithaca, NY, Cornell University Press, 1972), p. 154. Para más información sobre la inmigración rusojudía a Alemania, véase S. Adler-Rudel, *Ostjuden in Deutschland, 1880 1940: Zurgliech eine Geschichte der Organisationen, die sie Betreuten* (Tubinga, Mohr, 1959); Trude Maurer, *Ostjuden in Deutschland* 1918-1933 (Hamburgo, Hans Christians Verlag, 1986); y Karl Schlögel, ed., *Russische Emigration in Deutschland* 1918 *bis* 1941: *Leben im europäischen Bürgerkrieg* (Berlín, Akademie Verlag, 1995).

1016 «The situation of the Jews from Poland and other parts of Eastern Europe in Germany», p. 1, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 145.2.

1017 Joseph Roth, *What I Saw: Reports from Berlin* 1920-1933 (Nueva York, W. W. Norton, 2003), p. 37; trad. cast. *Crónicas berlinesas* (Barcelona, Minúscula, 2017).

1018 Israel Joshua Singer, *The Family Carnovsky* (Nueva York, Vanguard Press, 1969), p. 161; trad. cast. *La familia Karmowsky* (Barcelona, Acantilado, 2015).

1019 Arnold Margolin, *From a Political Diary: Russia, the Ukraine, and America*, 1905-1945 (Nueva York, Columbia University Press, 1946), p. 65.

1020 Arnold Margolin, *Ukraina i politika Antanty zapiski evreia i grazhdanina* (Berlín, Izdatel'stvo S. Efron, 1922), p. 246.

1021 Citado en Verena Dohm y Gertrud Pickhan, eds., *Transit und Transformation: Osteuropäisch-jüdische Migranten in Berlin* 1918-1939 (Gotinga, Wallstein, 2010), p. 87.

1022 Ilya Ehrenburg, *Memoirs: 1921-1941* (Cleveland, OH, World Publishing Co., 1963), p. 9.

1023 Ibidem, p. 13.

1024 Citado en Shachar Pinsker, *A Rich Brew: How Cafés Created Modern Jewish Culture* (Nueva York, New York University Press, 2018), p. 181. Para más información sobre la inmigración judía en el Berlín y la Alemania de entreguerras, véase Michael Brenner, *The Renaissance of Jewish Culture in Weimar Germany* (New Haven, CT, Yale University Press, 1998); Oleg Budnitskii y Aleksandra Polian, *Russko-evreiskii Berlin, 1920-1941* (Moscú, Novoe literaturnoe obozrenie, 2013); Gennady Estraikh y Mikhail Krutikov, eds., *Yiddish in Weimar Berlin: At the Crossroads of Diaspora Politics and Culture* (Londres, Modern Humanities Research Association, 2010); Reiner Pommerin, «Die Ausweisung von 'Ostjuden' aus Bayern 1923. Ein Beitrag zum Krisenjahr der Weimarer Republik», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 34, n.º 3 (1986), pp. 311-340; y Rachel Seelig, *Strangers in Berlin: Modern Jewish Literature Between East and West, 1919-1933* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 2016). Sobre la escena cultural rusa en Berlín, véase Fritz Mierau, ed., *Russen in Berlin, 1918-1933* (Leipzig, Quadriga Verlag, 1988); Marc Raeff, *Russia Abroad: A Cultural History of the Russian Emigration, 1919-1939* (Oxford, Oxford University Press, 1990); y Karl Schlögel, *Der grosse Exodus: Die russische Emigration und ihre Zentren* 1917 *bis* 1941 (Múnich, C. H. Beck, 1994).

1025 Sobre la carrera de Revutsky después de marcharse de Ucrania,

véase Simon Rabinovitch, «Jewish-Ukrainian-Soviet Relations During the Civil War and the Second Thoughts of a Minister for Jewish Affairs», *Studies in Ethnicity and Nationalism* 17, n.º 3 (2017), pp. 339-353.

1026 Annemarie Sammartino, *The Impossible Border: Germany and the East, 1914-1922* (Ithaca, NY, Cornell University Press, 2010), p. 123; Adler-Rudel, *Ostjuden in Deutschland*, p. 165; «Telegram from Goldman to Jointdisco, New York», 10 de marzo, 1920, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 143.1; y Maurer, *Ostjuden in Deutschland* 1918-1933, pp. 72-81.

1027 Dovid Bergelson, *The Shadows of Berlin: The Berlin Stories of Dovid Bergelson*, traducido por Joachim Neugroschel (San Francisco, City Lights Books, 2005), p. 38.

1028 Vic Satzewich, *The Ukrainian Diaspora* (Nueva York, Routledge, 2003), p. 57.

1029 Michael Kellogg, *The Russian Roots of Nazism: White Émigrés and the Making of National Socialism 1917-1945* (Cambridge, Cambridge University Press, 2004), pp. 52-54, 190-191 y 255-259; Williams, *Culture in Exile*, p. 97; Pavlo Petrovych Skoropads'kyj, *Erinnerungen: 1917 bis 1918* (Stuttgart, F. Steiner, 1999), pp. 85-87; y *Völkischer Beobachter* del 7 de abril, 7 de mayo y 29 de agosto, 1923.

1030 Andrii Bolianovs'kyi, «Cooperation Between the German Military of the Weimar Republic and the Ukrainian Military Organization, 1923-1928», *Harvard Ukrainian Studies* 23, n.os ½ (junio 1999), pp. 73-84.

1031 Pavel Sudoplatov et al., *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness, a Soviet Spymaster* (Boston, Little, Brown, 1995), pp. 23-28.

1032 Citado en Maurer, *Ostjuden in Deutschland*, 1918-1933, p. 186.

1033 «The Situation of the Jews from Poland and Other Parts of Eastern Europe in Germany», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 145.2.

1034 «Telegram from Goldman to Jointdisco, New York», 10 de marzo, 1920, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 143.1.

1035 «Translated Letter from Dr. Horvits to Mr. Speyor», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 145.2.

1036 Maurer, *Ostjuden in Deutschland*, 1918-1933, pp. 109-123. Véase también Jack Wertheimer, *Unwelcome Strangers: East European*

Jews in Imperial Germany (Oxford, Oxford University Press, 1987); y Williams, *Culture in Exile*.

1037 Citado en Maurer, *Ostjuden in Deutschland*, 1918-1933, p. 123.

1038 «Gegen die Ostjuden», *Völkischer Beobachter*, 6 de marzo, 1920. Véase también Dr. Sieghart, «Deutschland den Ostjuden», *Völkischer Beobachter*, 21 de enero, 1920.

1039 «Macht ganze Arbeit mit den Juden», *Völkischer Beobachter*, 10 de marzo, 1920.

1040 Maurer, *Ostjuden in Deutschland, 1918-1933*, p. 123; y Franz Haiser, «Sombart und die Juden», *Deutschlands Erneuerung*, julio 1922, p. 424.

1041 Sammartino, *The Impossible Border*, pp. 128-130; y «Abstract of a Report of the Labor Welfare Department of the Jewish Organizations in Germany», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1919-1921, carpeta 145.2.

1042 Albert Einstein, «How I Became a Zionist», en *The Collected Papers of Albert Einstein*, vol. 7 (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2002), p. 352.

1043 Véase Steven E. Aschheim, *Brothers and Strangers: The East European Jew in German and German Jewish Consciousness, 1800-1923* (Madison, University of Wisconsin Press, 1982), p. 233. Para ver algunos ejemplos, véase «Das jüdische Sowjetparadies», *Völkischer Beobachter*, 27 de enero, 1921; y «Die jüdische Diktatur in Rußland», *Völkischer Beobachter*, 16/17 de septiembre, 1923. Véase también Hanebrink, *A Specter Haunting Europe*.

1044 Véase *Pravda*, 5 de enero, 1919, por ejemplo.

1045 Citado en Robert Gerwarth, *The Vanquished: Why the First World War Failed to End, 1917-1923* (Londres, Allen Lane, 2016), 129. Para más información sobre el judeobolchevismo en Alemania, véase Hanebrink, *A Specter Haunting Europe*, pp. 83-93.

1046 Alfred Rosenberg, «Die Russisch-jüdische Revolution», *Auf gut Deutsch* 8 (21 de febrero, 1919), pp. 120-124.

1047 Alfred Rosenberg, «Russe und Deutscher», *Auf gut Deutsch* 11 y 12 (4 de abril, 1919), pp. 187-188.

1048 Alfred Rosenberg, «Judenheit und Politik», *Auf gut Deutsch* 17 y 18 (13 de junio, 1919), p. 272.

1049 Alfred Rosenberg, «Jüdische Zeitfragen», *Auf gut Deutsch* 34 y 35 (23 de octubre, 1919), p. 535.

1050 *Foreign Relations of the United States, Paris Peace Conference*, vol. 5, p. 909.

1051 Citado en Michael Brenner, *Der Lange Schatten der Revolution: Juden und Antisemiten in Hitlers München, 1918-1923* (Berlín, Jüdischer

Verlag, 2019), p. 201.

1052 Citado en Yitzhak Arad, Yisrael Gutman, y Abraham Margaliot, eds., *Documents on the Holocaust: Selected Sources on the Destruction of the Jews of Germany and Austria, Poland, and the Soviet Union* (Jerusalén, Yad Vashem, 1981), p. 20 (traducción modificada).

1053 Adolf Hitler, *Mein Kampf*, traducción Ralph Manheim (Nueva York, Houghton Mifflin, 1943), pp. 325-326.

1054 Hitler, *Mein Kampf*, p. 623.

1055 Pommerin, «Die Ausweisung von 'Ostjuden' aus Bayern 1923»; y Józef Adelson, «The Expulsion of Jews with Polish Citizenship from Bavaria in 1923», *Polin: Studies in Polish Jewry* 5 (1990), pp. 57-73.

1056 Citado en Hanebrink, *A Specter Haunting Europe*, p. 98.

1057 Margolin, *Ukraina i politika Antanty*, p. 355.

1058 John Haycraft, *Disturbances in May 1921. Reports of the Commission of Inquiry with Correspondence Relating Thereto* (Londres, H. M. Stationery Office, 1921); «Les troubles de Palestine», *Paix et Droit*, 1 de mayo, 1921; y «Unruhen in Yafo beneyt», *Yidishes tageblat*, 4 de mayo, 1921.

1059 Haycraft, *Disturbances in May 1921*, p. 43.

1060 Véase, por ejemplo, «Eyntselheyten fun Yafo pogrom», *Yidishes tageblat*, 6 de mayo, 1921; «Pogrom in Yafo», *Yidishes tageblat*, 3 de mayo, 1921; y «20 Iden toyt, 150 farvundet in a pogrom», *Forverts*, 3 de mayo, 1921.

1061 Anita Shapira, *Land and Power: The Zionist Resort to Force, 1881-1948* (Stanford, CA, Stanford University Press, 1999), pp. 111-113.

1062 Véase, por ejemplo, «Dokladnaia zapiska. V odeskii evobshchestkom», TsDAVO 2497/3/182/4-7.

1063 *Bolshevik Propaganda: Hearings Before a Subcommittee of the Committee on the Judiciary* (Washington, D. C., Government Printing Office, 1919), pp. 114-115.

1064 *Bolshevik Propaganda*, pp. 134-136.

1065 «Senators Tell What Bolshevism in America Means», *New York Times*, 15 de junio, 1919.

1066 Citado en Evans Clark, *Facts and Fabrications About Soviet Russia* (Nueva York, Rand School of Social Science, 1920), p. 18.

1067 Joseph W. Bendersky, *The «Jewish Threat»: Anti-Semitic Politics of the U.S. Army* (Nueva York, Basic Books, 2000), p. 71.

1068 *The International Jew, the World's Foremost Problem, Being a Reprint of a Series of Articles Appearing in The Dearborn Independent from May* 22 *to October* 2, 1920, vol. 1 (Dearborn, MI, Dearborn Publishing Company, 1920), p. 229.

1069 *The International Jew*, vol. 2, p. 234.

1070 Ibidem, p. 227.

1071 Madison Grant, *The Passing of the Great Race; or, The Racial Basis of European History* (Nueva York, C. Scribner's Sons, 1916), p. 81.

1072 «Activities of Refugee Department American Joint Distribution Committee in Europe», p. 103, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 164.

1073 «Activities of Refugee Department American Joint Distribution Committee in Europe», p. 33, Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 164.

1074 *Restriction of Immigration. Hearings Before the Committee on Immigration and Naturalization, House of Representatives, Sixty-Eighth Congress, First Session, on H.R.*5, *H.R.*101, *H.R.*561 *[H.R.*6540*] (*1924), pp. 389-390.

1075 *Restriction of Immigration*, p. 20.

1076 «Slayer of Petlura Stirs Paris Court», *New York Times*, 19 de octubre, 1927, p. 9. Para más información sobre el asesinato de Petliura, véase David Engel. ed., *The Assassination of Symon Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard, 1926-1927: A Selection of Documents* (Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2016); Saul S. Friedman, *Pogromchik: The Assassination of Simon Petlura* (Nueva York, Hart, 1976); Meir Kotik, *Mishpat Shvartsbard* (Tel Aviv, Ḥadera, 1972); Anna Schur, «Shades of Justice: The Trial of Sholom Schwartzbard and Dovid Bergelson's Among Refugees», *Law and Literature* 19, n.º 1 (2007), pp. 15-43; Laura Engelstein, *The Resistible Rise of Antisemitism: Exemplary Cases from Russia, Ukraine, and Poland* (Waltham, MA, Brandeis University Press, 2020), pp. 77-122; y Monique Slodzian, *L'Ukraine depuis le procès Schwartzbard Petlioura (*1927) (París, Politique Éditions de la Différence, 2014).

1077 Citado en «The Lurid Trial of Petlura's Slayer», *Literary Digest*, 19 de noviembre, 1927.

1078 Citado en Engel, *The Assassination of Symon Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard*, p. 171.

1079 Citado en ibidem, p. 177.

1080 Sholem Ash, «Ver iz der 'merder'?», *Haynt*, 7 de junio, 1926.

1081 Declaración de Dmytro Andriievskyi, citado en Engel, *The Assassination of Symon Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard*, p. 30.

1082 «Ukrainian Leaders Fear Alleged 'Jewish Terror'», *Jewish Telegraphic Agency*, 3 de octubre, 1926.

1083 Levko Chykalenko, «Sionisti i 'Sionisti'», *Tryzub*, 26 de septiembre, 1926. Traducción de Engel, *The Assassination of Symon*

Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard, p. 232.

1084 Citado en Engel, *The Assassination of Symon Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard*, p. 155.

1085 Para más información sobre las especulaciones acerca de la conexión de Schwarzbard con los bolcheviques, véase Pavlo Shandruk, *Arms of Valor* (Nueva York, R. Speller, 1959), p. 144; y «Confrontation Kossenko-Schwartzbard», YIVO 80/451/38071-38073.

1086 Leo Motzkin, «An erklerung bnuge tsum shvartsbard-protsess», P10a/4/ S1/5/7.

1087 Engel, *The Assassination of Symon Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard*, pp. 218-219.

1088 «Semion Petlura League Is Formed in Lemberg», *Jewish Telegraphic Agency*, 8 de octubre, 1926.

1089 Engel, *The Assassination of Symon Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard*, p. 261. Véanse las cartas de Margolin a Lev Efimovich, 6 de julio, 1926 (YIVO 80/478/39224-39225), 3 de agosto, 1926 (YIVO 80/478/39225-39228), y 12 de julio, 1926 (YIVO 80/478/39229-39231).

1090 Joseph Schechtman, «The Jabotinsky-Slavinsky Agreement: A Chapter in Ukrainian-Jewish Relations», *Jewish Social Studies* 17, n.º 4 (1955), pp. 289-306. Para más información sobre el origen, véase Olga Andriewsky, «Medved' iz berlogi: Vladimir Jabotinsky and the Ukrainian Question, 1904-1914», *Harvard Ukrainian Studies* 14, n.os ¾ (1990), pp. 249-267.

1091 Zeev Jabotinsky, «Torres», CAHJP P10a/1/S4/2.

1092 Citado en Friedman, *Pogromchik*, p. 314.

1093 «A la cour d'assises», YIVO 80/432/37245.

1094 Ibidem, YIVO 80/432/37247.

1095 Ibid., YIVO 80/432/37247-37248.

1096 «S. Petliura i zhydivski pohromy», DAKO 3890/1/10/12.

1097 Ibidem, DAKO 3890/1/10/13.

1098 «Pochatky dial'nosty S. V. Petliury nad vidrozhdeniiam Ukrains'kogo Viys'ka», TsDAVO 4011/2/5/54-58.

1099 «M. Feshchenko-Chopivskyi», TsDAVO 4011/2/5/75-85.

1100 Tsherikover, «Otvet na zapisku A. Shul'gina», YIVO 80/458/38412.

1101 Ibidem, YIVO 80/458/38437.

1102 Ibid., YIVO 80/458/38444.

1103 http://www.jta.org/1926/07/22/archive/50000-jews-killed-in-petlura-pogroms-paris-court-hears.

1104 Friedman, *Pogromchik*, p. 85.

1105 «A mes frères et soeurs Schwarzbard», YIVO

80/472/39073-39074.

1106 Friedman, *Pogromchik*, p. 337.

1107 Citado en «The Lurid Trial of Petlura's Slayer», p. 40.

1108 Engel, *The Assassination of Symon Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard*, p. 357.

1109 «Confrontation Procopovitch-Goldstein-Schwartzbard», YIVO 80/427/ 37057.

1110 Friedman, *Pogromchik*, p. 191.

1111 «Spectators Fight at Petlura Trial», *New York Times*, 22 de octubre, 1927, p. 6.

1112 «Lawyers in Brawl at Petlura Trial», *New York Times*, 23 de octubre, 1927, p. 9.

1113 Citado en «The Lurid Trial of Petlura's Slayer», p. 40.

1114 Citado en ibidem, p. 41.

1115 Engel, *The Assassination of Symon Petliura and the Trial of Scholem Schwarzbard*, p. 426.

1116 Para más información sobre la respuesta soviética a los pogromos y al juicio de Schwarzbard, véase Elissa Bemporad, *Legacy of Blood: Jews, Pogroms, and Ritual Murder in the Land of the Soviets* (Nueva York, Oxford University Press, 2019), pp. 66-69.

1117 Z. S. Ostrovsky, *Evreiskie pogrom*, 1918-1921 (Moscú, 1926).

1118 Jeffrey Veidlinger, *In the Shadow of the Shtetl: Small-Town Jewish Life in Soviet Ukraine* (Bloomington, Indiana University Press, 2013). Para una visión más amplia sobre la Unión Soviética, véase también Elissa Bemporad, *Becoming Soviet Jews: The Bolshevik Experiment in Minsk* (Bloomington, Indiana University Press, 2013); Gennady Estraikh, *In Harness: Yiddish Writers' Romance with Communism* (Siracusa, NY, Syracuse University Press, 2005); Zvi Gitelman, *Jewish Nationality and Soviet Politics: The Jewish Sections of the CPSU, 1917-1930* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1972); David Shneer, *Yiddish and the Creation of Soviet Jewish Culture, 1918-1930* (Cambridge, Cambridge University Press, 2004); Anna Shternshis, *Soviet and Kosher: Jewish Popular Culture in the Soviet Union, 1923-1939* (Bloomington, Indiana University Press, 2006); Andrew Sloin, *The Jewish Revolution in Belorussia: Economy, Race, and Bolshevik Power* (Bloomington, Indiana University Press, 2017); y Arkadii Zel'tser, *Evrei sovetskoi provintsii: Vitebsk i mestechki, 1917-1941* (Moscú, Rosspen, 2006).

1119 Véase, por ejemplo, «Protsess ubitsy Petliury», *Pravda*, 19 de octubre, 1927; y S. Iavorskii, «Petliurovshchina na skam'e podsudimikh», *Pravda*, 22 de octubre, 1927.

1120 Véase «Vypiski iz gazety Krasnaia gazeta», en R-3050/1/37/84-100; y «Krasnaia armiia» R-3050/1/37/101-4.

1121 Vadim Abramov, *Evrei v KGB* (Moscú, Eksmo, 2005), p. 32.

1122 L(ev) Krichevskii, «Evrei v apparate VchK-OGPU v 20-e gody», en Oleg Budnitskii, ed., *Evrei i russkaia revoliutsiia: Materialy i issledovaniia* (Moscú, Gesharim, 1999), pp. 333-334.

1123 Iurii Shapoval y Vadim Zolotarov, «Evrei v kerivnytsvi orhaniv DPUNKVC USSR», *Z arkhiviv VUChK-GPU-NKVD-KGB* 1, n.º 34 (2010), p. 56.

1124 Lynne Viola, *Stalinist Perpetrators on Trial: Scenes from the Great Terror in Soviet Ukraine* (Nueva York, Oxford University Press, 2017), p. 32.

1125 Para más información, véase Mikhail Tumshis y Vadim Zolotarev, *Evrei v NKVD*, 1936- 1938 *gg. Opyt biograficheskogo slovaria* (Moscú, Universitet Dmitriia Pozharskogo, 2017).

1126 Gershon Shapiro, *Di yidishe kolonye friling: zikhroynes fun a forzitser fun a yidishn kalkhaz* (Tel Aviv, Hmol, 1991); y Lev Kopelev, *The Education of a True Believer*, traducción de Gary Kern, (Nueva York, Harper & Row, 1980), pp. 18-20. Véase también Anne Applebaum, *Red Famine: Stalin's War on Ukraine* (Nueva York, Doubleday, 2017), p. 116; y Bernard Wasserstein, *On the Eve: The Jews of Europe Before the Second World War* (Nueva York, Simon & Schuster, 2012), pp. 346-350.

1127 Miron Dolot, *Execution by Hunger: The Hidden Holocaust* (Nueva York, W. W. Norton, 1985), p. 5.

1128 Ibidem, p. 5.

1129 Applebaum, *Red Famine*, pp. 139-158; Lynne Viola, *Peasant Rebels Under Stalin: Collectivization and the Culture of Peasant Resistance* (Nueva York, Oxford University Press, 1996); y Sheila Fitzpatrick, *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village After Collectivization* (Nueva York, Oxford University Press, 1994).

1130 Kopelev, *The Education of a True Believer*, p. 234.

1131 Citado en Kris Dietrich, *Taboo Genocide: Holodomor* 1933 & *the Extermination of Ukraine*, vol. 2 (Bloomington, IN, Xlibris, 2015), pp. 117-120.

1132 Applebaum, *Red Famine*, p. 280.

1133 Ibidem, pp. 262-277; y David R. Marples, «Ethnic Issues in the Famine of 1932-1933 in Ukraine», *Europe-Asia Studies* 61, n.º 3 (mayo 2009), pp. 505-518.

1134 Frank A. Spragg, «Red Rock Wheat and Rosen Rye», *Agronomy Journal* 10 (1918), pp. 167-171; y Frank A. Spragg, «The Spread of Rosen Rye», *Journal of Heredity* 11, n.º 1 (enero 1920), pp. 42-45.

1135 «John D. Rockefeller Jr. $500,000 Subscription for Jewish Farms Created Stir in Moscow», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta

Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 530.

1136 Jonathan L. Dekel-Chen, *Farming the Red Land: Jewish Agricultural Colonization and Local Soviet Power, 1924-1941* (New Haven, CT, Yale University Press, 2008), p. 99.

1137 «Dr. Margolin, Ukraynisher idisher fihrer, zeht sakone in plan vegen idishe republik in Kriem», *Forverts*, 21 de febrero, 1924.

1138 V. Bur, «Nova Palestyna», *Tryzub*, 19 de diciembre, 1926; I. L-iy, «Navkruhy novoi Palestyny na Ukraini», *Tryzub*, 7 de marzo, 1926; L. L., «Istorychni pidstavy zhydivs'koi kolonizatsii v Krymu», *Tryzub*, 14 de marzo, 1926; y I. Repetenko, «Pro zhydivs'ki kolonii na Ukraini», *Tryzub*, 18 de septiembre, 1927. Para una crítica del documento perpretado para el juicio de Schwarzbard, véase «Der 'Trizub' zetst fort zayn antisemitishe kampanie», CAHJP P10a/4/S1/31.

1139 Bur, «Nova Palestyna».

1140 I. Repetenko, «Pro zhydivs'ki kolonii na Ukraini», *Tryzub*, 18 de septiembre, 1927.

1141 Dekel-Chen, *Farming the Red Land*, p. 127.

1142 «Many Jews in Ukraine Were Killed in Peasant Attack», Archivos de la JDC, Informes de la Oficina de Nueva York de la Comisión de Distribución Conjunta Judeoamericana, 1921-1932, carpeta 530.

1143 Para más información sobre la Galitzia oriental en el periodo de entreguerras, véase Shimon Redlich, *Together and Apart in Brzezany: Poles, Jews, and Ukrainians, 1919-1945* (Bloomington, Indiana University Press, 2002), p. 3; y Omer Bartov, *Anatomy of a Genocide: The Life and Death of a Town Called Buczacz* (Nueva York, Simon & Schuster, 2018), pp. 82-128.

1144 Fundación Shoah USC, Archivo de Historia Visual, Simon Feldman, entrevistado el 13 de abril de 1997, 28387.

1145 Jan T. Gross, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*, 2.ª ed. (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2002); Grzegorz Hryciuk, «Victims 1939-1941: The Soviet Repressions in Eastern Poland», en Elazar Barkan, Elizabeth A. Cole, y Kai Struve, eds., *Shared History-Divided Memory: Jews and Others in Soviet-Occupied Poland, 1939-1941* (Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2007), pp. 173-200; y Timothy Snyder, *Black Earth: The Holocaust as History and Warning* (Nueva York, Tim Duggan Books, 2015), pp. 117-143.

1146 Christoph Mick, *Lemberg, Lwów, L'viv*, 1914-1947: *Violence and Ethnicity in a Contested City* (West Lafayette, IN, Purdue University Press, 2015), p. 267.

1147 Fundación Shoah USC, Archivo de Historia Visual, Edward

Spicer, entrevistado el 3 de marzo, 1996, 12729.

1148 Dieter Pohl, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941-1944: Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens* (Múnich, Oldenbourg, 1996), pp. 43-44.

1149 Citado, en Joanna B. Michlic, «Anti-Polish and Pro-Soviet? Stereotyping of the Jew in Polish Historiography», en Barkan, Cole, y Struve, *Shared History-Divided Memory*, p. 77 (traducción revisada).

1150 Cita de Christopher Mick, «Incompatible Experiences: Poles, Ukrainians and Jews in Lviv Under Soviet and German Occupation, 1939-1944», *Journal of Contemporary History* 46, n.º 2 (abril 2011), p. 344; y Mick, Lemberg, Lwów, Lviv, pp. 259-278. Véase también Marco Carynnyk, «Foes of our Rebirth: Ukrainian Nationalist Discussions About Jews, 1929-1947», *Nationalities Papers* 39, n.º 3 (mayo 2011), pp. 315-352; Gross, *Revolution from Abroad; and Alexander V. Prusin, The Lands Between: Conflict in the East European Borderlands, 1870-1992* (Oxford, Oxford University Press, 2010), pp. 124-148.

1151 Ambas citas son utilizadas por John-Paul Himka en «The Lviv Pogrom of 1941: The Germans, Ukrainian Nationalists, and the Carnival Crowd», *Canadian Slavonic Papers/Revue canadienne des slavistes* 53, n.os 2/4 (2011), p. 225. Véase también Karel Berkhoff y Marco Carynnyk, «The Organization of Ukrainian Nationalists and Its Attitude Toward Germans and Jews: Iaroslav Stets'ko's 1941 Zhyttiepys», *Harvard Ukrainian Studies* 23, n.os ¾ (1999), pp. 149-184.

1152 Una versión oral de las instrucciones de Heydrich fue comunicada el 17 de junio, antes de que se entregaran por escrito el 29 de junio. Véase Peter Klein, ed., *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion, 1941/42: die Tätigkeits-und Lageberichte des Chefs der Sicherheitspolizei und des SD* (Berlín, Edition Hentrich, 1997), p. 319; y Kai Struve, *Deutsche Herrschaft, ukrainischer Nationalismus, antijüdische Gewalt. Der Sommer* 1941 *in der Westukraine* (Oldenbourg, De Gruyter, 2015), pp. 130-133. Las palabras de Rosenberg fueron grabadas por Georg Leibbrandt y han sido citadas en Christoph Dieckmann, «Lithuania in Summer 1941: The German Invasion and the Kaunas Pogrom», en Elazar Barkan, Elizabeth A. Cole, y Kai Struve, eds., *Shared History-Divided Memory: Jews and Others in Soviet-Occupied Poland, 1939-1941* (Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2007), p. 366.

1153 Marco Carynnyk, «Foes of our Rebirth: Ukrainian Nationalist Discussions about Jews, 1929-1947», *Nationalities Papers* 39, n.º 3 (mayo 2011), pp. 328-344.

1154 Citado en Christoph Mick, *Lemberg, Lwów, L'viv, 1914-1947: Violence and Ethnicity in a Contested City* (West Lafayette, IN, Purdue University Press, 2015), p. 289.

1155 Citado en Tarik Cyril Amar, *The Paradox of Ukrainian Lviv: A*

Borderland City Between Stalinists, Nazis, and Nationalists (Ithaca, Cornell University Press, 2015), p. 100.

1156 Véase Karel Berkhoff y Marco Carynnyk, «The Organization of Ukrainian Nationalists and Its Attitude Toward Germans and Jews: Iaroslav Stets'ko's 1941 Zhyttiepys», *Harvard Ukrainian Studies* 23, n.os ¾ (1999), p. 152.

1157 Mick, *Lemberg, Lwów, L'viv*, p. 291.

1158 John-Paul Himka en «The Lviv Pogrom of 1941: The Germans, Ukrainian Nationalists, and the Carnival Crowd», *Canadian Slavonic Papers/Revue canadienne des slavistes* 53, n.os 2/4 (2011), pp. 209-243. Véase también Eliakhu Iones, *Evrei L'vova v gody vtoroi mirovoi voiny i katastrofy evropeiskogo evreistva* (Moscú, Rossiiskaia biblioteka kholokosta, 1999).

1159 Mick, *Lemberg, Lwów, L'viv*, p. 292.

1160 Kai Struve, «Komanda osobogo naznacheniia 'L'vov', ukrainskaia militsiia i 'Dni Petliury' 25 i 26 iulia 1941 g», *Probelmy istorii holokostu* 6 (2013), pp. 102-124.

1161 Citado en Mick, *Lemberg, Lwów, L'viv*, p. 291.

1162 Fundación Shoah USC, Archivo de Historia Visual, Edward Spicer, entrevistado el 3 de marzo, 1996, 12729. Véase también Himka, «The Lviv Pogrom of 1941», p. 220.

1163 *Encyclopedia of Camps and Ghettos*, vol. 2, parte A, p. 802. Aunque los Einsatzgruppen habían sido utilizados contra los civiles en la Polonia ocupada por los alemanes desde 1939, su papel creció de manera exponencial con la invasión de la Unión Soviética. Para más información sobre los Einsatzgruppen en Polonia, véase Jürgen Matthäus, Jochen Böhler, y Klaus-Michael Mallmann, *War, Pacification, and Mass Murder, 1939: The Einsatzgruppen in Poland* (Lanham, MD, Rowman & Littlefield, 2014).

1164 David Kahane, *Lvov Ghetto Diary* (Amherst, University of Massachusetts Press, 1990), pp. 12-13.

1165 Struve, «Komanda», pp. 102-124.

1166 Kahane, *Lvov Ghetto Diary*, p. 26.

1167 Ibidem, p. 37.

1168 Ibid., p. 36.

1169 Amar, *The Paradox of Ukrainian Lviv*, p. 99.

1170 Citado en Stanislovas Stasiulis, «The Holocaust in Lithuania: The Key Characteristics of Its History, and the Key Issues in Historiography and Cultural Memory», *East European Politics and Societies and Cultures* 34, n.º 1 (febrero 2020), p. 266. Véase también Christoph Dieckmann, «Lithuania in Summer 1941: The German Invasion and the Kaunas Pogrom», en Barkan, Cole, and Struve, eds., *Shared History-Divided Memory*, pp. 355-385; y Christoph Dieckmann,

Deutsche Besatzungspolitik in Litauen 1941-1944 (Gotinga, Wallstein, 2011).

1171 Véase, por ejemplo, en cuanto a los miembros anónimos de la Policia del gueto judío de Kovno, *The Clandestine History of the Kovno Jewish Ghetto Police*, traducido y editado por Samuel Schalkowsky (Bloomington, Indiana University Press, 2014), pp. 65-70.

1172 Jan T. Gross, *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Poland* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 2001).

1173 Andrzej Żbikowski, «Pogroms in Northeastern Poland-Spontaneous Reactions and German Instigations», en Barkan, Cole, y Struve, eds., *Shared History-Divided Memory*, pp. 315-354; Jeffrey S. Kopstein y Jason Wittenberg, *Intimate Violence: Anti-Jewish Pogroms on the Eve of the Holocaust* (Ithaca, Cornell University Press, 2015), pp. 57-83; y Leopold Rein, «Local Collaboration in the Execution of the 'Final Solution' in NaziOccupied Belorussia», *Holocaust and Genocide Studies* 20, n.º 3 (invierno 2006), pp. 381-409.

1174 Wendy Lower, «Pogroms, Mob Violence and Genocide in Western Ukraine, Summer 1941: Varied Histories, Explanations and Comparison», *Journal of Genocide Research* 13, n.º 3 (2011), pp. 217-246; Kopstein y Wittenberg, *Intimate Violence*, pp. 84-113; Dieter Pohl, «Anti-Jewish Pogroms in Western Ukraine: A Research Agenda», en Barkan, Cole y Struve, eds., *Shared History-Divided Memory*, pp. 305-313; Dieter Pohl, *Die Herrschaft der Wehrmacht: Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944* (Múnich, Oldenbourg, 2008); Dieter Pohl, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941-1944: Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens* (Múnich, Oldenbourg, 1996), pp. 54-74; y Struve, *Deutsche Herrschaft, ukrainischer Nationalismus, antijüdische Gewalt*. Los cálculos del número total de muertos en Galitzia oriental y Volinia durante las primeras semanas de la guerra oscilan entre 12.000 y 35.000. Véase Kai Struve, «Rites of Violence? The Pogroms of Summer 1941», en *Polin: Studies in Polish Jewry* 24 (2012), pp. 257-274. La *Encyclopedia of Camps and Ghettos* del Museo Conmemorativo del Holocausto de los Estados Unidos termina afirmando que «más de veinte mil judíos fueron asesinados» en Galitzia oriental a lo largo del verano. Véase vol. 2, parte A, p. 744.

1175 Wendy Lower, *The Diary of Samuel Golfard and the Holocaust in Galicia* (Lanham, MD, AltaMira Press, 2011), p. 42.

1176 Omer Bartov, *Anatomy of a Genocide: The Life and Death of a Town Called Buczacz* (Nueva York, Simon & Schuster, 2018), pp. 160-167.

1177 Kopstein y Wittenberg, *Intimate Violence*, pp. 102-103; y *Encyclopedia of Camps and Ghettos* vol. 2, parte A, pp. 849-850.

1178 Lower, «Pogroms, Mob Violence and Genocide in Western Ukraine, Summer 1941», p. 222; Struve, *Deutsche Herrschaft*, pp. 465-471.

1179 Informe de Operaciones 13, 5 de julio, 1941, Klaus-Michael Mallmann et al., eds., *Die «Ereignismeldungen UdSSR» 1941* (Darmstadt, WBG, 2011), p. 82.

1180 Informe de Operaciones 24, 16 de julio, 1941, Mallmann et al., *Die «Ereignismeldungen UdSSR» 1941*, p. 132.

1181 Archivo de Historia Visual de la fundación Shoah USC, Simon Feldman, entrevistado el 13 de abril, 1997, 28387.

1182 Lower, «Pogroms, Mob Violence and Genocide in Western Ukraine, Summer 1941», p. 226.

1183 Gabriel N. Finder y Alexander V. Prusin, «Collaboration in Eastern Galicia: The Ukrainian Police and the Holocaust», *East European Jewish Affairs* 34 (invierno 2004), pp. 95-118; Martin Dean, «The German Gendarmerie, the Ukrainian Schutzmannschaft and the 'Second Wave' of Jewish Killings in Occupied Ukraine: German Policing at the Local Level in the Zhitomir Region, 1941-1944», *German History* 14, n.º 2 (1996), pp. 168-192; Martin Dean, *Collaboration in the Holocaust: Crimes of the Local Police in Belorussia and Ukraine, 1941-1944* (Nueva York, St. Martin's Press, 2000); y Yuri Radchenko, «'We Emptied Our Magazines into Them': The Ukrainian Auxiliary Police and the Holocaust in Generalbezirk Charkow, 1941-1943», *Yad Vashem Studies* 41 (2013), pp. 63-98.

1184 Testimonio de Sergei Stepanovich Sukov, Lutsk, 4 de diciembre, 1945, DA, CBU case N 23017, vol. 28, p. 68. Véase también Jared McBride, «'A Sea of Blood and Tears': Ethnic Diversity and Mass Violence in Nazi-Occupied Volhynia, Ukraine, 1941-1944» (tesis doctoral, Universidad de California-Los Ángeles, 2014), pp. 217-218.

1185 «Lyashchenko, Fedir Kyrylovych», DA, CBU, case N 26693, vol. 1, p. 122.

1186 «Tomasevich, Mikhail Vasil'evich», DA, CBU, case N 26693, vol. 1, p. 132.

1187 «Terpilo, Andry Saveliovych», DA, CBU, case N 59681.

1188 «Grabar, Stepan Karlovich», DA, CBU, case N 1910 (1296).

1189 McBride, «'A Sea of Blood and Tears'», pp. 220-240.

1190 Archivo de Historia Visual de la fundación Shoah USC, Liusia Blekhman, entrevistada el 17 de mayo, 1998, 44315.

1191 Archivo de Historia Visual de la fundación Shoah USC, David Bershtin, entrevistado el 20 de diciembre, 1996, 25286.

1192 Informe de Operaciones 37, 29 de julio 29, 1941, Mallmann et al., *Die «Ereignismeldungen UdSSR» 1941*, p. 201.

1193 Informe de Operaciones 40, 1 de agosto, 1941, Mallmann et al., *Die «Ereignismeldungen UdSSR» 1941*, p. 218.

1194 *Encyclopedia of Camps and Ghettos*, vol. 2, parte B, p. 1579.

1195 Ibidem, p. 1538.

1196 Archivo de Historia Visual de la fundación Shoah USC, Boris Kazak, entrevistado el 5 de agosto 1996, 18181, 46.

1197 *Encyclopedia of Camps and Ghettos*, vol. 2, parte B, pp. 1593-1594.

1198 Amar, *The Paradox of Ukrainian Lviv*, p. 95; Himka, «The Lviv Pogrom of 1941», pp. 209-243; y Christopher Mick, «Incompatible Experiences: Poles, Ukrainians and Jews in Lviv Under Soviet and German Occupation, 1939-1944», *Journal of Contemporary History* 46, n.º 2 (abril 2011), pp. 336-363.

1199 Waitman Wade Beorn, *Marching into Darkness: The Wehrmacht and the Holocaust in Belarus* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2014), p. 99; y Christopher R. Browning y Jürgen Matthäus, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2004), pp. 310-314.

1200 Citado en Yitzhak Arad, *The Holocaust in the Soviet Union* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2009), p. 133.

1201 «*The Good Old Days*»: *The Holocaust as Seen by Its Perpetrators and Bystanders*, pp. 113-115. El incidente también se describe en el Informe de Operaciones 47, 9 de agosto, 1941, y en el Informe de Operaciones 58, 20 de agosto, 1941, Mallmann et al., *Die «Ereignismeldungen UdSSR» 1941*, pp. 265-266 y 319-322.

1202 Ernst Klee, Willi Dressen, Volker Riess, eds., «*The Good Old Days*»: *The Holocaust as Seen by Its Perpetrators and Bystanders*, traducido por Deborah Burnstone (Old Saybrook, CT, Konecky & Konecky, 1991), p. 114. Para más información sobre la ocupación nazi de Zhytómyr, véase Wendy Lower, *Nazi Empire-Building and the Holocaust in Ukraine* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2005).

1203 *Encyclopedia of Camps and Ghettos*, vol. 2, parte B, p. 1563.

1204 Ibidem, pp. 1553-1554. Para más información sobre Óvruch, véase Yahad in Unum, https://yahadmap.org/#village/ovruch-owrucz-ovrutch-owrutsch-zhytomyr-ukraine, p. 760

1205 https://yahadmap.org/#village/slovechne-slovechno-slaveshna-claweczno-zhytomyr-ukraine. p. 758.

1206 «*The Good Old Days*», pp. 139-140.

1207 Ibidem, p. 142.

1208 Ibid., p. 154.

1209 «Yatsenko, Ivan Aleksandrovich», DA, CBU, case N 26693, vol.

1, p. 136.

1210 «Tomasevich, Mikhail Vasil'evich», DA, CBU, case N 26693, vol. 1, p. 132.

1211 Las fotos se encuentran en Alexander Kruglov, «Jewish Losses in Ukraine, 1941-1944», en Ray Brandon y Wendy Lower, eds., *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, Memorialization* (Bloomington, Indiana University Press, 2008), pp. 292-290.

1212 Archivo de Historia Visual de la fundación Shoah USC, entrevista a Liusia Blekhman, el 17 de mayo, 1998, 44315.

1213 *Encyclopedia of Camps and Ghettos*, vol. 2, parte B, p. 1563.

1214 Ibidem, p. 1580; e Informe de Operaciones 106, 7 de octubre, 1941, Mallmann et al., *Die «Ereignismeldungen UdSSR» 1941*, pp. 642-643.

1215 *Encyclopedia of Camps and Ghettos*, vol. 2, parte B, p. 1539; y https://yahadmap.org/#village/korostyshiv-korostyshev-zhytomyr-ukraine, p. 131.

1216 «Protokol isledovanie», GARF 7021/60/310/76.

1217 Archivo de Historia Visual de la fundación Shoah USC, entrevista a Liusia Blekhman, 17 de mayo, 1998, 44315. Aunque la fecha no queda clara en la entrevista, parece hacer referencia a la masacre del 4 de noviembre.

1218 Citado en Vladyslav Hrynevych y Paul Robert Magocsi, *Babyn Yar: History and Memory* (Kiev, Dukh i litera, 2016), p. 83.

1219 Citado en Hrynevych y Magocsi, *Babyn Yar: History and Memory*, p. 85.

1220 Informe de Operaciones 106, 7 de octubre, 1941, Mallmann et al. *Die «Ereignismeldungen UdSSR» 1941*, pp. 640-643.